
HOJA DE LATA
TIFFANY McDANIEL
En el lado salvaje
Traducción de Ignacio Gómez Calvo



EN EL LADO SALVAJE


colección
SENSIBLES
A LAS LETRAS

TIFFANY MCDANIEL

EN EL LADO SALVAJE

TRADUCCIÓN DE IGNACIO GÓMEZ CALVO



Sensibles a las Letras, 99

Título original: *On The Savage Side*
Primera edición en Hoja de Lata: mayo del 2024

Hoja de Lata Editorial S. L.
Camino del Lucero, 15, bajo izquierda, 33212 Xixón, Asturies [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabayadores Culturales Glayíu/Iván Cuervo Berango Corrección de pruebas: Tania Galán Álvarez

ISBN ebook: 978-84-18918-99-5
Producción del ePub: booqlab La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

La niña despertó, convencida de que había estado durmiendo.
Y luego la niña despertó, convencida de que había sido un sueño.

Este libro está dedicado a las Seis de Chillicothe:
Timberly Claytor.
Desaparecida en mayo de 2015.
Encontrada muerta de un disparo.

Shasta Himelrick.
Desaparecida en diciembre de 2015.
Cuerpo descubierto en el río.

Tameka Lynch.
Desaparecida en mayo de 2015.
Cuerpo descubierto en el río.

Tiffany Sayre.
Desaparecida el 11 de mayo de 2015.
Cuerpo encontrado cerca del río.

Charlotte Trego.
Desaparecida el 3 de mayo de 2015.
En paradero desconocido.

Wanda Lemons.
Desaparecida el 4 de noviembre de 2015.
En paradero desconocido.

No os olvidamos.

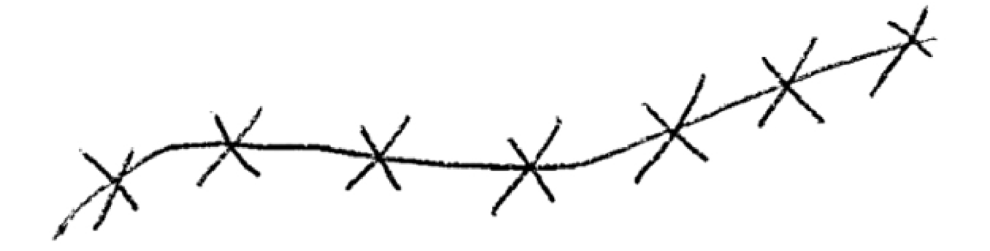


En otoño los lugareños se referían al río como el Ojo de Dios por la forma en que las hojas de color amarillo, burdeos y carmesí se desprendían de las ramas y caían en la superficie, donde dejaban un pequeño círculo en el que aparecía el agua turbia. Según la leyenda, si mirabas el círculo, veías la pupila de Dios y conocías tu futuro. Pero el río sabía lo que era. Y aunque le halagaban los mitos, no se consideraba más que una mujer, como las que venían a quedarse en sus orillas o se zambullían bajo sus aguas.

El río conocía a las chicas de cuando eran niñas. Su agua las había bautizado, las había refrescado en los calurosos días de verano y les había servido de marco de sus primeros besos y saltos del alto árbol. El río llegó a considerarlas sus propias hijas, viendo cómo se hacían mujeres en una ciudad de hombres y fábricas.

Era tarde cuando el río notó el chapoteo. Pensó que tal vez se había partido una rama. O quizá alguien había lanzado una piedra para ver si saltaba. Fue un chapoteo pesado. El río pensó en todas las posibles cosas pesadas. Entonces vio la cara de la chica cuando su cuerpo empezó a flotar. El río había vivido bastante, y no era el primer cadáver que tiraban en sus aguas. Pero cuando el viejo río miró a la joven a los ojos, no pudo evitar sentir una profunda pena al recordar que la había conocido y al rememorar la forma en que se salpicaba los pies en el agua cuando era niña. El río sabía que la chica tendría que recorrer un buen trecho hasta que la viesen. Lo que no sabía era que habría más, flotando boca abajo, como si no tuviesen nombres.

PRIMERA PARTE



Capítulo 1

El poder de una flor es que se eleva sobre lo que tiene alrededor.
Poeta Narciso

El primer pecado fue creer que nunca moriríamos. El segundo fue creer que estábamos vivas.

Cuando una mujer desaparece, ¿cómo se la recuerda? ¿Por su preciosa sonrisa? ¿Por su bonita cara? ¿Por la droga presente en su organismo? ¿O por todos los clientes con aliento de drogadicto y deseos mundanos?

En Chillicothe, Ohio, reina una conocida disputa. La misma disputa que ha reinado en campos que en su día fueron bucólicos, donde se ha creado una industria y varias generaciones han vivido del sustento de abuelos y padres que trabajaban en la fábrica de papel hasta que por la noche volvían a casa, en la que se convertían en los capitanes de la mesa de la cena mientras nuestras madres eran mujeres de manos inmortales que recogían nuestras plegarias caídas y las atendían.

Pero esos dioses entre la gente corriente eran un mito. Tenían tanto de reales como los héroes de la antigua Grecia. Resultó que Chillicothe, Ohio, estaba lleno de mortales.

La tierra había sido llamada Chala-ka-tha por las tribus indígenas que habían vivido en ella miles de años antes de que los colonos europeos viniesen a robársela y a ponerle un nombre que la lengua blanca pudiese hacer suyo. Chillicothe.

Fieles a sus costumbres de blancos, industrializaron la tierra. Chillicothe creció en edificios y tejados a dos aguas, compitiendo con las colinas de alrededor. En el nuevo reino, había sido la primera capital de Ohio, antes de que eso también le fuese arrebatado. Se podían ver restos de ese esplendor en la presencia de un par de grandes almacenes, cuyos pasillos estaban unidos a la rueda incesante de carritos de la compra y de vales dominicales. Bajo el fuerte aliento del desarrollo y el asfalto, se hallaban las copas redondeadas de los árboles que se mecían al viento y los vestigios de los que habían vivido siglos antes. Cuna de lo que había sido la rica cultura de los Primeros Pueblos, Chillicothe era un lugar primario de excavaciones geométricas y túmulos. Repletas de dientes de tiburón fosilizados, obsidianas y conchas del lejano océano, las excavaciones eran algo mágico para una niña como yo. De

pequeña, cavaba bajo los abundantes escarabajos y las lombrices, en lo profundo del suelo fresco y nativo, esperando descubrir el rastro enterrado de lo bello y lo oculto.

Algunas personas contemplan un lugar como es. A mí me gusta contemplarlo como será descubierto en el futuro. ¿Qué objetos dejaría Chillicothe, Ohio, en la tierra oscura si desapareciese con el paso del tiempo? Habría tirantes de piel de los bolsos de las mujeres que visitaban las secciones de maquillaje cada Semana Santa por las rebajas, pajitas de plástico de la lista casi interminable de restaurantes de comida rápida, chaquetas de camuflaje de los depredadores y plumas de los nidos de las presas. Habría viejos folletos sobre Tecumseh, fotos familiares de álbumes forrados en tela, páginas marcadas de la Biblia y jeringuillas usadas para recordarnos que no éramos perfectos.

Pero sobre todo habrá distintas capas. Capas de furia, de belleza, de las horas que se marchitan como la hierba seca. Y encima, como depósito final, el serrín de la fábrica de papel. Tal vez hasta conserve el olor, mezclado con la tierra, endurecido con las piedras, renovado a cada bocanada. Los vecinos se referían al aroma que venía de la fábrica como el olor del dinero. Pero delante de los que no habían nacido ni se habían criado en Chillicothe, se tapaban la nariz y decían: «Caray, cómo apesta esta ciudad».

Durante toda nuestra vida, mi hermana Cisi y yo pensamos que el mundo entero olía así. Una mezcla de huevos podridos, basura caliente y los gases tóxicos que desprende la madera cuando la obligan a convertirse en papel. El hedor salía de las chimeneas a rayas rojas y blancas y ascendía hasta el cielo, donde ahogaba a los pájaros antes de volver a caer sobre nosotros como una manta y pegarse a nuestra ropa, nuestro pelo y nuestros hogares.

Precisamente a la sombra de la fábrica de papel era donde vivíamos Cisi y yo con nuestra madre Adelyn y su hermana Trébol, en la parte de la ciudad que no se veía al mirar por la calle Mayor, con sus edificios de ladrillo y hormigón construidos por los hombres de antaño. Nosotras vivíamos en la zona sur, donde los propietarios de chabolas alquilaban casitas de bloques de hormigón. La nuestra estaba pintada de un marrón que según Cisi era el color de la Pepsi-Cola aguada. A mí me parecía el color de la arena del lecho del río dejada secar en las plantas de nuestros pies y desteñida a la luz del sol. La casa tenía un pequeño porche con barrotes metálicos negros por entre los que mi hermana y yo nos pasábamos notas cuando jugábamos a que estábamos en lados opuestos del mundo.

—He escrito mi nota con tinta morada de unicornio —decía siempre Cisi, cuyo boli era tan negro como el mío.

Las casas tenían una incómoda proximidad unas con otras. Si había una riña al lado, la oías. Si había cena en el horno, la olías. Si había una mujer

sentada a la mesa de la cocina con la cara entre las manos, la veías.

Tal vez, cuando habían construido las casas, habían echado el hormigón con cuidado en los porches en vísperas de que se colocasen los felpudos. Pero a medida que las noches se agolpaban contra el tiempo perdido de quienes se pasaban el día durmiendo, se convirtió en una parte de Chillicothe en la que las ratas estaban dispuestas a arrancarse las patas a mordiscos para huir de aquel infierno. Un infierno del que mi hermana y yo intentábamos escapar en nuestras bicis. No creíamos que nada pudiese empeorar, pero en 1979, cuando teníamos seis años, nuestro padre murió y nuestra madre se puso a gritar mientras mi hermana y yo nos cogíamos de las manos, con las espaldas pegadas a la pared.

Yo pensaba que nuestra madre había colgado la ropa de nuestro padre en las ventanas por rabia. Por la forma en que aporreaba las paredes con los puños, parecía que la enfureciese que él se hubiera muerto.

—Si no estuviera ya muerto, lo mataría —dijo rompiendo a patadas el armario de la cocina antes de sacar el cajón de los trastos y volcarlo en el suelo.

Cogió el martillo y unos clavos.

—Ese hijo de Chillicothe se va a enterar.

Levantó una de las camisas de franela de papá del suelo por la manga y la arrojó hacia la ventana como si lo sacase a él de la tumba. A continuación, arrastró el viejo sillón tapizado por el suelo y, al subirse a su cojín marrón de flores, se cayó como mínimo cinco veces.

El fino tirante de la camisola roja se le había caído y había dejado parte de su cuerpo desnudo. Mi madre llevaba camisolas a modo de camisetas todo el año. Incluso durante los meses en los que el suelo se helaba. A veces las combinaba con amplios vaqueros cortados. Otras con unas simples medias de satén, usadas tantos días que se estiraban y se ensanchaban en la parte de atrás y la entrepierna. Cuando llegaba el invierno se ponía pantalones de chándal con cintura elástica, sobre todo de color melocotón o verde azulado, subidos por encima de las llagas que tenía en las pantorrillas. Ese día de 1979 estábamos a finales de la primavera, y ella llevaba unas medias de satén azul claro, pero tan descoloridas que se habían vuelto grises.

Cisi y yo observábamos cómo nuestra madre clavaba la ropa de nuestro padre a la pared golpeando tan fuerte con el martillo que siempre se formaban pequeñas grietas en el yeso alrededor de los vaqueros raídos y sucios, la ropa interior amarillenta e incluso el uniforme del ejército chamuscado de cuando ella había intentado quemarlo antes de pensárselo mejor y decidir conservarlo.

—Picha de lagartija —masculló mamá subiéndose al ancho reposabrazos para mantener el equilibrio.

—Más te vale no caerte del sillón, Addie. —La tía Trébol no quitaba los ojos de la imagen del río Danubio en Hungría que discurría por la tele—.

Tendremos que tirar tu cuerpo a la maleza para que te lleven los animales. Escupe, escupe, araña, ¿dónde la escondes, anda? —Trébol se escupió en la palma de la mano y golpeó con ella el brazo del sofá—. En la sangre. Ahí.

Cada vez que la tía Trébol pronunciaba la palabra «sangre», cosa que hacía a menudo, la decía como si perteneciese a un pueblo que había derramado más que ninguno. Estaba sentada despatarrada en el viejo sofá, que lucía el mismo color que el círculo de óxido del lavabo del cuarto de baño. Tenía los pies apoyados en la mesa de centro, lo bastante separados para que las cajetillas de cigarrillos vacías, las botellas de cerveza y los cuadraditos de papel de plata se amontonasen entre sus tobillos, con las pulseras tobilleras caídas hasta las plantas sucias de los pies.

Utilizaba el camisón que le envolvía los hombros para secarse el sudor de la frente. Era de satén azul lechoso. Tenía tantos años como ella, que para Cisi y para mí era solo una hora menos que el polvo acumulado en casa. A decir verdad, a la tía Trébol todavía le faltaba una semana para cumplir los treinta. Simplemente lucía los rigores de la vida con un poco de antelación.

—¿Puedes hacer más ruido con el puto martillo? —preguntó, sacudiendo la cabeza con cada palabra.

Aunque Trébol nunca veía la tele con el sonido puesto, siempre se estaba quejando de que alguien hacía tanto ruido que no la dejaba escuchar el puñetero canal.

—Métete el puño en la boca a ver si te ahogas, Trébol —replicó mamá haciendo todavía más ruido con el martillo.

Una vez que todas las ventanas estuvieron tapadas, empecé a dudar de la furia de mamá porque lo único que hizo entonces fue recorrer el pasillo hasta su cuarto llorando y soltar el martillo por el camino.

—Vuestra madre es ahora la mujer de un fantasma, niñas —declaró la tía Trébol, que se inclinó hacia delante y logró encontrar su lápiz de ojos azul bastante rápido entre la basura de la mesa—. Ya no volverá a ser joven.

Sin usar un espejo, Trébol se pintó el contorno de los ojos con el delineador y se llevó el lápiz hasta cada una de las sienes. En esas líneas rectas cruzó unas equis diminutas hasta que parecieron las púas de la alambrada situada junto a la vía del tren.

—¿Tía? —dijo Cisi observándola—. ¿Cómo es que siempre llevas lápiz de ojos azul?

Cisi se puso a cantar la palabra «azul» hasta que yo me uní a ella.

—Porque cuando se nos cae la piel —contestó la tía Trébol—, el color que hay debajo es azul. ¿Cómo me ha quedado el alambre de espino? —Giró la cabeza de un lado al otro mostrando las pequeñas equis—. ¿Me protegerá de los monstruos boca abajo que se alimentan de sangre de mujer?

Asentimos con la cabeza mientras ella se levantaba y se ponía su chaleco

negro con flecos por encima del top corto, tan escotado que se le veía el encaje del sostén. Llevara lo que llevase, nunca se quitaba el cuello de imitación de piel de leopardo. Tenía unas solapas redondeadas y un broche en la parte delantera, como los cuellos que llevaban los marineros de los cuadros que aparecían en los libros que yo sacaba de la biblioteca.

Se quitó el cuello para sacudirlo contra su pierna. En el aire se levantaron nubes de polvo. Esa sería toda la limpieza que recibiría. Cuando volvió a colocárselo, ronroneó enroscando la lengua mientras cerraba el broche.

Me puse de pie sobre el cojín del sofá para acariciar el cuello y le pregunté:

—¿De dónde decías que lo trajiste, tía?

—De cuando estuve en la selva —respondió—. Fue el único recuerdo que traje. Venga, quítale los dedos pringosos de encima.

—¿Cómo lo trajiste de la selva, tía Trébol? —Cisi se cruzó de brazos—. Tú nunca has salido de Chillicothe.

—Aquí también hay selvas, pequeña.

Nunca nos había llamado «pequeña» a ninguna de las dos. Sonó tierno con su acento, como si lo hubiese dicho cientos de veces mientras preparaba sopa.

—Anda, dame el pañuelo. —Señaló el camisón del sofá.

Cuando se lo di, se lo echó sobre los hombros. Mi tía lo llamaba su pañuelo nocturno.

—Porque solo las mujeres que llevan el río a las espaldas pueden ponérselo —como ella te decía—. Y yo he estado llevando el río a la espalda desde que tenía edad para saber que, o llevas el río, o el río te lleva a ti. Mi pañuelo nocturno es la onda del agua. La clase de onda que solo sale a la luz de la luna.

La seguimos al cuarto de baño, con el largo y estropajoso cabello pelirrojo rozándole los bolsillos traseros de la falda vaquera. Nos sentamos en el borde de la bañera y observamos cómo se escalonaba el flequillo con el cepillo rosa. Luego nos quedamos mirando el cinturón de piel blanco que llevaba. Tenía una huella dactilar manchada de sangre junto a la hebilla dorada y otras en la zona situada sobre la cadera derecha. La sangre era de cuando se había partido el labio. Otra, de un puñetazo en la nariz. Y otra después de esa, de un corte en el dorso de la mano. Se había frotado la sangre contra las diminutas espirales del dedo y había presionado fuerte contra el cuero, soplando para que se secase más rápido.

—¿Creéis que esta noche ganaré mucha pasta, niñas? —preguntó, dejando el cepillo del pelo para subirse las tetas—. ¿Suficiente para ir a Brasil? —Meneó las caderas—. ¿O a Marruecos? Sí, allí es adonde pienso ir.

Vimos cómo se cepillaba los dientes que le quedaban con el dedo. Después de escupir, se miró al espejo. En algunas partes del cristal había trocitos de cinta adhesiva transparente. Mientras estudiaba su reflejo, se acercó a él inclinándose con el ceño fruncido, la vista fija en un punto situado sobre su

hombro derecho.

—Hay otra —dijo, cogiendo el pequeño rollo de cinta adhesiva del lavabo —. Otra grieta.

Arrancó un trozo y lo pegó sobre la imagen reflejada de su hombro.

—Hay que sellar las grietas —aseveró, haciendo presión sobre la cinta—. Si no, se harán cada vez más grandes hasta que se abran del todo y os roben el nombre. Acordaos, niñas. Algún día a vosotras también os saldrán grietas en la piel. Y se os agrietará todavía más porque tenéis canicas de bruja en lugar de ojos.

Contempló la cinta adhesiva del espejo para asegurarse de que los bordes estaban bien sellados.

—Ayudadme —nos pidió—. Ayudadme a comprobar que las grietas están bien cerradas.

Saltamos de la bañera, nos pusimos de puntillas y al presionar la cinta con los dedos, notamos el cristal frío detrás.

—Apretad bien —nos mandó—. Con todas vuestras fuerzas. No querréis que vuestra tía se haga cachitos, ¿verdad?

Apretamos tanto que las tres acabamos gruñendo. Eso pareció satisfacer a la tía Trébol cuando sonrió a su reflejo.

—Escupe, escupe, araña, ¿dónde la escondes, anda? —Se escupió en la palma de la mano y la estampó contra el espejo—. Ahí.

Y apagó la luz.

—Hay comida en el congelador. —Cogió el bolso camino de la puerta principal, arrastrando el pañuelo nocturno por detrás—. Menos mal que vivimos en una casa de bloques de hormigón.

—¿Por qué, tía? —pregunté.

—Porque no se puede incendiar. —Guiñó el ojo antes de cerrar la puerta de golpe.

Una vez que se hubo marchado, Cisi y yo imitamos sus andares, contoneando las caderas hasta que nos dio la risa tonta y nos dejamos caer hacia atrás contra la ventana. Cuando una de las perneras del pantalón de papá cayó sobre el hombro de Cisi, dejó de reírse y preguntó:

—¿Por qué crees que mamá no ha tirado la ropa de papá al barro como hizo con sus zapatos? ¿O por qué no la ha cortado como cortó sus cinturones?

—A lo mejor es por el viento —respondí—. Así, cuando entre por la ventana, se pondrá su ropa. Se pondrá sus camisas y pantalones viejos. A lo mejor lo ha hecho por eso. Para darle al viento ropa y que no entre siempre en casa desnudo.

—Vamos a ver si ella nos dice lo mismo —susurró Cisi—. Y entonces lo guardaremos como un secreto.

Echamos una carrera hasta el cuarto de nuestra madre. Estaba al fondo del

todo del estrecho pasillo. La puerta blanca estaba cerrada. Cisi metió el dedo en el ojo de la cerradura y lo giró como si la abriese. Dentro, la habitación estaba a oscuras. La bombilla del ventilador del techo se había fundido, y nadie la había cambiado desde entonces. La única fuente de luz era una lámpara verde que había en el suelo en un rincón, pero la pantalla estaba tan sucia que la luz a duras penas la traspasaba.

—¿Mamá? —la llamó Cisi desde la puerta—. ¿Estás ahí?

Pisamos despacio tanteando los objetos esparcidos por el suelo con los dedos de los pies descalzos. Ya no había somier, solo el colchón gris con estampado de grandes flores azules arrimado a la pared bajo las ventanas. El resto de los muebles eran austeros. Una vieja cómoda con los cajones abiertos y la ropa desparramada. La mesilla rosa había tenido patas en otro tiempo, pero mamá las había partido de tal manera que el cajón quedaba directamente encima del suelo y el tablero al alcance desde el colchón.

Deslicé los dedos por las paredes pintadas años antes de verde claro y llenas de las palabras escritas con rotulador por dos yonquis. Podía distinguir la letra de mi padre de la de mi madre. Él siempre escribía inclinado a la derecha. Ella siempre escribía inclinada a la izquierda. Sus palabras nunca se tocaban del todo. En algunas partes, las letras parecían pájaros dibujados que se alejaban volando el uno del otro.

—¿Mamá? —volvió a llamarla Cisi, justo antes de que la viésemos moverse en el colchón.

Estaba usando el petate del ejército de mi padre como manta.

—¿Quién anda ahí? —La voz de nuestra madre sonó en un susurro ronco —. ¿Quién anda en mi cuarto?

—Hola, mamá. —Cisi se acercó al colchón, se sentó en el montón de ropa sucia y preguntó—: ¿Por qué has puesto la ropa de papá en las ventanas?

—¿Qué?

Mamá puso los ojos en blanco y palpó la abarrotada mesilla de noche.

—Sus cosas. Mamaaá. —Cisi tuvo que repetir la pregunta no una, sino tres veces—. Escúchame.

—Ah, yo he colgado su ropa, Cisi. He sido yo —dijo mamá—. Yo lo he hecho.

Parecía que sus palabras tuviesen pegamento y se enganchasen unas a otras.

—Lo sabemos, mamá —asentí—. Pero ¿por qué? ¿Lo has hecho para vestir al viento?

—Él se ha ido, pequeñas. —Se dio la vuelta—. Vuestro padre está muerto.

—¡Lo sabemos! —grité—. Ya lo sabemos.

Ella se incorporó parpadeando, y el petate le bajó a la cintura.

—Entonces, ¿por qué coño no lo habéis dicho? —Se pasó los dedos por el

pelo—. Mocosas de mierda. ¿Se ha ido ya Trébol?

—Sí —contestó Cisi—. Llevaba el alambre de espino. Estará fuera toda la noche.

—Mierda.

Mamá se puso la mano en la cabeza.

Le di un empujón a Cisi y señalé el agujero que había en un lado del colchón. Era nuevo. Tenía escasos centímetros de diámetro y los bordes deshilachados. Distinguí el extremo de un mechero que asomaba de él, unas cuantas gomas elásticas y algo que parecía el capuchón de un bolígrafo.

—Dejadme en paz, niñas.

Mamá se dio la vuelta, y nos llegó un olor a sudor corporal.

Nos tapamos las narices mientras Cisi preguntaba:

—Pero ¿por qué has puesto la ropa de papá en las ventanas?

—Me cago en la leche. —Mamá se secó la baba de la barbilla—. Pues para que el mundo piense que aquí vive un hombre. Si se enteran de que ahora solo hay mujeres en esta casa, nos harán sentarnos desnudas en la grava hasta que se nos clave en las piernas. Y entonces no podremos volver a nadar en el río. Nos hundiremos como piedras. ¿Sabéis lo que pasará? Andaremos con tanto peso que nos quedaremos sin aliento. Nos pasaremos el resto de la vida intentando recuperarlo. Y ahora dejadme en paz. —Dio un manotazo al colchón, y el olor a orina se elevó en el aire—. No puedo pensar con vosotras dos encima todo el tiempo.

—Venga, Cisi. —La ayudé a levantarse—. Vamos a comer algo.

Al salir, Cisi agarró la manga de la camisa de cuadros colgada en la ventana. Tiró de ella tan fuerte que la tela se desgarró y arrancó el clavo. El sonido invadió la habitación e hizo que nuestra madre se incorporase más rápido de lo que la habíamos visto incorporarse nunca.

—Perdona, mamá. —Cisi se quedó inmóvil, temblando, y la camisa se le cayó al suelo—. Yo no quería…

—No. —Mamá se puso a llorar mientras salía a gatas del colchón y golpeaba fuerte con las rodillas contra el suelo haciendo un ruido sordo—. ¿Por qué lo has hecho, niña tonta?

—Perdona, mamá —repitió Cisi con un hilo de voz.

Mamá agarró a Cisi por el brazo. Cuando yo traté de intervenir, tiró también de mí.

—Os voy a vender a las dos a la fábrica de papel —nos amenazó, lanzándonos al suelo—. Os subirán a la cinta transportadora como a los troncos, y la sierra irá a por vosotras. Zas, zas. —Imitó el sonido de la sierra al tiempo que nos arañaba la piel con las uñas—. Os cortará y os convertirá en papel fino. Zas, zas. Ya no seréis niñas. Y estaréis calladas. Como el papel.

—No, mamá, no —gritamos las dos.

—Oh, sí, mamá, sí. —Nos clavó más las uñas en la piel—. Cuando os hayáis convertido en papel, os quemaré hasta que solo quede ceniza.

—No.

Levanté el brazo y le di a mi madre una bofetada. Mientras Cisi retrocedía y se ponía a llorar contra la pared, yo me quedé debajo de mamá. Le dirigí una expresión ceñuda, y ella me miró antes de recoger la camisa de papá del suelo y sostenerla contra el pecho palpitante.

—Sois unas niñas malas, muy malas.

Abrazó la camisa y se arrastró por el suelo hasta la lámpara, donde inspeccionó la tela bajo la luz como si buscase rotos o agujeros. Estrechó fuerte la camisa mientras la luz le iluminaba la cara.

Alguien le había dicho una vez que tenía unas mejillas bonitas, de modo que se cortó el cabello pelirrojo y se dejó una melena breve como las que aparecían en las revistas que leía en aquel entonces, a finales de los setenta. Se decoloraba el pelo y se lo peinaba de punta, dejando las raíces a la vista. Tal vez en otro tiempo había tenido las mejillas bonitas, pero sus ojos de párpados caídos estaban ahora hundidos y llorosos, y los iris verdes habían ido desapareciendo cada vez más hasta dar la impresión de que únicamente tenía pupilas negras, un reflejo de las sombras que la rodeaban.

La nariz le moqueaba continuamente, y los orificios nasales estaban irritados debido a ello. Tenía marcas en la piel de rascarse sin parar, un hábito que empeoraba por las noches; los arañazos unían las llagas antiguas con las nuevas. El sudor de la frente siempre le dejaba húmedo el pelo de la coronilla, y la mugre que no se lavaba a diario se acumulaba en unas arrugas que era demasiado joven para tener. Con solo seis años, yo ya quería meterla en la bañera porque pensaba que podría quitárselo todo como si no fuese más que la suciedad de una caída.

—¿Por qué le hacéis esto a vuestro papá? —preguntó mientras abrazaba la camisa contra su puntiaguda barbilla—. ¿Por qué lo arrancáis de la ventana de esa forma? ¿Eh? ¿Por qué le hacéis esto? Os odio a las dos. Ojalá no hubierais nacido.

Echó a correr a cuatro patas hacia nosotras gritando. Salimos apresuradamente de la habitación. Nuestro escondite no era muy bueno. Estaba en la cocina, en el estrecho espacio entre la nevera verde y la pared revestida con paneles donde se tiraban los calendarios de pared viejos. Los amontonamos encima de nosotras y esperamos.

—Respiras muy fuerte, Arc —susurró Cisi—. Nos encontrará y nos dará de comer al monstruo de la aguja.

Cuando oímos que la puerta del cuarto de nuestra madre se cerraba de golpe, salimos a gatas sabiendo que ella no aparecería el resto de la noche.

—A veces mamá da miedo —confesó Cisi empujando el taburete por el

suelo y subiéndose a él para llegar al teléfono de la pared.

Derramando lágrimas sobre los botones, marcó el número de la abuela Asclepia y contó los segundos que pasaban hasta que ella contestó. Mientras Cisi le contaba a nuestra abuela todo lo que había pasado, yo acerqué una silla a la nevera para poder abrir el congelador y saqué un envase de macarrones con queso congelados.

—Ha puesto las camisas y los pantalones de papá en todas las ventanas —oí decir a Cisi mientras abría el envase y quitaba el plástico antes de meter el recipiente en el horno—. Y luego ha intentado convertirnos en papel.

—No te preocupes, tesoro. —La voz de la abuela resonó en la cocina—. Yo me ocuparé.

A la mañana siguiente nuestra abuela vino con sus pañuelos finos en tres tonos distintos de fucsia. Traía un rollo de tela amarillo chillón debajo del brazo.

—No puedes cubrir la casa con la ropa de un muerto —le dijo a mamá—. A veces no sé qué te pasa por la cabeza, Adelyn.

—Cuánto brilla —observó Cisi estirando el brazo hacia la tela amarilla—. Es lo más bonito que tendremos en la vida, Arc. Seguro que es lo que las mariposas tienen en las alas.

—Esa tela no quedará bien aquí, mamá —apuntó mi madre mientras se miraba a un pequeño espejo sobre la mesa de la cocina.

Se estaba preparando para salir a alguna parte embadurnándose los párpados con delineador. No paró de pintarse el contorno hasta que tuvo que volver a afilar el lápiz de ojos, para lo que usó un cuchillo.

—¿Dónde está Trébol?

La abuela Asclepia hizo sitio a la tela en la mesa recogiendo los platos sucios. El fregadero estaba tan lleno que tuvo que ponerlos en el suelo. Utilizó el pie para esconderlos debajo de la mesa.

—Se ha ido a París —respondió mamá, sacando morros y mandando besos sonoros a su reflejo—. De todas formas, no sé por qué te empeñas en cambiar de cortinas, mamá. Nuestras cortinas están bien. De hecho, son maravillosas.

—Piensa en las niñas, Adelyn.

La abuela Asclepia puso los brazos en jarras.

—¿Abuela? —terció Cisi alargando la mano y tirándole de la manga.

—Oh, casi me olvido. Tomad, nenas.

Nuestra abuela abrió la cremallera de su riñonera y nos dio a mi hermana y a mí un nuevo juego de rotuladores.

El suelo de casa no era de madera, ni de linóleo, ni de moqueta. Era de hormigón duro pintado de blanco por alguien que supongo que pretendía ocultar la dura realidad del suelo sobre el que andaba. Entre la suciedad y la mugre, mi hermana y yo dibujábamos. Casas con familias hechas con muñecos

de palitos. Perros y gatos. Un par de payasos. Caballos que deseábamos que fuesen nuestros y flores que deseábamos tener. Nuestra abuela era quien nos traía rotuladores para asegurarse de que siempre teníamos suficiente rojo para pintar la espalda de la mariquita, suficiente azul para el cielo, suficiente verde para dar vida a las colinas. También dibujábamos a nuestra madre y nuestro padre. Les poníamos sonrisas porque eran dibujos y en los dibujos no hace falta decir la verdad.

—Gracias, abuela Asclepia —dijo Cisi sonriéndole.

Siempre la llamábamos abuela Asclepia,[1] nombre que debía a la planta en la que las mariposas monarca ponían los huevos. No os podéis imaginar la cantidad de veces que levantábamos la mano a los lunares lisos de su cuello y le decíamos que eran los huevos que habían dejado las mariposas que revoloteaban alrededor de las flores que crecían enfrente de la puerta trasera.

—De nada, tesoro. —Mi abuela acarició la cabeza de Cisi—. Y ahora tú y tu hermana id a jugar. Tengo que hablar con vuestra mamá.

Salimos corriendo al pasillo, pero no fuimos lejos y pegamos las orejas a la pared.

—Mira que colgar a su padre de esa forma —estaba diciendo la abuela—. Debería darte vergüenza, Adelyn. ¿Cómo quieres que superen su muerte si su ropa tapa la luz que deberían estar viendo? Mantengo lo que dije ante su tumba. Si no haces limpieza, y me refiero a ti, la casa, todo, volveré a llevármelas.

—Mamá, no empieces —se quejó mi madre—. Trébol está aquí. Todo va bien. Las niñas son felices.

—¿Con quién crees que estás hablando?

—No vas a llevarte a mis hijas, mamá. Si lo haces, me suicidaré. ¿Me oyes? Si ellas no están aquí, ¿qué motivos me quedan para mejorar? Las quiero. Por favor, mamá. Te juro que me suicidaré. ¿Quieres limpiar la sangre de tu hija? ¿Quieres enterrarla? Pues más vale que elijas un ataúd bonito, mamá, porque si te llevas a mis pequeñas, será culpa tuya.

—Oh, Adelyn.

La abuela Asclepia dejó escapar un suspiro profundo y cansado.

Cuando oí que las patas de la silla raspaban contra el suelo, supe que mi madre se había levantado para abrazar a la abuela. Era algo que siempre hacía, justo antes de meter la mano en la riñonera de nuestra abuela y quitarle el dinero que tuviese.

A continuación se hizo el silencio hasta que la abuela Asclepia chasqueó la lengua y dijo:

—Toda la luz tapada… Te encantarán las cortinas amarillas, Adelyn. Te animará ver un color tan alegre. Necesitas más amarillo en tu vida, cariño.

—Ya viene —susurré a Cisi al oído.

Cuando la abuela salió para ir a su coche, nos cogimos de la mano y fuimos corriendo a echarnos en la hierba como si llevásemos allí desde el principio. Ella nos sonrió antes de estirar el brazo hacia el asiento trasero y sacar su robusta máquina de coser.

Formé una bocina con las manos alrededor de la boca y grité:

—¿Vas a coser algo, abuela Asclepia?

—Os voy a coser unas cortinas nuevas, corazón. —Llevaba la máquina de coser con las dos manos y emitía una serie de gruñidos.

—Unas cortinas nuevas, Arc. —Cisi sonrió—. Espero que me haga primero unas para mi cuarto.

A los pocos minutos de que la puerta mosquitera de la entrada se cerrase, oímos el zumbido regular de la máquina de coser. También oímos la discusión. Cisi se sentó y se tapó los oídos. Le agarré una mano y le pregunté:

—¿Quieres ver algo guay, Cisi?

La ayudé a levantarse y nos fuimos corriendo al jardín de la parte trasera.

—Mira allí.

Señalé el avispero que se mantenía en equilibrio en las ramas del arce moribundo.

—Oh —suspiró Cisi—, qué bonito, Arc. *Zzz, zzz, zzz.* ¿Crees que los avispones querrán ser amigos nuestros?

—Puede que no. El avispero está alto. Eso significa que será un invierno duro[2] —dije, como habría hecho la abuela.

Cisi se puso a aplaudir al avispero mientras yo me sentaba y usaba una piedra para raspar las capas de tierra de la base del tronco del arce. Procuraba no escuchar los gritos de mamá, que aumentaron de volumen mientras la máquina de coser seguía funcionando. La voz de la abuela Asclepia era como un eco lejano.

—Aplaude conmigo, Arc. —Cisi zumbaba.

—No puedo —repuse—. Estoy cavando. Voy a buscar algo bonito para que mamá vuelva a ser feliz.

Las dos alzamos la vista al oír que mamá salía corriendo por la puerta trasera. Estaba vestida únicamente con un retal de tela amarillo intenso alrededor de las caderas como una faja caída. Llevaba una botella de vodka en la mano y tenía polvo blanco alrededor de los agujeros de la nariz.

—La abuela se va a enfadar —anunció Cisi mientras yo me levantaba en el agujero que había cavado.

—¿Mamá? —le grité—. Vístete. Vístete, mamá.

Deseé que en ese preciso instante lloviesen camisolas y vaqueros cortados del cielo.

—Está toda sudada —observó Cisi mientras mirábamos cómo relucía el cuerpo de nuestra madre.

—¡Para, mamá! —chillé—. Por favor. ¿Qué haces?

—Está bailando —dijo Cisi riendo como una tonta.

—¿Bailando?

A mí me pareció que se apartaba sobresaltada de algo, como una abeja o una mosca. Tardé un instante en ver que se bamboleaba acompasadamente. Cuando cayó al suelo, no paró. Era como si no se diese cuenta de que tenía la espalda contra la hierba. Siguió balanceando los brazos y agitando las piernas.

—No todas las madres pueden bailar en el suelo, Arc —declaró Cisi, riendo más fuerte.

A mamá se le había corrido el pintalabios naranja. Regueros de rímel azul eléctrico le caían sobre los forúnculos de las mejillas. Era una mujer delgada. Esa delgadez confería a su cuerpo unas líneas duras que parecían esquinas a las que les costaba formar lo que debía ser curvo, como la cintura y las caderas. Mi hermana y yo nos quedamos mirando en silencio las estrechas caderas de nuestra madre, preguntándonos cómo podíamos haber nacido entre ellas.

—Soy libre —gritó mamá al levantarse.

Cuando pasó corriendo junto a nosotras, Cisi estiró el brazo y sus dedos rozaron el extremo de la faja amarilla.

—Soy libre —repitió mamá—. Soy…

A nuestra madre le dio el hipo justo cuando la abuela Asclepia salió de casa, con las gafas en la nariz y una cinta métrica en la mano. Sujetaba la cortina que ya había cosido y abrió mucho los ojos al ver a su hija.

—¿¡Dónde está tu ropa, Adelyn!? —gritó la abuela Asclepia.

—Lo sien… to, ma… má.

Como si quisiese demostrar que la botella de vodka vacía que tenía en la mano no era más que un jarrón, mamá empezó a recoger dientes de león del jardín.

—Por el amor de Dios. Las niñas, Adelyn. —La abuela nos miró a Cisi y a mí antes de sacudir la cortina y perseguir a su hija—. Ven aquí, Adelyn. Para ahora mismo.

Pero mamá no paró. Siguió corriendo, recogiendo dientes de león y metiéndolos en la botella hasta que la boca estuvo llena de tallos. Solo entonces se la tendió a su madre y dijo:

—Te he cogido… flo… res.

—Ya veo. —La abuela Asclepia envolvió rápidamente con la cortina el cuerpo de mamá, que temblaba con cada hipido—. Entra, cariño. Vístete y tranquilízate.

Las dos mujeres entraron en casa. Mi madre, mirando los dientes de león, y su madre, mirando la cortina amarillo intenso. Un minuto más tarde, mamá volvía a correr por el jardín, y la cortina se deslizaba por su espalda como una capa caída. Mientras ella saltaba y brincaba, la abuela lloraba

desconsoladamente en la cocina diciendo que las cortinas habían sido «un tremendo error».

—¿Arc? —dijo Cisi apoyándose en mi costado.

—¿Sí? —Ahora me recosté yo en ella.

—La llorera de la abuela suena como manzanas cayendo de un árbol.

—Sí —asentí—. Algún día nosotras también sonaremos así.

Vimos que mamá se tumbaba en la hierba, pero esta vez no movió un músculo, salvo el parpadeo de los ojos y la ligera elevación del pecho cada vez que le venía el hipo.

—Mamá se va a quedar ahí tumbada tanto tiempo que se convertirá en un pueblo —dijo Cisi—. Nosotras viviremos allí y no pasará nada malo. No morirá el papá de nadie ni se helará ningún río, menos cuando queramos patinar encima con gatos.

—¿Dónde está mi niña de ojos azules? —preguntó mamá. Cuando lo hacía, yo cerraba el ojo izquierdo y Cisi cerraba el derecho hasta que solo se veían nuestros ojos azules—. ¿Dónde está mi niña de ojos verdes? —quiso saber—. Cerramos cada una nuestro ojo azul y dejamos los verdes abiertos.

Mamá sonrió mientras Cisi se acercaba y empezaba a recoger los dientes de león que quedaban en el jardín. Yo me uní a ella. Juntas los colocamos sobre nuestra madre.

—¿Me estáis en… ente… rrando? —preguntó.

—Luego te desenterraré —prometí.

—Cla… ro que sí, pequeña. —Me sonrió—. Tú lo de… sentierras todo.

Eso mismo diría más de una década después, cuando un periodista de Nueva York vino a entrevistarla.

—Mi Arc lo desenterraba todo —les dijo—. A mi Arc le gusta desenterrar. Ella lo desentierra todo.

—¿Por qué? —le preguntaron como si de verdad les importase, pero solo era su trabajo.

—Porque era arqueóloga —contestó mi madre.

—¿Dónde está ahora? ¿Esa hija arqueóloga suya?

—En la tierra. —A mamá se le iluminaron los ojos de esperanza—. En la tierra, desenterrando otra cosa. Cada vez que desentierra algo, me lo trae a casa. Siempre lo ha hecho. Y siempre lo hará. Cuando era niña traía a casa tapones de botella. Otra vez trajo un trozo de cuerda vieja. Luego, un aparato de los dientes que había estado en el suelo mucho tiempo. Se notaba por lo oxidado que estaba el alambre. ¿Se lo imagina? No sé qué me traerá a casa esta vez.

Luego mi madre se sentará a esperar y se colocará lo bastante para saber que hay poco espacio entre el pasado y el presente. En ese espacio, tal vez yo vuelva a casa con ella. Es lo que ella se dirá porque fue lo que yo le prometí.



Pero nunca volveré a casa. Estoy demasiado muerta para hacer algo así.



Casi todo lo que el río sabía tenía que ver con los peces, las corrientes y la materia orgánica que se deposita en sus aguas. Por lo tanto, entendía la descomposición del cuerpo humano como nadie. La erosión. Lo que el río mismo le hace a la tierra que lo rodea. Quitándole más y más hasta que es menos de lo que una vez fue.

La descomposición del cuerpo se producía más despacio con la temperatura fría de su agua que en la hierba cálida. Los largos días y noches flotando serían lo último que el mundo le infligiese a medida que la piel se ablandaba, preparándose para desaparecer. El río observaba cómo los largos mechones de pelo flotaban en su superficie, como gusanos que los peces intentaban comer.

El río sabía lo que tenía que hacer. Entró en los pulmones y volvió el cuerpo lo bastante pesado para que se hundiese hasta el lodo del fondo mientras los halcones se alejaban sobrevolando las colinas. Cuando los ojos se hincharon y el corazón se empapó, el río lo olió. A veces el corazón tenía un olor dulce y amargo. Otras tenía un olor tan parecido a su agua que el río no podía distinguirlos. Se obsesionó con el momento en el que el cuerpo decía: *Soy*.

Bajo estas nubes de Ohio, un río seguirá discurriendo y una madre gritará. En las corrientes avivadas por la lluvia y la niebla, ¿cuánto se alejará un cuerpo de casa?

1 En inglés, *Mamaw Milkweed*. Milkweed significa «algodoncillo», un arbusto de hojas rojas y anaranjadas de la familia de las asclepias. *(Todas las notas son del traductor.)*

2 Alusión al refrán anglosajón *See how high the hornet's nest, 'twill tell how high the snow will rest* («Fíjate en lo alto que está el nido de los avispones, te dirá lo alta que caerá la nieve»), según el cual la altura de los avisperos permite pronosticar lo abundantes que serán las nieves ese invierno.

Capítulo 2

Durante una cantidad de tiempo mínima, soy una rima.

Poeta Narciso

1993

Me llamo Arcade. Me llamaron así por las luces brillantes de la máquina recreativa a la que mi madre jugaba con mi padre cuando estaban lo bastante sobrios para acordarse de cómo se jugaba. Luego me llamaron Arc. Mi madre decía que era su pequeña arqueóloga. A pesar de todas las cosas que he desenterrado, nadie ha venido a desenterrarme a mí.

En la otra vida hay distancias. También hay caballos. Marrón oscuro como almas quemadas. Con las crines negras. Y estrellas blancas en el pecho. Pasan junto a mí galopando tan rápido que solo puedo estirar el brazo para acariciarlos con las puntas de los dedos. Sus cuerpos son cálidos, su respiración es regular. Sus cascos se hunden en la tierra y levantan polvo rojo hasta que cierro los ojos y veo el otoño de 1993.

Era octubre. Las hojas habían cambiado, pero todavía no se habían caído. Las calabazas habían madurado, pero todavía no se habían tallado. El aire frío había llegado, pero las lumbres todavía no ardían. Cisi y yo íbamos a cumplir veinte años. Los cielos estaban llenos de nubes que se movían despacio. Habíamos estado en casa de nuestra amiga. Se llamaba Jueves. Vivía en una caravana que según ella era del color de un perro que ladra. A mí simplemente me parecía marrón.

Estaba cerca del río, a un paseo en coche por el campo y las colinas de las afueras de la ciudad. Sus padres le habían comprado la caravana unos años antes, cuando ella se había negado a volver a casa. Ambos eran profesores y no soportaban la idea de que su hija anduviera en la calle. Le dieron un sitio en el que vivir con la esperanza de que se le quedase pequeño y regresase a casa, donde la aguardaba la vida de horarios cumplidos a rajatabla y planes largamente acariciados que había llevado antes. Ella les dijo que ese momento no llegaría nunca. Incluso se tatuó un sello en el dorso de la mano derecha con la palabra PAGADO. Como los que te ponen en las discotecas. Cuando se lo enseñó a sus padres, les dijo: «¿Lo veis? Me acostaré tarde toda la vida».

Sus padres pagaban las facturas y le llevaban la compra un par de veces por

semana, como hicieron aquel día. El padre, con pantalón caqui y camisa color pastel. La madre iba de azul marino y no paraba de frotar la esfera de su reloj de muñeca con el pulgar. Cisi y yo estábamos en el jardín, viendo cómo el padre le daba a su hija una bolsa de papel llena de artículos como manzanas y un paquete de cereales integrales que sobresalían por la parte de arriba. Ellos miraron a Jueves, pero en lugar de decirle que le vendría bien una ducha, le dijeron que había dejado crecer la hierba demasiado. Y en lugar de decirle que estaba demasiado delgada y sus dientes demasiado podridos, le dijeron que no se olvidase de tomar las vitaminas.

—Están en el fondo de la bolsa —se cuidó de añadir la madre.

Jueves era baja como su madre y morena como su padre. Sus ojos no eran como los de ninguno de los dos. Eran del color del agua profunda. Llevaba el cabello rizado recogido a un lado. Le caía torcido sobre las cejas anchas, ambas perforadas con un *piercing*, como su nariz. La pequeña joya era falsa, pero ella le decía a todo el mundo que era una estrella caída que se había encontrado la noche que el cielo se acordó de ella, aunque ella había dejado de acordarse de él.

—El telescopio sigue en tu cuarto, ¿sabes? —dijo su padre. Se aclaró la garganta—. Si vinieras a casa, podríamos sacarlo al jardín y acabar de seguir el tiempo a través del universo. Buscar nuevas lunas y ponerles los nombres que quieras. ¿Qué te parece?

—No sé, papá. —Jueves rebuscó en la bolsa de la compra—. Vista una jodida estrella, vistas todas, ¿no? Eh, no me habéis traído gominolas.

Alzó la vista de la bolsa.

—Te hemos traído fruta —respondió su madre mientras se metía la mano en el bolsillo trasero y sacaba unos billetes de veinte dólares doblados. Se los dio al padre, que se los dio a su vez a Jueves.

—Dinero para *pizzas* —dijo él antes de volver a aclararse la garganta.

Así lo llamaban, aunque sabían que el dinero no se invertiría en queso y champiñones.

—Gracias. —Jueves lo cogió y se apoyó la bolsa en la cadera—. Bueno, hasta luego, cocodrilos.

—Hasta luego, cocodrilo.

El padre levantó las manos como si fueran unos dientes voraces. Un gesto que hacía desde que ella era una niña. Mientras tanto, su madre ya estaba a mitad de camino del coche. El padre se rezagó, mirando los agujeros de la ropa de su hija, antes de seguir a su mujer. Todavía no habían salido del camino de grava de la entrada cuando Jueves me tendió el dinero.

—Tu regalo de cumpleaños —dijo—. Compra coronas para que todas seamos reinas.

Nos dejó a Cisi y a mí su pequeño coche rojo para que fuésemos a la

ciudad. Por el camino, Cisi se puso desodorante en las axilas antes de meter la mano en mi bolso. El pintalabios que sacó era de un burdeos oscuro. Se lo puso solo en el labio superior y dejó el inferior sin pintar.

—Dos mitades de la misma boca —dijo al tiempo que se estiraba y me ponía pintalabios en el labio inferior.

Cada una solo con la mitad de la boca pintada.

—Dos mitades de lo mismo.

Aparqué en el *parking* del Todo a un Dólar, donde me bajé y cambié el dinero de Jueves por una bolsita de plástico.

—¿Has pillado suficiente? —preguntó Cisi cuando volví al coche.

—Nunca hay suficiente —contesté, metiendo la mano en el bolso y sacando una jeringuilla.

—Hazme una corona de oro, Arc —dijo, sujetándome la cuchara—. La corona más dorada de la historia, con piedras preciosas rojas que yo diré que son los corazones aún latientes de unos pajarillos.

Jadeó cuando le clavé la aguja en la vena. Cuando me tocó el turno a mí, conté hasta diez, perdí la visión un momento y cuando la recuperé tenía la carretera delante. La ciudad desaparecía tras de nosotras y yo aceleré en las curvas; las hojas de los árboles eran un derroche de color amarillo, carmesí y naranja intenso. El polvo seco de los campos entraba por las ventanillas abiertas. Cisi levantó los dedos y fingió que fumaba esas partículas durante todo el trayecto de vuelta a la caravana.

Cuando llegamos, Jueves estaba sentada en el primer escalón, rascándose las costras abiertas de los tobillos. Entre los escalones del porche crecían las malas hierbas, justo por encima de los calcetines blancos caídos contra la parte de arriba de sus zapatillas. El azul medianoche era su color favorito, y llevaba un jersey a rayas de ese tono, aunque, como el resto de su ropa, tenía agujeritos por todas partes. Era la propia Jueves la que los había hecho con las tijeras que guardaba en el bolsillo. Sus padres nunca le preguntaban por qué cortaba la ropa. Simplemente la llevaban a la tienda y le compraban camisetas, pantalones y calcetines nuevos, pero solo cuando los viejos estaban tan estropeados que se veía más piel que tela.

—Me caen bien sus padres —comentó Cisi cuando aparcamos en la entrada—. Debe de estar bien tener un padre sobre la tierra y una madre que no quiere que te mueras.

A pesar de la grava que crujía bajo los neumáticos, no pareció que Jueves nos oyese acercarnos. Se pasó los dedos por las pulseras de las muñecas. A veces era más joyas que mujer. Llevaba múltiples collares, tenía las orejas perforadas hasta arriba, e incluso su cinturón era una cadena de metal de la que pendían amuletos. Todos eran cuentas baratas y gemas de plástico que había colgado ella misma.

—A ti siempre te regala pulseras —dijo Cisi cuando bajamos del coche—. A mí, nunca.

—Eso es porque yo te regalo a ti las mías.

Metí la mano en el coche e hice sonar el claxon.

Jueves alzó por fin la vista.

—¿Tienes las coronas? —preguntó, levantándose, y los tatuajes de estrellas de sus piernas se vieron a través de los agujeros de los vaqueros negros, salpicados de manchas de lejía.

—Las tengo —respondí.

—Sal ya, joder —gritó en dirección a la caravana.

Momentos más tarde, una figura delgada apareció detrás de la puerta mosquitera. Llevaba una sudadera roja desteñida, con las letras griegas de una hermandad cosidas en satén blanco en la pechera. Se llamaba Nell, pero todos la llamábamos Nell Salvia por la sudadera. Desde que la conocía, nunca la había visto sin ella. Estirada le llegaba hasta encima de las huesudas rodillas. A veces no llevaba nada más, como ese día, a pesar de la brisa fresca que soplaba. La sudadera era lo único que le quedaba del año que había estado en la universidad. La compró no porque perteneciese a una hermandad, sino por las letras griegas.

Grecia, como ella se encargaba de decirte, era la cuna de la filosofía. Esa había sido su asignatura principal, y teología la secundaria, antes de abandonar la universidad.

—Como una piedra —decía—. Como una piedra que cae.

Fue ella quien nos explicó el doble significado de «salvia».

—En la antigüedad, cuando construyeron las columnas para sostener todos los templos de piedra —nos explicó—, la palabra «salvia» no solo era el nombre de una planta de jardín. También era una persona. Alguien que curaba y conservaba.[3] Que se pasaba el tiempo pensando en el infinito, el espacio, los vidrios cubiertos de escarcha y los cristales agrietados.

Cuando nos lo contó, Jueves dijo:

—Joder, Nell, pues entonces tú eres una *salvia* de las buenas.

Desde entonces el nombre se le quedó.

Sonrió al abrir la puerta mosquitera, con un pie descalzo apoyado encima del otro.

—¿Por qué cuando traes las coronas —dijo—, nunca brillan tanto como yo imaginaba, Arc? —Suspiró y bajó a la hierba por los escalones del porche.

—Supongo que lo que es bueno es fácil de conseguir.

—¿Quién dijo eso? —quise saber.

—Yo. —Se dio unos golpecitos en el mentón con el dedo—. Y puede que Epicuro dijera algo parecido.

Tenía el flequillo cardado tieso de la laca. Llevaba una ancha diadema

acolchada, una de las baratas de terciopelo que tenía, que le apartaba los gruesos rizos de la cara, y el resto recogidos con una goma. Sus pies descalzos estaban sucios y ásperos. La uña del dedo gordo se hallaba ennegrecida y amoratada.

Dentro de la mano tenía el imán que se había habituado a pasarse de un dedo a otro. Tenía forma de pez, como el róbalo que papá había traído una vez a casa del río. Las aletas eran verde oscuro. El cuerpo, marrón sucio. Los ojos, pequeños y negros.

—¿A qué esperamos? —dijo Jueves—. Vamos a ponernos las coronas en nuestras grasientas cabezas y a ser reinas.

Nell Salvia se subió las gafas de montura metálica por la nariz y dijo quedamente:

—Brillamos y recorremos las estrellas.

—¡Brillamos y recorremos las estrellas! —gritamos todas juntas. Las palabras se habían convertido en una forma de decirle al mundo algo distinto de lo que él nos decía a nosotras.

—A nuestro reino vamos —añadió Nell mientras me rodeaba con el brazo —. Nuestros corazones llenos de barro.

Olí su chicle con sabor a manzana. Siempre estaba mascándolo cuando no estaba mordiéndose las uñas.

—Esperad un segundo —dijo Jueves, y volvió corriendo a la caravana. Regresó con su gran bolso colgado del hombro y una bolsa de patatas fritas en la mano. No nos ofreció ninguna, y supimos que no eran para nosotras. Eran para las ardillas, los mapaches o las zarigüeyas que según Jueves tenían tanta hambre como ella si la dejasen en el monte. Echó algunas patatas fritas entre los hierbajos del jardín, pero no dejó ninguna en el cruce del camino de tierra. Reanudó la operación cuando nos metimos en el campo del otro lado, donde ya habían cosechado el maíz y solo quedaban los tallos rubios cortados. Mientras los mirlos descendían a por las mazorcas abandonadas, Cisi introdujo la mano en la mía, pero solo para escapar con la bolsita de plástico y una sonrisa cada vez más ancha a medida que me adelantaba. Viéndola, deseé tener algo mejor en la mano.

Mi hermana se llamaba Farren Doggs de nacimiento. Desde una tierna edad, la llamábamos Poeta Narciso por la forma en que se ponía entre los narcisos en primavera en casa de la abuela Asclepia. Las flores blancas y amarillas le llegaban a las caderas, y siempre decía algo que rimaba. La rima bastaba para que mi abuela prorrumpiese en aplausos y llamase a Farren su Poeta Narciso.

—¡Poeta Narciso! ¡Poeta Narciso!

La mayoría de la gente la llamaba Cisi para abreviar. Años después de que la abuela muriese, cuando Cisi empezó a ponerse coronas, a menudo decía

algo sin gran valor pero que rimaba y me recordaba las cálidas manos de mi abuela y las flores que tan bien conocíamos.

Cisi era mayor que yo por un solo minuto. Muchas veces me pregunto por ese minuto. Lo veo en color. Azul oscuro en el centro, azul claro en los bordes, plateado entre los muslos ardientes de nuestra madre. ¿Era ese minuto la forma que Cisi tuvo de adelantarse? ¿O mi forma de retrasarme?

Con la muerte, he llegado a la conclusión de que ese minuto entre nosotras solo era la forma de que unas hermanas estuviesen lo más cerca posible una de la otra sin agravar el parto a su madre. Gemelas que, en el útero, decidían salir con sesenta segundos de diferencia. Era lo máximo que nos permitiríamos estar separadas. Lo suficiente para que nuestra madre descansase después del primer gran empujón, pero lo bastante poco para que no estuviésemos mucho tiempo alejadas en el nuevo mundo, al otro lado de las cálidas paredes de su reluciente cuerpo.

La primogénita es recibida con aplausos. Su figura colorada y temerosa es alzada, gritando, al resplandor de las luces que se elevan por encima de su cabeza antes de ser depositada en la mesa para limpiarle lo que la ha mantenido a salvo durante doscientos ochenta días. Yo sería la segunda en nacer, y menos extraordinaria debido a la diferencia que supone un solo minuto.

Una enfermera cogió a Cisi en brazos y se aseguró de decir «Esta es la primera» al entregar a Cisi a nuestra madre.

Observaron cómo mamá se quedaba embobada con su hija, moviéndole los deditos de las manos y los pies.

—¿Quién es mi bebé? —dijo ella mirando a los ojos a la niña que había dejado de gritar entre sus brazos—. ¿Quién es mi bebé bonito? Tú. Te quiero. Sí, te quiero mucho.

Le dieron un minuto para abrazar a Cisi, aguardando el mismo tiempo que yo tardé en nacer. Luego me entregaron a mí diciendo:

—Esta es su segunda hija.

—Ay, Dios. —Mamá me recibió en su brazo izquierdo porque tenía a Cisi tumbada en el pliegue del derecho—. Tú debes de ser mi otro bebé bonito. Claro que sí. —Y entonces desvió la mirada de mi sonrisa rosada a la de Cisi y volvió a la mía—. Dos pequeñinas —Frotó la nariz contra la de cada una de nosotras—. Y las dos sois mías.

Dos niñas de cabello pelirrojo encendido y ojos raros. Mi ojo derecho era azul. El izquierdo era verde. En el caso de Cisi era al revés. Las dos nacimos con heterocromía de iris total. Así es como los médicos llamaban a nuestros ojos de distintos colores. Pero a la sombra de la fábrica de papel, los conocíamos como canicas de bruja.

—Hay cuatro elementos en el universo —nos explicó a Cisi y a mí la abuela

Asclepia—. Tierra, aire, fuego y agua. Vosotras tenéis fuego en el pelo rojo. Tenéis el aire en los pulmones. Y tenéis la tierra en el ojo verde y el agua en el azul. ¿Sabéis por qué? Porque la vieja bruja cogió un trocito de tierra y lo puso en dos canicas. Cogió un trocito de las aguas y lo puso en otras dos canicas. Luego os dio una a cada una para que fueran vuestros ojos, de manera que siempre seáis la mitad de la otra. Un ojo azul para la niña a la que le gusta nadar. —Dio unos golpecitos en la coronilla de Cisi—. Un ojo verde para la niña a la que gusta cavar. —Acto seguido me tocó a mí la cabeza.

—Pero ¿por qué no puedo tener los dos ojos azules? —quiso saber Cisi—. Con lo que me gusta el agua. ¿Y por qué Arc no puede tener dos ojos verdes con lo que le gusta la tierra?

—Porque la vieja bruja sabía que la tierra y el agua están unidas la una a la otra, como vosotras dos —respondió nuestra abuela.

Era por nuestros ojos por los que mi madre decía: «Sois dos mitades de lo mismo». Teníamos la misma risa. La misma sonrisa. La misma afición a la mermelada de uva de la abuela Asclepia. Incluso llevábamos el pelo igual desde el día que Cisi se lanzó a los brazos de la abuela una tarde después de las clases, gritando:

—Se portan muy mal con Arc y conmigo. Parecen perros rabiosos.

—¿Quiénes? —preguntó la abuela.

—Los demás niños. Dicen que solo bebemos kétchup. Que bebemos tanto que nos sale por la coronilla y nos mancha el pelo. Dicen que tenemos tierra en la cara, aunque saben que son pecas. Dicen que deberíamos llevar bolsas de papel en la cabeza. Y Arc lo empeora todo cuando les da patadas y les escupe. Dicen que es fea y que está mal de la cabeza como mamá.

Esa noche, mientras la abuela nos cepillaba el pelo, empezó a separarnos los mechones.

—Tenemos el pelo del color de las brujas —declaró—. Del color del fuego con el que intentaron quemarnos. Un palo aquí. —Trenzó los mechones—. Y un palo aquí. Suficiente para hacer un montón de leña con nuestro pelo.

Cuando llegó a la cola de la trenza, nos la sujetó con horquillas en la coronilla, con el cabello despeinado de punta. Fingió que tenía una cerilla y que prendía fuego a la cola de nuestra trenza.

—Cuando alguien vuelva a burlarse de vosotras —nos aconsejó—, agachad las cabezas y quemadlos con vuestro fuego.

Mientras Cisi se adelantaba con la bolsita de plástico por el maizal, yo contemplé la llama de su cabeza, que parpadeaba a la luz del sol.

—¡Ay! —gritó Nell.

Jueves se inclinó a recoger la botella de plástico cuando Nell levantó su pie descalzo.

—Cuando coges un puñado de tierra de Ohio —dijo Nell Salvia—, encuentras más basura que piedras.

Nell le cogió las patatas fritas a Jueves y las tiró en el sitio en el que había estado la botella de plástico.

—Cada vez que te llevas algo de la tierra —proclamó, arrugando la bolsa y metiéndola en el bolso de Jueves—, debes devolverle algo que al menos los pájaros puedan comer.

—Eres mi jodida filósofa favorita, ¿sabes, Nell Salvia? —exclamó Jueves—. La gran filósofa de Chillicothe, Ohio.

Nell se limitó a sonreír mientras cogía una patata frita del suelo y la masticaba, avanzando y adentrándose en la arboleda.

—Las hojas aquí están quietas —dijo— porque ella vive sola.

—El suelo es desigual —terció Jueves— porque ella vive sola.

Cisi se volvió hacia mí cuando toqué el tronco más cercano y añadió:

—La corteza es dulce porque ella vive sola.

Era algo que hacíamos siempre que atravesábamos esa arboleda porque la primera vez que habíamos estado allí, a Nell se le había caído el pintalabios rojo. Al no encontrarlo en el suelo, dijo:

—No pasa nada. Se lo doy a la arboleda. Porque ella vive sola.

A partir de entonces, hablábamos de la arboleda como si fuese una mujer con la que simplemente nos cruzábamos.

—Nos sobrevivirá a todas —afirmó Nell Salvia—. Porque ella vive sola.

Oímos el río antes de verlo. Las pequeñas ondas que el agua formaba sobre el tronco caído junto a la ribera. Nuestro rincón era una zona aplanada de la orilla de arena donde la maleza crecía alta al pie de un gran roble cuyas ramas se extendían sobre el agua marrón. Nosotros lo llamábamos la Montaña Lejana. Algo que se elevaba con picos rocosos en medio de una gran extensión, muy distinto de las colinas onduladas de Ohio. Un lugar que nos imaginábamos fuera del alcance de todo el mundo menos de nosotras.

A pocos metros orilla arriba había un montón de tierra de la que sobresalía la cubierta de un descapotable de los cincuenta. Cuando lo encontramos estaba enterrado y solo el borde del parabrisas asomaba del suelo. Aprovechando cada vez que volvíamos a la Montaña Lejana, desenterramos el coche y exhumamos los asientos raídos, el volante torcido y el metal pintado de azul.

—Fijaos en todos los agujeros oxidados que tiene —señaló Jueves—. El número de agujeros que haya será el número de veces que todas acabaremos casándonos. —Empezó a contar los agujeros, pero se detuvo para decir—: Mierda, con tanto agujero, tendremos un marido nuevo cada día de la semana.

Lo llamábamos la máquina del tiempo de Cleopatra y nos imaginábamos que había viajado tanto al futuro como al pasado. Daba la impresión de que el

presente era de lo que siempre queríamos escapar.

Cisi fue a sentarse al volante, pero antes se aseguró de darle a Jueves la bolsita de plástico. Jueves era la que preparaba las coronas cuando estábamos en grupo.

—Porque —como ella decía— me las he puesto más tiempo que ninguna de vosotras, zorras.

Mientras cantaba una canción de *rock* de los setenta, abrió el bolso, cuya piel sintética se había desprendido de los tirantes y de los lados.

—¿Tienes mi rotulador de los pecados? —le preguntó Nell Salvia, tendiendo la mano.

Jueves rebuscó en el bolso y finalmente encontró el rotulador negro, que le dio a Nell. Mientras Cisi hacía ver que conducía el coche, vi a Nell Salvia coger su rotulador y trepar el roble desde la roca grande que había debajo.

—Un día de estos te vas a caer de esa maldita cosa —le advirtió Jueves mientras llevaba la botella de plástico a la orilla del río y la llenaba de agua.

—Si me caigo y no vuelvo a levantarme —contestó Nell Salvia sentándose a horcajadas en la rama más baja—, prometedme que me enterraréis boca abajo para que la tierra no me caiga en los ojos y pueda ser la única soñadora muerta que no esté medio cegata.

Estiró el brazo, dio la vuelta a una de las hojas doradas y escribió en la parte inferior. Cuando la tinta del rotulador la traspasó, hizo aparecer las palabras: *He dejado de saber.*

En la hoja carmesí de al lado escribió: *He desperdiciado las horas*.

—No sé por qué te molestas en escribir en las hojas —declaró Jueves poniendo los ojos en blanco.

—Pronto estas hojas se caerán del árbol —contestó Nell Salvia—. Y mis pecados caerán con ellas. Recordad lo que os digo, chicas, 1993 es el último año que seré una reina de la droga.

Mientras Nell seguía escribiendo sus pecados en las hojas y Jueves se sentaba en el suelo a mezclar el agua, yo me incliné y quité la piedra arenisca que había colocado al pie del roble la última vez que habíamos estado allí. Debajo se encontraba el agujero que había empezado a cavar.

—Esa se dedica a trepar árboles y tú a cavar como una rata vieja. —Jueves meneó la cabeza—. No sé lo que esperas encontrar en el suelo, Arc. En Chillicothe no quedan tesoros. ¿Qué buscas?

—Un caballo —respondió Cisi, en voz queda.

—¿Un qué? —preguntó Jueves.

—Un caballo —repetí yo más alto.

—Nuestra madre perdió uno hace mucho. —Cisi apartó la vista, con las manos aún en el volante pero deslizándose de él.

Noté que mis manos se hundían en el agujero mientras Nell Salvia

contemplaba cómo cavaba en la tierra, luego saltó del árbol y tapó el rotulador. Las hojas en las que había escrito se fueron volando empujadas por la brisa por encima de nuestras cabezas. Pensé que ella me diría algo, pero se limitó a mirarme a los ojos antes de sentarse al lado de Jueves, que sujetaba el mechero debajo de la cuchara.

—Como la has mezclado con agua del río —le contó Nell Salvia—, tendremos el río dentro de nosotras. Viviremos eternamente.

—¿A quién coño le importa la eternidad? —Jueves observó cómo la mezcla hervía dentro de la cuchara—. A mí me interesa el presente.

Nell metió la mano en el bolso de Jueves y sacó el cinturón de piel. No conseguía ceñírselo en el enjuto brazo, de modo que sacó la navaja y la usó para hacer un nuevo agujero en el cuero.

—Lo que es bueno es fácil de conseguir —dijo Jueves mientras Nell se apretaba el cinturón.

Volví a tapar el agujero con la piedra arenisca y me arrastré por el suelo junto a Cisi, que se había sentado al otro lado de Jueves. Cuando esta le quitó a Nell Salvia el cinturón del brazo para ponérmelo a mí, comentó:

—Me gustan tus pecas, Arc.

—Son del diablo —le expliqué—. Cogió el polvo de la tierra y me lo sopló a la cara.

—¿Por qué? —Me encontró una vena—. ¿Por qué hizo eso el diablo?

—Porque yo le dije que no podía volar —contesté, sintiendo cómo el metal se introducía en mi piel.

Cerré los ojos, y a continuación oí sus palabras.

—Feliz cumpleaños, Arc Doggs.

Después de inyectarse ella misma, Jueves introdujo aire en la aguja y la clavó en el suelo.

—Un poco para ti también, madre tierra —declaró—, para que te olvides de que a ti tampoco te quieren.

Nos quedamos allí contemplando el agua. A ninguna de nosotras le daba ya subidón. Ese no era el motivo por el que nos despertábamos y pillábamos caballo. Follábamos para pillar más caballo. Toda la tarde trapicheando para el siguiente chute de caballo, caballo, caballo. Asustadas cuando no conseguíamos suficiente dinero para el caballo, caballo, caballo. Lo suficiente para resistir hasta dos horas más tarde, cuando necesitaríamos más. Lo suficiente para aguantar.

No. Lo tomábamos para seguir escapando del ojo de la cerradura. Era como llamábamos al dolor que sobrevenía en ausencia de las coronas. Cuando Cisi me preguntó por qué lo llamaba así, le contesté:

—¿Te acuerdas de cuando éramos niñas y al meter el dedo en el ojo de una cerradura, el metal nos cortaba la piel? Solo conseguíamos empujar el dedo

hasta la mitad porque nos hacía mucho daño ir más lejos. Imagina que siguiéramos, pero no solo con el dedo sino con el cuerpo entero. Nuestros cuerpos enteros forzados a pasar por el ojo de la cerradura, nuestra piel raspándose con el metal. Nuestras caras aplastadas. Nuestros cuerpos rotos, nuestras identidades tan mutiladas como nuestros cuerpos hasta que nos acordamos de todo lo que queremos olvidar. Las mujeres no están hechas para pasar por ojos de cerradura, Cisi. Cuando salimos por el otro lado, hemos perdido una parte de lo que éramos.

Nell Salvia apoyó la cabeza en mi hombro y susurró:

—Brillamos. Recorremos las estrellas. —Se levantó y agarró el bolso de Jueves. Buscó dentro el frasquito de esmalte de uñas. Era uno azul que habíamos comprado entre todas porque era el color más parecido al tono original de la máquina del tiempo de Cleopatra. Hicimos todo lo posible para tapar las manchas de óxido con el esmalte de uñas, como empezó a hacer entonces Nell, pero daba la impresión de que por muchas capas que poníamos, el óxido se había convertido en parte integrante del coche.

Mientras Jueves se tumbaba en la orilla tarareando, Cisi me dio un codazo y señaló el río, diciendo:

—Ahí está. El Ojo de Dios.

—Dicen que siempre aparece en otoño. —La voz de Nell Salvia sonó lejana mientras tapaba un trío de manchas de óxido en la capota con el pintaúñas.

—A que no te atreves a mirarlo, Arc. —Jueves se incorporó—. A ver tu futuro. ¿O te da miedo?

Me puse de pie, bajé por la orilla y me metí en el agua fría. Tan fría que me dejó sin respiración. Me empapó los calcetines y me empezaron a pesar los zapatos. Con todo, seguí hasta que el agua me llegó a la cintura y me situé junto a las hojas que flotaban en la superficie. Miré la oscuridad del agua turbia. Se arremolinaba con las corrientes, la luz del sol como partículas de electricidad estática que destellaban por un segundo cada vez que las ramas se movían de una forma determinada con la brisa. Al avanzar para mirar más detenidamente, perdí pie. El agua me cubrió la cabeza, y la luz del sol desapareció a medida que me hundía más y más. Grité bajo el agua, y se me llenó la garganta al salir a la superficie, falta de aire.

—¿Arc? ¿Qué haces? —La voz de Jueves me llegó desde la orilla.

Me había adentrado tanto en el río que ya no tocaba el fondo con los pies. Las hojas que habían formado el Ojo de Dios se arrastraban sobre las ondas creadas por mis salpicaduras. Se alejaron de mí y pasaron junto a algo pálido que flotaba encima del agua, cerca de la otra orilla.

—Estás chiflada, Arc —gritó Jueves—. Sal del agua, joder.

—Hay algo ahí —dije. Me adentré tanto en el agua que el frío me envolvió. Aun así, me puse a dar brazadas y a agitar la superficie con los pies nadando

hacia el otro lado.

—Es una rama. —La voz de Nell Salvia resonó entre los árboles—. Solo eso.

Cuanto más me acercaba, más tocaba el fondo del río, hundiendo los pies en el lodo. Me situé junto a la figura flotante y vi el pálido cabello pelirrojo flotando en finos mechones.

—¿Cisi? —grité el nombre de mi hermana.

—Estoy aquí, Arc. —Se encontraba en la orilla, al lado de Nell. Jueves estaba metida en el agua hasta las pantorrillas.

—¿Qué es, Arc? —preguntó Jueves, en tono agudo y tenso.

Di la vuelta al cuerpo.

—¿Arc? —gritó Nell Salvia—. ¿Qué es?

—Una chica —respondí, mirando los dos agujeros donde deberían haber estado los ojos—. Es una chica.



El río no tiene brazos ni manos propios. Toca con el agua. Y lo que tocó fue el cuerpo de una mujer que se elevó del fondo cuando los gases se acumularon y lo impulsaron a la superficie.

En corrientes rápidas, un cuerpo puede arrastrarse a lo largo de cierto tiempo y cierta distancia. En caso de estar vestido, la tela se empeña en engancharse en las piedras irregulares. A veces, en ramas de árboles caídos. Los desnudos, como bien sabía el río, son los que se deterioran más.

Si los dioses insisten, el cuerpo puede ser lanzado a la maleza, que le deja cortes y arañazos. Lo peor de todo son las piedras, que tienen tendencia a romperse contra la caja torácica. Esas nuevas heridas sangran. Todos los animales se encaminan al olor, husmeando el aire, esperando que la corriente acerque el cuerpo lo bastante para no tener que mojarse las patas.



3 El término «salvia» deriva del adjetivo *salvus* (sano y salvo) y del verbo *salvare* (salvar, mantener, conservar).

Capítulo 3

Solo puedes volar lo justo y nada más.
Poeta Narciso

1980

Mi hermana y yo observábamos cómo movía las manos. Observábamos cómo movía las manos y pensábamos que eran las dos cosas más viejas del mundo. Más viejas que la propia mujer. Como si al principio solo existiese la tierra, solo existiese la luz, solo existiese la oscuridad y solo existiesen las manos de la abuela Asclepia creadas en el mismo instante.

—¿Crees que nuestras manos envejecerán tanto? —me preguntó Cisi cuando teníamos siete años y estábamos sentadas a los pies de la abuela viendo cómo hacía ganchillo. Lo había susurrado para que nuestra abuela no oyese cómo hablábamos de las venas verde azuladas del dorso de sus manos y de su piel fina como las páginas de la Biblia que había en su mesita de noche.

—Tiene las manos viejas —dije—, pero son fuertes como los tacones de unas botas.

¿Cómo no iban a serlo? Fregaban cazuelas y doblaban sábanas, arrancaban hierbajos del suelo y plantaban bulbos de flor en el mismo agujero. Construían cosas, limpiaban cosas, cocinaban cosas, desmontaban cosas y las recomponían mejor que como estaban. Movían cosas, levantaban cosas y las vendaban, como los cortes que mi hermana y yo nos hicimos cuando decidimos echar a volar del árbol del jardín. En los momentos de sosiego, sus manos nos sostenían la cara cuando nos daba diez besos a cada una.

—Suficientes para que sepáis volver siempre a casa —decía.

En aquel entonces había pocas cosas que Cisi y yo no creyésemos que habían sido creadas por una mujer o a partir de ella. Y se lo debíamos a la abuela Asclepia.

—La lluvia es una mujer que explica el tiempo —nos contaba—. La hierba es una que crece con los años, y el río otra que no se ha reído en la vida y que derrama lágrimas que erosionan la tierra. Todo Chillicothe, Ohio —decía, abriendo mucho los brazos—, es una mujer tumbada de costado en la hierba, una ciudad construida sobre ella de la punta de los dedos a los tobillos. Una mujer que se convence a sí misma de que está en el lado bueno de la cruz y se

queda lo bastante quieta para creerlo. Todas las carreteras de esta ciudad no están cubiertas de piedras, niñas, sino de cicatrices de mujer, porque solo las cicatrices de una mujer son lo bastante fuertes para soportar algo que pasa por encima de ellas una y otra vez.

La abuela Asclepia tenía una melena ondulada de cabello pelirrojo que había encanecido. La llevaba larga por su espalda firme, pero se cortaba los mechones de las orejas para intentar ocultar la papada que le colgaba debajo de la mandíbula. Llevaba varias capas de rímel y lápiz de labios, y se dejaba el resto de su delgada cara limpia. A veces Cisi señalaba los pelos tiesos que le crecían debajo de la mandíbula. Entonces nuestra abuela reía, y se le formaban arrugas en los lados de la cara.

Se ponía pañuelos todos los días, colgados del cuello, atados en el pelo o enrollados en las muñecas. Eran ligeros y finos, algunos con imágenes de flores y otros con frutas o insectos como abejas y mariposas. Nos decía, a Cisi y a mí:

—Algún día vosotras también llevaréis pañuelos, como las mujeres que viajan en el último vagón de los trenes.

La abuela Asclepia siempre llevaba una riñonera de tela con unas rosas grandes contra un fondo negro. Se la abrochaba por encima de sus largas camisetas con motivos estampados. A veces de ángeles y otras de ranas, con mensajes como «Salvemos la selva» o «Gracias a Dios por los nietos». Las combinaba con pantalones de ciclista de licra y calcetines de compresión que se ponía con sandalias verdes, el mismo color de las cuentas de la cadena de la que colgaban sus gafas de leer.

—El nudo corredizo de las viejas —decía con una media sonrisa.

Vivía en una casa de dos pisos construida por amish situada en un solar que había sido una granja. Era un hogar de construcción sencilla pero sólidas puertas donde recibíamos los conocimientos que la abuela Asclepia nos transmitía, como la manera de envasar tomates o de coser un vestido de algodón en una tarde.

—Paciencia, queridas —decía nuestra abuela mientras nos legaba su sabiduría de anciana—. Porque sin paciencia, siempre os pelearéis con la labor que tenéis entre manos.

Luego rompía un bote de su mermelada casera contra la piedra del jardín y decía que era un sacrificio dedicado a nosotras mismas.

—Antiguamente, derramaban la sangre de una cabra en una piedra —nos explicaba—. Pero nosotras derramamos la sangre de la fruta, sabiendo que con ese acto hemos reclamado lo que es nuestro. De nuestro esfuerzo y nuestra elección.

Siempre ponía un paño blanco al pie de la piedra para que la mermelada y los cristales cayesen allí. Mientras yo miraba cómo la mermelada se filtraba por la felpa, nuestra abuela se secaba el sudor de la frente. Mi madre, mi tía y

mi abuela eran mujeres de piel caliente que parecían sudar incluso en plena tormenta de nieve. Mujeres que siempre se ponían rímel mientras sonaba la radio, hablando con orgullo de una antepasada nuestra que había vivido hacía siglos y había sido colgada por bruja no una, sino dos veces. Al romperse la soga, la habían quemado.

—A ella le debemos la piel caliente —dijo un día la abuela Asclepia, revelándonos a mi hermana y a mí que había algo de aquella bruja en nosotras —. No se puede prender fuego a una mujer y esperar que la carne de las mujeres que vengan detrás de ella no note el mismo calor. También a ella le debemos poder soñar el futuro.

—Yo no quiero ser bruja —repuso Cisi—. Tienen verrugas.

—Querida. —Nuestra abuela rodeó la cara de Cisi con sus viejas manos—. Una bruja no es un sombrero picudo ni una escoba ni unas verrugas. Una bruja simplemente es una mujer a la que castigan por ser más sabia que un hombre. Por eso la quemaron a ella. Intentaron acabar con su poder porque una mujer que dice más de lo que debe decir y que hace más de lo que debe hacer es una mujer a la que se intenta silenciar y destruir. Pero hay cosas que ni el fuego puede destruir. Una de esas cosas es la fuerza de una mujer. ¿No quieres ser una mujer así? ¿Una mujer con poder?

—¿No me quemarán a mí también? —preguntó Cisi, con las mejillas envueltas por las manos de nuestra abuela.

La abuela Asclepia se agachó para situarse a la altura de sus ojos. En un tono grave y sombrío, dijo:

—No si tú los quemas a ellos antes.

—Ven aquí, Arc. —Se volvió hacia mí—. Tú también tienes que escuchar esto.

Nos puso una cabeza contra la otra y acto seguido rodeó la mejilla de cada una de nosotras como si tuviésemos la misma cara.

—Escuchadme bien, niñas. —Nuestra abuela habló más seria que nunca—. El poder no solo es físico. No es un forzudo que puede levantar todas las pesas. Es mucho más que eso. Es ser lista. Significa que tienes aguante.

—¿Qué quiere decir «aguante», abuela?

No me acuerdo si fue Cisi o yo quien lo preguntó.

—Significa que sufres algo para conseguir un fin mayor —respondió la abuela—. Porque en este mundo tienes que ser lista y tienes que tener aguante. Y lo más importante, tienes que estar preparada para que te traten como una mujer. Si no estás preparada, te romperás.

—¿Cómo tratan a una mujer? —quise saber yo.

—Como a una persona, no —contestó ella.

Entonces, tal vez viendo el miedo en nuestras caras, dijo en tono más suave:

—Pero vosotras dos tenéis poder. Vosotras dos sois brujas. Como yo.

Ese era uno de los motivos por los que pensábamos que en la tierra en la que vivía la abuela Asclepia habían rociado gasolina y le habían prendido fuego.

—Alguien intentó quemarla —le dije a Cisi.

Allí, en la tierra marrón y quemada, nuestra abuela plantaba bulbos que encargaba por catálogo y apilaba en torres en el porche delante de la puerta mosquitera.

—Cuando sea mayor, tendré mi propio catálogo de bulbos y te lo mandaré por correo para que me los compres a mí, abuela —decía Cisi—. Cada flor que se abra será porque yo se la he dado al mundo.

Nuestra abuela abrazaba a Cisi y le preguntaba:

—¿Has visto el nuevo montón de catálogos? Los he pedido para ti.

—¿Dónde?

Cisi se escurrió de los brazos de nuestra abuela y corrió al porche.

La abuela Asclepia hacía pedidos a todas las empresas que vendían bulbos para entrar en su lista de clientes. Sabía lo mucho que a Cisi le gustaba estudiar detenidamente los catálogos y doblar las esquinas de las páginas con fotos a todo color de sus flores favoritas.

—Me encanta esta y esta y esta.

Había empezado a recortar las fotografías para pegarlas en la cartulina que nuestra abuela nos compraba.

—También pondré tu nombre en los catálogos, Arc —añadió Cisi.

Hizo varios que mandaba por correo a nuestra abuela. En la portada siempre ponía «Poeta Narciso, los mejores bulbos del mundo» escrito con rotulador. Mi nombre aparecía justo debajo del de Cisi.

Nuestra abuela examinaba los catálogos caseros de Cisi anotando el pedido en un bloc de notas.

—¿Me harás un buen precio? —le preguntaba a Cisi—. ¿Me los venderás baratos?

—Solo te costarán una manta de ganchillo —le respondía mi hermana.

Una manta porque, de todas las cosas que la abuela hacía con las manos, el ganchillo era lo que más nos gustaba a Cisi y a mí. Con un solo hilo, podía mover los dedos como si fuesen una superficie que se ondulaba.

—Mis manos llevan el río dentro —nos explicó una vez—. Porque las tuve en el agua el año que desaparecí.

—¿Desapareciste, abuela? —pregunté.

—Todas las mujeres desaparecen de vez en cuando, querida —respondió —. Lo importante no es que desaparezcamos, sino que nos encontremos a nosotras mismas.

La abuela Asclepia hacía círculos y espirales con el hilo. Era como si

supiese cómo Dios lo había hecho y nos lo enseñase en secreto tejiendo paños de cocina y salvamanteles, manoplas y tapetes para su colección de gatos de cristal. Nos tejía a mi hermana y a mí calcetines de ganchillo para los pies y gorros para la cabeza cuando llegaban los fríos meses de invierno.

—Venid a ser mi hilo, niñas —nos decía a Cisi y a mí.

Nos sentábamos en el suelo junto a sus pies, que olían al perfume casero de campanilla y peonía con el que se rociaba los calcetines de compresión. Ella ponía la madeja en el suelo a nuestro lado y nos mandaba que sujetásemos el hilo entre las palmas de las manos.

—Sed mi hilo —repetía, y nosotras levantábamos las manos.

Cuando hacía ganchillo, el hilo tiraba y nos rozaba las palmas de las manos, mientras ella cantaba una canción que una vez nos dijo que sonaba en las habitaciones de la granja en la que se había criado. A veces, en esos momentos, Cisi la llamaba mamá, y nuestra abuela la reprendía diciendo con voz áspera «No» antes de acariciar suavemente a Cisi en la cabeza tras un instante de silencio.

—Debéis sentiros más cerca de Dios cuando hacéis ganchillo —dijo al cabo de un rato—. Es un trabajo de monjas. Así es como empezó. En aquellas épocas oscuras y húmedas, las monjas estaban sentadas en iglesias en las que la única luz que tenían era la de las velas, y hacían ganchillo usando los dedos. No utilizaban agujas como hacemos ahora porque ellas entendían que para coser algo bonito solo necesitas las dos manos.

—Si las monjas no hacían ganchillo con agujas, ¿por qué las usamos nosotras, abuela? —quiso saber Cisi.

—Porque nosotras no somos monjas, querida. —Nuestra abuela nos estudió—. Pero no sería mala idea que las dos os plantearais haceros monjas. Estaríais más seguras en este mundo, y vuestra vieja abuela Asclepia no tendría que preocuparse por vosotras.

—¿Qué tiene que hacer una monja? —Cisi ladeó la cabeza.

—Rezar, sobre todo, cariño —contestó la abuela—, y llevar una vida virtuosa por el Señor Jesucristo. Tendríais un montón de hermanas.

—Pero nosotras ya somos hermanas —apuntó Cisi dándome un codazo en el costado.

—Me refiero a que otras mujeres también serían vuestras hermanas. Os llamaríais «hermana tal» y «hermana cual». —La abuela se mordió la lengua antes de añadir—: Creo que hay que ser católica, pero os enseñarían a serlo y a comer la carne de Cristo, que por lo visto es algo que les gusta mucho. Dudo que en la vida haya algo más importante.

Hizo una pausa lo bastante larga para que a nosotras nos sedujese la idea antes de preguntar:

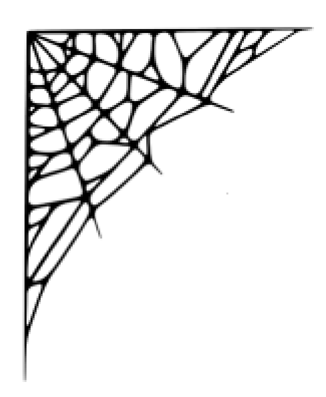
—¿Os haréis monjas, niñas? ¿Por vuestra vieja abuela?

—Creo que no, abuela —contesté.

—No —convino ella suspirando—. Supongo que ninguna de las dos os haréis monjas. Tenéis una risa demasiado escandalosa, como vuestra madre. Y tus manos, Arc, están demasiado sucias. Si tienes que escarbar en la tierra, límpiate las uñas con un cepillo de dientes viejo como te enseñé, por favor. ¿Te acuerdas?

Asentí con la cabeza sabiendo que no me frotaría las uñas. A veces incluso fingía que tenía reliquias diminutas debajo de ellas y que, si me las lavaba, perdería un pequeñísimo fragmento de cerámica por el desagüe.

—Por lo menos podéis pensar en haceros monjas —propuso la abuela—. A lo mejor, si lo pensáis lo bastante, os acaba gustando la idea de rezar y tener más de una hermana. Solo tenéis siete años. Dejaré que pase un tiempo.



—Está bien, abuela.

Cisi sonrió de oreja a oreja.

—Estás hecha un bichito, ¿eh? —Nuestra abuela subió a Cisi en su regazo y empezó a enseñarle a hacer punto de cadeneta, prestando especial atención a los puntos—. Muy bien, mi pequeña Poeta Narciso.

A mí me entregó una aguja de ganchillo y me dio las mismas instrucciones.

—¿Sabíais que antiguamente las campesinas hacían ganchillo porque no podían permitirse el encaje de los reyes ricos? —dijo.

—¿Encaje? Me gusta el encaje —comentó Cisi.

—Pero si nunca lo has visto —le recordé mientras fruncía el ceño mirando mis puntos.

Estaban tan sueltos que podía pasar el dedo por ellos.

—Sí que lo he visto —protestó ella—. La abuela tiene encaje en los rincones de su casa.

—Eso son telarañas, corazón. —Nuestra abuela levantó a mi hermana del regazo y se acercó a mí para quitarme la costura de las manos al tiempo que decía—: Los pobres, envidiosos del encaje de los ricos, decidieron hacer sus

propias cosas finas. —Arrancó mis puntadas defectuosas—. ¿Y sabéis qué? Acabó siendo mejor que el encaje de los ricos. Tus puntos no están bien, Arc.

—Es porque soy una inútil.

Tiré la aguja.

La abuela Asclepia me giró la cara hacia la suya.

—No puedes rendirte porque las cosas se compliquen un poco o nunca avanzarás. Créeme, Arc, a veces la vida es mucho más complicada que un hilo suelto. Venga, vamos. Tú y yo. —Me volvió a poner la aguja de ganchillo y el hilo en la mano—. Vamos a aprender juntas. Tú y yo.

Poco a poco, mis puntos mejoraron. Como premio, nuestra abuela dijo que iba a comprar más hilo para que Cisi y yo hiciésemos nuestra primera manta de cuadros.

—El fondo será negro —nos dijo en la tienda—. Elegid colores que os gusten para los cuadros porque será multicolor.

Empujó el carrito por el pasillo del hilo mientras Cisi y yo nos adelantábamos hacia las estanterías. Cogimos tantas madejas que se nos caían de los brazos.

—Aseguraos de que son de la misma tintada. —Nuestra abuela se puso las gafas de leer y usó el meñique para señalar el numerito de la etiqueta—. Eso garantiza que el color es el mismo.

—Pero son todas moradas, abuela —dije.

—Sí, querida, pero lo que importa es cuando las tiñen de morado. —Agarró una madeja que tenía Cisi—. Algunos de estos son morados tempranos. Otros son morados tardíos. Os interesa comprar los morados del mismo tiempo.

Después de la lección sobre las tintadas, volvimos a casa de la abuela Asclepia con las madejas que habíamos elegido. Por el camino, nos dijo asiendo fuerte el volante:

—Yo enseñé a vuestra madre y a vuestra tía a hacer ganchillo. Se les daba de maravilla, pero encontraron otras cosas en las que centrarse. Vuestra madre podía hacer ganchillo con cualquier cosa. Imaginaos, solía usar una cuchara.

—A mamá le gustan mucho las cucharas —comentó Cisi mirando por la ventanilla.

Nuestra abuela se inclinó y nos miró a través del espejo retrovisor.

—No os aficionéis tanto a las cucharas como vuestra madre —dijo mientras volvía a fijarse en la carretera—. A una mujer con aficiones peligrosas no le espera nada bueno en este mundo. Y la afición a las cucharas es la primera de la lista.

Una vez en casa, descargamos el hilo sobre la mesa. Mientras nuestra abuela entraba en la cocina para prepararnos la comida, Cisi y yo empezamos a hacer los cuadrados de ganchillo.

—Nos llevará una eternidad —dijo mi hermana.

—La eternidad y un día —afirmé, asintiendo con la cabeza.

Lo que parecía la eternidad para dos niñas eran cuatro meses. Se notaba qué cuadros había hecho nuestra abuela porque eran mejores que los míos o los de Cisi. Al final, eso era lo que hacía especial la manta.

Mi hermana y yo estábamos tan orgullosas de la manta que la sujetamos entre las dos y sonreímos mientras nuestra abuela cogía la cámara. La manta de ganchillo era más alta que nosotras, de modo que tuvimos que subirnos en dos sillas para levantarla del suelo de manera que se viese en la foto. La abuela acabó enmarcando esa foto y colgándola en la pared junto al dechado en el que ponía *Hogar, dulce hogar*. Antes de hacerlo, extendió la manta sobre la gran mesa del comedor y dijo:

—Escuchad, niñas. Voy a contaros algo importante. Algo que mi madre me contó a mí. En la vida hay un lado salvaje y un lado bonito.

—¿A qué te refieres, abuela? —le pregunté.

Ella abrió las manos sobre las pulcras filas de cuadrados de la manta.

—Este es el lado bonito —explicó—. Venid, niñas, pasad las manos por este lado.

—Pero ¿qué hay en el lado bonito? —quise saber mientras tocaba las puntadas.

—¿Qué es lo que os hace más felices? —preguntó la abuela Asclepia.

—Yo lo sé. —Cisi levantó la mano como si estuviésemos en el colegio—. Tú y el hilo de hacer ganchillo y los bulbos de flores y las tortugas y los gatos que bailan y Arc.

—¿Y a ti, Arc?

Nuestra abuela se volvió hacia mí.

—Las plumas y la tierra y las palas que se hunden en ella. —Entonces hice ver que excavaba—. Y las diosas que son leonas, el mes de julio todo el año…

—Sí. —Cisi asintió con la cabeza—. Yo me pido eso también.

—Y tú, abuela —añadí—. Y Cisi y el caballo de mamá.

—Entonces eso es lo que hay en el lado bonito. —La abuela Asclepia sonrió —. Las cosas que os hacen más felices. Todas las cosas que están lejos de los fuegos de los hombres.

Mientras las tres palpábamos los cuadrados de la manta, cuyas hileras multicolores resaltaban contra el fondo negro, nuestra abuela dijo:

—En este lado pasan cosas bonitas. Pero en este otro…

Dio la vuelta a la manta de ganchillo, y las arrugas del rabillo de sus ojos se contagiaron de su expresión ceñuda.

—Mirad aquí, niñas. —Pasó los dedos por los hilos que colgaban por la parte de atrás de los cuadrados—. Este es el lado salvaje. ¿Veis que los hilos están sueltos?

—¿Qué hay en el lado salvaje? —preguntó Cisi, alzando la vista a los ojos de la abuela Asclepia.

—Aquí no están vuestras flores, vuestros caballos ni vuestras bonitas diosas. ¿Cuáles son las cosas más terribles que se os ocurren? —preguntó la abuela.

Cisi se volvió hacia mí y contestó:

—Las cosas que mamá y la tía Trébol se pinchan en el brazo.

—Y papá debajo de la sábana blanca —agregué yo.

—Las noches frías. —Cisi se estremeció—. El sonido de la tía Trébol llorando.

—Y de mamá también —apunté.

—Ese es el lado salvaje —concluyó la abuela Asclepia—. El lado que favorece el humor de los monstruos y todas las cosas con las que ellos juegan. ¿Lo veis, niñas? ¿Veis lo salvajes que son estos hilos?

—Pero solo son las puntas de los hilos que asoman, abuela —repuse.

—No, querida. Son más que eso. —La voz de nuestra abuela sonó firme cuando dijo—: Son las astillas que saltan del tronco.

—Pero son muy suaves.

Cisi agarró los hilos.

—Suave es la serpiente, pero duro es el silbido. —Nuestra abuela me miró —. Vivimos en el lado salvaje, niñas. Por eso os cuento esto, para que podáis sobrevivir a él.

Se acercó al armario en el que guardaba el material para hacer manualidades y cogió una aguja grande con un ojo para hebras más gruesas que el hilo de ganchillo. Partiendo de uno de los cuadrados del borde de la manta, empezó a entretejer los hilos sueltos en los cuadrados.

—¿Veis lo que hago? —preguntó—. Remeto las puntas de los hilos en el cuadrado y convierto el lado salvaje en bonito. Quiero que ahora intentéis hacerlo vosotras dos.

Me dio la aguja a mí, mostrándome cómo meter el hilo suelto en el cuadrado de manera que no volviera a verse.

—Cuando el lado salvaje te supera —dijo—, coges una aguja y tejes los hilos.

—¿Una aguja?

Mi hermana la miró.

—Puedes volver el lado salvaje bonito.

La abuela Asclepia cogió la aguja de la mano de mi hermana y empezó a coser las puntas ella misma.

No dijimos nada cuando empezaron a caer silenciosamente lágrimas por sus viejas mejillas. Ni tampoco cuando la luz del exterior empezó a menguar, porque todas las luces de la casa estaban encendidas y nos consolaba saber que



las habitaciones de la casa de la abuela nunca estarían a oscuras.



La posición del ahogado es cuando el cuerpo está boca abajo. Si esto fuese poesía, el cuerpo se daría la vuelta y diría un par de palabras sobre lo que supone ser una criatura de ondas, de algo que flota hacia la tierra que gira. Pero esto es agua marrón y lodo, y en esos sitios en los que el agua no cubre, el cuerpo puede arrastrarse, las manos quedan colgando, los nudillos se raspan. La piel ya no es piel. Los labios ya no son labios. La cara es una faz que ha sobrevivido a un cambio.

Si los dioses han hecho crecer el río, el cuerpo puede ser arrojado tan violentamente contra las rocas que se quede allí, imposible de identificar. En esas ocasiones el río dice: *Me acuerdo de ti. De quién eras. Escucharé lo que tienes que decir. Te devolveré tu nombre, aunque desaparezcas.*

El cuerpo se sumerge y asoma, las venas se disuelven, y la clavícula es un reflejo del cielo entero.

Capítulo 4

Se la llevan de repente. Nos afecta para siempre.
Poeta Narciso

1981

La abuela Asclepia había estado chupando un caramelo de limón delante de su buzón. Abrió la puertecita y metió la mano para sacar las cartas, entre las que había uno de los catálogos caseros de bulbos de Cisi. *Que pases un día estupendo, abuela*, habíamos escrito con rotulador encima de nuestros nombres y de los dibujos de nosotras en la portada. *Te queremos*, firmamos en la contraportada con nuestra mejor letra, y lo rodeamos de corazones y conejos dibujados porque sabíamos que le gustaban.

Jop, jop, jop, escribimos al lado.

Nuestra abuela debía de estar hojeando el catálogo cuando el coche la atropelló y la lanzó contra el algodoncillo de la orilla del camino. Me la imaginaba tumbada boca arriba observando las mariposas que revoloteaban a la luz del sol por encima de ella, posándose de planta en planta, antes de cerrar los ojos. Murió a los pocos minutos del impacto.

El conductor no había bebido, y no hallaron droga en su organismo. Simplemente estaba mirando las colinas por la ventanilla. No se dio cuenta de que su coche se había ido desviando más y más a la derecha.

—¿Crees que en su casa sigue goteando el grifo de arriba? —me preguntó Cisi más tarde en casa, después de que la policía viniese a darles la noticia a mamá y a la tía.

—No sé —contesté. Nunca lo sabríamos porque el condado se quedó con su casa.

—¡Lo que faltaba, que mamá no pagara los impuestos! —gritó nuestra madre cuando se enteró.

A la abuela le resultó imposible estar al día con todas las facturas cuando mamá y la tía Trébol empezaron a robarle dinero y a vender sus cosas, como la colección de gatos de cristal que desapareció poco a poco hasta que lo único que aguantó fue un estante de tapetes de ganchillo y nada más.

Mamá y la tía Trébol optaron por la forma más barata de deshacerse de los restos de su madre. La hicieron quemar.

—A la abuela le gustaría. —Mamá intentó estrecharnos a Cisi y a mí entre sus brazos, pero nos apartamos de ella y nos abrazamos la una a la otra—. ¿Os acordáis de nuestra tatara, tatara, tatara, tatara, un millón de tataras abuela? ¿A la que quemaron por bruja?

Negamos con la cabeza, pues no nos gustaba la forma en que mi madre contaba la historia.

—Ahora a mi mamá la van a quemar como a ella —dijo.

—¡No quiero que quemen a la abuela Asclepia! —gritó Cisi.

—Bueno, no me refiero a quemarla de verdad. —Mamá se retorció las manos—. Ella no lo notará. Por el amor de Dios, está muerta. Pensad que se volverá tan ligera que podrá volar.

—¿Volar? —pregunté.

—Le daremos sus cenizas al viento, y volará —explicó mamá—. ¿No os parece bonito? ¿Dónde está mi niña de ojos azules?

Al ver que Cisi y yo nos quedábamos inmóviles, mamá dijo:

—Vamos. ¿Dónde está?

Las dos cerramos despacio nuestros ojos verdes y mostramos solo los azules.

—Venga, ¿dónde está mi niña de ojos verdes? —preguntó mamá. Cerramos los ojos azules hasta que dijo—: Ahí está. Ahí está.

—Pero ¿dónde estará la abuela ahora? —quiso saber Cisi, abriendo los dos ojos.

La persona que incineró a la abuela puso sus cenizas en una vieja lata de café porque mamá y la tía Trébol no quisieron comprar una de las urnas que el anciano nos ofreció. La lata con sus cenizas se quedó en la encimera de la cocina. Cada día, Cisi preguntaba a mamá y a la tía Trébol cuándo íbamos a darle al viento las cenizas de la abuela.

—Pronto —era todo cuanto nuestra madre decía antes de desaparecer en su cuarto.

Cada mañana, Cisi abría la lata, saludaba a la abuela y le contaba los sueños que había tenido por la noche.

—Tú también deberías hablarle, Arc —me decía Cisi, pero yo me dormía tapándome los oídos con la almohada para no oírla a ella y sus uñas dando golpecitos contra un lado de la lata. La mañana que Cisi entró en la cocina y descubrió que ya no estaba en la encimera, gritó y vino corriendo a mi cuarto.

—Arc, ¿¡has cogido a la abuela!?

Me sacudió fuerte por los hombros.

—¿Qué?

Me incorporé en la cama frotándome los ojos y bostezando.

—La abuela Asclepia. —Me apretó más fuerte los hombros—. ¿La has cogido de la encimera?

—¿Por qué iba a cogerla?

—No me ayudas, Arc. —Se fue corriendo por el pasillo al dormitorio de mamá.

—Yo no he hecho nada —oí decir a la voz ronca de nuestra madre.

Cisi pasó corriendo por delante de la puerta mientras yo salía de la cama y la manta resbalaba al suelo.

Seguí a Cisi hasta el salón bostezando. Mi hermana estaba enfrente de la tía Trébol agitando los brazos.

—Yo no he hecho nada con esas cenizas de mierda —manifestó la tía Trébol. Estaba sentada en el sofá viendo otro de sus documentales de viajes mientras hacía un agujero con un cuchillo en el fondo de una lata vacía que todavía tenía una etiqueta de crema de maíz.

—Entonces, ¿dónde está la abuela Asclepia? —Cisi dejó escapar un grito agudo. No paró hasta que oyó el ruido de la cisterna procedente del cuarto de baño. Un hombre descamisado salió. Se rascó los genitales camino de la cocina.

—¿Has cogido tú la lata de café? —Mi hermana lo siguió—. La lata de café que estaba aquí.

Golpeó la encimera con su pequeño puño en el sitio en el que estaban las cenizas.

—Ese café estaba caducado o algo por el estilo —dijo él—. Sabía fatal. Lo he tirado por el váter.

—¿¡Que has hecho qué!? —chilló Cisi levantando su voz aguda al máximo.

—Tranquila, niña. —El hombre se pasó la mano por su pelo viscoso—. Joder, eres demasiado pequeña para ser tan cafetera. Luego te compro otra cosa.

—¡No era café, gigante feo!

Cisi entró corriendo en el cuarto de baño y salió segundos más tarde con la lata de café vacía.

—¿Qué he hecho? —preguntó el hombre mientras Cisi pasaba por delante de él y escapaba por la puerta principal.

Acto seguido él se sentó en el sofá con Trébol.

Mamá estaba saliendo de su cuarto y avanzaba a tientas por el pasillo porque le costaba abrir los ojos.

—Apestas, mamá —le dije cuando se cruzó conmigo.

—Vete a la mierda… —me espetó ella arrastrando las palabras mientras se dejaba caer en el sofá entre su hermana y el hombre que había tirado a su madre por el váter con su pis matutino.

Suspiré mirándolos a los tres antes de cerrar la puerta principal de un portazo y salir al porche. Cisi estaba sentada en el primer escalón, secándose las lágrimas con la manga.

—Deberías dejar de llorar —le dije sentándome a su lado—. ¿Te acuerdas de que la abuela Asclepia nos dijo que teníamos océanos en los ojos? ¿Y que cada lágrima que perdíamos se llevaba una sirena o un pez? No querrás perder una sirena, una ballena o un pez espectacular, ¿verdad?

Ella lloró más desconsoladamente.

—No es para tanto, Cisi —declaré.

—¿Que no es para tanto? —Ella me clavó sus ojos húmedos—. La abuela Asclepia está en el váter con la caca y el pipí y cosas en las que no quiero ni pensar.

—No. —Enjugué las lágrimas de Cisi con mi manga—. Ella está en el río.

—¿Qué dices? —preguntó.

—Cuando tiras de la cadena —contesté—, va a parar al río. Todo el mundo lo sabe. La abuela Asclepia está con los peces, las tortugas y con todas las cosas brillantes que tanto le gustaban. Y un día a lo mejor incluso acaba en el gran río Nilo porque están todos conectados. Entonces será una diosa, para siempre. Y alguien le construirá una pirámide, y llevará coronas relucientes con joyas de los colores de todos sus pañuelos. No es para tanto, ¿no?

Mientras Cisi miraba dentro de la lata vacía, una sombra cruzó por encima de nuestras cabezas.

Cuando levantamos la vista, vimos una figura. La luz del sol situada a su espalda nos deslumbró y nos impidió verle la cara, pero advertimos que era estrecho de espaldas y que tenía más o menos la estatura de nuestro padre.

—¿Papá? —preguntó Cisi con un hilo de voz.

—Papá está muerto, Cisi —dije, protegiéndome los ojos de la luz—. Es otro hombre.

—Parece que las dos seáis la misma niña —observó él.

—Somos gemelas —afirmamos a la vez.

Él se volvió y anduvo por el jardín mirando los agujeros cavados en la tierra. Sin el halo de luz, le vimos la cara. Los cristales de sus gafas marrones tenían una graduación muy alta y agrandaban sus ojos azules. Azules como las campanillas que trepaban por los postes de la casa de la abuela Asclepia. Aparentaba treinta y tantos años. Empezaba a tener entradas y pronto se vería obligado a decidir si se teñía el pelo o se lo dejaba todo canoso. Llevaba una camisa abotonada con una corbata marrón a juego con unos zapatos de ante marrones.

—Parece que alguien ha estado ocupado —dijo al tiempo que se agachaba y miraba uno de los agujeros.

—Lo hizo ella. —Cisi me apuntó con el dedo—. Le gusta cavar.

—¿Qué buscas?

El hombre levantó la vista y me miró a los ojos. Se me antojó que le quedaría bien un bigote. Su cara parecía demasiado grande sin uno.

—Todo tipo de cosas —respondí mientras Cisi y yo nos levantábamos—. Sobre todo busco algo que mamá perdió hace mucho. Pero es difícil de encontrar. Seguramente lo más difícil de encontrar que hay.

Él nos observó apartándose del agujero y comentó:

—Nunca había visto unos ojos como los vuestros.

—Son canicas de bruja —le dijo Cisi—. Arc me robó el ojo azul en el vientre, y yo le robé el verde para que cada una tuviera un ojo de la otra. ¿A qué ha venido, por cierto?

—Me dijeron que la familia de ella vivía aquí —dijo—. La familia de Eloise Asclepia.

—¿Eloise?

Cisi se volvió hacia mí.

—Se refiere a la abuela —aclaré.

—¿Sois sus nietas? —preguntó él.

Asentimos con la cabeza.

—Ah. —Se puso la mano en la nuca—. Pues lo… siento.

—¿Qué tiene que sentir usted? —inquirió Cisi.

—Es el hombre —le susurré al oído—. ¿No reconoces la foto del periódico? ¿A la que le pusimos bigote?

Ella se volvió de nuevo hacia el hombre que había empezado a evitar nuestra mirada.

—¿Es usted el que mató a la abuela Asclepia? —lo interrogó.

Él asintió despacio con la cabeza a la vez que bajaba la mano de la nuca y se la metía en el bolsillo del pantalón.

—¿Ese es el coche con el que la atropelló? —Miré el vehículo de cuatro puertas azul que había aparcado enfrente de nuestra casa. Era del color del humo de la fábrica de papel.

—Tiene que serlo —dedujo Cisi—. Todavía está abollado. Vamos, Arc.

Dejó la lata de café y me cogió la mano. Corrimos juntas hacia el coche. Ella me soltó la mano con el fin de poder usar las dos para tocar las marcas y las rugosidades del metal deformado.

—La abolladura se parece un poco a la abuela, ¿verdad, Arc? —comentó.

Volví a mirar al hombre, que se acercaba poco a poco por detrás de nosotras.

—Nuestra madre dice que si tuviéramos dinero para un abogado como Dios manda, usted estaría en la cárcel —le dije—, y nuestra tía dice que alguien debería cortarle la cabeza, cocerla en una cazuela y dársela de comer a su mamá.

—Como lo oye. —Cisi asintió con la cabeza—. Es lo que la tía Trébol dice que merece.

—¿Cuántos años tenéis? —preguntó, desplazando la vista de mí a Cisi, y de

vuelta a mí.

—Ocho —respondió Cisi—. Pero cumplimos nueve en octubre. A menos que alguien nos atropelle.

—Entonces no seremos nada —añadí yo.

—Fue un accidente —dijo él como si ya estuviese en el juzgado.

Di una patada al neumático del coche mientras él miraba al vacío y mi hermana mantenía la mano en la abolladura. Rodeé el coche deslizando los dedos y trazando líneas sobre el polvo del camino que cubría las puertas. Me detuve para ponerme de puntillas y pegar la cara al cristal frío de la ventanilla trasera. Allí, entre los vasos vacíos de restaurantes de comida rápida y una bolsa de una tintorería, había un estuche de cuello fino en el asiento trasero.

—¿Qué es eso? —pregunté al hombre.

Él pegó la cara al cristal al lado de la mía.

—Es mi violín —contestó antes de abrir la puerta del coche y sacar el estuche.

Lo puso encima del maletero, abrió los cierres de latón y mostró un forro de terciopelo dorado parcialmente caído.

—Es un violín muy antiguo —explicó levantando el forro deteriorado—. Era de mi abuelo.

—¿También lo atropelló alguien? —quiso saber Cisi, asomando la lengua por el agujero del diente que se le había caído hacía poco.

—No. —Él extrajo el violín con cuidado de su lecho de terciopelo—. Nadie lo atropelló.

—Es bonito como cien abejas a la vez —observó Cisi, zumbando mientras él sostenía el instrumento por encima de nuestras cabezas.

—Es bonito, ¿verdad?

El hombre empezó a sonreír, pero frunció el ceño.

Nos dejó tocar la madera, que era del color de la miel del tarro que la abuela Asclepia chupaba mientras leía la Biblia.

—¿Habéis oído alguna vez un violín, niñas? —preguntó él cogiendo el arco del estuche.

—No sé. —Cisi se volvió hacia mí—. ¿Lo hemos oído, Arc?

—Hemos oído una guitarra por la radio —dije—. Y baterías y todo lo que ponen en la emisora. Sí, puede que fuera un violín.

—Suena así —anunció él antes de coger el instrumento y ponérselo en el hombro.

Pegó la mejilla a la barbada negra y deslizó el arco sobre las cuerdas. Tocó una melodía que me hizo pensar en el humo de la fábrica de papel. Me hizo pensar en cosas que crecían y se hinchaban. En todo lo que es inmenso, hasta que pensé en las noches en la granja de la abuela. La hierba alta. Los grillos como un enorme canturreo. Las ranas toro de voz serena. Las nubes a

medianoche, y allí, en medio de todo, una escalera vieja y pintada de blanco pero desconchada como si no quisiera estarlo.

La música me transportó allí, a las espiguillas que crecían al pie de la escalera. Empecé a pensar que mi padre podría haber construido la escalera por lo desigual que era. Sin líneas rectas. Sin el acabado de un buen trabajo. Temí que, si daba un paso, se vendría toda abajo. Temí que, si no lo hacía, me perdería la última gran verdad de mi vida.

Mientras el hombre tocaba, empecé a subir los escalones y dio la impresión de que esa escalera y yo éramos lo único que existía. No había árboles alrededor. Ni suelo debajo. Ni Cisi ni el hombre existían. Solo estaban los escalones por los que ascendía contra el cielo azul de la noche y las estrellas tan cercanas que me las podía clavar en la palma de la mano. Llegué a lo alto de la escalera, donde había una vieja puerta de madera que daba a una habitación todavía más vieja en la que un hombre bailaba claqué. Me pareció que debía de ser guapo por cómo tenía los huesos de las manos. Unos huesos esbeltos y fuertes que se desplegaban como una maravilla. Llevaba un esmoquin negro, y pensé que sus puños y su sombrero de copa negro tenían algo de mágico. Sus zapatos negros brillaban tanto que se me antojó que el universo estaba en ellos. El universo entero cabía en un par de zapatos del número cuarenta.

No podía ver la cara del hombre, pero estaba segura de que lo conocía. Creo que incluso lo quería. Creo que era mi padre. Y, sin embargo, mi padre nunca tuvo un esmoquin, un sombrero de copa ni unos zapatos negros brillantes. Él nunca tuvo magia ni el universo. Él nunca bailó claqué. Nunca hubo una escalera que subiese a una habitación que no tenía paredes. Nunca hubo una noche de color tan azul que demostrase ella sola mi existencia.

Y aun así, la música sonaba y vi algo azul en el humo de la fábrica de papel, algo centelleante, un hombre que bailaba. Pero puse fin a la ensoñación. Al fin y al cabo, el humo no era tan bonito como todo aquello.

Cisi me dio un codazo y dijo:

—Recuerda el sonido del violín, Arc. Puedes añadirlo al lado bonito.

El hombre dejó de tocar para consultarnos:

—¿Os apetece oír alguna canción en concreto?

Cisi y yo nos miramos antes de mirar la abolladura.

—¿Cuál era la canción que tanto le gustaba a la abuela Asclepia, Arc? —preguntó Cisi.

—*Amazing Grace* —contesté.

El hombre volvió a apoyar la barbilla. Cerró los ojos mientras movía lentamente el arco sobre las cuerdas. Mi hermana dijo adiós en silencio a la abolladura y acto seguido me cogió la mano.

Antes de que volviésemos a entrar en casa, Cisi cogió la lata de café. Una vez dentro, encontramos a mamá y al hombre tumbados en el suelo, mientras

la tía Trébol pasaba una cuerda por el agujero que había hecho en el fondo de la lata de maíz.

Cuando alzó la vista, sus ojos se posaron en la lata que Cisi tenía en la mano.

—Dame eso —dijo.

Cisi miró la lata. Le dio la vuelta como si quisiese comprobar que estaba totalmente vacía. Al ver que no caía nada, se la entregó a Trébol.

Nos fuimos corriendo por el pasillo al cuarto de Cisi, donde quitamos la ropa de nuestro padre para poder levantar la ventana y mirar al hombre. Hasta que no tocó la última nota no abrió los ojos. Nos buscó delante del coche, dentro del vehículo e incluso debajo de él. Supongo que al final se le ocurrió adónde habíamos ido porque miró la casa.

—Dibuja el violín antes de que lo olvidemos, Arc —propuso Cisi sentándose en el suelo—. Yo lo dibujaré a él.

Me agaché a su lado y cogí un rotulador. Mientras Cisi empezaba a dibujarle el pelo en el suelo, oímos la puerta de un coche que se cerraba, seguida del sonido de un motor.

—¿Se marcha? —preguntó Cisi.

Me levanté lo suficiente para ver por la ventana y contesté:

—Sí.

—¿Ya se ha ido?

Esperé a que saliese a la carretera antes de responder que sí, volviendo junto a ella.

—Remete los hilos en el cuadrado, Arc. Vuelve el lado salvaje bonito.

Me tumbé boca abajo y dibujé los hilos mientras contaba:

—La abuela se levantó aquella mañana más contenta que nunca. Preparó una tarta de melocotón y decidió pintar la casa entera de amarillo, como siempre había querido hacer. Una casa amarilla con persianas verdes. Todavía estaba pensando en eso cuando salió al buzón a recoger las cartas. Allí estaba el catálogo de bulbos que nosotras le habíamos hecho. Se alegró tanto de recibirlo que se puso a hacer señas al coche que venía en dirección a ella.

»«Mira qué catálogo más bonito me han hecho mis nietas». Lo levantó para que el hombre de los zapatos de ante lo viera.

»A él le pareció un catálogo tan increíble que sacó el violín y tocó la canción favorita de la abuela. Ella le dijo que le encantaría tener su propio violín, pero él la avisó de que antes tendría que irse para aprender a tocarlo. Ella sabía que nos echaría de menos si se marchaba, pero también sabía que si se iba y aprendía a tocar el violín, cuando volviera podría tocárnoslo. Así que se subió al coche y agarró fuerte el catálogo mientras él conducía. Nos dejó solo para aprender a tocar el violín. No podemos estar tristes por eso porque, cuando vuelva, nos enseñará a tocar, como nos enseñó a hacer ganchillo.

Mi hermana se quedó en silencio mientras las lágrimas le corrían por las mejillas y caían en el pelo que le había dibujado al hombre y que aún estaba pintando de marrón, aunque no quedaba más espacio en blanco.

—La echo de menos, Arc —confesó.

—Lo sé.

Presioné más fuerte con el rotulador contra el suelo.

Cuando acabé de colorear el violín, ella pegó la oreja encima.

—Pon la tuya también —dijo.

Apartó la cabeza lo suficiente para que yo apoyase la mía al lado. Cuando noté el hormigón duro y frío contra la oreja, me preguntó:

—¿Lo oyes, Arc? ¿Oyes a la abuela tocando el violín?

—Sí —contesté en medio del silencio—. La oigo.



A medida que la sangre del cuerpo se descompone, penetra en los tejidos y se oscurece hasta volverse negra. El color de las moscas azules que empiezan a posarse. Los insectos han recibido la llamada.

El río observa cómo horadan el cuerpo y oye los huesos romperse cuando la tortuga caimán ataca un dedo del pie o dos.

Por un momento, el río desvía la vista a una pluma que cae del ala de un pájaro que vuela en lo alto. El río atrapa la pluma y la deja flotar junto al cuerpo. Contiene el aliento, y la superficie se queda quieta. Cuando espira, las ondas se forman, pero la pluma ya no vuela, como tampoco nada ya el cuerpo.

Abandona el sueño y retiene la luz del sol antes de quebrarla en la corriente y dispersar a las moscas.

Por un segundo, el río se sincera cuando dice: La mujer se queda sola.

Capítulo 5

Si presto atención, veré que ella soy yo.
Poeta Narciso

El primer otoño sin la abuela Asclepia las hojas cambiaron de color como siempre habían hecho. Las temperaturas bajaron como los otoños anteriores, y el azul intenso del cielo se tornó en un gris delicado. La vida no se detuvo porque la de ella se hubiese interrumpido.

Cisi y yo arrastrábamos un taburete por casa y nos subíamos en él para mirar en los bolsillos de la ropa de nuestro padre colgada en las ventanas.

—¿Qué hacéis? —preguntó Trébol al salir de la habitación de mamá. Tenía en la mano una cuerda que recorría todo el pasillo.

—Asegurarnos —contesté mientras Cisi metía la mano hasta el fondo del bolsillo de los vaqueros de papá, rebuscando.

—¿Aseguraros de qué? —La tía Trébol se detuvo detrás de nosotras y también curioseó en el bolsillo.

—De que la abuela Asclepia no está atrapada —dijo Cisi.

Pensábamos que nuestra abuela volvería con nosotras. No más grande que una aguja de ganchillo, algo que pudiésemos tener en las manos o perder en un bolsillo, pero lo único que encontramos fueron colillas de cigarro y pelusas.

—Como no dejéis de invocar a los fantasmas, os darán un escarmiento y se divertirán a vuestra costa —amenazó nuestra tía antes de tirar de la cuerda hasta el sofá—. Escupe, escupe, araña, ¿dónde la escondes, anda?

—¿Qué haces, tía Trébol? —la interrogó Cisi saltando del taburete.

—Un teléfono —respondió nuestra tía.

Tenía la vieja lata de café que había contenido las cenizas de la abuela Asclepia. Pasó la cuerda por el agujero que había abierto en el fondo e hizo un nudo. Mientras la tía se dejaba caer en el sofá con la lata contra la oreja, Cisi y yo seguimos la cuerda hasta el cuarto de mamá. Ella estaba tapada con el viejo petate del ejército de papá, tumbada en el colchón, cuyo agujero lateral se había agrandado. Mamá tenía los ojos cerrados, pero asía la lata de crema de maíz, con la cuerda anudada por dentro.

—Vuelve con la tía Trébol —le dije a Cisi quitándole a mamá la lata—. A ver si me oyes por el otro lado.

Cisi salió corriendo. Oí que ella y nuestra tía se peleaban por la lata.

—Déjame intentarlo, tía Trébol —gritaba Cisi—. No la voy a romper.

—Bruja tonta. Esto no es un juguete —gritaba Trébol.

Finalmente, oí la voz de Cisi a través de la lata.

—¿Me oyes, Arc? —preguntó.

—Te oigo —dije por mi extremo—. ¿Me oyes tú?

—Suenas como si estuvieras en la misma habitación. ¿Me…?

La voz de nuestra tía sustituyó la de Cisi.

—¿Me oyes, Addy? —quiso saber.

Miré a mamá. Seguía con los ojos cerrados. Yo sabía que no se despertaría ni aunque la zarandease. Le dejé la lata en la mano y regresé al salón, donde la tía Trébol seguía hablando con la esperanza de que mamá la escuchase. Cisi estaba sentada a su lado en el sofá viendo la tele. En la pantalla iluminada aparecían catedrales de Europa. Al pasar por delante, me detuve frente al estante en el que estaban las fotos de familia. Me puse delante de la de papá. El alférez Diluvio Doggs. Un hombre apuesto de ojos azules y pelo moreno. Aunque en la foto era joven, yo estaba convencida de que había salvado a un millón de personas para cuando el *flash* de la cámara se disparó ante sus ojos. Hice lo que siempre hacía cuando miraba esa foto. Le dediqué el saludo militar, como había visto que hacían los oficiales en la tele y en el cine. *Este es el hombre al que quiero*, pensé. Le hice el saludo por ese motivo y por otros.

Mi padre se llamaba Diluvio porque nació en una riada. La gran riada de 1950 en la que las aguas subieron tanto que la gente se acordó durante décadas. Mientras los remos del bote se hundían en el agua marrón, mi padre nació del vientre de su madre, que gritó tanto que hizo ondear las aguas.

—Parece un salvador en esa foto, ¿verdad? —La tía Trébol había dejado de hablar por la lata. La puso sobre el sofá—. Y sin embargo, no salvó a nadie en esta casa, te lo aseguro. —Empezó a acariciar el cuello de leopardo que llevaba puesto antes de decir—: Anda, alcánzame esa bolsa—. Dio un empujón a Cisi y señaló la bolsa de plástico situada en su lado de la mesa de centro.

—Háblanos de papá —rogó Cisi dejando la bolsa en el regazo de nuestra tía.

Dentro había recibos. Trébol lo llamaba pescar. Se metía en contenedores de basura o recorría aparcamientos en busca de ellos. Luego iba a la tienda, robaba el artículo del recibo y lo llevaba al mostrador diciendo que quería que le devolviesen el dinero.

—¿Que os hable de vuestro padre? —preguntó—. Ja. —Hurgó entre los recibos como un ciempiés con muchos brazos—. Era un gilipollas de campeonato.

—¿Un gilipollas? —Cisi la miró frunciendo el ceño—. No, no lo era, tía Trébol.

—El mayor gilipollas del estado de Ohio. —Trébol escupió en el suelo.

Cisi se puso de pie sobre el cojín del sofá mientras golpeaba con sus puños a la tía Trébol en la cabeza.

—Retíralo. —Mi hermana soltó un grito cuando la bajé del sofá.

—Maldita cría loca. —La tía Trébol empezó a recoger los recibos que se habían caído al suelo.

No pronunció palabra durante unos instantes, y lo único que yo oía eran los jadeos de Cisi, cuyo pequeño pecho se elevaba y descendía rápido mientras fulminaba con la mirada a nuestra tía. Luego, sin apartar la vista de la tele, Trébol dijo:

—Id a dar un paseo en bici las dos.

—Vamos, Cisi. —La arrastré detrás de mí. Le hizo muecas a la tía Trébol hasta que salimos al porche.

—No tiene ni idea —dijo Cisi mientras bajaba corriendo los escalones del porche hasta el lado de la casa donde guardábamos las bicicletas.

Las escondíamos debajo de una lona, con otros trastos apoyados contra la casa para que no nos las robasen. La abuela Asclepia nos había comprado las bicis antes de morir. La mía era de color burdeos, con unas borlas azul marino que colgaban del reluciente manillar de cromo. La de Cisi era de color herrumbre; el naranja contrastaba vivamente con el alquitrán de la carretera.

—Será mejor que nos pongamos zapatos —le dije mientras sacábamos las bicis de debajo de la lona—. Y una chaqueta. Hoy hace frío.

—No, no quiero volver adentro —repuso ella—. ¡Con esa bruja, no! —gritó en dirección a casa—. Venga, vámonos. Entraremos en calor cuando empecemos a pedalear.

Nos montamos en las bicis y avanzamos sobre la grava hasta el asfalto. Al pasar por la fábrica, Cisi me preguntó si me acordaba de lo que decía papá de ella.

—Dilo, Arc. Dilo como él lo decía.

—Hay caballos en el suelo debajo de la fábrica —dije—. El humo es el polvo que levantan con los cascos, y galopan tan rápido que hacen girar el mundo.

Cisi se desvió y entró pedaleando en el área de la fábrica. Yo la seguí de cerca. Rodeamos el edificio mientras ella gritaba para que todos la oyesen:

—¡Hay caballos en el suelo debajo de la fábrica!

Los hombres del aparcamiento se quedaron mirando junto a sus coches.

—¡Hay caballos en el suelo! —repitió ella más fuerte—. ¡Galopa, galopa, galopa!

Se inclinó hacia delante en la bici, con el pelo suelto como una crin.

—¡Y el humo es el polvo que levantan! —chillé, riendo con ella.

Dimos otra vuelta gritando lo más fuerte que pudimos antes de volver a la carretera.

—Ahora todo el mundo sabe que nuestro padre no era un gilipollas —manifestó, levantando los pies de los pedales y sacando las piernas mientras bajábamos por una cuesta—. Que era lo bastante listo para saber lo de los caballos.

Nos dirigimos al centro de la ciudad, a las casas más grandes donde imaginábamos cosas refinadas. Lámparas bonitas, suelos barridos, la luz amarilla del sol como un motivo radiante en las paredes. Creíamos que en esas casas grandes y hermosas todo el mundo conseguía lo que quería. Que las madres y los padres guardaban la distancia suficiente para ser héroes, y los niños nunca se perdían.

Había una casa en concreto que era nuestra favorita. Un edificio de ladrillo de estilo colonial que tenía columnas y persianas más altas que cualquiera de nosotras dos en aquella época. Decían que se había construido cuando fundaron la ciudad. La casa era antigua, pero la piscina era nueva. Una retroexcavadora la había perforado esa misma mañana en el patio trasero. Cisi y yo aparcamos las bicicletas al otro lado de la calle y nos sentamos en el suelo, imaginando el agua fresca y cristalina que un día llenaría aquel agujero de tierra.

—Me encantaría tener mi propia piscina —dijo Cisi, fingiendo que nadaba con los brazos en el aire—. ¿Crees que algún día tendremos esa suerte, Arc?

—Tendremos una casa que sea el doble de grande que esta. Nuestra piscina será ancha como el río.

—Jo, eso sería una pasada. —Cisi flexionó las rodillas y las rodeó con los brazos mientras hablábamos del color del que estarían pintadas las paredes de nuestra casa.

—De rosa y azul, y todas las persianas del verde de la espalda de una lagartija —dije.

—Y tendremos muchas cosas finas que acumulen polvo —añadió Cisi—. Pero no nos importará, porque las hadas comen polvo y serán amigas nuestras. Yo plantaré bulbos alrededor del porche. Bulbos especiales. Se llamarán narcifranes. Una flor mitad narciso, mitad azafrán. Cuando florezcan, silbarán nuestras canciones favoritas.

Hablamos de qué otros bulbos crecerían en la tierra de nuestra casa imaginaria hasta que el sol empezó a ponerse.

—Volvamos a casa, Arc. —Cisi se puso a temblar—. Hace demasiado frío.

—Solo un poquito más. —Le pasé el brazo por los hombros mientras ella temblaba contra mi costado—. Solo un poquito más —repetí.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó—. Más vale que no sean fantasmas ni monstruos.

—No. Estamos esperando para encontrar tesoros.

Mucho después de que el sol se hubiese puesto del todo, ayudé a Cisi a

levantarse.

—Vamos —la insté.

Cruzamos la calle corriendo y recorrimos a gatas el tramo de arbustos bien podados que había a un lado de la casa evitando el resplandor de las luces. Cuando llegamos al jardín, nos quedamos en el borde del agujero. La retroexcavadora todavía estaba allí, aparcada para retomar la faena al día siguiente. Pasé la mano por los grandes neumáticos y la tierra amontonada en ellos. Rompí un terrón dejando que los pedazos se escurriesen entre mis dedos mientras miraba las ventanas oscuras de la casa.

—Están todos en la cama —dije—. No nos verán.

—¿No nos verán hacer qué? —quiso saber Cisi.

—Cavar.

—Espera. —Cisi me agarró el brazo cuando empecé a descender al profundo agujero—. No quiero bajar ahí, Arc.

—No hace falta que bajes. Puedes quedarte aquí arriba mirándome. Avísame si ves algo que brilla tanto que solo puede ser un hueso de dinosaurio.

—Si veo algo que brille así, serás la primera en saberlo.

Se sentó en el borde con los pies colgando y se metió las manos por dentro de la camiseta para mantenerlas calientes.

Yo me deslicé por el lateral del profundo agujero y me sentí como en casa en la tierra fresca. Desde que tengo memoria, siempre sentí una atracción por la tierra con solo mirarla, como si cavar supusiese buscar la respuesta al enigma de quién era yo. Todo desaparecía cuando cavaba. El hogar del que venía, los problemas que allí había, todas las jeringuillas del suelo junto a las que Cisi y yo teníamos que dibujar, nada de eso importaba cuando tenía las manos en la tierra porque lo único en lo que pensaba, lo único que saboreaba en el fondo de la garganta, era la emoción irresistible de lo que podía descubrir con mis manos. Era una sensación poderosa. Yo era alguien con un objetivo. Esa noche, en la parte trasera de la gran casa colonial, cavé con más ahínco de lo que lo había hecho hasta ese momento de mi vida. Tal vez porque el agujero ya era muy hondo, estaba convencida de que me esperaba un gran hallazgo.

A medida que las horas pasaban, Cisi se acurrucó en el suelo y se durmió, mientras yo acumulaba tanta tierra bajo las uñas que tardaría días en quitármela. Durante toda la noche, encontré piedras y raíces y cosas que habitan en lo profundo y lo oscuro. Entonces, justo cuando el sol matutino empezaba a salir, palpé con la mano el borde endurecido de algo que no se parecía a nada que hubiese encontrado antes. Al principio pensé que era el objeto que había pertenecido a mi madre. Lo que ella había perdido. Sentía que era un hallazgo así de especial, pero cuando lo desenterré y lo sostuve en la palma de la mano, vi que se trataba de algo mucho más antiguo que lo que mi madre había perdido. Lo agarré fuerte mientras salía a toda prisa del agujero,

convencida de que los habitantes de la casa estarían levantándose para desayunar tortitas caseras y jarabe de arce puro.

—Cisi. —La desperté sacudiéndola—. Mira lo que he encontrado.

Ella se negó a deshacer el ovillo que había hecho con su cuerpo. Finalmente, abrió un ojo.

—¿Qué es? —preguntó, incorporándose.

—Los indios la hicieron —contesté poniéndola en su mano temblorosa—. Es una punta de flecha —susurré por si alguien interesado en quitármela estaba escuchando—. Es muy antigua.

—¿Más antigua que nosotras? —dijo ella.

—Un millón de años más antigua —respondí—. Puede que mil millones de años más antigua.

—Hala. —Ella sonrió—. ¿Y la has encontrado tú?

—Sí.

—Debes de ser especial para encontrar algo así, Arc.

Miré a mi hermana irguiendo la espalda y estirándome un poco.

—Supongo —concedí—. Sí, supongo que soy bastante especial.

Ella asintió con la cabeza y se limpió los mocos de la nariz con el brazo.

—Siento haberte tenido aquí toda la noche. —dije. Noté el rocío en su piel cuando la abracé.

—Me alegro de que nos hayamos quedado —dijo ella, con los dientes castañeteando—. Me siento como si yo también hubiera encontrado una punta de flecha.

—La hemos encontrado las dos. Vamos. —La ayudé a ponerse de pie—. Quiero enseñársela a mamá.

Nos fuimos corriendo de la casa y nos montamos en las bicis. Cisi tardó un poco en conseguir que las piernas le entrasen en calor para pedalear mientras yo contemplaba mi descubrimiento durante todo el trayecto de vuelta. Cuando llegamos a casa, Trébol estaba en el sofá viendo cómo las arenas del Sáhara se arremolinaban en la pantalla de la tele.

—Mira lo que he encontrado, tía.

Levanté la punta de flecha delante de su cara.

—Escupe, escupe, araña, ¿dónde la escondes, anda? —La tía Trébol se escupió en la yema del dedo y lo puso en la punta de flecha—. Ahí —dijo—, y eso trae mala suerte.

—No, no es verdad —protesté, recuperando la punta de flecha—. Es un descubrimiento especial. Solo quieres estropeármelo.

—Ha matado muchas cosas —declaró ella—. Tiene la sangre sangrienta del pasado en ella.

Se puso el pañuelo nocturno encima de la cabeza y empezó a hablar sin parar de lo violentos que eran los hombres de la antigüedad.

—Pensarás que el pasado es el pasado y que hemos avanzado mucho para que eso se repita —dijo, cogiendo la lata de café y acercándosela al oído como si mamá estuviese hablando por el otro extremo—. Pero te equivocas, Arc. Te equivocas de lleno.

Cisi pasó por delante y recogió una manta del suelo camino de su cuarto. Yo le hice la peineta a Trébol antes de ir corriendo a la habitación de mamá.

A pesar de lo que podía creer nuestra tía, mamá no se encontraba al otro lado de la lata. El bote estaba tirado en el suelo contra su pierna, con el lado abierto pegado al agujero del colchón, que era como un abismo creciente.

—¿Mamá? —pregunté—. ¿Estás despierta?

Ella se dio la vuelta moviendo los ojos tras los párpados cerrados. Le acerqué la punta de flecha al lóbulo de la oreja, solo para asegurarme de que no era de ella. Mi madre no sonrió como lo habría hecho si la punta de flecha hubiese sido el pendiente que había perdido, de modo que la llevé al cuarto de Cisi. Ella ya se había metido en la cama. Me acosté con ella, enroscando nuestros pies fríos.

—Una punta de flecha —susurré—. ¿Te lo puedes creer, Cisi?

Ella no contestó, de modo que la dejé entre nosotras sobre la almohada. Cuando me dormí, tuve un sueño en el que aparecían las llanuras, el polvo azul y rosa del lugar y yo, que lo agitaba y lo levantaba hacia el cielo. No sé cuánto tiempo estuve dormida hasta que el polvo empezó a sacudirse. Mis hombros se sacudían con él. Cuando abrí los ojos vi a Cisi, que tenía las manos encima de mí.

—Despierta, Arc. —Su tono era tan tenso como su forma de agarrarme el hombro—. Se están peleando.

—¿Quién? —Me incorporé.

—Mamá y el hombre. Tengo miedo, Arc.

Oí los gritos. La de él era una voz grave que utilizaba las palabras que siempre oíamos a los hombres chillar a nuestra madre.

—No te preocupes —le dije a Cisi—. Solo es otra pelea. Como siempre. Vuelve a dormir.

—No puedo. —Se tapó los oídos y cerró los ojos apretándolos fuerte.

—Tengo una idea —propuse—. Vamos a dibujar.

Ella bajó de la cama al suelo, llevándose la manta para cubrirse los hombros. Pero antes de que pudiésemos empezar el dibujo, mamá pasó corriendo junto a la puerta en dirección al salón perseguida por el hombre. Él iba diciendo que ella le había robado su llavero de la suerte y que quería recuperarlo.

—Tranquila —susurré a Cisi—. No va a pasar nada.

Nuestra madre soltó un grito, seguido de un estruendo.

—¿Arc? —Cisi se levantó de repente—. ¿Crees que ha hecho daño a

mamá?

—Venga —dije, poniéndome de pie—. Vamos a ver.

Con la mano de Cisi agarrándome fuerte la espalda de la camiseta, salí al oscuro pasillo seguida por mi hermana y vi que la única foto que teníamos de la abuela estaba en el suelo. El cristal del marco se había roto en pedazos.

—Ten cuidado con eso —advertí a Cisi—. Pisa donde pise yo, ¿vale?

Rodeamos de puntillas los cristales esparcidos sobre el dibujo de nosotras andando con unos elefantes que habíamos hecho en el suelo.

—La está matando. —Cisi apuntó al salón con el dedo, donde vimos al hombre y a nuestra madre en el sofá. Él estaba encima de ella, apretándole fuerte el cuello con las manos. Cisi llamó a gritos a la tía Trébol, pero ella ya había salido. Luego llamó a nuestro padre, pero se olvidó de que estaba muerto.

—Tengo miedo, Arc. —Me agarró la camiseta con más fuerza—. No dejes que a mamá le pase nada malo.

—No lo permitiré. —Aparté los dedos de mi hermana de mi camiseta y volví corriendo a su cuarto esquivando los cristales por el camino. Cogí la punta de flecha de la cama y volví al salón lo más rápido que pude olvidándome de los cristales. Había ido dejando un reguero de sangre que había manchado los dibujos. En ese momento, no noté el ancho tajo que me había hecho en el arco del pie. Corría para salvar la vida de mi madre.

Grité como había visto que hacían las guerreras en la tele antes de clavar la punta de flecha en el costado derecho del hombre. Él miró la sangre que se filtraba por su camiseta blanca y apartó lentamente las manos del cuello de mi madre. Ella abrió la boca para respirar mientras él se levantaba la camiseta para mirar la herida. Ese hombre que se había lanzado a por mi madre como todos los hombres hacían no moriría. Pero la herida era lo bastante profunda para hacerle saber que yo estaba allí y que estaba preparada.

—Mocosa de mierda. —Puso los dos pies en el suelo, con sus botas grandes y curtidas.

—No te acerques a mi mamá. —Levanté la punta de flecha y gruñí como el *pit bull* del vecino gruñía a las ardillas. Incluso ladré por si acaso. Ella era mi madre, y no estaba dispuesta a que los lobos me la quitasen.

—Saqué esta punta de flecha de un agujero muy grande y muy profundo —le dije—. Y como no te largues, te tiraré a ese agujero, aunque sea lo último que haga. Ahora deja a mi mamá en paz. También se lo contaré a mi papá. Y me dirá que te meta en ese agujero.

—Tarada de mierda.

El hombre siguió soltando tacos mientras se dirigía a la puerta, apuntando a mamá con el dedo y jurando que volvería.

Mamá se hizo un ovillo y se meció en el sofá gimoteando. Cisi y yo nos

sentamos en el suelo a su lado.

—Tienes la sangre muy roja, Arc —observó Cisi envolviéndome los pies con la manta.

—Ya.

—¿Eso de ahí es su sangre?

Señaló la punta de flecha.

—Sí —respondí—. Y ahí se quedará.

Mientras mamá se deslizaba del sofá y volvía arrastrándose a su cuarto, Cisi dijo:

—Somos como las hermanas Trung, ¿verdad? Tan valientes como ellas.

Le había contado la historia de las hermanas Trung después de leer sobre ellas en un libro de la biblioteca. Desde entonces, me pedía que le repitiese esa historia una y otra vez.

—Háblame de ellas otra vez, Arc —dijo, cogiendo un rotulador y empezando a dibujar en el suelo.

—En Vietnam, cuando era viejo y antiguo —relaté—, había dos hermanas que amenazaban con los puños a los hombres malos que querían quitárselo todo. Que querían que vivieran como lo que no eran. Las hermanas se cabrearon, se hicieron fuertes y formaron un ejército de mujeres. Ese ejército hizo retroceder a los monstruos malvados. Las hermanas Trung ganaron, todo el mundo fue feliz, y las hicieron reinas.

—Reinas —repitió Cisi sonriendo.

Observé cómo ella dibujaba en el suelo mientras el dolor del pie aumentaba. Cuando empecé a llorar, Cisi me dio un beso en la mejilla y me dijo que todo iría bien. Se levantó y entró en la cocina. Cuando volvió, traía una de las botellas de vodka de mamá.

—Bebe de esto —me instó—. Mamá siempre se duerme después de tomarlo. Te dormirás y cuando te despiertes ya no te dolerá el pie.

—No sé si debo.

—Te duele el pie, ¿no?

Me dio la botella. Ya estaba abierta. Alrededor del borde había un rastro del pintalabios de nuestra madre.

Cuando bebí un trago, me quemó.

—Está malo. —Traté de darle la botella, pero ella me dijo:

—Bebe hasta que no esté malo.

Me llené con un par de tragos más que me costó no devolver. Luego empecé a sentir como si la habitación flotase a mi alrededor. Parpadeé y vi a Cisi. Volví a parpadear y vi a la tía Trébol. El delineador con forma de alambrada de espino se le había corrido hasta la mejilla y llevaba los zapatos en la mano.

—¿De qué está manchado el suelo? —preguntó.

—De sangre —le dijo Cisi.

—¿Sangre? Déjame ver, Arc. —Me levantó el pie como debería haber hecho mi madre—. ¡Santo Dios, Addy, ¿le has visto el pie?! —gritó por el pasillo a la puerta cerrada de mi madre—. ¿Qué coño ha pasado?

—No ha sido culpa mía —fue todo cuanto yo dije mientras la tía Trébol me quitaba la botella de alcohol.

—Maldito fuego, pues menos mal que te has llenado el tanque de esta gasolina —comentó—. Lo que te espera no será tan agradable. ¿Cisi? Mira si la vieja aguja de coser sigue en ese cajón.

Lo último que vi fue a mi tía inclinada por encima de mí y la luz del techo reflejada en la aguja de coser que tenía en la mano. Luego la habitación empezó a girar tan rápido que tuve que cerrar los ojos para que no me saltasen de la cabeza. Cuando recobré el conocimiento un poco más tarde, Trébol estaba sentada en el sofá viendo un programa sobre la Gran Muralla China. Yo tenía el pie apoyado sobre su pierna. Cisi estaba en el suelo con un rotulador rojo, haciendo un dibujo de mi pie con puntos de sutura.

—No deberías haber hecho lo que hiciste, Arc —me reprendió mi tía cuando me incorporé.

—¿Qué hice?

Miré a mi hermana.

—Lo siento, Arc —se disculpó ella—. He tenido que contarle lo que pasó.

—Nunca hay que provocarlos —continuó nuestra tía—. Hay que dejar que los hombres hagan lo que quieran. Al final paran ellos solitos. Pero tú te arriesgaste a cabrearlo más. ¿Y si hubiera sido un camello? Te habría hecho unos cortes mucho peores que el cristal.

Yo sabía que iba a decir: «No se juega con un camello». Cuando lo dijo, yo también lo dije. Ella frunció los labios y me puso mala cara.

—¿Sabes por qué llevo este alambre de espino? —Señaló el delineador—. Para no ser yo la que se corte. Así son ellos los que se cortan.

—Él solo era un *john*[4] —dije, como si tuviese edad para saber lo que eso significaba.

Mientras Cisi me miraba el pie, preguntó a la tía Trébol por qué no había puesto ni una gota de mi sangre en su cinturón.

—Porque solo mi sangre acaba en el cinturón —explicó ella.

—No me… —Dejé la cabeza colgando por el borde del sofá—. No me encuentro muy bien.

—No me extraña —declaró Trébol con una risita—. Has bebido alcohol fuerte como una idiota. Ahora te toca aguantar.

Me recosté en el sofá y empecé a pensar en mi madre, cuya puerta seguía cerrada al final del pasillo. Empecé a pensar si era culpa suya.

¿Por qué no me miró el pie como me lo miró mi tía? —pensé—. ¿Por qué

no fue mi madre quien me cogió en brazos?

Mamá no me dijo nada esa noche, pero me metió en la cama. Algo que no había hecho desde que papá había muerto. Cuando me besó la frente, aferré la punta de flecha con tanta fuerza que noté cómo su contorno se me clavaba en la palma de la mano como si fuese algo encendido.

—¿Qué es eso? —inquirió.

—Una punta de flecha —respondí—. Me la encontré. ¿Mamá? Me duele el pie —dije, pero ella ya se había encaminado tambaleándose a la puerta.

Cisi estuvo a punto de tirarla al suelo cuando pasó por su lado dándole un empujón.

—Quiero dormir contigo, Arc.

Se metió en la cama conmigo.

Mi madre nos miró a las dos. Dio la impresión de que sonreía justo antes de apagar la luz. La oímos susurrar en el pasillo.

—¿Qué ha dicho? —me preguntó mi hermana.

—Ha dicho que nos quiere —contesté.

Tal vez solo era lo que yo quería oírle decir. O tal vez lo dijo realmente, justo antes de recorrer el pasillo hasta su colchón tirado en el suelo.

Cisi me miró, y supe lo que iba a decir.

—Remete los hilos en el cuadrado, Arc. Déjanos ver el lado bonito.

Mientras ella apoyaba la cabeza en mi pecho, dije:

—Había un hombre en casa. Tú entraste en mi cuarto asustada. Yo te dije que no tenías nada que temer. Para demostrarlo, te llevé por el pasillo y vimos al hombre con las manos en el cuello de mamá.

—Ahogándola —soltó Cisi.

—No —respondí—. No la estaba ahogando. Le estaba dando un bonito collar. Y los gritos no eran gritos. Eran risas. Cuando el hombre se apartó para mirar el collar en el cuello de mamá, nos dimos cuenta de que no era un hombre cualquiera. Era papá.

»«¿A que está guapa?», nos preguntó mientras mamá se giraba con una gran sonrisa en la cara, enseñando su collar nuevo.

»«Brilla como las estrellas», le dijiste tú.

»Entonces yo volví corriendo por el pasillo a mi cuarto a por la punta de flecha.

—Para clavársela al hombre —susurró Cisi.

—Eso es lo que pasó en el lado salvaje —dije—. Pero en el lado bonito, cogí la punta de flecha para dársela a papá. Él la sujetó en la palma de la mano y cerró los dedos. Cuando abrió la mano, la punta de flecha se había convertido en un relicario brillante que tenía fotos nuestras. Él cogió el relicario y lo enganchó en el collar de mamá, y ella se puso todavía más contenta.

—¿Y la sangre? —quiso saber Cisi—. La sangre del corte del pie.

—No era sangre —aclaré—, porque no había cristales, porque no había habido pelea y la foto de la abuela Asclepia no se había roto. El rojo era de nuestros dibujos. Habían cobrado vida. No solo yo tenía color en el pie, sino todos nosotros. Y no solo rojo. También azul y amarillo y todos los colores de rotulador que hemos utilizado. Papá se quitó las botas militares para estar descalzo como nosotras mientras bailábamos por la casa, siguiendo el color de una habitación a otra. Bailamos toda la noche como osos con cascabeles.

—Siempre he querido bailar —confesó Cisi metiendo la cabeza debajo de mi brazo.

—Todavía estás temblando —le dije.

—No he entrado en calor desde anoche —reconoció ella.

Se sonó la nariz en la manta antes de dormirse entre ronquidos ásperos.

Agarré fuerte la punta de flecha y le dije:

—Debo de ser especial para haberte encontrado.

A la mañana siguiente, tenía la mano vacía y la punta de flecha había desaparecido.



Plic, ploc. Plic, ploc.

En el tracto respiratorio inferior, hay regalos del río en forma de tierra y plantas. El río ofrece esas cosas porque es lo que tiene que ofrecer.

En el bosque, un coyote aúlla. El cuerpo de la mujer se mueve. Se sacude. Chapotea. Pero no porque haya resucitado, sino por los peces. Han entrado en la boca, las heridas, los agujeros que ya no se cierran. Han entrado en busca de un alma, y en lugar de eso han encontrado algo que comer.

4 Expresión coloquial inglesa para referirse al cliente de una prostituta.

Capítulo 6

Ya no volveré, a menos que me aferres bien.
Poeta Narciso

La de ese año fue una gripe especialmente terrible. Cisi estaba bajo la manta. Hacía tiempo que estaba en la cama, cuando no estaba vomitando en el cubo.

—Deberías prepararte por si la niña no sobrevive —le dijo la tía Trébol a mamá por la lata. Yo estaba sentada en el sofá con mi tía porque no se fiaba de que no me fuese a deslizar al cuarto de Cisi «como una jodida serpiente».

—¿No podemos ver otra cosa? —le pregunté, mirando la tele. Era otro documental sobre un lugar que no era Chillicothe—. No sé por qué ves esos programas —dije, rascándome alrededor de los puntos del pie—. No vas a ir a ninguno de esos sitios, tía.

—Oye. —La tía Trébol me agarró la barbilla—. No se te ocurra decir eso de mí.

—Pero si no vas a ir.

Me dio una bofetada.

—Me ha dolido, tía.

Me toqué la piel; el escozor era algo a lo que me había acostumbrado.

—No tienes ningún derecho a hablarme así. —Se cubrió los hombros con su pañuelo nocturno y se puso derecho el cuello de imitación de piel de leopardo. Nadie tenía en gran estima a la tía Trébol. Supongo que yo también era culpable de eso.

Nos quedamos en silencio mientras por la tele desfilaban imágenes de Italia. Estaban en la PBS, uno de los canales favoritos de nuestra tía, y se trataba de una serie sobre el arte y los lugares donde se crea. Un cuadro a todo color de una mujer con una media sonrisa en la cara apareció en la pantalla.

—¿No podemos al menos verlo con el volumen puesto? —pregunté.

—¿Para qué lo necesitas? —Ella apoyó la pierna, cubierta de nuevas llagas, en la mesa de centro.

—Quiero saber lo que estoy viendo —dije.

—Estás viendo la *Mona Lisa*, idiota. La *Mona Lisa* —repitió como una experta.

Me sorprendió que supiese cómo se llamaba el cuadro, y no digamos que existía. Agaché la cabeza por pensar en ella como el resto de la gente, como

una drogadicta de pocas luces y una mujer de ambiciones insignificantes y mente estrecha. Mi tía. Una mujer con un diente mellado por el que te salpicaba agua. Tanto mi tía como mi madre eran mujeres que podrían haber sido reinas en otro desfile si no hubiesen estado tan a gusto en el agujero que parecían hacer más hondo cada día que pasaba.

—Siempre he querido verlo en persona —dijo, inclinándose hacia el cuadro.

—¿Por qué no vas a verlo? —pregunté, pensando que, si tanto anhelaba algo, tendría un buen motivo para dejar de calentar cucharas con mecheros.

En mi tierna mente, pensaba que podía ser así de simple.

—No seas estúpida —me espetó. Entonces, a la luz azul de sus pensamientos, su ceño fruncido se convirtió en la expresión de alguien que está a punto de llorar—. Nunca lo veré. —Pronunció las palabras con una risita tenue al final, como si la tristeza no fuese más que un cambio de cara—. Salvo en la tele.

—Podrías verlo si quisieras ir a…

—¿Si quisiera ir adónde?

Se volvió hacia mí reclinándose en el sofá, como si quisiese verme bien.

—Si quisieras ir a uno de esos sitios —contesté.

—¿Qué sitios?

—Nuestro profesor dice que hay un sitio donde te quitan la droga y te curan.

—¿Rehabilitación? —Mi tía rio—. ¿Quieres saber lo que es la rehabilitación?

Asentí con la cabeza.

—Es un sitio lleno de espejos —dijo—. Te obligan a mirar tu reflejo noche y día. No pienso ir a un sitio lleno de espejos ni de coña. Sé lo que soy y lo que no soy. No tiene sentido vivir de ilusiones. Una yonqui es una yonqui para siempre. ¿Me entiendes? No hay nada que pueda cambiar nuestras costumbres. Nada.

Cogió la lata y habló por ella.

—Oye, Addy, escucha lo que acaba de decir la tonta del culo de tu hija.

Me levanté del sofá y corrí por el pasillo apoyándome en el pie bueno.

—Como entres en la habitación de tu hermana, te despellejo viva.

La voz de mi tía me siguió. Me detuve ante la puerta de Cisi. Estaba cerrada a cal y canto. Me incliné y metí el dedo por el agujero de la cerradura, empujándolo más y más…

—Más te vale que no estés delante de esa puñetera puerta, Arc.

Eché a correr al oír la voz de la tía Trébol y no me detuve hasta que estuve en la habitación de mamá. Me senté junto al agujero del colchón. Había aumentado de tamaño desde la última vez que lo había visto. Vi que había

cosas nuevas embutidas en el interior.

—¿Qué tienes aquí dentro, mamá? —pregunté cuando se dio la vuelta, con la cara sudorosa.

Tenía una jeringuilla en la mano y se masajeaba la piel del brazo amoratado de arriba abajo.

Introduje la mano en el agujero y saqué unas gafas de sol de hombre, un llavero de pata de conejo y unos frascos de pastillas vacíos. Había llaves y hebillas de cinturón, incluso una visera cortada de una gorra. Había más cosas que no podía ver metidas al fondo del colchón. Cosas que estaban fuera de mi alcance.

—¿Por qué metes todas estas cosas en el colchón, mamá? —pregunté.

—Tú tienes la culpa de que Cisi esté enferma, Arc —dijo—. No deberías haberla… haberla tenido fuera toda la puñetera no… noche. Dejaste que cogiera frí… frío. Tú tienes toda la culpa.

—¿Has visto mis puntos, mamá?

Le enseñé el pie, pero ella lo apartó.

Cogió la lata y tiró de la cuerda para asegurarse de que estaba tensa antes de pronunciar el nombre de Trébol por ella. Mi tía entró a los pocos segundos.

—Estoy aquí, Addy —anunció—. ¿Qué necesitas?

—Mira a ver si me encuentras una vena —fue todo lo que dijo mamá, tendiéndole la jeringuilla.

Mientras la tía Trébol tomaba el brazo de mi madre entre las manos y lo examinaba, me fui cojeando por el pasillo y me quedé delante de la puerta cerrada del cuarto de mi hermana. La abrí sin hacer ruido. Pensaba que la habitación se vería distinta de como se veía cuando Cisi estaba bien. Al ser el cuarto de una enferma, pensaba que todo habría cambiado. Los colores desvaídos, la luz atenuada. Las paredes desconchadas. Pensaba que cuando tocase las cosas del cuarto, estarían blandas como la fruta podrida. Pero las cosas duras seguían estando duras y las cosas sólidas seguían estando sólidas.

Sin embargo, la habitación olía a cebolla. La tía Trébol había robado una de la tienda, se la había metido en el bolso y la había llevado a casa. La cortó como había que cortarla según la abuela Asclepia. Hasta que te lloren los ojos. Entonces la puso en un plato y la dejó en la mesilla de noche de Cisi. Supongo que pensaba que, si decía las palabras adecuadas sobre la cebolla cruda, se volvería mágica como aseguraba la abuela, y se llevaría la enfermedad de la habitación en un periquete. Lo único que pasó fue que una cebolla se quedó mucho tiempo en un plato en el cuarto de una niña muy enferma.

Me quedé al lado de la cama de Cisi y miré sus ojos enrojecidos. Ella estaba mirando al techo, observando cómo el ventilador daba vueltas lentamente. Llevaba una sudadera que la abuela Asclepia le había comprado. Era de color crema con las mangas azul claro. En la pechera aparecía Holly Hobbie, una

niña con un largo vestido lleno de remiendos y una capota en la cabeza. Debajo de la sudadera, Cisi llevaba una combinación rosa. El encaje de la parte de abajo tenía rosas y hojas. Tenía puestos unos calcetines largos de color chocolate, pero se le había caído uno al tobillo.

Cuando empecé a agarrar la manta, ella giró despacio la cara sudorosa y me dijo:

—¿Qué haces aquí? Sabes que no puedes estar cerca de mí. Te pondrás mala también. Vete, Arc.

—En 1918 —dije—, la gripe española mató a más personas en un año que la primera guerra mundial en los cuatro años que duró.

Había marcado el dato en uno de mis libros de historia favoritos.

—¿Me voy a morir, Arc? —quiso saber ella, demasiado enferma para sentir el miedo de su pregunta.

—Te morirías si no me tuvieras a mí. —Me metí en la cama y me acurruqué contra ella abrazándola fuerte. Cuando le cubrí los pies con el mío bueno, noté que tenía los calcetines empapados de sudor frío. Respiraba por la boca. Su aliento caliente y hediondo me dio en la cara. Cerré los ojos y me imaginé sus gérmenes como ciempiés que se arrastraban de su piel a la mía, donde hurgaban muy dentro de mí.

—Mataremos al monstruo juntas —le prometí.

Tuvimos fiebre y vomitamos y llenamos cubos con la cara siniestra de la enfermedad. Recuerdo a mi madre en la habitación una vez.

—Joder, te advertí que no entrases aquí, Arc —decía.

Su figura retrocedió para quedarse en la puerta, la cabeza girada hacia el salón para decirle a su hermana:

—Arc está aquí. Está en la cama con Cisi. Se suponía que tenías que vigilarla.

—No hay quien vigile a Arc —chilló mi tía—. Se empeña en hacer idioteces y, lo peor de todo, tiene la cabeza más dura que una piedra.

La tía Trébol apareció junto a mamá.

—No hay que tocar a la muerte en el hombro cuando mira para otro lado —afirmó mi tía—. Arc ya le ha tocado el hombro. Será mejor que les pintes los labios a las dos para que al menos estén guapas cuando llegue la muerte.

Noté que la mano fría de mamá me sujetaba la barbilla y me pintaba el labio inferior con pintalabios. Estiró el brazo y le pintó a Cisi la parte superior de la boca.

—Sois la mitad de la misma boca —nos dijo—. Qué guapas estáis ahora.

Cuando volví a mirar, no era mamá, sino la tía Trébol.

—Escupe, escupe, araña, ¿dónde la escondes, anda? —Mi tía se escupió en la palma de la mano y me dio con ella en la frente—. Ahí.

—Creo que yo también estoy enfermando —dijo mamá, y se fue por el

pasillo a su habitación, sin saber si las náuseas que notaba se debían a la gripe que sus hijas le habían contagiado o si simplemente era el efecto del colocón.

—Tengo miedo, Arc.

Cisi se agarró a mi brazo. Todavía me acuerdo de lo rápido que le había subido la fiebre y de cómo se salpicaba la sudadera de sangre cuando tosía.

—Mamá se va a enfadar —la avisé mirándola.

Más tarde, esa noche, por mucho que la sacudía, mi hermana no hacía otra cosa que poner los ojos en blanco. Yo le secaba el sudor de la frente y le decía que todo se arreglaría. Luego me dormí con la cabeza apoyada en su ruidoso pecho.

A la mañana siguiente Cisi estaba incorporada contra la cabecera de la cama, sonriéndome.

—Has tardado mucho en despertarte —dijo.

—Tú también —contesté, mirando las puntas de flecha que había dibujado por toda la cabecera.

—Sé que perdiste la punta de flecha, Arc —aseguró—. Pero ahora ya tenemos todas las que vamos a necesitar.

Me dio un abrazo y reímos juntas. Por un momento, fuimos las hermanas más felices del mundo.



Se llama manos de lavandera. La forma en que la piel se arruga cuando se deja mucho tiempo en el agua. Es una alteración cutánea debida a la inmersión, pero para el río no es más que otra capa de vida que se elimina.

También habrá un moteado de la piel, una coloración del tejido blando. Parecerá que una serie de riachuelos corren por debajo de la superficie de la piel. Como si el río hubiese alumbrado algo de sí dentro del muerto.

Aparte del moteado, aparte de las arrugas, la piel comenzará a desprenderse. El proceso empieza por las manos y los pies, las cosas con las que asimos y andamos por el mundo.

En las profundidades de sus aguas, el río conservará todos los pedazos que pueda. Como si algún día alguien vaya a venir para llevárselos a casa.

Capítulo 7

¿Quién? ¿Quién?, dijo el viento al soplar, las palabras que sabíamos ya.
Poeta Narciso

1983

Un año después de una gripe lo bastante fuerte para matar a más de unos cuantos miembros de nuestra comunidad, mi hermana y yo celebramos nuestro décimo cumpleaños. No hubo tarta, ni regalos, ni felicitación de cumpleaños. Abandonadas a nuestra suerte, nos dimos una fiesta dibujando una tarta en el suelo y fingiendo que caía confeti verde lima sobre nosotras.

Dibujamos la tarta en lo que llamábamos el rincón de los cumpleaños, que era la parte derecha del suelo al fondo de la habitación de Cisi. Las tartas de nuestro pasado se amontonaban allí. Había una tarta glaseada de color morado de cuando teníamos cinco años. Una azul de cuando cumplimos siete. Decidimos dibujar una bonita tarta rosa para nuestro décimo cumpleaños. Dibujábamos la tarta entera, luego una porción y terminábamos con las migas esparcidas alrededor de los tenedores. Si cerrábamos los ojos lo bastante, podíamos saborear la cobertura rosa con rositas rojas.

También dibujamos regalos que nos gustaría que nos hubiesen regalado. Un globo terráqueo para poder ver todos los sitios del mundo a los que estábamos seguras de que iríamos cuando fuésemos lo bastante altas para no tener que acercar un taburete al tocador cuando queríamos vernos reflejadas en el espejo. Dibujamos una pulsera con cuentas como la que tenía una niña del colegio. Veíamos cómo tintineaban las cuentas cuando esa niña, que siempre sabía la respuesta a todo, levantaba la mano en clase. Cisi y yo decidimos que nos gustaría que nuestras muñecas también tintineasen. Por último, dibujamos un par de alas.

—Porque no se puede volar sin ellas —explicó Cisi.

Las alas fueron el único regalo que seguimos haciéndonos. Cada año las dibujábamos con más plumas, esperando que fuesen lo bastante grandes para ser de verdad. Pero por mucho que lo deseásemos, o muy grandes que dibujásemos las alas, nunca nos elevábamos más de unos centímetros del suelo, la altura máxima que conseguíamos saltar un día cualquiera.

—Si no tenemos alas esta vez —declaró Cisi—, no las tendremos nunca.

—Tendremos que esperar a ver cómo es tener diez años un poco más —le dije yo.

Resultó que tener diez años no era tan distinto. Nos pintamos las uñas con esmalte de uñas imaginario y nos pusimos coleteros a modo de pulseras. Aunque carecían de cuentas, fingimos que las tenían. Fue entre el esmalte de uñas que nadie veía en nuestras uñas y las pulseras que nadie oía tintinear, cuando nuestra madre empezó a traer cada vez más trabajo a casa.

Tenía un largo collar con cuentas pintadas de dorado del Todo a un Dólar colgado del pomo de su puerta. Daba varias vueltas al collar hasta enredarlo bien. Las cuentas eran la señal para que Cisi y yo supiésemos que no podíamos entrar en la habitación de nuestra madre. Parecía que siempre estuviesen allí, su pintura dorada descascarillada que dejaba ver el plástico de debajo.

Al principio, Cisi y yo pegábamos la oreja a la fría puerta del cuarto de mamá y escuchábamos los sonidos del otro lado. Sonidos que parecían enredarse como las cuentas. Empecé a pensar que ese era el motivo por el que mamá y los hombres salían de la habitación con el cuello, los brazos y las piernas rojos. Mirábamos por el ojo de la cerradura y veíamos movimientos que no entendíamos. Cisi siempre metía el dedo en la cerradura y lo giraba antes de volver a mirar a través de ella, como si la escena que tenía lugar en el interior del cuarto fuese distinta. Nunca lo era.

Los gemidos y los gruñidos nos impulsaban a dibujar selvas y leones y grandes hojas detrás de las que se escondían cosas oscuras en el suelo. Había veces en las que poníamos la oreja contra la puerta pero no oíamos nada. Esas ocasiones nos confundían todavía más. Para el silencio, dibujábamos bocas de color rojo intenso cerradas a cal y canto. Esas no las poníamos en el suelo, sino en las sucias paredes del pasillo que llevaba a la habitación de mamá. A veces ella se quedaba delante de esos labios rojo intenso y les plantaba los suyos encima mientras nosotras observábamos entre las sombras.

Había oído las palabras «puta», «zorra» y «perra» todos los días de mi infancia. Era lo que las personas que se consideraban mejores me decían que eran mi madre y mi tía. Lo único que yo pensaba de mi madre y mi tía cuando la gente las llamaba putas era cómo mi tía podía cantar el himno del país sin equivocarse ni una nota y cómo mi madre podía dibujar una catedral, o un puente cubierto, o el Empire State Building con unos trazos perfectos. Creo que mamá podría haber sido arquitecta. Yo la veía. La jeringuilla se convertía en un lápiz en su mano mientras se ponía una chaqueta de arquitecta, que de niña siempre me figuraba dorada.

—«Hasta luego» —me imaginaba que diría al salir de casa cargada solamente de papel de dibujo y un millón de edificios a la espalda. Creo que no me llamaba «Arc» solo por mi afición a cavar en la tierra y por pretender ser la mejor arqueóloga de Ohio, o del mundo. Creo que me llamaba así por la

arquitecta que ella llevaba dentro. Tal vez pensaba que, si me transmitía sus sueños, si los escondía en mi nombre, de alguna manera tendría éxito a través de mí. Pero nadie vio a mi madre ni a mi tía como unas mujeres que pudiesen hacer carrera en algo que no fuese abrirse de piernas.

Cisi y yo no sabíamos lo que significaba la palabra «john» cuando éramos lo bastante pequeñas para creer en el amor. Solo sabíamos que nuestra madre y la tía Trébol tenían una colección estupenda de blusas escotadas y una serie de novios gracias a ella. Cuando mi hermana y yo tuvimos la estatura exigida para subirnos a la noria de la feria del condado, sabíamos que se podía tener sexo pagando y que nuestra madre y nuestra tía habían fijado sus propios precios. Ellas llegarían a decirme que los hombres se llamaban johns. La primera vez que lo oí me pareció raro que todos los hombres que las visitaban se llamasen igual.

—John es el nombre que nosotras les damos —me explicó la tía Trébol, manteniendo el tono más firme posible—. Ese es nuestro poder. Que nosotras les ponemos nombre.

Poco después, comprendí que el sexo no es como aparece en las películas. No es un hombre encantador y una mujer feliz juntos en la cama. Él no se inclina sobre la cara sonriente de ella. A veces el sexo es así. Pero no siempre. Al menos, no lo era en nuestra casa.

La tía Trébol llevaba a sus johns al motel Blue Hour. Supongo que cuando los dueños originales lo construyeron en los sesenta, tenían en la mente un establecimiento agradable, pero en algún momento el ladrillo azul del Blue Hour se oscureció y se convirtió en la guarida de drogadictos y prostitutas. Desde el exterior se podía acceder a todas las habitaciones, y también a la escalera, con su barandilla de hierro negra, que había que subir para llegar a las puertas del segundo piso. Podías reservar una habitación cualquier día, y encontrabas chinches y una jeringuilla sucia con una cuchara debajo del colchón. El motel se había convertido en una deshonra para la comunidad en general, anunciado en el horizonte mediante un gran rectángulo de ladrillo que hacía las veces de letrero, con la palabra «*Blue*» escrita en cursiva para darle algo de clase y «HOUR» en grandes letras mayúsculas para atraer al trabajador medio.

Antes de irse al Blue Hour, Trébol se ponía rímel. Prefería el mismo color que mi madre. Azul eléctrico. Se embadurnaba tanto las pestañas que parecía que fuese a alquitranar las calles por las que andaba. Nunca se marchaba sin marcarse las pequeñas equis con su lápiz de ojos.

—Mi alambre de espino —decía siempre como si quisiese recordárselo a sí misma. A continuación, se miraba al espejo y cogía la cinta adhesiva transparente para buscar otra parte de sí misma que se había agrietado en su reflejo.

Había empezado a oler cada vez peor. Mamá también. El sudor corporal y el olor del pelo que llevaba mil mañanas sin lavarse. Luego estaba el olor a algo húmedo que impregnaba la nariz. Me hacía pensar en unos charcos formados por unas mujeres que se derretían, demasiado calientes para darse cuenta de que se estaban quemando vivas.

—No soporto el olor —decía Cisi, tapándose la nariz.

Habíamos iniciado un juego que consistía en hacer una lista de todas las cosas a las que creíamos que olían nuestra madre y nuestra tía.

—A aliento de perro —propuso un día Cisi—. A barro de la suela de un zapato.

—A agua de fregar —tercié yo—. Y a lechuga mustia y sangre de la cuchilla de una navaja.

—Y lo peor de todo —añadió Cisi suspirando—, huelen a johns.

Mi hermana y yo poníamos apodos a los hombres que venían a casa a ver a nuestra madre. Había uno al que llamábamos Polvo y Listo por la rapidez con que llegaba y se iba. Culo Prieto era un hombre que llevaba los vaqueros como si fuesen papel film, y Asesino era un tipo que siempre llevaba el pelo moreno engominado hacia atrás. Cuando nuestra madre estaba con él, gritaba tan fuerte que parecía que la estaba matando. Luego estaba el Espíritu Santo, que flotaba de habitación en habitación, con un crucifijo colgado del cuello.

Con el tiempo todos llegaron a parecernos iguales, de modo que dibujamos un hombre en el suelo que los representase a todos. Le pusimos pelo castaño, ojos castaños y ninguna sonrisa. Dibujamos dinero en su mano y el corazón roto en su pecho. Lo dibujamos en el suelo del pasillo para que los johns se pisasen a sí mismos al dirigirse a la habitación de mi madre y al cerrar la puerta, haciendo sacudir las cuentas contra el pomo.

Cisi y yo hacíamos todo lo posible por evitar a los hombres. Normalmente se iban de casa enfadados, gritando a mamá por haberles robado esto o lo otro.

—*¿¡Dónde está mi jodido sombrero, Addy!?*

—*¿¡Dónde están mis puñeteras gafas de sol!?*

—*¡No eres más que una puta ladrona!*

A Cisi y a mí nos daba la impresión de que a algunos johns les daba vergüenza que los viesen cuando se marchaban. Se iban de casa andando rápido con la cabeza gacha y las llaves del coche listas. Otros johns pasaban por delante de nosotras como si tuviesen todo el derecho del mundo a hacer lo que hacían.

«Somos hombres —parecía que dijesen sus andares—. Somos hombres y follamos. ¿Qué más da si lo que nos follamos es vuestra madre?».

Luego estaban los que nos miraban con lástima. A esos no los veíamos a menudo. A veces no volvíamos a encontrarnos con ellos. Era como si ni siquiera el aliciente del sexo barato pudiese evitar que pensasen en las dos

niñas que veían dibujos animados en el salón al fondo del pasillo.

Cuando lo vimos por primera vez, no estábamos seguras de qué tipo era. Tenía el pelo moreno rasurado en los lados pero largo en la parte de arriba y engominado hacia atrás. Sus protuberantes cejas morenas contrastaban con su piel pálida. Yo nunca había visto unos ojos tan juntos; eran oscuros y brillantes como si se pudiese sacar petróleo de ellos. Iba vestido todo de negro. Camisa de manga larga y pantalones ajustados. De no ser por el sonsonete que emitía, podías no enterarte de que estaba allí.



Daba pasos lentos con zancadas alargadas. A diferencia de sus pies, los dedos de sus manos se movían con rapidez y brusquedad, haciendo ruidos sonoros con las uñas amarillentas al deslizarlas por las paredes.

Cuando se sentó junto a nosotras, supimos que no era como los demás. La tía Trébol se había ido al Blue Hour, de modo que Cisi tenía el brazo del sofá para ella sola. Yo estaba en medio, sentada de piernas cruzadas. Él no dijo nada durante un buen rato. Se limitó a jugar con la cadena de oro que colgaba de su cuello. Cuando la miré, vi que tenía mechones de pelo de varios tonos enrollados en la cadena como si se hubiesen enganchado en ella.



—¿Por qué lleva pelo en el collar? —le pregunté, pero él simplemente miró la tele.

Bugs Bunny aparecía en la pantalla. El hombre vio cómo el conejo pegaba al demonio en la cabeza con un martillo.

—Qué ojos más raros —comentó sin mirarnos.

—Son canicas de bruja —le dijo Cisi—. El ojo azul es por el agua. El ojo verde es por la tierra.

—La tele está demasiado alta —fue lo único que dijo—. Bájala.

Cisi cogió el mando a distancia y bajó el volumen.

—Ahora está demasiado baja —se quejó él—. Súbela.

Le quité a mi hermana el mando a distancia y subí el volumen, mientras

Cisi se cubría las orejas.

—Haces lo que te mandan. Buena niña.

El hombre sonrió sin mirarnos.

—Le huele el aliento a moscas negras —me susurró Cisi al oído.

Él metió la mano por detrás de mi cabeza. Me acerqué a Cisi.

—Nuestra tía va a volver pronto a casa —anuncié, justo antes de notar un tirón en la coronilla.

—Ay. —Me aparté de él—. Eso ha dolido.

Él sostuvo el largo pelo que me había arrancado entre sus dedos.

—¿No has gritado?

Sus palabras eran tan lentas como sus andares.

Me froté la cabeza mientras él enroscaba el pelo en la cadena de oro y lo incorporaba a los que ya estaban allí.

—Me encanta esta parte —dijo, con la mirada en la tele.

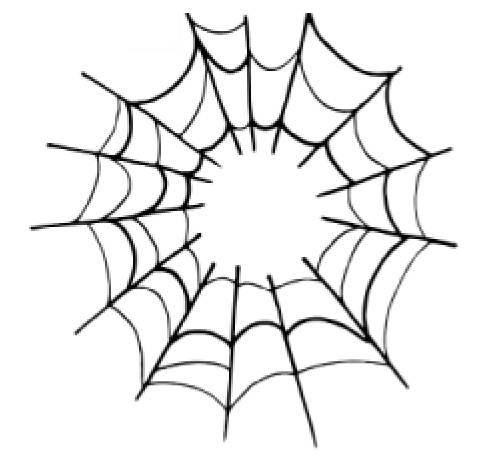
Nadie dice nunca que el demonio sonreirá o que se reirá contigo cuando el conejo le quita al cazador el rifle y le dispara varias veces en unos dibujos animados, que parecen lo único que ponen en la tele cuando un hombre desliza la mano debajo de la manta y la posa en el muslo de una niña.

No dije nada mientras los tres seguíamos viendo los dibujos. Cuando terminaron, él quitó la mano. Se levantó abotonándose la camisa, que había tenido abierta desde que había salido de la habitación de nuestra madre.

Esa noche no pude dormir. Pensaba en su collar de oro y en los pelos enroscados en él. Oía los gemidos que venían del cuarto de mamá al fondo del pasillo. No hay forma de escapar de los segundos de una noche que parece interminable. Hombres en casa, y de repente, uno en mi cuarto. Su sombra como la de la araña de los dibujos animados que él vio con nosotras.

Salí rápido de la cama y empecé a tirar la ropa sucia encima de ella. Luego volví a acostarme tratando de esconderme entre los montones. Aun así, me encontró.

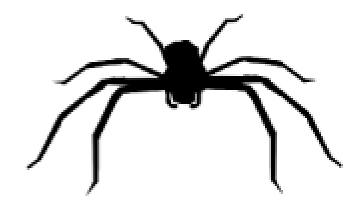
—Como grites, mataré a todo el que haya en casa —me advirtió.



Mientras él se desabotonaba los pantalones, cerré los ojos y pensé en la historia, recitando todos los datos que había memorizado de los libros de la biblioteca. Cuando él me empujó sobre el colchón y me sujetó las finas muñecas por encima de la cabeza, me imaginé que estaba con Howard Carter en el momento en el que desenterró la tumba de Tutankamón. A mi alrededor, el oro egipcio y las tierras de un faraón convertidas en pirámides mientras el hombre me abría las piernas a cada lado de él.

La lámpara de la mesilla de noche estaba encendida. Proyectaba nuestras sombras en la pared. Vi cómo sus dos brazos se convertían en ocho patas. Se movían de la misma forma que una vez había visto a una araña atacar a una polilla en su tela en el jardín. Cuando el dolor empezó y sentí que me iba a partir en dos, pensé en los romanos antiguos y en los valientes gladiadores del coliseo con los leones. El público que vitoreaba sus muertes y el león que rugía recordando la selva de la que lo habían sacado.

—Buena niña. —El hombre me dio unos golpecitos en un lado de la pierna con sus ocho patas cuando terminó—. Buena niña, haz lo que te mandan.



Pasaron semanas hasta que volví a verlo. Entonces, de repente, allí estaba. Yo corría la única mesilla de noche que tenía para bloquear la puerta. Aun así, él entraba. Yo empujaba la cama. Aun así, él entraba. Yo echaba un reguero de sal en la puerta porque según nuestra abuela ahuyentaba los malos espíritus. Aun así, él entraba.

Una vez trajo un Happy Meal. Lo dejó en el suelo, pero no me lo dio hasta

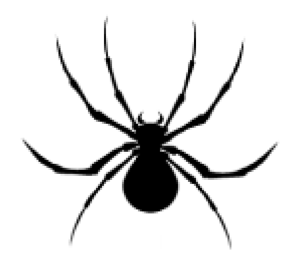
después. Pensé en la comida todo el tiempo que él estuvo encima de mí. Me quedé mirando tan fijamente la caja roja con sus pequeñas asas amarillas que pensé que se levantaría del suelo y vendría flotando hasta mí.

En cuanto él hubo terminado, me vestí y me senté lejos de la caja para poder admirarla.

—Parece la del anuncio de la tele —dije, dando vueltas por el suelo a su alrededor.

—¿Nunca has comido uno? —preguntó.

Negué con la cabeza. Él se subió los pantalones, pero no se los abotonó y se sentó en el borde de la cama. Observé cómo sacaba un cigarrillo y lo encendía antes de soltarle:



—¿Por qué?

—¿Por qué, qué, mocosa? —quiso saber él.

—¿Por qué me ha traído un Happy Meal?

Él no contestó, de modo que me volví otra vez hacia la caja. Me pregunté si para abrirlo tendría que romper los arcos dorados.

—Por el amor de Dios, ¿no vas a comer nada?

Cogió mi manta y se sonó la nariz con ella.

Crucé deprisa la habitación, me acerqué a la caja y la abrí como había visto hacer a los niños en el anuncio. Esperaba que la comida brillase como en la tele, pero no salía luz. Miré despacio y conté cinco *nuggets*. El hombre me miró mientras me comía dos y guardaba tres. Había un pequeño paquete de patatas fritas que se habían desparramado. Estaban frías y grasientas, pero tuve que contenerme para no comérmelas todas. No me acordaba de si había comido ese día o el día anterior. Sabía que el lunes había comido tres galletas, pero parecía que hubiesen pasado siglos.

Tenía ganas de comerme todo el menú y la caja. Sin embargo, me puse tensa y me comí solo cinco patatas fritas, y metí cuidadosamente el resto en el envoltorio.

—¿Por qué guardas comida? —preguntó él, estirando las piernas y cruzándolas a la altura de los tobillos—. ¿Tienes un perro que no he visto?



—Son para mi hermana.

Puse el resto de *nuggets* con cuidado junto a las patatas fritas.

—¿Su cuarto es el de al lado?

No dije nada y saqué el juguete de la caja. Estaba en una bolsa de plástico. Tuve que morder la esquina para abrirla y sacar la princesa. Era preciosa, con el pelo moreno largo y sombra de ojos morada a juego con las piedras preciosas de la corona. Sonreí y la mecí en la mano.

—¿Por qué a las niñas os gustan tanto las princesas?

Sujetó el cigarrillo entre los dientes mientras se recostaba en mi cama para subirse la cremallera de los vaqueros.

—Porque si eres princesa, algún día serás reina —contesté—. Entonces te dan una corona que nadie puede quitarte y puedes gobernar el reino tú sola.

Pasé los dedos por el plástico duro del vestido rosa de la princesa.

—¿También la vas a guardar para tu hermana? —preguntó él.

Besé a la princesa mientras el hombre expulsaba el humo del cigarrillo en la habitación.

—No fume delante de ella —dije, tapándole la cara para que no tuviese que aspirarlo.

Él se levantó y se abrochó el cinturón antes de marcharse. Jugué con la princesa un rato más, haciéndola andar por el borde de la cama y simulando que paseaba por los jardines de su reino. No era más grande que mi mano de niña de diez años, pero es la única muñeca que tuve en la vida. Había tenido un osito de peluche rosa que mamá y papá me habían regalado cuando habían prometido que estarían siempre sobrios. Pero ese osito se había vendido, junto con el de Cisi, en un rastrillo de segunda mano en el que habían etiquetado y rebajado todas las cosas de nuestros primeros años de vida.

Yo sabía que no volvería a tener una muñeca mientras viviese. Tendría que compartirla con Cisi, pero aún no. Necesitaba que la princesa fuese solo mía por un rato. La metí entre el colchón y el somier antes de llevar el Happy Meal al cuarto de Cisi. Pensé que el montón de ropa sucia y la manta de su cama eran ella, pero cuando los aparté, no había nada.

—¿Cisi? —susurré—. ¿Dónde estás?

—Aquí —respondió ella.

—¿Dónde?

Encendí la luz y miré las ramas pegadas a la pared del fondo de su habitación. Algunas estaban sujetas con chicle. Otras, con una pasta hecha con

harina y agua.

—¿Qué crees que está haciendo la tía Trébol aquí?

Cisi sacó la cabeza de debajo de la cama.

—No lo sé —dije encogiéndome de hombros.

Desde que habíamos tenido la gripe, nuestra tía había empezado a recoger ramas y palos, y siempre llevaba una bolsa de plástico a tal fin.

—A lo mejor es un hechizo de bruja —aventuré—. Para que no volvamos a ponernos enfermas.

Me puse a cuatro patas y me asomé a la oscuridad de debajo de la cama.

—Te he traído algo.

Empujé el menú infantil por el suelo.

—Dámelo.

Ella estiró el brazo y lo agarró.

—¿Qué haces ahí debajo? —pregunté arrastrándome bajo la cama para tumbarme a su lado.

Ella rompió la caja al abrirla; las asas con forma de arcos no volverían a tenerse en pie.

—Solo quedan tres *nuggets*, Arc. ¿Y dónde están todas las patatas fritas?

—Yo también tenía que comer, ¿sabes? —dije.

Me preguntó de dónde había sacado el Happy Meal con la boca llena.

—La tía Trébol. —Me eché en el suelo y contemplé la parte de abajo del somier.

—¿Dónde está el juguete? —quiso saber ella.

—¿Qué juguete?

Cerré los ojos.

—En el anuncio siempre regalan un juguete. ¿Dónde está?

—Hay que pagar más para eso —respondí—. Ya sabes cómo es la tía Trébol. Ella no pagaría más por un juguetito ridículo.

Cisi se lamió la grasa de los dedos mientras recostaba la cabeza y la movió a un lado hasta tocar la mía.

—¿Qué haces aquí debajo? —pregunté.

Ella no contestó. Durante un rato, me centré exclusivamente en el olor rancio a pis que atravesaba el somier procedente del colchón. Iba a preguntarle si había vuelto a mojar la cama, pero para entonces ya se había dormido.

Salí y volví a mi cuarto. Introduje la mano debajo del colchón hasta que di con la princesa y me metí en la cama. Me quedé mirando sus ojos y le puse voz.

—Soy la princesa Reflejo de Luna. ¿Cómo te llamas tú? —me interrogó.

—Me llamo Arcade —le dije—. Pero todo el mundo me llama Arc.

—¿Tú también eres una princesa? —preguntó.

—No. Solo soy una niña. Pero una abuela mía que murió hace mucho fue

bruja. La quemaron en la hoguera. También quemaron a la abuela Asclepia. Seguramente a mí también me quemen.

—*¿Quién las quemó? ¿El hombre que estuvo aquí?* —quiso saber ella, temblando en mi mano.

—No, él era un john.

—*¿Qué es un john?*

—Un hombre que se lleva cosas.

—*¿Qué se ha llevado?*

—Todo. Pero ya se ha ido. No volverá esta noche —le aseguré para que no tuviese más miedo.

Me entretuve un rato más acariciándole el pelo y diciéndole lo bonito que era su vestido rosa.



—*Gracias* —dijo ella, pues era muy educada.

—Y me gusta tu corona —le comenté.

—*Gracias.*

—Algún día yo también llevaré corona.

—*Sé que lo harás, Arc.*

—Será mejor que te guarde, o alguien podría encontrarte. Serás mi princesa secreta una temporada.

—*Vale* —asintió ella—. *Me esconderé por ti.*

Volví a poner a la princesa debajo del colchón.

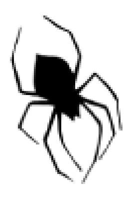
—Ya te echo de menos —le confesé mientras me recostaba y contemplaba el techo blanco y agrietado—. Cuando seamos más altas, Cisi y yo llegaremos al techo y también dibujaremos en él —dije, preguntándome si la princesa podría oírme a través del colchón—. Dibujaremos toda clase de cosas. —Levanté la voz—. Cosas que serían felices en un techo como pájaros, nubes y el cielo azul. Te dibujaré allí arriba si quieres.

Volví a meter la mano debajo del colchón y la saqué.

—Solo quiero cogerte un poco más —le dije—. Te quiero. Nunca me abandones. Por favor.

Cada noche hablaba con mi princesa secreta. Le decía que algún día las dos seríamos reinas. Cada noche la guardaba debajo del colchón. Pero cada vez la aferraba un rato más. La noche que me dormí, estaba tan caliente en mi mano

que soñé con castillos y tierras que eran nuestros. Entonces un crujido lo destruyó todo y me despertó en medio de la oscuridad total de la habitación.



—Qué cojones… —Su voz sonaba enfadada.

Rápidamente encendí la lámpara de mesa y vi que la araña había vuelto. Cuando levantó la pierna, la princesa estaba aplastada en el suelo bajo su horrible y enorme bota.

—La has matado. —Me agaché en el suelo junto a su cuerpo roto—. ¡Te odio. Ojalá te mueras!

Grité hasta que él me dio un manotazo en la boca y me dijo que me desnudase y volviese a la cama. Esa noche traté de concentrarme en hechos históricos mientras él me echaba el aliento en la cara, pero solo podía pensar en la princesa, muerta en el suelo.

—Deja de llorar —me mandó.

Por mucho que lo intentaba, no podía. Al contrario, empecé a llorar más fuerte.

Cuando Trébol entró tambaleándose en la habitación, el hombre todavía estaba encima de mí.

—¿Qué coño está pasando aquí? —Encendió la luz del techo—. Pero ¿qué…? Suéltala, hijo de puta.

Él se limitó a sonreír y siguió, aplastándome con su peso.

—Fuera de aquí, cabrón —gritó ella.

Oí cómo sus puños aporreaban la espalda desnuda de él, emitiendo un sonido de golpes.

—¡Basta, basta ya! —Nunca la oiría levantar tanto la voz como en ese momento—. ¡Maldito seas. Suéltala. Para o te mato, coño!

Él reculó y le dio a la tía Trébol un guantazo que le hizo sangrar la nariz.

—Lárgate, zorra —la amenazó—, o te rajo de oreja a oreja.

Trébol se apoyó en la pared y se deslizó por ella hacia la puerta. Echó a andar un poco demasiado rápido para él.

—Eh. —Él se levantó—. No se te ocurra salir a llamar a alguien. ¿Me oyes?

Ella asintió. Aun así, él se le acercó y le agarró la cabeza. La sujetó con fuerza entre las palmas de las manos mientras le daba golpecitos rápidos con los dedos contra la piel. Miré las sombras que se proyectaban en la pared. Sus ocho patas habían vuelto.



—Podría aplastarte como a un bicho —le espetó apretando tan fuerte que las mejillas demacradas de ella se hundieron en su boca.

—No voy a hacer nada. —La voz de mi tía sonó distorsionada—. Lo juro, joder.

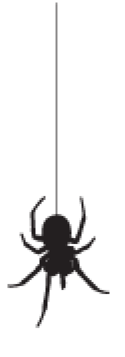
Justo cuando pensaba que él le iba a estrujar el cráneo, la soltó. Ella cayó al suelo sollozando y salió a rastras al pasillo a tiempo para que la puerta no la golpease. Pensé que mi tía volvería a por mí. *Solo va a coger un cuchillo a la cocina,* pensé. *O una piedra del jardín. Luego volverá para salvarme.*

No volvió nunca. Sepulté la cara en la manta y oí que la cama crujía con su peso. Cerré los ojos con fuerza. Cuando terminó, se subió los pantalones y se fue.

Me deslicé al suelo e intenté recomponer a la princesa, pero se desarmó del todo.

—Lo siento —le dije—. Es culpa mía. —Esperé a que ella hablase—. Por favor —rogué—, di algo. No me abandones, por favor.

Al ver que no decía nada, la tiré debajo de la cama, y los pedazos se esparcieron por los rincones oscuros.





Afuera los ángeles están ausentes y se alejan volando a medida que el cuerpo se solidifica en una sustancia marrón conocida como cera cadavérica. Si estáis lo bastante cerca, percibiréis su olor empalagoso y dulzón. El río trata de quitársela, pero es difícil interferir a esas alturas en que la muerte tiene sus propias promesas que cumplir.

La creación termina como empieza. Con hambre.

Para entonces resulta difícil imaginar que los restos fueron una persona. Que fueron alguien que se reía de los chistes de su padre. Que sonreía cuando su madre la acariciaba. Que bailaba descalza con su pareja por el frío linóleo del suelo de la cocina. Sus dedos tenían una identidad que le pertenecía solo a ella. Ella era el romero, el trigo rojo de invierno, el zumaque, la raíz rosada. Ya no se ve de ella el color de sus ojos, la longitud de su sonrisa, la caída de su pelo. Se ve la cera que la cubre. La podredumbre de su boca. La hinchazón de sus pechos. No se oye de ella su canción, su voz, sus palabras. Solo hay silencio, cuando no los leves mordiscos a lo que una vez fue una mujer que anduvo por la tierra, ignorando que su muerte haría sombra a su vida.

Capítulo 8

Agárrate fuerte. Si no quieres caerte.
Poeta Narciso

la mañana siguiente, mientras una vista aérea del Gran Cañón iluminaba la pantalla de la televisión, la tía Trébol estaba sentada en el sofá con un brazo extendido, siguiendo poco a poco el contorno del cañón en el aire.

—Te encantaría el Gran Cañón, Arc —dijo cuando me senté en el sofá a su lado, con la trenza colgando sobre el hombro y la camiseta rota—. ¿Sabes que hay capas de roca que tienen doscientos cincuenta millones de años de antigüedad depositadas contra roca que tiene más de mil millones de años de antigüedad? Hay más de mil millones de años de capas de roca que han desaparecido. Nadie sabe lo que fue de toda esa roca. Se llama la Gran Disconformidad. Escupe, escupe, araña, ¿dónde la escondes, anda? —La tía Trébol se escupió en la palma y se levantó para acercarse a la tele, donde estampó la mano sobre la imagen del cañón—. Ahí.

Cuando volvió al sofá, se puso la bolsa de plástico sobre el regazo y empezó a revisar los últimos palos y ramas que había recogido.

—Nadie va a preguntármelo —declaró—, pero yo sé por qué esa roca no está. No está porque el Gran Cañón es una mujer a la que hicieron daño de niña. Y cogió las capas que atestiguan todo ese dolor y las enterró. Las hizo desaparecer. Como si nunca hubiera pasado.

Vi que había añadido sangre nueva al cinturón blanco cuando se volvió hacia mí.

—No le cuentes a tu madre lo del hombre —me aconsejó—. No lo superaría. Sería demasiado para ella.

—¿Demasiado para ella?

Clavé las uñas en el cojín del sofá.

La tía Trébol me enjugó la lágrima de la mejilla.

—Tu situación ha cambiado, Arc. Tienes que ser como el Gran Cañón. Hacer desaparecer tu dolor. Pero no tu corazón. Tienes que protegerlo de la amargura que ahora se apoderará de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Te volverás rabiosa, cruel incluso. —Desvió la vista a la tele mientras sus manos rebuscaban por su cuenta en la bolsa de ramas—. Tienes que tener tu

rinconcito y esconderlo de toda esa crueldad.

—¿Cómo?

Dejó la bolsa de ramas en el suelo junto a sus pies y estiró el brazo para coger la caja de cartón vacía de la mesa de centro. Tenía varios años, estaba abollada en un lado y un día había contenido galletas, pero ahora se usaba sobre todo de cenicero. La tía Trébol examinó la caja, buscó la solapa más limpia y arrancó una esquina que me dio.

—A veces tienes que aferrarte a algo para acordarte de que existe —declaró —. Y cuando te acuerdas de que existe, te acuerdas de protegerlo. Cuida ese rincón, Arc. Forma parte de ti.

Volvió a coger la bolsa de ramas y se la puso en el regazo mientras yo llevaba la esquina a la cocina. Cisi estaba sentada a la mesa, buscando cereales en el fondo de un paquete vacío.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando mi mano.

—Me lo ha dado la tía.

Me guardé el cartón en el bolsillo.



—¿Por qué?

—Me ha entrado una araña en la habitación. Una grande y fea —contesté —. La araña tiene unas patas torcidas y unos labios finos que desaparecen cuando sonríe. —Doblé los brazos como patas de araña—. Tiene los ojos negros, como si dentro hubiera petróleo. *Uuu, uuu.*

Me acerqué a mi hermana como un fantasma, pero ella no rio. Alzó la vista a la telaraña que había en la esquina de la cocina.

—La misma araña ha estado en mi habitación —dijo en el tono susurrante en el que todas las niñas dicen el nombre del monstruo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Ella bajó la vista y me miró a los ojos.

—Sabes a qué me refiero —dijo.

Escudriñé su rostro y vi en sus ojos las mismas sombras de ocho patas que en sus paredes.

—No. —La agarré de la mano y la arrastré al fregadero. Saqué los platos sucios y los lancé al suelo, y todos los que no eran de plástico se rompieron. Metí el paño raído debajo del agua caliente antes de frotárselo a Cisi por los brazos de arriba abajo. Cuando empecé a frotarle la cara, dijo:

—No puedes quitarlo, Arc.

Tiré el paño y corrí al cuarto de mamá. El collar de cuentas estaba en el pomo, pero me dio igual. Abrí la puerta de golpe. Mamá estaba en el colchón con el john al que llamábamos el Espíritu Santo. Ella estaba clavándole una jeringuilla en el brazo.

—Largo de aquí, Arc —gritó.

—¿Mamá? —Entré corriendo y traté de tirarme en su regazo—. Tienes que hacer algo. Hay una araña y nos está haciendo daño a Cisi y a mí y…

Ella se levantó, me agarró del brazo y me arrastró a la puerta.

—Tienes que ayudarnos, mamá. —Intenté soltarme—. Por favor, mamá. Nos está haciendo daño. La araña nos está haciendo daño.

Ella me sacó al pasillo con tanta fuerza que me caí.

—Me importa un carajo.

Cerró la puerta de golpe.

—¿Qué haces, Arc?

La tía Trébol estaba al final del pasillo.

—Te odio.

Me levanté, pasé corriendo junto a ella y cogí a Cisi de la mano por el camino.

Escapamos juntas de casa y enfilamos la calle mientras yo trataba de pensar adónde ir.

En la señal de *stop* de la esquina, vimos la espalda de un policía. Estaba quitando la cinta amarilla de una casa en la que una mujer había muerto hacía unos días inyectándose más de lo que sus venas podían tolerar.

Su camisa negra estaba bien planchada, algo que me hizo sonreír a medida que nos acercábamos a él. Me daba igual lo que significase para mi madre o para mi tía contárselo a la policía. Me daba igual si las encerraban hasta el fin de sus días. Solo sabía que quería contarlo para poder salvar a mi hermana, como salvan a las niñas del monstruo en la tele. Me imaginaba los aplausos del público cuando tuviésemos el desenlace de telecomedia que estaba segura de que pondría broche final a nuestra historia.

—Disculpe, señor policía. —Me puse de puntillas y le di unos golpecitos en lo alto de la espalda—. ¿Señor?

Cuando él se dio la vuelta, comprendí que las arañas salen a plena luz del día y que llevan uniforme para intentar ocultar quiénes son de noche. Pero es imposible ocultar unos ojos en los que parece que hay petróleo negro.



Nos miró a mi hermana y a mí, con la placa reluciendo al sol de una forma que me dio ganas de cogerla y prenderle fuego.

—Vuelve a casa —dijo mientras Cisi se acurrucaba detrás de mí, asomándose para mirar al hombre que parecía todavía más alto de día—. Hasta la noche.

¿A quién puedes informar de los demonios cuando los demonios son aquellos a los que vas a informar?

Notamos su mirada posada en nosotras mientras volvíamos corriendo por la calle vacía. La casa parecía más oscura que cuando habíamos salido.

—¿Arc?

La voz de Trébol sonó en el sofá, pero pasamos corriendo por delante de ella y nos metimos en mi cuarto, donde cerramos la puerta y nos apoyamos contra ella como si él fuese a volver de inmediato.

Cisi vio la princesa rota, cuyas piernas asomaban de la sombra proyectada bajo el colchón. No hizo ningún comentario, salvo para decir:

—Remete los hilos en el cuadrado, Arc. Vuelve el lado salvaje bonito.

Se acercó, se sentó y sacó los pedazos de la princesa para colocarlos en el suelo.

—Érase una vez —me senté junto a ella y cogí el rotulador rojo— una araña que entraba en casa de noche. —Empecé a hacer garabatos alrededor del cuerpo de la princesa—. Mamá gritaba: «Sacad esa araña asquerosa de casa». Pero la araña no se dejaba cazar. Temíamos que tuviéramos que vivir siempre con ella. Entonces, un buen día, llegó papá, con sus botas militares y su paso militar. Persiguió a la araña y la aplastó con el tacón de su bota.

»«En las habitaciones de mis hijas no entran arañas», dijo.

»Papá machacó el cuerpo de la araña hasta que no quedó nada, ni una de sus ocho patas. La araña fue destruida y no volvería nunca jamás a por sus niñitas.

—Pero eso no es verdad. —Cisi observaba cómo yo hacía garabatos—. Por mucho que intentemos volver el lado salvaje bonito, la araña sigue viva. Él seguirá viniendo a por nosotras, Arc.

—Entonces no estaremos aquí. —Tiré el rotulador y me levanté—. No nos pillará si no estamos aquí.

Entré en el cuarto de mamá. Esta vez no importó porque ella y su john estaban tumbados en el colchón con los ojos cerrados. Cogí el petate de papá que ella usaba de manta y lo metí en mi habitación. Cisi se quedó detrás de mí, agarrada a la espalda de mi camiseta, mientras yo metía en el petate una muda además de una almohada y una manta.



—¿Adónde vamos? —preguntó Cisi.

—A algún sitio donde la araña no nos encuentre nunca —respondí.



La depredación, el clima, el tiempo. Todo ha modificado el cuerpo. En caso de no ser hallado, los peces, los crustáceos e incluso las tortugas roerán la carne que quede hasta que solo haya huesos.

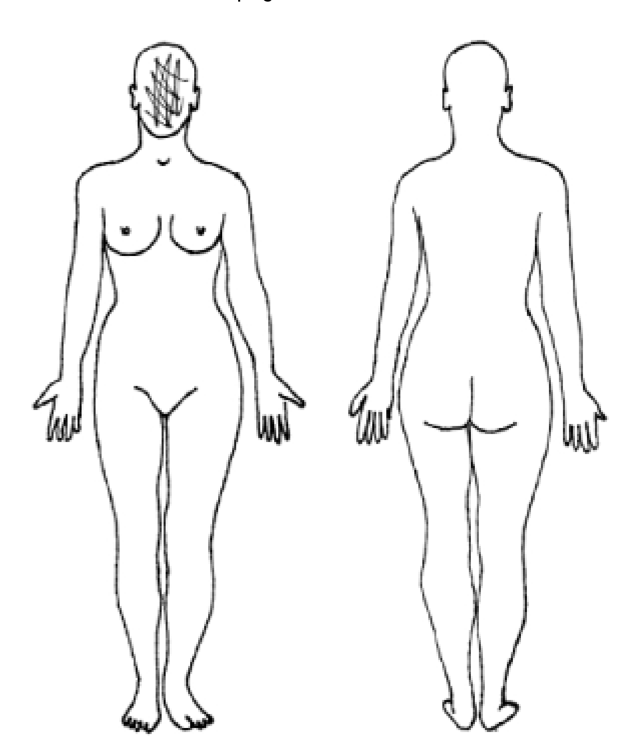
Estos se hundirán en el lodo del fondo del río, que los conservará como las reliquias de la persona que fueron.

SEGUNDA PARTE



DEPARTAMENTO DE MEDICINA FORENSE DEL CONDADO DE ROSS
CHILLICOTHE, OHIO
INFORME DE INVESTIGACIÓN

DIFUNTO/A: Harlow Katie
GÉNERO: Mujer como el río
OCUPACIÓN: Cuidadora de pájaros **EDAD:** Un relámpago
DESCRIPCIÓN DEL CUERPO: Parcialmente vestido, un calcetín mojado, un zapato de bebé atado a la muñeca **OJOS:** Del color de los de su madre **TEMPERATURA CORPORAL:** Un escalofrío azul **PELO:** Una llama apagada



HERIDAS Y MARCAS:
Corte en forma de media luna en el pie derecho. Hija de la luna. Fango del río entre los dedos de los pies. Diosa del río. Tobillo fracturado. Bailarina de tierras remotas. Múltiples tatuajes de aves volando. Azules, amarillos, verde claro. Golosinas halladas en el estómago con agua estancada. Azules, amarillas, verde claro, marrón fango. Quemaduras de cigarrillo en la cara interna del muslo izquierdo. Restos de pintalabios rojo en las grietas de los labios y una constelación de hematomas. Cortes en los lóbulos de las orejas. Los pendientes han desaparecido. Los ojos, también. En algún lugar que no sabremos nunca. Los pulmones se encuentran excesivamente hinchados, detalle que concuerda con los de una mujer ahogada en el agua. Encima de la cabeza, una corona de ramas y palos. Hija de la luna. Diosa del río. Bailarina de tierras remotas.

CAUSA PROBABLE DE LA MUERTE:
Ser mujer.

Capítulo 9

Sigo en el fuego, por muchas llamas que devuelvo.
Poeta Narciso

1993

l mirar a la chica que flotaba ante mí, pensé en los árboles. La vieja cordillera de los Apalaches que abrazaba su corteza áspera, afianzándolos a la tierra que ha sido condenada con humo y óxido y ahora con mujeres muertas. Miré cómo el cabello le flotaba alrededor de la cabeza y pensé en los árboles. Los anillos de su interior, documentando la historia, todos los rayos y los truenos. ¿Habían documentado los anillos de los árboles la aparición de la chica muerta? ¿Se movía su cuerpo con la corriente por el corazón de los árboles como se había movido por el del río? ¿Se habían llenado sus pulmones de agua marrón en ese curso infinito? ¿O por fin la dejarían respirar?

¿Su nombre? ¿Su nombre?

Me imaginé a la madre de la chica, tuviera una o no, gritando mientras yo empujaba el cuerpo de su hija por el río, con las manos sobre los cardenales de sus brazos. A mi alrededor, oía los chapoteos y la voz de la abuela Asclepia.

—Nadad, niñas. Levantad bien las piernas. Mantened fuertes los brazos. En este mundo hay agua por todas partes, pero si nadáis con el río como estáis haciendo, nunca os ahogaréis.

Los fantasmas de Cisi y de mí cuando éramos niñas pasaron nadando mientras hundía los talones en el lodo y sacaba a la mujer a la orilla, la luz del sol fragmentándose contra las sombras de las ramas de los árboles en lo alto. Me desplomé junto a ella. Ella, que flotaba como una pluma, como una onda, como una mujer que no volvería a casa para cenar. Y ahora era como una piedra, arrastrada a la orilla, que se hundía poco a poco.

—No me puedo creer que esto sea verdad —dijo Nell Salvia, apretando su imán de pez contra el pecho—. No me lo puedo creer…

Nos quedamos calladas en medio del frío, estudiando a la chica tumbada en el suelo delante de nosotras, tratando de hallar su historia. No estábamos seguras de que esa historia estuviese en los cortes nuevos de sus brazos ni en los viejos, que ya habían cicatrizado. Tenía las orejas perforadas pero no llevaba pendientes. Parecía que se los hubiesen arrancado, a juzgar por los

cortes de la piel que dividían el lóbulo de cada oreja. ¿Los pendientes que llevaba eran joyas con piedras preciosas de vivos colores o simplemente marrones y verdes, como las tierras de cultivo? Tal vez eran sencillos aros de plata que se balanceaban cada vez que reía.

Me la imaginé como la clase de chica que alargaba la mano cuando pasaba junto a una valla metálica para dar con las uñas contra el metal. Quizá había grabado su nombre en un árbol y se había hurgado los dientes al ser observada por hombres con cuchillos en los ojos. No podía parar de imaginarme su vida. En invierno, arrebujada con el abrigo y fingiendo que fumaba el aire frío. No la conocía lo suficiente para imaginarme momentos importantes de su vida. Solo podía visualizar los irrelevantes. Ella de pie delante del fregadero lavando la leche de un vaso o pendiente del cielo y de los pájaros que volaban por él. Tal vez se pellizcaba las mejillas por la mañana para que combinasen con el color de sus labios. Unos labios que se habían consumido como sus ojos. Lo que quedaba eran las hojas. Su boca estaba llena de ellas. Las que habían caído prematuramente y se habían teñido de marrón. Atrapado entre ellas había un trozo de plástico fino de un caramelo o de una cajetilla de cigarrillos u otra cosa que daba vueltas en espiral.

—Algo se mueve en su boca.

Nell Salvia apuntó con el dedo.



Las hojas fueron expulsadas. Una pequeña araña negra salió arrastrándose sobre su barbilla y bajó por su cuello hasta el suelo. Cisi y yo observamos cómo la araña desaparecía entre la alta hierba antes de volvernos otra vez hacia la mujer. Sus cardenales parecían incrustados, como si alguien le hubiese lanzado piedras a la piel con un tirachinas durante una eternidad. Los cortes eran igual de numerosos. Algunos pequeños, otros profundos. Me parecía un milagro que no fuesen como una tormenta que se avecina. Algo que podía partir los árboles y cortar la electricidad durante días.

—¿Por qué coño creéis que está desnuda? —preguntó Jueves.

Nos miramos entre nosotras y desviamos la vista al calcetín, caído en el pie izquierdo. Era la única prenda de ropa que llevaba. Un poco más allá, río abajo, la habrían encontrado sin él. ¿Qué llevaba puesto antes de que se quedase sin ropa? Me la imaginé con una camiseta negra, ceñida, con el cuello escotado y mangas acampanadas en las muñecas. El tipo de camiseta que llevaría metida por dentro de unos vaqueros holgados en las caderas. Tal vez

hubiese cruzado alguna puerta con tacones altos, pero casi siempre llevaba zapatillas, vestida para dar largos paseos, cuando no para algo mayor, como una migración. Lo supe por los tatuajes de los tobillos. Tatuajes de pájaros que volaban dando vueltas. Me imaginé su corazón, su mente, incluso sus pulmones abriéndose como cajas y dejando escapar la vida por ellos como si no fuese más que esos pájaros liberados de unas jaulas.

Me dio la impresión de que su fantasma no era tan fácil de liberar y de que ni los insectos que la habían picado en el cuello, ni los animales salvajes con su hambre voraz, podrían ahuyentar su fantasma, como si la muerte la fuese a perseguir siempre, cargando el río a su espalda para siempre.

—Tenemos que llamar a los maderos —dijo Nell Salvia, en tono tembloroso como el agua que formaba ondas detrás de ella.

—No, gracias —se opuso Jueves—. ¿Tú estás loca, o qué? Nos detendrán.

—Nosotras no la hemos matado —terció Cisi.

—No somos precisamente ángeles. —Jueves señaló las jeringuillas del suelo —. ¿Lo entendéis, Reinas de Chillicothe? Dios. —Suspiró y levantó los brazos —. Ojalá no hubiéramos venido hoy al jodido río. Quién nos mandaba a nosotras bajar a la orilla. ¿Por qué coño no lo hemos pensado antes? Yo no estoy lista para enfrentarme a algo que se nos escapa de las manos, y esto es algo que se nos escapa de las manos, joder. Tengo que volver a casa. —Empezó a recoger las jeringuillas y a guardarlas en el bolso—. Si es que me acuerdo de dónde coño está.

—No podemos dejarla aquí como si nada. —Nell Salvia trató de detener a Jueves—. Ella…

—¡Ella ya casi ni existe! —gritó Jueves—. Ya no tiene ni sus ojos. Yo he perdido mis putos ojos en este mundo. No hay forma de que pueda ayudarla a encontrar los suyos.

—¿Arc? —Nell Salvia se volvió hacia mí—. ¿Puedes hacerla entrar en razón?

Puse la mano en el pelo de la muerta. Había tallos y hojas enmarañados en los mechones. Pero parecía que en la coronilla las ramitas estuviesen atadas. Y en algunas zonas, incluso anudadas.

—Qué raro —observé, mostrándoles un nudo—. ¿Qué opináis?

—Deja de tocarla, Arc, por el amor de Dios —dijo Jueves—. Ya has dejado suficientes huellas dactilares en ella. Pensarán que la mataste tú, hostia. Vas a…

Posó la mirada en el brazo de la chica.

—¿Qué es eso? —preguntó Jueves, señalando el zapato de bebé atado a su muñeca con el cordón. El zapato había sido blanco, pero los días flotando lo habían descolorido hasta volverlo marrón. El cordón estaba deshilachado. Las puntas de plástico prácticamente habían desaparecido. La suela del zapato estaba tan sucia que parecía que hubiese andado de una punta del mundo a

otra.

—Conozco ese zapato —declaró Jueves, agachándose junto a la mujer—. Ella se lo encontró en la calle. Dijo que lo guardaría hasta que encontrara el pie al que pertenecía.

—¿La conoces? —le pregunté.

—Al principio creía que no, en el estado en el que se encuentra, pero… —Jueves apartó el pelo del pecho de la chica y descubrió un tatuaje. Se había hinchado con la piel. El color había perdido intensidad. Los insectos habían corroído parte de la tinta, pero se veía lo suficiente para saber que era algo con alas.

—Un colibrí. —Jueves tragó saliva y contuvo lo que trataba de subir por su garganta—. Sí, la conozco. Se llamaba Harlow. Era nueva en la calle. Me puse coronas con ella un par de veces. Era maja. Yo diría que era legal. Incluso pensé que a lo mejor le gustaría venir un día con nosotras a la Montaña Lejana. Supongo que al final vino.

—¿De dónde era? —quiso saber Cisi.

—Se lo pregunté —contestó Jueves—. Me dijo que vivía en la sombra o alguna mierda por el estilo. Nunca me contó mucho de ella, pero desde luego no pensaba que fuera la clase de chica que se muere cuando nadie mira.

Traté de recordar si yo había visto antes a Harlow. Traté de imaginarme su cara antes de que le arrebatasen tanto.

—La última vez que la vi —continuó Jueves— estaba bebiendo un granizado azul y me enseñó este tatuaje. —Posó el dedo en el colibrí—. Se lo acababa de hacer. Me dijo que cuando los patos emigran en invierno, los colibríes se suben a sus espaldas para no tener que volar toda esa distancia. Me dijo que ella sería como los colibríes. Que esperaría a una bandada de patos y que se subiría a sus alas para que la llevaran a un clima más cálido. Como hacía tiempo que no la veía, pensé que había acabado en Florida o un sitio parecido. Joder, Harlow. —Jueves deslizó suavemente el dedo por la cara de la chica—. ¿Qué coño te pasó?

Jueves frunció el ceño antes de levantarse y se limpió la mano en un lado de los vaqueros.

—Tenemos que volver a la caravana y llamar a los jodidos maderos —dijo.

—Pensaba que no querías… —soltó Nell Salvia.

—Eso era antes de que supiera quién es —respondió Jueves—. ¿Vale? Estuvo sentada en mi cocina. No puedo dejarla aquí a la intemperie para que un animal hambriento se la lleve. Se merece algo mejor. ¿De acuerdo? Les diremos que vinimos al río a celebrar un cumpleaños. Eso es lo único que hacíamos aquí. Y dio la puta casualidad de que miramos al agua y vimos algo que no debía estar allí. ¿Vale?

Jueves se colgó el bolso del hombro y miró por última vez a la chica que

ahora conocíamos como Harlow.

—Lo único que tenemos en esta jodida vida es lo que podemos hacer en ella —declaró—. Y lo que podemos hacer ahora es contarle al mundo que la hemos encontrado.

A quien se lo contamos fue al madero que llegó con las luces encendidas pero la sirena apagada. Nos estuvo mirando antes de bajar al río. Luego subió de nuevo a fumar mientras esperaba a que viniese lo que él llamó «el furgón de la carne» a por el cadáver. Cisi y Jueves se habían esfumado dentro de la caravana y nos habían dejado a Nell y a mí sentadas en los escalones del porche, viendo las luces parpadeantes. Yo estaba mirando una piedra que había cogido y dándole vueltas en la mano cuando oí su voz.



—¿Qué tienes ahí?

Solté la piedra. Me invadieron unas súbitas náuseas al pensar en las sombras de ocho patas de la pared de mi cuarto cuando era niña.

—Te he preguntado qué tienes ahí —repitió él. Sus palabras eran lentas. Tan lentas como los pasos que recordaba que él daba hacia mi cama por las noches. Cuando alcé la mirada él se había dado la vuelta, pero vi sus ojos. Oscuros como el petróleo, e igual de muertos. Aparté rápido la mirada antes de que él me viese los míos.



—¿Habéis encontrado el cuerpo todas? —preguntó.

Llevaba un traje negro a juego con la camisa y la corbata. Mascaba chicle, como la mayoría de los agentes de la ley, de forma agresiva y en la comisura de la boca. Seguía siendo delgado, y daba golpecitos con sus uñas amarillentas contra el cuero negro de su cinturón, del que colgaba su placa de policía.

—¿Qué hacíais todas tan lejos en la orilla del río? —nos interrogó, mirando la caravana como si supiese perfectamente la clase de personas que vivían en ella.

—Fuimos a ver el río —contestó Nell Salvia al tiempo que me daba un codazo.

—Sí —asentí con la voz temblorosa—. A ver cómo las hojas cambian de color. Mierdas de esas.

—Hoy es su cumpleaños —añadió Nell—. Bajamos al agua a celebrarlo.

—Ajá. —Se pasó el chicle al otro lado de la boca—. ¿Cuántos años tienes?

—Veinte —respondí.

—¿Estabais de celebración cuando encontrasteis el cadáver? —repitió—. Seguro que adivino con qué estabais celebrándolo. Sonrió clavándose el dedo en el brazo como una aguja. Cuando alcé la mirada para observarlo, me vio finalmente los ojos. Bajó poco a poco la mano y se me quedó mirando como si hubiese visto a un fantasma.

—Canicas de bruja —susurró.

Miré a Nell Salvia antes de decir:

—Me metí en el agua para ver el Ojo de Dios.

Él empezó a masticar más despacio y ladeó la cabeza, con los ojos clavados en mí, estudiando todo en lo que no había reparado a primera vista.

—¿El Ojo de Dios? —preguntó.

—Ya sabe. —Nell Salvia se limpió la nariz con la manga, pero no levantó la vista—. La forma como las hojas caen en la superficie del río. Parece el Ojo de Dios.

—Si lo miras fijamente, puedes ver tu futuro —dijo, asintiendo—. Solo es un cuento de paletos. ¿Y qué?

Se acercó más, y su sombra cayó sobre mí. A lo lejos, todavía podía oír el crujido de la cama debajo de él mientras yo sepultaba la cara en mi vieja manta.

—¿Qué? —pregunté, poniéndome de pie.



A continuación escapé de su sombra y me apoyé en la barandilla de madera.

—¿Viste tu futuro? —preguntó.

—Solo vi a la chica —dije.

—¿Qué cree que le pasó, señor? —murmuró Nell Salvia, rodeándose la barriga con el brazo—. ¿Cómo cree que la mataron?

—Sobredosis —contestó él bruscamente, como si el caso ya estuviese resuelto.

—Pero está desnuda —apunté.

—Y tiene cardenales y marcas por todo el cuerpo —señaló Jueves. Había aparecido detrás de la puerta mosquitera—. ¿Cómo coño puede explicar eso?

Se sacó un palillo del bolsillo y empezó a limpiarse los dientes.

—Si eres un cadáver —declaró él—, no quieras acabar en el río. Te sacudirá para un lado y para otro. Y en esta ciudad de Ohio, las corrientes son bravas. Es probable que la lanzara contra las rocas.

—El río no le ha hecho todo eso —repuse—. Es imposible.

Vislumbré la parte superior de la cadena de oro que él llevaba metida por debajo del cuello. Un pelo rubio sobresalía y reflejaba la luz del sol.

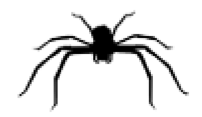
—Bueno, no le ha hecho nada que ella no se hiciera a sí misma. —Se quedó mirándome solo a mí durante lo que pareció una eternidad antes de girarse para marchar.

—¿Lo conoces, Arc? —me preguntó Nell Salvia cuando él ya había vuelto a su coche negro.

—Sí —respondí.

—¿Quién es este gilipollas? —quiso saber Jueves.

—Una araña. —Levanté la vista y observé cómo el humo de la fábrica de papel surcaba el cielo sobre nosotras.





Capítulo 10

A pesar de la noche espesa, ella entornará los ojos y arderá con luz intensa.

Poeta Narciso

1983

El humo de la fábrica de papel flotaba encima de Cisi y de mí la noche que nos fuimos de casa arrastrando el petate del ejército de nuestro padre por la acera.

—Me duelen mucho los pies, Arc —se quejó Cisi—. ¿Adónde vamos?

—Los caballos nos lo dirán —contesté, señalando el humo—. Venga, deja de portarte como una niña tonta.

—No me estoy portando como una niña tonta.

Se enderezó y echó a andar por delante.

Ninguna de las dos dijo que el humo de la fábrica estaba desapareciendo. De hecho, ya había desaparecido una manzana más atrás. Simplemente seguimos adelante hasta que un poco más tarde Cisi dejó caer los hombros y dijo: —Estoy cansada. ¿No podemos sentarnos un momentito?

Ya se había encaminado al banco de la acera.

—Cisi. —Arrastré los pies tras ella—. Tenemos que seguir.

—¿Adónde, Arc? No tenemos un cohete que nos lleve a las estrellas. No tenemos un submarino que nos lleve con las ballenas. Porras, ni siquiera tenemos tu pala para llegar al centro de la Tierra. Este banco es el único sitio al que tenemos que ir.

Contemplé el edificio ubicado enfrente del banco. Era grande y gris. De bloques de hormigón, como nuestra casa. El letrero situado delante enumeraba todas las cosas que había dentro del edificio. Un gimnasio. Una pista de frontón y una piscina cubierta.

—Estamos en el centro de recreo —anuncié.

—Qué sitio más feo, ¿no? —Cisi se dio la vuelta en el banco y se puso de rodillas—. Un montón de nada gris.

Cuando vio las palabras «piscina cubierta» del letrero, soltó: —Nunca he visto tanta agua dentro de un edificio como para poder nadar. ¿Y tú, Arc?

—Sabes que no. —Suspiré—. No hemos ido muy lejos. Tenemos que seguir adelante.

—Hemos andado una barbaridad —se quejó ella.

—Venga. —Le agarré el brazo y traté de hacerla levantar, pero no se movía —. Tenemos que seguir adelante. El humo se está marchando. Si esperamos más, se irá del todo.

—Ya se ha ido, Arc. No tenemos adónde ir. Además, no tenemos con qué sobrevivir. Deberíamos haber traído el martillo de papá para tener algo con lo que construir. Deberíamos haber traído las botellas de mamá para tener algo que beber. Deberíamos haber traído el pañuelo nocturno de la tía para tener algo con lo que asustar a los monstruos. Solo nos hemos traído a nosotras mismas. Y no tenemos suficiente magia para hacer crecer fruta de la cuneta.

—Está bien.

Lancé el petate al banco y me senté junto a ella cruzada de brazos.

Cisi apoyó la cabeza en mi hombro y balanceó los pies.

—Siento que tu plan no haya funcionado, Arc. ¿Qué hacemos ahora?

La calle estaba vacía. Todos los edificios del otro lado estaban a oscuras. Detrás de nosotras, las luces exteriores del centro de recreo se hallaban encendidas. Parecía que no hubiese nada más. Antes creía que, si los pájaros podían elevarse, nosotras también podríamos volar. Pero sentada en aquel banco, empecé a pensar que Trébol debía de estar en lo cierto cuando decía que Cisi y yo no éramos más que un par de tontas que no teníamos donde caernos muertas.

—A lo mejor podemos vivir en las colinas —propuse.

—Los lobos nos comerán —gruñó Cisi.

—Podemos dormir subidas a los árboles cuando oscurezca.

—Los pájaros nos arrancarán el pelo a picotazos y lo usarán para poner sus nidos.

Cisi frunció el entrecejo.

—Podemos hacernos gorros de punto para que no nos toquen el pelo —dije.

—Acabaremos como animales salvajes, bebiendo del río hasta que se nos vuelvan los dientes marrones como el agua. Seremos tan horribles que tendremos que vivir en la niebla en las afueras del condado. Yo no quiero eso, Arc. No quiero tener los dientes marrones y vivir en la niebla.

Balanceó los pies más alto.

—Háblame de las hermanas Trung, Arc —me pidió.

—Eran dos hermanas que vivieron hace mucho, mucho, mucho en Vietnam —relaté suspirando—. Se negaron a que les dijeran lo que tenían que hacer. Se negaron a que las oprimieran las arañas que las rodeaban. Se sublevaron, lucharon y ganaron. Gobernaron por su cuenta y se convirtieron en heroínas. En Vietnam hay calles con su nombre.

—Seguro que son unas calles muy bonitas —dijo Cisi—. ¿Crees que algún

día pondrán nuestro nombre a una calle, Arc? Si encontramos un sitio al que ir, claro.

Eché un vistazo alrededor buscando una respuesta. Cuando miré otra vez el centro de recreo, vi una figura de pie a la luz. La punta de su cigarrillo emitía un brillo rojo.

—Hay un hombre ahí detrás, Cisi.

—¿Quién es? —Se arrimó a mí—. ¿Es la araña? Por favor, dime que no es él, Arc.

—No es él —afirmé, mirando otra vez para asegurarme.

—¿Cómo lo sabes?

—No es lo bastante alto. Y sus ojos reflejan la luz. Lleva gafas. La araña no llevaba.

Ella se volvió y echó una miradita al hombre por encima del respaldo del banco.

—Viene para acá —advirtió—. ¿Debemos asustarnos? Porque yo lo estoy.

Agarré la mano de Cisi y sujeté con la otra el petate del ejército de nuestro padre, lista para correr con ambos.

—No le hagas caso —le aconsejé—. Se irá.

—No se va, Arc. Se está acercando.

Escuchamos sus pisadas.

—Parece que alguien se ha perdido.

Tenía una voz áspera como si no la hubiese usado desde hacía tiempo.

—Váyase —dije mientras Cisi y yo manteníamos la mirada gacha—. Nuestro padre llegará dentro de poco. Estuvo en el ejército. Tiene unas botas enormes. Como nos haga daño, él le hará daño a usted.

Cisi ocultó la cara en mi hombro mientras el hombre se plantaba delante de nosotras.

—He dicho que nos deje…

Cuando alcé la mirada y le vi la cara, le di a Cisi un codazo. Ella levantó la cabeza de mi hombro.

—¿El hombre del violín?

Mi hermana abrió mucho los ojos.

Miré los zapatos de ante del hombre.

—Hala, todavía los tiene —dije.

Eran el mismo par marrón que llevaba cuando se presentó en nuestra casa después del accidente. Estaban más sucios, con manchas de agua que no se habían ido. Atrás quedaba la camisa blanca abotonada, el pantalón caqui y la corbata. Habían sido sustituidos por una camisa con cuello de botones verde oscuro y un pantalón de trabajo de algodón del mismo color. Le quedaban sueltos en las estrechas caderas.

—Apesta —me susurró Cisi al oído mientras él metía la mano en el bolsillo

de la camisa, sacaba una botellita azul y bebía un buen trago. Hacía tiempo que no se cepillaba el pelo. El gris oscuro lo había envejecido, como la espesa barba. Pero sabíamos que era él. Nunca olvidaríamos sus ojos. Del color del cielo que estaba mirando cuatro atropelló a la abuela Asclepia.

—¿Todavía tiene el violín? —preguntó Cisi.

Él tardó más en reconocernos a nosotras. Se inclinó hacia delante y pareció que estuviera a punto de darse la vuelta. Cuando nuestra mirada coincidió con la suya, dijo: —Uno azul y uno verde. —Se quedó con la boca abierta varios segundos antes de murmurar: *Amazing Grace*.

Señaló el aparcamiento y el único coche que había allí.

—Violín —dijo con un gruñido.

La palabra desencadenó un ataque de tos que no terminó hasta que los tres llegamos al coche.

—No lo ha arreglado —observó Cisi palpando el contorno de la abolladura que todavía tenía la forma de la abuela Asclepia. Dejé el petate de papá en el suelo y me dirigí a la parte trasera para pegar la cara a la ventanilla.

—¿Qué haces? —quiso saber él.

—Estoy buscándolo —contesté, ahuecando las manos en torno a los ojos para ver mejor—. Si todavía tiene el coche y la abolladura, a lo mejor también tiene el violín en el mismo sitio que aquel día.

—¿Lo ves?

Cisi se juntó conmigo frente a la ventanilla.

—Está demasiado oscuro. Espera. Creo que veo algo. —Distinguí una forma en el asiento trasero, pero parecía más grande que un estuche de violín —. Hay algo…

—¿Qué haces con esto? —Él levantó el viejo petate de papá—. Eh, estoy hablando contigo. Apártate de mi coche ahora mismo.

Bajé las manos de la ventanilla y me eché hacia atrás.

—¿Para qué es esto? —preguntó de nuevo.

—Hay una muda dentro…

—Para escapar. —me interrumpió Cisi.

—¿Por qué no te callas?

Le di un codazo.

Él me miró con el entrecejo fruncido y me preguntó:



—¿Qué tramas? —Su voz se había vuelto más dura que la primera vez que

lo conocimos. Había perdido el último resquicio de bondad que le quedaba, ahogándolo con la botella de la que no paraba de beber.

—Hay una araña en nuestra casa —dije, mientras él abría el bolso y miraba dentro.

—¿Adónde huyes? —Su ceño se arrugó más.

—No sé —contesté—. La verdad es que no tenemos ningún sitio.

—A lo mejor a la piscina de ahí dentro —propuso Cisi—. A lo mejor está bien.

—¿Crees que puedes quedarte aquí? —Me pasó el bolso—. Esto no es un motel.

—Hay una araña en nuestra casa —repetí.

—¿Por qué no la matas? —Él se encogió de hombros y lanzó una piedra de grava debajo del coche de una patada—. O le pides a tu madre o tu tía que la maten.

—¿Como usted mató a nuestra abuela? —pregunté.

Él se volvió hacia mí con una extraña frialdad en los ojos. Cuando empezó a apretar los dientes, bajé la vista.

—Mira. —Suavizó el tono—. Aquí no se puede quedar nadie, ¿vale?

—¿Por qué no? —quiso saber Cisi.

—¿Con quién vives ahora? —Le dio un trago a la botella.

—La tía Trébol y mamá —respondí.

—¿No querrán saber dónde estás? —preguntó, limpiándose la boca con la manga.

—No me buscarán —dije—. Ellas no hacen esas cosas.

—No puedo dejar que nadie se quede aquí. —Empezó a pasearse de un lado a otro—. Podría meterme en un lío. Perdería el trabajo. Y ahora mismo es lo único que tengo.

—Por favor. —La voz de Cisi sonó muy aguda—. La araña volverá y estará enfadada. Puede que haga su tela tan grande que no consigamos escapar nunca de ella. La abuela habría querido que usted nos ayudara.

Él miró sin ver a Cisi en dirección a la abolladura y apretó la mandíbula antes de decir finalmente: —No lo puede saber nadie.

—No se preocupe por eso —aseguré—. A nadie le importa lo que le pase a una Doggs.

Él se volvió y apretó el paso hacia la puerta de dos hojas identificada como la entrada de mantenimiento, mientras explicaba: —Es mejor entrar siempre por esta puerta. Hay menos riesgo de que a uno lo vean.

—Jo, este sitio es más grande y más gris de cerca —dijo Cisi—. Lo llamaré el Gran Gris.

En el interior, el pasillo estaba frío y vacío. Cisi y yo nos cogimos de la mano mientras lo seguíamos bajo el duro resplandor de las luces del techo.

—Aquí se puede comprar comida. —Se detuvo por el camino ante las máquinas expendedoras de patatas fritas y golosinas—. Y también está esa para cuando hay sed.

Dio unos golpecitos en una con diversas variedades de refresco.

—No tenemos dinero.

Observé la chocolatina situada enfrente de mí mientras me lamía los labios.

—Toma.

Él suspiró y se metió la mano en el bolsillo.

Rebuscó entre colillas de cigarrillo y monedas y encontró un billete de un dólar enrollado.

—Cómprate lo que quieras.

Me lo dio.

—Gracias. —Solté el petate del ejército de papá para quitar las arrugas al billete contra el borde de la máquina antes de introducir el dinero y esperar a que Cisi se decidiese.

—Esa. —Señaló con el dedo una chocolatina que tenía cacahuetes y caramelo en el envoltorio.

—Mi primo se encarga del edificio por el día —informó él, apoyándose en la máquina cuando la chocolatina cayó—. Gracias a él conseguí este trabajo. Tengo mucha suerte de que me lo hayan dado. No quiero perderlo.

Asentí mientras partía la chocolatina por la mitad y le di la más grande a Cisi mientras él bebía otro trago de la botella.

—Todos tenemos nuestros vicios —dijo cuando nos vio mirando—. Pero lo estoy dejando. Voy a Alcohólicos Anónimos. Todo el mundo sabe lo que es, ¿verdad?

Asentimos con la cabeza.

—Todavía no he faltado a ninguna reunión —declaró. Observamos cómo se dirigía por el pasillo hasta el carrito con material de limpieza situado al fondo—. Me llamo John, por cierto. —Se detuvo ante el carrito.

A Cisi le dio la risa tonta.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó él.

Me di cuenta de que yo también estaba riendo.

—Nada —me apresuré a contestar—. John.

Mientras él bebía otro trago, Cisi me susurró al oído.

—Es un john —dijo—. ¿Podemos fiarnos de él?

—No es un john —murmuré—. Él solo es John. Hay una diferencia.

—¿Por qué? —Ya se había comido su chocolatina.

—Porque «John» —dije—, fue el nombre que le pusieron sus padres cuando todavía era un bebé, antes de que fuera un hombre.

Ella dio un bocado a mi mitad de chocolatina mientras observábamos

cómo él se limpiaba la boca con la manga en un largo gesto antes de preguntar:
—Eh, ¿vamos a ver la piscina?

John no andaba lo bastante deprisa para Cisi. Ella le pisaba los talones siguiendo el olor a cloro con la nariz. El aroma nos llevó a través de un vestuario y unas duchas que daban a una gran zona de baño. Las paredes estaban pintadas de rosa melocotón y decoradas con pósteres que parecían restos de los consejos de seguridad y las normas de la piscina en los sesenta. Había unas pequeñas gradas metálicas en el lado izquierdo y un pequeño despacho oscuro en el derecho con un ventanal. La puerta del fondo tenía un letrero que llevaba a la sauna, y alguien había dejado un bañador negro secándose en una de las dos paredes divisorias.

Alcé la vista bajo las tenues lámparas amarillas que colgaban del techo, donde los cables y las tuberías se hallaban pintados del mismo rosa melocotón que las paredes. Cisi se quitó los zapatos para poder pisar sonoramente con los pies descalzos contra las baldosas beis del suelo que rodeaban la piscina. Era más grande de lo que imaginaba que podía ser una piscina cubierta, con varios carriles divididos por las corcheras blancas y verde azuladas.

—¿Te acuerdas de cuando íbamos al río con la abuela Asclepia? —preguntó Cisi mojando la punta del dedo del pie y agitándola con movimientos amplios.

—Claro. —Yo también metí la punta del dedo del pie—. Ella nos enseñó a nadar.

—Echo de menos ir al río con ella, Arc.

Si a mí me llamaba la tierra, a Cisi la llamaba el agua. Cuando estaba seca era solo la mitad de niña. Después de la muerte de la abuela Asclepia, Cisi había dejado de bañarse definitivamente en el río. Sin embargo, a veces todavía la pillaba tumbada en la cama boca arriba, moviendo los brazos como si el aire fuese agua. Practicaba la apnea dejando la cabeza colgando por un lado de la cama y permaneciendo sin respirar el tiempo que tardaba en contar los pétalos de las flores que habíamos dibujado en la pared de su cuarto.

—¿Se puede entrar? —pregunté a John, que asintió con la cabeza y bebió otro trago, los ojos convertidos a veces en una gota de alcohol que chocaba con otra.

—Voy a tocar el fondo —anunció Cisi mientras las dos nos zambullimos en el agua con la ropa puesta, que se nos pegó a la piel.

Cuando Cisi salió a la superficie, siguió nadando por el carril hasta la otra punta, mientras yo me quedaba en el borde mirando a John, situado de pie por encima de mí.

—No te ahogues ahora —me rogó—. Me meterán en la cárcel tantos años que no me quedará tiempo cuando salga. Me abandonarán, tirado en el polvo. Mi cara será una copa…, una copa de veneno amargo.

Se quedó mirando el alcohol que chapoteaba en la botella antes de beber un largo trago.

—No se preocupe —dije—. Sé nadar bien. Pero no como mi hermana. Ella es la mejor.

—Yo me hundo. —Miró al agua—. Cuando eres el hijo de una piedra, no puedes esperar gran cosa.

—¿Es usted el hijo de una piedra? —pregunté, llenándome la boca de agua antes de escupirla como una fuente.

—Mi madre se ahogó en el riachuelo que corría detrás de nuestra casa cuando era niño. —Se lamió los labios y absorbió las últimas gotas de bebida que quedaban allí—. Yo fui el que la encontró flotando boca abajo.

Se acercó al borde de la piscina.

—Flotando boca abajo —repitió dejándose caer hacia delante.

Se zambulló ruidosamente, y su cuerpo se meció en el agua hasta que se quedó flotando en la superficie boca abajo. La botella se le escapó y se llenó de agua hasta que se hundió, mientras Cisi se impulsaba con sus piernas finas en la pared, dando la vuelta para hacer un nuevo largo.



Capítulo 11

La niña llora, las arañas hilan. Ella escapará. A ellas les dará la risa.
Poeta Narciso

1993

El día del velatorio de Harlow me puse el mismo vestido negro que mi madre se había puesto el día que enterraron a mi padre y pensé en la parcela de tierra labrada situada enfrente de la granja de la abuela. Una parcela de tierra que ella mantuvo sin sembrar y en la que siempre se ponía botas que le permitiesen afrontar los bordes perturbados. Era como ella llamaba al suelo irregular y accidentado que marcaba el límite entre la hierba del jardín y la tierra de la parcela. Nos dijo a Cisi y a mí que las mujeres de nuestra familia habían tardado generaciones en trenzar esos bordes perturbados.

—¿Cómo que trenzar, abuela? —le había preguntado yo, pensando en cómo nos trenzaba a nosotras el pelo.

—Quiero decir respirar —contestó ella—, y al cabo de un buen rato dejar de hacerlo y tomar esas inspiraciones y espiraciones perdidas, y trenzarlas con el barro hasta que la tierra forme una cuenca profunda de recuerdos tan poderosos que los bordes atraviesen la capa de tierra y roca, y perturben la generosidad del nivel del suelo. No tengáis miedo de los bordes perturbados, niñas. Dejad que os recuerden que habéis heredado el poder de trenzar vuestra vida con la tierra.

Pensé en Harlow. Su cuerpo trenzado primero con el río y a punto de ser entrelazado con la tierra, levantando los bordes perturbados de su historia. La historia que desembocó en que tuviese la boca llena de hojas.

—Una parte de mí no quiere saber lo que le pasó —confesó Cisi mientras nos dirigíamos a la funeraria—. Una parte de mí quiere pensar que cogió la brisa con la mano y se aferró tanto tiempo a ella que se convirtió en un viento que acabó empujándola al río. Solo eso, nada peor.

—No fue el viento lo que la empujó al río —repuse—. Fue el soplo de un hombre.

—No creerás lo que dijo la araña en la caravana de Jueves, ¿verdad? —me preguntó—. ¿Que solo fue una sobredosis y nada más?

—Cuando la miré, tuve la sensación de que algo la había buscado y la había

atrapado —dije—. Algo que la dejó en el agua y que la abandonó allí.

—Supongo que por eso vamos a su velatorio —aventuró Cisi.

—Qué va. Vamos porque es lo que hay que hacer.

Les había pedido a Nell Salvia y a Jueves que viniesen con nosotras. Me dijeron que no querían saber nada más del asunto. Querían olvidar a Harlow, toda huesuda y pálida. Y el río, con sus ondas y sus oscuras profundidades.

—Trae mala suerte —dijo Nell—. Frecuentar la muerte es como caminar entre hierba alta. Dentro hay cosas de las que no quieres saber. Pero si te alejas bastante, desearás no haberte apartado tanto de casa, Arc. Y los funerales, por muy cerca que te toquen, siempre hacen que sientas que estás a kilómetros de distancia de un lugar seguro. Hazle caso a Salvia, deja que el resto del mundo ande entre esa hierba alta.

El velatorio se celebró en una funeraria que todavía tenía paneles de madera anaranjados de los setenta. La moqueta olía a polvo y décadas de perfume, mientras que el director de la funeraria asentía solemnemente con la cabeza y mantenía las manos juntas a la espalda.

—No hace falta que nos quedemos mucho, ¿no? —comentó Cisi cuando entramos, limpiándonos el barro de las suelas de los zapatos en el felpudo—. No me gusta estar en este sitio. Un desfile de cuerpos que vienen de todas partes y de ninguna. Es un sitio lleno de manos grandes, Arc. Lo bastante grandes para recoger la vida entera de una persona y meterla en un ataúd, como si no hubiese mucha diferencia con transportar un montón de palos de un sitio a otro.

—Sí. —Bajé la voz—. Seguro que hay un perro rabioso que vive debajo del porche y una puerta que siempre se cierra sola.

—No digas esas cosas, Arc.

—No nos quedaremos mucho —le aseguré—. Al menos no lo suficiente para ver cómo esa puerta se cierra sola.

La sala no estaba demasiado llena. Parecía que los asistentes eran parientes lejanos ya mayores. A los susurros que se dirigían unos a otros a menudo les seguía una tos o la mano de un tío que se llevaba un cigarrillo sin encender a los labios antes de salir finalmente a fumárselo en el exterior.

Buscamos rostros conocidos pero solo vimos uno. Violeta. La suya era una cara que en la calle casi todos conocían. Tenía lo que la abuela Asclepia llamaba una vida ondulante. Alguien que nunca estaba quieto. En el caso de Violeta, su movimiento se reducía a estar enganchada o estar sobria. En ese momento, entraba en la segunda categoría.

Violeta siempre me recordaba las imágenes de las tablillas de piedra. Las que se desenterraban con la arena antigua, los bordes tallados de mujeres de cuellos y brazos largos y una mirada a la vez cercana y distante. Tenía un rostro fuerte de ese tipo. Los ángulos de la mandíbula, la ancha bóveda de la

frente. Un jeroglífico de una civilización entera, vestida de luces resplandecientes.

A veces la llamábamos Ojos de Mariposa por su forma de mezclar la sombra de ojos azul, amarilla y naranja debajo de la ceja como el ala de una mariposa posada allí. A menudo se mordía el labio con cara de estar haciendo mentalmente una lista de tareas. En otra vida, me la imaginaba dedicando sus energías a tener una despensa bien surtida para su familia, gastando calorías en la preparación de mermeladas y confituras.

Cuando Violeta estaba sobria, se teñía el pelo de un color que según la caja se llamaba Viento Morado. El cabello se volvía del tono de las flores a las que debía su nombre. Un matiz que recordaba una lejana estación primaveral y las flores que brotaban de la tierra. Se hacía la raya del pelo en medio, dejando a la vista en el cuero cabelludo un tatuaje que decía «Soy importante». Cuando volvía a la jeringuilla, se cepillaba el pelo, y el tatuaje y sus palabras desaparecían para ella hasta que volvía a encontrarlas.

—Me alegro de que hayas venido.

Violeta nos abrazó a Cisi y a mí al mismo tiempo.

—Hueles a vainilla —le dije.

Los pendientes con cucharillas de plata que llevaba le colgaban hasta los hombros.

—Me puse un poco en el cuello después de preparar las galletas —declaró, señalando una larga mesa arrimada a la pared en la que había algunos refrigerios, entre ellos una fuente de galletas de azúcar cortadas con forma de pájaros y recubiertas de un arcoíris de color. Cogió una.

—Es un colibrí —explicó—. Pensé que a Harlow le habría gustado.

Violeta era una nube de harina. Un montón de azúcar en la encimera de la cocina. En su caravana, el horno siempre parecía estar encendido, y las manoplas, gastadas de los años de uso. Conducía por las peores calles de Chillicothe, donde los perros andaban con la cabeza gacha y las mujeres a menudo acababan con el ojo morado. Repartía la comida a quienes sabía que necesitaban algo en el estómago aparte de hacer la calle.

«Gracias, madre Violeta», le decían. Tal vez lo hacía solo para que alguien la llamase madre cada día. Tenía una hija de ocho años, pero vivía con su exmarido. Lo primero que Violeta hacía cuando conocía a alguien era sacar una cartera del bolsillo que contenía un acordeón de fotos de su hija.

—Le puse Hierba porque, cuando la llevaba en el vientre, se movía dentro de mí como un campo de hierba —te explicaba.

Las fotos de su hija abarcaban desde su edad presente, ocho años, a su primera infancia. Era en esas en las que más se detenía mientras hablaba de lo rápido que pasa el tiempo.

—Tan deprisa como algo que no entendemos —dijo.

A Cisi y a mí no nos sorprendió encontrar a Violeta en el velatorio. Asistía a los de todas las que habían hecho la calle en Chillicothe y habían muerto con los brazos agujereados.

—Para recordarme a mí misma lo fácil que es amar algo que no te ama a ti —decía.

Cisi cogió la galleta de la mano de Violeta. Después de partirla por la mitad, se quedó la más grande. A mí no me importó. No tenía hambre en aquella habitación pequeña cuyas paredes se me echaban encima.

Violeta señaló a los padres de Harlow, sentados en unas sillas junto al féretro rosa claro. La madre no paraba de levantarse a andar, estremeciéndose a cada paso como si tuviese chinas en los zapatos. El padre no paraba de excusarse para ir al servicio y volvía minutos más tarde con los ojos más rojos y un pañuelo de papel nuevo en el puño.

—Nos vemos luego —se despidió Violeta, dándonos a Cisi y a mí otro abrazo antes de ir a saludar a otra persona.

—¿Te vas a comer eso? —preguntó Cisi, refiriéndose a la galleta que seguía en mi mano.

—No.

La dejé en la mesa. Pensé que ella la cogería, pero me dio un codazo en el costado.

—¿No es ese el tío del Blue Hour? —Señaló al hombre que se hallaba apoyado en la pared—. ¿Cómo se llamaba?

—Welt —respondí.

Había empezado a trabajar en el Blue Hour unas semanas antes. Hacía tareas de limpieza. Había quienes lo llamaban la camarera del motel. Pegaba con su corte de pelo de fregona y su cabello rubio como el agua de fregar con el flequillo hasta los ojos. Me recordaba un halcón. No por el perfil de su nariz, sino por la forma en que sus ojos se movían por la estancia, como si continuamente estuviese analizando el más mínimo movimiento a su alrededor.

Estaba vestido como siempre iba en el Blue Hour. Unos gruesos calcetines caídos por encima de unas botas bajas marrones. Unas bermudas vaqueras. Una camiseta desteñida y un chaleco de punto color malva. Solo los colores de las camisetas y las bermudas parecían cambiar. Las botas, los calcetines y el chaleco se mantenían como el guante de piel rojo enfundado en su mano derecha. Aunque yo siempre había pensado que el guante de piel tenía que ver con la limpieza, circulaban rumores sobre el motivo por el que lo llevaba, y parecía que todo el mundo tenía una teoría.

—Puede que tenga la mano torcida y llena de cicatrices —aventuró Nell Salvia—. De un incendio que pensó que solo sería una llama. Parece la clase de hombre que juega con cerillas.

Según Jueves, el guante ocultaba la falta de mano.

—Se arrimó al perro que no debía —declaró antes de morderse la mano con los dientes y gruñir.

Yo sabía que la razón no era que le hubiesen amputado la mano, y ella también. Lo habíamos visto mover sus diez dedos en lengua de signos. Era el único hombre sordo que conocíamos y, mientras hablaba con las manos, todas le mirábamos el guante, esperando a ver si sus secretos se nos revelaban, pero este seguía bien metido en su manga.

—¿A qué ha venido al velatorio de Harlow? —preguntó Cisi.

—¿A presentar sus respetos? —Me encogí de hombros.

—Solo hace unas semanas que trabaja en el Blue Hour —dijo—. No lo he visto andar con nadie aparte del carrito de la limpieza. Harlow no debía de ser amiga de él.

—Eso no lo sabes, Cisi. Además, en realidad nosotras tampoco conocimos a Harlow y aquí estamos.

—Sí, pero somos las que la encontramos. Si encuentras a alguien en el río, tienes muchos motivos para ir a su entierro.

Welt giró poco a poco a la cabeza hacia nosotras, observándonos tras su pelo largo.

—Oh, nos ha visto. —Cisi trató de esconderse detrás de mí.

Él cerró y abrió la mano enguantada antes de meterla en el bolsillo y salir por la puerta principal, con el chaleco de punto ondeando a los lados.

—Me recuerda los hombres de los viejos cuentos de la abuela Asclepia. —Cisi se quedó detrás de mí—. Los que prendían fuego y robaban los sueños. —Su cuerpo tembló sacudido por un escalofrío—. Te preguntaría si podemos irnos, pero seguramente él está ahora fuera, merodeando por ahí, dejando manchas negras de cosas que ha quemado.

—¿Vienes conmigo? —Señalé con la cabeza el féretro—. ¿A verla?

—Qué va —contestó Cisi negando con la cabeza—. Ya la vi bastante en el río, para toda la eternidad.

Avancé despacio por el pasillo. Una parte de mí esperaba llegar allí y encontrar a Harlow como la había encontrado por primera vez. Flotando boca abajo en el agua, con las hojas y las ramas flotando con ella en el ataúd. Casi me sorprendió hallarla boca arriba, con el cabello pelirrojo claro cepillado y el vestido blanco de manga larga perfectamente planchado. Tal vez el director de la funeraria había propuesto que un féretro cerrado era la mejor opción. Sin embargo, la dejaron allí tumbada, con la cara tapada únicamente por un velo de encaje del mismo rosa pálido que el ataúd. El encaje contribuía poco a mitigar la realidad de lo que ya se había corroído o descompuesto en el río. Pero supongo que sus padres eran la clase de personas que querían retrasar el cierre de la tapa lo máximo posible.

Me metí la mano en el bolsillo y envolví con los dedos la piedrecita que había cogido esa mañana.

—Tengo algo para ti —le dije—. Una pequeña piedra preciosa.

Saqué el pintalabios rojo del bolso y lo usé para pintar la piedra antes de colocarla debajo de su mano, mientras le decía: «No te olvidaré, Harlow».

Cuando me reuní con Cisi en la puerta, estaba taconeando impacientemente.

—¿Podemos irnos ya? —quiso saber.

Asentí con la cabeza.

Una vez que estuvimos fuera, dejó escapar una gran exhalación.

—Tenía la sensación de que si me quedaba ahí más rato —dijo—, intentarían meterme en un ataúd.

Cuando echamos a andar, mantuve la vista en la acera.

—¿Qué le has metido, Arc? —preguntó.

—Una piedra —contesté.

—¿Por qué la has pintado con lápiz de labios?

—Para convertirla en una piedra preciosa roja —declaré—. De manera que si en el futuro una nueva civilización abre su tumba, la vean y sepan que era una reina.

Anduvimos en silencio en medio del estruendo de los coches que pasaban. Hasta que no nos paramos en un semáforo en rojo en la siguiente manzana, Cisi no dijo:

—Me pregunto…

—¿Qué te preguntas? —repliqué.

—¿Quién hará lo mismo por nosotras cuando llegue el momento?

Se metió entre el tráfico hasta un cruce en el que coincidían varias tiendas. Los coches de la gente estaban llenos de comestibles recién comprados, de ropa o de cualquier cosa de la ferretería.

—Deséame suerte —dijo, metiendo la mano en el bolso y sacando un trozo doblado de cartulina.

En ella había escrito: POR FAVOR AYÚDENME. NECESITO DINERO PARA UNA OPERACIÓN DE CORAZÓN PARA MI BEBÉ con rotulador negro.

Había recortado la foto de un bebé de un anuncio de pañales de una revista y la había pegado a la cartulina, justo debajo de las palabras.

Me dirigí al otro lado del cruce para pillar el tráfico que iba en la otra dirección. Llevaba atada a la cintura la vieja chaqueta del ejército de mi padre que había descolgado de la ventana del cuarto de baño. Me la puse y saqué sus chapas de identificación de debajo del cuello. Había doblado mi propio cartel y lo había guardado en el bolso. Lo saqué y lo levanté.

VETERANA HERIDA Y SIN TECHO.

Algunos días había conductores que me echaban dinero en la lata con relativa frecuencia. Pero esos días eran contados. El vestido negro tampoco ayudaba. No pegaba con el camuflaje y el cartel.

Miré por encima de los capós de los coches que pasaban a toda velocidad junto a Cisi. Ella lloraba y agitaba los puños en el aire. Formaba parte de su número. Lloraba por el bebé del cartel y su débil corazón, para el que necesitaba dinero.

Me recordó algo disperso. Como las cáscaras de nuez vacías que nuestra abuela recogía del cuenco de la cocina y arrojaba al jardín. Los pedazos caían separados unos de otros, para no volver a estar juntos nunca más. Si me hubieseis dicho que ese sería el futuro de Cisi, no me lo habría creído. El futuro que yo había visto para ella era como nadadora de éxito. De las que la historia recuerda con récords mundiales y medallas de oro. La clase de vida para la que ella se zambullía en el agua y aguantaba la respiración.



Capítulo 12

En el pasado hay una canción. Quien la canta debe de tener razón.
Poeta Narciso

1984

Cisi estaba de pie, aferrándose al borde de la piscina con los dedos de los pies, el cuerpo inclinado hacia delante y arqueado hacia la superficie quieta del agua. Tenía los brazos estirados por delante, las manos juntas y los dedos apuntando hacia donde se dirigía.

—Dime que papá está en las gradas mirándome, Arc. —Entrecerró los ojos fijando la vista en el agua, con la trenza recogida con horquillas en la coronilla—. Dime que la abuela está al final de la piscina esperándome. Pero, sobre todo, dime: Preparada, lista, ya.

—Papá está en las gradas mirándote —dije, detrás de ella—. La abuela Asclepia está al final de la piscina esperándote. Y lo más importante: ¡preparada, lista, ya!

Grité cuando ella se tiró al agua, y las salpicaduras saltaron hacia las luces del techo. Durante casi toda la noche, Cisi estuvo haciendo largos en la piscina del centro de recreo que llamábamos el Gran Gris.

—Voy a nadar hasta el río Nilo, Arc —aseguró—. Te traeré un trozo de las pirámides.

Después de las clases, Cisi volvía a la piscina a nadar durante el día para poder competir con los demás nadadores. Tenía que hacerlo con ropa porque no tenía bañador. Los niños se burlaban de mi hermana, pero ella les ganaba aun teniendo que nadar en pantalón corto y camiseta.

Por la piscina se paseaba una mujer que tenía las espaldas anchas de alguien que ha estado en contacto con el cloro casi toda su vida. Se llamaba Tam. Era la entrenadora del equipo de natación del Gran Gris. Había estado viendo a Cisi a diario, estudiándola detenidamente. Cuando tocó el silbato y le dijo a mi hermana que saliese, ella se quedó quieta, con los ojos muy abiertos y la ropa goteando.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Tam.

—Cisi.

—¿Como el pato de los dibujos animados?[5]

Tam sonrió.

—Como un pato, no. —Mi hermana se enderezó—. Mi nombre completo es Poeta Narciso, pero todo el mundo me llama Cisi. ¿Ha venido a echarme la bronca? Si he hecho algo malo, lo siento. No volveré a hacerlo. Pero no me eche de la piscina, ¿vale?

—No vengo a echarte la bronca —aseguró Tam—. Solo quería decirte que nadas muy bien. ¿Has intentado alguna vez hacerlo con bañador?

—No tengo. —Cisi agachó la cabeza.

—Pero ¿te gusta nadar? —le preguntó Tam.

Cisi alzó la vista:

—Lo que más. Quiero nadar hasta el fin de los tiempos. Y luego quiero saber adónde va el río después. Adonde vaya, quiero ir yo también. Tengo que hacerlo, ¿sabe? Mire mi ojo azul —dije, señalándolo—. Siempre formaré parte del agua.

—Tienes corazón de pez —comentó Tam—. ¿Te gustaría estar en el equipo de natación?

—¿Puedo?

—Claro —rio Tam—. Pero necesitas varias cosas. En primer lugar, un bañador. Y unas gafas para nadar y un gorro. Diles a tus padres que vengan a verme. Podrán llevarse todo eso cuando firmen la autorización.

—¿Autorización? —Cisi se mordió el labio.

Tam tocó el silbato a dos niños que estaban peleándose en la piscina.

—Basta ya —les dijo. Una vez que los niños se separaron, Tam se volvió de nuevo hacia Cisi y le explicó:

—Necesitas una autorización firmada por un padre o un tutor legal. No puedes entrar en el equipo sin ella.

—¿Tienen que firmar la autorización en persona? —preguntó Cisi.

—No. —Tam recorrió la cara de Cisi con la mirada—. Pero normalmente a los padres les gusta conocerme.

—Mi madre está muy ocupada. Trabaja de… —Cisi me miró—. Arc… Arquitecta —dijo Cisi rápidamente—. Está muy ocupada construyendo edificios altos en los que los pájaros ponen sus nidos. Podría llevarle la autorización a casa y traérsela firmada.

—Podrías hacerlo —concedió Tam—. Pero me gustaría conocer a tu madre en algún momento.

—Claro. —Cisi asintió con la cabeza—. Por supuesto. A ella le encantaría conocerla.

Cisi siguió a Tam al cubículo acristalado situado junto a la piscina. En la ventana había varios artículos de periódico sobre competiciones de natación pegados con cinta adhesiva. Cisi los leyó de puntillas mientras Tam rebuscaba en los cajones.

—Toma un impreso. —Tam se lo dio a Cisi—. Tráelo y podrás venir este año. Irás por detrás de las demás niñas, pero la primera competición no es hasta dentro de un tiempo, así que tendrás tiempo para entrenar.

—Aquí pone que hay que pagar una cuota de treinta y cinco dólares. —Cisi señaló las letras en negrita que aparecían al final del papel—. ¿Y si no puedo pagarla?

—Es la misma cuota para todo el mundo. Nadas de maravilla, Cisi, pero no puedo darte un trato distinto.

Tam salió corriendo del despacho para tocar el silbato una vez más a unos niños que se estaban salpicando.

—Mamá no nos dará el dinero —me dijo Cisi en el trayecto de vuelta a casa—. Ni la tía Trébol.

—Ya nos preocuparemos por el dinero más tarde. —Le pasé el brazo por los hombros mojados—. De momento podemos adelantarnos y firmar la autorización.

Cuando llegamos a casa, entramos en la habitación de mamá y pusimos un boli en su mano sin fuerzas.

—Tienes que firmar esto, mamá. —Cisi intentó que mamá agarrase más fuerte el bolígrafo—. Venga, deja de hacerte la remolona.

—Largaos. Mamá está durmiendo —se quejó nuestra madre. El agujero del colchón se había agrandado. Ella había empezado a sacar los muelles y la espuma, de modo que tenía más sitio para meter todas las cosas que les robaba a los johns. El colchón se estaba torciendo y llenando de bultos.

Me subí a los bultos y le di a mamá una bofetada.

—Despierta.

Contuve un grito durante cinco segundos mientras Cisi los contaba con los dedos.

—Me cago en la leche. ¡Cállate, Arc! —me gritó mamá—. ¿Qué coño quieres?

—Tienes que firmar.

—Aquí.

Cisi se puso el papel en la palma extendida de la mano para ofrecerle a mamá una superficie en la que firmar.

Mamá cogió el boli. Dejando escapar un profundo suspiro, estampó su rúbrica. Su firma degeneró en una espiral hacia abajo hasta que la mitad quedó fuera del borde del papel.

—¿Contenta? —preguntó, soltando el boli antes de darse la vuelta y cerrar los ojos.

—Sí —contestó Cisi—. Sí, estoy muy contenta.

Mamá volvió a incorporarse, y sus ojos mostraban una paranoia creciente.

—¿Qué cojones acabo de firmar, Arc? —quiso saber—. Siempre estás

tramando algo. Eres como un trozo de cristal en el suelo por la noche, esperando a que me corte el pie. No estarás contenta hasta que tenga una cicatriz como tú. —Me agarró el pie y me hizo caer mientras me pasaba el dedo por la cicatriz que me había hecho la noche que el john trató de ahogarla y yo le clavé la punta de flecha—. Quieres que quede marcada como tú, granuja. —Me empujó el pie—. A ver, ¿qué me has hecho firmar?

Se puso a golpear con los puños en el colchón una y otra vez.

—Es una cosa que me dará la oportunidad de nadar —terció Cisi. Nada más.

—¿Nadar? Conque chof, chof, ¿eh? —se rio, y fue cruel—. Sois la mitad del mismo pez muerto.

Se puso a mascullar y volvió a tumbarse, mientras Cisi y yo salíamos corriendo.

—Ya estoy en el equipo de natación, Arc. —Cisi agitó el papel delante de mi cara.

—Todavía tenemos que pagar la cuota —le recordé.

—Ah, es verdad. —Mi hermana perdió rápido la sonrisa—. Treinta y cinco dólares. ¿De dónde vamos a sacar tanto dinero?

—Creo que hay alguien que podría ayudarnos.

Cuando llegamos al Gran Gris esa noche, llevé el petate de papá lleno de cosas a nuestro rincón para dormir en la sala de manualidades, mientras Cisi corría a buscar a John. Tan pronto como lo encontró, empezó a hablar de la natación por aquí y la natación por allá. Cuando llegó a la parte de los «treinta y cinco dólares», él no sabía lo que decía.

—Tranquilízate, Arc.

Se agarró la cabeza y dijo que le dolía mucho.

—Soy Cisi.

Mi hermana puso los brazos en jarras.

—Perdona —se disculpó él—. ¿Qué quieres pedirme?

—Voy a entrar en el equipo de natación.

—¿De verdad? Vaya. —John se metió la mano en el bolsillo, sacó la botellita azul y bebió un trago—. Enhorabuena, supongo.

—Pero no puedo entrar en el equipo si no pago la cuota —aclaró ella, levantando la voz hasta hablar en el tono más agudo del que era capaz—. Son treinta y cinco dólares. Me preguntaba… —Mi hermana bajó la vista al suelo —. Si podrías darme el dinero. Yo te lo devolvería.

—¿Quieres que yo te dé el dinero?

—Solo treinta y cinco dólares —dijo ella—. No es tanto.

Él se apoyó en la pared para mantener el equilibrio mientras metía la mano en la cartera y suspiraba al revisar su contenido.

—Solo tengo cinco pavos, niña —anunció.

—¡Con eso no basta! —gritó ella.

—Tranquilízate. —John tuvo que hacer varios intentos para volver a guardarse la cartera en el bolsillo—. Tengo un colega aquí al lado que me debe una. Vuelvo dentro de unos minutos.

—Espera, John. —Corrí tras él—. Dame las llaves de tu coche.

—Me tengo que ir. Me tengo que… —Sacó las llaves de su bolsillo.

—Puedes ir a donde sea andando —le dije—. ¿No querrás atropellar a otra abuela, no?

Agarró las llaves tan fuerte que pensé que no me las daría. Entonces apartó la vista y las soltó, no en mi mano sino en el suelo, con un ruido sonoro que reverberó en las paredes. Una vez que él se fue, Cisi se metió en la piscina para hacer sus largos. Yo me puse a limpiar los váteres del vestuario. Me imaginé que lavaba las piedras del Machu Picchu con el agua de su río y la tierra de su suelo, preparando el imperio para que el gobernante de los incas se pasease por él y reclamase el lugar. Las canchas de baloncesto desaparecieron y se convirtieron en las montañas, el suelo se transformó en roca y tierra, y el techo se deshizo en la niebla de Perú.

Para cuando la niebla empezó a desaparecer, estaba guardando la fregona y la escoba, después de haber hecho el turno entero de John esa noche. Cuando me tumbé al lado de Cisi para dormir, él había regresado y cantaba *Amazing Grace* por los pasillos de abajo.

—Ha vuelto. —Cisi se despertó—. Por fin.

Se levantó a toda velocidad y salió corriendo de la sala. Yo me quedé tumbada un segundo más, con el olor al jabón del cubo todavía en las manos y mis ojos cansadísimos.

—Espera, Cisi. —Perseguí a mi hermana.

Los encontré a ella y a John abajo junto a las máquinas expendedoras.

—¿Tienes el dinero? —preguntó ella—. Oye. —Le tiró de la manga—. ¿Tienes el dinero?

—Claro, niña.

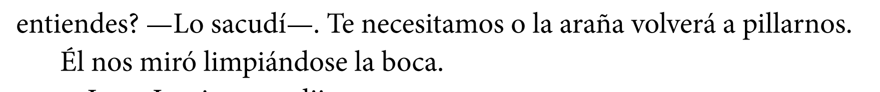
Él dejó caer varios billetes sobre la cabeza de Cisi. Mientras ella los recogía del suelo y los contaba, le pregunté dónde había estado.

—Me paré a acariciar a un perrito por el camino —dijo él, arreglándose la camisa como si llevase corbata.

—Has estado fuera toda la noche. —Pataleé—. He tenido que hacer todo tu asqueroso trabajo yo sola.

Alargué la mano y lo agarré justo antes de que se cayese de bruces. Me empezaron a temblar los brazos tratando de aguantar su peso. Conseguí apoyarlo en la pared, por la que se deslizó hasta posar la cabeza en el suelo.

—No puedes tumbarte aquí —lo regañé—. Te encontrarán por la mañana. Perderás el trabajo. Cisi y yo no tendremos adónde ir por las noches. ¿No lo


entiendes? —Lo sacudí—. Te necesitamos o la araña volverá a pillarnos.

Él nos miró limpiándose la boca.

—Lo… Lo siento —dijo.

Se puso a gatas apoyándose en la pared para levantarse sin ayuda.

—Lo siento, no lo había pensado. —Empezó a darse bofetadas—. Tonto, tonto, tonto…

—Basta.

Le di un empujón.

—Es que…

Se volvió de repente y vomitó encima del dinero que Cisi tenía en las manos.

—¡Lo has estropeado! —gritó ella—. Estúpido, lo estropeas todo. —Se fue corriendo al servicio, mientras el dinero goteaba en su mano y dejaba un reguero de vómito.

—No le hago bien a nadie —declaró él, resbalando otra vez por la pared. Mientras John se dormía en el suelo, yo limpié el vómito.

Antes de que llegasen los trabajadores por la mañana, Cisi y yo conseguimos llevar a John a su coche.

—Gracias —dijo cuando lo ayudamos a sentarse en el asiento trasero para que siguiese durmiendo la mona.

Lancé las llaves a la parte delantera.

—Lo odio —soltó Cisi cerrando la puerta del coche de un portazo. Había limpiado el vómito del dinero lo mejor posible y lo había secado con los secadores de pelo del vestuario. Ese mismo día, después de las clases, se lo entregó orgullosamente a Tam acompañado de la autorización.

—Ya es oficial, entonces —dijo Tam, dándole a Cisi un bañador verde oscuro, unas gafas de nadar blancas y un gorro de natación naranja—. Estos artículos están incluidos en la cuota. Bienvenida al equipo, Cisi.

Ella se puso a dar saltos chillando tan fuerte que todo el mundo dejó de nadar en la piscina, creyendo que se trataba del pitido agudo del silbato de Tam.

Más tarde esa noche, Cisi lució el bañador y las gafas. Había tardado en aprender a ponerse el gorro de goma por encima de las llamas de su cabeza.

—Bien hecho. —John aplaudió cuando la vio—. Serás el mejor pez de la piscina.

Nunca lo habíamos visto tan sobrio.

—Lamento lo de anoche —se disculpó—. No volveré a beber. Lo prometo. Esta vez será para siempre. Voy a dejar el alcohol. Me crees, ¿verdad, Arc?

—Claro —respondí yo, consciente de a cuántas promesas puede faltar una persona—. Claro, John.

Lo observé toda esa noche, empujando el carrito por el edificio. Observé

cómo metía la mano en la chaqueta para coger la botella, y el cristal azul reflejaba el resplandor de las luces del techo al acercarla a sus labios de embustero.

5 En la versión original, Cisi se llama Daffy, diminutivo de Daffodil (narciso), y Daffy Duck es el nombre en inglés del Pato Lucas, el personaje de los *Looney Tunes*.

Capítulo 13

Me ahogaré con una sed ardiente, porque hasta el mal tiene sus simientes.
Poeta Narciso

1993

Durante las semanas que siguieron al entierro de Harlow, me despertaba con un sabor a tierra en la boca y la sensación de tener piedrecitas en la lengua. Me daba la impresión de que tenía piedras más grandes incrustadas en las encías, la presencia de ramas largas y finas que se amontonaban en el fondo de mi garganta. La abuela solía llamarlo la boca salvaje. Relinchaba como un caballo cuando lo decía.

—Siempre pasa cuando una chica o una mujer prueba la muerte —nos decía a Cisi y a mí—. La boca salvaje. Un nombre sin adornos como la pena.

Soltaba un relincho tan agudo que teníamos que taparnos los oídos.

—¿Cómo te libras de ella, abuela Asclepia? —le había preguntado yo.

—Nunca te libras de ella, tesoro. Solo aparentas que lo has hecho.

Cisi me recordó que también había tenido la boca salvaje después de la muerte de papá.

—Eres muy rara con la muerte, Arc —dijo—. La recoges en tu interior, como un montón de hojas en otoño. La recoges y formas una pila gigante. Haces con ella algo que puedas llevar. No pensaba que lo harías con Harlow, aunque supongo que cuando encuentras a una persona en el río, estás obligada a llevarla contigo.

—Es porque no puedo dejar de pensar en ella —admití—. Flotando en aquella agua tan fría.

—Todavía más fría ahora —apuntó Cisi.

Ya no era octubre. Las ramas estaban peladas, y podíamos ver nuestro aliento al exhalar.

—Sé que te gustaría ponerte un abrigo a cuadros para este frío —me dijo Cisi— e ir a cortar leña. En serio, Arc, es como si fueras de otra época. De una época en la que las mujeres no flotaban en el río.

—No creo que haya existido una época así —repliqué.

La mayoría de los días no pensaba en Harlow, pero llegó un momento en el que sus costillas laceradas entraron en mi mente, y las ramitas se amontonaron

cada vez más en su pelo mientras el calcetín me recordaba que ella había sido una de nosotras.

Cuando le conté a Nell Salvia que veía a Harlow en sueños, me dijo: «Tienes que dejar de hacer eso», como si tuviese opción.

Un día íbamos andando cerca de la calle Mayor. Cisi estaba con nosotras. Nell Salvia tenía una bebida grande que había comprado en un restaurante de comida rápida y una bolsa de plástico transparente, con las asas anudadas para que la serpiente que se retorcía dentro no pudiese escapar.

—La cacé al lado de la caravana de Jueves —nos informó—. Tiene un montón de serpientes en el jardín. Vienen del río, supongo. No le digáis a Jueves que he cogido a uno de sus animales.

—¿Puede respirar ahí dentro? —pregunté, viendo que la bolsa de plástico se balanceaba de un lado a otro.

—He dejado un agujero al lado del nudo —contestó ella, mirando también la bolsa.

—Pero ¿qué haces con una serpiente? —quiso saber Cisi.

—Si le llevas una al Carreteras —dijo Nell Salvia—, te hace un tatuaje gratis. Un tatuaje pequeño, pero qué más da. No te cuesta un centavo ni ningún cacho de ti.

Alargué la mano hacia la bolsa, pero ella la retiró y dijo:

—Ya sé lo que estás pensando, Arc, pero no pienso dejar que sueltes a la serpiente. Si fueras Jueves, me llamarías perra insensible.

—¿Para qué quiere él la serpiente? —pregunté.

—Nunca se lo he preguntado. —Nell se encogió de hombros—. Creo que me dolería saberlo.

El estudio de tatuaje, su puerta color barro y los ladrillos marrón oscuro dispuestos en vertical, empezaba a verse. Tenía una gran ventana de cristal en la parte de delante, con el borde color óxido. El Carreteras había tapado el cristal con periódicos por dentro para que no se viese el interior. Los artículos que eligió eran de desastres naturales. Inundaciones, ventiscas, sequías. Luego estaban las necrológicas. Caras desconocidas que te miraban desde dentro mientras tú intentabas mirar desde fuera.

—¿Para cuándo un tatuaje? —nos preguntó Nell a Cisi y a mí.

—Con el Carreteras, nunca —respondí yo, mirando el letrero del estudio. Era de madera, cortado en forma de calavera en llamas y colgado de unas cadenas rojas.

—Dicen que ha matado a gente —dijo Nell Salvia—. ¿Sabes de dónde le viene el nombre, no?

Había oído varias versiones, pero aun así negué con la cabeza, interesada en saber cuál de las historias que circulaban por las calles repetía.

—Secuestró a un hombre que le debía dinero y lo vistió de negro de la

cabeza a los pies —explicó—. Lo colocó en una carretera de noche. Lo ató con cinta o lo encadenó o hizo algo para que no se levantara. Nadie podía verlo vestido todo de negro. Los coches y los camiones no se paraban, aunque notaban el bulto de su cuerpo debajo de los neumáticos.

Nell levantó las manos y asió el aire como si agarrase un volante al tiempo que hacía sonidos de aceleración, mientras la serpiente de la bolsa se sacudía de acá para allá con sus movimientos.

—*Brrum, brrum* —dijo—. Los conductores pensaban que estaban pasando por un badén y seguían adelante. —Bajó las manos—. Con la luz de la mañana, todo el mundo vio lo que quedaba de un hombre que había sido aplastado por los vehículos que lo habían arrollado.

Bebió un buen sorbo del vaso mientras Cisi y yo la mirábamos fijamente.

—Pero ¿cómo pudo el Carreteras poner a un hombre en medio de la autopista mientras los vehículos circulaban sin que lo atropellasen a él? —intervine.

Ella chupó de la pajita hasta que la bebida se acabó y se oyó el borboteo del aire.

—Era de noche —contestó finalmente—. Menos tráfico. Además, aunque no sea todo verdad, tuvieron que ponerle ese nombre por algo muy malo. Es la clase de nombre que si lo dices tres veces mirando a un espejo, crees que te clavarán un cuchillo en la barriga.

—¿No te da miedo andar tanto con él? —pregunté.

Dejó el vaso en la acera y metió la mano en el bolso. Yo sabía lo que iba a sacar. Su navaja, que ella llamaba «el alambre de mi sostén». Nell Salvia no solo era conocida por vestir la misma sudadera, sino también por llevar el mismo sujetador de encaje negro que se había convertido en una especie de amuleto. Todo empezó después de que un john agresivo la acorralase en un rincón del Blue Hour. Desnuda, boca abajo y viendo su sujetador en el suelo, Nell agarró la prenda. Apuñaló al john con el aro que asomaba del sostén. Después, lo ahogó con los tirantes del sujetador hasta que se desmayó y pudo escapar, no sin antes vaciarle la cartera por las molestias.

Desde entonces, seguía llevando el sostén. Era su escudo y su espada. Pero por si la tela de encaje le fallaba, cambió el alambre por una navaja que llevaba encima en todo momento. Y aunque era un cuchillo de acero, para ella era el mismo alambre de sujetador barato que una vez le había salvado la vida. Decía que tenía aún la sangre marcada de un hombre para demostrarlo.

—Sé cuidar de mí misma. —Sacó la hoja de la navaja—. Tienes que hacerte con una de estas. —La movió en el aire delante de Cisi y de mí—. En esta ciudad no andamos por calles de color de rosa. Andamos por calles que huelen a gasolina por la mañana y a meados por la noche. Es muy fácil tropezar con el diablo en estas calles. ¿Qué piensas hacer cuando empiece a pasarse de la raya

si no tienes nada con que protegerte?

Dobló la navaja y la guardó en el bolsillo antes de abrir la puerta del estudio de tatuaje y dejar que el olor a humo de cigarrillos saliese a la calle cuando entramos. Las paredes eran de ladrillo visto y tenían el tipo de imágenes pintadas que uno espera encontrar en una carretera del infierno. Un cielo rojo hendido con fuego naranja. Ojos y cuernos diabólicos. Explosiones de polvo amarillo y siluetas de manos que salían del infierno. En las columnas que recorrían toda la sala había más imágenes, con largas caras verticales estiradas de punta a punta hasta que no parecían humanas.

El Carreteras estaba en la silla de tatuador, inclinado por encima de un cliente recostado que se estaba quejando.

—¿Qué le has hecho, Carreteras? —Nell Salvia se acercó lo bastante para ver el pañuelo de papel empapado de rojo que el Carreteras sostenía en la boca del tipo—. ¿Le has arrancado los dientes?

—No es sangre, idiota. —Tiró el pañuelo al cubo de la basura con los demás—. Es tinta.

—No sé si podré acabar, tío —dijo el cliente, con una lágrima corriéndole por la mejilla tatuada con un dragón—. Parece que me estés apuñalando la boca, colega.

—Cierra el pico, nenaza. —El Carreteras presionó la aguja contra las encías del tipo, y la tinta roja se derramó sobre sus dientes y le llenó la boca. Aunque Cisi y yo conocíamos al Carreteras, siempre habíamos intentado guardar las distancias y nunca habíamos entrado en su estudio. En aquel entonces era un capo de la droga. Uno que traficaba de Columbus a Kentucky a través de Chillicothe por la ruta 23, que llegó a ser conocida como la Carretera de la Muerte. Siempre pensé que la mayoría de los rumores se los había inventado él para mantenernos a raya por miedo al hombre del que se decía que una vez descuartizó a otro traficante y le dio de comer sus pedazos al perro.

—¿A cuántos crees que habrá matado realmente? —me susurró Nell al oído cuando las tres nos pusimos contra la pared, con la serpiente retorciéndose y silbando en la bolsa de plástico—. Por cómo se queja ese tío, igual se lo carga.

El Carreteras tenía las mejillas picadas de viruela como un panal. Cicatrices que demostraban que una vez había sido adolescente. Sin embargo, costaba creer que no hubiese nacido ya duro y feo. En aquel entonces tenía cuarenta y tantos años. Se le estaba encaneciendo el pelo en las sienes, pero solo si te acercabas lo suficiente. Si te acercabas lo suficiente, era probablemente porque estaba a punto de pegarte o algo peor. La forma en que la piel se le tensaba desde las comisuras de la boca me recordaba una foto que había visto una vez en un libro de la biblioteca. La foto de una figura desenterrada en Mesopotamia. Estaba tallada de tal forma que era un híbrido

de lagarto y humano. Los rasgos humanos reposaban en un cráneo lo bastante alargado para ser reptil.

Mientras el Carreteras levantaba los labios del tipo, este dijo:

—Joder, no sé si podré aguantar mucho más, tío. Me dijiste que no me dolerían las encías.

No sé si el Carreteras estuvo en el ejército o no, o si los compraba en la sección de caza de unos grandes almacenes, pero siempre llevaba pantalones de camuflaje. Aunque en ese momento iba descalzo, normalmente se metía los pantalones por dentro de unas botas altas de cordones que según decían habían pateado más cráneos de los que ningún mortal debería haber pateado. Los combinaba con camisetas con cuello de pico lo bastante escotadas para que se vieran las palabras tatuadas en su pecho: Bañado en maldad.

Era delgado, con el pelo y la piel claros. Sus ojos blanquecinos y apagados eran como las monedas medievales que había visto de niña en algunas enciclopedias, con los grabados borrados por el paso del tiempo.

—Deberías hacerte este, Arc. —Nell Salvia señaló la mariposa del libro abierto sobre la mesa. Estaba lleno de tatuajes—. A Jueves le encantaría. Seguro que diría que te inspiraste en su rincón de las mariposas.

Me volví otra vez hacia el Carreteras. Aparte de «Bañado en maldad», los únicos tatuajes que tenía eran un bloque sólido de color en las manos, los brazos, las piernas y los pies. La tinta era del color de la sangre, y en el brazo derecho se extendía hasta convertirse en una línea ondulada justo debajo de su apretado bíceps. En el brazo izquierdo, el color acababa debajo del codo. Sus pies y sus piernas tenían el mismo aspecto, hasta la pantorrilla de la pierna derecha y el tobillo de la izquierda.

—¿Por qué habrá querido tatuarse las encías? —Nell Salvia me dio un codazo cuando el hombre empezó a quejarse cada vez más fuerte, enroscando los pies.

Las tres nos sobresaltamos con él hasta que el Carreteras dijo finalmente:

—Listo, idiota.

El tipo se limpió la tinta de la boca y se frotó la mandíbula al pagar. Antes de marcharse, se detuvo delante de nosotras y nos dijo:

—No cometáis el mismo error que yo.

Se levantó el labio superior y nos enseñó lo que decía el tatuaje: DIENTES.

—¿Por qué coño te has hecho eso? —pregunté.

—En su momento me pareció buena idea —contestó él, y salió con la cabeza gacha.

—¿Qué tal está mi cruel Nell?

El Carreteras vino hacia nosotras.

Sus pies descalzos y los bloques de color de su cuerpo resaltaban en contraste con el suelo de baldosas blancas. Yo casi esperaba que fuese dejando

huellas rojas a su paso.

—¿Tienes algo para mí? —le soltó a Nell Salvia.

Ella le entregó la bolsa con la serpiente. También le dio un fajo de dinero que sacó del bolso.

—¿Está todo? —preguntó él.

—Sí —se apresuró a responder ella.

—Buena chica.

Nell vendía para él de vez en cuando.

«Solo lo hago cuando necesito un poco de dinero extra», me dijo una vez. «No me gusta pensar que otras personas se hunden por mi culpa, ¿sabes? ¿Y si lo que les vendo acaba siendo lo que los manda al otro barrio? Pero ya sabes lo que se dice. No se puede subir sin bajar. Lo dijo Heráclito. Pero ¿qué sabe un hombre?».

El Carreteras llevó el dinero al piano vertical que había contra la pared. Levantó la tapa y metió los billetes en el interior. Luego alzó la bolsa y siseó a la serpiente, cuya lengua hacía vibrar el plástico.

—¿Qué miras, zorra? —preguntó el Carreteras cuando reparó en que yo estaba mirando.

—Arc es legal, Carreteras. —Nell se interpuso entre nosotros—. Ya lo sabes.

—Lo que sé es que sus ojos me dan un repelús de cojones. —Me estudió de arriba abajo—. ¿Tienes algo que decir, perra?

—Ella no tiene…

—¿Qué vas a hacer con esa serpiente? —solté.

El Carreteras rio, un sonido profundo que reverberó.

—Los tienes bien puestos —dijo—. Mucha gente me ha traído serpientes, pero nadie me ha preguntado qué coño hago con ellas. ¿Quieres verlo, niña?

Asentí con la cabeza.

—Sígueme. —Se volvió.

—Arc. —Nell Salvia me agarró del brazo—. No vayas ahí detrás. Es mejor que no sepas qué hay en el abismo.

Miré a Cisi, que estaba apoyada contra la pared mordiéndose las uñas.

—Solo voy a ver. —Me solté y lo seguí rápido a la trastienda. Tuve que agacharme para esquivar los cráneos de animales que colgaban muy bajo en la puerta. Esta daba a un estrecho pasillo de ladrillo visto adornado con fotos enmarcadas en blanco y negro de cabezas de gente vistas por detrás.

Me paré delante de una cabeza de mujer, cuyo pelo gris ondeaba a un lado y permitía entrever su nuca.

—¿Por qué están todas de espaldas? —pregunté.

—En el reloj de arena —dijo él, deteniéndose detrás de mí—, la arena no es digna de mirar a Dios a los ojos. Debe apartar la vista como la necia que es.

Siguió andando hasta la puerta abierta al final del pasillo, al otro lado de la cual estaba su piso particular. El sofá a cuadros marrón, los paneles de madera, las lámparas con pantallas que tenían treinta años, todo me recordaba una casa en la que podía haber vivido su abuelo. Libros viejos mezclados con otros nuevos en la estantería. Las estaciones allí, añejas como una vieja bobina de hilo. Costaba imaginar que él viviese en aquel lugar. Costaba imaginar que se sentase en aquel sofá a cuadros como un rey de Chillicothe con polvo blanco en la nariz y una mujer con el rímel corrido a sus pies.

Había una pequeña cocina. Los armarios de madera de pino nudosos y manchados. La nevera era de color amarillo cosecha, con tiradores de madera. El Carreteras se puso frente a ella mientras metía la mano en la bolsa de plástico y dejaba que la serpiente se enroscase en ella.

—Eres una preciosidad —le dijo.

El animal era una inofensiva culebra de jardín. Como las del terreno de la abuela Asclepia. Ella decía que esas serpientes no eran sino mujeres tan antiguas como el color verde. «Esas serpientes garantizan que haya tréboles de cuatro hojas», habría dicho la abuela, «y que crezcan cosas bonitas en el campo para que todos pidan deseos».

Mientras el Carreteras abría la puerta del congelador, soltó:

—Mira lo que hay dentro, Arc Doggs.

No había paquetes de comida precocinada. Ni envases de zumo. Ni tarrinas de helado. No había nada salvo cuerpos congelados de serpientes. Estaban colocadas en un artilugio que él había fabricado con una bandeja de plástico, en cuyos extremos había unas pinzas que obligaban a las serpientes a congelarse en línea recta. Sonrió mirando sus cuerpos a la luz parpadeante del congelador. Yo sentí frío como el aire que me daba en la cara.

—¿Por qué? —Me volví hacia él, y mis ojos buscaban la maldad en los suyos—. ¿Por qué haces esto?

—¿Por qué no? —Él rio levantando la pinza del espacio vacío de la bandeja.

—No lo hagas. —Traté de quitarle la serpiente, pero el Carreteras me empujó la cara contra la puerta del congelador, golpeándome la nariz y salpicando la escarcha que se había formado con gotas de mi sangre.

—Puta de mierda. —Meneó la cabeza mientras yo caía hacia atrás al suelo con las manos en la cara.

La serpiente se retorcía en su mano, pero él la agarró fuerte y le inmovilizó la cabeza con la pinza en un extremo y la cola en el otro. Luego introdujo la mano y sacó una de las serpientes ya congeladas. La culebra que acababa de colocar silbó y sacudió el cuerpo de un lado a otro cuando él cerró la puerta del congelador.

La parte trasera de la cocina daba a un pequeño jardín. Él salió y dijo:

—Ven aquí antes de que esto se derrita.

Me limpié la nariz con la manga, me levanté y bajé los dos escalones hasta la parcela de hierba que conducía a una acera. Esparcidos en ella había numerosos pedazos de materia oscura rodeados de moscas. Me di cuenta de que eran trozos de serpiente cuando vi una cabeza y los ojos abiertos mirando al cielo.

—¡Para! No entiendo por qué haces esto —grité.

—Es una ofrenda helada —respondió él usando las dos manos para rodear la cola de la serpiente. Levantó los brazos por encima de la cabeza antes de sacudir la serpiente hacia delante y hacer añicos al animal contra el hormigón.

El Carreteras se puso a bailar alrededor de los pedazos rotos y a dar patadas a algunos de tal manera que chocaron contra la acera y dispersaron a las moscas. Me tapé la boca, pero el vómito salió disparado a la hierba. Con la cabeza dándome vueltas, me agarré a los escalones y me senté mientras él reía.

—Estás enfermo y eres cruel —dije. Aguardé su puño, pero él solo se me acercó, proyectando su densa sombra.

—Te he visto cavando en la tierra —declaró, casi susurrando—. No eres inocente. ¿Qué entierras?

—No entierro nada.

—Ya. Y yo no parto serpientes. —Miró los pedazos—. Los espíritus te pueden oír, chica. Diles lo que deseas y a lo mejor lo hacen realidad.

El Carreteras volvió adentro. Yo me quedé observando cómo los trozos congelados se derretían al sol hasta que Cisi apareció ante la puerta mosquitera.

—¿Qué haces ahí fuera? —preguntó.

—¿Dónde está el Carreteras?

Me limpié la boca.

—Está haciendo el dibujo para el tatuaje de Nell Salvia —contestó—. Me he asustado al ver que no volvías con él. Nos ha dicho que necesitabas tomar el aire. Que no te encontrabas bien. ¿Qué ha pasado?

—Entonces, ¿está ocupado? —dije.

—Sí, está con ella. ¿Por qué?

—Hazme el favor de vigilar —le pedí levantándome, y entré.

—¿Por qué? —Ella me siguió—. ¿Qué vas a hacer?

—Sal al pasillo y avísame si lo oyes venir.

Ella asomó la cabeza por el pasillo mientras yo abría el congelador e introducía la mano. Después de levantar las pinzas, la culebra enroscó la cola en mi mano lentamente. Su cuerpo estaba friísimo, y yo me puse a temblar.

—¿Oyes algo? —pregunté a Cisi cerrando la puerta del congelador.

—Solo la máquina de tatuar —contestó—. ¿Qué vas a hacer?

Volví corriendo al exterior. Me quedé en medio de los pedazos de serpiente

de la acera y miré a mi alrededor.

—¿Arc? —preguntó Cisi—. ¿Qué pasa?

Me dirigí a la valla situada al fondo de la propiedad que atravesaba la hierba descuidada de un silo abandonado.

—Ya eres libre —le dije a la serpiente mientras la ayudaba a pasar la cabeza por una rendija de la valla—. Vuelve a casa. No te acerques a este sitio. Díselo a tus hermanas.

El animal se alejó reptando y desapareció entre la alta hierba.

—Date prisa, Arc. —Cisi estaba junto a la puerta mosquitera—. Antes de que vuelva.

Miré la hierba por última vez para asegurarme de que la serpiente no volvía. Acto seguido regresé a la puerta. Cisi me limpió la sangre de mi nariz abollada con la manga.

—Al Carreteras le gustaría verla —declaró—. Le haría sentir que te ha hecho algo. Pero mantén la cabeza alta, y no se llevará ninguna satisfacción. A estas alturas ya lo sabemos, ¿verdad?

Entramos rápido. Cuando estábamos llegando a la parte delantera de la tienda, Cisi me susurró al oído:

—A lo mejor deberíamos irnos.

—No —repuse—. No podemos dejar a Nell Salvia con él.

Nos quedamos contra la pared viendo cómo él tatuaba a Nell. Me miró una vez, riendo entre dientes antes de lamerse los labios mientras le sombreaba el brazo con tinta negra. Una vez que terminó, ella se acercó y nos enseñó el tatuaje. Era un círculo dentro de otro círculo en el antebrazo derecho.

—¿Estás bien, Arc? —me preguntó, alzando la vista del tatuaje—. Me ha dicho que te encontrabas mal.

—Estoy bien —aseguré, tratando de sonreír—. ¿Qué significa el tatuaje?

—Es el símbolo del taoísmo. Es una filosofía del 300 a. C. —me explicó mientras el Carreteras se recostaba en la silla, observándonos—. Te gustaría su historia, Arc.

Nell miró hacia el tatuaje. En el borde del círculo más grande había una serie de líneas discontinuas a distintos intervalos. El círculo más pequeño del centro era negro y blanco.

—¿Qué significa taoísmo? —preguntó Cisi.

—Significa camino —respondió Nell Salvia—. Es todo lo que forma el universo y las cosas que hay en él. El negro y el blanco representan las dos fuerzas que según esa filosofía mueven el universo. El blanco es el yang. ¿Ves que estas líneas son continuas? —Señaló las líneas de los círculos exteriores—. Son masculinas.

Miré al Carreteras. Ahora observaba exclusivamente a Cisi.

—El lado negro es el yin —continuó Nell, mientras paseaba su dedo por las

líneas discontinuas—. Representan la fuerza femenina del universo.

—¿Por qué las líneas masculinas son continuas? —preguntó Cisi—. ¿Y las femeninas discontinuas?

—Un hombre es un trozo de hierro —declaró el Carreteras levantándose —. Una mujer es una serpiente congelada. Adivina cuál se rompe al soltarlo.

Me dieron ganas de gritar que no eran líneas discontinuas. Eran un conjunto de todas las cosas que una mujer es y puede ser. Que los espacios no eran algo que se deshace, sino algo que se une, pero entonces él se acercó a Cisi, y sentí como si al final sí que fuesen líneas discontinuas.

Cuando se aproximó lo bastante para soplarle con el aliento el pelo alrededor de la cara, ella fijó la vista en la tinta roja tatuada en sus manos y sus brazos.

—¿Por qué te tatuaste eso? —preguntó.

—¿Por qué? —Él se pasó la lengua por los dientes—. Porque me bañaron en maldad.

Sacó pecho y se abrió la camiseta enmarcando las palabras como si no las hubiésemos visto ya.

—¿Sabes cómo lo bañan a uno en maldad? —siguió—. El diablo te levanta.

Alzó las manos por debajo de las axilas de Cisi y la levantó.

—Te deja flotando en el aire —dijo—, con los brazos y las piernas colgando.—La sacudió hasta que sus brazos se extendieron y sus pies se agitaron—. Te hace sobrevolar el mal, que no es más que un río. La clase de río en el que a los bichos y los pájaros se les enganchan las alas hasta que mueren. El diablo me hizo bajar a ese río.

Puso a Cisi otra vez en el suelo.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Cisi.

—Metí los brazos en las aguas de color rojo sangre —dijo—, lo justo para ser el hijo del diablo. —Movió los brazos como si los sumergiese en un río a nuestros pies.

—Que te bañen en maldad duele —aseguró—. Me hirvió la piel y dejó su huella.

Agarró el brazo de Cisi tan rápido que ella y Nell Salvia gritaron.

—¿Has follado alguna vez con un hombre bañado en maldad? —preguntó a Cisi antes de atraerla hacia sí.

Ella respiró hondo y contuvo el aliento como si se estuviese zambullendo en el agua y fuese a tardar en volver a la superficie.



Capítulo 14

Ella se ve borrosa. Ella fuimos todas nosotras.
Poeta Narciso

1985

Cisi se convirtió en la mejor nadadora del equipo del Gran Gris. Tenía los lazos azules que lo demostraban. Los pegaba con cinta adhesiva a la pared de su cuarto, con las largas tiras de tela colgando hasta la cabecera, tan cerca de ella que podía estirar el brazo y tocar los extremos con las puntas de los dedos. Incluso se habló de una beca de natación.

—No te rías, Cisi —dijo Tam—. Hablo en serio.

—¿De veras lo piensa, entrenadora?

—Si te esfuerzas lo suficiente, ¿por qué no? Todos los nadadores olímpicos empiezan de alguna forma, Cisi. Tú tienes la misma oportunidad que ellos.

—¿Tú qué opinas, Arc? —me preguntó Cisi más tarde en el vestuario cuando yo estaba sentada en el lavabo, viendo cómo ella se trenzaba el pelo—. ¿Crees que podría llegar a los Juegos Olímpicos?

—Eres la mejor nadadora que he visto en mi vida.

Sonreí al ver la fuerza que había adquirido el cuerpo de mi hermana. Había estado levantando pesas en el gimnasio del Gran Gris. Se notaba en la forma en que se le flexionaban los bíceps y el modo en que se le marcaban los músculos de las pantorrillas cuando se ponía de puntillas para alcanzar las toallas del estante superior.

—¿Por qué necesitas que la gente te diga lo bien que nadas? —quise saber.

—No es para oírlo yo —contestó—. Es para que lo oiga el universo.

Sonrió, cogió el gorro de natación y salió a la piscina.

Salté del lavabo y fui al vestíbulo a buscar a John. Acababa de sacar un montón de libros centrados en el estudio del Egipto de los faraones, pero tenía que ir a ver a John para asegurarme de que estaba haciendo su trabajo. En caso contrario, luego tendría que coger yo la fregona.

—¿Dónde estás? —lo llamé por los pasillos vacíos.

Encontré el carrito de la limpieza, pero no lo vi a él.

—¿John?

Cuando me giré para volver por donde había venido, lo vi escondido junto

a las máquinas de bebidas, bebiendo lentamente de la botella azul. Tenía manchas rojas recientes en la camisa.

—¿Eso es sangre? —pregunté, pero él se limitó a llevarse la botella a los labios.

Estaba recostado contra la máquina, con los ojos llorosos y la nariz moqueando.

—John, ¿estás sangrando? —le pregunté.

—La sangre no es mía —me dijo.

—¿De quién es, entonces?

—¿Alguna vez te has sentido maldita, Arc? —me preguntó cuando bajó la botella—. Creo que yo lo estoy. Creo que estoy maldito.

Frotó el cristal con el pulgar y dijo:

—Este cristal es del color de la camisa que ella llevaba aquel día. Entonces yo no bebía ni una gota. —Mostró la botella por delante de él—. Ni una gota.

Levantó las manos como si las tuviese en un volante, haciendo ver que conducía recto antes de torcer bruscamente, y empujó el pie de repente como si pisase el freno. El chirrido que emitió con la boca resonó en las paredes.

—Solo aparté la vista un segundo —aseguró—. ¿Por qué tenía que estar ella en mi camino?

—Estaba mirando un catálogo de bulbos —contesté yo sentándome en el suelo enfrente de él—. Un catálogo que le habíamos hecho Cisi y yo.

Frunció el entrecejo mirando otra vez el cristal de la botella y afirmó: —Yo nunca había fumado. Nunca había bebido. —El alcohol de la botella chapoteó contra los lados—. Me afeitaba todos los días. Era feliz. Tenía un sueño. Un sueño que me encantaba. —Enseñó todos los dientes y rio—. Era violinista. Lo hacía bastante bien. Tú me oíste tocar. —Me apuntó con la botella—. ¿No lo hacía bastante bien?

—Lo hacías muy bien. —Le sonreí.

—Iba a tocar con una orquesta —dijo.

Esperé a que él terminase de dar un largo trago antes de preguntar: —¿Por qué no empiezas a tocar otra vez?

—Ya no tengo violín —respondió en voz baja.

—Está en el asiento trasero de tu coche, John.

—Sí. —Balanceó la cabeza de un lado a otro—. Sí, está en el asiento trasero. ¿Por qué no me lo traes?

Se metió la mano en el bolsillo y cogió las llaves del coche. Pretendía pasármelas, pero se le cayeron al suelo.

—Tráeme el violín, Arc Doggs.

Me dirigí a su coche, pasé junto a la abolladura y saqué el estuche del asiento trasero. Cuando volví adentro, lo encontré donde lo había dejado, con unos cuantos tragos más entre pecho y espalda.

—Adelante. Sácalo —me instó señalando el estuche.

Cuando abrí los cierres de latón y levanté la tapa, el forro de terciopelo dorado se cayó, como el día que lo habíamos conocido. Cuando lo alcé, no había violín, solo un trocito de papel, cortado no demasiado recto en forma de uno.

—¿Dónde está? —pregunté—. ¿Dónde está tu violín?

—Me dieron treinta y cinco dólares por él —contestó—. Me dejaron quedarme el estuche. Si no lo abro, puedo imaginarme que el violín sigue dentro.

—¿Treinta y cinco dólares?

—Para que tú nadaras.

—Para que Cisi nadara —asentí—. No queríamos que vendieras el violín.

—Demasiado tarde. —Bebió otro trago—. De todas formas, no importa. No lo había tocado desde el día que me pedisteis que tocara *Amazing Grace*. Me parecía un pecado volver a cogerlo.

Cerré el estuche y me lo quedé mirando un instante antes de abrirlo.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—Voy a sacar tu violín.

Volví a levantar mecánicamente el forro caído.

—¡No está ahí! —gritó él mientras yo metía la mano en el estuche y cogía el violín por el mástil—. Ahí no hay nada.

Lanzó la botella contra la pared detrás de mí y la hizo añicos. Aun así, yo hice ver que cogía el arco.

—Toca para mí, John —dije, con el violín en una mano y el arco en la otra, ofreciéndoselos.

Él miró el vacío.

—Ahí no hay nada —repitió, y su voz se fue apagando.

—En nuestros cumpleaños —recordé—, Cisi y yo comíamos una tarta que no estaba allí. A pesar del ruido que había en nuestra casa, pegábamos el oído al suelo y oíamos una música que tampoco estaba allí.

Lancé el sueño del violín contra la pared.

—No me digas lo que está y lo que no está ahí. —Me agaché, cogí los pedazos imaginarios y los recompuse—. Yo creo cosas a partir de la nada continuamente. Tú también puedes.

Volvió a mirarme las manos mientras yo se las tendía.

—Toma tu violín —le ofrecí.

Él se apartó, pero yo grité:

—¡Toma tu puto violín, John, porque yo ya no lo quiero!

Él me miró un instante antes de apoyarse contra la pared para tenerse en pie. Posó las manos en las mías, y nuestras palmas entraron en contacto y se rozaron cuando sus dedos empezaron a rodear el mástil de un violín que no

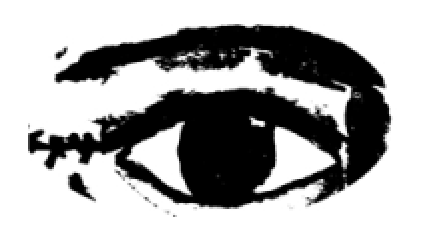
existía. Con la otra mano, cogió el arco que yo le ofrecía.

Colocando los pies de una forma en que no los colocaba desde hacía años, se irguió orgulloso y firme como lo había visto erguirse el día que tocó para mi hermana y para mí. Apoyó el mentón en la barbada y comenzó. Cerró los ojos, y su brazo movió el arco imaginario sobre las cuerdas que no existían, y sin embargo, la música empezó a inundar el silencio a nuestro alrededor. Yo recosté la mejilla contra la pared y cerré los ojos también.

La música se interrumpió el tiempo justo para que él susurrase: —Te odio.

Escuché la música en mi cabeza y oí *Amazing Grace* hasta el final. Cuando abrí los ojos, no había nada más que el estuche en el suelo. John había desaparecido. Me deslicé contra la pared y me quedé a solas en silencio.

TERCERA PARTE



Capítulo 15

La felicidad se deja pasar con facilidad.
Poeta Narciso

1993

Jueves tenía una manzana de un amarillo apagado en la mano. Era el primer día de invierno, y un john se la había dado.

—¿Sabíais que si coges una manzana por el tallo y dices el abecedario mientras le das vueltas —dijo—, la letra por la que vayas cuando el tallo se parta será la primera letra del nombre de tu amor verdadero?

Empezó a dar vueltas al tallo de la manzana. Cuando se rompió, lo tiró y dijo: —Ni de puta coña me enamoraría de alguien con un nombre que empieza por jota.

Estábamos sentadas en el bordillo de la acera situada justo enfrente del Blue Hour. Nell Salvia y Cisi nos acompañaban. También estaba una chica nueva. Tenía la cabeza llena de rizos. Llevaba las cejas depiladas en unas finas líneas por encima de sus grandes ojos. Tenía un pequeño *piercing* de plata sobre el labio que a veces parecía un lunar, y llevaba unos guantes morados que se convertían en mitones al desabotonar unas solapas. Era la primera vez que hacía la calle, y a Jueves le gustaba que las chicas nuevas supiesen cuánto tenían que cobrar para que no las estafasen más aún.

—Déjame explicarte lo que vale todo en la calle, niña.

Jueves vació su bolsa de tela en la acera cubierta de nieve. Se esparcieron por el suelo las baratijas de la tienda de manualidades que ella consideraba joyas auténticas. Algunas diminutas con siluetas de diamantes, y otras circulares o cortadas en forma de corazones, estrellas y ositos.

—Estas —dijo señalando las pequeñas cuentas verdes— son esmeraldas. Y estas otras son zafiros.

Deslizó los dedos por las estrellas azules. Después pasó a explicarle que las pequeñas de plástico transparente eran diamantes y las rojas en forma de corazón eran rubíes.

—Por una mamada, pide dos de estas. —Cogió un par de cuentas verdes—. Dos esmeraldas. Es el precio que tiene que pagar un john. Llegar a la mitad le costará tres zafiros. Llegar al final cuesta todo esto.

Cogió un puñado de cuentas de plástico transparente.

—Todas las cosas que van más allá de un polvo cuestan esto —continuó, señalando las cuentas amarillas esparcidas—. Estas son las que más valen. Y eso es lo que tienen que pagarte por todo.

—¿Qué hay más allá de un polvo? —preguntó la chica antes de hacer una pompa con el chicle.

—Cariño… —Jueves chasqueó la lengua—. Hay muchas cosas.

Jueves miró las cuentas amarillas y repitió en voz más baja: —Hay muchas cosas.

—Las amarillas son mis favoritas —reconoció la chica.

—Son como trocitos de sol, ¿verdad? —Jueves sonrió—. Puedo verlas en la oscuridad. Así de poderosas son.

—Pero… —La chica se mordió el labio y arrastró un diente sobre el pintalabios que lo teñía—. Sigo sin saber cuánto cobrar.

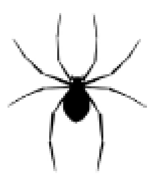
Nell Salvia pasó el brazo por los estrechos hombros de la chica y contestó: —Yo te diré los precios de verdad.

Ella había hecho lo mismo con Cisi y conmigo después de que Jueves nos enseñase sus cuentas de plástico por primera vez. No hacía tanto que Cisi y yo estuvimos en la misma situación que la chica nueva. Instruidas por aquellas que vendían sus cuerpos en una calle que era un desvío asfaltado al Blue Hour, donde podíamos conseguir una habitación por un buen precio. O, si el john lo prefería, se lo hacíamos dentro del vehículo en el aparcamiento del Todo a un Dólar, o en la misma calle, donde podíamos ver el humo de las chimeneas de la fábrica de papel que se elevaba por el cielo ahogándolo.

Eso era prostitución rural. No nos vestíamos como las trabajadoras de la calle que salen en las películas. Nada de minifaldas de licra ni medias de rejilla. No éramos como Julia Roberts cuando conoce a Richard Gere. Teníamos el pelo grasiento, olíamos a sudor y poco podíamos hacer con nuestras caras aparte de fruncir el ceño. Nos mordíamos las uñas hasta hacernos sangre y mirábamos calle abajo vestidas con abrigos finos y zapatillas sucias en invierno. En verano, nos poníamos vaqueros viejos y camisetas de tirantes raídas, como las que Cisi y yo llevábamos la primera vez. Debió de notarse bastante lo nerviosa que yo estaba entonces, porque después de que Jueves nos enseñase a Cisi y a mí sus cuentas, Nell Salvia me llevó aparte y me preguntó: —¿Eres virgen, Arc?

Yo negué con la cabeza y eché un vistazo a Cisi, que seguía con Jueves, mirando todos los diamantes del suelo.

—Cuando era niña, una araña entraba en mi cuarto por las noches —contesté.



—Conque el tuyo era una araña —dijo Nell—. El mío era una cucaracha grande y fea.

La miré a los ojos.

—La mayoría de las chicas de aquí han tenido sus propias arañas, sus lobos y sus perros rabiosos —declaró—. Ojalá pudiéramos volver a empezar. Partir de cero con nuestra virginidad y crear una regla sobre cómo devorarla. —Levantó la mano de mi hombro para pasarse el imán del pez de una mano a la otra—. Pero eso ya no tiene remedio. Lo que realmente necesitas saber en estas calles no es el precio. Tiene que ver con los johns. Todos tienen pollas impacientes y te tratarán como un trapo. Como si no tuvieras alma. Unos extraños te mirarán como si fueras culpable de algo. Y lo único que podrás hacer es decir que no eres culpable, aunque todo el mundo sepa que sí. Pero ¿culpable de qué? Ellos te lo dirán, pero nunca te parecerá el motivo real. No quiero asustarte, Arc, pero tampoco quiero que ignores dónde estás a punto de meterte.

Las dos alzamos la vista al oír un traqueteo. Por el paseo venía una anciana empujando un carrito de la compra. A una mujer más alta le habría quedado larga la falda. Ella la arrastraba por la acera, con el dobladillo raído y sucio. A medida que se acercaba, vi que tenía la suela del zapato derecho suelta. Era de piel marrón, pero el zapato izquierdo era un viejo modelo de lona, sin los cordones.

—¿Quién es esa? —susurré a Nell Salvia.

—Es la lechuza —murmuró ella.

—¿La lechuza? —pregunté.

—La vieja sabia.

Llevaba varios pañuelos. Algunos azules, otros rosas y otros tan descoloridos que se habían vuelto grises. Los arrastraba como una estela de humo. Ladeaba la cabeza de una forma que parecía que tuviese el cuello torcido, pero su sonrisa estaba perfectamente nivelada en el rostro. Andaba con los ojos cerrados, los dedos envueltos en una tela anudada sobre los nudillos. Hacía tiempo que se había pintado las uñas mordidas. Todavía se podían ver restos del color pastel en los bordes.

—Puede trepar como un gato, como un animal, como una mujer perseguida. —Nell Salvia hablaba con los labios pegados a mi oído—. Pero vuela como una lechuza. Tiene las alas plegadas debajo del chal.

Las arrugas de la anciana eran severas como los bordes del metal. Su pelo

era gris acerado, pero con mechones de un vivo color blanco alrededor de la cara ovalada manchada de tierra, que hacía que la piel de los ojos fuera más pálida de lo que era.

—¿De dónde viene? —pregunté.

—Nadie lo sabe —contestó Nell Salvia—. Estaba aquí antes de que llegásemos cualquiera de nosotras. Y estará aquí mucho después. Ella también brilla y recorre las estrellas.

Había latas viejas atadas a los lados del carrito que hacían ruido a medida que ella lo empujaba. Otras latas se hallaban ensartadas con hilo al dobladillo de su falda y se arrastraban por el suelo detrás de ella. En el carrito solo había una manta sucia enrollada alrededor de un viejo osito de peluche baqueteado al que le faltaban un ojo y una oreja. El osito tenía un remiendo de tela azul cosido en la parte superior de la cabeza, al lado de los restos de pintalabios aún visibles de un beso de buenas noches.

—¿No te parece de ensueño? —preguntó Nell.

Cuando la mujer pasó, percibí el olor de la calle, de la piel sin lavar y del polvo que conlleva vivir en cajas y encima del hormigón. Nell Salvia observó a la mujer hasta que desapareció a la vuelta de la esquina, luego se volvió hacia mí y retomó la conversación donde la había dejado.

—Evita a los hombres bañados en veneno como el Carreteras —me recomendó—. Lo digo como si pudieras hacerlo, aunque en realidad solo se puede desear. Con el tiempo, tendrás johns habituales. Entonces ya no deberás preocuparte por si son polis o no porque les habrás ofrecido tus servicios antes. Eso crea una familiaridad. Pero nunca es fácil. Cuanto más tiempo pasas aquí fuera, más empiezas a hacer cosas como Jueves.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Jueves no siempre se ha hecho agujeros en la ropa y yo no siempre he llevado esta sudadera todo el tiempo. —Nell Salvia miró la prenda—. Es lo último a lo que puedo aferrarme.

Nos volvimos siguiendo el sonido de una bocina y vimos que provenía de un hombre que conducía una camioneta.

—Es el nombre por el que nos conocen —dijo Nell Salvia—. Por el que nos llaman.

—¿Qué nombre? —quise saber.

—Piii, piii —contestó ella riendo entre dientes—. Somos las Piii…

Mientras ella se dirigía al hombre que seguía haciéndole señas con el claxon, yo volví para agarrar a Cisi del brazo, y corrimos hasta que el Blue Hour quedó detrás de nosotras.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Cisi, soltándose.

—Encontraremos otra forma de ganar dinero —aseguré.

—¿Y si no la encontramos, Arc? No quiero tener que pasar por el ojo de la

cerradura. —Cisi miró el coche que redujo la marcha hasta detenerse junto a la acera, cuyo conductor la miraba a ella—. Además, al menos no será como con la araña. Esta vez nos pagarán.

—¿Te apetece dar un paseo, preciosa? —gritó el tipo por la ventanilla abierta.

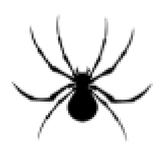
—Sí, gracias —le contestó Cisi.

—No, Cisi, no vayas.

Ella se dirigió corriendo al coche, y yo la seguí a toda prisa. Cuando subió al vehículo, traté de subir con ella.

—No, Arc, lo haré por las dos, para que tú no tengas que hacerlo. Espérame aquí.

Me hizo retroceder y cerró la puerta. Agarré el tirador, pero el coche ya se alejaba a toda velocidad. Lo perseguí todo lo que pude hasta que me quedé sin aliento y me desplomé en la acera. Procuré no pensar en mi hermana y en lo que estaba haciendo, pero solo veía la sombra de la araña en la pared, devorándonos vivas a las dos.



No hace falta decir que el sexo para nosotras no era algo que se hacía con amor. Repasaba la historia tratando de hallar el esquivo jardín de rosas, pero lo único que veía eran mujeres bajo el yugo. Dicen que la prostitución es la profesión más antigua del mundo y que se tiene constancia de ella desde que existe la historia. En la segunda guerra mundial, llamaban a las prostitutas «mujeres de solaz». Las pagadas por el Ejército japonés ofrecían sus servicios a más de cien hombres al día. Algunas de esas mujeres de solaz no eran mujeres. Eran niñas. Cuando siendo niña oí la palabra «prostituta» por primera vez a alguien que se refirió a mamá y a la tía Trébol con esa palabra, decidí que sería como los griegos, los aztecas y las civilizaciones que me habían precedido, que creían en dioses dotados de poderes que los humanos anhelamos.

Prostituta.

Ella sería una diosa con nueve brazos. Un número impar que movería de un lado a otro con el péndulo del tiempo.

Prostituta.

Ella tendría nueve manos, pero solo ocho pulgares.

Prostituta.

Su pelo ondeando al viento mientras deja atrás a todos los que la persiguen.

Prostituta.

Tuviera el poder que tuviese mi mítica diosa, yo sabía, sentada en aquella fría acera, que las mujeres tenían poco poder en la calle. Aun así, debía intentarlo. De modo que me imaginé a mi diosa de nueve brazos enfrente de mí, flotando en el cielo, con los brazos extendidos, bañándome en su cálida luz azul. Su largo vestido rozando la superficie de la acera y un par de alas abiertas contra el cielo.

Cuando mi hermana volvió un rato más tarde, le habían pagado por los servicios prestados.

—No ha sido para tanto —dijo.

Las dos apartamos la vista al humo que salía de las chimeneas de la fábrica de papel y se amontonaba en el cielo.

—¿Notas algo distinto en mí? —preguntó.

—Sí —contesté—. No tienes el pecho derecho.

Ella se miró y dijo:

—No es verdad.

—Sí que lo es —afirmé—. Como las mujeres guerreras de la Amazonia que se cortaban el pecho derecho para poder tensar mejor el arco.

—Sí —asintió ella sentándose a mi lado. Movió la grava bajo los pies—. No ha sido para tanto —repitió, esta vez más bajo—. Y mira cuánto me ha pagado.

Me quedé mirando los cinco pavos. Ella los agarraba tan fuerte que lo único que pude hacer fue decirle que bastaba por lo que había hecho. Tenía que bastar, porque si no, el cielo se habría abierto y la diosa habría caído al frío y duro suelo.

Capítulo 16

Lo que no es hallado no puede ser coronado.
Poeta Narciso

En algún lugar de la ladera, me arrodillo sobre algo. Algo que apenas está allí. Alzo la vista a los árboles de la cima de la colina. Están cubiertos de nieve y hielo. El aire allí es azul. *Azul, azul, azul.* Pero tal vez solo es tarde. Llevo un vestido blanco hecho de mis costillas. No están hechas de hueso, sino de bobinas de encaje.

Hay agua a mi alrededor. Cae en un torrente por la ladera. El invierno se ha derretido en la cima de la colina. La nieve y el hielo se están fundiendo y provocan una riada con la que yo bajo hasta el pie de la ladera, donde la tierra se nivela pero no está inundada. Solo está húmeda, y es allí donde se encuentra Cisi, con su propio vestido blanco.

—Te he estado esperando —dice.

Recogemos manzanas de los árboles que se alzan por encima de nosotras. Recogemos manzanas hasta que se hace tarde. Ella tiene los ojos vendados y una mano en una de mis costillas. La guío cogida de la costilla.

La guío hasta que me doy cuenta de que estamos dando vueltas alrededor del mismo árbol. Levanto la vista a la única manzana que cuelga de la rama situada encima de mi cabeza. Su forma me recuerda la de mi madre cuando estiro el brazo para cogerla y mi mano se acerca a su piel amarillenta. Al tocarla, la fruta revienta y se deshace en agua, y no tengo ocasión de dar vueltas a su tallo y buscar el amor.

—Creo que ha llegado la época de la lluvia —le digo a Cisi, con el pelo húmedo.

Ella se aleja llevándose mi costilla y me desmadeja a partir de ese momento.

Ese es el sueño que tuve después de la primera noche que nos subimos a los coches de unos hombres. El john que me tocó era un hombre que desearía que no me hubiese tocado.

—Tienes unas piernas dulces como un bombón —me dijo mientras me comía el tobillo y la rodilla.

Me pagó cinco pavos. No me parecía bien cobrar más de lo que Cisi había cobrado por aquel primer cliente.

Mi hermana y yo nunca hablábamos de lo que hacíamos con los hombres. Nunca nos contábamos los límites que cruzábamos, los puñetazos que recibíamos, el sexo que a menudo se tornaba violento. Hacíamos como si no viésemos los moratones de la otra y metíamos en silencio la cara en el congelador porque según la tía Trébol, ayudaba a ahuyentar el dolor.

Después de esa primera vez, cuando los johns entraban dentro de mí, pensaba en su cartera, en el dinero que me darían por ello. Pero cuando lo hacía, pensaba en la cartera de mi padre. Cuando él trabajaba, la cartera estaba en su bolsillo. Cuando estaba parado, estaba en la mesa. Entonces no había dinero dentro, por muchas veces que mamá miraba. Ella la dejaba abierta, y yo echaba un vistazo, pero no en el bolsillo en busca de dinero, sino en el acordeón de las fotos. Había una de mamá y de él jóvenes. Él la estaba levantando del suelo como un forzudo, y ella reía. Había una foto de Cisi y de mí cuando éramos bebés. Sobre nuestras cabezas, él había escrito nuestros nombres con rotulador, como un padre primerizo que no distinguía a sus propias hijas.

Y luego estaban las pequeñas notas, escritas en pedacitos de papel, con nuestra letra.

Te quiero, papi.

Galopa en los caballos, papi. Y vuelve a casa.

Entonces no pensaba en las carteras, sino en los caballos marrones que mi padre me había dicho una vez que vivían debajo de la fábrica de papel y que corrían tan rápido que su galope levantaba el polvo de la tierra. A medida que los hombres resoplaban cada vez más encima de mí, yo oía el jadeo de los caballos detrás de mí. Notaba el roce de sus crines en la cara. Y si cerraba los ojos lo bastante fuerte, me veía montada a sus lomos por el campo rumbo a la libertad, y entonces no estaba tan mal ser una chica en Chillicothe, Ohio, debajo de un hombre al que no conocía.

Más adelante le preguntaría a Cisi si ella también pensaba en los caballos, pero me dijo que mientras los hombres la embestían tan fuerte que tenía que apretar los dientes, se imaginaba tumbada en el sofá de nuestra abuela, tapada con la manta de ganchillo como si el john no estuviese allí.

—Si supieran lo que pensamos… —Ella rio hasta que la risa se partió por los bordes. Llegué a pensar que era una suerte que fuésemos hijas de nuestra madre, porque en nuestra profesión teníamos que saber cómo follar sin amor y cómo cerrar los ojos apretándolos tan fuerte que pudiésemos ver más allá de los hombres, que siempre parecían estar allí, pasara lo que pasase.

Nell Salvia estaba en lo cierto cuando dijo que los johns tenían la polla impaciente. También estaba en lo cierto en lo de que tendríamos toda clase de clientes. Los aficionados a asfixiar y dar azotes. A los que nos referíamos como Boca de Goma y Pantalones Apestosos. Los «raritos» eran johns que la sacaban

solo para poder embadurnarnos la cara de semen. Si hay algo que he aprendido es que los pervertidos dejan manchas. Pis, sangre, mierda. No es tanto un intercambio sexual entre humanos como una agresión. Lo malo es que te tocan más pervertidos que hombres. Los mejores johns son los chicos tradicionales que solo quieren una mamada o meter un poco la puntita. Muchos johns tienen anillos de casado. Bastantes tienen trabajos respetables y ni uno te preguntará cómo te llamas. Solo te preguntarán cuánto.

De modo que, mientras Jueves se hacía agujeros en la ropa y Nell Salvia agarraba fuerte un viejo imán, yo metí la mano debajo del colchón y busqué el viejo rincón que mi tía me había dado.

—Tu rinconcito —había dicho—. Cuídalo.

Lo abrí y escribí mi nombre para no olvidar que tenía uno mientras Cisi cogía una piedra.

—Son bulbos —afirmó—. Si lo deseamos con ganas.

Plantó una en cada lugar en el que había estado con un john.

—Para que crezca algo bueno —declaró, comprimiendo bien la tierra.

Nos aferrábamos a rituales como ese porque sin ellos temíamos perder el norte por completo.

Ese invierno, después de encontrar a Harlow en el río, cuando los primeros carámbanos se pegaban a la línea del tejado, Cisi y yo estábamos en el porche con las manos levantadas, aferradas al que había sido uno de los rituales más importantes de la abuela Asclepia. Atrapar la brisa. Una ceremonia que habíamos prometido a nuestra anciana abuela que no dejaríamos de realizar. Pero hacía años que no lo hacíamos. Al pensar en Harlow en el agua, supe que había llegado el momento. El momento de alzar las manos y atrapar algo antes de que fuese demasiado tarde.

—Tienes que levantar más la mano para coger la mejor brisa, Cisi —le indiqué.

—Pareces la abuela —replicó ella, levantando la mano tanto como yo.

Cuando nuestra abuela nos hizo practicar el ritual, primero nos enseñó las cinco piedrecitas.

—Mirad —había dicho refiriéndose a los cinco pequeños guijarros que se hallaban en la tierra en el borde de la puerta principal de su casa—. Son uñas de viejas. Por eso los pájaros celebran aquí su consejo. Porque buscan la sabiduría de quienes atraparon la brisa en sus manos y la retuvieron suficiente tiempo para que se hiciera viento.

—Pero ¿por qué, abuela Asclepia? —había preguntado Cisi.

—Porque la brisa es un susurro y el viento es un grito. Y después de atrapar el grito, lo ahogas en el río —respondió la abuela.

—¿De quiénes son el susurro y el grito? —había querido saber yo.

—De los hombres con la fiebre de las brujas —había contestado la abuela

Asclepia—. Los que buscan en la tierra mujeres que se rebelan contra ellos y las llaman brujas. La fiebre se propaga con el viento, pero si lo atrapas con la mano y lo agarras bien, puedes evitarlo ahogándolo en el río.

—La abuela estaría orgullosa de nosotras —aseguró Cisi en el borde del porche—. ¿No crees, Arc? Al menos estaría orgullosa por esto.

Cerró los dedos y dijo:

—He atrapado la brisa. Rápido, Arc. Atrápala tú también.

Notando que el aire me daba en la palma, cerré la mano a toda prisa. Sostuvimos las dos juntas el puño debajo de la boca y susurramos lo que la abuela Asclepia nos había enseñado.

—Cuervo sin cabeza —dije—. Una cuna de águilas.

—Caballo rojo. —Cisi sonrió—. Pequeños perros naranja.

—Enormes perros. Corteza de árbol. Abuela, agua grande.

—Nieta. Más allá del agua grande. Azul oscuro —dijo Cisi.

—Luz azul —apoyé los labios contra la mano cerrada—, más allá del azul.

—Ahora es viento —anunció Cisi.

Manteniendo las manos cerradas, entramos en casa, pasamos por delante de nuestra tía, que estaba en el sofá, y recorrimos el pasillo hasta el cuarto de baño, donde llenamos el lavabo de agua fría y metimos las manos.

—Mamá se va a enfadar.

Alzamos la vista al oír la voz de nuestra madre y la encontramos apoyada en la puerta.

—Se supone que hay que ahogar el viento en el río —dijo—, no en un puto lavabo.

No quitó los ojos entreabiertos del agua en ningún momento hasta que se fue. Vaciamos el agua del lavabo y nos secamos las manos en las camisetas mientras la seguíamos.

Ella ya estaba en su cuarto, tumbada en el colchón.

—No pienso entrar. —Cisi se cruzó de brazos en la puerta—. Ahí dentro apesta. Se me correrá el rímel del olor.

Pasé por encima de la basura y la ropa sucia tirada en el suelo. Mamá había estado sacando el relleno y la espuma de dentro del colchón. Estaba todo esparcido por el cuarto, junto con camisolas sucias, mecheros vacíos y papel de plata arrugado. Miré hacia atrás, a Cisi, y me senté en el suelo al lado del colchón, al tiempo que preguntaba: —¿Qué es ese olor, mamá?

Ella se limitó a mirar al techo.

—Huele a podrido. —Espanté mosquitos y moscas pequeñas.

Le di la vuelta y miré debajo de ella, y aunque olía a sudor y a pis, no venía de ella. Seguí el olor más allá del borde del colchón hasta el agujero lateral abierto. Introduje la mano y extraje algunas de las cosas nuevas que ella había obtenido de los johns. Una cajetilla de cigarrillos vacía, un botón azul, uno gris

y varios en tonos marrones. Había cordones de botas y de zapatos atados en ovillos con nudos que se me cayeron rodando de la mano cuando volví a meterla en el agujero. Al notar algo blando y húmedo, cerré los dedos en torno a ello.

Abrí la mano bajo la luz y hallé una manzana a medio comer. Hacía mucho que la carne se había vuelto marrón.

—Mamá, no puedes meter cosas como esta en el colchón.

La levanté delante de su cara.

—¿No sabes que una manzana te dice quién es tu amor verdadero? —dijo ella. Su voz sonaba a veces como algo que zozobra—. Sí, te lo dice, mi pequeña Arc. Solo tienes que darle vueltas al tallo hasta que se arranque. Entonces lo sabes. ¿Dónde está mi… dónde está mi niña de ojos azules? —farfulló mientras amontonaba con los dedos los artículos que yo había sacado y los devolvía al agujero.

—Vamos, Arc —gritó Cisi desde la puerta—. Solo te dará una vida entera de mala suerte. Sal mientras puedas.

—No vuelvas a meter comida en el colchón, ¿vale? —le advertí antes de ponerme de pie.

Ella solo prestaba atención a los objetos que estaba introduciendo de nuevo en el agujero, inspeccionando cada uno a la luz como si quisiese asegurarse de que no había sido alterado ni modificado.

Cuando salí al pasillo, Cisi miró la manzana y me preguntó:

—¿No vas a tirar eso?

—Tiene semillas —dije—. Llevémosla fuera.

Trébol seguía en el sofá, con una bolsa de plástico con ramitas sobre el regazo.

—¿Has ahogado el viento? —preguntó riendo cuando abrimos la puerta mosquitera.

Saqué la manzana al jardín y la puse en la tierra al pie del tocón del árbol.

—Así crecerá y se convertirá en un manzano —propuse—. Y cada día vendremos aquí y tendremos fruta fresca.

—Aquí no va a crecer nada, Arc. —Cisi buscó el desodorante en mi bolsillo trasero—. Solo más cruces con las que cargar.

Mientras se pasaba el desodorante debajo de los brazos, dijo:

—Si alguna vez huelo tan mal como mamá, entiérrame lo mejor que puedas.

Contó las veces que se ponía desodorante antes de preguntarme:

—¿Te acuerdas de lo bien que olía cuando nos trajo aquí de casa de la abuela Asclepia?

—A perfume —confirmé.

—Y tortitas.

—Y a los caramelos que se sacaba de los bolsillos.

—Ahora huele a hierba vieja —dijo Cisi.

—A manzanas viejas —añadí.

—A algo que no volverá a ser una madre —agregó Cisi suspirando—. Voy a asegurarme de que tiene la puerta cerrada para que la peste no salga.

Me dio el desodorante antes de volver adentro. Me puse un poco y me lo guardé en el bolsillo.

—¿Arc? Hola, Arc.

Alcé la mirada y vi a Nell Salvia. Andaba rápido por la calle abrazándose el cuerpo.

—Hola —dije—. ¿Qué haces aquí?

—Vengo a saludar y a verte un rato. —Lanzó una mirada hacia atrás por encima del hombro. Aparte de la sudadera, no llevaba ropa de invierno. Tenía puesto el pantalón fino de un pijama de algodón y unas chancletas.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Es que no me apetecía estar sola. —Se sonó la nariz, y le salió sangre.

Cuando entramos en casa, la tía Trébol ya no estaba en el sofá. Estaba arrodillada enfrente de la tele y del documental sobre Sudamérica que estaban emitiendo. Había sacado varias ramas de la bolsa y estaba comparándolas con el contorno del Machu Picchu.

—¿Qué hace? —preguntó Nell, que temblaba de frío, o de algo más.

—Mide las ramas para asegurarse de que son del largo adecuado —contesté.

—¿El largo adecuado para qué? —Nell Salvia observó cómo la tía Trébol ponía con cuidado una ramita contra la pantalla de la televisión, sobre la imagen del borde de una ruina.

Llevé a Nell Salvia al cuarto de Cisi y le enseñé la pared, diciéndole: —Adecuado para esto.

—¿Es algún tipo de obra de arte? —quiso saber.

—Eso o algún tipo de locura —declaré.

—A veces son lo mismo, Arc.

Nell tenía los ojos como si hubiese estado mirando fijamente el fuego todo el día.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Un john intentó chuparme la sangre esta mañana —respondió—. A lo mejor sí que lo hizo. Me siento como si fuera una tercera parte de quien era.

Se frotó los ojos y se corrió el rímel todavía más.

Se acercó a la pared y se quedó callada unos segundos deslizando los dedos sobre las ramas antes de decir: —Es uno de los misterios más profundos del mundo, ¿sabes?

—¿El qué? —pregunté.

—El tiempo —contestó—. Existen muchas teorías, pero nadie sabe qué es realmente. El mundo estaría en el caos sin él. ¿Te imaginas lo que sería no tener tiempo? Sería como darle al botón de pausa. Todas las cosas que van a la deriva dejarían de ir a la deriva. Todas las cosas que flotan dejarían de flotar. —Se volvió hacia mí—. El problema del tiempo es que nunca te da la impresión de tener suficiente.

Fue a sentarse en la cama de Cisi cruzando las piernas por debajo del cuerpo. Cuando vio la foto en la que aparecíamos Cisi y yo de niñas en la mesilla, cogió el marco.

—¿Esta eres tú? —quiso saber.

—Sí —respondí—, cuando Cisi y yo no éramos más que dos bichitos, como diría mi abuela.

—¿Cuál eres tú?

—Esa es Cisi. —Señalé la niña de la derecha—. Y esa soy yo. —Me señalé a mí misma, a la izquierda.

—Dios, sois idénticas. ¿Es algo bueno? ¿O malo? —preguntó Nell Salvia.

—Está bien tener una hermana. —Le quité el marco y volví a dejarlo en la mesilla.

Ella me observó, antes de decir:

—Sí. Supongo que sí. —Pensé que diría algo más sobre la foto, pero en lugar de eso me preguntó: —¿Me harías una trenza? ¿Como la tuya?

Se retiró la cinta de la cabeza. Cuando se quitó el coletero y sacó el moño, el pelo le cayó hasta la mitad de la espalda. No me había dado cuenta de que lo tuviese tan largo.

Cuando me senté detrás de ella, dijo:

—Nunca me han trenzado el pelo. Supongo que es lo que pasa cuando creces sin hermanas.

Echó la cabeza hacia atrás mientras yo le pasaba los dedos por los rizos, deshaciéndolos.

Al tiempo que le separaba el pelo, recordé:

—Cuando era niña, la abuela cortaba tiras finas de papel y escribía cosas que me trenzaba en el pelo.

—¿Como qué? —preguntó.

—Como que yo era valiente como una lagartija o que tenía sed como un sicomoro. Nunca supe lo que significaba lo segundo. —Las dos reímos. Tras un breve silencio, yo añadí—. Supongo que era la forma que tenía de hacerme sentir especial.

—Qué bonito —comentó ella suspirando, con las manos temblando en el regazo—. ¿Qué dirías tú de mí, Arc?

—Oh, diría que eres un mundo de secretos. —Crucé los mechones superiores de su cabello—. Que eres primaria como el sol. Una hija de nudos.

Una gata en el suelo de linóleo que se lava los dientes.

Ella rio más fuerte e insistió:

—¿Qué más, Arc?

—Un sorbo de té caliente. —Acabé la trenza y reservé el último mechón mientras decía—: Y una gran amiga. Menos para las serpientes.

—Quizá estoy siendo castigada por eso —reflexionó—. Por ponerme en contra de las criaturas de la tierra.

Usé el coletero para atar la trenza y a continuación le puse las manos en los hombros.

—¿Por qué estás tan nerviosa hoy, Nell?

—¿Nell? Creo que nadie me llama así desde hace mucho. Soy Nell Salvia desde hace muchísimo. La verdad es que no soy salvia ni sabia para nada. —Se levantó y se miró la sudadera—. Pensaba que solo llevaría esto en la universidad. Y que cuando me licenciara, acabaría en una caja en el desván.

—¿Como una reliquia? —pregunté.

—Sí. —Ella empezó a sonreír, pero decidió no hacerlo—. Ojalá tuviera el alambre de mi sostén.

—¿Dónde está?

—Me lo olvidé en casa de Jueves. —Frunció el entrecejo antes de añadir—: Vamos a la Montaña Lejana, Arc. Estaremos tan lejos que nadie podrá encontrarnos.

—¿Alguien quiere encontrarte? —le pregunté.

Ella se limitó a apartar la vista y dijo en voz queda:

—Deprisa, coge las llaves de la camioneta, y yo sacaré el brazo por la ventanilla abierta y jugaré a hacer como que vuelo.

Busqué a Cisi antes de que nos fuésemos, pero al ver la puerta trasera abierta, me imaginé que debía de haberse marchado. Nell Salvia me esperaba en la camioneta. Cuando me subí al vehículo me preguntó por qué había cosas escritas por todas partes. Miré los versos escritos con rotulador negro en el cuero de los asientos, el salpicadero e incluso el volante.

—Poeta Narciso —fue todo cuanto dije.

Nell Salvia repitió las palabras antes de inclinarse hacia la foto pegada al salpicadero con cinta adhesiva. En la fotografía aparecíamos ella, el resto de las chicas y yo posando delante de la Montaña Lejana, sonriendo con los brazos levantados como si fuésemos libres.

—Reinas de Chillicothe —murmuró.

Conduje por las sinuosas curvas mientras Nell Salvia sacaba la mano al aire frío por la ventanilla abierta y leía las poesías escritas en la puerta de su lado, a veces en voz alta.

—El poder de una flor es que se eleva sobre lo que tiene alrededor. —Se me quedó mirando—. ¿Vaya cosa de decir, no, Arc?

La noche ya había caído, y la oscuridad solo se disipaba donde alumbraban los faros. Como nos habíamos adentrado tanto en las colinas, tuve cuidado por si aparecía el ciervo que seguro que se nos cruzaba. Cuando nos acercamos a la Montaña Lejana, Nell Salvia me pidió: —No sigas hasta la caravana de Jueves.

—¿No quieres ir a por el alambre de tu sostén? —le pregunté.

—En este mundo de monstruos, puede que ella lo necesite más que yo.

Aparqué en la parcela de bosque situada al salir de la carretera. Nell se apeó del coche antes de que apagase el motor. La perseguí entre los árboles y por la orilla del río hasta nuestro rincón. Ella dejó de correr justo antes de que su talón tocase el agua.

—¿En qué crees que pensaba Harlow mientras flotaba por el río? —preguntó.

—Estaba muerta —dije—. No sé si pensaba en algo aparte de eso.

—¿Crees en el más allá, Arc?

—A veces solo creo en el infierno. Pero supongo que, si existe, también tiene que haber un cielo.

—Dime cómo será.

—Tus filósofos ya lo describieron de muchas formas brillantes, ¿no?

—Quiero saber cómo crees tú que será, Arc.

—No lo sé —suspiré—. Supongo que habrá nubes flotando y maravillas deslumbrantes y el momento será como una rueda, que dé vueltas y vueltas hasta que sepamos para qué ha sido todo. O a lo mejor solo hay caballos galopando tan rápido que nos marean.

Ella miró al agua y preguntó:

—¿Dónde estaríamos si nadie hubiera pronunciado la palabra «dios»? ¿Y si nadie hubiera pronunciado la palabra «cielo»? ¿E «infierno»? Todas las cosas que dan más intensidad al tono de la fruta madura. ¿Dónde estaríamos sin una historia de la creación? ¿Sin que se hubiera hablado de pecado? ¿Dónde estaríamos si pudiéramos vivir sin miedo a que la vida que hemos vivido no haya sido lo bastante buena para pasar la eternidad entre arpas? ¿Sin sentimiento de vergüenza o culpa o de no haber hecho lo correcto? ¿Quién fue el primer idiota que dijo: «¿Sabéis qué? Somos algo más que el resultado de la evolución. Somos la moral, la ética y la creación. Somos la sensación, lo engendrado, lo que viene de las caderas de un dios en las alturas». Lo cierto es que no somos más que las mierdas que el universo ha expulsado por el culo. Esa sí que es una filosofía que secundo.

Se sentó en el suelo, con las manos tan frías que se las tapó con las mangas.

—Siéntate conmigo, Arc. Sé mi hermana junto al río —me dijo, mirándome.

Me arrimé a su costado, y ella flexionó los dedos de los pies en las chanclas mientras observábamos cómo exhalábamos el aliento.

—No dejo de pensar que podría buscar una noche clara y ser libre. —Suspiró alzando la vista al cielo antes de bajar la mirada a mí—. ¿Por qué siempre llevas pintalabios solo en la mitad de la boca, Arc? —quiso saber.

—Cuando era pequeña mi madre nos decía a Cisi y a mí que éramos la mitad de lo mismo —contesté.

—¿El mismo qué?

—Cualquier cosa. El mismo ojo de cerradura, la misma tormenta, la misma masa de agua. Si me pinto la boca entera, parece que me estoy apoderando de la mitad de Cisi.

—Pero si no lo haces —observó Nell Salvia—, ¿no te da la impresión de que solo eres la mitad de ti misma?

—La verdad es que nunca he pensado en mí sin ella —contesté.

—Pues deberías, Arc. Creo que tienes que hacerlo, o nunca llegarás a ser tú.

Espiró y apoyó la cabeza en mi hombro.

—¿Cómo hemos acabado aquí? —preguntó.

—¿En el río? —Miré hacia él y hacia su agua helada.

—No. En nuestras vidas —dijo—. ¿Cómo hemos acabado aquí? Nos imaginamos que recorremos las estrellas llevando coronas. Pero lo único que tenemos encima de la cabeza es la mano de un john cuyo sudor saboreamos antes de que nos pague para que nos lo traguemos todo. Quiero saber cómo empezó. Cómo llegamos a esto.

Contemplé el agua. Algo había salpicado. Las ondas corrían hacia la otra orilla.

—Empezó con una flor —dije.

—Cuéntamelo, Arc. —Ella no levantó la cabeza de mi hombro.

—Una flor que los antiguos llamaban la flor de la alegría —dije—. La amapola. Un conjunto aparentemente inocente de pétalos suaves sobre altos tallos verdes. El tipo de flor que un niño le daría a su madre sabiendo que ella diría: «Qué preciosidad».

»¿Sabías que la amapola se lleva en conmemoración de los soldados caídos cuando no es un símbolo de los sueños? En los relatos más antiguos, era la flor que se regalaba a los muertos. En la literatura persa ha sido llamada la flor del corazón. En algún punto entre la alegría y el corazón, a alguien se le ocurrió que si hieres a esa flor y la haces sangrar, tendrás algo más que una flor muerta. Tendrás opio.

—Nuestras coronas —afirmó Nell en voz queda.

—El cultivo del opio se remonta al 3400 a. C. —proseguí—. Las civilizaciones antiguas cultivaban las flores para aliviar el dolor. Esa búsqueda del fin del sufrimiento nos llevaría por muchas fases. Primero estuvo la morfina, una droga milagrosa que mitigaba todo lo que nos tenía en vela por

las noches. En 1874, gracias a la mezcla de un químico, se obtuvo la primera versión sintetizada de la heroína. Pero todavía no se llamó así. Tendrían que pasar varios años hasta que Bayer, los creadores de la aspirina, acuñaron el nombre «heroína» a partir de una palabra alemana que significa «heroico», por la sensación que la droga proporcionaba a los que la tomaban. La empresa la anunció como un milagro. El analgésico *perfecto*. Era el medicamento preferido, utilizado para todo, de la bronquitis a la tuberculosis. Las madres les daban a sus hijos una pequeña dosis de heroína por las noches para ayudarlos a dormir.

—No me lo creo.

Se puso a carcajearse, pero la risa cesó con un suspiro.

—Podías encontrarla en el jarabe para la tos, las gotas para el dolor de muelas y las pastillas para las molestias menstruales como a menudo se recetaba a las mujeres para sus «ataques».

—Nuestros ataques —susurró ella.

—En la primera guerra mundial, esposas y madres mandaban a sus maridos e hijos un estuche que incluía una jeringuilla y ampollas de heroína. Ellas pensaban que les mandaban medicina. Algo para hacerles sentir mejor mientras estaban lejos de casa. No sabían que su gesto de cariño transformaría a sus seres queridos, pues los hombres a los que habían dicho adiós volvieron convertidos en auténticos adictos. Los químicos, esos hombres de medicina que tan tranquilamente habían ofrecido ese regalo al mundo, dijeron que no era adictiva, pero para 1911, el consumo de heroína y la prostitución estaban ligados. En 1913, los heroinómanos formaban parte de la población general.

»Bayer empezó a limitar la producción de heroína antes de que su fabricación se volviese totalmente ilegal. Para entonces ya era demasiado tarde. La sensación, la euforia, se había dado a conocer al mundo. Ya no había vuelta atrás.

—No —asintió Nell Salvia—. Supongo que no.

—La mejor sensación que notarás en la vida, tía.

Apoyé la cabeza contra la de ella.

—Qué gustito da.

Ella cerró los ojos.

—Lo mejor que he tomado en mi vida.

—El mejor colocón que he tenido.

—No lo soporto, joder.

Mientras ella lloraba, yo dije suavemente:

—Lastimar a una flor, hacerla sangrar. Con el dolor, la flor llora y te arriesgas a convertirte en otra cosa.

—Y todas nos hemos convertido en eso, ¿verdad?

Se metió la mano en el bolsillo y sacó el imán de cocina. Se había

desprendido tanta pintura del pez que dejaba a la vista grandes espacios del plástico blanco de debajo.

—Los imanes tienen alma, ¿lo sabías? —Lo miró mientras se lo pasaba por los cardenales de las piernas—. Al menos eso creía Tales. Fue el primer filósofo conocido de Grecia. Él pensaba que como los imanes pueden mover el hierro, tenían alma. Lástima que no puedan mover los moratones.

Deslizó suavemente el imán por su piel.

—Se me ocurrió que como yo perdí el alma hace mucho —dijo—, atesoraría un imán cerca para acordarme de lo que se sentía teniendo una. Menuda gilipollez, ¿verdad? Nunca recuperaré el alma.

Apretó el imán con la mano antes de lanzarlo al río. Esperé a oír el chapoteo, pero no sonó.

—Tales fue el primer filósofo que intentó descubrir la fuente de todo —continuó—. El origen de todas las cosas. Él creía que era el agua. Este río, Arc. Este río es el principio de todo.

Abrió la mano y me mostró que el imán seguía allí.

—La verdad es que lo llevo porque era de mi madre —confesó—. Siempre estuvo en la nevera verde. Ella lo usaba para sujetar las listas de tareas, a veces las listas de la compra. Otras veces, mis notas. Cuesta creer que sacara tantos sobresalientes. ¿Cuándo me volví tan tonta?

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una profunda exhalación.

—Cargamos con demasiados secretos, Arc.

—¿Tú crees? —pregunté.

Ella me miró.

—Sé tu secreto, Arc. Sé…

—Shhh… —Le puse el dedo en los labios—. No hablemos más. Alguien podría estar escuchando.

Levanté la mano.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Atrapar la brisa antes de que se convierta en viento —respondí.

—Y luego, ¿qué?

—Luego la ahogaremos en el río.

Capítulo 17

No estoy en mi hogar si no paro de vagar.
Poeta Narciso

Era de noche cuando Cisi apareció en el porche con toda la cara manchada de sangre. Tardé un instante en centrarme y darme cuenta de que era mi hermana a quien miraba. El blanco de sus ojos era grande y brillante. Le temblaban los labios. Le pedí que dijese algo, pero se quedó tan callada que tuve que insistir en que hablase para saber que se trataba de ella.

—Soy yo —dijo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté mientras ella seguía al otro lado de la puerta—. Entra en casa y cuéntamelo.

—No. —Negó con la cabeza—. No quiero entrar. No quiero que la tía Trébol vea la sangre. Se reirá o, peor aún, me dirá que necesito mi propio cinturón blanco.

Se apartó a un lado del porche; ninguna de las dos llevábamos abrigo. Nos acurrucamos contra la pared de la casa.

—Cuéntame qué ha pasado, Cisi.

Al principio ella no quería decirlo. Solo me explicó que se había quedado mirando una piedrecita demasiado tiempo.

—Me dio en los ojos —declaró.

Luego dijo que pasó por delante de un viejo que estaba expulsando aire.

—Su aliento me tumbó. —Tenía los dos puños cerrados con fuerza, con sangre seca entre los nudillos. Cuando le rogué que me contase lo que había pasado de verdad, se sentó en los escalones del porche y me preguntó:

—¿Te acuerdas de lo calientes que tenía las manos la abuela Asclepia?

—Sí —respondí.

Se limpió la sangre de la barbilla. Mirándola fijamente, me dijo:

—¿Te acuerdas de su mermelada de uva?

—Sí —contesté, recordando la compota de color morado oscuro dentro de los tarros de cristal transparentes.

Ella levantó la vista al cielo nocturno. La contaminación lumínica nos impedía ver las estrellas desde casa, pero aun así Cisi apuntó con el dedo y dijo:

—Eso se lo debemos a la abuela. —Supe que se refería a todas las estrellas

que no podíamos ver—. Eso se lo debemos a ella. Pero no esto. —Cisi volvió a mirar la sangre—. La abuela no ha hecho esto. Lo ha hecho el Carreteras.

A medida que me relataba la historia, se fue arrimando a mí.

—Me recogió enfrente del Blue Hour —explicó suspirando—. Yo acababa de dejar a un john. En la habitación hacía frío. Afuera hacía frío. Vi una serpiente reptando en el suelo. Se escurrió por una grieta de la pared. Cogí la tierra de su camino porque la abuela siempre decía que era lo que había que hacer. ¿Te acuerdas?

Asentí con la cabeza.

—Cuéntame qué te pasó con el Carreteras.

—Estaba buscando a Nell Salvia —prosiguió Cisi—. Yo le contesté que no sabía dónde estaba. Él me dijo que subiese a su puto coche igualmente.

—No vayas a ninguna parte con el Carreteras, Cisi. Ya lo sabes.

—Tenía la tierra de la serpiente para protegerme. Fuimos a la caravana de Jueves, pero Nell no estaba allí. Tampoco estaba Jueves. Él fue por el camino donde los vecinos guardan las vacas. ¿Sabes las que tienen la cara blanca? Paró al lado de la alambrada y dijo que Nell Salvia le había robado y que cuando la pillase, no volvería a robarle. Luego se quedó mirando la alambrada tanto rato que pensé que nos quedaríamos sin gasolina. Al final, volvió al camino y fuimos a su estudio. Cuando entramos, dejó puesto el letrero de cerrado. Yo no quería ir con él, pero me dijo que lo acompañara. Que todavía no había acabado conmigo y que, si no entraba, me sacaría los ojos y los metería en el congelador para poder romperlos en la acera.

»Se sentó delante de su mesa de trabajo, cogió un trozo de papel y se puso a dibujar. Yo pensé que iba a hacer un boceto de un tatuaje nuevo, pero acabó ocupando el papel entero. Cuando quise darme cuenta, había dibujado una cara. La de Nell Salvia. Me hizo sujetarla por delante de la mía de manera que el papel y mi piel se tocaban, y luego me envolvió la cabeza con cinta adhesiva hasta que se acabó el rollo y la cara de Nell estaba pegada sobre la mía.

Encontré pedazos de cinta en su pelo. Mientras se los quitaba con cuidado, ella hizo una mueca y continuó:

—Me dijo que como no encontraba a Nell, yo le serviría. Una perra por otra, dijo. El papel me apretaba tanto contra la nariz y la boca que me costaba respirar.

A continuación describió la forma en que el puño de él atravesó la cara dibujada y golpeó la suya. Le dio en la nariz antes de partirle la boca.

—La sangre se estaba encharcando contra el papel —dijo—. Me había apretado tanto la cinta alrededor de la barbilla que recogía la sangre como un cuenco. Intenté quitármela, pero él me agarró la cabeza y gritó: «Déjate la cara, zorra». Pensé que iba a volver a pegarme, pero usó unas tijeras para hacer los agujeros de los ojos. Cuando hizo lo mismo en la boca, la sangre brotó. Por fin

podía respirar. Me arrastró hasta el espejo para que pudiera ver la perra que era, dijo.

Abrió la mano y mostró un trozo de papel arrugado empapado en sangre. Cuando lo estiró, distinguí los restos del dibujo a tinta.

—Conseguí quitarme la cara de Nell camino de aquí —me contó.

—No puedo creer que el Carreteras te haya dejado marchar. —La abracé contra mí.

—No me habría dejado si no le hubiera tirado la tierra de la serpiente a los ojos.

Me enseñó las rodillas y lo sucios que tenía los vaqueros.

—Cuando salí no paraba de caerme —continuó—. No vi bien hasta que me quité la cara. Cuando lo hice, encontré esto con la sangre que tenía en la barbilla.

Abrió la otra mano y me mostró un diente ensangrentado.

—Intenté volver a ponérmelo. —Rompió a llorar cuando volvió a intentarlo, presionando el diente contra la encía sangrante—. No entra, Arc. Tienes que llevarme al río para que pueda lavarlo en el agua. Es lo que haría la abuela Asclepia. Ella siempre decía que el río cantaba a las mujeres y a sus hijas, y que se llevaba toda la pena tocando su trompeta al cielo. A lo mejor así consigo ponérmelo otra vez en la boca y volver a estar completa.

—¿Dónde está el Carreteras ahora? —quise saber.

—Dejó de perseguirme cuando crucé la calle —respondió—. Me matará cuando me encuentre. Lo dijo cuando escapé. Nunca he estado tan convencida de algo.

Entré en casa y cogí las llaves de la camioneta. También cogí un rotulador negro.

—Tienes que dejar de escribir por toda la camioneta —dijo la tía Trébol desde el sofá—. Como un condenado crío que crece muy rápido.

Una vez fuera, ayudé a Cisi a levantarse. Mientras yo conducía, ella quitó el capuchón al rotulador y escribió una poesía en el último espacio libre del volante.

No estoy en mi hogar si no paro de vagar.

Me dirigí a la vieja granja de la abuela Asclepia, pero me desvié antes de llegar y tomé el camino alternativo que llevaba a la parte del río más próxima a su casa. Cuando bajamos de la camioneta y cruzamos el frío suelo, Cisi alzó la vista al cielo y dijo que estaba empezando a nevar. Los copos eran ligeros y caían suavemente sobre nuestras cabezas a medida que nos acercábamos al río. Hacía tanto frío que el agua había empezado a helarse. Las corrientes que todavía corrían, fluían por encima de las capas de hielo.

—Este sitio está bien —anuncié arrodillándome.

Usé una piedra para partir la tierra fría y cavar una pequeña tumba

superficial.

—¿Sabías que en la mitología griega, las hermanas Grayas, o Grises, compartían el mismo ojo y el mismo diente? Algunos dicen que eran monstruos. Otros, que eran cisnes. Son más los que dicen que simplemente eran la espuma blanca de las olas al romper.

—¿Qué hacían con el ojo que compartían? —preguntó.

—Veían el mundo con él.

—¿Qué hacían con el diente?

Me lo preguntó tan bajo que apenas la oí.

—Pedían deseos —respondí.

—¿Deseos? —Cisi levantó el diente entre nosotras—. Pidamos un deseo, Arc.

Cerramos los ojos y, aunque nunca nos dijimos lo que deseamos, estábamos convencidas de que pedimos lo mismo.

Cuando abrimos los ojos, ella me miró la sudadera y luego se miró la suya.

—Son grises. —Rio entre dientes—. Somos las hermanas Grises. ¿Crees que parecemos monstruos? ¿O cisnes? ¿O la espuma blanca de las olas? Yo creo que somos como los cisnes —declaró antes de que yo tuviese la oportunidad de contestar—. O a lo mejor como las olas. Entonces somos agua y, por lo tanto, somos los cuerpos más grandes que hay en la tierra. Podríamos ahogar a todos los monstruos como el Carreteras antes de que se atrevan a quitarnos algo.

Satisfecha, puso el diente en el agujero poco profundo y lo tapó, pues sabía enterrar cualquier cosa a la perfección.

—En el futuro —dijo—, una arqueóloga como tú, Arc, desenterrará mi diente, y me volveré importante porque seré del pasado. Se preguntarán quién fui y me darán una historia mejor que la de verdad.

Sonrió estrechando mis brazos entre los suyos. Y aunque cada vez teníamos más frío, nos quedamos junto al río hablando entre risas de lo que crecería de su diente manchado de sangre. Nos imaginamos unos árboles de fruta mágica mejores que las manzanas y las peras corrientes.

—Algo especial —aseguró ella—. Una fruta que no se pudrirá nunca. Que siempre se conservará bien.

Se quedó en silencio antes de decir mi nombre.

—¿Arc?

—¿Sí?

—Hay una cosa en el agua. —Soltó mis brazos y se levantó apuntando con el dedo—. Hay una cosa ahí flotando.

Me levanté junto a ella.

Cuando vi el cuerpo que flotaba con la corriente y se deslizaba sobre una placa de hielo, dije:

—No es una cosa, Cisi. Es una persona.



Capítulo 18

Hasta la muerte pesca en los pétalos de las flores frescas.
Poeta Narciso

1990

El último año de instituto, Cisi se arrodilló y miró por los ojos de todas las cerraduras de casa. La que abría la puerta de mi cuarto. La del suyo. Incluso miró por el ojo de la pequeña cerradura del armarito de la cocina. Luego recorrió el pasillo y miró por la que daba a la habitación de nuestra madre.

—¿Te acuerdas de cuando metíamos los dedos aquí? —preguntó, tratando de encajar el suyo en el agujero una vez más—. ¿Pensábamos que nuestros dedos eran llaves? ¿Esperábamos abrir las puertas? ¿O cerrarlas? Todavía no lo sé.

Sacó el dedo y acercó el ojo al agujero abierto, por el que la luz brillaba y recortaba la forma en su cara.

—Sigo esperando el día en que mire por los agujeros de estas cerraduras —dijo— y vea un futuro que compense todos los kilómetros que hay que recorrer para salir de esta asquerosa ciudad. Pero solo veo a una mujer en un colchón dentro de un cuarto. ¿Crees que ese es nuestro futuro? Yo no quiero que esa sea mi vida, Arc. Pero temo haberme asegurado de que lo sea.

Ese año las dos figuramos en el cuadro de honor. Ella iba a ir a la universidad a nadar. Yo iba a aprender a ganarme la vida excavando la tierra. Esos eran nuestros planes. De los que hablamos todo ese año. Nadie sabía que también era el año que ella había empezado a consumir. Nadaba demasiado bien para pensar algo así.

—No te lo podía contar —me confesó más adelante—. Soy una fracasada. No quería que tú lo supieras. Pensaba que podría dejarlo antes de que tú te enteraras.

Empezó a faltar a las competiciones de natación. Y cuando asistía a una, no ganaba. Las negociaciones sobre la beca cesaron, así como todas las demás conversaciones, como los Juegos Olímpicos.

—Sí, supongo que fue una tontería planteárselo —asintió Tam viendo cómo Cisi quedaba la última y a duras penas podía mantener el ritmo de las chicas a las que la temporada anterior vencía con facilidad.

Su bañador tenía un roto, y no lo había sustituido por otro. De todas formas, John ya no estaba, de modo que no había dinero para cuotas ni bañadores ni gorros, y menos para una chica que ya no compensaba el gasto. En los círculos clorados, nadie se acordaba de su nombre salvo para decir que era la chica que vomitó en el agua durante la prueba de cien metros libres la última vez que estuvo en una piscina.

—Estuvo a punto de ahogarse —le dijo una chica a otra mientras esperaban su turno para tirarse a la misma agua—. Tuvieron que sacarla y hacerle el boca a boca. ¿Te lo imaginas? Con todo el vómito. Qué asco.

Cuando finalmente la expulsaron del equipo, hizo trizas el bañador y lo tiró a la basura. Para entonces se le habían muerto las uñas de los dedos gordos de los pies. Era donde había estado inyectándose para que nadie le viese las marcas de los pinchazos en los brazos cuando nadaba.

—¿¡Cómo has podido hacerlo, Cisi!? —le grité—. ¿Cómo has podido cagarla tanto? ¿Cómo has podido hacerme esto?

—Solo intentaba remeter los hilos en el cuadrado, Arc. Como hacía la abuela.

Cisi levantó la jeringuilla llena de suficiente droga para obtener el colocón al que se había vuelto adicta.

—La abuela utilizaba una aguja de ganchillo, Cisi. No una sucia.

—Una aguja es una aguja. —Miró la jeringuilla—. ¿Y sabes qué? Cuando la tienes dentro, sí que vuelve el lado salvaje bonito. No hay nada malo. Toda la tristeza desaparece. Te invade una sensación de bienestar. Es lo más maravilloso del mundo. Me hace sentir como el cristal por cómo me rompe en trocitos. Me encanta que me rompa porque la próxima vez que me pinche, me hará sentir otra vez completa. Porque me quiere. Me sube a las nubes del cielo y me hace caer a la tierra, cantando con los bulbos que planté con la abuela Asclepia. Las historias que me contabas ya no dejaban ver el lado bonito de nada, Arc. Esto, sí.

—Hablas como mamá y la tía —comenté.

—Ahora sé por qué lo hacen.

—Podrías haber salido de este agujero de mierda, Cisi. Ir a la universidad. A los Juegos Olímpicos.

—¿Sabes por qué eso suena tan estúpido cuando lo dices? —me gritó—. ¡Porque es una estupidez!

Vi cómo se buscaba una vena y la jeringuilla se llenaba de su sangre.

—Te juro que lo dejaré, Arc —prometió mientras se quitaba la goma elástica de las gafas de nadar que había usado para atarse el brazo—. Esto solo es temporal, para despejarme la cabeza. Luego lo dejaré y será como si no hubiera pasado nada. Y podremos ser como las hermanas Trung. Reinas de nuestro propio ejército. Háblame de ellas, Arc. Háblame de ellas.

Yo veía cómo mi hermana cambiaba, y parecía que no pudiese hacer nada para impedirlo. Me acordé de cuando ella había tenido la gripe y luego pensé en la serpiente. Como en esas ocasiones, se enfrentaba a un monstruo contra el que no podría luchar sin mí.

Por algún motivo yo nunca me planteé hacerme yonqui, de modo que mientras ella estaba fuera de combate en su cama de la infancia, cogí la jeringuilla como había visto hacer a mamá y a la tía un millón de veces. Vacié la bolsita en la cuchara, le añadí agua y encendí un mechero debajo. Cuando intenté atarme la goma elástica de las gafas de nadar en el brazo, me temblaba la mano.

Era joven y tonta. Creía que tendríamos fuerzas para vencerlo. Que no me dominaría como había dominado a las demás mujeres de mi familia. Pensaba que yo no correría la misma suerte. Que podía tomar una decisión equivocada y estar bien al día siguiente. Pero no me preparé para la sensación. La irresistible sensación de paz, la cálida oleada de euforia que se llevó hasta la última gota de sufrimiento. No pensaba que esa sensación pudiese existir. Me hablaba. Me decía que me protegería, que velaría por mí y que cerraría la puerta a todas las cosas que me habían hecho daño. Dulces mentiras que resplandecían y que yo me creí.

Fue un simple instante que hizo insoportable la idea de volver a la vida. Entonces supe por qué algunas personas lo hacían. Por qué mi madre lo hacía. Por qué mi tía lo hacía. Por qué mi padre, hacía mucho, se ataba el cinturón del ejército en el brazo. Y luego, claro, estaba Cisi. Una chica que solo quería olvidarlo todo. ¿Cómo culpar a mi hermana, o a cualquiera de ellos, de algo así? Ese deseo de ser libres de las verdades que dolía saber.

Los humanos siempre hemos sufrido. La historia nos lo dice. Los objetos que dejaron civilizaciones del pasado. El sufrimiento está allí, en las vasijas rotas, los fragmentos de poesía, la música sublime que hemos tocado durante siglos. Somos dolor hasta que el motor se apaga. Luego somos tierra, nuestros cuerpos indistinguibles de otras cosas caídas.

Mientras corría por mis venas, me sentía ajena a ese sufrimiento. Esa es la sensación inalcanzable que te proporciona. Ese es el engaño que crea.

Lo que no te dice es lo que se cobra a cambio.

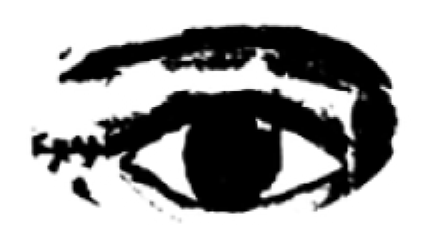
Cuando abrí los ojos, mi hermana estaba arrodillada a mis pies. Me frotó la parte del brazo en la que me había inyectado y me preguntó:

—¿Por qué lo has hecho, Arc?

—Para que podamos matar al monstruo juntas, Cisi.

Sonrió. No lo he olvidado nunca.

CUARTA PARTE




Capítulo 19

Solo puedes volar lo justo y nada más.
Poeta Narciso

1993

Las nubes colgaban del cielo nocturno como si no quedase sitio para ellas en el mundo cuando Cisi y yo sacamos a Nell Salvia del río. Tenía el largo y rizado cabello enredado en la cara. La piel le había cambiado de color y de textura debido al agua helada que la había envuelto hasta que la encontramos. Empapados y estirados de manera brutal, sus cardenales eran los de una persona que había sido arrastrada. Sus ojos grises se habían nublado. Sus labios se habían tornado azules. Tenía una expresión en el rostro que decía que solo deseaba volver a casa.

Quiero volver a casa, volver a casa, volver a casa…

—La mandíbula —señaló Cisi mirándola.

—Rota —confirmé.

Cisi la estudió como si pudiese arreglarla.

—El que se la rompió no debía de saberlo —dije.

—¿Saber qué? —preguntó ella.

—Que una mujer con la mandíbula rota sigue pudiendo hablar.

Vimos en cada corte y cada herida las palabras que Nell Salvia nos dedicaba. Nos decían que no se había ahogado sin más. Que no era una mujer que se había lavado la sobredosis en el río sin más. Como en el caso de Harlow, había ramitas, hojas e insectos enredados en su pelo, amontonados encima de su cabeza de una forma que no parecía natural. Estaba desnuda. Ni un calcetín.

—Ella no tenía que acabar así —dijo Cisi—. Nuestra Nell, no. Siempre pensé que se largaría de Chillicothe. Que cogería un tambor y le tocaría a los jaguares y los guepardos.

Cisi sacó el cepillo del pelo de mi bolso y trató de desenredarle a Nell el cabello.

—Es posible que estés eliminando pruebas —le indiqué.

—A ella le gustaría estar guapa —aseguró Cisi—. Ya sabes lo mucho que le gustaba su pelo. Todas las cintas y los pasadores que se ponía. Quiero ser yo

quien se lo cepille. A los polis les dará igual. Ellos le tirarán del pelo muy fuerte. Le harán daño.

—Nadie puede hacerle daño ya, Cisi.

—Espero que no tuviera miedo. —Cisi sujetó la mejilla cortada de Nell Salvia con una mano—. Cuando pasó, espero que no tuviera miedo.

Tomé las manos de Nell y busqué algo entre ellas, antes de decir: —No está —dije.

—¿El qué? —quiso saber Cisi.

—El imán. —Miré al río—. No está.

Fuimos a la caravana de Jueves, pero ella no estaba, de modo que usamos el teléfono del primer vecino que nos abrió. Cuando la araña apareció finalmente, me preguntó cómo había encontrado otro cuerpo en el río.



—Paseando por la orilla —contesté.

—¿Con este frío? —siguió—. ¿Por qué tienes sangre en la cara?

—Un novio cabreado. —Aparté la mirada—. El frío es bueno para esas cosas.

Tres días más tarde, la sudadera de Nell Salvia fue localizada medio enterrada entre restos en la orilla del río en el que ella había sido hallada.

—¿Estaba en la universidad? —preguntó una chica nueva en la calle.

—Sí, pero había caído como una piedra —dijo otra—. *Había sido estudiante de filosofía.*

—¿Qué es eso?

—Lo que estudia la gente que piensa mucho en las cosas.

—Ah. No sé qué habría pensado ella de esto.

Solo oí a Nell Salvia hablar de su familia una vez cuando confesó: —Me dijeron que ya no era su hija. Pero no pasa nada. —Nos abrazó a Cisi, a Jueves y a mí—. Porque ahora vosotras sois mi familia.

Sus padres la hicieron incinerar. Cuando Violeta los llamó para saber cuándo sería la ceremonia, su padre le dijo que no habría. Que era una chica que ya no compensaba el gasto. Los padres accedieron a que la funeraria entregase sus cenizas a Violeta. Yo las llevé sobre el regazo en una cajita marrón mientras ella conducía. Nos dirigimos a la Montaña Lejana, donde Jueves y Cisi nos estaban esperando. Cuando Violeta se desvió de la ruta, pregunté: —¿Adónde vamos?

—Solo quiero parar a ver a mi hija —respondió.

Miré el patio de recreo por la ventanilla mientras ella aparcaba junto a la acera enfrente del colegio de ladrillo rojo.

—Van a salir al recreo en cualquier momento —dijo Violeta—. ¿Te importa, Arc?

—No. —Observé las puertas—. No me importa.

No pasaron más de cinco minutos cuando se abrieron y salió corriendo una muchedumbre de niños. Se fueron disparados por todas partes. Algunos a los columpios. Otros al tobogán. Más a las barras, donde los gorros de punto se les caían de las cabezas.

Violeta bajó del coche y cruzó la acera hasta la valla metálica que rodeaba el patio. Hacía frío. Me aseguré de agarrar fuerte la caja al bajar del vehículo.

—Allí está —anunció Violeta, señalando a una niña con coleta baja y ojos marrones—. Esa es mi Hierba. Mira cuánto tiempo aguanta colgada de las barras. Es fuerte. Mucho más fuerte que yo. ¡Bravo, cariño! —Violeta aplaudió.

Cuando gritó el nombre de su hija y se puso a aplaudir más fuerte, Hierba miró.

—¡Mamá! —chilló la niña, y bajó al suelo. Corrió tan rápido que rebotó contra la valla, cuya malla metálica recuperó la forma mientras ella volvía a chillar—: ¡Mamá, ¿dónde has estado?! ¿Cuándo vas a venir a buscarme?

—Pronto, cariño, pronto. Oye. —Violeta se arrodilló para situarse a la altura de sus ojos, con la valla interpuesta entre ellas—. ¿Te acuerdas de que te dije que iba a comprar un local para hacer pasteles?

La niña asintió con la cabeza tan rápido que la borla de su gorro brincó alegremente.

—Pues he encontrado un local. —Violeta sonrió—. Creo que puedo comprarlo.

—¿Me dejarás ayudarte a hacer *cupcakes*? —preguntó Hierba, que introdujo los dedos por la valla metálica y le quitó a Violeta parte de la sombra de ojos.

—Todos los que quieras —dijo Violeta, riendo de la forma en que Hierba trataba de ponerse la sombra de su madre en sus propios ojos—. Y galletas y tartas y dónuts y lo que te apetezca hacer. Tú te encargarás del azúcar.

—Vale, mami. ¿Y entonces vendrás a buscarme? No me gusta vivir con papá.

—¿Por qué? —quiso saber Violeta, mientras sus dedos descubiertos se teñían de óxido en la valla metálica.

—Porque tú no estás en casa —contestó Hierba—, y él nunca te encuentra por más que mira detrás de las puertas. Siempre hace galletas con una masa del súper. Y siempre se le queman. No se le da tan bien como a ti, mami.

El profesor tocó el silbato.

—Me tengo que ir —dijo Hierba—. Se ha acabado el recreo. Me regañarán si llego tarde.

—Espera.

Violeta corrió al coche y buscó en el asiento trasero la caja de dónuts que había estado repartiendo antes en la calle.

—Cubierto de chocolate.

Intentó pasarle a Hierba el dónut, pero era demasiado grande para caber por la valla.

—Me tengo que ir, mami. —Hierba ya había empezado a andar hacia atrás, mientras sonaba el pitido estridente del silbato del profesor.

—Espera, espera. —Violeta pasó el dónut a través de la valla, y la rosquilla cayó al suelo por el otro lado. Hierba ya había emprendido el camino de vuelta por el patio de recreo, cuyos columpios seguían volando solos.

—Vete, cariño —gritó Violeta tras ella—. Nos veremos muy pronto. Te lo prometo.

Cuando volvimos al coche, le pregunté:

—¿Qué local es ese que vas a comprar?

—Ah —dijo ella—. Te lo enseñaré. No queda lejos de aquí.

Condujo hasta un espacio comercial vacío por la zona de la calle Mayor. El local se hallaba ubicado entre una cafetería y una tienda de caridad.

—He estado ahorrando —declaró, mirando por la ventanilla el cartel de *Se vende*—. Lo llamaré El Horno de Hierba y Violeta. Ella vendrá aquí todos los días después de clase.

Metió una marcha y se alejó poco a poco sin apartar la vista del cartel. Siguió hablando de la tienda de productos de repostería y del color de las paredes.

—Será azul y rosa —continuó—, como el algodón de azúcar que comí una vez en una feria cuando era niña. Los mostradores serán color pistacho. El color del pudin favorito de mi padre. Y habrá frascos alineados, llenos de claveles rojos. Ese era el color favorito de mi madre. También habrá al lado de la batidora, pero Hierba no podrá usarla hasta que sea mayor. Tiene la costumbre de querer tocar las cosas que giran y dan vueltas pensando que no hay peligro. Todavía tiene que crecer un poco para saber que a veces sí que hay peligro.

Para cuando aparcó en la entrada de la caravana de Jueves, Violeta me había informado del color de los tapetes de las bandejas e incluso de qué pegatinas pondría en los lados de la caja registradora.

—De arcoíris y unicornios —dijo—, porque son las favoritas de Hierba. Y por la noche, cuando ella y yo estemos barriendo el azúcar glas del suelo, diremos que es nieve y ella reirá.

Violeta se secó las mejillas.

—Pinta fenomenal —comenté.

Su sonrisa desapareció poco a poco cuando dijo:

—Solo espero no cagarla.

Estiró la mano hacia el asiento trasero para coger la sudadera de Nell Salvia. Cruzamos la carretera y atravesamos el maizal helado. Un tractor había partido los tallos viejos, y unas cuantas mazorcas habían quedado atrás. Aunque no tenían granos, los cuervos escarbaban en ellas y las lanzaban al aire mientras avanzábamos entre los árboles.

—La arboleda echará de menos a Nell Salvia —observé.

—Porque ella vive sola —dijo Violeta.

Descendimos por la pendiente hacia la orilla del río, donde el invierno había matado la alta hierba que nos habría acariciado suavemente las piernas en verano. En el río, las ramas peladas de los árboles se desplegaban contra el cielo, mientras que Cisi se hallaba en la orilla, con la vista en la corriente. Jueves estaba a su lado.

—Habéis tardado un montón —nos dijo Jueves, antes de mirar hacia la caja que yo tenía en las manos—. ¿Es ella?¿Es nuestra Nell Salvia?

—Sí —respondí—. Al menos, lo que queda de ella.

Violeta llevó la sudadera de Nell al árbol que ella solía trepar para escribir sus pecados.

—¿Quién va a subirla allí arriba? —quiso saber Violeta.

—Yo lo haré. —Le di la caja de cenizas a Jueves.

Solo había trepado un par de veces en mi vida a un árbol. Las cosas que deseaba investigar estaban bajo mis pies, en el suelo, no encima de mi cabeza. Agarré la sudadera y utilicé la piedra en la que Nell Salvia siempre se subía para trepar. El viento me hizo perder el equilibrio, y tuve que intentarlo más de una vez. Finalmente, logré la fuerza suficiente para subirme. Me senté a horcajadas en una rama baja y até la sudadera a ella por las mangas. Violeta se sacó una goma elástica del bolsillo trasero, enrolló con ella el dobladillo de la sudadera que quedaba colgando y lo cerró como una bolsa.

—Pásame a Nell —dije.

Jueves se subió a la piedra y me acercó la caja. La rodeé fuerte con los dedos para impedir que la tapa se abriese al introducirla en el cuello de la sudadera. Vertí poco a poco las cenizas sin que el viento se llevase nada. Solté la caja, y el viento la arrastró al otro lado del río mientras yo bajaba del árbol.

Contemplamos cómo la sudadera ondeaba, con las cenizas contenidas en el interior gracias a la goma. Transcurrieron unos momentos de silencio mientras observábamos la sudadera, hasta que Violeta habló.

—Me acuerdo de la vez que Nell y yo preparamos tarta de chocolate en mi casa —recordó—. Ella quería dejarla en el horno más de lo necesario. Yo le dije que se iba a quemar. Ella me contestó que no pasaba nada. Que quería que la

cocina oliera como la de su madre.

—Yo me acuerdo de cuando se llenó la boca de caramelos porque le dije que no le cabían más de diez —intervino Jueves riendo entre dientes—. Me demostró que no tenía razón. Estuvo a punto de morir asfixiada, la jodida, pero me demostró que no tenía razón.

La risa de Jueves llenó el silencio antes de quedarse callada.

—Una vez yo estaba sentada en el bordillo de la acera —tercié—. Acababa de salir del Blue Hour. Estaba lloviendo, pero de todas formas me quedé allí sentada. El rímel me quemaba los ojos. Aun así, me quedé allí sentada. Al dejar de notar la lluvia en la cabeza, levanté la vista. Nell Salvia estaba de pie juanto a mí, con los brazos extendidos. «Yo seré tu paraguas», dijo.

Jueves apoyó la barbilla en mi hombro y dijo:

—Brilla y recorre las estrellas, joder.

—Brilla y recorre las estrellas —repetimos todas, y el coro de nuestras voces resonó en el agua.

Gritamos y dimos alaridos y lo dijimos tres veces más hasta que Cisi declaró: —Espero que sepa lo mucho que la queríamos.

Violeta se acercó a la sudadera. Cuando puso la mano en la goma elástica, Jueves levantó los brazos de manera que sus pulseras tintinearon mientras empezaba a cantar *Bette Davis Eyes*.

—¿Qué? —Se encogió de hombros cuando la miramos—. Era la canción favorita de Nell Salvia. Pensaba que la letra hablaba de ella. ¿Y quién dice que no?

Con los sonidos de fondo de sus pulseras y su voz, el viento se levantó, y Violeta quitó la goma a la sudadera. La prenda se abrió, y las cenizas salieron volando. Cuando empezaron a caer en el río, corrí hacia ellas. El agua estaba fría al zambullirme.

Cuando afloré, oí los gritos de Violeta haciéndome señas desde la orilla.

—¡Arc, vuelve!

—¿Es que quieres matarte? —resonó la voz de Jueves.

—¡Tengo que encontrarlo! —les grité antes de volver a sumergirme, tratando de llegar al fondo del río. Contuve la respiración todo lo que pude antes de volver a la superficie.

—¡Sal de ahí, Arc! —Oí el grito agudo de Violeta.

—No pienso marcharme hasta que lo encuentre.

De nuevo bajo el agua, buceé lo más hondo que había llegado nunva. No veía con el agua marrón. Estirando los dedos, quise creer que estaba cerca. Lo bastante cerca para pasar la mano por el lodo esperando encontrarlo. El objeto que la caracterizaba. Me negaba a salir, pero me quedé sin aire e inspiré. El agua fría me inundó los orificios de la nariz y se derramó por mi garganta. Me di la vuelta en aquella agua turbia, incapaz de hallar la superficie. No había

más que oscuridad hasta que un par de brazos me rodearon la barriga y me elevaron de un tirón.

Una vez en la superficie, tosí, y el agua salió disparada por mi boca.

—Estás loca, Arc Doggs.

La voz de Violeta me acompañó hasta la orilla, donde ella me dejó.

Cisi se arrodilló junto a mí mientras yo escupía más agua. Me apoyé temblando en su costado, y mi hermana me abrazó.

—Vas a pillar una neumonía, puta loca —me reprendió Jueves, bajando la sudadera de Nell Salvia de la rama y envolviéndome con ella y con sus cálidos brazos—. Mira que meterte en el agua helada… ¿Qué cojones estabas haciendo?

—Intentaba encontrarlo —respondí.

—¿Encontrar qué?

Violeta rodeó los brazos de Jueves con los suyos hasta que quedé envuelta por las dos.

—El imán de Nell Salvia —contesté, y las palabras me temblaron con el cuerpo.

—¿Ese imán feo y viejo del pez? —preguntó Jueves.

Asentí y añadí:

—El de la cocina de su madre. He pensado que ella lo querría. Está ahí, bajo el agua. Se me ha ocurrido que querría recuperarlo.

Lloré, y fue como si hubiese estado conteniendo algo durante mucho tiempo.

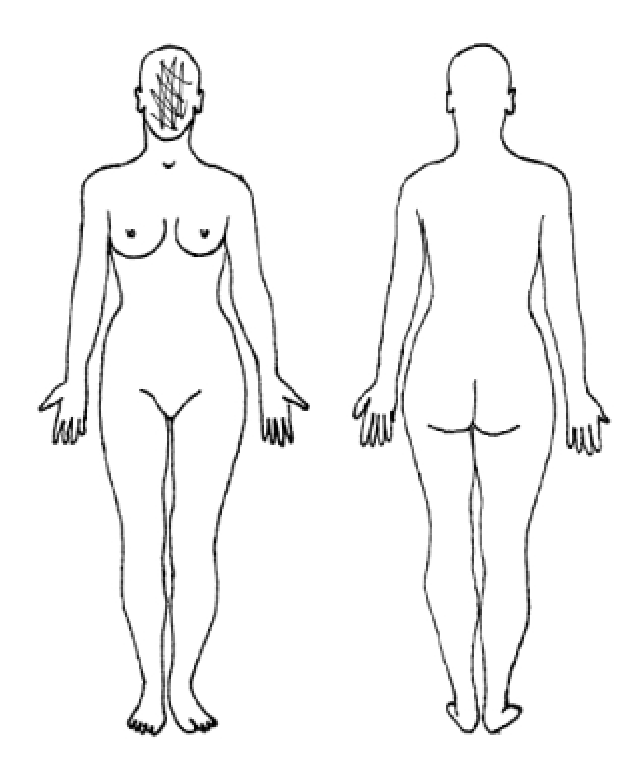
—Shhh. —El aliento cálido de Violeta resultaba agradable en mi cara—. Tranquila, Arc. Dondequiera que ella esté, tiene todo lo que necesita.

—Sí, eso es verdad —asintió Jueves—. Ya no le hace falta nada. Y el imán del pez, en fin, está en el río. Ahora es un pez de verdad. No creo que nada hiciera más feliz a Nell.

Mientras contemplábamos el agua, las cenizas de Nell ya desaparecidas, noté que Cisi metía la mano en la mía. Por un instante, sentí que teníamos todo lo que podíamos necesitar.

DEPARTAMENTO DE MEDICINA FORENSE DEL CONDADO DE ROSS
CHILLICOTHE, OHIO
INFORME DE INVESTIGACIÓN

DIFUNTO/A: Nell Salvia
GÉNERO: Un reflejo de sí misma
OCUPACIÓN: Recorrer las estrellas



HERIDAS Y MARCAS:
Brillantes. El cuerpo está fresco al contacto. Rigor mortis presente en las extremidades, la cabeza y la región del cuello. Brillantes. Herida vertical que se extiende de la clavícula a la región suprapúbica. Una corona confeccionada con hojas y ramas. Evidencias de agresión violenta tras la expiración. Marcas de patadas. Botas del número 40,5. Brillantes. Arrastrada antes de ser introducida en el río. Quemaduras por rozadura de cuerda. Fracturas graves sufridas con el paso del tiempo. Evidencias de que alguien la levantó por debajo de los brazos y la sacudió hasta que dejó de ser una guardiana de sueños.

CAUSA PROBABLE DE LA MUERTE:
Dejar que el diablo supiese su nombre.

Capítulo 20

Si le quitas los huesos, graba su nombre, para que la soledad no la ronde.
Poeta Narciso

Las semanas que siguieron a la muerte de Nell Salvia fueron frías. El mes de enero de 1994 fue Cisi calentándose los dedos con el aliento mientras escribía versos en el asiento de cuero de la camioneta. Fue un viejo abrigo, fino como un trozo de papel, bien arrebujado. Un cigarrillo tras otro en la acera enfrente del Blue Hour. Fue el peso del nombre de Nell Salvia en el fondo de nuestras gargantas. La ausencia de su risa. La conciencia de que cuando la llamábamos, no vendría nadie.

Durante ese tiempo, el sol resultó difícil. Difícil de sentir. Difícil de reconocer. Difícil de encontrar. Cisi hablaba de praderas. Yo hablaba de dientes de león; el color amarillo, algo que tratábamos de alumbrar en aquel mundo gris. Violeta buscaba sus colores en las virutas de sus *cupcakes*, mientras que Jueves encontraba los suyos en las pulseras, los collares y los anillos que confeccionaba. Cuando no tenía dinero para cuentas, Jueves fabricaba joyas con maíz seco y objetos que encontraba en la calle como tapones de rosca y latas pequeñas.

—Joyas de basura —decía, pero se las ponía como si acabase de escapar de una mina de diamantes con las piedras preciosas más grandes en las muñecas.

Cuando sus padres le llevaban la compra era un buen día porque siempre se guardaba parte del dinero para *pizzas* que le daban. Fue hacia finales de ese mes cuando me llamó y me preguntó si quería ir a la tienda de manualidades con ella.

—Necesito más lapislázulis, perlas y ámbares —anunció.

Cisi y yo esperamos en el porche a que nos recogiese. Rápidamente nos subimos al coche, cuya calefacción renqueaba y alternaba el aire frío y el aire caliente.

—Te juro que si pudiera cumplir un puto sueño —dijo Jueves golpeando con el puño las rejillas de la calefacción—, sería no pelarme de frío por lo menos un invierno.

Conducía deprisa por las calles tratadas con sal al tiempo que cantaba. Sonaba como el campo de detrás de su caravana por la noche en julio. Tenía algo de ululato de lechuza, algo de chirrido de grillo, algo del cuerno de la rana

toro, versos compuestos no de palabras sino de sonidos. Cuando dejó de cantar, se hizo el silencio hasta que dijo:

—Cuando era niña y mi madre nos llevaba a mi hermano mayor y a mí a la tienda de manualidades, él me contaba una historia sobre Chillicothe. Me decía que la ciudad era una fugitiva que se había escapado. Toda la ciudad. Como si Chillicothe fuera un ser vivo. Decía que nunca hay que gritar las palabras «¡Te pillé!» porque al ser una fugitiva, la ciudad pensaba que la habías atrapado. Cualquiera que dijera esa frase estando en Chillicothe desaparecía y no se volvía a saber de él. Según mi hermano, la ciudad era la que los hacía desaparecer. Dios, qué miedo me daba. ¿Y sabéis qué? Cuando llegamos un día a la tienda, el cabrón de mi hermano bajó del coche y chilló «¡Te pillé!» a grito pelado. Me daba tanto miedo que él desapareciera, que no paré de llorar hasta que esa noche aceptó dormir con una puta piedra atada al pie.

Rio para sus adentros al recordarlo.

—No sabía que tuvieras un hermano —confesé.

—No. —Dejó de reír mientras se metía en el aparcamiento—. Ya no lo tengo. Murió de sobredosis cuando yo todavía era una niña. Supongo que al final la ciudad lo hizo desaparecer, ¿no?

Cisi estaba pegada a mí mientras andábamos contra la ráfaga de viento que soplaba en dirección a la entrada de la tienda. Una lata de refresco pasó por encima de los pies de Jueves. Rápidamente la recogió y se la metió en el bolso. Yo sabía que luego le haría un agujero en un extremo. Buscaba botellas de cristal, latas, cualquier cosa que le permitiese mirar por un extremo para ver por el otro lado. Como ella decía: «Te sorprendería la cantidad de telescopios que se pueden encontrar en las calles».

En el interior de la tienda, cogió una cesta para comprar. El pasillo de las cuentas estaba al fondo. Al pasar junto a los rollos de tela, desplegó una morada y fina y nos cubrió a Cisi y a mí con ella hasta que rompimos a reír. El empleado que pasaba por allí nos dijo: «Basta ya» antes de quitarnos la tela y volver a enrollarla. Jueves puso los ojos en blanco y siguió circulando, por delante de los kits de pintura por números a los que echó un vistazo con una sonrisa. Cisi y yo nos detuvimos en el pasillo del hilo mientras Jueves seguía adelante. Alargamos las manos y las pasamos por encima de las madejas.

—De la misma tintada —dijo Cisi cogiendo un rollo de hilo azul.

Yo cogí otro y lo comparé con el suyo.

—La mitad del mismo azul —afirmé.

—La mitad de la misma miel de la colmena. —Cisi se giró junto al hilo amarillo.

—La mitad de la misma ciruela —dije yo, junto al morado.

Nos quedamos las madejas el tiempo que tardamos en recorrer el pasillo, paseando despacio la vista por cada color, hasta que llegamos al final, donde

dejamos las madejas y nos alejamos sin mirar atrás.

Jueves estaba unos pasillos más allá. Tenía en la mano un paquete de cuentas amarillo chillón.

—Son cornalinas —explicó—. ¿Te gustan? ¿O prefieres las amatistas?

Cogió una bolsa de cuentas de vivo color morado en forma de óvalos.

—Me gustan las dos —contesté.

—¿Y esas?

Cisi señaló el pequeño paquete en forma de corazón.

—Esas son granates.

Jueves las cogió y las echó en la cesta.

Cuando se paró enfrente de las cuentas verdes, dijo:

—Mi chico ideal tiene los ojos como estas esmeraldas. Bien vestido, con zafiros en lugar de botones. —Deslizó los dedos sobre las bolsas de cuentas azules y las dejó balanceándose—. Sabe los nombres de todos los planetas del sistema solar por orden alfabético. Y lo mejor de todo, me dice que ha mirado por todos los telescopios del mundo, pero no ha encontrado una estrella más bonita que yo. ¿Crees que existe un chico así? —Se volvió hacia nosotras.

—Cosas más raras se han visto —respondí.

Jueves rio y cogió un paquete de cuentas multicolores que según ella eran el cofre del tesoro.

Cuando volvimos a su caravana, paró junto al buzón, lo vació y lanzó el correo en mi regazo. Eran todo cartas de distintas asociaciones protectoras de la naturaleza y grupos animalistas. En una le pedían que ayudase a rescatar burros, en otra que colaborase con las abejas y en otra con las ballenas. Las imágenes de cada animal o cada insecto se hallaban impresas en el exterior con todo detalle.

Una vez que hubimos entrado y dejado las cuentas en la mesa, ella cogió las cartas que yo tenía en la mano, las abrió y sacó las etiquetas con su dirección postal y los pequeños blocs de obsequio. Una incluso contenía una pegatina para el parachoques del coche.

—«Ayude a erradicar la ganadería intensiva» —leyó en voz alta.

Despegó el adhesivo pero no lo sacó al coche. Lo llevó al rincón de las mariposas, la parte de su caravana en la que coincidían la sala de estar y la cocina. En ese rincón era donde ponía los distintos obsequios y folletos que le mandaban las asociaciones.

—Se gastan un dineral en etiquetas, pegatinas y tarjetas —dijo mientras pegaba el adhesivo en la pared entre marcapáginas que rezaban «Salve a las ranas» y tarjetas con caras de gorilas y elefantes—. No sé por qué no invierten todo el dinero en cuidar de los animales.

La primera vez que vi el rincón de las mariposas, le pregunté por qué las asociaciones le mandaban tantas cosas gratis.

—Una vez hice una donación a un refugio para osos bailarines —me explicó—. Solo fueron diez pavos. Desde entonces no he hecho más donaciones, pero debieron de ponerme en una lista. Ahora me mandan publicidad de todo, de cerdos a caballos y animales que no sabía que existían.

—¿Qué es un oso bailarín? —le pregunté.

—Es un oso al que sacan de su hábitat natural, lo encadenan y lo obligan a bailar para ganar dinero.

Tenía en la pared una fotografía de una osa con los ojos vidriosos, un bozal en la boca y cadenas en el pescuezo y las patas.

—No sé si ella vio algo de aquellos diez pavos —declaró Jueves pasando suavemente la mano por la foto—. Quiero pensar que le hice la vida un poco más fácil.

El punto central del rincón de las mariposas y el motivo de su nombre era un gran póster de una monarca. En el dorso se explicaba la migración de las mariposas monarca y el peligro que corrían. Pero eso no se veía. Solo se veía el cuerpo de la mariposa que recorría la línea común de las paredes con las alas pegadas a cada lado del póster. Este medía casi un metro de ancho y todavía tenía los pliegues de cuando había estado doblado en el sobre. Después de alisar la pegatina, ella se apartó y contempló la mariposa.

—Un día viviremos en un mundo en el que nadie recibirá estas cartas —dijo— porque todas las putas especies que ves aquí se habrán extinguido esperando a que las salvemos de nosotros mismos.

Unos golpes en la puerta nos sobresaltaron a las tres.

—¿Quién narices es? —preguntó Cisi.

En cuanto Jueves abrió la puerta, él apareció como un objeto alto, duro y sólido, tapando la luz y proyectando una sombra densa.

—Me alegro de ver que estás en casa.

Entró haciéndola retroceder.

Llevaba unas gafas de sol que reflejaban nuestra imagen.

—Hola, Carreteras. —Jueves tragó saliva—. ¿Qué hay?

—Hola, Jueves. ¿Cómo está mi día favorito de la semana?

Se quitó las gafas de sol y se las colgó del cuello abierto. Llevaba un abrigo grueso, con la capucha forrada con el pelo de un animal que era posible que figurase en un póster de los que Jueves tenía en la pared.

—¿Te apetece algo de beber?

A ella le temblaba la voz casi tanto como las manos.

—Claro, cariño.

Él solo nos llamaba «zorra esto» y «zorra lo otro». «Cariño» sonaba en sus labios como el peor nombre posible.

—Tengo cerveza fría —le ofreció ella, volviéndose hacia la cocina—. ¿Cuántas quieres?

—No quiero nada frío —respondió él.

Se paseó por la estancia mirando las fotos enmarcadas de la estantería, incluida una de todas nosotras. La habíamos hecho en la Montaña Lejana, las colinas alzándose detrás de nosotras.

—Quiero algo caliente —dijo él, inclinándose hacia la foto.

—¿Caliente? —Ella se detuvo.

—Quiero que abrase. —La voz de él sonó profunda y grave—. Que esté lo bastante caliente para quemar la piel.

—¿Lo bastante caliente para quemar la piel? —preguntó ella.

—Si no hierve, no lo quiero. —Sonrió, y sus grandes dientes parecían serpientes en llamas.

—Voy a ver lo que tengo.

Ella retrocedió y entró en la cocina.

Él giró la cabeza para mirarnos a Cisi y a mí. Le di un codazo a mi hermana para que no levantase la vista. Él no nos quitó los ojos de encima mientras oíamos el zumbido del microondas.

—Aquí tienes. —Jueves entró sujetando una taza por el mango—. Café instantáneo.

Él escudriñó la taza antes de mojar el dedo.

—Está tan poco caliente que no molestaría ni a una mosca —dijo.

Ella desplazó la vista del café hasta él, mientras decía:

—Vuelvo enseguida. —Se giró y volvió a la cocina. Tal vez mientras estuvo allí se planteó huir por la parte trasera, la mirada puesta en la distancia que podría interponer entre él y ella. ¿Hasta dónde puedo llegar?, debió de preguntarse. No sé por qué al final decidió no abrir la puerta mosquitera de la parte de atrás y correr como alma que lleva el diablo por el campo los dos acres hasta la arboleda. No sé con certeza por qué volvió con una taza de líquido lo bastante caliente para quemar la piel y el vapor subiéndole a la cara.

—Déjala. —Señaló la mesa con la cabeza.

Ella sopló el líquido antes de hacerlo. Él esperó a que no tuviese la taza en la mano y entonces le dio un guantazo.

—¿Te he dicho que la soples, perra? —preguntó.

Ella negó con la cabeza y la agachó mientras se sentaba en el sillón.

—Haz algo, Arc —me susurró Cisi al oído.

—No puedo —contesté.

El Carreteras se volvió hacia mí.

—Eso es —asintió—, no puedes. No puedes irte. No puedes hablar. No puedes hacer nada aparte de estar ahí calladita.

Señaló el sofá. Cisi y yo nos sentamos rápido en él. Él se volvió de nuevo hacia Jueves y se pasó la lengua por los dientes. Acto seguido dijo:

—La entrega no llegó.

Empleó un tono sereno al tiempo que cogía la taza por el mango, que todavía desprendía vapor.

—No sé con quién has hablado —declaró ella—, pero entregué ese dinero.

Él se situó junto al sillón sujetando la taza por encima de la cabeza de ella. Jueves se encorvó hacia delante como si ya la notase caer.

—Quien te haya contado esa mierda, miente. —Jueves se echó a llorar—. Te lo juro. Por favor, no me hagas esto, joder. No te he robado. Yo no te haría eso, cariño.

Él empezó a inclinar la taza.

—¡Basta ya! —intervine, poniéndome de pie.

—Tú no te muevas. —Me apuntó con el dedo—. O serás la siguiente.

Cisi me tiró del brazo hasta que me volví a sentar.

El Carreteras sonrió a medida que el café caliente se acercaba más y más al borde de la taza, que inclinó todavía más con la mano. Jueves gimió y trató de levantarse, pero él le agarró el hombro y la sujetó.

—¡Venga ya! —gritó ella—. ¡Para, no he hecho nada, joder!

—Te dije lo que pasaría si me robabas —respondió.

Cisi sepultó la cara en mi hombro, y yo cerré los ojos cuando Jueves se tapó la cabeza con las manos. Esperé el grito de mi amiga, pero solo sonó la risa de él. Abrí los ojos y vi que dejaba la taza.

—Tontas del culo —dijo.

Como seguía riendo, Jueves se unió a él.

—Jo, tío. —Suspiró—. Por un momento he pensado que ibas a…

Él agarró los collares que a ella le colgaban del cuello y los rompió, y las piedras preciosas de plástico se esparcieron por la moqueta.

—Calla, coño.

Le propinó una bofetada antes de meter la mano en el abrigo y sacar un cepillo como el que había visto a Welt usar en el Blue Hour para lavar los ladrillos.

El mango de madera abarcaba toda la mano del Carreteras. Supe que las cerdas estaban tiesas porque reflejaban la luz del techo como cables de cobre.

—Es un cepillo para raspar —dijo, sujetándolo delante de los ojos de Jueves—. Toma, tócalas.

Él le agarró la mano y la puso encima de las cerdas.

—¿Qué te parecen? —preguntó.

—Que tienen que hacer daño —respondió ella, retirando la mano.

Él sonrió tocando también las cerdas y diciendo:

—Un cepillo como este sirve para raspar la pintura. Mi padre lo utilizaba en las puertas y las ventanas cuando repintaba la casa en verano. Quitaba la pintura vieja como si fuera mantequilla.

Se limpió la nariz con sus dedos, y el tatuaje rojo intenso parecía aún más

brillante.

—Quítate los zapatos —ordenó.

—Vamos, cariño. —Jueves juntó las manos por debajo de la barbilla—. Te lo suplico, por favor. Yo no te robaría. —Trató de levantar el brazo y tocarle la cara, pero él le dio una bofetada.

—He dicho que te quites los puñeteros zapatos.

Él se quitó el abrigo y lo puso sobre la mesa de centro. Llevaba una camiseta de cuello bajo. Al ver las palabras «Bañado en maldad», Jueves lloró más desconsoladamente mientras se agachaba para desatarse los cordones y descalzarse.

Cogí a Cisi de la mano e intenté levantarme despacio.

—¿Qué te he dicho? —Él se sacó una pistola de la parte trasera de la cintura. Me apuntó con ella al tiempo que decía—: Como te muevas, te dispararé en uno de los huesos de la columna. Te pasarás el resto de tu vida sin poder moverte del cuello para abajo. No serás más que —se inclinó hablando en un tono que no pasaba del susurro— una pequeña mariposa de hierro, incapaz de levantar el vuelo del charco de meados en el que estarás posada. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza y me senté en el sofá con Cisi.

—Y ahora dame uno de esos pies —le mandó a Jueves dejando la pistola en la mesa de centro.

—No, no, por favor.

Ella trató de sentarse encima de los pies y esconderlos, pero él la agarró del pelo.

—Como no me des uno —la amenazó—, te pasaré esto por la puta jeta.

Presionó las cerdas metálicas contra la mejilla de Jueves. Ella soltó un grito desgarrador.

—Cállate.

Él apretó más fuerte hasta que ella se limitó a gimotear.

—Buena chica. —Él sonrió. Cuando retiró el cepillo, vi las marcas que las cerdas le habían dejado en la mejilla—. Venga, a ver ese pie.

—No —protesté—. No sé lo que vas a hacer, pero no lo hagas, Carreteras. Podemos devolverte el dinero.

—Aunque me pagaras un millón de dólares ahora —dijo él—, lo haría igualmente. ¿Sabes por qué? Porque una perra tiene que aprender la lección.

Se sentó en la mesa de centro enfrente del sillón, le sacó los pies de debajo del cuerpo y los puso sobre su regazo.

Mientras Jueves se quejaba y gritaba, dijo:

—Veamos. Creo que mi viejo lo hacía de un lado para otro, así. La pintura salía como si nada.

Movió el cepillo en el aire a menos de dos centímetros de la planta del pie

de Jueves. Ella gritó más fuerte tratando de apartarlo, pero él siguió agarrándolo con firmeza.

—Sí —asintió él—. Creo que lo hacía así. —Sonrió antes de clavarle las cerdas en la planta del pie. Cuando empujó el cepillo de arriba abajo, la piel se hizo trizas contra las púas. Ella gritó y le empujó los hombros con las manos. Al ver que no le servía de nada, le asestó un manotazo en un lado de la cabeza y le tiró del pelo, pero él siguió. Incapaz de soportar el dolor, Jueves se lanzó hacia atrás y retorció grotescamente el cuerpo para morder el respaldo de la silla del sufrimiento.

—No lo hagas, Arc —me susurró Cisi al oído mientras yo miraba la pistola sobre la mesita. Trató de contenerme, pero me abalancé sobre el arma.

El Carreteras dejó caer el cepillo al suelo al levantarse y cogió la pistola antes que yo.

—Hija de puta —me gritó—. Tú también quieres sangrar por mí, ¿verdad?

Antes de poder reaccionar, se irguió por encima de mí y la cabeza me dio una sacudida hacia atrás contra el cojín del sofá cuando su puño me impactó en plena cara. Al principio, noté cada golpe que me daba, pero cuanto más me pegaba, menos lo notaba, hasta que pareció que no tenía cara. Lo único que veía y saboreaba era sangre.

—Así aprenderás. —Podía oír su voz, pero ya no veía más que luces aquí y allá—. ¿Adónde crees que vas?

No sabía con quién hablaba él ni a quién perseguía. Hasta que oí a Cisi susurrarme al oído «Estoy aquí», no supe que Jueves debía de ser la que gritaba. Me limpié los ojos hasta que por fin los destellos de luz empezaron a atenuarse, y vi que llevaba a Jueves a rastras por el suelo hasta el sillón.

—Estas putas creen que pueden escapar —dijo, obligándola a sentarse—. Nadie escapa de mí.

—¿Jueves? —La llamé, pero no había pasado de la mesa de centro cuando me desplomé. La habitación me daba vueltas, y parecía que me hubiese abierto la cabeza. Apoyé la cara en la moqueta, pero no noté sus fibras contra la piel.

—Deja de hacerle daño —creo que dije levantando el brazo sin fuerzas, mientras la sangre me bajaba por la garganta hasta que tuve arcadas y la vomité.

El Carreteras rio sujetando el cepillo contra el pie de ella una vez más. El mango de madera estaba empapado de sangre. Vi pedazos de la piel de Jueves enganchados y colgando de las cerdas.

—Para, para. —Clavé los dedos en la moqueta y me arrastré por el suelo, mientras Cisi trataba de ayudarme a levantarme sin éxito.

—Hijo… hijo de puta. Para. —No podía levantar más la cabeza. La volví a bajar.

Cuando por fin Jueves dejó de gritar, desvié la mirada y la vi, inmóvil, en el

sillón. El Carreteras metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una botella. Se me nublaba la vista, pero vi lo bastante para leer la palabra de la etiqueta.

—¡No! —grité.

Cuando él le roció el pie con alcohol, ella se incorporó de golpe y gritó lo más fuerte que pudo.

—Quiero que me oigas bien, reina de Chillicothe. —Le agarró la cara entre las manos cubiertas de su sangre y de la mía—. La próxima vez que intentes largarte con mi droga y mi dinero, acuérdate de lo que duele robarle al rey.

Lo último que vi antes de desmayarme fue que le cogía el otro pie con la mano y movía el cepillo de un lado a otro hasta que pareció que la sangre no se acababa nunca.

Capítulo 21

La bestia que somete se ha dado un banquete.
Poeta Narciso

Recuerdo oler a trébol a lo lejos, el olor de la casa de la abuela Asclepia en primavera. Recuerdo la sensación de que alguien me recogiese el pelo con delicadeza y me lo prendiese con horquillas para apartármelo de la cara. Recuerdo la sensación de tener el pelo húmedo. De mi tierna piel como si hirviese, de las vibraciones que se alternaban con una sensación de quietud. Pero sobre todo recuerdo oír la voz de Jueves.

—¿Mamá? ¿Papá? Venid, por favor. Os necesito.

Entonces oí a Cisi.

—¿Arc? Levántate. Tenemos que salir de aquí.

Percibí hierba bajo los pies descalzos. Sonidos de sirenas. Las luces rojas que giraban y se convertían en los pañuelos rojos que la abuela llevaba en el cuello.

—*Es mi cumpleaños* —dijo ella—. *Búscame un tesoro, Arc.*

Mientras las luces rojas se acercaban y uno de los pañuelos pasaba volando por delante de mis ojos, Cisi dijo: —Agáchate, Arc.

Pegamos las caras contra el suelo. Inspiré el olor a tierra húmeda que se abría camino entre el olor a sangre mientras la ambulancia pasaba a toda velocidad, las sirenas se perdían a lo lejos y las luces con ellas.

Noté que un brazo me rodeaba.

—Vamos, Arc —me animó Cisi—. No te pares. Tienes que seguir.

Casi sin poder mantener los ojos abiertos, clavé los dedos en el suelo y me arrastré hasta que me pesó la cabeza. Cerré los ojos y volví a sumirme en las tinieblas. Los finos pañuelos rojos y azules de nuestra abuela se agitaban como azotados por el viento. Después todo se volvió borroso. Abrí los ojos sin apenas poder ver a Cisi. Me apoyé en ella para andar.

—Eso es, Arc —dijo—. Vamos a llevarte a casa.

Vi a papá. Estaba al final de la calle, haciéndonos señas para que siguiésemos adelante. Tenía puesto su viejo uniforme militar. Había decidido llevar las botas en la mano. Yo no estaba segura de si me las estaba ofreciendo o si simplemente las balanceaba a un lado.

—¿Papá?

Traté de correr junto a él, pero no era más que un hueso en el suelo.

—¿Cisi? —Intenté alcanzarla—. No sé dónde estoy.

Los pañuelos de la abuela Asclepia llovieron sobre mí y me taparon la cara hasta que oí la voz de Trébol.

—Pero si estás llena, llena de sangre —exclamó.

Encontré el cojín del sofá con la mano antes de deslizarme por él hasta que topé con el brazo de ella.

—No me sorprende, Arc —declaró la tía Trébol—. Siempre he sabido que una chica como tú ha nacido para sangrar. Esto te hará sentir mejor.

Me agarró el brazo con la mano. Noté que el cinturón me ceñía la piel. No noté el pinchazo de la aguja, pero sí el calor que transmitía.

—Escupe, escupe, araña, ¿dónde la escondes, anda?

La voz de Trébol llegó flotando hasta mí cuando eché la cabeza hacia atrás. Vibraba con el motor de la camioneta, que hacía un ruido estruendoso mientras ella nos llevaba de vuelta a casa.

—Pensaba que estábamos en casa.

La voz me salió del estómago.

—No digas nunca el nombre de quien te ha hecho esto —me aconsejó Trébol al tiempo que ayudaba a Cisi a llevarme a mi cuarto—. Si nos deshiciéramos de todos los hombres que han querido matarnos, no habría hombres en Chillicothe.

Me envolvió la cabeza con la sábana hasta que parecí una momia.

—Que sueñes con los angelitos, pequeña momia. Escupe, escupe, araña…

Cerré los ojos mientras ella y Cisi permanecían una al lado de la otra. La abuela Asclepia estaba justo detrás de ellas. Fue ella quien me siguió, pero no a un sueño, sino al recuerdo de la vez en que convirtió su habitación de la vieja granja en una tumba egipcia.



—Hoy es mi cumpleaños —anunció la abuela Asclepia.

Las tres estábamos en el pasillo enfrente de su cuarto. Cisi y yo solo éramos un par de niñas de seis años esperando a que nuestra abuela abriera la puerta. Cuando lo hizo, vimos que había sustituido las cortinas rosas de flores por unas nuevas que había cosido con una brillante tela dorada.

—Rebajada en el cesto de Halloween de la tienda de manualidades —dijo con una amplia sonrisa.

Había empleado la tela para hacer una nueva colcha y nuevas fundas de almohada, que complementaban los finos pañuelos azules que había colocado

sobre las lámparas y clavado al techo para que colgasen.

Había cogido papel de plata, lo había pintado con rotulador y había hecho bolas. Las rojas eran rubíes. Las azules, lapislázulis. También había comprado una vidriera de colores. Una pequeña con peras, uvas y manzanas en el cristal, pensada para ser colgada en una cocina. La había colocado en la ventana alta que había detrás de su cama. Cuando el sol brillaba a través del cristal, proyectaba un caleidoscopio de colores que se movía por el dorado y el azul de la habitación.

—¿Veis los jeroglíficos? —preguntó, señalando las figuras que había dibujado con tiza en los paneles de madera de las paredes.

Había figuras de cestas y montañas, y de leones y búhos. Nuestra abuela había dibujado cuernos, cocodrilos y una casa con el sol naciente.

—Eso es un avestruz. —Señaló el ave de largo pescuezo—. Y eso es la luna menguante. —Recorrió el contorno de la imagen con los dedos mientras añadía—: Los griegos consideraban los jeroglíficos grabados sagrados.

La abuela no tenía mucha mano para el dibujo, y los animales estaban hechos con los mismos trazos toscos que la cursiva de sus tarjetas de recetas, pero yo no podía estar más entusiasmada. A medida que nos internábamos en la habitación, vi un bulto en la cama debajo de la colcha. Distinguí la forma de algo que parecía una cabeza y unos pies con los dedos apuntando hacia arriba.

—¿Hay alguien en la cama, abuela? —quiso saber Cisi, corriendo hacia ella.

Nuestra abuela la agarró antes de que llegase.

—No puedes entrar así en una tumba egipcia —la reprendió—. Tienes que ser una exploradora, Cisi.

La abuela dejó a Cisi y cogió el sombrero morado con el velo transparente que había en la columna derecha de la cama. Se lo puso a Cisi en la cabeza y luego cogió el sombrero rojo con una larga cinta de la otra columna y me lo puso a mí.

—No parecen sombreros de Indiana Jones —observó Cisi.

—Son mejores —le aseguré yo, dando vueltas hasta que la cinta ondeó como unas alas por detrás de mí.

Recorrimos la habitación, todos sus jeroglíficos y joyas de papel de plata. Incluso había pequeñas pirámides de papel que la abuela Asclepia había confeccionado y rociado con su perfume.

—El aroma de Cleopatra —declaró.

Cuando anocheció, dejó las lámparas y las luces del techo apagadas. Entonces nos dio una linterna. Pisamos con delicadeza la moqueta como si estuviésemos atravesando siglos de polvo y arena. Al enfocar las bolas de papel de plata con la linterna, la luz se reflejaba intensamente en los bordes. Iluminamos los banderines azules mientras la abuela soplaba como si los

agitase el viento.

Cuando nos acercamos a la cama, dije:

—No me lo puedo creer. Un auténtico *sacovago*.

—Sarcófago —me corrigió la abuela—. Bueno, ¿a qué estás esperando? Ve a descubrirlo.

Retiré la manta. Nuestra abuela había colocado un montón de cojines debajo y los había enrollado con tiras cortadas de una sábana blanca.

—Una momia de verdad —declaré.

A modo de cabeza, le puso una de sus sombrereras. Cuando quité la tapa, encontré un tarro de miel en el interior. Al acercarlo a la luz de la linterna de Cisi, exclamamos de admiración y asombro al ver cómo brillaba el color ámbar.

—Has encontrado el tesoro de Egipto —dijo la abuela Asclepia.

Mientras pasaba los dedos por las tiras de algodón, pregunté: —¿Quién es la momia?

—Una mujer poderosa —respondió la abuela—. Una reina de su pueblo. Su perfume es la tierra almizclada. Sus ojos son charcos de dientes de león. Y si le dejas, cantará tu nombre.

Cogió el frasco de miel que yo tenía en la mano y se lo acercó primero a Cisi al oído.

—¿Lo oyes? —preguntó—. ¿Oyes tu nombre?

Cisi escuchó con la boca abierta.

—¿Cisi? —susurró nuestra abuela por el otro lado del tarro—. Cisi. Eres maravillosa. Cisi, eres poderosa. Cisi, eres la guardiana de las mariposas.

—Lo oigo —afirmó Cisi sonriendo—. Oigo a la momia cantando mi nombre.

—Ahora yo —dije, dando saltos.

Nuestra abuela cogió el frasco y lo puso contra mi oreja.

—¿Arc? —cantó—. ¿Me oyes, Arc? Eres increíble. Eres poderosa. Arc, eres la que protegerá a las mujeres de los lobos.

—¿Qué?

La miré.

—Protege a las mujeres de los lobos, Arc.

La abuela Asclepia se desvaneció en la boca abierta del frasco mientras el eco de los gritos de Jueves agrietaba el cristal y derramaba la miel por mis orejas como si fuese sangre.

Cuando los pañuelos azules cayeron del techo a nuestro alrededor, grité con Jueves hasta que Cisi me sacudió por los hombros.

Abrí los ojos y vi que estaba incorporada en la cama.

—Deja de gritar, Arc —dijo—. Todo va bien. Estás en casa.

QUINTA PARTE



Capítulo 22

Una mujer difícil de domar es una mujer fácil de culpar.
Poeta Narciso

—Nunca te fíes de un hombre que tiene la palabra «carretera» en el nombre, Arc. —La voz de mamá sonaba más clara que en años—. Querrá ir muy rápido y te arrastrará con él. Cuando quieras darte cuenta ya no habrá salida posible. Estarás atrapada. Y de nada servirá hacer autoestop. Solo hay flores descompuestas al volante de los demás coches.

Nunca le conté a mi madre que quien nos había atacado a Jueves y a mí había sido el Carreteras. Y sin embargo, ella había vivido suficiente para saber que hay hombres cuya ropa cuelgas de las ventanas de casa y otros que no tienen nada más que ofrecer que la violencia que infligen.

A medida que el invierno volvía su página fría y seca y daba paso a la primavera, pensaba en el cepillo con sus cerdas metálicas. Puntiagudas. Nerviosas. Latiendo con el pulso del infierno. Pensaba en cómo la piel de Jueves colgaba de ellas. Ensangrentada. En carne viva. Desnuda. Los jirones de ella caídos al suelo donde se secarían y se arrugarían, como si su humanidad hubiese sido borrada y ahora evocasen una sensación de extrañeza, como algo sacudido de un árbol, arrastrado desde el bosque por el viento o esparcido como serrín en la fábrica de papel.

Aunque soñaba con Jueves, con ella tocada con una corona de niebla y sudor, no la había visto desde que nuestra sangre empapó las fibras de su moqueta azul claro. No soportaba verla. Sabía que sus padres estaban en su caravana, cuidando de ella desde horas intempestivas hasta medianoche. Esperaba que bastase con eso en ausencia de una amiga.

Hasta que no llovió tres días seguidos y el viejo cuenco abandonado en el jardín se desbordó, no me armé de valor y de una caja. La llevé al asiento delantero de la camioneta seguida de Cisi.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó, mientras levantaba la pierna y estampaba el pie contra el suelo.

A continuación giró el talón de tal manera que el barro húmedo le subió por los lados del pie y se escurrió entre sus dedos. La había visto hacer lo mismo dos veces ese día. Una vez en la cocina. La otra, en su cuarto.

—¿Por qué sigues haciendo eso, Cisi? —le pregunté.

—Estoy aplastando a los bichos —contestó, hundiendo más el talón como si machacase un cuerpo y todas sus patas.

—¿Qué bichos? —pregunté.

—Los animalejos que me pican.

Se dio un manotazo en el antebrazo y acto seguido se sacudió el animal imaginario de la piel.

—Bueno, ¿quieres que te acompañe? —repitió.

—No creo que Jueves quiera que lleves todos esos bichos —dije.

Se pasó el dedo por el dorso de la mano trazando líneas onduladas.

—Ya casi nunca me llevas contigo. Como no tengas cuidado, cerraré el grifo de la poesía, Arc.

— No lo cierres, Cisi. Deja que el chorro siga saliendo.

—Hablo en serio, Arc. —Se quedó mirando, no a mí, sino el cielo que se elevaba encima de nosotras—. Me preocupa que el tiempo nos esté separando. Un día abriré los ojos y tú estarás en la orilla del río mientras yo seguiré en el agua, sola con mi reflejo en la corriente.

Antes de que pudiese decirle que ni una simple onda podría separarnos, la tía Trébol me llamó desde el porche.

—Alguien pregunta por ti al teléfono —dijo.

Mientras Cisi miraba dentro de la caja posada en el asiento de la camioneta, yo volví a casa. Al otro lado de la línea sonó una voz de mujer.

—Tenemos una plaza libre —me informó—. ¿Sigues interesada?

Miré por la ventana cómo Cisi aplastaba más bichos al tiempo que me enroscaba el cordón del teléfono en el dedo.

—Sí —respondí—. ¿Cuándo puedo ir?

—Mañana por la mañana. Si no te presentas, la plaza pasará a otra persona.

—Entendido.

Escuché cómo la mujer me daba instrucciones sobre lo que podía esperar y luego decía: —Hasta mañana.

Colgué despacio y conté los pasos de vuelta junto a Cisi.

—¿Quién era? —quiso saber.

—Ya hablaremos cuando vuelva.

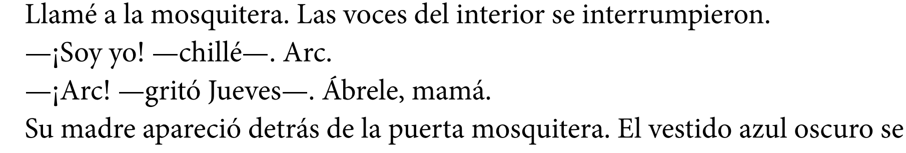
Pensé que volvería a preguntarme si quería que me acompañase, pero se limitó a escribir otra rima en la guantera de la camioneta antes de cerrar la puerta.

Cuando llegué a la caravana de Jueves, oí las voces de sus padres procedentes del interior.

—Si no nos cuentas quién te hizo esto, no podremos ayudarte —estaba diciendo su padre cuando llevé la caja a la puerta principal.

—Tienes que decirnos quién fue —asintió su madre—. La policía lo encerrará.

—Tú no lo entiendes, mamá. —La voz de Jueves sonaba ronca—. Si lo delato, me quitará algo más que la piel de los pies. ¿Vale?



Llamé a la mosquitera. Las voces del interior se interrumpieron.

—¡Soy yo! —chillé—. Arc.

—¡Arc! —gritó Jueves—. Ábrele, mamá.

Su madre apareció detrás de la puerta mosquitera. El vestido azul oscuro se arremolinaba alrededor de sus pantorrillas.

—¿Qué tal estás, Arc? —preguntó, abriéndome la puerta.

Cuando entré, miró el barro de mis pies.

—Perdón. —Salí y me los limpié en el felpudo—. La lluvia ha inundado nuestro jardín.

—No te preocupes por eso, Arc.

Jueves estaba sentada en la butaca reclinable haciéndome señas para que entrase. Tenía los dos pies vendados en alto.

Me los quedé mirando y dije:

—Siento no haber impedido que él te hiciera daño.

—¿Puedes decirnos quién lo hizo? —Su madre me puso las manos en los hombros—. Por favor.

—Basta, mamá. Arc no dirá nada. —Jueves me hizo una mueca—. ¿Verdad, Arc?

—Yo… —Traté de buscar algo que mirar que no fuese el rostro suplicante de su madre—. No me acuerdo. —Bajé la vista a la mancha de sangre que había en la moqueta enfrente de la butaca—. Me dieron fuerte en la cabeza. Solo tengo recuerdos borrosos.

—¿Lo ves, mamá? Te lo dije. —Jueves alargó la mano, me agarró el brazo y me atrajo hacia sí para susurrarme—: No digas ni una puta palabra, Arc.

No hacía falta que ella me lo pidiese. Yo sabía lo que les pasaba a las mujeres que hablaban.

—Oye, mamá. Papá. —Jueves se enderezó—. ¿Por qué no vais a la cocina y preparáis esa tarta de chocolate que ibais a hacer?

Su madre nos miró a las dos.

—Está bien, cielo —concedió finalmente, frotándole a Jueves la barbilla al pasar—. Vamos a hacer la tarta.

—Me alegro de verte, Arc —dijo su padre, aclarándose la garganta mientras seguía a su esposa.

Jueves estiró el cuello hacia la cocina y esperó a oír los sonidos de los platos antes de volverse hacia mí con una sonrisa.

—¿Te duele mucho? —pregunté, señalando los pies.

—Mis gritos se oirían por todo Chillicothe si no tuviera las coronas —contestó—. ¿Y tú? ¿Cómo lo llevas? Te he echado de menos, ¿sabes? Parece que haya pasado un siglo y medio.

—¿Querías verme? —quise saber.

—Pues claro. ¿Por qué has dejado de venir? ¿Te daba miedo que él

volviera?

—Me daba miedo que tú me culparas.

—¿Culparte? Venga ya, Arc, hiciste más de lo que habría hecho yo. Y acabaste con la cara destrozada.

—Pensaba que me odiarías.

—Ven aquí. —Me atrajo hacia ella y me abrazó fuerte—. No te odio. Es a él a quien odio. Por un momento pensé que te había matado. Tardaste mucho en moverte. Creo que él también pensó que te había matado.

—¿Qué hizo? —pregunté.

—Pasó por encima de tu cuerpo y salió por la puerta.

Miró la caja que yo tenía en la mano.

—¿Qué hay ahí?

—Oh. He pensado qué podía traerte para hacerte sentir mejor.

—¿Un regalo?

Cogió la caja y levantó en el acto las solapas. Metió la mano y sacó el pequeño frasco de miel.

—No tenía una sombrerera para meterlo —le dije—. Es donde debería estar.

—¿Miel? —preguntó ella.

—Los tesoros de Egipto.

Posé la mano en el dorso de la suya y acerqué el tarro a la luz del techo para que brillase a través del líquido.

—Es el color del Nilo —expliqué—. El color del brillo de las tumbas. El color de sus piedras preciosas.

—Sí. —Ella sonrió—. Eh, ya lo veo. En el techo ahora hay grabados de pirámides y esfinges.

—Si escuchas atentamente —le indiqué—, puedes oírlo cantar tu nombre.

Cogí el frasco y lo puse contra su oreja.

—No oigo nada —declaró ella.

—¿Jueves? —susurré—. ¿Me oyes? Jueves, eres increíble. Eres poderosa. Eres la soberana de las joyas de turquesas.

Ella rio entre dientes, y yo hice otro tanto.

—Ya sé que es una tontería —dije.

—No, joder, me encanta. —Volvió a coger el tarro entre las manos—. Gracias, Arc. ¿Te quedarás a comer un trozo de tarta? Mamá hace la mejor del mundo. En realidad, la receta es de papá, pero no se lo digas.

—No, tengo que volver a casa —respondí—. Solo quería pasar a ver cómo estabas.

—Ya estoy mejor. —Ella levantó el frasco—. Tengo un trocito de Egipto en el regazo. —Se miró los pies vendados—. Eh, ya soy medio momia, ¿no?

Pasé por encima de las manchas de sangre que llevaban a la puerta y la

cerré despacio tras de mí.

Di una vuelta en la camioneta hasta que anocheció. Una vez en casa, encontré a Cisi en su cuarto, sentada en el borde de la cama. Estaba mirando la colección de ramitas cada vez más numerosa que nuestra tía había pegado a la pared.

—El Carreteras te hizo una cicatriz en el ojo —dijo—. ¿A mí me tendrá que hacer otra?

—Cisi, tengo que hablar contigo de la llamada de teléfono de antes.

—¿No te sientes atrapada, Arc? —preguntó—. ¿Atrapada en esta habitación, en esta casa? A veces tengo la sensación de que nunca saldré de este sitio. De que siempre estaré aquí, sin poder escapar.

—Cisi…

Mi hermana salió corriendo por la puerta. Corrí tras ella por el pasillo y salí al porche. Sus pies llegaron a los escalones primero mientras yo trataba de alcanzarla. Sin saber adónde íbamos y sin intentar detenerla, confié en que corriese a un lugar mejor para las dos. Pasamos por delante de la fábrica de papel y de los hombres con barba reunidos en el exterior que habían salido a fumar un cigarrillo. Corrimos por encima de los cristales rotos de la acera y dejamos atrás las chabolas con sus distintos tonos verdes, azules y marrones desvaídos.

—¿Cisi? ¡Cisi!

Cuando ella se detuvo, yo hice otro tanto, y echamos un vistazo a los columpios y el tiovivo. Me di cuenta de que estábamos en el parque infantil en el que solíamos jugar de niñas. Entonces era viejo, y ahora lo era todavía más. El tiovivo se había ladeado. El balancín se había partido y estaba abandonado en el suelo.

Nos subimos a los columpios sin decir nada y nos balanceamos lo más alto que pudimos; las cadenas nos dejaban pequeñas manchas de óxido en las palmas de las manos y chirriaban con nuestro peso. Había empezado a llover, y las gotitas caían sobre nuestras caras vueltas hacia el cielo.

—Pienso en papá cuando llueve —confesó ella—. Los charcos en el suelo, el desagüe inundado…

—Son nuestro padre —concluí la frase.

Ella se columpió tan alto que estuvo a punto de pasar por encima de la barra superior.

—Cisi —dije—, quiero hablar contigo de la llamada de teléfono.

Ella señaló el suelo junto al tiovivo.

—Hay algo ahí —declaró.

Me bajé del columpio y me acerqué a la comba tirada en el suelo. Me la quedé mirando, y por un momento pensé que podría no ser una comba, sino una serpiente enroscada. La empujé con la puntera embarrada del zapato. Al

ver que la comba no silbaba ni reptaba, la cogí y se la llevé a Cisi.

—Nunca he tenido fuerza en los tobillos para saltar a la comba —comentó ella, columpiándose más despacio.

—Eso no es verdad. —Me sequé la lluvia de los ojos—. Hoy me han llamado de Los Magnolios, Cisi. Tienen plazas libres para nosotras.

—¿Los Magnolios? —Ella arrastró los pies por el suelo y paró el columpio —. ¿El sitio de los espejos?

—Hace tiempo me apunté a la lista de espera —contesté—. ¿Vendrás conmigo?

Ella saltó del columpio y me quitó la comba de las manos.

—¿Crees que puedo dar más de diez saltos? —me preguntó.

—Claro que sí.

Sonrió agarrando fuerte los mangos de madera. Yo me aparté y observé cómo se balanceaba la cuerda y las gotas de lluvia se sacudían con cada pasada, una, dos, tres veces.

—¡Venga! —Aplaudí—. Tú puedes.

Cuando llegó a diez estaba sin aliento.

—Me ha costado, Arc. No sé si puedo hacer más.

—¿Te acuerdas de los jeroglíficos que la abuela Asclepia dibujó aquel año en su habitación el día de su cumpleaños? —pregunté.

—Sí. Pero no sabía lo que decían.

Empleé el dedo para escribir en el columpio sobre la lluvia y dibujé los jeroglíficos que la abuela había hecho sobre la cabecera de su cama.

—¿Qué decían? —quiso saber Cisi.

—Sed valientes como las mujeres que viajan en el último vagón de los trenes. —Me volví hacia ella—. Ven conmigo a Los Magnolios, Cisi.

Ella miró la comba y me preguntó:

—¿Crees que puedo hacer otros diez?

—Puedes hacerlo, Cisi.

Ella balanceó la comba por encima de su cabeza.

—Uno, dos, tres —contó, sonriendo más y más a medida que llegaba a diez, salpicando con los pies en el agua.

No se detuvo y siguió hasta contar veinte. Soltó la comba jadeando y se inclinó apoyando las manos en las rodillas.

—¿Has visto cuántos he hecho?

Me miró.

—Sabía que podías lograrlo —aseguré.

Me cogió la mano. Volvimos juntas a casa, y la lluvia se quedó formando un charco alrededor de la comba.

Capítulo 23

Ilumina la oscura charca que tiene en tinieblas el arca.
Poeta Narciso

A la mañana siguiente saqué punta al lápiz de ojos azul con un cuchillo en la cocina, como siempre han hecho las mujeres de mi familia. Luego se lo apliqué a Cisi en los ojos. Alargué la línea azul hasta las sienes y le añadí unas pequeñas equis a modo de alambre de espino. Como hacía la tía Trébol.

—¿Sabías que los antiguos egipcios hacían delineador de ojos moliendo malaquita y galena con grasa animal? —dije—. Creían que el maquillaje impedía que los espíritus malos entraran en el ojo y corrompieran el alma.

—Seguro que el delineador azul es mejor para cosas así —asintió Cisi—. ¿Por qué azul, Arc?

Sonreí recordando las palabras de la tía Trébol.

—Porque cuando se nos cae la piel —contesté—, el color que hay debajo es azul.

Cerré los ojos mientras ella me trazaba líneas hasta las sienes y ponía las equis con el mismo cuidado que se las había puesto yo a ella.

—La mitad de lo mismo —dije.

—La mitad del mismo baile. —Ella sonrió—. La mitad de la misma casa.

—La misma ala rota. La misma luciérnaga.

—El mismo fuego —dijo ella.

—El mismo poder. —Le apreté la mano—. Es hora de irnos, Cisi.

Ella dejó el delineador y cogió el viejo petate de papá que habíamos llenado con nuestras cosas. Entrelazamos las manos y nos dirigimos a la puerta principal. Nuestra tía estaba sentada en el sofá abanicándose con la tapa de una vieja caja de bombones y viendo la tele. Mientras yo sujetaba la puerta abierta, Cisi se detuvo el tiempo suficiente para preguntar:

—¿En qué parte del mundo estás esta vez, tía Trébol?

Las tres vimos cómo la pantalla del televisor se iluminaba con una toma aérea de una cúpula blanca.

—En el Taj Mahal —respondió—. Es un mausoleo construido para una mujer.

Cogió la lata abollada, con su etiqueta descolorida de crema de maíz, y se la acercó a la boca.

—Mármol blanco y arenisca roja —dijo a través de ella—. ¿Addy? ¿Me oyes? El mausoleo refleja a una mujer en el agua. Escupe, escupe, araña, ¿dónde la escondes, anda? —La tía escupió dentro de la lata—. En el agua.

Dejó la lata sobre su regazo, pero no había terminado de abanicarse con la tapa de la caja de bombones cuando nos miró a Cisi y a mí.

—Mucho lápiz de ojos —comentó antes de lamerse los labios agrietados—. ¿Vas a algún sitio fino, fino, fino?

Desvió poco a poco la mirada por la estancia a la pantalla de televisión.

—Aprovechando que sales —dijo—, acuérdate de darle de comer tu sangre a los lobos para comprarnos coronas. —Habló en voz tan queda que sus palabras sonaron como un gruñido—. Asegúrate de que son de mármol blanco y arenisca roja.

—No volveremos en un tiempo —la avisé.

Ella nos miró otra vez, y su rostro se puso más tirante.

—Nunca he podido fiarme de ti. —Tosió sin taparse la boca y abriéndola mucho—. ¿Adónde te escaqueas?

—A mirar espejos —contesté.

—¿Mirar espe… espe… espejos? —La tía Trébol movió los ojos de un lado a otro—. Yo conozco… Yo conozco ese sitio… —Una amplia sonrisa se dibujó lentamente en sus labios, cuyas grietas sangraban—. Ajá. —Se golpeó un lado de su fina y magullada pierna con la tapa de la caja de bombones antes de coger la lata y hablar por ella una vez más—. Escucha, Addy. Se cree que va a…

Di un portazo a la voz de Trébol.

—No soporto su risa —dijo Cisi—. Suena como si estuviera atascada en el barro.

—Eso es porque nunca está contenta —declaré, alargando la mano a la fina lluvia que caía—. Cuando una mujer como la tía Trébol ríe, tiene que sonar como si estuviera atascada en algo.

Nos volvimos al oír un claxon. El coche naranja chillón de Violeta tomaba bruscamente la curva como si nuestra amiga hubiese conducido por encima de la velocidad permitida todo el camino.

—Gracias por venir —dije, mientras Cisi se deslizaba por el asiento de cuero y se apretujaba entre Violeta y yo.

Puse el seguro de la puerta después de cerrarla, temiendo súbitamente que me diese por abrirla y por correr, lo más rápido que me llevasen mis pies, hacia la aguja más cercana.

—Es un sitio genial —aseguró Violeta, aumentando la velocidad de los limpiaparabrisas mientras nos alejábamos de casa—. No digo que al principio una no esté nerviosa o enfadada o hecha polvo. Pero eso no es nada. Cuando lo superas, te preguntas por qué has tardado tanto en desengancharte. Nunca he vivido en una casa con una araña de luces, pero me imagino que estar

sobria es la misma sensación. Algo bonito y brillante.

—¿Cómo supiste tú cuándo estabas lista? —pregunté, mientras la lluvia resbalaba por el cristal de la ventanilla por la que Cisi miraba—. Lista para dejar esta mierda.

—Iba conduciendo —respondió ella—. Me había puesto una corona y atropellé algo. Paré el coche y bajé. Hacía calor. El cielo estaba gris. La tortuga caimán con la que había chocado todavía se movía. Estaba en una carretera junto al río. La pobre había ido a poner huevos. Tenía el caparazón aplastado. Los huevos se le caían por todas partes. Las tortugas no suelen morirse tan fácilmente, incluso cuando tienen el caparazón tan destrozado que parece que lo estén. Pueden vivir mucho tiempo después, aunque con mucho sufrimiento. Las tortugas son las reinas de la tierra.

—¿Qué hiciste con ella? —quise saber, en medio del silencio en el que Violeta se había sumido.

Ella se aclaró la garganta y dijo:

—La recogí. Le temblaban la cabeza y las patas, pero no paraba de mover los ojos de un lado al otro. Sufrir es terrible. Pero es peor sufrir y estar asustada. Le dije que todo iría bien y la puse ahí detrás.

Cisi y yo nos dimos la vuelta y vimos la sangre que todavía manchaba el cuero del asiento.

—No la he limpiado —confirmó ella—. Quise dejarla como recuerdo.

—¿Adónde la llevaste? —pregunté.

—Estaba tan ida que no encontraba al veterinario. Acabé llevándola a la fábrica de papel. Uno de los chicos que trabajan allí la cogió y la remató. Yo no lo vi. Solo oí el sonido de la pistola cuando me alejaba.

Había dejado de llover, y los limpiaparabrisas rechinaban contra el cristal seco.

—Al mirar hacia atrás, vi un huevo en el asiento —continuó—. Se le debió de caer cuando la sacaron. No estaba aplastado como los demás. No tenía ni una grieta. Volví al río y cavé un agujero poco profundo para ponerlo en él. Me pareció lo mínimo que podía hacer por ella. En ese momento decidí que no quería seguir llevando esa vida.

Se secó las mejillas antes de volverse hacia nosotras.

—Es un sitio genial —repitió.

Sonreímos como si la creyésemos.

Los Magnolios estaba situado a pocos kilómetros de la ciudad. Lo bastante lejos para ocupar varias hectáreas de bosque, a la sombra de abundantes pinos, pero lo bastante cerca para oler el terrible hedor de la fábrica de papel con cada ráfaga de viento.

—Ahí está —anunció Violeta, deslizando las manos por el volante mientras tomaba el desvío.

El edificio principal estaba cubierto de tablillas de madera marrón oscuro como un refugio de montaña. Tenía forma triangular, con el tejado inclinado bordeado de musgo.

—Este sitio se construyó en los cincuenta —nos informó Violeta—. Antes era un campamento de verano, pero desde los ochenta es un centro de desintoxicación.

Abrí despacio la puerta del coche, mientras Cisi me agarraba el brazo.

—Ojalá alguien me hubiera avisado de que hoy iba a hacer viento —dijo cuando bajamos—. Lo habría dejado para otro día. No me gusta que se me meta el pelo en los ojos cuando voy a un sitio donde no he estado nunca.

Yo sabía que si hubiésemos esperado el momento perfecto, o bien estaríamos muertas, nuestras necrológicas escritas por las chicas de la calle, o bien seríamos unas viejas con tierra en los pies que vivían en el cuarto del fondo con nuestra madre y los demás fantasmas.

Nos encaminamos al edificio preguntándonos si nuestra tía tenía razón en lo referente a todos aquellos espejos.

No entres. Vuelve conmigo. Yo te haré sentir bien. Yo eliminaré todo el dolor. Ven, yo seré tu corona. No puedes sobrevivir sin mí. Vivo dentro de ti.

—Algo nos persigue, Arc —advirtió Cisi.

Se pasó la mano por la nunca de la misma forma que hacía nuestra madre, como si tratase de impedir que se le cayese la cabeza.

—Lo que crees que nos sigue se quedará enganchado en el alambre de espino de nuestros ojos —dije.

Cisi me hizo prometerle que todo saldría bien, pero tenía razón. Algo nos perseguía y nos atrapó el primer día del tratamiento de rehabilitación.

No podrás dejarme nunca. Me necesitas. Me necesitas para vivir. Sentirás de todo sin mí. Yo puedo eliminar tu dolor.

La desintoxicación era un monstruo distinto de la gripe que habíamos padecido de niñas. Sí, había náuseas, diarrea, escalofríos y fiebre, pero a todo le habían rociado gasolina y prendido fuego. Abandonada a las llamas, le di al fuego las manos. Él las tomó y pidió más. Le di los pies, las piernas, los brazos. Él los tomó y pidió más. Le di los ojos, los pechos, las costillas, una por una. El dolor las tomó todas y pidió más. Entonces comprendí que una mujer guarda la mayoría de las cosas en el fondo de la garganta. Y esas cosas salen en forma de vómito, gritos y alaridos.

Me perteneces.

El Tártaro. El nombre que los griegos antiguos pusieron a las tinieblas que se agitan bajo la tierra. Se dice que si alguien tiraba una piedra, tardaba nueve días en llegar al Tártaro. Yo tardé menos de uno. Allí me estaba esperando.

Nunca serás libre.

Y sin embargo, cuando las llamas empezaron a remitir, abrí los ojos y



pensé que podría serlo.

Capítulo 24

Aquí el aire es puro y me siento la reina del mundo.
Poeta Narciso

La primavera fue pesada y calurosa, pero estar entre los árboles era agradable. Cisi y yo empezamos a hacer largas caminatas a diario. Cortamos las perneras de los pantalones. Habíamos llevado pantalones cortos, pero transformar unos vaqueros viejos en algo nuevo nos daba la oportunidad de imaginar que no se habían llevado en la acera de enfrente del Blue Hour, o que no se habían deslizado por los asientos de cuero del coche de algún john.

Violeta nos había dado bolígrafo y papel, y escribíamos. Escribíamos a mamá y a la tía Trébol, preguntándonos si leían nuestras cartas o las tiraban sin abrir con las facturas. También escribíamos a nuestra difunta abuela Asclepia. Le contábamos que nos poníamos sus pañuelos como mujeres sin miedo a viajar en el último vagón de los trenes. Y le contábamos que por las noches expulsábamos el aliento caliente al cristal de la ventana y trazábamos círculos alrededor de las estrellas que pensábamos que eran ella.

—¿Sabes que hay una pala en el cobertizo del jardinero, Arc? —me dijo Violeta un día—. No les molestará que la cojas prestada.

Me metí la brocha de maquillaje en el bolsillo trasero y me dirigí al cobertizo.

—Tú vigila, Cisi —le pedí mientras cogía la pala.

Elegí un lugar bajo los pinos. Cavé en la tierra dura levantando la hierba y diciéndole a Cisi que cavaba en las arenas de Egipto.

—No vas a encontrar nada aquí, Arc. —Cisi se tumbó en el suelo mirando al cielo azul—. Los árboles han pecado, y la tierra está caliente. Lo ha reducido todo a polvo.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿qué es esto?

Cogí una piedra plana con los bordes irregulares.

Utilicé la brocha de maquillaje para quitarle el polvo como había visto hacer a los arqueólogos en la tele.

—Es una pipa con una efigie de los adena —le dije.

Cisi se dio la vuelta y se tumbó boca abajo, apoyando la cara en las manos.

—¿De verdad?

Sonrió tamborileando en su mejilla con los dedos.

—Y esto —proseguí, cogiendo una colilla de cigarrillo abandonada—. Esto es la prueba de que hubo gente antes de nosotros. Su civilización debía de estar formada por mujeres que comían ciruelas rojas, criaban conejos blancos y pintaban los graneros de azul.

—En fin. —Ella suspiró—. Espero que esas mujeres sobrevivieran mejor que nosotras.

Se levantó quitándose el polvo de la parte trasera de los pantalones cortos.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Me voy a dar una vuelta —contestó—. Tú sigue cavando, Arc Doggs. Encuentra el caballo de mamá y libéranos a todas.

Se metió las manos en los bolsillos delanteros, dejando los pulgares fuera, y se dedicó a darles vueltas mientras desaparecía entre los pinos. Yo hundí más la hoja de la pala antes de arrodillarme y utilizar las manos.

Me quedé allí un rato más antes de volver a llenar el agujero y dirigirme al cobertizo para dejar la pala en su sitio. Busqué a Cisi, pero no la encontré afuera. De nuevo frente al edificio principal, contemplé su tejado triangular.

—Una forma peculiar para un edificio, ¿no te parece? —Una voz sonó detrás de mí. El tipo de voz que me hizo pensar en algo terroso y caliente.

Cuando me di la vuelta vi a una mujer. Llevaba un conjunto mal combinado de prendas de flores. Un escueto top con estampado de flores moradas de calicó, emparejado con una falda vaquera blanca con las rosas que uno encontraría en un papel pintado. Tenía un flequillo corto que formaba un arco en su frente mientras que el resto del pelo le caía hasta los hombros, los largos mechones prendidos con horquillas detrás de sus orejas desnudas. El único maquillaje que llevaba era colorete. Un tono rosa que hacía juego con las rosas de la falda.

—Sí —asentí—. No he visto muchos edificios con forma de triángulo.

—Un escaleno, para ser exactos. Fíjate en que cada lado es distinto. —Sonrió, apuntó con el dedo y recorrió los lados en el aire—. Los triángulos así se llaman escalenos. Si tuviera al menos dos lados iguales… —formó el número dos con los dedos— se llamaría isósceles. Y si los tres lados fueran iguales, sería un triángulo equilátero. Soy Índigo.

Levantó la mano y agitó los dedos. Tenía unas uñas postizas limadas con las puntas cuadradas.

—Yo soy Arc —anuncié. Y cuando agité los dedos contra los de ella, las dos nos echamos a reír.

—¿Arc? —Su sonrisa se ensanchó—. ¿Arco? Conozco ese nombre. Una curva que une dos puntos.

—¿Perdón?

—Antes corregía libros de matemáticas —confesó, mientras bajábamos las manos—. Leí más de un párrafo sobre los arcos y sus aplicaciones en las

matemáticas, créeme.

Llevaba un sombrero de fieltro que a mí me parecía rojo anaranjado, pero que según ella era del color del fuego desenredado.

—¿El fuego desenredado? —pregunté.

—Es cuando las llamas se acuerdan de cómo ser libres —contestó—. Se acuerdan de que antes eran mujeres.

En la cinta azul intenso del sombrero, llevaba una serie de cosas.

—Esto son raíces —dijo del follaje que todavía tenía tierra seca en algunas zonas—. Las llevo para no olvidar que nací de la tierra. Y esta es mi pluma batiente. —Agitó la larga pluma gris que sobresalía incluso por encima de las vainas de semillas secas—. Perteneció a un pájaro morado. Yo soy la culpable de que ese pájaro volara demasiado alto, así que me pareció que como mínimo debía guardar la pluma.

—Pero si perteneció a un pájaro morado, ¿no debería ser morada? —le consulté.

—Ya —dijo ella—. Por eso es un misterio tan grande. —Rio un poco más —. La mayoría de la gente piensa que soy un poco rara. Pero me da la impresión de que tú también lo eres.

Alargó la mano hacia mi labio inferior, rozándolo con las puntas de los dedos.

—¿Siempre te pintas solo la mitad de la boca? —preguntó.

—Soy la mitad de lo mismo —dije.

—¿El mismo qué?

—Cosas distintas dependiendo del momento. A veces soy la mitad del mismo fantasma, de la misma ruina, del mismo perro salvaje.

—Cómo molas —afirmó—. Parece que hables un idioma desaparecido. Yo hablo tres. —Levantó tres dedos antes de bajarlos todos menos uno—. ¿Es la primera vez que entras en desintoxicación?

—¿Y tú? —pregunté.

Ella negó con la cabeza y respondió:

—Mi madre solía decir que yo era como nuestra vieja camioneta. Necesitaba arrancar varias veces para ponerme en marcha. Esta vez voy a conseguirlo. Tengo esa corazonada.

—¿Qué se siente?

—Como si fueras una mariposa chocando contra el cristal de un tarro. —Ella ladeó la cabeza y me miró largamente a los ojos—. Supongo que te lo dicen continuamente, pero tienes unos ojos increíbles.

Nos volvimos al oír el sonido de una desbrozadora. El tipo que la manejaba se hallaba de espaldas a nosotras cortando los nuevos brotes de dientes de león que habían crecido alrededor de los cimientos del edificio.

—Ese es Theresa —dijo Índigo por encima del sonido mientras entrelazaba

su brazo con el mío—. Se encarga del jardín.

El hombre se dio la vuelta siguiendo los brotes de dientes de león. Tenía la coronilla calva y llevaba el pelo recogido en una coleta baja. Había cambiado de gafas desde la última vez que lo había visto. Ahora llevaba unas de aviador plateadas que tenían tendencia a resbalar por una nariz que conservaba la misma forma ganchuda.

—Eh. —Índigo me sujetó el brazo—. Estás temblando. ¿Va todo bien?

El hombre todavía tenía los ojos en el suelo, que inspeccionaba para asegurarse de que estaba bien arreglado. Cuando por fin alzó la vista, vio primero a Índigo.

—Hola. —Apagó el motor de la desbrozadora—. Hace calor para ser primavera.

Se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó por la frente en un movimiento amplio. Entonces reparó en mí. Frunció el ceño y se ajustó las gafas.

—Reconocería esos ojos en cualquier parte —dijo—. Arc Doggs.

—¿Sois viejos amigos? —quiso saber Índigo.

—Él… —Hice una pausa viendo que él bajaba la vista, tal vez por miedo a que yo sacase a relucir por qué su coche tenía una abolladura—. Trabajaba en el sitio en el que mi hermana y yo nadábamos de niñas.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo.

Le miré el calzado. Los zapatos de ante habían desaparecido, sustituidos por unas zapatillas de lona blanca con cordones rojos atados con un nudo doble.

—Me alegro de volver a verte. —Empezó a abrir los brazos para darme un abrazo, pero cambió de opinión. Prefirió estrecharme la mano, y me preguntó:

—Entonces, ¿has ingresado en Los Magnolios?

—Sí —respondí.

—Eso significa…

—Sí.

—Vaya… —se aclaró la garganta—. Siento saber que tu vida te ha traído hasta aquí.

Índigo lo miró y acto seguido me miró a mí.

—¿Por qué no os ponéis al día de vuestras cosas? —Desentrelazó su brazo del mío—. De todas formas, yo tengo que seguir estudiando el viento.

Cuando Índigo se alejó, él señaló una mesa para pícnic situada bajo los pinos.

—Podemos sentarnos allí —propuso.

Por el camino, se quitó las gafas para secarse el sudor de los ojos.

—Me alegro mucho de verte —volvió a decir—. ¿Cómo está Cisi?

—Bien —contesté, quitando el polvo del asiento antes de sentarme a su lado—. Pensamos que no volveríamos a verte cuando te fuiste del Gran Gris.

—Estuve a punto de desaparecer.

Volvió a ponerse las gafas.

—¿Adónde fuiste después de la noche que te marchaste? —pregunté.

—Pasé un tiempo borracho. Perdía el conocimiento y me despertaba en sitios a los que no recordaba cómo había llegado. Luego me detuvieron y estuve en la cárcel mucho tiempo. Ahí es cuando decidí dar un giro a mi vida.

—¿Por qué te detuvieron? —quise saber.

Él se subió las gafas con el dedo corazón antes de levantar la vista al sol entornando los ojos.

—Por algo que ojalá nunca hubiera pasado. Pero ya basta de eso… —dijo, aclarándose la garganta, y añadió—: Nunca pensé que te volvería a ver en un sitio como este.

Volvió a bajar la vista del sol y a fijarla en mis ojos.

—Nunca pensé que necesitarías un sitio como este —aclaró—. Pensé que estarías trabajando para algún museo. Desenterrando cerámica de color azul y cruces rotas.

—Sí, bueno, la vida siguió otro curso. —Me mordí las uñas y saboreé la tierra escondida debajo de ellas antes de añadir—: Índigo ha dicho que ahora te llamas Theresa.

—Después de dejar el alcohol, decidí usar mi segundo nombre —explicó él —. Es el de mi madre. Pero puedes llamarme John Theresa, si lo prefieres. Como somos viejos amigos…

En la palma de la mano tenía el tatuaje de una mariposa.

—Me lo hice hace años —dijo, viendo que yo lo miraba.

—¿Por qué te lo hiciste en la palma?

—Me gusta saber que puedo tener algo muy frágil en la mano y no aplastarlo. —Cerró el puño—. Por muy fuerte que aprieto —Lo hizo hasta que le sobresalieron las venas del dorso de la mano—, la mariposa no sufre ningún daño.

Abrió la mano, con la palma plana. Vi que en lugar de dos antenas, la mariposa tenía cinco.

—¿Por qué tantas? —quise saber.

—Ah. —Él se tapó rápido la mano con la otra—. Llevo la cuenta de una cosa. Eh, quiero enseñarte algo.

Se levantó del banco y avanzó por el campo hasta una pequeña cabaña apartada. Había macetas con plantas en el porche y sábanas secándose en un tendedero.

—Bienvenida a mi casa —anunció, abriendo la puerta mosquitera y sujetándola con una piedra—. Aquí se alojaban monitores antiguamente, cuando esto era un campamento. Ahora es la cabaña del jardinero.

Solo había una habitación, sin espacios divididos. La cocina conectaba con

la sala de estar, y la sala de estar con el dormitorio. Supuse que la única puerta cerrada que veía era la del cuarto de baño. A pesar de lo bien cuidado que mantenía el jardín, en la casa había ropa por el suelo y la cama estaba sin hacer, aunque parecía que pasaba la mayoría de las noches en el sofá, pues la tele estaba a escasos centímetros de sus cojines. Cuando se había instalado allí, probablemente se había planteado pintar el lugar. Las muestras de color amarillo y azul claro todavía se veían en las paredes de madera. El único espacio ordenado de la mesa estaba dedicado a unos botes llenos de agua turbia.

—¿Para qué son? —Me incliné hacia los tarros. Vi que dentro había cosas hundidas y también flotando, pero antes de poder distinguir lo que eran, él cogió una de las camisas del suelo y tapó los botes con ellas.

—No es nada —aseguró—. Lo que te quería enseñar era esto.

Estiró el brazo para coger un estuche de violín situado encima de la nevera. Mientras lo hacía, me fijé en las botas de lluvia que había junto a la puerta trasera, con las suelas llenas de arena y barro, que todavía no se había endurecido. Él me vio mirando las botas y las empujó hacia atrás antes de llevar el estuche de plástico barato a la mesa de la cocina. Tuvo que mover algunos platos sucios para hacer sitio. No era como el estuche con forro de terciopelo que tenía antes. Ni el violín que había dentro era tan caro.

—He vuelto a tocar. —Se puso el violín bajo la barbilla—. ¿Qué te apetece oír?

Empecé a abrir la boca, pero él dijo:

—Espera, ya lo sé.

Mientras las notas de *Amazing Grace* resonaban en la cabaña, volví a echar un vistazo a las botas llenas de barro que había junto a la puerta, preguntándome con qué frecuencia bajaba al río.

Capítulo 25

Busca el reposo en este nido hermoso.
Poeta Narciso

Las paredes eran beis y las sillas plegables, de metal con asientos acolchados planos. Mientras las arrastrábamos para formar un círculo con ellas, Cisi se quejó de lo secos que tenía los codos. No se quejaba solo de sus codos. Como la mayoría de las chicas, detestábamos las sesiones de grupo. Todas repantigadas en las sillas, cruzadas de brazos, confiábamos en estar lo bastante cómodas para recorrer los kilómetros de nuestras vidas en voz alta y con bastante detenimiento para dar respuesta a las preguntas de los consejeros.

El día que Jueves entró cantando *Girls just wanna have fun*, una de las chicas estaba hablando de una habitación pintada de azul. No llegó al meollo de esa habitación ni al motivo por el que la odiaba tanto. Jueves había acaparado la atención de todas. Yo había pensado que la próxima vez que la viese iría cojeando, pero no se movía peor que una mujer que se hubiese quemado las plantas de los pies al sol.

Jueves todavía no había reparado en Cisi ni en mí. Estaba mirando al resto de la sala como un gato que acaba de entrar en una casa. Normalmente llevaba ropa ajustada, y las camisas se le subían. Esta vez la blusa holgada que llevaba le llegaba a las rodillas, por encima de unos vaqueros anchos con agujeros en las rodillas. Alrededor de los agujeros, había escrito con rotulador negro: *Los he hecho yo, perracas*.

—Siéntate, por favor —dijo la consejera—. Y bienvenida.

Cisi saludó a Jueves con los dos brazos, y por fin captó su atención. Jueves cogió una silla vacía apoyada contra la pared y la arrastró por el suelo hasta donde estábamos nosotras con un chirrido estrepitoso.

—Vas a tener que correrte, culo de búfalo —le pidió a la chica sentada a mi lado, que puso los ojos en blanco pero cogió su silla y la llevó al otro lado del círculo.

—¡Qué alegría verte, joder! —exclamó Jueves después de dejarse caer en la silla—. Acabo de salir de desintoxicación —añadió, sacando la lengua.

—A lo mejor te apetece contárselo a todo el grupo.

Nos volvimos hacia la voz de la consejera y vimos que los ojos de todas estaban posados en nosotras.

—Claro. —Jueves se cruzó de piernas—. ¿Qué quiere saber? ¿Cómo empezó mi historia?

—Todo el mundo tiene una —dijo la consejera.

—Servidora, no. —Jueves negó con la cabeza—. La mía se lavó hace mucho. La puse a secar. El viento se la llevó. El río se desbordó. No la he visto una mierda desde entonces.

Mientras Jueves hablaba, la consejera daba golpecitos con el bolígrafo contra su bloc. Unas cuantas chicas sonrieron. Algunas fruncieron el entrecejo y apretaron la mandíbula más fuerte que antes. Otras miraban por la ventana, ajenas a lo que sucedía dentro. Pero Cisi rio, y cuando la sesión terminó por fin, Jueves nos cogió de la mano y nos arrastró hasta los dónuts que había en la mesa.

—No pensaba que fueras a venir a este sitio —dije mientras ella elegía una rosquilla alargada espolvoreada con azúcar a la que hincarle el diente.

—Yo tampoco. —Tosió y expulsó el azúcar—. Pero pasó algo que me dio el empujón. Mmm.

Dio otro bocado al dónut.

—Deliciosos, ¿a que sí? Los ha preparado Violeta —la informé—. Está bien tenerla cerca.

Jueves se metió el resto del dónut en la boca antes de encabezar la carrera por el pasillo hasta la parte trasera, donde estaba la cocina. Vimos a Violeta frente a la encimera, abriendo una lata de melocotones. Jueves la llamó a gritos y se dirigió a ella dando saltos.

—¡Se te ve contenta!

Violeta se puso a reír mientras Jueves la abrazaba y se limpiaba el azúcar con la manga de su amiga.

—Si no aparento que lo estoy, no puedo estarlo, ¿a que no, Ojos de Mariposa? —Jueves metió el dedo en el cuenco de crema que había en la encimera—. ¿Estás ocupada ahora mismo? Podríamos ir al río como en los viejos tiempos. Bueno. —Puso los ojos en blanco—. Como en los viejos tiempos, pero sin las coronas. ¿Y si pillamos un poco de esta crema y nos largamos de aquí?

Violeta cogió una bolsa de la cocina y recolectó algunos dulces junto con unos briks de leche fríos de la cafetería. Al pasar por delante de las habitaciones vacías, Jueves se puso la mano en la barriga, y salimos a la luz.

Cuando llegamos a las mesas para pícnic situadas bajo los árboles, vi a Índigo leyendo un libro, las piernas apoyadas en el banco y el sombrero posado en la rodilla.

—¡Eh! —le grité—. ¿Quieres venir con nosotras? Vamos al río.

Ella miró la bolsa que Jueves agitaba de un lado a otro.

—Tenemos crema y montones de cosas que engordan para comer —

ofreció Jueves sonriendo.

Índigo se puso el sombrero en la cabeza y preguntó:

—¿En el río habrá piedras para hacerlas saltar?

—Claro —contesté.

—¿Y habrá animales salvajes por el camino? —preguntó.

—Aquí mismo puedes ver uno. —Jueves me agarró la coleta y la levantó por encima de mi cabeza mientras gruñía y jadeaba. Cisi se rio mientras yo le ponía los ojos en blanco.

—En ese caso, contad conmigo.

Índigo cerró el libro y se lo metió debajo del brazo mientras se acercaba.

Cuando encontramos un sendero entre los árboles, Jueves nos puso al corriente de las novedades de la calle.

—Una chica desapareció y todas se asustaron mucho —dijo—. Pensaban que ellas serían el próximo cadáver que flotara por el río o algo por el estilo. Pero al cabo de unos días, la chica apareció. Había estado en Columbus, poniéndose ciega. Esos rumores son como un catarro. Alguien desaparece y está ausente hasta que deja de estarlo. Qué narices, probablemente haya rumores sobre nosotras. Los habrán esparcido las que no saben que estamos aquí, en Los Magnolios. —Dio una patada a la tierra que tenía delante—. Eh, Violeta. ¿Por qué este sitio se llama Los Magnolios, por cierto?

—Supongo que porque en la zona hay muchos magnolios plantados —dijo Violeta.

—¿Alguien sabe un motivo mejor? —Jueves puso los ojos en blanco—. Por favor, chicas.

—Los magnolios son árboles antiquísimos de hoja perenne —intervine—. Por eso son los guardianes de las historias antiguas. A lo mejor por eso hay aquí. Este sitio tiene que estar lleno de ecos de contadores de historias.

—¿Sabíais que las hojas y las agujas de un árbol de hoja perenne contienen una combinación de nitrógeno y carbono? —dijo Índigo—. Un cóctel de química orgánica que hace más difícil que los árboles normales crezcan a su alrededor, porque cuando las hojas o las agujas de un árbol de hoja perenne caen y fertilizan el suelo, la tierra se prepara para que crezca un árbol de hoja perenne. De todos los árboles del mundo (el enorme roble, el fuerte sicomoro, el valioso nogal), el de hoja perenne es el que crece más alto y más fuerte, destacando en el horizonte como un gigante de otra época.

—Vaya, es… fascinante.

Jueves se subió a la espalda de Violeta. Mientras Violeta se quejaba de que pesaba demasiado para llevarla, yo le dije a Índigo: —En realidad, yo no llamo a este sitio Los Magnolios.

—¿Ah, no? —preguntó ella mientras Cisi escuchaba—. ¿Cómo lo llamas?

—Los Espejos —contesté.

Cisi me miró antes de adelantarse para acompañar a Jueves y a Violeta.

—¿Por qué lo llamas así? —quiso saber Índigo.

—Porque muestra nuestros reflejos. Quiénes hemos sido, quiénes somos, quiénes podemos ser algún día. Pero sobre todo, muestra el reflejo de cómo eres cuando huyes de casa. —Bajé la vista y di una patada a la grava—. Nunca te he visto por Chillicothe.

—Eso es porque no soy de aquí. Estaba en Columbus. Me había apuntado a las listas de espera de varios centros de desintoxicación, y Los Magnolios fue el primero en el que tuvieron una plaza libre. Pero me alegro de haber venido aquí. —Sonrió—. O no habría sabido de los ecos de los contadores de historias. ¿Qué más cosas sabes, Arc? La curva entre dos puntos.

Señalé las piedrecitas esparcidas al pie de uno de los árboles.

—¿Qué es eso? —susurró ella mientras las demás desaparecían.

—Mi abuela siempre decía que cinco piedras juntas son las uñas de las viejas —respondí—. Aquí es donde los pájaros celebran su consejo.

—¿Ah, sí? —Ella se agachó y pasó los dedos por encima de las piedras—. ¿Donde hablan sobre volar? ¿Y sobre plumas? ¿Y sobre cómo salen las lombrices cuando llueve?

—Eso es.

—A partir de ahora siempre buscaré las uñas de las viejas —prometió, levantándose.

Entrelazamos los brazos y avanzamos corriendo, mientras la luz del sol nos daba en la cara a través de las ramas. No habíamos estado en ese lado del río, de modo que nos resultó al mismo tiempo familiar y extraño cuando buscamos un sitio en la orilla de arena hasta que encontramos uno junto a una roca grande que sobresalía por encima del agua.

Jueves ya había dejado la bolsa de dónuts y se había estirado, bostezando, antes de robarle el libro de debajo del brazo a Índigo.

—La geometría analítica comparada con el álgebra —leyó Jueves en la contraportada—. Permite calcular ecuaciones…

Una flor seca cayó al suelo.

—¿Un secreto?

Jueves sonrió y la recogió.

—La verdad es que no —contestó Índigo—. Me gusta prensar las flores antes de que se caigan por la esquina.

—¿Qué esquina? —pregunté.

—La esquina del mundo —respondió ella—. Eso es un algodoncillo, una asclepia.—Observó cómo Jueves daba vueltas al tallo aplanado entre los dedos.

—¿Algodoncillo? —Jueves la miró.

—La mariposa monarca pone huevos en él —dije, recordando los lunares del cuello de mi abuela.

Cisi me estaba mirando fijamente, así que dejé a Índigo y me senté al lado de mi hermana.

—Es una flor muy importante —aseguró Índigo mientras Jueves le tendía el libro y el algodoncillo, pero Índigo solo cogió el libro.

—Quédate el algodoncillo —le dijo a Jueves—. Es un regalo. Además, tengo muchas más cosas silvestres prensadas y guardadas. Hojeó el libro y nos enseñó una colección de hierbas canas, helechos, dientes de león y otras cosas llamativas que crecen a nuestros pies.

—Gracias.

Jueves saludó a Índigo con el algodoncillo antes de que se sentasen una al lado de la otra.

—Me gustan tus pulseras —comentó Índigo, mirando las numerosas joyas que Jueves llevaba en la muñeca.

—Las hago yo —anunció Jueves—. ¿Cuál te gusta más?

Índigo inspeccionó cada pulsera, echó un vistazo rápido a las rojas y las naranjas, hasta llegar a la azul de la que colgaban cuentas en forma de flores.

—Esa —dijo.

—Pues quédatela —declaró Jueves, quitándosela de la muñeca y poniéndosela a Índigo—. Una pulsera a cambio de un algodoncillo.

Las cuentas repiquetearon cuando Índigo giró la mano para que Jueves pudiese cerrar el broche.

—Se hizo para ti —aseguró Jueves mientras Índigo levantaba el brazo y el sol se reflejaba en las caras transparentes de las cuentas—. Son zafiros estrella y topacios azules.

—Son preciosos —observó Índigo mientras Jueves se recostaba en la orilla, poniéndose el algodoncillo sobre la barriga.

Escuchamos a los pájaros del bosque a nuestro alrededor y el tenue ondear del río sobre las piedras. Cuando yo empecé a cavar en el lodo, Índigo soltó una risita y dijo: —Eres una *mudlark*.

—¿Una qué? —pregunté.

—Una *mudlark* —respondió—. Buscas tesoros en el barro del río.

—Oh, Arc siempre está buscando algo en el suelo. —Jueves suspiró—. Sobre todo en el río.

—Qué ancho parece, ¿verdad? —comentó Violeta suspirando, mientras miraba el agua.

—Se puede medir usando la trigonometría —nos informó Índigo.

—¿Trigonometría? —preguntó Cisi.

—Es como se mide un río demasiado grande para que alguien lo cruce. O una montaña demasiado alta para que alguien la escale.

—Pues mide el puto río —la instó Jueves, apoyándose en los codos.

Pero cuando Índigo empezó a decir números y ecuaciones, Jueves se quejó.

—No pensaba que acabaría volviendo a clase de mates —dijo.

—No me has dejado terminar. —Índigo sacudió la pulsera—. La verdadera ecuación es una gota de agua más nueve piedras dividido por cien granos de arena menos…

—Una pisada —tercié— dividido por una nadadora.

—Multiplicado por las horas del día.

Índigo se incorporó sentada sobre los talones para volverse hacia mí.

—Es igual a la anchura de la superficie de la Tierra.

Me giré hacia ella.

—¿Igual a la superficie de la Tierra? —Índigo hizo una pedorreta—. Entonces ya estamos ahogadas.

—Es un bonito sitio en el que estar ahogadas —observó Violeta, flexionando las rodillas y rodeándolas con los brazos—. Tengo que traer a Hierba aquí algún día. A ella le encantaría esto.

Cuando Violeta dijo que Hierba había empezado a jugar a *softball* en verano, la mirada de Jueves se perdió en el río. Me fijé en que se mordía el labio. Como siempre hacía cuando algo le preocupaba.

—¿Qué pasa, Jueves? —le pregunté.

—Nada —respondió ella encogiéndose de hombros.

Todas la miramos hasta que puso los ojos en blanco y dijo:

—Vale, tengo que contaros una cosa, chicas. La razón por la que he decidido desengancharme. Alguien me va a llamar mamá pronto, parece imposible, ¿verdad? Se puso la mano en el vientre, con el algodoncillo entre la palma de la mano y la camiseta.

—¿¡Estás embarazada!?

Violeta se dio la vuelta bruscamente hacia ella.

—Me planteé no traerla a este mundo —respondió Jueves—. Viendo toda la oscuridad que hay. Pero no podía parar de preguntarme de qué color tendría los ojos. Estaba deseando saberlo.

—¿Es niña? —le preguntó Violeta.

—Bueno, todavía no me lo han dicho —contestó Jueves—, pero creo que tengo una ligera idea.

Violeta se levantó, se sentó junto a Jueves y le pasó el brazo por el hombro.

—No seas como yo, Jueves —dijo—. No dejes que crezca sin ti.

—¿Has elegido ya el nombre? —quiso saber Índigo.

Jueves se rozó el vientre con el algodoncillo y dijo:

—Estaba pensando llamarla Águila.

—¿Águila? —Índigo sonrió—. ¿Por qué ese nombre?

—Porque las águilas están a salvo de los cazadores —explicó Jueves—. Así tiene menos posibilidades de acabar en la lista de especies en peligro de extinción.

—Qué bonito —comentó Violeta.

—Sí. —Jueves cerró los ojos apretándolos.

—¿Qué pasa? —preguntó Cisi.

—No sé quién cojones es él —dijo Jueves en voz queda.

—¿Quién? —la alentó Violeta.

—El padre. —Jueves giró la cara y la ocultó en el hombro de Violeta—. Pudo ser cualquiera. ¿Qué narices le voy a contar cuando tenga edad para preguntarlo? ¿Oh, tu mami era puta y tu padre era una cartera con dinero, unos vaqueros sucios y un aliento apestoso?

El débil llanto de Jueves quedó amortiguado por las palmaditas que Violeta le daba en la espalda. Entretanto, Cisi se miraba los pies, hundiendo los dedos en la tierra. Índigo se contemplaba la pulsera, moviendo los labios en silencio como si repitiese la pregunta de Jueves.

—Yo sé quién es —afirmé.

Cisi se volvió hacia mí, pero antes de que ella pudiese preguntar quién era, dije: —Es ese chico. Lo conoces, Jueves.

Ella se sonó la nariz y preguntó:

—¿Quién?

—Tiene el pelo castaño —respondí—. Tiene los ojos verdes como esmeraldas. Bien vestido, con zafiros como botones. Huele como el polvo de la luna y es tan alto que siempre lo encuentras sin problema entre la gente. Será por eso que puede contar todos los planetas del sistema solar por orden alfabético. Y ha mirado por todos los telescopios del mundo, pero no ha encontrado nada más bonito que tú.

—Yo conozco a ese chico —dijo Violeta—. Es dulce como el azúcar.

—Seguro que el jueves es su día favorito de la semana —añadió Índigo.

Jueves se tapó la boca, sonriendo tras la mano, mientras los anillos que se había hecho brillaban con sus piedras de plástico.

—Os quiero mogollón, chicas.

Nos abrazó a todas y rodamos por la orilla hasta que caímos sobre la bolsa y aplastamos las galletas y los dónuts que contenía.

—No pasa nada —declaró Violeta, levantándose—. Los peces estarán encantados de comerse nuestras sobras.

Cogió la bolsa y canturreó mientras metía la mano.

—Cuando era niña —dijo, haciendo pedazos los dónuts y lanzándolos al agua— el predicador pasaba al lado de nuestra casa con su rebaño camino del río. Una vez los seguí y vi cómo les mojaba las cabezas en el agua. Al principio pensé que estaba atacándolos y le grité que parara. Que dejara de ahogarlos. Pero entonces alguien del grupo me dijo que no había peligro. Solo era un bautismo. —Violeta dejó la bolsa y se puso de pie mirando al agua—. ¿Por qué no hacemos eso?

—¿Hacer qué? —preguntó Jueves.

—Bautizarnos.

Violeta se dio la vuelta hacia nosotras.

—Yo no soy bautista —repuso Índigo.

—No hace falta que lo seas. —Violeta ya se estaba descalzando—. No lo haríamos por una religión ni por un predicador ni por ninguna otra persona. Lo haríamos por nosotras.

Violeta se metió en el agua y nos salpicó hasta que todas reímos.

—¿Qué decís? —nos preguntó.

—No sé —respondió Jueves—. O sea, ¿merece realmente la pena que nos mojemos el pelo? ¿Tú qué opinas, Arc?

—Bueno, mi abuela diría que sí, que por supuesto que vale la pena. —Sonreí—. Siempre nos contaba que el agua estaba llena de ángeles infinitos. Nos decía a Cisi y a mí que cada vez que nos metiéramos en ella, los ángeles nos devolverían.

—¿Que os devolverían adónde? —quiso saber Jueves.

—Adonde tuviéramos que estar —contesté.

Jueves se levantó y se quitó los zapatos ayudándose con el pie. Todas pensábamos que contaría un chiste. Como mínimo, que se llevaría la mano a la boca como si fuese un micrófono y cantaría una balada a pleno pulmón. En cambio, se quitó la camiseta y los vaqueros. Después de quedarse en sostén y bragas, se metió en el río, con la barriga abultada ahora visible. El agua marrón le salpicó las finas pantorrillas y las estrellas allí tatuadas hasta que se sumergieron. Violeta la siguió con los vaqueros remangados.

—¿Qué coño tengo que hacer exactamente? —preguntó Jueves mientras Violeta le ponía la mano en la región lumbar.

—Confía en mí —dijo Violeta.

Jueves respiró hondo y dejó que Violeta la tendiese con cuidado en el río hasta que su cabeza desapareció bajo el agua. Cuando volvió a salir, escupió un chorro a Violeta a la cara y dijo: —Me ha entrado por la nariz.

Violeta rompió a reír mientras Jueves la abrazaba.

—Gracias, viejo ogro. —Jueves metió a Violeta con ella en el agua hasta que las dos estuvieron riendo, agitando los brazos y formando ondas a su alrededor.

Índigo fue la siguiente.

—¿Por qué no probarlo? —dijo—. Ángeles infinitos, allá voy.

Se metió corriendo en el agua salpicando como una manada de animales.

—Intento espantar a los peces para que no se me metan en los oídos y me conviertan en mar —explicó.

Se tapó fuerte la nariz mientras Violeta la sumergía en el agua. Cuando salió a la superficie, sacudió la cabeza como un perro.

—Puedes ir tú después —le dije a Cisi mientras Índigo y Jueves, una a cada lado de Violeta, la inclinaban hacia atrás en el agua.

—No… —Cisi negó con la cabeza y retrocedió por la orilla—. No quiero hacerlo, Arc. Tengo miedo de no salir si me meto en el agua de espaldas.

—¿Estás segura? —pregunté.

—Sí. —asintió ella con la cabeza—. Ve tú. Hazlo por las dos.

Me levanté y hundí los pies descalzos en el lodo con cada paso que daba por el agua mientras Índigo y Jueves volvían a levantar a Violeta.

—Está fría —dije, temblando conforme el agua me subía cada vez más hasta las caderas.

—Bueno, mi madre siempre decía que la sangre se limpia con agua fría —recordó Jueves—. Seguramente con los pecados pasa lo mismo.

Fue Índigo quien se me acercó y me puso el brazo por detrás de la espalda.

—¿Preparada —preguntó—, curva que une dos líneas rectas?

Miré a Cisi por última vez en la orilla antes de alzar la vista al pájaro que volaba en lo alto mientras Índigo me recostaba con cuidado en el agua. Mantuve los ojos abiertos hasta que el ave desapareció y el río me inundó las pupilas. Por un instante, el mundo no fue más que una superficie ondulada y la mano de una mujer en mi espalda.

Me sumí en los pensamientos compartidos con el agua. Evoqué colores vivos. Amarillo. Como las cortinas. Azul como un pañuelo. Cósmica como una diosa flotando. Hace falta fuerza para aguantar la respiración. Para dejarte llevar por lo elemental. Para permitirte no decir nada. Me puse el agua como me pondría una camisa vieja. Algo que me retrotrajo a cuando era una niña, sentada a la mesa con mi madre y mi padre. Saber que el cinturón de él estaba en sus pantalones y que seguiría allí. Saber que los ojos de ella estaban abiertos y que siempre lo estarían. Que nada iría a por Cisi ni a por mí a nuestro cuarto de noche. Que todas nuestras venas estaban llenas de sangre y nada más.

Toqué el agua con las manos desnudas, y el río me tocó con las suyas. Quería dejar mi antigua vida atrás con la facilidad con que una deja una taza en la encimera y se va. Le pregunté al río si eso era posible. Y dijo de todo menos las palabras «sí» y «no». El río era una amiga, una hermana, una otra que se convirtió en mí misma. Entonces supe que nuestra migración estaba ligada a la migración de las ondas.

Cuando me levanté, el pájaro había desaparecido, pero mis amigas seguían allí. Volvimos a la orilla y nos escurrimos el pelo una tras otra. Yo me escurrí el mío encima de la cabeza de Cisi hasta que ella rio. Luego nos quedamos sentadas en silencio, secándonos al sol mientras la superficie del agua formaba ondas agitada por la brisa y se llevaba la pulsera que a Índigo se le había escapado de la muñeca y que se alejaba flotando, siguiendo el camino largo de vuelta a casa.

Capítulo 26

Parece que duran mil años las miserias de antaño.
Poeta Narciso

Las cinco solíamos volver a aquel sitio del río y hablábamos de los escarabajos de la primavera o del sarpullido que a Índigo le había salido en la cara interna de la muñeca.

—Hiedra venenosa —dijo suspirando—. O eso o son piedras preciosas rojas, ¿verdad, Jueves?

Índigo había ayudado a John Theresa a arrancar unas ramas de uno de los parterres de Los Magnolios. Parecía que él siempre anduviese cerca de nosotras. Cuando no estaba arrancando o cortando malas hierbas, solía estar a poca distancia, con el cortasetos o la pala en la mano, aunque no siempre había un seto que cortar ni un agujero que cavar.

—¿Te has fijado en lo mucho que fuma ahora? —preguntó Cisi.

—Cuando dejas un vicio, normalmente empiezas con otro —comenté yo —. Por lo menos no ha vuelto a beber.

—Pero a veces solo finge que poda arbustos —susurró ella.

—¿Qué quieres decir?

—Que a veces se dedica a escucharnos. Otras veces se nos queda mirando a los ojos, Arc, así sin más. Como si buscara algo escondido en ellos.

Podría haberle dicho a Cisi que eran imaginaciones suyas, pero yo también había visto a John Theresa de pie ante los arbustos, partiendo el aire con la desbrozadora por encima de las hojas, viendo cómo Jueves fabricaba un nuevo telescopio con un rollo de papel higiénico o cómo Índigo se ponía lápiz de labios en los dientes torcidos para hacernos reír.

—A lo mejor nos está estudiando para dibujarnos —aventuró Índigo cuando se lo conté.

—Él no dibuja —dije.

—Entonces, ¿qué hace? —quiso saber.

—La verdad es que ya no lo conozco tanto —contesté—. Pero sé lo que hacía antes.

—¿Y qué hacía?

—Bebía —respondí.

Yo lo observaba esperando a que introdujese la mano en el bolsillo y sacase

una petaca u otra botella azul con la que sustituir la que había roto hacía tantos años. Pero si tenía guardado alcohol en algún sitio, no era en el bolsillo.

—A lo mejor lo tiene en la cabaña —propuso Cisi—. A lo mejor esconde sus secretos allí.

Aguardé al miércoles por la tarde. Era cuando él iba comprar a la ciudad. Mientras Cisi se tumbaba en una manta al sol, yo fui a la cabaña de Theresa. La puerta mosquitera estaba cerrada pero no tenía el pestillo echado. La abrí sin hacer sonar el fuerte chirrido de sus bisagras.

Olía a humo de cigarrillo y a algo quemado.

—¿Qué haces aquí, Arc?

Al principio no lo vi, sentado en su mesa de la cocina, detrás del montón de platos. Había despejado un hueco para colocar un vaso delante de él.

—Me alegro de encontrarte en casa —dije, manteniendo un tono firme—. Pensaba que ya te habrías ido a la ciudad.

Él miró el vaso. Dentro había trocitos de papel.

—He decidido no ir hoy —declaró—. ¿Para qué me necesitabas?

—Ah, pues para preguntarte si podías cortar unas, ejem, flores… unas peonías, para mi cuarto.

—No hay problema. —No levantó la vista del vaso. Lo cogió y lo inclinó de un lado a otro antes de volcar los trocitos de papel y esparcirlos por la mesa. Me dio uno, y lo leí en voz alta: —Las colinas se vuelven negras.

Me dio otro papelito.

—Nacen monstruos —leí. En el tercer papel que me dio ponía: «El fin de todo».

Me quedé mirando el resto de los trocitos de papel esparcidos por la mesa y le pregunté para qué servían.

—Cada vez que tengo ganas de coger la botella —contestó—, saco este vaso del armario y lo lleno de las cosas que pasan cuando bebo. Si me bebo los papelitos, leyéndolos uno tras otro, cuando termino ya no tengo sed.

Sonrió solo por un lado de la boca antes de volver a meter los papelitos en el vaso.

—¿Has comido ya? —preguntó, levantándose—. Normalmente como en la ciudad, pero puedo preparar algo para los dos.

—De acuerdo.

Bajó un envase de macarrones con queso de un estante. Mientras él llenaba una cazuela de agua, yo me quedé junto a los botes de agua turbia de la encimera. Cuando cogí uno, las partículas del fondo se deslizaron por el tarro.

—¿Para qué son estos tarros? —pregunté mientras él ponía la cazuela al fuego.

—Son botes mortales. —Encendió el quemador—. Cuando trabajas de jardinero te encuentras muchas plagas. Al principio simplemente aplastaba los

bichos o los rociaba con veneno. Pero esos métodos siempre me parecían una tortura. Entonces me acordé de mi tío. Era coleccionista de mariposas. Solía cazarlas y las metía en botes cerrados con una bolita de algodón empapada en éter. Después llenaba los botes de agua porque decía que las almas de las mariposas se pegaban al cristal y tenía que liberarlas.

»Eso me dio una idea, un día que estaba comiendo en el río. Acababa de beberme un frasco de limonada que había preparado. Había un escarabajo paseándose por una piedra. Llené el bote en el río y metí el escarabajo dentro. El animal flotó en el agua mucho rato y consiguió trepar por un lado para escapar, pero siempre acababa resbalando y cayendo dentro. Después ya no saldría con vida. Entonces fue cuando decidí que llenaría los botes mortales de agua. El agua del río me parece más natural que la del grifo.

Dejé el frasco.

—¿Te parece cruel? —preguntó—. Me miras como si te hubiera metido una escopeta en la boca.

—Sí, me parece cruel —respondí—. Me parece que los insectos merecen vivir. Desde luego no merecen el agua de un bote ni que tú mires cómo mueren.

—No lo hago para verlos morir —aclaró él—. Lo hago para liberarlos. ¿Sabías que un alma solo puede ser libre si ve su reflejo? El agua es el espejo de la naturaleza. Les da a sus almas la oportunidad que la suela de mi bota les niega. Y no miro cómo se ahogan. Solo me aseguro de que mueren boca abajo para que su alma pueda ver su reflejo.

Se acercó a la nevera y bajó el estuche del violín posado sobre ella.

—¿Te parece útil Los Magnolios? —preguntó.

Me sequé los ojos con las mangas y asentí con la cabeza.

—A mí me fueron de mucha ayuda las sesiones de terapia cuando estuve en rehabilitación —dijo, colocando el estuche en la encimera—. Pero tú no hablas mucho en ellas.

Observé cómo abría el estuche y sacaba el violín.

—¿Cómo lo sabes? —solté.

—Lo sé sin más. Siempre ha habido algo que no dejabas salir. Incluso en el Gran Gris. A pesar de lo borracho que estaba, me daba cuenta de eso.

—No me gusta hablar en grupo, nada más —dije.

—Si no hablas del tema, no te recuperarás.

Se puso el violín bajo la barbilla.

—Quieren hablar mucho del pasado.

—Hablar del pasado es bueno —aseguró él mientras empezaba a deslizar el arco por las cuerdas y el sonido resonaba por la cabaña.

—Me preguntan por mi madre y mi padre.

Me acerqué a la cocina y subí el fuego.

—¿No quieres hablar de ellos? —preguntó.

—Me recuerda cuando vinieron a casa de la abuela Asclepia a buscarnos a Cisi y a mí. —Miré cómo el agua hervía y añadí—: Habíamos estado viviendo con ella una temporada. Habíamos sido muy felices, pero el día de nuestro cuarto cumpleaños, mi madre y mi padre aparecieron. Le juraron a mi abuela que ya no consumían.

»«Esta vez lo haremos mejor», dijo papá.

»Es verdad que mi madre y mi padre parecían otras personas. La gomina del pelo de él. La sombra de los ojos de ella. Se habían duchado y se habían puesto de punta en blanco. Habían engordado lo suficiente para no parecer los esqueletos de antes. La abuela Asclepia incluso dijo que no los reconocía. Ni a mi padre, con su aspecto aseado y su sonrisa encantadora, ni a mi madre, con sus manos suaves y su olor a perfume. Mi madre dijo que quería que Cisi y yo volviéramos. Que nos habían arreglado unas habitaciones en casa. Todavía me acuerdo de que mi padre se arrodilló delante de Cisi y de mí y nos dijo que nos sentiríamos como unas princesas.

»«Son unas princesas», dijo mi abuela mientras nosotras nos escondíamos detrás de sus piernas.

»Ella les contestó que tendría que ver la casa y asegurarse de que estaba limpia. Así que la llevaron allí y le enseñaron las camas con dosel de cada cuarto, las sábanas de flores y los ositos de peluche rosa que habían comprado. Me imagino a mi madre diciéndole a mi abuela que Cisi y yo tendríamos una cama para cada una, estirando el brazo como la azafata de un concurso que enseña el premio: «Una cama con dosel en cada cuarto».

»Al principio mi abuela no nos dejó ir, pero mi madre no paraba de llamar suplicando: «Devuélveme a mis hijas, por favor. Si no las tengo a ellas, ¿qué motivo me queda para estar limpia?».

»Mi abuela rezó y rezó, y al final, Cisi y yo lloramos cuando se pusieron a recoger nuestras cosas y nos sacaron de la habitación que habíamos llegado a considerar nuestro cuarto en la granja de la abuela Asclepia. Cisi se había agarrado al pasamanos de la escalera. Papá tuvo que separarle los dedos a la fuerza. La abuela miró desde el porche cómo nos metían en el coche. Con las caras pegadas a la ventanilla trasera, vimos cómo nos decía adiós con una mano y lloraba con la otra.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó John Theresa, que seguía tocando el violín.

Cerré los ojos mientras salía vapor del agua hirviendo.

—Durante los siguientes ocho meses —contesté—, mi madre reía y nos cepillaba el pelo mientras mi padre cumplía la jornada de su nuevo trabajo en la fábrica de papel. Cuando mi madre recayó, siguió siendo una madre para nosotras. Nos preparaba tortitas mientras machacaba pastillas con nuestros

tazones de cereales. Nos bañaba y luego se secaba las manos y usaba un boli hueco para esnifar en el borde del lavabo rosa. Por las noches, nos leía un cuento y cuando llegaba al final, se había bebido la botella de vodka. Nos arropaba bien en la misma cama para luego vomitar en la colcha con la que acababa de taparnos. Teníamos que salir y dormir en el suelo, mientras ella se desmayaba encima de lo que se suponía que era nuestra almohada. Pero a la mañana siguiente siempre lavaba el vómito de la colcha y nos decía: «Todo irá mejor hoy, niñas. Os lo prometo».

—¿La odiabas? —me interrogó él.

Me aparté del agua, que casi se había evaporado.

—Nunca le eché en cara que faltara a sus promesas —respondí— porque pensaba que le importábamos lo suficiente para cumplirlas. En cambio, mi padre nunca hizo eso por nosotras. Si alguien me hubiera preguntado: ¿Quién es tu padre?, habría fruncido el ceño y le habría contestado que un yonqui, porque nunca se portó como un padre mientras se drogaba. Cuando él recayó, solo vivía para la droga. Un hombre sucio y sudoroso que nos miraba a mi hermana y a mí entre los mechones de pelo largo y grasiento.

—Y sin embargo, es el único padre que has tenido y que tendrás —me recordó John Theresa.

Saqué la cazuela del quemador. De todas formas, estaba seca.

—La noche que nos dejaste tenías la camisa manchada de sangre —dije—. Dijiste que no era tu sangre. ¿De quién era?

Él dejó de tocar el violín en una nota aguda y chirriante.

—En esa época estaba hecho polvo. —Se encogió de hombros—. No me acuerdo de nada. ¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Pensaba que estábamos hablando del pasado —declaré.

—Bueno, algunas cosas deberían quedarse allí.

Guardó el violín en el estuche.

Capítulo 27

Recorren las colinas bajo la niebla. Es algo en lo que ellas se empeñan.
Poeta Narciso

Muchos días de verano la abuela Asclepia nos llevaba a la parte del río que pasaba cerca de su casa. Los pantalones remangados hasta las fuertes pantorrillas y un sombrero de ala ancha en la cabeza para protegerse del sol. Llevaba un top sin mangas y se quejaba de los brazos todo el camino.

—Mirad cómo se bambolean. —Los agitaba, y la piel flácida se agitaba—. Ya no debería llevar camisetas sin mangas. Soy demasiado vieja y estoy demasiado fofa, pero hace tanto calor que no puedo evitarlo. No debería llevarlas, lo sé. Pero, qué narices, ¿no puede ponerse una vieja lo que le da la gana para ir al río?

—A mí me gustan tus brazos viejos, abuela —decía Cisi—. Me gusta que tiemblen como la mermelada de uva.

—Pues eres la única. —Mi abuela añadía energía al paso para seguirnos el ritmo a Cisi y a mí—. Agitad los brazos mientras sois jóvenes, niñas. No os contengáis. Agitarlos es el deporte de una chica.

Nosotras agitábamos los brazos el resto del camino hasta el río y corríamos alrededor de la abuela Asclepia, que acababa cediendo y agitando también los brazos. Una vez en el río, se sentaba en la orilla y mojaba los pies mientras Cisi y yo chapoteábamos y nos bañábamos.

—¿Por qué el agua está tan marrón? —preguntamos un día.

—Si hay barro en el fondo del río y hay barro en las orillas, el agua será del color del barro —contestó la abuela—. Así son las cosas, niñas. La tierra está sucia. Pero es una suciedad bonita. Os aseguro que prefiero bañarme en agua turbia a bañarme en una piscina de aguas cristalinas. Pero no soñéis con agua turbia, niñas. Si lo hacéis, significa que alguien va a hacerse fantasma.

—¿Hacerse fantasma, abuela? —preguntamos Cisi y yo a la vez.

—Que va a morirse, corazones. Que alguien va a morirse.

—¿Abuela? —Cisi se acercó nadando a la orilla—. La noche antes de que papá muriera soñé con agua turbia.

—No es verdad.

La salpiqué.

—Sí que lo es. —Ella me salpicó a mí—. Estás enfadada porque tú no lo

soñaste.

—Soñé una cosa.

Recogí agua con la boca y se la escupí.

—¿Qué soñaste, Arc? —preguntó la abuela.

—Soñé que a una gallina se le pillaba la pata en la mosquitera de la puerta de casa. —Agaché la cabeza al recordarlo—. Se moría allí, esperando a que la soltaran.

—Oh, cariño. —La abuela se abanicó con su pañuelo más largo—. Entonces sí que soñaste con la muerte de tu padre.

—Pero no salía agua turbia —dije.

—El agua turbia no siempre es agua turbia —afirmó la abuela Asclepia—. A veces es una gallina a la que se le pilla la pata.

Eso último es lo que soñaba a medida que nuestra estancia en Los Magnolios tocaba a su fin.

—¿Arc? —Cisi se sentó a mi lado y apoyó la cabeza en mi brazo—. Cuando nos vayamos de aquí, ¿estaremos bien?

—No nos pasará nada, Cisi. —Le di un golpecito a su trenza para que se levantase por encima de su cabeza—. Quemaremos a todos los monstruos con nuestro fuego.

—Lo digo en serio, Arc. A veces pienso que la tierra está inclinada para nosotras, y que todas vamos cuesta abajo. Somos como las mujeres que nos han precedido, Arc. Cargamos con grandes terrores a las espaldas. Nos los llevamos a la cama y nos levantamos con los mismos demonios.

—Ya no estamos en el lado salvaje, Cisi —dije—. Estamos en el lado bonito. Donde tú eres la capitana de los narcisos y las rimas y yo, en fin, yo soy la que va a encontrar el caballo que mamá perdió en la tierra hace mucho.

Cisi no era la única a la que le preocupaba el mundo exterior. A medida que nos acercábamos a la salida, Jueves no despegaba la mano de su barriga e Índigo subrayaba una línea tras otra de su libro de matemáticas, como si pudiese hallar una ecuación que lo fuera a resolver todo. Siempre dispuesta a darnos ánimos, Violeta desviaba nuestra atención a las cosas que nos hacían ilusión. Las cosas que deseábamos hacer en la vida después de la heroína.

—Una vez vi un documental —dijo Índigo un día que todas estábamos sentadas a una mesa para pícnic— sobre un viejo cuyo trabajo consiste en subir a una torre en plena naturaleza salvaje. Se queda allí arriba con los prismáticos, atento a cualquier señal de incendio. Cuando lo vi, pensé: Jo, me encantaría tener ese trabajo, estar donde Dios perdió la zapatilla, subir un escalón detrás de otro para llegar a lo alto de una torre y vigilar que no haya ningún incendio. Cuando salga de este sitio pienso ir allí. A la naturaleza salvaje.

—¿A la naturaleza salvaje? —preguntó Jueves—. Bueno, supongo que no

será más salvaje que Chillicothe.

—¿Qué vas a hacer tú, Jueves? —quiso saber Violeta, apoyando la cara en las dos manos.

Jueves ya no se hacía agujeros en la ropa. Parecía mayor con toda la tela en su sitio. Como si aceptase la integridad de su ser sin ceder ni un ápice de ella a unas tijeras.

—Me gustaría volver a estudiar —contestó—. Usar un telescopio de verdad.

En ese momento se estaba fabricando uno con una vieja lata de levadura en polvo que Violeta le había dado. Había comprado cartulina para envolverla en la tienda de manualidades y estaba usando una barra de pegamento para añadirle purpurina.

—Con este telescopio se verá Marte mejor que con ningún otro —dijo, levantando la lata y mirándonos a todas a través del extremo.

Índigo se volvió hacia Cisi y hacia mí y nos preguntó:

—¿Cuál es el plan?

—Intentar sobrevivir —respondí mientras Cisi bajaba la vista.

—A todas os irá bien —aseguró Violeta antes de añadir—: Deberíamos hacer algo para celebrar el principio de vuestras nuevas vidas.

—¿Como qué? —preguntó Cisi encogiéndose de hombros.

Índigo me pasó el brazo por el hombro.

—Bueno, Arc siempre está hablando de brujas. Podríamos bailar desnudas en el bosque hasta que los vecinos quieran quemarnos en la hoguera.

—Yo tengo unos zapatos de baile geniales —comentó Jueves.

Miré el reloj de Violeta. Recordé las palabras que Nell Salvia había dicho sobre el tiempo y el poco que tenemos.

—¿Y una cápsula del tiempo? —propuse.

—¿Una cápsula del tiempo? —Violeta abrió mucho los ojos—. Eso sí que es una buena idea.

—Podríamos enterrarla en el jardín —dije—. Dentro de unos años, podemos volver, desenterrarla y recordar quiénes éramos en este momento.

—Me encanta.

Índigo sonrió.

—¿Qué ponemos dentro? —preguntó Jueves.

—Todo lo que queramos —respondí.

Buscamos el recipiente perfecto y lo encontramos en una vieja caja de pesca metálica que se hallaba al lado de la pala en el cobertizo del jardinero. Sacamos los viejos cebos y anzuelos, e incluso cogimos un trapo húmedo para quitar el polvo del metal verde oscuro. Luego nos fuimos al río.

—No debemos enterrarla demasiado cerca del agua por si se inunda en el futuro —aconsejé—. La riada podría sacar la caja del suelo.

Hundimos la pala en la tierra por turnos. A continuación nos sentamos y dispusimos los objetos que habíamos llevado. Cuando Violeta dejó la tarjeta amarillenta de una receta, con restos de masa sobre la vieja letra cursiva, dijo:

—Esta es mi receta favorita. Pastas caseras. Era de mi madre. La primera que hicimos juntas.

El otro objeto que aportó era una violeta hecha con cartulina. Se notaba que la cartulina era vieja por cómo el sol había blanqueado los bordes. Se hubiesen necesitado años de cinta adhesiva para impedir que los pequeños desgarros de los pétalos y el tallo se convirtiesen en algo más.

—Hierba me la regaló en mi cumpleaños hace unos años —explicó Violeta —. Me dijo que había brotado de aquí. —Se tocó las palabras tatuadas en su cuero cabelludo—. Que la cogió de mi cabeza mientras dormía.

—Eres la única mujer en el mundo a la que le crecen violetas en la cabeza —comentó Jueves antes de añadir—: Me toca.

No nos sorprendimos cuando Jueves nos enseñó sus objetos, el primero de los cuales era un puñado de cuentas.

—Esmeraldas —dijo de las verdes—. Y rubíes, zafiros y muchos diamantes. —Tenía un buen montón—. Suficientes para hacer un bonito collar cuando lo desenterremos.

Después puso el telescopio que había estado confeccionando ese día con la lata de levadura en polvo.

—Quiero que haya un telescopio aquí dentro —declaró— para recordar que incluso en la calle había estrellas.

Cuando Índigo se volvió hacia mí, me cedió el turno.

—No, sigue tú —le dije.

—Está bien.

Desdobló una hoja de papel y la presionó contra el suelo. Tenía un dibujo a tinta de un triángulo en un círculo hecho por ella. Todas tratamos de averiguar de qué se trataba.

—¿Os acordáis de que os dije que la trigonometría sirve para medir lo desconocido? —preguntó—. Pues este triángulo y este círculo son la medida de mí misma. La distancia al otro lado. A lo mejor en el futuro por fin habré llegado.

Sacó unas tijeras del bolsillo y cortó un trozo del ala de su sombrero.

—Fuego desenredado —dijo, añadiendo el pedacito a la hoja.

A continuación se volvieron hacia Cisi y hacia mí. Yo dejé una piedra en el suelo.

—¿Ya está? —se sorprendió Jueves.

—Hay tres cosas dentro de esta piedra —expliqué—. Es una diosa esculpida. ¿Veis sus ojos? —Señalé el par de marcas de la piedra, situadas una al lado de la otra—. Pero no es una simple figurita. También es el bulbo de una

flor.

Cisi sonrió.

—¿Cuál es la tercera cosa, Arc? —quiso saber Violeta.

—Una manta de ganchillo —respondí—. Sin un lado salvaje.

—Me gusta.

Índigo me dio un codazo.

Una vez que todos nuestros objetos estuvieron bien guardados dentro de la caja, cerramos la tapa y la metimos en el agujero. Cogimos tierra con las manos y la lanzamos hasta que la caja estuvo tapada. Luego bailamos sobre la capa superior de tierra para apisonarla.

—No podemos olvidarnos de esto —señalé, cogiendo un palo y haciendo agujeros en el suelo—. Para que murmuren que bailamos desnudas como brujas con tacones altos que apuñalaron la tierra.

Índigo fue la primera en coger otro palo. Acto seguido todas agujereamos la tierra mientras Violeta preguntaba:

—Cuando volvamos para desenterrarla, ¿cómo sabremos en qué árbol está? Todos parecen iguales.

—¿Sabes lo bueno de una canción pegadiza? —sonrió Jueves.

Se puso a cuatro patas y, pegando los labios al suelo, empezó a cantar.

—Ahora la tierra no podrá quitarse esa canción de la cabeza y seguirá cantándola dentro de años —dijo, levantándose—. Solo tendremos que escuchar.

—Por si acaso… —tercié—, tallaremos también algo en el árbol.

—Yo tengo las uñas largas, Arc. —Índigo las levantó—. Pero no atravesarán la corteza.

—Tengo lo que necesitamos. —Jueves metió la mano en el bolsillo y sacó la navaja de Nell Salvia—. Bueno, ¿qué grabamos? —preguntó, abriéndola.

Cogí la navaja y, mientras Cisi observaba por encima de mi hombro, clavé la cuchilla en la corteza.

—Reinas —dijo Jueves leyendo la primera palabra.

—De Chillicothe —continuaron todas leyendo las otras dos.

—Tenemos que prometernos que no desenterraremos la cápsula hasta que estemos todas juntas para verla —dije.

—Espero que nadie tale el árbol antes —comentó Violeta.

—Si alguien lo tala —advertí, pasando las manos por las palabras recién grabadas—, el sonido del árbol al caer resonará, y todos nuestros vestidos arderán de repente.

Índigo se puso a hacer ruidos espectrales levantando los brazos delante de nuestras caras hasta que todas rompimos a reír.

—Las llamas nos traerán al tocón del árbol porque somos reinas de Chillicothe —dije.

—¡Reinas de Chillicothe! —gritamos todas, y nuestros ecos se desvanecieron en la oscuridad.

Capítulo 28

Buscando dioses nuevos, corremos con los perros viejos.
Poeta Narciso

La adicción es una ladrona. Roba los minutos del día. El color del cielo. Roba al héroe de la historia, las hojas de los árboles, la respuesta a la pregunta *¿Quién soy?* La ladrona no desaparece del todo porque dejes de chutarte en el brazo. La sobriedad solo es un escondite mejor para los minutos del día, el color del cielo, la respuesta a la pregunta *¿Quién soy?*

Tratando de entender eso, Cisi y yo nos cepillábamos los dientes por la mañana y por la noche. Nos lavábamos con champú y nos duchábamos, y considerábamos un éxito estar limpias como una patena. Cisi se humedecía la cabeza metiendo un peine debajo del grifo. A veces yo pensaba que lo hacía para recordar lo que sentía cuando nadaba. Tal vez solo lo hacía porque creía que parecía más limpia. Nos preocupaba nuestro aspecto. Era algo que cuidábamos, pensando que si llevábamos ropa de tallas más grandes, podíamos esconder lo que queríamos ocultar de nosotras mismas sin dejar de parecer una pareja de chicas saludables que volvían a casa de Los Magnolios.

—¿Por qué me dejas, Arc? —Mamá se puso contra la pared y pegó la frente a ella, viendo cómo Cisi y yo recogíamos las cosas que queríamos llevarnos—. No te vayas —gimió—. Si lo haces, el hombre vendrá.

—¿Qué hombre, mamá? —preguntó Cisi.

—El hombre que se come las últimas huellas dactilares. —Las palabras de mamá eran un largo balbuceo—. Se dará cuenta de que te has ido y le rugirán las tripas de hambre y vendrá a comerse las últimas cosas que tocaste en esta casa. Se comerá los pomos de las puertas y la encimera de la cocina y la tapa del váter y las paredes del pasillo. Luego se pondrá a oler y husmear. —Inspiró hondo varias veces arrugando la nariz como el hocico de un animal—. Y lo llevará hasta mí. —Empezó a frotarse el cuerpo de arriba abajo—. Tú me tocaste aquí y aquí y aquí y él lo sabrá. Lo olerá. Me devorará para conseguir tus huellas y será culpa tuya.

Fatigada por el torrente de palabras, apoyó el cuerpo entero en la pared mientras chillaba a la tía Trébol sentada en el sofá.

—¡Eh!

Mamá gritó más fuerte al ver que Trébol no contestaba.

—¿Qué?

Nuestra tía apareció en la puerta.

—No me dejes sola, ¿vale? —Mamá se balanceó de un pie al otro—. No me dejes nunca.

—Tengo la sangre llena de susurros —dijo Trébol—. Y los susurros solo tienen pensado un final. No podría irme aunque quisiera.

Nuestra tía volvió al sofá mientras mamá se dirigía a su cuarto apoyándose en la pared. En la puerta, tocó por un momento las cuentas que seguían enrolladas en el pomo, la pintura dorada totalmente descascarillada.

—Adiós, mamá —susurré mientras nos encaminábamos a la puerta principal.

—Volverás —me espetó la tía Trébol desde el sofá—. No tienes valor para conseguirlo. No dejaría ni que me acompañaras al final de la calle. Llevas sangre de mujeres desconocidas dentro de ti. Desconocidas porque nunca tuvieron el valor para que les pusieran nombre.

Estaba con las piernas apoyadas en la mesa de centro, lo bastante separadas para que el pequeño ventilador eléctrico pudiese soplar entre ellas. Tenía un montón de palos sobre el regazo que clasificaba mientras veía un programa de televisión sobre la historia de España y sus catedrales con vidrieras de colores.

—Nos veremos otro día, tía —se despidió Cisi—. Quizá un día mejor.

—Sube el ventilador. Hace un calor que hierve la sangre —fue lo único que dijo ella.

Cisi le hizo el favor deteniéndose a mirar todas las jeringuillas tiradas sobre la mesita antes de que yo la sacase de allí. Nos fuimos a un estudio que formaba parte del programa de rehabilitación. Era un piso pequeño. Tenía un sofá cama. Había un cuarto de baño de un blanco radiante y una pequeña cocina amarilla con suficiente espacio en la encimera para las pocas cosas que comprábamos y cocinábamos. Tenía una mesita que se plegaba contra la pared, en la que había un armario empotrado con estantes a la vista y dos puertas diminutas con cristales. No nos importaba lo reducido del piso. Estaba limpio. Era nuestro. Sacamos la cama del sofá y nos metimos en ella aquella primera noche.

—Tenemos que recoger flores y huesos —dijo Cisi—. Las dos mejores cosas para decorar una casa en la que viven mujeres.

Compramos una cámara desechable y nos hicimos fotos teniendo presente sonreír. Revelamos la película y pusimos las fotos en unos pequeños marcos que compramos en el mercadillo de segunda mano que organizó la vieja de nuestra calle la semana antes. Recordando las manos de la abuela Asclepia, compramos hilo en la tienda y nos pasábamos las noches después de trabajar confeccionando una manta negra de ganchillo con cuadros multicolores. La terminamos en un mes y la pusimos sobre el respaldo del sofá. Incluso

compramos dos pequeñas violetas en recipientes de plástico verde oscuro que vendían a un dólar el par en el supermercado. Las pusimos en la única ventana, situada sobre la pila de la cocina.

—En las antiguas leyendas decían que las violetas eran las ladronas más bonitas porque te robaban la capacidad de oler con una aspiración —le conté a Cisi.

—¿Eso es verdad? —preguntó ella.

—Sí —respondí—. La flor tiene una sustancia química. Cuando hueles una violeta una vez, no puedes volver a olerla. Pero no dura mucho. La violeta es de esos ladrones que devuelven lo que quitan.

Cisi olió la flor antes de decir:

—Alguien nos está siguiendo, Arc.

—¿A qué te refieres? —pregunté—. ¿Quién?

—Todavía no lo sé.

—Entonces, ¿cómo sabes…?

—Por la misma razón que tú —me contestó.

Cerramos la puerta del estudio con llave y la revisamos dos veces antes de acostarnos.

Al día siguiente, Cisi volvió a casa de lo que se suponía que era una visita rápida a la gasolinera con el fin de llenar el depósito de la camioneta para que no tuviésemos que ir a la mañana siguiente temprano antes de trabajar. Gracias a Los Magnolios, habíamos conseguido trabajo de camareras en el restaurante que desde 1954 era el rey de la hamburguesa con queso en Chillicothe.

Oí que la puerta principal se abría y se cerraba. Yo estaba en la cocina fregando los platos.

—¿Eres tú, Cisi?

Al ver que seguía sin entrar en la habitación, volví a llamarla mientras buscaba el cuchillo en el fondo del fregadero cuando ella entró pausadamente.

—Me has dado un susto —dije, mientras soltaba el cuchillo y echaba otro chorro de jabón en el agua.

Ella rodeaba con los brazos un bulto que tenía metido en la parte superior del jersey.

—¿Qué haces? —pregunté mientras frotaba aún más fuerte el tazón de los cereales ya limpio.

El bulto empezó a moverse.

—¿Qué tienes ahí, Cisi?

Contestó un maullido. Cisi miró el bulto, que le subió por el jersey. La cabeza negra de un gato asomó de repente detrás del cuello de la prenda.

—Cisi. No. Llévate ese animal adonde lo has encontrado.

Lancé la esponja al fregadero, y el agua jabonosa me salpicó.

—Alguien los dejó en una caja de cartón en la gasolinera. —Sacó al gatito.

Era negro, con las cuatro patas blancas y la pechera del mismo color—. Cinco crías. ¿Te lo imaginas, Arc? Que alguien les haga eso como si nunca fueran a ser queridas.

—No habrás traído a las cinco, ¿verdad, Cisi?

—Quería traerlas —dijo—, pero sabía que tú te cabrearías como una mona cuando te enteraras. Había una niña con su madre. Dijeron que se las quedarían ellas. Tienen una granja. Me parecieron un encanto. Me dijeron que podía quedarme una de las crías si quería. Y la elegí a ella. Me da que sabe un par de cosas sobre poesía.

—No podemos cuidar de una gatita.

Fruncí el entrecejo.

—¿Quién lo dice? —Ella se aferró al animal—. No nos va mal, ¿no? A ver, en mi opinión, no nos va nada mal. Pero tú andas de puntillas como si no te merecieras ni un minuto del día para hacer algo agradable. Siempre estás limpiando. Eres una sombra que friega el suelo o lava las paredes. Por las noches, no eres más que tu figura, durmiendo en la silla porque ni te consideras digna de la cama. Es como si la cara todavía te doliera donde mamá te pegó cuando te dijo que no valías para nada a los seis años. Yo no quiero vivir con la ventana abierta solo a medias, Arc. Solo la mitad del sol. Solo la mitad de la luna. Solo la mitad de la brisa. Yo lo quiero todo. Quiero una vida plena. —Abrazó a la gatita y frotó la cara del animal con la suya—. Por favor, Arc. Quedémonosla. Es mitad pájaro, lo sé. Una vez al año nos dejará verla volar. No le haremos daño. Cuidaremos de ella. Será una buena razón para no trasnochar. Ella nos mantendrá alejadas de la aguja.

—Eso fue lo mismo que mamá nos prometió, ¿recuerdas?

—Por favor, Arc. Yo le limpiaré el arenero. Tú no tendrás que hacer nada. Podrás limitarte a acariciarla y a oírla ronronear. Escucha, ahora está ronroneando.

Cisi sacó a la gatita. Oí el leve rumor que emitía su diminuto cuerpo.

—Alguien la dejó allí como si fuese basura. Pura basura —repitió Cisi—. Es una de nosotras, Arc.

Desplacé la vista del rostro suplicante de mi hermana al de la gatita, con los ojos amarillos tan brillantes que reflejaban mi imagen.

Saqué la esponja del fregadero. Mientras empezaba a limpiar la encimera, dije:

—Tendremos que comprar un arenero y comida.

—Ya lo he comprado todo.

Cisi se fue al salón a por la bolsa de provisiones y volvió corriendo adonde estaba yo.

—Veo que has traído el arenero. —Eché un vistazo a la bolsa—. Pero ¿y la arena?

—Oh. —Ella bajó la vista—. No, se me ha olvidado.

Dejó la bolsa en el suelo y empezó a darme a la gatita.

—Tengo las manos mojadas, Cisi.

Empujó a la gatita contra mi camiseta. No me quedó más remedio que cogerla.

—Cuídala mientras yo vuelvo a la tienda —dijo Cisi.

Suspiré al tiempo que cogía el paño de la cocina y envolvía a la gatita con él para secarle el pelo húmedo.

—¡No tardes! —grité a Cisi mientras ella se dirigía a la puerta principal—. ¡Y esta vez no vuelvas con nada que no sea arena!

—¿Ni un perrito? —preguntó ella—. ¿Con las orejas caídas y el pelo marrón como la corteza de un árbol?

—Lo digo en serio, Cisi.

Oí que reía entre dientes al marcharse. Llevé a la gatita al salón y vi la puerta del estudio abierta.

—¿Cisi? —Salí al rellano, pero estaba vacío. Abracé más fuerte a la gatita y volvimos adentro de casa.

—Todo irá bien —le dije cerrando la puerta—. Cisi volverá pronto. —Me senté en el sofá con ella—. Bueno. —Le froté la parte húmeda de la cabeza con el paño—. Reconozco que eres una monada. Seguro que tu abuela era una tigresa y tu bisabuela una leona azul. ¿Quién sería capaz de dejarte? ¿Mmm? ¿Quién podría abandonar a una preciosidad como tú?

Me acerqué su cuerpecito al oído y la escuché ronronear.

—*¿Oyes el violín?* —me imaginé que preguntaba Cisi.

—Sí —le habría contestado yo—. Sí, lo oigo.

Cuando Cisi volvió de la tienda, la gatita y yo estábamos acurrucadas una al lado de la otra en el sofá, tapadas con la manta de ganchillo.

—Pensaba que no la querías —dijo Cisi mientras cerraba la puerta sin hacer ruido y dejaba la arena.

Se arrodilló junto al sofá y posó la cabeza contra la manta, mirando los ojos dormidos de la gata.

—Le he puesto nombre —susurré acariciando su pequeño y suave hocico con el dedo.

—¿Cómo la has llamado?

Cisi me miró.

—Enaguas.

—¿Enaguas? —Cisi ladeó la cabeza—. ¿Como esa especie de falda con volantes que se ponía debajo del vestido? Seguro que tienes una historia sobre el tema en esa cabecita tuya, ¿verdad?

—En 1916 —le expliqué—, las mujeres de un pueblo de Oregón se hartaron de que el sitio estuviera en ruinas y gobernado por hombres a los que

no les importaba mejorar la vida de sus habitantes. Se unieron y decidieron que ejercerían el derecho a voto concedido a las mujeres en Oregón en 1912.

—Eres un libro viejo y antiguo, Arc. —Cisi puso la cara entre las manos y apoyó los codos en el borde del sofá.

—Fue una votación secreta —continué—. Siguiendo su plan maestro, las mujeres escribieron sus propios nombres en las papeletas. Cuando contaron los votos, ellas habían ganado los cuatro puestos del ayuntamiento. Se votaron a sí mismas para los cargos de tesorera, secretaria y archivera. Una mujer que se llamaba Laura J. Starcher se convirtió en alcaldesa al derrotar a E. E. Starcher, el hombre convencido de que sería reelegido alcalde. Un hombre que daba la casualidad de que era el marido de Laura.

—Seguro que ella bailó en el bosque esa noche —comentó Cisi, que pareció que ronroneaba con la gata.

—En lugar de elegir a los hombres —dije—, las mujeres tomaron el poder. Todas juntas, esas esposas, madres y ahora políticas repararon las grietas del pueblo. Invirtieron en alcantarillado, restauraron las aceras y se enfrentaron a los problemas a los que no se habían enfrentado los hombres. Lo que esas mujeres hicieron recibió el nombre de *La Revolución de las Enaguas*. Cada vez que una mujer gobernaba o ascendía al poder, lo llamaban, y en algunos círculos lo siguen llamando, *El Gobierno de las Enaguas*. A lo mejor algunos hombres pensaban que poniéndoles a las mujeres el nombre de la prenda que llevaban debajo de la falda, las rebajaban a ellas y su poder. Pero con el tiempo se convirtió en algo que nadie les pudo arrebatar. Por eso la he llamado Enaguas. Ella es un voto por nosotras.

—Te dije que nos traería música.

Cisi sonrió.

—Sí. —Yo también sonreí—. Música y magia. Nunca podrán arrebatárnosla.

—¿Sabes qué más tiene la gata, Arc? —Cisi esbozó una sonrisa—. Suficiente pelo para darnos calor.

Capítulo 29

En el agua que cobija, nos ahogamos como hijas.
Poeta Narciso

Mientras los días y las semanas pasaban, nosotras colmábamos de pelotitas y de chucherías a la gatita. Jugábamos a cucú-tras con ella bajo las mantas y le hicimos una foto junto a las violetas. Veíamos películas clásicas juntas, todas acurrucadas, y reíamos cuando ella ronroneaba. En esa época, estudiábamos para obtener el título de enseñanza secundaria. Incluso buscábamos cursos de universidades que pensábamos que podrían aceptarnos. Entretanto, Enaguas crecía durmiendo entre nosotras en el sofá plegable o desenredando los ovillos de hilo reservados para la próxima labor de costura. Era agradable tener algo más en la cabeza que el Blue Hour, las coronas o los johns.

—Por cierto —dijo Cisi—, ¿te has acordado de pedir hora para que castren a Enaguas?

Estábamos en el supermercado comprando cosas que come la gente sobria.

—No tenían ningún hueco hasta el mes que viene —contesté, poniendo los cereales azucarados en el carrito junto a la harina de avena.

Al pasar por la zona de los artículos del hogar, vimos la misma vajilla azul y blanca que llevaba ahí expuesta desde que me alcanzaba la memoria. Los platos tenían motivos de pagodas y de algo más oriental que Chillicothe.

—Mamá compró unos platos como estos cuando éramos pequeñas. ¿Te acuerdas?

Cisi cogió un plato y le dio la vuelta para ver el sello de la corona—. Creo que deberíamos coleccionarlos —dijo—. Terminar lo que ella empezó.

Decidimos comprar una pieza cada semana con el dinero de las propinas que ganábamos en el restaurante. Primero adquirimos los platos, luego la salsera, el azucarero y la jarrita para la leche, seguidos de la gran fuente en la que se servía jamón en Navidad. Incluso compramos la tetera y jugamos a que servíamos té en las tazas sobre los platillos, mientras Enaguas nos observaba desde el regazo. Aparte de para jugar, nunca utilizamos ningún plato. Los expusimos en el pequeño armario empotrado sobre la mesa plegable. Cuando pasaba por delante, sonreía al ver los platos en los estantes.

Cisi empezó a robar las piezas pequeñas primero. Un platillo del montón, luego las tazas de té y los tazones, el salero y el pimentero que tenían forma de

mujeres. A continuación pasó a las piezas más grandes porque todas las pequeñas habían volado. La fuente. La cazuela tapada. Los platos, de uno en uno, hasta que lo único que quedó fue el primero que habíamos comprado. Yo lo abrazaba contra el pecho la noche que ella llegó a las tres de la madrugada. Estaba sentada a la mesa plegable.

—Casi teníamos la colección entera —dije en voz baja—. Casi teníamos suficientes piezas para poner la mesa. Casi lo habíamos conseguido, ¿verdad, Cisi?

Ella no trató de detenerme cuando le remangué la camisa. Miré los pinchazos recientes.

—Pensé que podía meterme un poquito —confesó—. Y no hundirme, ¿sabes? No sé por qué lo pensé. Nunca ha sido un acto de amor.

—Has vendido todos los platos cuando casi lo habíamos conseguido.

Me quedé mirando el plato.

—Solo cogí una pieza aquí y otra allá —dijo—. Cuando quise darme cuenta, las había cogido todas.

—Menos esta.

Levanté el plato.

—No me odies. Por favor, Arc.

Le di el plato. Ella se fue rápidamente, tal vez pensando que si no lo hacía, yo cambiaría de opinión. Cogí en brazos a Enaguas, que había estado echada a mis pies. Me quedé allí sentada abrazándola y mirando el vacío del armario.

Cuando Cisi volvió a casa, acercó su silla a la mesa, y yo dejé a Enaguas en el suelo. La gata maulló larga y sonoramente metiendo la cabeza entre nuestros tobillos desnudos mientras nosotras nos remangábamos.

SEXTA PARTE



Capítulo 30

Cerca me quedo de mi miedo.
Poeta Narciso

Los sueños llegaban por capas. Como quien se pone ropa. Una tela tan fina que la luz podía traspasarla. Algunos sueños eran de personas que conocía, troceados por las palabras ya dichas. En otros, no hacía más que recoger bisagras de puertas, ventanas y cajas, mientras las mujeres se inclinaban en las calles. Entonces soñé que Cisi iba a la peluquería. Las mujeres sentadas en las sillas a su alrededor llevaban moños colmena y gafas con montura de ojos de gato de una década que nosotras no conocimos. La peluquera empezó a cepillarle a Cisi el pelo. En las cerdas se le enganchaban insectos muertos.

La peluquera soltó el cepillo con el fin de poder usar los dedos para sacar las hojas y las ramas que se habían enredado. Pero por muy fuerte que tiraba, los restos no salían. Cisi gritó hasta que le sangró la garganta. La peluquera utilizó su sangre para teñirle el pelo.

Cisi y yo habíamos crecido escuchando a la abuela Asclepia contarnos que descendíamos de mujeres que estaban más cerca de las estrellas que de la tierra. Mujeres que soñaban con agua turbia poco antes de que alguien muriese. La abuela nos contaba esas cosas en un tono grandilocuente pero callado como si nuestro poder fuese una tradición inamovible.

—La bruja se esconde dentro de vosotras —decía aferrando el crucifijo que llevaba al cuello como si quisiese tapar los oídos a Dios—. Ella os da el poder de soñar la verdad. Debéis creer que las visiones que tenéis por las noches se harán reales como agua que se escurre entre vuestros dedos. Debéis alimentar a la bruja a cambio de lo que ella os da.

—¿Alimentarla con qué? —pregunté yo.

—Con vuestros pensamientos —respondió la abuela.

—¿Pensando en calderos, murciélagos y hechizos?

—No, tesoro. Pensando en vuestros codos y vuestra clavícula y la forma en que abrís los ojos por la mañana.

Entonces alimenté a la bruja con pensamientos sobre mí misma, y cuando llegaron los sueños, supe que trataban de decirme algo.

—¿Estás segura de que soy yo? —preguntó Cisi cuando le conté el sueño de la peluquera y cómo intentaba arrancarle las ramas y los bichos—. Podrías ser

tú, Arc.

—Yo soy la que mira.

—¿Estás segura?

Ella se echó a reír sobre el fregadero mientras se lavaba las manos para tratar de mandar el sueño por el desagüe, como nos había enseñado la abuela Asclepia.

Lo más cerca que estuvimos de volver a hablar del sueño fue la vez que hablamos de la abuela y de cuando nos acostaba con el bulbo de una flor debajo de la funda de la almohada.

—Para que eche raíces en vuestros sueños —nos decía—. Cuando tengáis que salir del sueño, simplemente buscad la flor, arrancadle los pétalos y os despertaréis.

—La sabiduría de una vieja —susurraba Cisi.

Cada vez hablábamos más de la abuela Asclepia después de la recaída. Las dos nos alegrábamos de que hubiese muerto y no hubiese llegado a vernos haciendo la calle, sujetando un letrero, pidiendo dinero.

—¿Te acuerdas de las grietas que le salían por arriba al pastel de ángel que hacía? —me preguntó Cisi un día.

—¿Recuerdas a su vieja gata amarilla y el único colmillo que tenía? —le repliqué yo.

Entonces pensábamos solo en Enaguas. Se había venido a vivir con nosotras después de que nos echasen del estudio y tuviésemos que volver con mamá y la tía Trébol.

—Qué gatita más mona. —Mamá cogió a Enaguas, pero la gata bufó, gruñó y la arañó hasta que la soltó—. Leona de mierda —le espetó mamá antes de meterse en su cuarto dando traspiés.

Enaguas se sobresaltaba con el más mínimo sonido, y se le erizaba el vello del lomo cuando husmeaba de habitación en habitación. Los olores, los ruidos y la suciedad eran distintos del pequeño pero limpio piso del que había venido, con sus violetas en el alféizar, la manta de ganchillo en el respaldo del sofá y las fotos enmarcadas de las chicas sonrientes. Mientras que las flores se murieron, los marcos los vendimos e hicimos pedazos las fotos. Sacamos todo el dinero que pudimos del resto de cosas, incluidas las mantas de ganchillo.

Primero dejamos de comprar la arena para gatos. Enaguas hacía sus necesidades en el suelo o simplemente salía por la puerta trasera que le abríamos cuando nos acordábamos. Luego fue la comida para gatos. La gata se vio obligada a comer lo que había en los platos hasta que dejó de entrar en casa. Le arranqué tres pelos de la cola y los puse debajo de los escalones del porche.

—Para que se quede en casa —le expliqué a Cisi cuando me preguntó el motivo.

Aun así, Enaguas empezó a pasar cada vez más tiempo en el exterior al descubrir que unos amables vecinos ponían pienso a los gatos callejeros. Su pelo perdió el brillo y se le puso tieso. Adelgazó. Creció rápido, y al poco, tenía un ojo malo. Estaba medio cerrado, le supuraba pus, y la pobre chillaba y aullaba mientras un macho, un animal sarnoso, le mordía el pescuezo por detrás y la montaba de una forma que transformaría a la gatita buena y curiosa que había sido en la gata mala y sucia que ahora era de esperar que fuese.

—Ojalá hubiéramos aguantado hasta que la castraran —le dije a Cisi.

—Sí —asintió Cisi—. Seguro que ella también lo habría querido.

Enaguas se convirtió en un animal asustado más de la calle; a veces me miraba a los ojos hasta que yo apartaba la vista y sepultaba la cara en mis manos. Cisi nunca decía el nombre de Enaguas, como si hacerlo le recordase algo más que la gata que habíamos abandonado. En lugar de eso preguntaba: «¿Has visto a la descarriada?». Como si la gata nunca hubiese sido responsabilidad nuestra y fuese en realidad una criatura sin nombre que había vivido separada de nosotras. Una simple descarriada. No un ser al que habíamos querido durante el tiempo que habíamos estado sobrias.

—Sabía que volverías —dijo nuestra tía la noche que regresamos a casa.

—¿Ah, sí?

Me senté en el sofá a su lado. Los hediondos olores a rancio de una mujer que se desmoronaba y una casa que se venía abajo llenaron mi nariz.

—Claro —asintió ella—. Eres la hija de tu padre.

Había dejado temporalmente la bolsa de ramas para cepillar el cuello de imitación de piel de leopardo mientras me hablaba de cuando mi padre y mi madre se conocieron.

—Él fue el primer chico con el que tu madre bailó —me explicó—. Tu madre solo tenía quince años en aquel entonces. Él, con veintidós, era muy mayor para nosotras. Ella no le habló a nadie de él. Era un secreto divino. Sabía que si nuestra madre se enteraba, la obligaría a dejarlo en los árboles como el animal que era. —La tía Trébol suspiró antes de añadir—: Ella fue a su casa y se acostó con él la noche que se conocieron, y no supo su nombre hasta la mañana siguiente, cuando lo encontró en la cocina vestido solo con los vaqueros preparando masa para tortitas. A lo mejor ella pensaba que no volvería a verlo cuando lamió todo aquel sirope del plato, pero acabaron acostándose el resto del año. En alguna parte, la selva aplaudía.

»Cuando ella se quedó embarazada de tu hermana y de ti, no me sorprendió. Él se portó bien. Se alistó en el ejército. Dijo que formaría una familia honrada. Al principio, todo funcionaba. Le dieron algunas insignias. Creo que en el ejército las llaman medallas. A ti te gusta la historia, Arc, así que te gustará saber esto. —Me apuntó con el dedo—. Lo que no dicen los libros de historia es que la guerra se hace con intención serena pero no

siempre con mentes serenas.

Mi tía no andaba errada. Yo había descubierto eso mismo leyendo sobre la historia de la guerra en la biblioteca cuando era adolescente. Desde que ha habido soldados, ha habido una forma de hacer de ellos mejores máquinas de matar. Si nos remontamos a cuando había más bosques en la tierra que fábricas, los miembros de las tribus ya tomaban alucinógenos. Les infundían valor para agarrar la lanza y no soltarla. En algunas batallas, los soldados han combatido colocados con hongos, y sin duda el alcohol siempre ha estado presente en la contienda. Ya sea vino, vodka o *whisky*, bebían para sobrevivir a la propia guerra. Hitler tenía una pastilla de fabricación alemana que repartía entre las tropas nazis. Se llamaba Pervitin. Una pastilla para convertirlos en mejores guerreros. Los soldados nazis no sospechaban que estaban tomando cristal.

Speed, cocaína, heroína. Nuestras guerras no se han librado con la sobriedad que tanto admira la tradición, sino con el consumo y la ayuda de narcóticos para transformar a nuestros soldados en superhéroes.

—Fue en el ejército donde tu padre se enganchó —continuó Trébol—. Al principio tomaba anfetaminas para mantenerse despierto. Luego pasó a la cocaína, que abrió la puerta a todo lo demás. La gota que colmó el vaso fue cuando le pegó un puñetazo a su superior. Después de que lo dieran de baja por conducta deshonrosa, volvió a casa. El gran Diluvio Doggs inundó nuestras vidas. Desde entonces no hemos conseguido escapar de la crecida. Qué hijo de puta. Me tocó a mí salvar a tu madre para que no se ahogara.

Cogió la vieja lata de maíz y se la llevó al oído.

—No oigo respirar a Addy —dijo—. Voy a ver cómo está.

—Ya voy yo. —Me levanté antes de que ella pudiese hacerlo—. Tú cuida de tu leopardo.

Ella se miró el cuello. Estaba tan viejo y sucio que no se sabía si las manchas eran algo más que sombras.

—Me queda bien, ¿no te parece? —preguntó—. Miau, miau.

Sus maullidos eran profundos y guturales; parecían más silbidos y gruñidos.

Recorrí el pasillo y me detuve delante del cuarto de Cisi. Ella se había tumbado y estaba de espaldas a la colección cada vez mayor de ramas y palos fijados a la pared.

—La tía Trébol ha estado ocupada —declaró—. Debe de haber traído hormigas en algunos palos. Están en la cama, picándome.

Como yo no entraba en la habitación, me preguntó:

—¿Adónde vas?

—A ver cómo está mamá.

—No vayas, Arc. Te comerá los dedos y dirá que es amor. No soporto

haber vuelto a esta pocilga. El mismo perro ladrando fuera. La misma luz parpadeando en el cuarto de baño. El mismo olor a mierda. Aquí la tierra se vuelve borrosa, Arc. Podemos cerrar los ojos, sin haber dormido nunca.

Se dio la vuelta, se puso de cara a la pared y empezó a matar las hormigas de su piel. Yo me volví hacia la oscuridad del pasillo. Al pasar por delante del cuarto de baño, eché un vistazo al espejo. Nuestra tía había pegado tanta cinta adhesiva en el cristal que en algunas zonas había varias capas. El reflejo se veía ahora distorsionado y alterado, una imagen borrosa de todo lo que había alrededor.

Pegué la mano a la pared y la deslicé por ella mientras atravesaba el desbarajuste de la casa. La puerta de la habitación de mamá estaba entreabierta. La abrí del todo. El interior del cuarto estaba a oscuras, pero distinguí su figura en el colchón.

—Necesitas luz aquí, mamá.

Entré, retiré la ropa de papá colgada en las ventanas y la recogí para que entrase la luz del día.

Ella gruñó y cerró los ojos apretándolos como si la luz se los quemase. Cuando me senté en el suelo junto al colchón, vi que el agujero lateral era ahora mucho más grande. Las incorporaciones más recientes a la colección de objetos robados a los johns eran una vieja entrada de cine, una lata de refresco estrujada y una caja de cerillas.

—Saca toda esta basura de aquí, mamá.

Empecé a meter la mano en el agujero, pero ella protestó.

—Déjalo.

—No sé cómo soportas estar tumbada encima de toda esa basura —dije.

—¿Arc? ¿Arc?

De repente se incorporó como si no supiese quién estaba en la habitación con ella.

—Estoy aquí, mamá.

—No entres en el cuarto de Cisi. —Mi madre me buscó con los ojos—. Tiene gripe. Tú también la pillarás. Doble vómito. Doble limpieza. No puedo más. Tendré que tirarme por la ventana que haya más cerca para ser libre.

Se retorció las manos. Era como unos huesos deslizándose unos encima de otros.

—Eso fue hace mucho, mamá.

—No, ha sido esta mañana —repuso ella, sacudiendo violentamente la cabeza. Se quedó incorporada, mirándose las manos.

—¿Mamá? —le pregunté.

—¿Sí, cariño?

—¿Te gustaría no haber conocido a papá?

—¿Papá? —Puso los ojos en blanco al tiempo que levantaba el dedo como

si tratase de señalar algo—. No recuerdo a nadie con ese nombre.

Las lágrimas le resbalaron por las mejillas dejando regueros torcidos.

—Tengo frío como todos los inviernos de todos los años —dijo.

—¿Por qué no descansas, mamá?

Me levanté, recogí el viejo petate del ejército de papá y lo sacudí.

—Me parece buena idea —concedió ella, haciéndose un ovillo.

Ya no se cortaba ni se decoloraba las puntas del pelo. Le había crecido y lo llevaba largo y estropajoso. El vivo tono rojo de su juventud había perdido intensidad, y los ásperos pelos blancos teñían su coronilla del mismo tono que había lucido la abuela Asclepia. La piel de mamá se había vuelto más fina y se había tornado translúcida en algunas zonas. Por un momento, pensé que no quedaba nada de ella.

—Esto te hará entrar en calor, mamá —dije.

Ella asintió con la cabeza mientras yo la tapaba con el bolso.

—No entres en el cuarto de Cisi, Arc. Tiene gripe —me dijo, agarrándome del brazo.

—No entraré, mamá. —La arropé con el petate mientras su mano se deslizaba por mi brazo. Cuando estaba metiendo la mano debajo del colchón para coger el otro extremo, palpé algo con los dedos. Lo agarré y tiré.

—*Diario* —susurré, leyendo la palabra grabada en dorado en la cubierta de satén azul, sucia y deslucida. Reconocí la letra de mi madre en cuanto lo abrí.

—No entres en el cuarto de Cisi. —La voz de mamá sonaba cansada—. Tú también te pondrás mala, Arc.

—No entraré, mamá.

—Bien. ¿Dónde está mi niña de ojos azules?

Cerré el ojo verde.

—¿Dónde está mi niña de ojos verdes? —preguntó.

Cerré el azul.

—No es lo mismo. —Ella apoyó la mejilla en el dorso de la mano—. Sin Cisi, solo eres la mitad de nada.

—Duérmete, mamá.

Abracé el diario contra el pecho tan fuerte que casi me quedé sin aliento al salir de la habitación, y cerré la puerta al mismo tiempo que ella cerraba los ojos. Sabía que pronto los abriría, sin haber dormido nada.



Capítulo 31

La tierra seca se vuelve aluvión en una inundación.
Poeta Narciso

1978

Si de niña me hubieseis preguntado si algún día tomaría drogas, os habría contestado: «Ni hablar» y os habría mirado como si fueseis tontos por preguntarlo. No tenía en cuenta toda la vida que media entre la infancia y la edad adulta. Estaba convencida de que sabía quién era. Supongo que, en algún momento de sus vidas, mi madre y mi padre pensaron otro tanto de sí mismos.

Intento pensar en mi padre sobrio, pero los pocos recuerdos que tengo de él son siempre de yonqui. Los recuerdos están siendo devorados. El día que él murió, entró en la cocina y me dio una cuchara para los cereales. Pensándolo bien, no sé si de verdad me dio la cuchara o si simplemente la cogió para él y yo se la quité de la mano cuando pasó. En cualquier caso, aceptó que la cuchara había desaparecido y se sentó a la mesa a verme comer. Todavía me acuerdo de lo grande que le quedaba la camiseta sucia en su cuerpo delgado. Tenía un lamparón de pis en la parte de delante de los pantalones que intento olvidar. En la foto del ejército, sus ojos se veían azules. Pero para entonces, el color era el de los trozos de chicle que solía encontrar en el suelo. Cosas mascadas desvaídas que en otro tiempo habían sido vistosas, antes de que toda su tonalidad se fuese de tanto masticarlas.

Traté de conciliar la imagen del hombre del ejército con la imagen del hombre sentado ante mí. El segundo tenía una impactante delgadez que no aparecía en la foto. Las mejillas más hundidas, como si sus huesos fuesen los objetos que flotan por encima de aguas profundas. La nariz se veía más puntiaguda y más larga. Los labios pálidos. El pelo largo hasta los hombros como un embrollo dentro de otro embrollo. En la foto lo llevaba tan corto que apenas me permitía ver que era del color de las aguas marrones que se desbordaron a su alrededor.

En la foto, el hombre tenía la cabeza bien alta, como si algún día fuese a ser rey. Pero el hombre situado delante de mí, que miraba cómo yo comía cereales, estaba repantigado como si el único reino que le hubiese sido prometido fuese

el vómito en el que tantas veces se dormía y se despertaba.

—¿Qué has encontrado hoy en la tierra, excavadora mía? —preguntó.

Dejé de comer para meterme la mano en el bolsillo y sacar una venda usada y manchada de sangre.

—He encontrado esto.

Se lo tendí.

—¡No cojas esas cosas, Arc! —Me quitó la venda de un tirón—. Es caca. ¿No lo entiendes?

Esa es la única vez que recuerdo a mi padre levantando la voz. A pesar de todo el caos que se desataba a su alrededor, nunca parecía uno de esos monstruos que chillaban. Me sorprendió tanto que me puse a llorar.

—Lo siento, pequeñaja.

Tiró la venda, se puso de pie y me levantó estrechándome entre los brazos.

Apestaba. Una combinación de sudor, meados, vómitos y algo que no conseguía identificar. Yo quería alejarme de él y salir al aire puro y fresco. Pero no lo hice porque no recordaba un abrazo antes de ese. Sabía que podría haber vivido otro millón de años con mi padre y no recibir ninguno más, de modo que dejé que me abrazase y lo abracé a mi vez porque me pareció la única oportunidad de saber lo que se sentía estando entre sus brazos.

—No quería gritarte —dijo—. Te propongo una cosa. Hoy, cuando vuelvas del colegio, iremos a excavar. Te llevaré a un sitio donde he oído que hay huesos de dinosaurio.

—¿¡Huesos de dinosaurio!? —Lo abracé más fuerte—. ¿¡De verdad!?

—Sí. —Él sonrió. Es la última sonrisa que recuerdo de él—. Mejor que una venda sucia, ¿verdad, Arc?

Asentí con la cabeza hasta que pensé que se me iba a caer de los hombros. Ese día no veía el momento de salir del colegio. Durante todo el trayecto de vuelta a casa en autobús, estuve sentada junto a la ventanilla dando saltos, esperando a que apareciese nuestra calle.

—¿Qué te hace tanta ilusión? —preguntó Cisi.

—Los huesos de dinosaurio —fue lo único que le contesté.

Cuando el autobús paró al final de nuestra calle, pasé por el lado de mi hermana dándole un empujón y salí al pasillo.

—¡Espera, Arc! —gritó ella mientras yo bajaba los escalones del autobús como un rayo y salía disparada a toda velocidad hacia casa.

Cuando vi las sirenas, me paré en seco en mitad de la calle.

—¿Qué crees que ha pasado? —preguntó Cisi cuando me alcanzó.

Eché a correr otra vez y estuve a punto de ser atropellada por un coche al cruzar la calle. Les dije a los policías que había enfrente de casa que tenía que entrar porque mi papá y yo íbamos a desenterrar huesos de dinosaurio.

—Me lo prometió —les dije mientras trataban de retenerme.

En ese momento no me di cuenta de que mi padre se encontraba debajo de la sábana blanca de la camilla que estaban cargando en la ambulancia. Si hubiese mirado, habría visto su brazo sucio y lleno de pinchazos colgando por debajo de la sábana. Lo único que yo veía era la casa y la puerta que quería cruzar para ir a por mi padre y así poder buscar juntos otra cosa.

Me lo imaginaba en el sofá, esperando a que yo llegase a casa. Estaba resuelta a no decepcionarlo.

—¡Me está esperando! —grité, pero no conseguí esquivar a los agentes.

Uno de ellos me cogió en brazos y me abrazó. Yo le golpeé el pecho con mis puñitos y traté de soltarme.

—Todo irá bien, cielo. —Me estrechó más fuerte entre sus brazos. Tenía una cicatriz en la mejilla izquierda que se parecía a dos anzuelos enredados. La piel roja y arrugada formaba ondas, como si bullese. Verás cómo todo va bien.

—Pobre niña —oí decir a otro agente—. Me parte el corazón ver cosas así. Malditos padres. Les importa un bledo lo que les hacen a sus criaturas.

—Espera unos años —contestó el que me estaba sujetando—. Verás cómo detenemos a esa niña por lo mismo. Para ellas es un ciclo.

—¡Tengo que ver a mi papá! —chillé hasta quedarme ronca.

Cuando la abuela Asclepia apareció, me soltaron en los brazos abiertos de mi abuela. Enseguida le conté que no me dejaban entrar en casa para ir a buscar huesos de dinosaurio con mi padre. Ella me abrazó tan fuerte que pensé que iba a matarme.

—He intentado decírselo. —Oí la voz de Cisi al fondo—. He intentado decirle a Arc que estaba muerto, pero no dejaba de hablar de huesos de dinosaurio.

Yo tenía seis años. La única muerte con la que podía comparar la de mi padre era la muerte de un pez de colores que había tenido tres días. Me decepcionó más que no fuésemos a buscar huesos de dinosaurio que el hecho de que no volviese a ver a mi padre.

Mi hermana lloró, la abuela lloró, mi madre lloró, maldita sea, hasta la tía Trébol lloró en el funeral de mi padre. Cisi cortó un corazón morado de cartulina y lo puso sobre su cuerpo.

—A los militares les dan un corazón púrpura —dijo cuando le pregunté por qué lo había hecho—. Lo vi en la tele. Pensé que él también se merecía uno.

Huérfanas de padre, mi hermana y yo dirigimos la vista a mi madre, pero en las habitaciones de casa solo se respiraba el silencio de una mujer abandonada después de la muerte por sobredosis de su marido.

Busqué otra madre. La de las fotos. Se llamaba Adelyn Asclepia, una mujer joven, sobria y guapa. Yo pensaba que si sonreías en una foto, sonreías para siempre, y todo lo que viniese después de esa sonrisa no importaba porque ese

momento captado en película era el que contaba para toda la eternidad. Supongo que no era más que otro mito que quería hacer creer al corazón.

SÉPTIMA PARTE



Capítulo 32

Cerca me quedo de mi miedo.
Poeta Narciso

La cuna roja se hallaba sobre la hierba seca y marrón. Una de las barandillas estaba agrietada pero no rota. En cierto modo, parecía demasiado pesada para moverse. Como si tuviese raíces, rojas como ella, que se extendían hasta lo profundo de la tierra, abriéndose paso entre piedras puntiagudas y gusanos inquietos.

Violeta había rescatado la cuna de casa de su exmarido. Cuando Jueves la vio, dijo:

—Hay algo muy de *La semilla del diablo* en las cunas rojas.

Su padre había traído una lata de pintura del color azul que le pareció que más se ajustaba a la descripción que le había hecho Jueves.

—Como el color del cielo —le había indicado ella—. Pero también como el color de la niebla de montaña. Un tono que sea a la vez joven y viejo. Uno que se recuerde. Uno que se descubra.

El color con el que volvió fue un azul que la hizo sonreír.

—Te la pinto si quieres —le ofreció él.

Sin embargo, ella le contestó:

—Las mujeres tienen que pintar la cuna, papá. Para que podamos dejar en ella nuestros secretos en forma de nanas. Venga, vete de una maldita vez. Tenemos trabajo pendiente.

Jueves nos dio una brocha a Violeta y otra a mí. Violeta se quedó un rato, pero luego dejó la brocha y desapareció en la caravana de Jueves.

—No me hace gracia decirlo —comentó Jueves, mojando la brocha en la lata—, pero ¿has notado algo distinto en Violeta?

—Sí —contesté, centrándome exclusivamente en la forma en que la pintura abandonaba mi brocha—. Sí que lo he notado.

Jueves espiró y dijo:

—Bueno, hablemos de otra cosa. —Pasó las cerdas de su brocha por la barandilla superior de la cuna—. He decidido que no voy a casarme con un hombre, Arc. Me gustaría casarme con un chotacabras. Una vez oí a alguien decir el nombre. Supongo que es un pájaro, pero no he visto ninguno. ¿Y tú?

—Me imagino que un chotacabras es mitad hombre —respondí—, con

plumas de pájaro en la cara. Asoma del matorral. Echa chispas por la lengua. Come escarabajos y nueces.

—No me importará —declaró ella—. Tendremos una hija que nacerá callada. —Se frotó la barriga—. Nos traicionará diciendo una sola palabra.

No hacía falta preguntarle a Jueves si había vuelto a consumir. Habían empezado a aparecer agujeros en su ropa. En el hombro de la camiseta, en el dobladillo de los pantalones cortos. Incluso los calcetines tenían agujeros, cortados con las mismas medidas que los que ella imaginaba en la bóveda celeste.

—Creo que cuando terminemos quedará bonita. —Se apartó para contemplar los progresos. Aunque todavía había más rojo que azul, sonrió—. Sí, va a quedar la hostia de bonita.

Yo sabía que si Cisi hubiese estado allí, se habría quejado del trabajo, pero probablemente se habría pintado las uñas riendo. La había dejado tumbada en casa. Decía que tenía la sensación de que le estaban desapareciendo las manos. Yo le contesté que eran imaginaciones suyas, pero aun así me pidió que dijese su nombre. Lo hice hasta que cerró los ojos y me aseguró que volvía a notar los dedos.

—¿Por qué coño crees que Violeta tenía una cuna roja? —dijo Jueves.

—¿Por qué no se lo preguntas?

Utilicé la brocha para apuntar a Violeta. Había vuelto a salir, pero solo para sentarse en el primer escalón de la caravana, abrazándose la barriga con los brazos y meciéndose de un lado a otro.

—Oye, Violeta, ¿cómo es que la cuna no es morada? —preguntó Jueves.

Violeta alzó la vista parpadeando despacio.

—¿Tenéis algo que podáis darme? —dijo arrastrando las palabras.

Tanto Jueves como yo seguimos pintando. Vi que Jueves agarraba su brocha tan fuerte que sus nudillos se ponían blancos.

—¿¡Tenéis algo que podáis darme!? —repitió Violeta más fuerte—. Solo necesito un poco para ir tirando.

—Más vale que te refieras a una aspirina o alguna mierda de esas, Violeta —contestó Jueves apretando la mandíbula.

—Pensaba que erais mis amigas.—Violeta se abrazó más fuerte la barriga —. Solo necesito un poco. Os lo devolveré.

—¿Te crees que es por eso? —Jueves se dio la vuelta para situarse de cara a Violeta—. Vete a la mierda. —Lanzó la brocha—. Dijiste que no volverías a consumir. ¡Lo prometiste, pedazo de guarra. Puta yonqui de mierda! —Jueves recitó de un tirón todos los insultos que había oído a alguien dirigirle a ella. Propinó una patada a la cuna antes de darse la vuelta y sentarse pesadamente en el suelo cruzada de brazos.

—¿Cómo has recaído? —le pregunté a Violeta.

—Ese cabrón —dijo, secándose la cara como si se la limpiara—. Me dio un poco de mierda para que se la guardara. Yo sabía que no debía, pero me dijo que era una muestra de confianza. Que si confiaba en mí, podía darme la custodia completa de Hierba.

—¿Quién te dijo eso? —pregunté.

—Nadie. —Se levantó rápidamente, limpiándose la nariz con el brazo—. Olvidadlo. Olvidad lo que he dicho.

—¡¿Que lo olvidemos?! —gritó Jueves—. Olvídate tú de eso.

Violeta se dirigió a su coche con la cabeza gacha, pero se detuvo ante la cuna. Antes de que yo pudiese avisarla de que la pintura todavía no estaba seca, estiró el brazo y agarró una de las barandas. Cuando apartó la mano, miró la pintura que tenía en la palma.

—Lo siento —dijo. No estábamos seguras de si nos estaba pidiendo disculpas a nosotras o a sí misma.

Fue corriendo el resto de camino hasta el coche. Necesitó un par de intentos para arrancarlo y, cuando al fin lo consiguió, dio marcha atrás tan rápido que los neumáticos rechinaron.

—No deberías haber sido tan dura con ella, Jueves —dije, volviendo a mojar la brocha en la lata y retomando la faena donde la había dejado.

Jueves me miró con el ceño fruncido, pero descruzó los brazos mientras se levantaba.

—Nosotras tampoco hemos podido dejarlo —declaré—, no sé si te acuerdas.

—Sí, en fin, que te den, Arc. —Cogió la brocha y la movió con cada palabra—. Nosotras somos un puto desastre, pero se suponía que Violeta iba a conseguirlo para que viéramos que algún día nosotras también podíamos. ¿Qué coño cree que hace metiéndose otra vez? Ahora sí que no va a recuperar a su hija. Lo ha fastidiado todo, joder.

Jueves mojó la brocha en la lata, pero no secó las cerdas. La pintura sobrante goteó por la hierba hasta un grillo.

—Mierda. —Jueves soltó la brocha y ahuecó las manos en torno al grillo—. Ábreme la puerta, Arc. Voy a lavarlo.

En el fregadero de la cocina, rodeó al grillo con los dedos como una jaula, mientras el agua fresca resbalaba y la pintura azul bajaba dando vueltas por el desagüe.

—No te pasará nada, pequeño grillo —dijo—. Yo cuidaré de ti.

El insecto hizo una súbita tentativa de huida. Jueves trató de atrapar al grillo en el aire con las manos resbaladizas del agua, pero llegó demasiado tarde. El animal cayó al fondo del fregadero, y el agua lo alcanzó.

—¡No, no! —gritó Jueves, y volvió a intentarlo.

Lo último que vimos fue una pata que se agitaba justo antes de irse por el

desagüe.

—Joder. —Jueves se deslizó por los armarios hasta el suelo sujetándose la cabeza entre las manos—. Soy un desastre. No consigo hacer nada bien. —Pateó contra el suelo—. Intento salvar a un puñetero grillo y acabo matándolo al pobrecillo. ¿Qué coño voy a hacer con una niña? ¿¡Eh!?

—Vas a ser una madre estupenda —le aseguré.

—Sí, claro. Si Violeta no puede, ¿qué posibilidades tengo yo?

Alzó la vista al rincón de las mariposas.

—¡Toda esta mierda! —gritó, levantándose de golpe—, al carajo! —Arrancó los pósteres, los calendarios y las pegatinas de la pared—. «Ayude a los elefantes». «Contribuya a la protección de los grandes felinos». «Evite la extinción de los rinocerontes». ¿¡Por qué me mandan estas peticiones!? Yo no voy a hacer nada.

Cuando llegó al gran póster de la mariposa monarca, lo arrancó de la pared por las alas. Lo tiró al suelo y se agachó con él.

—Me gustaría ser el tipo de mujer que puede abrir el correo y permitirse mandar unos dólares en los sobres blancos —dijo—. Saber que formo parte de algo más importante, ¿sabes? Que estoy ayudando a salvar los colmillos de marfil de los cazadores furtivos. Que en el futuro podré decirle a mi hija que hice algo más que pirrarme por la droga. —Puso los puños a cada lado de la boca y añadió—: Tengo miedo, Arc. Tengo miedo de que mi destino sea ser un animal sin alas.

—Ese no es tu destino, Jueves.

Me senté a su lado.

Ella apoyó la cabeza en mi hombro y se puso a cantar despacio.

El vendedor de rosas me vino a decir:
Cuando este día acabe, ya no estaré aquí.
Sus manos como rosas se marchitaron.
Sus brazos como lirios se ensuciaron.
Ella desaparece sin un adiós, su cara ya no resplandece al sol.

—¿De qué es esa canción? —pregunté.

—De mi vida —contestó ella posando la mano en el vientre—. No es el primero, ¿sabes?

—¿El primer qué?

—Embarazo. —Se quedó en silencio antes de añadir—: Fue hace unos años. Lo perdí. Uf, suena como si hubiera perdido un recibo o un calcetín en la secadora.

Se secó la cara con la manga antes de sonarse la nariz, metiendo el pulgar por el agujero de la tela.

—Dicen que enterraron a mi bebé en la tierra —continuó—, pero yo la enterré en el cielo. Por la noche, me tumbé boca arriba, levanté la pala y cavé en el cielo echando paletadas de oscuridad por encima del hombro hasta que tuve un agujero de casi dos metros de hondo en las galaxias. Después de meterla dentro, la tapé con las estrellas y levanté una lápida del tamaño de la Vía Láctea. —Abrió los brazos a cada lado—. ¿Sabías que tenemos telescopios tan potentes que se puede ver la tristeza del cielo, Arc?

Miró el póster de la mariposa monarca tirado en el suelo. El ala izquierda se había roto.

—Se ha estropeado —afirmó.

—Solo en el lado salvaje —le dije—. Pero podemos pasarla al lado bonito.

Cogí la cinta adhesiva del estante, agarré la mariposa monarca y volví a pegarla a la pared.

—En el lado bonito —dije— las mariposas están a salvo. —Dejé la cinta y me arrodillé junto a ella—. Y esto que tienes en la ropa no son agujeros. —Le cogí la manga y la levanté hacia el techo, encuadrando la luz—. Son telescopios que apuntan a otros mundos.

Mientras ella miraba la luz, recogí uno de los sobres que había arrancado de la pared. En el interior había un impreso de donación para salvar a los orangutanes. Saqué el último dólar que me quedaba del bolsillo trasero, lo metí en el sobre y escribí el nombre de Jueves en el exterior.

Mientras lo cerraba, ella dijo:

—No tengo sellos, Arc.

—En el lado bonito no hacen falta.

Le mostré el franqueo pagado.

Ella se recostó contra la pared, y yo me senté reclinándome con ella.

—Serás una buena madre —declaré, poniéndole el sobre en las manos.

Ella se lo quedó mirando un par de minutos antes de decir:

—En 1987, los astrónomos vieron unos arcos gigantes. Tres. A unos 500 000 años luz.

—¿Arcos en el universo? —pregunté.

—Los llamaron arcos de luz en la inmensidad del espacio. —me contestó —. Se dice que los arcos brillaban con la potencia de 100 000 000 millones de soles. Acabo de darme cuenta de que te apuntaban a ti con el telescopio.

Se rio y yo me reí también, justo cuando el timbre agudo del teléfono sonó. Sin soltar el sobre, Jueves alargó la mano a la encimera y cogió el teléfono por su largo cable. Cuando dijo «¿Diga?», nadie contestó.

—¿Quién es? —susurró—. Me acercó el auricular al oído. Escuché una respiración y el sonido de algo que se movía al otro lado de la línea. Duró unos segundos, antes de que colgasen.

—Me llaman continuamente —declaró—. Nunca dicen nada. ¿Has oído la

respiración? No sé quién es. El otro día tuve un john raro. Cuando digo raro quiero decir muy raro. A lo mejor es él. No sé. A lo mejor no es ningún john. A lo mejor se equivocan de número. Solo una respiración e interferencias.

—Eso no eran interferencias, Jueves.

—Entonces, ¿qué era? —preguntó.

—Era el sonido del río.

Capítulo 33

Escapé de un hombre un día. Me llevé una alegría.
Poeta Narciso

Él quiso ir al Blue Hour. Pensé que sería un john llevadero. Entonces vi el crucifijo que tenía y supe que querría azotarme o algo peor. Fue lo segundo. Una vez que terminó, salí al sol sintiéndome como si llevase días en una habitación a oscuras.

Encontré a Cisi en la acera poniéndose más desodorante.

—Apestamos, Arc —dijo—. Apestamos como mamá, la tía Trébol, nuestra casa y el Blue Hour. Podría ahogarme con esa peste. Huele a todas las promesas que no hemos cumplido.

Se frotó la muñeca como si le doliese. Se le había corrido el abundante maquillaje que se había puesto. El delineador y el rímel estaban ahora en sus mejillas. El pintalabios de la mitad de la boca le había dejado unas tenues líneas rojas a cada lado. Tenía el pelo tan aplastado y tan grasiento que cualquiera habría dicho que había andado bajo la lluvia, de haberla habido. Y sus ojeras eran cada vez más oscuras, como si las noches se estrellasen contra ella.

—Arc —exhaló—. Dime algo bonito.

—No tengo nada bonito que decir.

Me llevé la mano al cuello dolorido.

—Háblame de las hermanas Trung —dijo.

—Cisi —contesté suspirando—. Estoy cansada.

—Por favor, Arc.

Cuando las sombras le oscurecieron la cara, pareció que las líneas del maquillaje eran grietas.

—En el antiguo Vietnam —empecé a relatar— hubo dos hermanas que se rebelaron contra el poder que quería adaptar la cultura vietnamita a la china. Siendo testigos del cruel régimen, las hermanas formaron un ejército de mujeres. Ese ejército hizo retroceder a las fuerzas chinas. Las hermanas Trung fueron proclamadas reinas.

—Reinas —repitió Cisi.

—Durante tres años gobernaron con total independencia. Actualmente, las hermanas se consideran heroínas en Vietnam. Hay calles con su nombre. Y

colegios. Incluso hay una fiesta nacional dedicada a ellas. ¿Por qué te gusta tanto esa historia, Cisi?

—Si ellas pudieron resistir a un ejército entero, a lo mejor nosotras podemos resistir a una ciudad entera.

Me metió el desodorante en el bolsillo mientras evitábamos el carrito de limpieza de Welt. Él tenía la cabeza gacha, con su larga melena caída por encima de los ojos. Había veces en que habría jurado que tenía los ojos azules. Otras veces, verdes. Ese día eran marrones como su camiseta.

Paró el carrito delante de nosotras. El chaleco de punto color malva se balanceó cuando cogió una toalla de manos limpia del primer estante. Al quedarnos mirando el guante de piel rojo, vi la punta dorada de lo que parecía un amuleto que asomaba.

Él gruñó, me acercó la toalla a la cara y me limpió suavemente la sangre del labio partido.

—Gracias. —Me aseguré de pronunciar despacio la palabra para que él pudiese leerme los labios.

Welt me dejó la toalla y se fue empujando el carrito.

Cisi me miró el corte y preguntó:

—¿Cuántos ríos crees que tomó ese hombre para llegar a Chillicothe, Ohio?

—No es tan mal tipo —dije.

—¿Porque te ha dado una toalla para limpiarte la sangre? El diablo también está en hombres como ese, Arc. Creo que tiene cámaras escondidas en las habitaciones para poder vernos con los johns.

—No digas cosas raras, Cisi.

—Hablo en serio —insistió ella, viendo cómo él se detenía delante de una de las habitaciones abiertas. Dejó el carrito y cogió una botella de lejía y un cepillo de fregar—. Me he enterado por las chicas de que una vez se le fue tanto la pinza que lo metieron en el manicomio. En su mirada hay algo al límite, Arc. Creo que es su cordura.

—Lo dices solo por el guante.

—Puede. ¿Nunca te preguntas qué esconde ahí debajo?

—A lo mejor no es algo que esconde —la corregí—. A lo mejor es algo que protege.

Antes de que pudiese decir algo más, sonó un claxon. Un pequeño coche amarillo paró junto a nosotras. Me incliné y miré por la ventanilla del pasajero abierta. Índigo me sonrió por encima de las cajas de ropa que había en el asiento delantero. Llevaba puesto su sombrero, con la larga pluma gris asomando por encima del cúmulo de raíces dispuesto alrededor del ala.

—Me imaginé que te encontraría aquí —dijo al tiempo que bajaba del coche.

Me fijé en que el asiento trasero también estaba lleno de cajas. Cisi se apartó y se apoyó en la pared del Blue Hour, observándonos.

—¿Te vas a trabajar a la torre de vigilancia contra incendios? —pregunté cuando Índigo me abrazó.

—Todavía no. —Sonrió—. Voy a casa de mi hermano. Vive en Iowa. Me ha conseguido un trabajo de correctora de libros de texto. Luego me iré a la naturaleza salvaje. ¿Por qué no me has llamado, Arc? Te he dejado un millón de mensajes en el contestador automático.

—No quería oír que te marchabas —contesté—. Ojalá te quedaras.

—Si me quedo —me dijo—, Chillicothe más yo multiplicado por el Blue Hour, menos cordura dividido entre el diablo, por un millón y una jeringuillas, es igual a una yonqui más. ¿Por qué no te vienes conmigo, Arc? Es difícil empezar de nuevo en un sitio en el que ya has acabado la última. ¿Sabes a lo que me refiero?

Miré hacia atrás a Cisi. Tenía la cabeza apoyada contra los ladrillos y los ojos cerrados de cansancio.

—Estoy atada a este sitio —dije.

—Temía que fueras a decir algo así. —Índigo alargó la mano al asiento trasero y sacó un libro de tapa dura grande.

—Ven aquí. —Se sentó en el bordillo de la acera—. Siéntate a mi lado.

Cuando lo hice, leyó la portada en voz alta.

Los descubrimientos arqueológicos más importantes de nuestro tiempo.

Apoyó el libro en las rodillas y pasó las manos por la fotografía de las pirámides de Egipto que aparecía en la portada.

—Tengo una cosa para ti.

Sonrió al abrir el libro. Dentro había más fotografías a todo color de hallazgos de Sudamérica, Mesopotamia y Oriente Medio. Cuando pasó la página de la fotografía de Petra, había un montoncito de tierra sobre el papel.

—¿Qué hace eso ahí? —quise saber.

—Tienes que cavar y ver lo que descubres. —Su sonrisa se ensanchó—. Adelante. Excava la página, Arc.

Me insistió hasta que utilicé el dedo como una pala diminuta y destapé un trozo de papel enterrado debajo.

—Léelo en voz alta —me instó ella.

Vacilé hasta que me dio un codazo.

—«Soy increíble» —dije, leyendo la nota con voz temblorosa.

—Lo eres —asintió ella.

Cuando pasó la página, había más tierra.

—Cava, Arc, cava.

Quité la tierra de la página y descubrí otra nota que decía: —«Soy asombrosa».

—También lo eres —afirmó ella.

En la siguiente página, la tierra dio paso a una fotografía del sarcófago de Tutankamón.

—Mira lo que has encontrado —dijo Índigo—. El descubrimiento del siglo.

—Yo no lo he encontrado.

—Pero podrías encontrarlo, Arc. Podrías encontrar eso y mucho más. La mayoría de los arqueólogos son hombres. Pero solo las mujeres saben cavar porque nosotras nos aseguramos de llegar al fondo. El problema es que nos arriesgamos a que los lados se nos vengan encima y entierren a quien pensábamos que seríamos. Puedes aspirar a algo más que esta vida, Arc. Ven conmigo y empieza de cero.

—Ya te lo he dicho. —Cerré el libro—. Estoy atada a este sitio.

—¿Sabes lo que tienes que hacer cuando estás atada? —Imitó unas tijeras con dos dedos y cortó el aire—. Podríamos trabajar juntas en la naturaleza salvaje. Dos mujeres más las montañas menos el hormigón.

—Dividido entre las hojas de los árboles —añadí—. Multiplicado por las estrellas del cielo.

—Es igual a una vida propia.

Lancé una mirada a Cisi por encima del hombro. Ya no estaba apoyada en los ladrillos con los ojos cerrados. Miraba la forma en que Índigo tenía posada la mano encima de la mía.

—No puedo.

Me retiré, apartándome.

—¿Y todos tus sueños? —preguntó Índigo.

—Hace mucho que dije adiós a mis sueños —respondí.

—En otra época —dijo ella, acariciándome la mejilla con la mano—, nosotras habríamos sido las cazadoras, Arc Doggs.

Nos levantamos, y cogí el libro que me puso en las manos.

—Quiero darte otra cosa. —Se llevó la mano al sombrero y arrancó un pedacito de una de las raíces—. Toma —Me metió el trocito de raíz entre los labios—. Para que tengas los pies en el suelo y te acuerdes de que eres una diosa poderosa y que nadie puede arrebatarte eso.

Deslicé la pequeña raíz desde mi lengua hasta el fondo de mi garganta y observé el libro, acariciando la portada con mis manos.

—Si cambias de opinión —dijo—, haré una parada en Los Magnolios antes de marcharme. John Theresa dijo que quería darme algo antes de que me fuera.

Miró más allá de mí a Welt. El carrito se encontraba ahora lleno de abultadas bolsas de basura. Welt se había detenido y nos observaba a las dos.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Índigo, apoyando la mano en la cadera.

—Está sordo —le dije.

—Ah. Mi primo tenía problemas de audición.

Cuando empezó a hablar por lengua de signos, me fijé en que Welt agarraba el mango del carrito tan fuerte que los nudillos de la mano descubierta se le pusieron blancos.

—Habla la lengua de signos, ¿no? —me consultó ella.

—Lo he visto hablarla.

Índigo volvió a intentarlo, esta vez moviendo las manos más despacio.

—¿Qué le estás diciendo? —quise saber.

—Solo le estoy saludando y preguntándole si nació sordo —respondió ella.

Finalmente, él levantó las manos en una serie de veloces movimientos. A continuación empujó rápidamente el carrito.

—Qué raro. —Índigo lo observó hasta que se detuvo en medio de la acera.

—¿Qué es raro? —pregunté—. ¿Qué ha dicho?

—No ha dicho nada, ha sido muy raro —contestó.

—¿A qué te refieres? Lo he visto mover las manos.

—Sí, las ha movido —asintió ella—. Pero es lo único que ha hecho. No estaba hablando en lenguaje de signos.

Welt se volvió poco a poco para mirarla, y su semblante me recordó un sueño que tuve una vez. En él, un gran objeto caía al río. Welt me recordó al agua que se quedaba en la orilla del río después de que la última onda se hubiese roto.

Capítulo 34

Adiós a mi alma, por el agujero se larga.
Poeta Narciso

Mientras el perro callejero ladraba de hambre desde su pedacito de terreno, vi la pluma gris arrastrada por la brisa y agitándose contra los ladrillos del Blue Hour. Al principio intenté convencerme de que se le había caído a un pájaro que volaba en lo alto. Pero cuando la cogí, estaba impregnada del olor de una chica a la que conocía.

—Debió de salir volando del sombrero de Índigo la última vez que estuvo aquí —dijo Cisi cuando se la enseñé. Estaba en su cuarto, mirando las nuevas ramitas que Trébol había puesto en la pared. Había tantas que llegaban del suelo al techo. El taburete que la tía Trébol utilizaba para subirse encima era ahora un elemento más del rincón.

—¿Vas a ir a pescar con ella? —preguntó Cisi a propósito de la pluma mientras me la quitaba de la mano y se sentaba en la cama—. ¿Vas a ir? —volvió a preguntar.

—Sí —contesté, recordando que la abuela Asclepia nos había dicho una vez que, si pescabas con una pluma, atrapabas un ángel. «Un ángel guardián», había dicho ella. «Para que te siga a casa».

—¿Pero no se enfadará Índigo? —me preguntó Cisi—. ¿Por mojársela?

—No si pesco algo increíble que le pueda enseñar. —Bajé la vista—. Si algún día vuelvo a verla.

—Volverás a verla —aseguró Cisi—. Solo tienes que deshacerte de mí, y entonces podrás marcharte de Chillicothe y ser libre. —Miró a lo lejos y soltó una risita—. Tú has encontrado una pluma. ¿Quieres ver lo que he encontrado yo?

Se levantó y se acercó a su armario. Se puso de puntillas, alargó la mano al último estante y bajó algo.

—Uno de mis viejos catálogos de bulbos —anunció, quitando el polvo de la portada—. Pensaba que los había tirado todos después de la muerte de la abuela Asclepia.

Llevó el catálogo a la cama. Lo abrió sentada de piernas cruzadas.

—¿Sabías que todavía teníamos esto? —preguntó mientras yo me sentaba detrás de ella. Pasé los dedos por su pelo suelto.

—Yo lo guardé —confesé—. Sabía que querrías conservar al menos uno. Leo tus poemas de vez en cuando.

—Era una poeta, ¿eh? —Rio entre dientes mientras leía en voz alta algunos de los versos—. *Solo puedes volar lo justo y nada más. El poder de una flor es que se eleva sobre lo que tiene alrededor.*

Empecé a trenzarle el pelo mientras ella señalaba las ilustraciones que había hecho de sus bulbos imaginarios.

—Un liripán. —Leyó la descripción que había escrito—. Una flor que tiene los colores y la risa del tulipán, pero la paciencia del lirio con la hierba alta. ¡Oh, mira esta, Arc! —Puso el dedo en el dibujo a rotulador de una flor naranja intenso con pétalos largos y finos de tonos azules—. La campana de primavera es delicada. Le gusta que la toquen, pero no soporta que se olviden de ella. Se recomienda regarla con agua del río.

—Era la flor favorita de la abuela Asclepia —dije, continuando con la trenza—. Estás perdiendo pelo, Cisi.

—Lo sé.

—Es porque no comes nada. No te alimentas bien.

—Tampoco me encuentro ya más venas en los brazos —declaró ella—. ¿Crees que una manzana al día me ayudará, Arc? No tengo dientes para comer esa fruta.

Abrió la boca, y miré el interior podrido.

—Por eso me da miedo mi reflejo —confesó. Se rascó la mejilla y le salieron unas pequeñas llagas—. Dime, Arc. ¿Todavía tengo los diez dedos?

Se los conté mientras ella repetía los números.

—Puede que algún día te pida un favor —afirmó—. Que me abraces mientras desaparezco. ¿Sabes qué sonido oigo a todas horas? El de las alubias que la abuela desenvainaba en el cuenco metálico. El *clac, clac*. Entonces me doy cuenta de que no es ese sonido, sino el de la lluvia que cae en las piedras de la orilla del río.

—Tienes que salir de casa —le dije—. Ven al río conmigo. Pescaremos juntas con la pluma.

—Las colinas ahora son empinadas como cien mil millones de resuellos —declaró—. No puedo subir algo tan alto. —Presionando el catálogo contra el pecho, se tumbó y añadió—: Envidio a la mujer que no está cansada. Si es que esa mujer existe.

Antes de irme, la tapé con una manta.

—*Clic-clac, clic-clac* —susurró ella, cerrando los ojos.

Cogí la pluma y salí al pasillo. Seguí la cuerda vieja y sucia hasta la lata que la tía Trébol sostenía en la mano en el sofá. La tele estaba encendida; esta vez los leones y los ñus salvajes del Serengueti corrían por la pantalla.

—No entres en el cuarto de Cisi con más ramas ahora —le dije a la tía

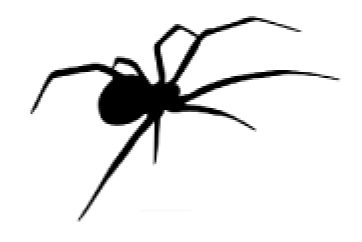
Trébol—. La molestarás. Está durmiendo.

Trébol me miró brevemente, pero se volvió de nuevo hacia la llama que sostenía debajo de una cuchara.

—¿Adónde vas? —preguntó.

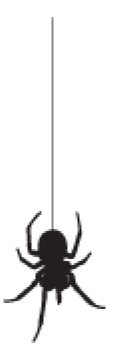
—Al río.

Volvió a mirarme rápidamente.



—Deja de ir allí —me ordenó, en un tono acorde con su ceño fruncido—. El río no es sitio para una mujer con la sangre embrujada como la tuya. Con solo abrir la boca, te arriesgas a dejar escapar los fantasmas. Y sé lo mucho que te gusta ver cosas flotar.

Di un portazo tras de mí y salí al porche. Cuando me estaba guardando la pluma en el bolsillo trasero, lo vi apoyado en su coche negro. Se hallaba de cara a la casa, cruzado de brazos, los ojos ocultos detrás de unas gafas de sol. Me pregunté cuánto tiempo llevaba allí. Mientras yo bajaba los escalones del porche, él cruzó la calle y se acercó hasta mí en el linde del jardín.



Cuando se quitó las gafas de sol, aparté la vista de aquellos ojos que parecía que contuviesen petróleo negro.

—Creo que hoy es un día que no olvidarás —dijo agarrándome el brazo y arrastrándome por la calle hasta su coche.

Al meterme en el vehículo de un empujón, me golpeó la cabeza con la parte superior de la puerta. Alargó la mano hacia el bloque de hormigón que había en la alfombrilla. No vi el sedal atado a él, ni el anzuelo de la punta, hasta que me lo introdujo en el pulgar.

—¡Joder! —grité.

—Creo que he pescado a una perra, ¿eh? —dijo riendo, y tiró del sedal antes de cerrar la puerta de golpe. Mientras él rodeaba el coche hasta el lado del conductor, traté de quitarme el anzuelo, pero tenía la lengüeta clavada demasiado hondo.

—¡Eres un puto cabrón enfermo! —chillé cuando él se puso al volante.

—Tenía que asegurarme de que te estabas quieta —contestó, arrancando el motor—. Y no me manches el asiento de sangre. Me da la impresión de que llevas dentro el SIDA de un condado entero.

—¿Adónde me llevas? —pregunté mientras él pasaba por delante de la fábrica de papel.

Miró hacia la parte trasera y acto seguido me sonrió. En el asiento había una bolsa de lona blanca, y parecía que contenía algo grande en su interior.

—Mi perro —dijo—. Ha muerto hoy. Lo tengo desde que tú eras una niña. No hacía más que aullar y aullar. Iba a enterrarlo en el jardín, pero como tú siempre estás escarbando en la tierra, he pensado que sabrías de buenos sitios para cavar. ¿Y si lo enterramos en el sitio donde encontraste a la primera chica? —dijo—. No me acuerdo de su nombre.

—Harlow. Se llamaba Harlow —dije, viendo cómo me caía sangre a chorros por la parte interna de la muñeca.

—A veces pienso que no tenían nombre.

—Tenía los ojos marrones —continué, girándome hacia él—. Le gustaban los pájaros. Iba a viajar montada en ellos a algún sitio cálido. La encontraron con morados por todo el cuerpo y cortes y tajos que según tú le había hecho el río. A lo mejor eso te ayuda a recordar su nombre.

—Qué va, lo dudo —negó él—. No es un buen día para que recuerde nada de eso.

Miré una vez más al asiento trasero y vi la hoja de la pala detrás de la bolsa. Mientras él daba golpecitos con los dedos en el volante, yo apreté los dientes para contener el dolor y vi cómo la pata de conejo se balanceaba de un lado a otro colgada del llavero.

Al verme mirando, él dijo:

—Cuando le cortas a una mujer el pie se convierte en una pata de conejo. Todas las mujeres empiezan su vida siendo conejos. Criaturas pequeñas y asustadas que corren como tontas a la jaula. Ahí tienes una perla de sabiduría de Chillicothe, Ohio. La clase de sabiduría que se te pega a la suela del zapato como el barro.

Se desvió bruscamente de la carretera y aparcó entre los árboles, un sitio tan escondido que las puntas de las ramas se arrastraron por el techo.

—A partir de aquí iremos a pie —anunció.

Cuando bajó del coche, se sacó unos alicates del bolsillo y partió el anzuelo, pero no sin antes tirar del sedal hasta que grité. Mientras yo me

agarraba el pulgar contra el pecho y la sangre me empapaba la camiseta, me pregunté lo rápido que él podría correr. Lo rápido que yo podría correr.



—No lo bastante rápido —dijo leyéndome el pensamiento, y sacó la bolsa del asiento trasero junto con la pala, que me obligó a llevar.

Me hizo andar delante de él, arrastrando la bolsa tras de nosotros.

—Crees que soy un monstruo, ¿verdad? —declaró.

—Sé lo que eres —aseguré.

—¿Qué soy?

—Una araña —respondí—. Trepas por las paredes y esperas en las esquinas algo que atrapar. Los espejos se rompen a tu alrededor.

—¿Ah, sí?

Se hizo un silencio en el que resonó el crujido de nuestros pasos sobre los palos y las piedras del suelo.

—Cuando era niño —empezó a recordar— me clavé una astilla de una tabla podrida que mi padre estaba utilizando para clavar la cadena del perro a un lado del establo, para que el animal dejara de andar por ahí. Durante toda esa noche, intenté sacarme la astilla mientras el perro aullaba.

Él también aulló.

—Al día siguiente —continuó— intenté sacarme la puñetera astilla otra vez, pero la piel se la había tragado entera. Toda mi vida, la espina ha estado volviendo a la superficie. Eso es lo que es. Algo podrido que vuelve a la superficie. No hay nada más natural.

Dejó caer la bolsa al suelo y se secó el sudor de la frente.



—Este sitio —dijo, atravesando los arbustos y hundiendo los zapatos en la arena de la orilla del río—. Aquí es donde lo enterraremos.

Levantó la vista del suelo hacia mí.

—Empieza a cavar, perra —ordenó.

Clavé la hoja de la pala. La tierra estaba llena de las raíces de los árboles que crecían en las inmediaciones y era difícil de deshacer.

—El departamento de policía recibió una carta anónima —declaró quitándose la chaqueta del traje y colgándola de una de las ramas bajas—. Era sobre mí. Los detalles de la carta eran generales, por decir algo.

No alcé la vista de la tierra y seguí cavando, pero agarré más fuerte el mango con las manos.

—En la carta ponía que la policía debía investigarme a mí y mi conducta en el pasado. Que había cometido delitos de depravación. —Se acercó más—. ¿Sabes quién pudo haber escrito esa carta? —me soltó.

—No —contesté—. No lo sé.

Él abrió la bolsa y sacó el cuerpo del perro. Era color canela, con el pelo largo y las orejas caídas.

—Pensaba que habías dicho que el perro murió de viejo —dije, viendo la sangre en la boca del animal.

—Bueno, era viejo cuando murió, eso es verdad.

Empleó la bota para echar al perro al agujero de una patada.

—Entiérralo —mandó.

Empecé a manejar la pala, pero él me la quitó de un tirón.

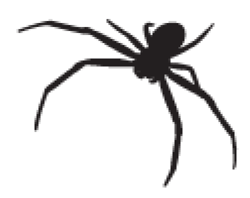
—Entiérralo como la puta que eres —me espetó—. De rodillas.

Me agaché en el borde del agujero y usé las manos para arrojar la tierra sobre el pelo del perro.

—Las tiernas vueltas del entierro. ¿Sabes lo que es eso, Arc? Coges la tierra, haces un círculo con ella y la dejas caer otra vez a la tumba.

Cogió un puñado de tierra, se giró con la pala hasta que estuvo a punto de darme en la cabeza y lanzó la tierra, no al agujero sino a mí.

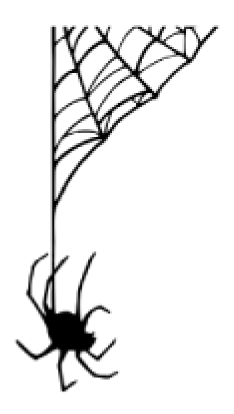
—Me gustaba ese perro —dijo—. Pero debes saber algo, Arc. —Soltó la pala al suelo—. El maldito no paraba de aullar y aullar, y de hacer toda clase de ruidos.



Cuando la sombra me pasó por delante dejé de empujar la tierra y, al levantar la mirada, vi la boca del cañón de su pistola apuntándome.

—Un hombre se levanta a cada instante —afirmó—. Un niño vive en la palma de su mano, y una mujer le coge los dedos y se los lleva a los labios, suplicando que la deje vivir. Suplica que te deje vivir, Arc Doggs.

Mientras él ponía el dedo en el gatillo, cerré los ojos. Cuando el arma disparó, mi cuerpo entero se puso a temblar, y me pregunté por qué no dolía recibir un tiro en la cara.



—Abre los ojos, tonta del culo —me ordenó.

Cuando lo hice, el mundo no estaba teñido del rojo de mi sangre. No se desvanecía a mi alrededor. El sol era igual de radiante que antes de que saliese la bala. Me miré la camiseta esperando ver pedazos de mí misma esparcidos y cayendo en ella. Pero lo que vi no fue una herida en mi cuerpo. Estaba en el cuerpo del perro. Tendido en la tumba, el animal tenía el pelo desgarrado por la bala. No salía sangre, sino relleno blanco.

—¿El perro no es de verdad? —pregunté, justo antes de que la araña me agarrase.

Me derribó al suelo inmovilizándome los brazos bajo sus rodillas. Cogió un puñado de tierra suelta de la tumba. Con la otra mano, me sujetó la boca obligándome a abrirla.

—Di lo que te hice —me mandó con voz aguda—. Dilo.

—Entrabas en mi cuarto de noche.

Espiró y frunció los labios poniendo los ojos en blanco bajo los párpados que se cerraban.



—Dilo otra vez.

—Te metías en mi cama. Y me…

Abriéndome la boca del todo, me metió la tierra.

—Entiérralo —me mandó.

Escupí la tierra y chillé:

—¡Ni hablar!

Cogió otro puñado. Esta vez, después de metérmelo en la boca, me tapó la nariz con la mano. Escupí toda la tierra que pude entre sus dedos. Respirando con dificultad, noté las piedrecitas en el fondo de la garganta. Se caían cuando inspiraba.

—¡Entiérralo, perra! —Su grito era fuerte y profundo.

Traté de soltarme, pero me apretaba la cara tan fuerte que pensé que la cabeza me iba a explotar entre sus manos y la tierra.

—Me violabas…

—¡Entiérralo! —gritó.

Tragué más tierra. Me llenaba la garganta hasta que empecé a atragantarme. Entonces él apartó las manos y las rodillas. Jadeando, me arrastré hasta la orilla del río y cogí agua para llevármela a la boca. Mientras yo seguía tosiendo, él se arrodilló detrás de mí y susurró:

—¿Lo has enterrado, Arc Doggs?

Me puso la mano delante de la cara, mientras un buen montón de tierra se escurría entre sus dedos.

—Sí —respondí.

—¡No te oigo! —chilló—. ¿Lo has enterrado?

—¡Sí! —Mi voz resonó en el agua—. ¡Lo he enterrado, hostias!

—Buena chica.

Se levantó y tiró la tierra al río.

Me miró cuando me desplomé boca abajo.

—¿Qué es eso? —preguntó, metiéndome la mano en el bolsillo trasero—. ¿Por qué tienes esto?

—Para pescar un ángel. —Pegué la cara al suelo.

—Los ángeles no existen, Arc Doggs. —Lanzó la pluma al agua—. Lástima que no salte como una piedra. Solo flota, como una mujer boca abajo.



Capítulo 35

Si me voy antes de hora, búscame en la luna sin demora.
Poeta Narciso

—Nunca reces de rodillas, niña —decía la abuela Asclepia—. Si lo haces, llegará un momento en que no podrás levantarte.

Cuando Cisi empezó a rezar, lo primero que hizo fue ir a la tienda de manualidades con unas tijeras en el bolso y cortó un trozo de hilo rojo. Lo sostuvo en su cuarto entre las manos, con la punta colgándole hasta las muñecas, como nos había enseñado la abuela.

—¿Por qué tenemos que rezar así, abuela? —le preguntamos.

—Porque la mayoría de las veces Dios es un pájaro. Es un pájaro, y se va volando de la tierra. ¿Qué es lo que más les gusta a los pájaros? —Movió un trozo de hilo en el aire por encima de nosotras hasta que pareció que se retorcía—. Los gusanos. Si sujetáis uno entre las palmas de las manos, Dios lo verá cuando vuele por encima de vosotras. Bajará, se posará en las puntas de vuestros dedos y se llevará el gusano que le regaláis mientras habláis.

Cuando le pregunté a Cisi por qué rezaba, contestó:

—Para que encuentres lo que buscas en la tierra, Arc. Para que Jueves tenga gemelas. Para que los caballos que corren debajo del suelo en la fábrica de papel sean libres. Para que Violeta vuelva a traernos dónuts y huela tan bien como antes. Pero, sobre todo, rezo para dejar de tener los labios tan secos.

Se pasó la lengua por las grietas sangrantes de la boca. Yo saqué el pintalabios del bolso y empecé a ponérselo.

—Solo en el labio de abajo, Arc —me indicó—. Somos la mitad de lo mismo, ¿recuerdas? No puedo quitarte tu mitad. Y tú no puedes quitarme la mía, o una de las dos dejará de existir.

Miró por la ventana por encima de mi hombro y dijo:

—Es la descarriada.

Retiró los pantalones de papá para que pudiésemos ver a Enaguas andando por el jardín. La gata bufó al bloque por delante del que pasó e incluso le dio con la pata para asegurarse de que no era más que un trozo de hormigón.

—Nunca nos perdonará —declaró Cisi—. Le hemos arruinado la vida.

Enaguas ya había dado a luz una camada para entonces. Lo sabía por la forma en que su vientre, antes tirante, colgaba más bajo y se había quedado pelado. No sabíamos dónde estaban sus gatitos ni qué suerte habían corrido. Lo único que sabíamos es que había dado a luz y los había amamantado y

criado lo mejor que había podido en el mundo que se le había concedido. Entretanto, se había asilvestrado y no se separaba de la valla metálica tirada de lado en el jardín. Nosotras éramos las responsables de eso.

Cisi se apartó, dio los pocos pasitos que la separaban de su cama y se dejó caer en ella.

—Estoy cansada de este mundo, Arc. No paro de pensar en papá.

—Por eso estás tan cansada —aduje—. Pensar en un muerto es agotador.

—No puedo dejar de pensar en lo que él nos dejó el día que murió. Una botella de refresco caliente en la mesa de la cocina. Una chocolatina que había empezado pero que no terminó. Todavía no sé si no era nada o si era todo un tesoro.

Se hizo un ovillo. Tenía la cara más enjuta, y las mejillas hundidas hacían que los ojos enrojecidos le sobresaliesen. Además, había estado rascándose la piel. Las nuevas llagas parecían heridas salvajes en contraste con las viejas. No se lo dije, pero había empezado a oler, por mucho desodorante que se ponía. Igual que la tierra olía bajo mis uñas después de desenterrarla.

—Échate conmigo un rato, Arc.

Estiró los brazos y me recordó mucho a mamá.

—Voy a ver cómo está Violeta —dije, apartándome.

Ella levantó la cabeza de la almohada.

—¿Por qué te has alejado de mí? —quiso saber.

—No me he alejado de ti.

Bajé la vista.

—Más vale que tú también empieces a rezar, Arc. A rezar por el perdón de tus mentiras.

Cuando se dio la vuelta, las ramas de la pared proyectaron sombras en su cara.

En el pasillo me crucé con mi tía, que iba a la habitación de mamá. Le llevaba un trozo de pan untado de mantequilla de cacahuete.

—Toma, Addy —dijo, abriendo la puerta de mamá—. Un buen plato de sopa de patata, un montón de panecillos, una cucharada de guiso de judías verdes…

Mientras la tía Trébol recitaba de un tirón todos los platos que aquel sándwich no era, me marché. Enaguas se había ido del jardín lateral de la casa al de la parte delantera.

—Hola, bonita. —Alargué la mano. Ella me bufó y me arañó el dorso. Me vio subir a la camioneta, pero cuando arranqué su ruidoso motor, se escabulló alrededor de la casa. Yo sabía que se escondería detrás de la valla metálica caída, sus ojos acechando como dardos hasta que estuviese lo bastante agotada para cerrarlos.

Salí rápido de la entrada. Las hojas de los árboles todavía poseían el color

verde claro de la primavera, pero habían empezado a oscurecerse en las zonas en las que el verano se estaba apoderando de ellas. La estación de las lagartijas y las serpientes, en la que las llanuras eran de tierra vegetal y las cumbres eran para la niebla. Pronto la vara de oro bordearía las carreteras rurales, mientras el río corría perezosamente por debajo de las ramas duras como la gente que consideraba Chillicothe su hogar.

A veces, estando en la camioneta, pensaba en cómo sería seguir conduciendo, más allá de los lugares familiares, hasta un terreno desconocido. Uno en el que no viese chimeneas en el horizonte, ni el humo que salía de ellas. Si agarraba el volante lo bastante fuerte, lograría atreverme a pisar el acelerador, pero entonces pensaba en Cisi. Levantaba el pie y volvía a las carreteras de siempre.

La caravana de Violeta estaba al pie de dos colinas, en una finca de seis acres. Era de metal blanco con una tira roja. Se la alquilaba a un tipo que tenía varias propiedades destartaladas en la zona. La de ella estaba en un camino de tierra, el tipo de parcela en el que se veían sofás en el jardín, mientras gallinas abandonadas se paseaban por ahí y había perros encadenados a casas de las que nunca salían.

Después de aparcar la camioneta, me quedé un instante fuera, inspirando hondo. Cada vez que había estado allí, me llegaba un olor a vainilla o a canela de la caravana. Lo único que olí entonces era el humo de los vecinos que quemaban sus colchones.

Violeta había mantenido la finca limpia y ordenada, e incluso había puesto un felpudo en la puerta. Pero desde que había empezado a peinarse otra vez hacia atrás, su jardín me recordaba un viejo campo en el que habían dejado crecer la hierba para que ocultase todas las cosas que indicaban que una mujer había vivido allí.

El coche negro de él estaba aparcado en la grava junto al de ella. Me dirigí a la puerta sin hacer ruido. Estaba abierta, pero la mosquitera se hallaba cerrada. Pegué la oreja y solo oí el silencio antes de que la voz de él susurrase:

—¿Has venido a embrujar esta casa, Arc Doggs?

Retrocedí cuando la araña salió.



—¿Qué haces tú aquí? —pregunté, mirando el guante de látex azul que llevaba.

La parte trasera de la camisa le asomaba ligeramente de los pantalones, y la

cadena de oro le quedaba pegada al cuello. En algunas zonas, había tanto pelo enroscado que no se veía la cadena debajo.

—He venido de visita. —Se quitó el guante y lo metió en el bolsillo del pantalón—. ¿Cómo te ha ido desde que enterramos a mi perro? ¿Has encontrado más cuerpos en el río?

—¿Estás bien, Violeta?

Me disponía a entrar, pero él me cerró el paso.

—Pareces una bonita mariposa.

Me pasó su largo dedo por la mejilla. Me acordé de aquellas noches en la cama cuando era niña, en las que él entraba en mi cuarto y me decía lo mismo.

—No me toques. —Me aparté bruscamente y grité el nombre de Violeta por encima de su hombro.

—Está bien. —Él sonrió—. Pero no sé lo bien que estará después de verte a ti. A lo mejor acaba en el río como tus otras dos amigas. ¿Qué dices, Arc? ¿Vas a tirarla a ella también al río? Es muy raro, ¿no te parece? —Dio vueltas al chicle en la boca con la lengua al tiempo que se acercaba—. Que tú encontraras los dos cuerpos. ¿Puedes decirme sinceramente que no has tirado a nadie al río?

Me hizo retroceder hasta que estuve contra la barandilla, mientras sus largos brazos se acercaban a mí. Aparté la vista y vi que la sombra proyectada en el suelo no era la de un hombre con dos brazos, sino la ya conocida de ocho patas.

—Lárgate.

Lo empujé hacia atrás. Cuando empezó a estirar otra vez los brazos hacia mí, metí la mano en el bolso.

—¿Qué tienes ahí dentro? —quiso saber.

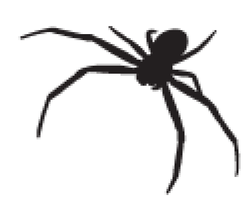
—Una pistola.

—No te creo —dijo.

—¿Quieres averiguarlo? —pregunté—. Podría dar muchas complicaciones.

Él se pasó los dedos por el pelo. A continuación se inclinó y susurró:

—Te visito todas las noches cuando cierro los ojos. Como cuando eras pequeña. Te follo una y otra vez. No puedes hacer nada para impedírmelo.



Cuando se fue riendo a su coche, me temblaba tanto la mano que el bolso se sacudía con ella dentro. Esperé a que se marchase para soltar el pintalabios que había estado aferrando.

—¿Violeta?

Me sequé los ojos y abrí la puerta de golpe. La caravana estaba sembrada de basura. Parecía que hubiese entrado un animal y hubiese arañado el papel pintado beis y rosa claro con las garras hasta hacerlo trizas. Había platos abandonados en todas las superficies disponibles, y en los alféizares había vasos de restaurantes de comida rápida alineados.

—¿Dónde estás, Violeta?

Siguiendo la cerveza que goteaba de una lata volcada en la encimera, la encontré. Estaba desplomada contra los armarios bajos. Hacía días que no se cambiaba de ropa, y parecía que hubiese empezado a aplicarse los vivos colores de su sombra de ojos, pero hubiese decidido pintarse unas líneas largas a cada lado de la cara.

—Hola, Arc —me dijo, mientras yo apartaba la jeringuilla y el cinturón con el pie—. ¿Has traído coronas para que nos las pongamos, Arqui, Arc, Arc?

Tenía el pelo grasiento peinado hacia atrás de tal manera que el tatuaje del cuero cabelludo ya no se veía.

—¿Por qué ha venido ese policía? —quise saber.

—Estábamos hablando.

Se apoyó en el armario para levantarse.

—Es un depredador, Violeta. Por algo lleva el perfume del infierno.

—Cuando deje de llover, dejaré de hablar con él.

Se dirigió al sofá con los brazos colgando como si fuesen de trapo.

—¿Qué le has contado?

—Nada. —Me hizo retroceder—. Solo quiere saber algunas cosas. Quién es esta y quién es aquella. Qué hacen. Cosas así.

—Ya sabes lo que les pasa a las que se chivan, Violeta. Como el Carreteras o alguno como él se entere…

—Ha dicho que si yo hiciera algunas cosas por él, podría ayudarme a recuperar a Hierba.

Se dejó caer en el sofá.

—Solo te está utilizando —dije—. No va a ayudarte.

—Dice que debo tener cuidado contigo, Arc. Que tú mataste a Harlow y a Nell Salvia.

—Quiere que parezca que estoy loca, nada más —me defendí—. No le creerás, ¿verdad?

—Seguro que llevas jaco en el bolso, ¿a que sí? —Me miró—. Vamos a meternos.

Aparté las cosas que se interponían en mi camino para llegar a la cocina.

Los libros de cocina que antes estaban en el estante ahora se encontraban tirados en el suelo, y sus recetas hechas pedazos.

—¿Por qué lo tienes todo en el suelo? —pregunté.

—Un animal silencioso anda por casa de noche —contestó—. Dejo las cosas en el suelo para oírlo moverse.

—¿Dónde está la batidora? —pregunté.

El sitio en el que solía estar se hallaba ahora lleno de cajetillas de cigarrillos vacías.

—La vendí —respondió.

Vi que algunos de sus moldes para magdalenas también habían desaparecido. Y el horno, del que antes salían sus deliciosos pasteles y tartas, estaba ahora lleno de envases de leche vacíos y cajas rotas.

—¿Por qué te has deshecho de todas tus cosas? —quise saber—. Las vas a necesitar.

—Lo que necesitaba era el dinero. —Se dio un manotazo en las rodillas y me recordó a mamá—. A veces lo único que te queda es ser guapa y lo bastante buena para no gritar cuando te dan unos azotes —dijo—. Nos pasamos la vida arreglándonos, Arc. Nos peinamos y nos ponemos elegantes. ¿Para qué? ¿Para vivir cien años horribles? No, gracias.

La nevera estaba abierta. La poca comida que había dentro se había calentado y echado a perder. Cerré la puerta solo para librarme del hedor. Vi una foto de Violeta con Hierba sujeta con un imán en la puerta.

—¿Tienes algo que puedas darme, Arc? —La voz de Violeta llegó flotando —. ¿Puedes darme un poco? Él no me ha traído suficiente.

—¿Fue ese policía el primero que te dio la droga para que la guardaras? —pregunté, pasando otra vez por encima de la basura hasta la sala de estar.

—No importa —declaró ella, moviéndose de un lado a otro en el sofá—. Nada de eso importa.

—Mira, Violeta. —Me arrodillé enfrente de ella—. Esto solo es un revés. Has pasado por esto antes, ¿vale? Y siempre sales. ¿Vale, Ojos de Mariposa?

—Esta vez no, Arc. Pero ¿sabes qué? Ahora tengo menos miedo que cuando estaba sobria. Porque entonces temía cagarla todos los días. Me daba pánico recuperar a Hierba, que todo marchara bien y fuéramos felices, pero que un día la cagara y ella estuviera ahí para verlo. Ahora ya la he cagado. No me da miedo hacerlo más. Así que pienso quedarme donde estoy y seguir cagándola, porque estaba condenada a cagarla de todas formas.

—No —repuse—. Ibas a comprar ese local. A abrir tu negocio de repostería. Iba a ser azul y rosa, ¿recuerdas? El color del algodón de azúcar que una vez te comiste en la feria. Los mostradores iban a ser del color del pudin de pistacho que comía tu padre. E iba a haber tarros con claveles.

—La flor que le gustaba a mi madre.

Ocultó los ojos tras los párpados cerrados.

—Exacto. Y los niños que vinieran se sentarían en los taburetes altos columpiando las piernas, y tú pondrías una pizca de azúcar moreno en los

rincones para dar de comer a los dioses que velan por las mujeres que se niegan a fracasar. Como tú, Violeta. —Le apreté la mano hasta que abrió los ojos—. No tires todo eso por la borda.

Ella asintió con la cabeza mientras yo me sentaba en el sofá a su lado y le pasaba el brazo por los hombros.

—Podemos superarlo —aseguré—. A veces la alegría se esconde. Solo hay que encontrarla. Eso es lo que está haciendo ahora, escondiéndose. La encontraremos.

—No estoy segura, Arc. Y tampoco estoy segura de que vaya a volver a encontrarla. —Se frotó la cara—. Yo pensaba que la droga se tomaba en el instituto, ¿sabes? No después de ser madre. El parto de Hierba fue muy doloroso. ¿Te lo he contado alguna vez? Fue muy difícil. El médico dijo que tenía algo que podía ayudarme. Yo pensaba que si un médico te lo daba, no podía ser malo. Pastilla tras pastilla, pensaba que me harían mejorar como el médico me decía, pero se convirtieron en algo que no podía abandonar, ni siquiera cuando él dejó de recetármelas.

»La primera vez que alguien me ofreció heroína, pensé que había dicho golondrina y me acordé de los pájaros del delantal de mi madre. —Violeta levantó los brazos y los agitó como unas alas antes de bajarlos al regazo—. Su delantal era azul intenso. Cuando le caía harina o azúcar glas, mamá pasaba la mano por la tela y decía que estaba dando de comer a las golondrinas. Pensé que algo que sonaba así no podía ser malo.

Se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—Cuando estaba en el instituto —dijo—, ella tuvo un accidente de tráfico. Mi madre murió con el cristal del parabrisas en la cara. Después de eso, yo encendía el horno solo para notar el calor que salía. Para que volviera a parecer su cocina. Cada vez que ella preparaba una tarta, abría el paquete de harina y se ponía a cantar. Yo pensaba que la canción estaba en la propia harina.

»Cuando ella murió, abrí la harina de la despensa, pero no salió ninguna canción. Intenté buscarla. Cogía el dinero que ganaba haciendo de canguro y compraba un paquete tras otro, pero nunca encontraba su canción. Me parecía una lástima que se echara a perder toda esa harina. Por eso me aficioné a la repostería. Todos estos años solo he intentado encontrar a mi madre. Preparaba magdalenas y galletas, pero el silencio siempre estaba allí. Nunca encontré su canción, ni la mía.

Mientras Violeta reclinaba la cabeza en el sofá y miraba al techo, yo volví a la cocina. Buscando entre los restos, encontré una bolsa de pepitas de chocolate a medio usar que me llevaron hasta un montón que había en la despensa. El paquete de harina se había derramado al suelo. Lo recogí, quité la foto de Violeta con Hierba de la nevera y la metí dentro del paquete. Lo dejé sobre su regazo y me situé detrás de ella, pasándole los dedos por el pelo

grasiento.

—Mi madre ha sido yonqui casi toda su vida —confesé—. De niña creía que un día se levantaría y ya no lo sería. Intenté ayudarla de la única forma que sabía. Cogía cosas pequeñas. Una cuchara, una pinza, un tapón de rosca. Las ponía en el borde de una mesa y las hacía caer, fingiendo que eran las cosas malas de su vida y que si se caían y se alejaban de ella, todo iría bien y ella dejaría de hundirse. Al ver que eso no pasaba, empecé a pensar que era porque no me quería suficiente. Empecé a odiarla. Pero cuanto más odiaba a mi madre, más me odiaba a mí misma. Esas cosas están relacionadas, ¿sabes? E incluso cuando estoy en una habitación llena de gente, siempre me sorprende lo sola que puedo sentirme, porque la única persona a la que necesito no está allí. Una hija es una mujer perdida en el mar. Una madre es quien la salva. Pero si no está allí, la hija siempre estará perdida.

Le hice a Violeta la raya en el pelo y deslicé el dedo por las palabras tatuadas.

—Si no quieres hacerlo por ti, Violeta, desengánchate al menos por Hierba.

Ella miró el paquete de harina que tenía en el regazo.

—¿Está mi canción aquí? —quiso saber.

—Sí —contesté mientras rodeaba el sofá y me sentaba a su lado. Dejé el bolso en la mesa de centro. Ella lo miró un instante antes de abrir el paquete de harina, meter la mano y sacar la foto. Se la quedó mirando como si le costase reconocer a la chica que aparecía en ella.

—Mi abuela solía decir que en la vida hay un lado salvaje. —Le cogí la foto a Violeta y le di la vuelta—. Pero también decía que puedes volver bonito el lado salvaje. —Le di la vuelta una vez más para ver las caras sonrientes de Hierba y de ella.

—Es una idea bonita, Arc —dijo Violeta—. Pero una idea nada más.

Tiró el paquete de harina del regazo y estiró el brazo para coger mi bolso. Rebuscó en él hasta que encontró lo que buscaba.

—Esta es mi canción. —Levantó la bolsita—. Esto es lo que me canta.

Capítulo 36

Si cantar me veis, es por el rey.
Poeta Narciso

El john nos llevaba al Blue Hour. Tenía una furgoneta vieja. Los vaqueros cortos se me estaban pegando a la piel del sudor. El aire acondicionado no funcionaba, dijo él, y ese verano hacía cada vez más calor.

—Es la primera vez que pago por sexo. —Tenía una sonrisa torcida—. Las chicas de la calle siempre me parecen sucias, ¿sabes? Pero tú… —Me miró—. Tú tienes buen aspecto. El que la encuentra se la queda.

Me agarró la nariz y la pellizcó.

Cuando me había subido a la furgoneta, me había dicho lo mismo. En lugar de tocarme la nariz, me había apretado la cara interna del muslo.

—Qué gracioso.

Apreté los dientes, apartándome.

La textura de su piel me recordaba la de la fruta cocida, incolora, hervida. Tenía el pelo castaño oscuro. Un tinte temporal. Lo sabía porque el sudor le corría por la cara, y el color le corría con él. Supuse que su tono natural era claro como sus pestañas.

—Oye —dijo, mirándome—. Tienes unos ojos muy raros. No será por una de esas enfermedades de transmisión sexual, ¿verdad? ¿Un síntoma o algo así? Te aseguro que no tengo ni putas ganas de pillar una de esas.

—No —respondí—. Estos ojos no son de la calle. Nací con ellos.

Mascaba chicle y asomaba la punta entre los labios. Cuando le pregunté por qué lo hacía, me contestó: «La cola de la rata» y rompió a reír.

—Es una tontería que mi abuelo me dijo una vez —me contó—. Dijo: «¿Por qué siempre sacas el chicle, muchacho? Parece que estés masticando la cola de una rata».

Imitó una voz que supuse que sonaba como el resuello de su abuelo. A mí me sonó como si le hubiesen metido una cuerda por la garganta y le costase respirar.

Cuando vio que le miraba la marca de nacimiento roja que tenía en el pescuezo, se subió el cuello y dijo: —En el colegio se burlaban de mí por culpa de estos lunares. Me ponían en ridículo. Cometí el error de dejar que lo hicieran, pero nunca más.

Costaba imaginarlo de niño. Aparentaba cincuenta y tantos años, con patas de gallo marcadas en los ojos. Tenía lo que Cisi llamaba la mirada del fumador. Los johns que continuamente entrecerraban los ojos como si les viniese humo a la cara. Tenía tierra en las botas. Los terrones de barro cubrían los lados y la parte posterior del tacón. En los cordones había hojas y ramas enredadas como si las botas hubiesen estado en el bosque y se las hubiese atado tan rápido que se había llevado unos puñados de lo que había a su alrededor.

—El que la encuentra se la queda.

Me cogió la mano y se la llevó a la boca haciendo ver que me mordía los dedos.

—Cada vez es más gracioso —dije, sacando la mano de la suya. Tenía una mujer roja desnuda tatuada en el dorso del dedo corazón, justo debajo del nudillo.

—No te he visto nunca por estos lares —dije—. ¿Eres de aquí?

—Soy de una ciudad muy pequeña. Solo estoy de paso. Me he quedado viudo. Supongo que estoy de celebración. Mi madre siempre decía que, si me casaba con una puta, me acabaría dejando. Y así ha sido.

Observé cómo el águila plateada que colgaba del espejo retrovisor sujeta por una cadena se balanceaba de un lado a otro y chocaba contra la banderita de Estados Unidos colgada del mismo sitio. En la parte trasera de la furgoneta, vi un delantal manchado de sangre.

—Trabajo en un matadero —me informó—. Yo lo llamo el chorreadero.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque todo chorrea en un matadero. Las tripas que chorrean de los cuerpos. La sangre que chorrea de las cabezas. Es un espectáculo tremendo, si tienes estómago. A veces me dan lástima todos esos animales, ¿sabes? Tienen pezuñas y tal, pero eso no los protege del miedo. A veces, justo antes de clavarles el cuchillo, les digo que soy su madre.

Estudié atentamente la sonrisa de su rostro y traté de mantener la voz firme cuando pregunté: —¿Por qué les dices que eres su madre?

—Para consolarlos. —Se volvió y me miró—. ¿A ti no te ayudaría a tener menos miedo oír que tu madre está contigo?

—No si alguien me pone un cuchillo en la barriga —repliqué.

—¿Sabes lo que veo en ti? —me dijo—. Que no tendrías estómago para el matadero. Verías todas las entrañas chorreando de los cuerpos y te echarías a llorar. Y te comprendo perfectamente. Es la mujer que hay en ti. El que la encuentra se la queda.

Me agarró el pecho izquierdo y lo apretó mientras aparcaba en el motel.

Camino de la habitación, nos cruzamos con Welt cuando salía. Justo antes de que el john cerrase la puerta, Welt metió el pie en el hueco y levantó una Biblia con la mano enguantada. La llevó a la mesa situada junto al mueble de la

tele antes de marcharse.

—Menudo bicho raro —comentó el cliente, cerrando la puerta.

Había traído un pequeño bolso de lona. Lo dejó en la cama. Antes de meter la mano en él, me agarró entre las piernas.

—El que la encuentra se la queda —dijo al sacar la cinta métrica del bolso—. Una vez —continuó mientras empezaba a medir las paredes— cometí el error de quedarme en una habitación que no medí.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Encontré algo que no quise quedarme.

Dejó el bolso de lona entreabierto de tal forma que vi el torso de una muñeca rubia con la parte de arriba de un bañador rojo chillón. La mitad inferior había sido cortada. Su sitio lo ocupaba ahora la larga hoja de un cuchillo.

—No pienses mal. —Cogió la muñeca por la cabeza apuntándome con la hoja del cuchillo—. Esto no será para ti si te portas bien. Sacó un fajo de dinero del bolsillo trasero.

—Esto será para ti si te portas bien —prometió.

Desvié la mirada del cuchillo al dinero.

—¿Y si me dices qué te apetece hacer? —le solté.

—Está bien, está bien.

Echó el cuchillo y el dinero en el bolso antes de sacar un rollo de cinta adhesiva y dos trocitos de papel. Vi que eran los ojos recortados de una foto en blanco y negro. Las cejas arqueadas. Las pestañas cubiertas de rímel. Se los pegó con cinta adhesiva a la frente.

—Tengo que poder ver —declaró.

Había estado con johns que me habían hecho sentir que la habitación era más pequeña de lo que en realidad era. Que me habían hecho sentir que me iban a romper una botella en la cabeza, y yo solo quería esconderme de ellos debajo de la cama, pero él era el primero que me hacía sentir que era capaz de matarme por diversión.

—Será mejor que me vaya —dije, retrocediendo hacia la puerta—. Lamento no haber podido ayudarte.

Él me agarró el brazo y repitió:

—El que la encuentra se la queda.

Me metió a empujones en el cuarto de baño y cerró la puerta una vez que estuvimos dentro.

—Métete en la bañera —ordenó.

—Solo quiero irme. No quiero problemas.

—Te vas a meter en la bañera y te vas a poner bien limpita —insistió—. Ni siquiera hace falta que te quites la ropa si te hace sentir más cómoda. Venga, métete. No me gustaría tener que ir a por mi muñeca.

Miré la bañera. Estaba llena de ceniza y colillas. Daba la impresión de que cuando Welt limpiaba una habitación, siempre dejaba algo sin tocar.

—Métete.

El john me empujó hacia delante.

Me introduje en la bañera con los zapatos puestos.

Una vez que estuve tumbada, él puso el tapón del desagüe y abrió el agua.

—¿Está lo bastante caliente? —preguntó, ajustando el agua caliente y el agua fría hasta que dije que estaba bien.

Cuando el agua me llegó al pecho, la cerró antes de desabotonarse la camisa.

—Este es el sitio por el que mi mujer me sacó el alma —dijo, señalando la larga cicatriz que le atravesaba el pecho—. Desde entonces he estado buscando una nueva. —Hundió la mano en el agua—. Termina la frase por mí. Soy…

—¿Soy…? —Procuré no mirarlo a los ojos—. Soy Arc.

—Nooo —respondió, alargando la palabra—. Prueba otra vez.

—¿Soy tu amiga?

Él estampó el puño en el agua y me salpicó la cara.

—Prueba otra vez —repitió.

—¿Soy… de Chillicothe?

—Maldita sea. —Me lanzó agua a los ojos—. ¿Qué eres? ¿Qué eres?

—Soy… soy… una persona. Soy Arc. ¿Soy una mujer?

—¿Qué? —Él dejó de salpicarme—. Dilo otra vez.

—Soy una mujer.

Con su sonrisa torcida, dijo:

—Vamos a averiguarlo.

Me presionó los hombros hacia abajo y me hundió bajo el agua mientras daba patadas contra el grifo. Pasaron los segundos, pero me parecieron minutos hasta que me levantó de un tirón.

—¡¿Estás loco?! —grité escupiendo agua e inspirando.

Él no me quitó las manos de los hombros, impidiendo que me levantase.

—¿Sabías que las almas son rojas? —preguntó—. Lo descubrí por la sangre de los animales del matadero. Vi las almas que chorreaban de ellos, todas rojas. Pero no un rojo cualquiera. Un rojo especial. Solo los que tienen alma están completos. Sin alma, no eres más que una migaja.

—¿Una migaja de qué?

—De mujer. Venga, ahora no te va a gustar oír esto, pero tienes que volver a meterte debajo del agua.

Intenté levantarme de la bañera, pero él estaba encima de mí y me presionaba con todo el peso.

—Las almas solo salen al borde de la muerte —dijo—. Así que solo tienes que volver a sumergirte hasta que yo vea el color rojo. Tengo que ver si eres un

demonio como las demás.

Me puse a patalear fuerte tratando de que la bañera se desbordase y el suelo se volviera resbaladizo bajo sus pies, pero no fue suficiente. Respiré hondo justo antes de que mi cabeza se sumergiese. Al mismo tiempo que me sujetaba, él observaba el agua que formaba ondas como si esperase que me saliera algo por las orejas. Me agarré a sus muñecas y le clavé las uñas, pero él ni se inmutó. Mis pulmones empezaron a perder el poco aire que tenían reservado. Sacudí la cabeza de un lado a otro mientras la presión aumentaba en mi pecho.

Con la visión borrosa debido al agua, distinguí otra figura. La silueta rodeó el cuello del john con el brazo hasta que me quitó las manos de encima. En cuanto asomé a la superficie, oí los gruñidos y los gritos, con el agua cayéndome por la cara mientras respiraba una y otra vez.

—¡Suéltame! —gritaba el john al tiempo que era arrojado contra el váter y otro hombre, de espaldas a mí y con un guante de piel rojo puesto, le estampaba la cabeza contra la taza.

Mientras yo trepaba por un lado de la bañera y me desplomaba en el suelo de baldosas, Welt asestó un último puñetazo al john. Después de caerse, el hombre se fue arrastrándose y no se levantó para huir hasta que estuvo fuera del cuarto de baño.

El suelo estaba resbaladizo. Tuve que apoyarme en la bañera para levantarme. Aun así, volví a caerme.

—¿Estás bien? —preguntó Welt, ayudándome.

No sé qué me sorprendió más, si haber estado a punto de ahogarme o el sonido de la voz de Welt. Él miraba el agua del suelo como si estuviese pensando en lo mucho que tendría que limpiar.

—¿Cómo has sabido que me estaba atacando? —pregunté.

—Te he oído gritar.

Él no levantó la vista del agua, moviendo la puntera de la bota sobre ella.

—¿Me has oído?

—La gente pasa de ti si cree que no puedes oír. —Metió la mano en la bañera y expulsó el agua quitando el tapón—. ¿Estás en condiciones de irte?

Asentí con la cabeza.

—Estás temblando.

Introdujo la mano en el bolsillo y sacó un cigarrillo. Lo encendió y le dio unas cuantas caladas antes de pasármelo.

—Más vale que te marches —dijo—. Tengo mucho que hacer para limpiar todo este estropicio.

Cuando estaba saliendo me preguntó:

—¿Por qué ese tío tenía unos ojos de papel pegados a la frente?

—Para ver si yo tenía alma o no.

Después de salir de la habitación, me escurrí el agua del pelo en la acera. Busqué la furgoneta del john para ver si seguía aparcada enfrente del Blue Hour, donde la habíamos dejado. Él estaba sentado en el asiento del conductor con la puerta abierta, escuchando música a todo volumen y mirándome fijamente. Reconocí la canción: *One way or another,* de Blondie.

Mientras la música retumbaba, él siguió vigilándome de cerca y moviendo mudamente los labios al ritmo de la letra: —*One way, or another, I'm gonna find ya. I'm gonna get ya, get ya, get ya, get ya.*

Cerró la puerta de golpe y se marchó a toda prisa.

—¿Qué te ha pasado? —quiso saber Cisi. La vi sentada en el bordillo de la acera, comiendo una rodaja de mortadela—. ¿Has ido a bañarte sin mí?

Me senté a su lado mientras me caían gotas de agua de los flecos de los vaqueros cortados.

—Si ves a un cliente que se acerca en una camioneta color sangre, no te subas —le aconsejé—. Ha intentado matarme en la bañera.

Ella inspeccionó mi cara.

—Vaya, el mundo está lleno de arañas —dijo finalmente, encogiéndose de hombros—. Nada que no sepamos ya, Arc. Bueno, por lo menos has sacado algo. ¿Cuánto te ha pagado?

—No he cobrado nada.

Cisi metió la mano en una bolsa de charcutería y sacó otra rodaja. Se estaba quedando tan delgada que se le caía la ropa. Tenía que ceñirse los pantalones con un cinturón y no paraba de subirse los hombros de las camisas.

—Te estás quedando tan flaca como mamá —observé, tiritando a pesar del calor.

—Ya. Pero la mayoría de las veces no me apetece comer. La mayoría de las veces tengo la sensación de que algo me está comiendo a mí.

Me ofreció una rodaja de mortadela, pero negué con la cabeza, de modo que la dobló y empezó a darle bocaditos a lo largo del borde.

—¿Te acuerdas de cuando éramos niñas? —preguntó—. Mamá y papá acababan de recogernos en casa de la abuela Asclepia. Íbamos a vivir con nuestros padres y a ser felices y todo iba a ir bien. ¿Te acuerdas? Mamá cogía rodajas de mortadela y hacía copos de nieve.

Cisi desdobló el embutido y mostró lo que había hecho con los mordiscos. Agujeritos aquí y allá, cortados en forma de algo que imaginábamos que caía del cielo.

—Nieve de mortadela, la llamaba mamá. —Cisi levantó la mortadela, y la luz del sol brilló a través de los agujeros—. Pegó los copos de mortadela a la pared. Cuando papá entró y los vio dijo que estaba loca, pero se rio. ¿Te acuerdas?

—Papá nunca reía —dije. Ella me miró con el entrecejo fruncido.

—¿Qué dices, Arc? ¿No lo recuerdas riendo?

Negué con la cabeza.

—Entonces me sabe mal por ti porque yo sí que me acuerdo. —Se quedó mirando la mortadela—. No podíamos comérnosla después de convertirla en copos de nieve. La habíamos convertido en algo especial haciéndole agujeros. Ojalá nosotras fuéramos tan especiales. Cuantos más agujeros nos hacen, menos valor tenemos.

Miró el coche que tocaba el claxon en dirección a nosotras.

—¿Necesitas que te lleven? —ofreció el hombre mirando a Cisi.

Ella me dio el copo de mortadela antes de levantarse.

—Tendré que conseguir el dinero que no has conseguido tú —dijo—. No tardaré mucho. Luego podemos hacer más copos de mortadela. Suficientes para una tormenta de nieve en medio de este verano tan caluroso.

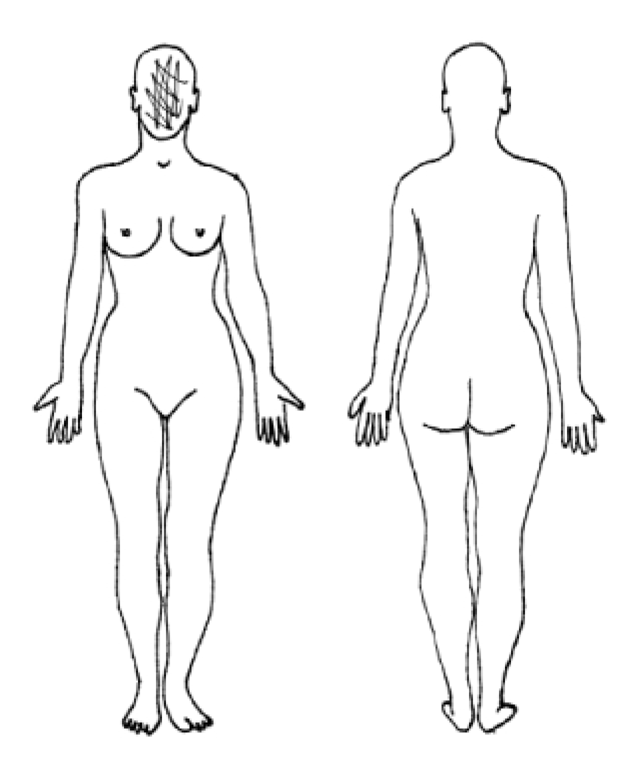
Justo antes de subir al coche del hombre, se detuvo a decirme que habían encontrado a otra.

—¿Otra qué? —pregunté.

—Otra chica.

DEPARTAMENTO DE MEDICINA FORENSE DEL CONDADO DE ROSS
CHILLICOTHE, OHIO
INFORME DE INVESTIGACIÓN

DIFUNTO/A: Índigo
GÉNERO: Naturaleza salvaje
OCUPACIÓN: Hablar un idioma desaparecido
EDAD: Una mujer multiplicada por el río dividido entre la orilla es igual al humo de la fábrica de papel de encima de su cabeza **DESCRIPCIÓN DEL CUERPO:** Desnudo
TEMPERATURA CORPORAL: Desenredada



HERIDAS Y MARCAS:
Le falta la mano derecha. Síncope vasovagal, que concuerda con la impresión del agua fría en un día caluroso. Viejas fracturas sufridas previamente y no comunicadas. Tal vez nadie la creyó. Abrasión de cinco centímetros en la frente. Posición boca abajo. Hematomas en la cara exterior de los muslos. Grava hallada en abrasiones de los pies. Arena hallada en la boca, las palabras enterradas. Decoloración de la piel en la cara interna de la muñeca derecha. Corte grande en el vientre. Dos costillas extraídas. Herida en la parte trasera de la cabeza. Garganta rajada, como una segunda boca. En la parte de arriba, una corona de espinas, ramas y hierba.

CAUSA PROBABLE DE LA MUERTE:



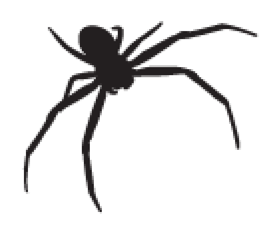
Estar atada a los cazadores.

OCTAVA PARTE



Capítulo 37

Cuesta nombrar ciertos pecados. Y más aún confesarlos.
Poeta Narciso



Introdujeron las manos en el río, y el agua se retiró cuando sacaron a Índigo.

Un arañazo encima del corazón. Enredaderas y hojas atrapadas en su boca. Una marca en la nalga izquierda. Una herida en la parte trasera de la cabeza. La encontró un tipo que había parado a mear en la hierba alta. Mientras se reía de la forma en que el chorro caía sobre un escarabajo que pasaba, vio algo en el río. Más tarde diría a las autoridades que pensó que era una bolsa de basura flotando.

Anduvo por la orilla, pero no apoyó bien el talón en la arena y resbaló al agua, que acabó saboreando cuando le entró en la boca. Entonces vio su cabello. Las moscas azules sobrevolaban los mechones que se mecían suavemente bajo el agua como la hierba de un prado. Tenía los brazos extendidos, las uñas llenas de tierra y de una terrible certeza. Él supo entonces que era una mujer, su cuerpo frío al tacto.

Cuando le dije a Cisi que me habría gustado ser yo quien sacase a Índigo del agua, me contestó que era una suerte que no lo hubiese hecho.

—Imagínate que hubieras encontrado a una tercera chica, Arc —dijo—. Estarías condenada por el río. Obligada a estar sola. Murmurarían que tú eras la culpable. Tendrías que rezar para que apareciera otro cuerpo solo para que no lo encontraras tú. Para que no te relacionaran con él. La araña ya ha hablado más de la cuenta. Dice que el corazón de la bestia está en Arc Doggs. En la forma en que él te mira. En la forma en que hace que otra gente te mire. —Suspiró y añadió—: Pobre Índigo. Ya no irás a la naturaleza salvaje con ella, ¿verdad, Arc?

El sombrero de Índigo no apareció. Nunca sabríamos si desenredó su fuego. Pero su coche fue hallado en un aparcamiento abandonado del condado

vecino, entre las grietas de cuyo hormigón crecía hierba marrón tiesa. El contenido del coche no se registró. Su bolso no se tocó. Los que llevaban placa dijeron que ella misma lo había aparcado allí. No había rastro de acto delictivo.

—Probablemente fue a colocarse y acabó en el río. No tiene más misterio.

Cogí el libro que Índigo me había regalado y acaricié las páginas en las últimas partes que ella había tocado. Entonces descubrí que había escrito a lo largo del lomo de la sobrecubierta: *La destrucción solo es una fase. A veces tenemos que rompernos como una reliquia para que nos descubran enteras. Te comprendo, Arc. Y espero que encuentres el futuro que has escondido hasta de ti misma. Ven a buscarme.*

En lo más recóndito de mi mente, me imaginé que me desenganchaba. La sorprendía el Cuatro de Julio, de modo que había fuegos artificiales. Luego íbamos a la naturaleza salvaje, hablábamos un idioma desaparecido y dejábamos las cáscaras de la fruta en el suelo para notarlas en las plantas de los pies descalzos mientras andábamos bajo las estrellas.

Cuando miré la ropa de mi padre colgada en las ventanas, pensé que podría haber hecho lo mismo con la de Índigo si la hubiese tenido. Su tela vaquera de flores. Sus blusas rosas. Los calcetines que se le caían por encima de las zapatillas. Lo máximo que podía hacer era buscar debajo del colchón el trozo de cartón que la tía Trébol había arrancado una vez de una vieja caja de galletas. Aplanado tras los años que había pasado en el escondite, el cartón me sirvió para escribir el nombre de Índigo en una esquina no una vez, sino dos, con pequeñas espirales.

Como las demás chicas, Índigo había sido hallada desnuda, pero Jueves le contó a la gente de la calle que la habían encontrado con unos guantes color esmeralda, un vestido granate y un velo con el que parecía que tuviese diamantes de imitación rojos en los ojos.

—Este asesino de mierda cree que puede desvestirnos —dijo Jueves—, así que crearemos nuestros propios mitos que sobrevivirán a todas las putas cosas que él ha intentado quitarnos.

Pensé que el río debía de parecer ahora una mujer tumbada de costado vista desde arriba. Hecha un ovillo, mientras su miedo se apoderaba de la arboleda e inundaba sus árboles antes de desaparecer, sujeta aún a sus raíces. A veces pensaba que todo Chillicothe sobre un mapa no era más que una marca de una contusión, como si hubiese entrado en contacto con algo duro.

Cuando el cuerpo de Índigo estaba siendo registrado en el depósito de cadáveres, el asesino ya tenía nombre en la calle. Lo llamamos el Hombre del Río por el marco que había elegido. El tal Hombre del Río siempre tenía un aura sobrenatural. A menudo tenía alas, transparentes como un cristal, con los bordes mojados en sangre y hechizados por el pecado, a juego con su corazón hecho de cenizas, que se decía que echaba humo y ardía por las noches. Tenía

una garra que le salía de cada mejilla. En algún momento se había dividido en dos, porque unos grandes puntos de sutura, dibujados como pequeñas equis, le recorrían el centro de la cara. Solo se posaba en esquinas puntiagudas, y la lluvia lo seguía y formaba charcos a sus pies descalzos, cuyas plantas estaban tan sucias que se decía que pisoteaba bellotas o ciruelas podridas, dependiendo de con quién hablases. Había quien afirmaba que tenía dos brazos, pero yo decía que tenía ocho patas y olía a cuero caliente y manzanas amargas. Volaba por encima de nosotras, se convertía en polvo en cuanto levantábamos la vista y solo se materializaba cuando estaba listo para cobrarse nuestras vidas. Era un drama extraordinario. Una fantasía descubierta que recorría nuestros pensamientos y se vestía para aquellas con el valor de pronunciar las palabras «asesino en serie».

—¿A cuántos tienes que matar para que te consideren asesino en serie? —me preguntó Cisi mientras se ponía desodorante.

—Creo que si te cargas a más de una persona, estás todo lo cerca que se puede estar de ser uno —contesté, pintándome el labio inferior—. ¿Estás lista? No podemos llegar tarde.

Habíamos quedado con Violeta en la caravana de Jueves para celebrar una pequeña ceremonia. No iba a ser el funeral oficial. El hermano de Índigo iba a enviar el cuerpo a Iowa para la familia que vivía allí, de modo que decidimos hacer un pequeño acto por nuestra cuenta.

Cuando estábamos saliendo por la puerta, la tía Trébol dijo:

—Van a acabar odiándote, Arc.

Estaba viendo un programa sobre Australia y la ópera de Sídney.

—¿Odiándome por qué? —pregunté.

—Por tirarlas a todas al río —respondió, secándose el sudor de la frente con el extremo de su pañuelo nocturno—. Por tirarlas a todas en el río. Bah. Escupe, escupe, araña. ¿Dónde la escondes, anda? ¿Eh, Arc? ¿Dónde la escondes?

Vimos que hurgaba en un nuevo montón de ramitas, con los dedos temblorosos.

—Vamos, Arc. —Cisi me agarró el brazo—. Se acuesta muy tarde. No sabe lo que dice la mitad de las veces.

La tía Trébol empezó a hablar, pero optó por cerrar firmemente los labios.

En el porche, le abroché a Cisi el botón de la camisa que se le había olvidado abotonar mientras ella me preguntaba si todavía tenía las orejas en la cabeza. Después del descubrimiento de Índigo, Cisi empezó a hacer preguntas todavía más extrañas. Primero me preguntó si todavía tenía los ojos en la cara, luego la nariz, las cejas, incluso la piel de las mejillas. Preguntaba por cosas que ella misma podía ver, como las uñas y los dedos de los pies.

—Sí, Cisi, todavía las tienes ahí —contesté—. Si no las tuvieras, no oirías

nada.

—Solo quería asegurarme —declaró, dirigiéndose a la camioneta—. Ya no estoy segura de nada. Ni siquiera del color del cielo. A veces me parece tan marrón como el río.

Con el calor de julio, la temperatura del interior de la camioneta era la del fuego. Los asientos de cuero nos quemaban la parte trasera de las piernas. Buscamos bolsas viejas de comida basura para sentarnos encima de ellas.

—Conduce como el viento, Arc —dijo—. Pero no tan rápido que el viento se lleve mi cara. A veces pienso que la tengo sujeta solo por un hilo.

Cuando pasábamos por delante de la fábrica de papel, vi un coche familiar aparcado enfrente. La abolladura del lado se hallaba orientada hacia nosotras.

—¿Qué hace aquí John Theresa? —preguntó Cisi mientras yo aparcaba detrás de él.

Dejé los zapatos en la camioneta y crucé la grava caliente. La camisa se me pegó a la piel de la región lumbar al pasar por delante de la abolladura de su coche. Él estaba apoyado en el capó.

—Hola, Arc. —Observó el humo que salía de las chimeneas—. Iba a tu casa. Cuanto más me acercaba, más me daba la impresión de que no tenía adónde ir. Entonces he visto el humo y he decidido quedarme un rato a verlo. ¿Qué tiene el humo de la fábrica? ¿Por qué nos fascina?

—A lo mejor solo miramos para ver si Dios está al otro lado cuando el humo se despeja —aventuré.

—Huele a dinero —dijo, inspirando hondo.

—Nunca nos ha dado dinero.

Me metí las manos en los bolsillos traseros.

—¿Está Cisi contigo? —quiso saber.

Asentí mirando hacia la camioneta. Él miró, pero rápidamente se volvió otra vez hacia mí.

—¿Por qué venías a mi casa? —pregunté.

—Por lo de Índigo —respondió—. Quería decirte lo mucho que lo siento. Vi lo unidas que estabais las dos en Los Magnolios.

Cuando se quitó las gafas de sol para secarse el sudor de los ojos, vi que había añadido una nueva antena a la mariposa tatuada en la palma de su mano.

—¿Una nueva? —dije.

—Ah, sí. —Él soltó una risita, seca como la tierra del camino situado entre nosotros—. Me hago una cada vez que rompo una cuerda del violín. Para acordarme de las que he perdido.

—Pensaba que a lo mejor eran para llevar la cuenta de otra cosa — reconocí.

—¿De qué? —preguntó.

—De otra chica encontrada.

—¿Crees que mi mano es la del Hombre del Río? —dijo frunciendo el ceño.

—Antes de que Índigo se fuera, dijo que iba a ir verte para que le dieras una cosa. ¿De qué se trataba, John?

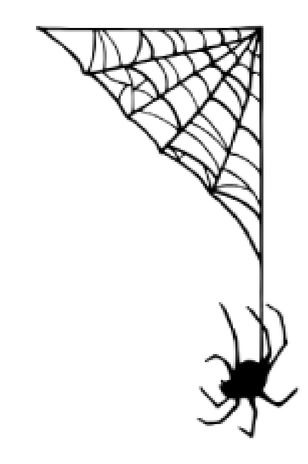
—Un golpe en la cara. —Se mordió el interior de la mejilla y lo succionó antes de añadir—: Eso es lo que quieres oír, ¿no? —Se cruzó de brazos—. Supongo que es lógico. Maté a una mujer de tu vida. Podría haber matado a otra. Pero antes de que vayas haciendo correr rumores, olvidas que sé algo de ti, Arc Doggs. Eso es lo que pasa cuando se comparte una historia. Nosotros compartimos historia, ¿no? ¿Los dos? No querrás que tu secreto se haga público, ¿verdad?

Lanzó una mirada por encima de mi hombro. Cuando me volví para mirar el motivo, vi un coche negro detenido en el camino. Hasta que otro vehículo paró detrás de él e hizo sonar el claxon, el coche no siguió adelante.

—¿Un amigo tuyo? —quiso saber John Theresa.

—No es ningún amigo —respondí—. Solo una araña.

Cuando volví a la camioneta, Cisi me preguntó qué había pasado.



—He estado mullendo la tierra un poco —contesté mientras nos alejábamos.

Ella suspiró volviéndose para mirar la fábrica.

—Se nota que esta ciudad fue fundada por hombres —comentó—. Porque aquí las cosas se talan y se cortan en pedazos, y el aire está lleno de humo. ¿Arc? A veces tengo que respirar hondo. Muy hondo. Y me siento como si hiciera mucho que no respiro.

A medida que los edificios que veíamos se transformaron en árboles y colinas, pregunté:

—¿Te acuerdas de la abuela con su delantal amarillo? En esta época del

año, siempre tenía las manos brillantes del jugo de los melocotones cortados en rodajas. Si aspiras hondo, puedes olerlos.

Cada vez que Cisi inspiraba, subía los hombros y contenía la respiración varios segundos antes de soltarla. Cuando yo estaba tomando la curva para entrar en el camino de la caravana de Jueves, ella dijo:

—A veces eres una embustera, Arc. Solo huelo a mierda.

Bajó de la camioneta y cerró la puerta de un portazo. Aun así, me esperó para que pudiésemos cruzar el jardín juntas, dando patadas a los dientes de león y esparciendo sus semillas. Cuando llegamos a la puerta, vimos un trozo de papel pegado con cinta adhesiva a la mosquitera. No había palabras escritas. Solo un par de líneas onduladas.

—El río —dijimos Cisi y yo al unísono.

Los tallos verdes y brillantes del maizal eran más altos que nosotras, y las espiguillas volaban arrastradas por el suave viento mientras atravesábamos el campo. Un grupo de escarabajos había encontrado las hojas y se alejaba revoloteando por el aire sobre nosotras con una serie de chasquidos que resonaban contra el calor.

—No levantes la vista —exhorté a Cisi mientras avanzábamos por el estrecho sendero—. Las hojas del maíz te cortarán los ojos si no te andas con cuidado.

—No estoy segura de tener ojos que cortar —repuso ella.

Una vez que salimos del maizal, anduvimos por entre la alta hierba que cruzaba la arboleda.

—La corteza es como un mapa —declaró Cisi, tocando los árboles—. Porque ella vive sola.

—Sus enredaderas se balancean sin parar —dije—, porque ella vive sola.

Cisi me quitó los erizos de los flecos que colgaban de los vaqueros cortados diciendo:

—Llevas susurros encima porque ella vive sola.

Rio al tiempo que avanzaba.

Oímos las voces de Violeta y Jueves antes de verlas. Jueves estaba sentada en la máquina del tiempo de Cleopatra, haciendo como que conducía. Violeta estaba en la orilla cruzada de piernas.

—¿Y te acuerdas de cómo escribía sus pecados en las hojas? —estaba diciendo Jueves.

—Para que se cayeran en otoño —tercié cuando Cisi y yo salimos de entre la alta hierba.

—Sí —asintió Jueves—. Para que se cayeran en otoño y ella no fuera nunca más una yonqui.

—¿Por qué hablamos de Nell Salvia? —quiso saber Violeta—. Deberíamos estar hablando de Índigo.

—Cuando hablas de una, hablas de todas —declaró Jueves, bajando del coche.

Las cuatro contemplamos el agua. Fue Violeta quien preguntó:

—Cuando no hay cuerpo que enterrar ni cenizas que esparcir, ¿qué se hace?

—Leí sobre una antigua tradición en Madagascar conocida como la vuelta de los huesos —dije—. Podemos hacer un regreso de los huesos. Un regreso del cuerpo.

Empleando el borde plano de una piedra, cavé junto al agua. Las tres me ayudaron hasta que tuvimos un agujero poco profundo de la longitud de una mujer y la anchura de sus caderas.

Recorrí un pequeño trecho hasta la arboleda y recogí palos de distintos tamaños. Ellas me siguieron cogiendo sus propios palos de la tierra.

—Mirad lo que he encontrado. —Violeta levantó una larga pluma negra—. Un regalo de los halcones.

Llevamos los montones al hoyo somero. Saqué dos palos gruesos y los dejé diciendo:

—Esto son los fémures.

Los pequeños, casi del mismo tamaño, eran las costillas. Los uní para dar una curva a las líneas rectas. Unas ramitas del montón de Jueves se emplearon para los huesos de los dedos, mientras que Violeta tenía el tamaño perfecto para la clavícula.

—Los omóplatos —anunció Jueves, escogiendo con cuidado.

—Un hueso para cada dedo del pie.

Violeta rompió un palo largo y grueso en diez trozos.

Para las vértebras, colocamos unas piedras junto a una pelvis hecha con un abanico de palitos que conectaba con el arco púbico, hecho con pequeños guijarros que unimos en un círculo.

—¿Qué hacemos con el cráneo? —preguntó Violeta.

—Recordaremos su cara —contesté—. Y se la devolveremos.

Cogí puñados de agua y la eché gota a gota en la parte del agujero situada justo encima del hueso superior. Me arrodillé y empecé a moldear el barro arenoso esculpiendo una frente. Jueves me dio otro chorrito de agua, y formé la nariz. Con la ayuda de Violeta, dimos forma a los labios. Cisi se aseguró de que las mejillas se parecieran lo máximo posible a las de Índigo. Luego Jueves recogió unas hojas para el pelo y unas briznas de hierba largas que esparció encima. Puso flores silvestres entre los huesos de las costillas mientras yo aclaraba qué eran los agujeros que había hecho en el barro:

—Sus ojos.

Mientras contemplábamos el esqueleto de palos y piedras, Jueves dijo:

—No te planteas todos los huesos que tienes en el cuerpo hasta el día que

tienes que ordenarlos. Hay suficientes para enterrar uno en todos los condados de Ohio, y más. Madre mía, cuánto se necesita para hacernos a cada una de nosotras, ¿no?

Se puso las manos en las caderas, pero se las llevó poco a poco a la barriga. Acariciando a su hija nonata, proclamó:

—Dicen que las mujeres como nosotras nos buscamos la muerte. Yo digo que ellos nos empujan a ella. Pero no nos pillan a todas. —Estiró el brazo para coger la mano de Violeta, que asió una de las mías, la que no estaba agarrando la de Cisi.

—No —repuso Violeta—. No nos pillan a todas. —Me miró y sonrió—. Di algo que no olvidemos nunca, Arc. Algo sobre tus civilizaciones antiguas.

Pensé en los fragmentos de cerámica. Las urnas con imágenes a los lados. Los pedernales y los fósiles. Los retazos de lino y los fragmentos de hueso.

—No hay nada más humano que lo que no desaparecerá —dije—. Lo que permanecerá. Sus huesos seguirán aquí en el futuro. Cuando alguien venga y los desentierre, verá que ella supo abrirse camino en el mundo con la seguridad de una mujer que reveló su vida y todos los ríos que tomó para llegar aquí.

Cisi cogió la pluma de halcón.

—Y cuando el mundo intentó doblegarla —declaró, poniendo la pluma donde estaría el vientre—, dio a luz unas alas.

En el silencio del mundo que nos rodeaba, todo lo silenciosa que puede ser la naturaleza con sus gorjeos y sus graznidos, contemplamos lo que quedaba de la mujer a la que llamábamos Índigo, la de los Fuegos Desenredados. Con la llegada del viento, sentimos que su espíritu descendía hasta que nos embargó la profunda y firme convicción de que nosotras, mujeres de Chillicothe, Ohio, éramos tan importantes como las reinas de valles más ricos que el nuestro.

—¿La enterramos ya? —preguntó Violeta.

—Nunca enterramos a una de las nuestras —dije—. Las revelamos.

Cogimos la tierra que habíamos excavado y la dejamos caer entre los dedos sobre los huesos formando una capa que en el fondo sabíamos que era translúcida. Algo que cubriese pero no enterrase. Luego nos metimos en el agua. Era como si el río nos esperase. A veces parecía que nos subía por las pantorrillas y nos buscaba antes de retirarse a las profundidades que no podíamos ver. Violeta se inclinó y hundió los dedos.

—La última vez que estuvimos todas aquí —recordó—, la bauticé. Espero que fuera suficiente.

Mientras observaba el río, empecé a imaginármela como una mujer en un paisaje lejano. Una mujer con un vestido blanco, una lagartija en la frente y la extraña costumbre de rodearse cada vez más de la tierra húmeda sobre la que flotaba. Su soledad, el motivo y a la vez la acompañante de su espera. Su

idioma, agotado por esa espera que había puesto el tiempo patas arriba para ella.

—Fue suficiente —aseguró Jueves poniendo otra vez la mano en su turgente barriga.

Mientras ella cantaba, nos quedamos cerca observando cómo el agua oscura fluía sin parar, sabiendo que pocos días antes esas mismas corrientes habían llevado a nuestra amiga.

Capítulo 38

Algo se gana cuando la lluvia te moja. Algo se gana de la congoja.
Poeta Narciso

Era medianoche pasada y Jueves tenía otro rollo de papel higiénico vacío en la mano amoratada. Apuntaba con un extremo al cielo y deslizaba el otro por su barriga.

—Para que mi niña empiece pronto a ver el universo —dijo—. A lo mejor así no se pasará la vida en la tierra como yo. A lo mejor, con una dieta de estrellas, aspira a un poco más y no acaba en el río.

Jueves nos había llevado a Cisi y a mí en coche al Blue Hour. Esperábamos encontrarnos con Violeta. Nadie la había visto desde que habíamos celebrado la ceremonia en conmemoración de Índigo en el río. Habían pasado un par de semanas desde entonces, y ella no había vuelto a su casa ni contestaba a nuestras llamadas.

—Ahí viene el asesino —susurró Jueves cuando Welt pasó con el carrito de la limpieza.

—Ahora vuelvo —avisé antes de correr para alcanzarlo.

Él ya estaba entrando en una habitación vacía con una pequeña Biblia en la mano. Cuando me quedé en la puerta, dijo:

—Las pongo en todas las habitaciones. A alguien deben de serles útiles. Siempre tengo que reponerlas.

—Aquel día en el cuarto de baño con el cliente —le recordé—, nunca te he dado las gracias por lo que hiciste.

Él pasó junto a mí para volver al carrito. Mientras metía la mano para coger un montón de toallas limpias, miró a Jueves y a Cisi, que lo estaban observando.

—Las demás no se fían de mí, ¿verdad? —dijo.

—Solo tienen dudas —contesté—. Cuando les conté que podías oír y hablar, pensaron que quizá tenías más secretos.

—¿No los tiene todo el mundo? —preguntó—. ¿No los tienes tú?

Al ver que yo apartaba la vista, declaró:

—Sé que la gente cree que soy el Hombre del Río. Me da igual. Siempre he estado atado a la muerte. Cuando era niño mi viejo cortaba la hierba de un cementerio. Cada vez que me portaba mal, cogía la llave, abría la verja y me

ataba a una tumba. Me dejaba allí toda la noche, atado a la muerte. He estado atado a ella desde entonces. Cuando nuestro perro murió, mi madre me miró como si yo hubiera sido el que lo colgó del árbol. Aunque le juré que no lo había hecho, nunca me creyó. Me he acostumbrado a que la gente crea que he hecho algo malo.

Posó la mano enguantada encima de las toallas y entró en la habitación.

—Tienes que dejar de hablar con él, Arc —me advirtió Jueves cuando volví con ella y con Cisi—. Es la clase de hombre que te llena las bragas de quemaduras de cigarro.

—Me salvó de aquel cliente —le recordé.

—¿Crees que te salvó? —preguntó—. ¿O crees que te reservó para él? Es como estar al lado del bosque. Un animal salvaje no quiere que otro te lleve antes que él. Venga, vamos a buscar a Violeta.

Solo teníamos pensado dar una vuelta a la manzana, pero acabamos yendo más lejos al no encontrarla. Jueves no paraba de pasarse el rollo de papel higiénico por la barriga, apuntando a las estrellas para su hija nonata. Le había crecido el vientre, pero no tanto como debería haberlo hecho en una fase tan avanzada del embarazo.

—¿Qué espera? —me había dicho Cisi antes—. No puede seguir poniéndose coronas y pensar que no le van a reventar la cabeza a la criatura.

Los agujeros de la ropa de Jueves se habían extendido a todas partes menos a la zona de la barriga. Allí conservaba la tela intacta, como si temiese que la niña fuese a escaparse por uno de los agujeros cuando ella no miraba.

—Venga, volvamos. No vamos a encontrarla —propuso Jueves levantando la voz mientras cruzábamos la calle en rojo, y los coches pitaban y paraban bruscamente—. Violeta ya está flotando en el agua. No sé por qué coño nos molestamos. —Dio un manotazo en el capó del coche que estuvo a punto de atropellarla—. Nacemos y luego morimos. En medio sangramos, sufrimos, follamos con extraños y desaparecemos. Pues estoy harta de esperar. Venga. —Abrió los brazos y gritó en medio de la calle—. ¡Ven a por mí, Hombre del Río! ¡Cobarde de mierda! —Lanzó la nada que tenía en la mano mientras los conductores tocaban el claxon y le gritaban a aquella «zorra» que se apartase —. ¡Ven a por mí, hijo de puta!

La agarré por la manga y la hice subir a la acera. Mientras el tráfico pasaba a toda velocidad, se arrodilló y lloró contra el hormigón hasta que Cisi y yo la levantamos. Volvimos al Blue Hour sin decir nada más. En los intervalos entre que nos poníamos las coronas y nos tumbábamos bajo los johns, esperábamos encontrar a Violeta. Pasaron los días. La noche de la última gran tormenta del verano, yo iba conduciendo el coche de Jueves. Ella estaba tumbada en el asiento trasero, con el rollo de papel higiénico pegado al ojo, mirando el cielo nocturno. Cisi iba en el asiento del copiloto, siguiendo el compás de la música

de la radio con los pies en el salpicadero. Cuando un trueno dio paso a un relámpago, Cisi señaló a la chica que estaba en la acera bajo la lluvia.

—¿No es esa Violeta? —dijo.

Jueves se incorporó en el asiento trasero mientras yo reducía la velocidad y aparcaba.

—¿Qué coño hace aquí? —preguntó cuando bajamos del vehículo.

Violeta miraba de frente al viejo local que me había enseñado un día. Donde ella me había dicho que estaría su negocio de repostería. Habían quitado el letrero de *Se vende.* A la luz del interior, vimos a unos obreros que estaban renovando el inmueble.

—¿Violeta? —Me quité el agua de lluvia de los ojos—. ¿Dónde narices has estado?

—Pensábamos que el puto Hombre del Río te había pillado.

Jueves sujetó el rollo de papel higiénico encima de la cabeza de Violeta como si pudiese ser tanto un paraguas como un telescopio.

—Alguien lo ha comprado —dijo Violeta, mirando a los obreros a través de la ventana.

—Lo siento mucho, Violeta.

Traté de apartarla, pero no se movía.

—Allí habrían estado los *cupcakes*. —Señaló a través de la ventana una zona junto a la pared del fondo—. Las galletas habrían estado presentadas en pequeñas blondas de papel. Tréboles para San Patricio. Corazones para San Valentín. Renos para Navidad. Hierba habría venido aquí después de las clases. Habría robado *brownies* de la bandeja y habría lamido la masa de la batidora. Pero yo no se la habría dejado usar hasta que fuera más mayor. —Agitó el dedo en el aire, y la lluvia la salpicó—. Ella tiene la costumbre de tocar las cosas que dan vueltas. Todavía no entiende que no todo lo que gira es bueno.

—Vámonos a casa, Violeta. —Jueves trató de pasarle el brazo por los hombros.

Violeta finalmente nos miró, abriendo mucho los ojos.

—¿No lo entendéis? —Las lágrimas se mezclaron con la lluvia—. No tengo casa.

Cruzó la calle corriendo. Los bocinazos y los chirridos de los neumáticos resonaron en el aire. Si la camioneta no hubiese parado a tiempo, Violeta habría acabado debajo de ella.

Grité su nombre. Ella se detuvo a mirarnos delante de la camioneta antes de subir corriendo a la acera del otro lado. Mientras corríamos tras ella, me detuve ante el capó y, al mirar dentro, vi la cara del john que había intentado ahogarme en la bañera. Él se limitó a sonreírme antes de que Jueves me gritara que me diese prisa. Vi que el john cantaba otra vez la letra de la canción de Blondie y seguí a Jueves y a Cisi. Perseguimos a Violeta, pero desapareció a la

vuelta de la esquina.

—¿Adónde ha ido? —pregunté, tratando de ver entre la lluvia que caía todavía con más fuerza.

Jueves aferraba el rollo de papel higiénico. Se había mojado tanto que se estaba deshaciendo. Lo tiró al suelo y dijo:

—Vámonos de aquí cagando leches.

Cuando volvimos al coche de Jueves, ella se puso al volante. Los limpiaparabrisas apartaban la lluvia a cada lado mientras nos guardábamos nuestros pensamientos como un trozo de caramelo. Algo a lo que podíamos dar la vuelta con la lengua y hacer sitio contra las encías y la mejilla. El bulto en la boca, la sensación de dureza contra zonas blandas. Y la sensación de dureza era el Hombre del Río. Violeta no solo era una yonqui que había recaído. Era una mujer que corría descalza por las calles de Chillicothe bajo el agua y nos hacía creer mucho más en el hombre del saco.

Cuando llegamos a casa de Violeta se respiraba quietud en el ambiente. Parecía que solo fuese una instantánea, con un silencio casi sobrecogedor. Me planteé arrodillarme y cavar. Cavar hasta que encontrase el sonido, tintineando como las cucharas de plata con las que ella se perforaba las orejas.

Las tres pasamos por delante de la bolsa de basura del jardín, rasgada por animales salvajes. Los restos esparcidos por la hierba verde intenso y empapados en el suelo. La puerta principal estaba cerrada, pero sin llave. Cuando entramos, solo encontramos desorden. Apartamos la basura a nuestro paso y dejamos una nota en la nevera. Una nota que rezaba: *Violeta, cuídate.*

La firmamos como las Reinas de Chillicothe. Cisi cogió un trozo del hilo rojo que llevaba en el bolsillo y lo puso debajo del imán que sujetaba el papel.

—Así el pájaro bajará volando y leerá nuestra plegaria —dijo.

Nos quedamos en silencio en el trayecto a la caravana de Jueves. Cuando estábamos en el camino de entrada, ella se miró la barriga y se la frotó. Suspiró y preguntó:

—¿Creéis que cuando nazca sabrá que soy su madre? ¿O creéis que pensará que soy una extraña que la tiene en brazos hasta que su madre de verdad vuelva a la habitación? A veces pienso en lo bonito que será ir con ella por la calle cogidas de la mano, pero ¿y si un día le estoy haciendo un sándwich de queso a la plancha y dejo la sartén en el fuego y arde todo? ¿Y si un día acabo como Violeta, mirando por la ventana de la puta vida que me gustaría haber tenido pero a la que he llegado tarde?

—¿Por qué no volvemos? —pregunté.

—¿A buscar a Violeta? —Jueves me miró a los ojos.

—No —respondí—. A rehabilitación. No aquí, en Chillicothe. A un centro de más lejos. Uno que esté tan lejos que cuando salgamos no olamos la fábrica ni el Blue Hour ni…

—El río —añadió Cisi.

—Sí —asintió Jueves, en voz queda—. Me gusta la idea. Pero acabémonos la mierda que nos queda.

La lluvia nos caía a plomo en la cabeza cuando entramos corriendo en la caravana. Dentro, la moqueta azul todavía tenía las marcas entrecruzadas del aspirador, testimonio de la limpieza semanal de su madre. Sin embargo, las manchas de sangre no se habían ido.

—¿Te he enseñado lo que mamá le ha comprado al bebé? —preguntó Jueves, dirigiéndose a la mesa donde había unos montones doblados de camisetas y bodis diminutos.

Levantó unos pequeños calcetines amarillos.

—¿A que son una monada? ¿Te imaginas unos pies tan pequeños?

Metió la mano en el bolso y sacó una bolsita que me dio.

—El material está en el último cajón —dijo, señalando la cómoda situada contra la pared.

Mientras ella hablaba del cambiador, con los patitos amarillos en un lado, yo abrí el cajón y saqué una cuchara y una jeringuilla.

—Mamá ya me ha comprado los biberones y todo —anunció—. Hay que esterilizar los biberones. ¿Lo sabías?

Cisi negó con la cabeza mientras yo sostenía el mechero debajo de la aguja.

—Esto es para la irritación de los pañales. —Jueves levantó un tubo de crema—. Champú especial. —Cogió la botella de color ámbar—. Solo para bebés. No pasa nada si les entra en los ojos. ¿Sabes que no se puede meter un osito de peluche en la cuna con un bebé? Se podría ahogar. Oye, Arc, ¿está eso listo?

Jueves se sentó en el suelo a mi lado y utilizó la correa del cambiador para apretarse el brazo. Empujé la jeringuilla y la vacié dentro de ella. Ella cerró los ojos echando la cabeza hacia atrás contra el borde del sofá. Cisi dijo:

—Espero que sean gemelas. No me gustaría que la bebé tuviera que imaginarse una hermana. Me gustaría que tuviera lo que nosotras tenemos. ¿Sabes qué, Arc? No habría podido vivir sin ti.

Mientras yo clavaba la jeringuilla en nuestras venas, Cisi dijo que tenía los dedos de los pies secos.

—Y el hombro y la rodilla y el meñique de la mano derecha —añadió—. ¿Me estoy convirtiendo en polvo, Arc?

Cerramos juntas los ojos. Yo imaginé que estaba dentro de la fábrica de papel. El serrín llenaba el aire, y el ruido fuerte de la sierra me hacía daño en los oídos. No había nadie a la vista. Parecía que las máquinas funcionasen por su cuenta. Al pasar, mis pies descalzos dejaron huellas en el serrín del suelo. Cuando la cinta transportadora se puso en marcha vi que, en lugar de troncos a punto de ser cortados, sobre ella estaban Harlow, Nell Salvia e Índigo. No se

movían. Ni siquiera cuando intenté sacarlas. Permanecían totalmente inmóviles y rectas, como trozos de madera. Harlow fue la primera en ser víctima de la rueda giratoria. La cuchilla la cortó por la mitad, y la sangre salió volando por los aires como más serrín. Grité tratando de sacar a Nell Salvia, pero la sierra también la alcanzó, y su cara se partió bajo la cruel cuchilla.

—¡No! —grité—. ¡No, por favor!

Cuando Índigo fue arrojada hacia la cuchilla giratoria, su sangre me salpicó la cara y el vestido blanco que llevaba. Había un último cuerpo que se dirigía a la sierra.

—¿Violeta?

Traté de atraerla hacia mí.

Ella chilló cuando la sierra le cortó la barriga. Salí corriendo de la fábrica y me volví para mirar hacia atrás. El humo salía de las chimeneas. Al principio era gris, pero se volvió de un rojo intenso que se apoderó del cielo blanco. Me tapé fuerte los oídos con las manos. Los gritos no hicieron más que aumentar de volumen.

Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que esos gritos no venían del sueño.

Notando calor en la mano, bajé la vista y vi algo que parecían posos de café en la palma de mi mano. Era tan marrón que al principio no me percaté de que era sangre. Hasta que vi el charco que llevaba a Jueves.

—¡Mi bebé! —Su gritó sonó más fuerte que todos los truenos del exterior juntos—. No. No, por favor. Dios mío.

Se llevó las manos a la barriga introduciendo los dedos en los agujeros abiertos en la camiseta, mientras la sangre se coagulaba en la cara interna de sus piernas.

Capítulo 39

La cicatriz de una estrella llega lejos y deja huella.
Poeta Narciso

Después de perder al bebé, Jueves se encerró en su caravana. Lo más cerca que estuve de ella fue sentada al otro lado de la puerta. A veces divagaba.

—A lo mejor somos como los elefantes, Arc —dijo un día—. Una especie en peligro de extinción a la que cazan furtivamente por los colmillos.

Otras veces estaba enfadada y gritaba.

—Decíamos que llevábamos puestas coronas. ¡Joder, qué risa! Deberíamos haber dicho lo que hacíamos realmente. A lo mejor podríamos haber sido reinas en otro desfile. Pero aquí, no. Aquí, en la tierra del humo y la droga, no.

Entretanto, sus padres le dejaban la compra en el porche y le suplicaban que les dejase pasar. La madre siempre llevaba puesto algo azul oscuro y siempre traía un postre. Cuando vinieron con una tarta de crema de chocolate, me ofreció un trozo.

—Estoy bien, gracias.

Me quedé mirando el merengue aplastado bajo el envoltorio de plástico.

—¿Jueves? —La mujer llamó a la puerta con la mano libre—. Te he preparado tu tarta favorita. De chocolate y merengue. Vamos, tesoro. Abre la puerta.

Me crucé con su padre en los escalones. Me preguntó si quería un trozo de *pizza* de la caja que tenía en las manos.

—No, gracias —contesté.

Cuando salí del camino de acceso con la camioneta, su padre estaba abriendo la caja enfrente de la ventana al tiempo que decía: —Es tu favorita, cielo. De champiñones. Déjanos entrar, por favor.

La puerta siguió cerrada con el pestillo echado.

Cuando llegué a casa, pensé que encontraría a Cisi en su cuarto, pero estaba vacío. Le había hecho prometerme que no saldría sola con un asesino suelto por ahí, y sin embargo acabé yendo yo a buscarla al Blue Hour con la camioneta. En la acera de enfrente había dos mujeres que no conocía. Les pregunté si habían visto a una chica parecida a mí ese día.

—No —respondió la alta—. No he visto a nadie que se parezca a ti.

—Menos a ti —añadió la otra.

Fui a un par de habitaciones y llamé a la puerta, pero nadie contestó. Cuando vi la puerta de mantenimiento entornada, la abrí. El cuarto era estrecho pero largo, con varias hileras de estanterías metálicas en las que había distintos productos de limpieza, herramientas y cajas. Al final de la estancia había una mesa pegada a la pared. Al lado había un mueble con un viejo televisor y un reproductor de VHS. En la televisión aparecía un primer plano pausado de la cara de una mujer. Cogí el mando a distancia y le di al *play*.

La mujer se veía en blanco y negro y parecía extraída de una película de los años treinta. Estaba llorando. Me disponía a volver a darle a la pausa cuando la escena cambió y apareció otra mujer. Esta vez en color. La imagen tenía interferencias. Lloraba como la actriz, pero estaba claro que esa película era casera y que había sido grabada más adelante, a juzgar por el jersey de cuello alto que llevaba debajo del suéter azul claro y el año 1990 que flotaba en la esquina superior derecha.

Expulsé la cinta y vi que en la etiqueta se hallaba escrita la palabra «Texas». La caja que había junto al mueble estaba llena de más cintas, todas con nombres de estados. Cogí una en la que ponía «Tennessee» y la introduje. Se trataba de una serie de videos caseros mezclados con secuencias de películas, todos de mujeres que lloraban. Cinta tras cinta, hice avanzar rápido sus caras. Algunas sollozaban y gemían alzando las manos al cielo. Otras se quedaban en silencio, con lágrimas cayéndoles por las mejillas. Algunas de las películas caseras estaban grabadas en la calle, pero había otras registradas dentro de casas, cuyas fechas abarcaban varias décadas.

—Me has descubierto.

Solté el mando a distancia y cuando me di la vuelta vi a Welt. Tenía una mirada dura en los ojos.

—Me has descubierto —repitió.

—Perdón —dije—. No era mi intención registrar tus cosas.

—Soy un coleccionista de lágrimas. —Empujó la caja de cintas con el zapato—. No te imaginas la cantidad de gente que se deshace de sus recuerdos familiares. —Cogió una cinta en cuya etiqueta ponía «Kansas»—. Las he encontrado en mercadillos, en contenedores, tiradas como basura. A veces te tropiezas con una y es de una familia que se divierte en un parque de atracciones. —Pasó el dedo enguantado por el borde de la cinta—. Pero otras veces también graban las partes tristes. Esas son las que yo saco y añado a mi colección. ¿Qué opinas de ella? De mi colección, digo.

—¿Por qué tienen nombres de estados escritos? —pregunté.

—Para saber de dónde las saqué —contestó—. Me muevo mucho. —Extrajo la cinta del reproductor y la sustituyó por la que tenía en la mano—. Mi madre siempre me decía que no me quedase quieto. Según ella, tenía el corazón de hormigón y me hundiría en el centro de la Tierra si me quedaba

mucho tiempo en un sitio.

Mientras el video se reproducía, empecé a retroceder hacia la puerta.

—¿No quieres quedarte a verlo? —sugirió—. Podríamos estropearnos la vista juntos.

—En otra ocasión —respondí.

Cuando él sonrió, se le vieron las encías sangrantes.

—Siempre tengo dudas cuando la gente dice cosas así. —Se volvió otra vez hacia la televisión—. Esta es una de mis favoritas —dijo de una mujer sentada a una mesa que se enjugaba las lágrimas con la manga de un jersey rosa—. Dios, mataría por beberme sus lágrimas.

Corrí a la puerta y la abrí. Hasta que no estuve en la camioneta con el seguro bajado, no miré hacia atrás. Welt se había quedado en la puerta, con la mano enguantada pegada al oído, como si estuviese escuchando.

Cuando volví a casa, le pregunté a la tía Trébol si había visto a Cisi.

—Claro —contestó—. La he visto ahí. —Señaló el rincón de la sala—. Ahí. —Señaló el techo—. Ahí y ahí y ahí. —Señaló el suelo, la tele y la mesa de centro—. Y, cómo no, aquí.

Me levantó el dedo corazón.

Le tiré las ramas sueltas del sofá y las esparcí camino del pasillo.

—¡Puta de mierda! —chilló detrás de mí.

Abrí la puerta cerrada del cuarto de Cisi. La habitación estaba vacía. Entré y me quedé delante de la ventana por la que vimos a John aquel día cuando solo era el hombre del violín. Al bajar la mirada, vi que estaba pisando el dibujo que habíamos hecho de su cara, desvaído después de tantos años.

Me puse a gatas y pegué el oído a las cuerdas del violín que nos habíamos esforzado por dibujar rectas. Entonces vi a mi hermana debajo de la cama.

—Hola, Arc —dijo.

—¿Qué haces ahí debajo? —le pregunté.

—Me están desapareciendo los pies.

—¿Qué dices?

—A veces miro hacia abajo y solo veo tierra y piedras —añadió.

—No te me vuelvas loca, Cisi.

Me arrastré debajo de la cama junto a ella.

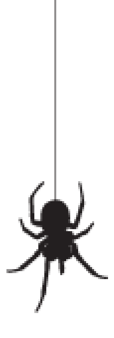
—¿No tienes ningún Happy Meal, Arc? —preguntó—. Me trajiste un Happy Meal a medias aquella noche que me encontraste debajo de la cama. ¿Dónde está el Happy Meal ahora?

—¿Adónde fuiste antes? —quise saber—. Te dije que no salieras de casa sola con el Hombre del Río ahí fuera.

—¿Sabes por qué me metí debajo de la cama aquella noche? —preguntó—. Me escondía de la araña.

—Las arañas también se arrastran por el suelo, Cisi. —Miré la parte

inferior del somier—. ¿Por qué estás aquí debajo ahora?



—Me estoy escondiendo de él otra vez. Ha estado paseándose en coche por la calle. —Sonrió antes de volverse hacia mí—. Háblame de las hermanas Trung, Arc.

El cabello, que en su día había sido pelirrojo intenso, había perdido tanta densidad alrededor de su cara que ahora la frente destacaba, con la sombra proyectándose sobre la nariz. Aparentaba más años de los que tenía. Bajo determinada luz, se podía pensar que era una mujer de mediana edad cuyas necesidades no dejaban margen para plegarias. Las llagas de su piel parecían volver a los mismos sitios en los que habían cicatrizado, e incluso sus manos parecían crispadas.

—En el Vietnam antiguo —dije—, las hermanas Trung formaron un ejército de mujeres. Consiguieron ser independientes y se convirtieron en reinas.

Mientras yo hablaba, ella esbozaba las palabras moviendo mudamente los labios. Me pidió que le contase la historia dos veces más. Lo hice pasándole la mano por el pelo, cuyos mechones se desprendían entre mis dedos.

—Deberíamos comprarte vitaminas —propuse—. Para que no te consumas tanto.

Ella contempló las ramas pegadas a la pared y dijo:

—Ya sé lo que está construyendo la tía Trébol.

—¿Qué? —pregunté.

—Su reflejo.

Capítulo 40

Sí, por fin lo he confirmado, no soy más que el pasado.
Poeta Narciso

Cuando descubrimos la máquina del tiempo de Cleopatra, llevaba décadas enterrada. Lo único que se veía era la parte superior del parabrisas agrietado. Nell Salvia fue quien la vio la primera vez que las cuatro fuimos juntas al río y descubrimos nuestra Montaña Lejana.

—Hay algo que brilla.

Señaló el borde cromado del parabrisas que reflejaba la luz del sol.

En ese momento no sabíamos que el coche entero estaba enterrado. Solo sabíamos que se veían suficientes partes para pensar que era de los cincuenta.

—Mirad qué alerones traseros —señaló Nell Salvia pasando las manos por encima de las puntas que sobresalían de la tierra como aletas de tiburón.

Las luces traseras rojas se habían roto, y algunos fragmentos se habían quedado allí fijos como rubíes rotos, o eso dijo Jueves. Con el tiempo, a medida que volvíamos al sitio, desenterramos el coche poco a poco hasta que sacamos los asientos de cuero con ayuda de palas, dejamos el retrovisor y los espejos laterales al descubierto, y vimos que el color del armazón metálico había sido azul.

—El color del lapislázuli —les dije.

Para entonces estaba casi todo oxidado, pero siempre llevábamos esmalte de uñas azul para tapar esas zonas.

Un trozo de metal afilado se había astillado del capó y sobresalía en dirección al cielo con el extremo puntiagudo.

—Es como una espada medieval —observé, pasando la mano a lo largo del metal.

En los asientos de cuero había marcas fosilizadas. Jueves dijo que sabía lo que eran.

—Hojas —declaró—. Pero no hojas de ahora. Son hojas del pasado. Putas hojas que ya no existen.

Nell Salvia anunció que faltaban los neumáticos del coche cuando desenterramos lo bastante para saberlo. Cisi encontraría el cráneo de un gato en el maletero cuando por fin lo abrimos. El cráneo estaba relleno de barro, y entre los colmillos asomaba el borde redondeado de una pequeña canica azul.

—Seguro que cuando este coche estaba en la carretera —dijo Nell Salvia mientras pasaba la mano por su — era una maravilla.

El metal estaba ahora lleno de arañazos, que según Cisi eran producto de la furia de una mujer con garras.

Las cuatro subimos al vehículo. Cisi en la parte trasera con Nell Salvia, y yo sentada en la parte delantera con Jueves, que se puso al volante y fingió que conducía mientras quitaba la tierra del salpicadero y decía: —Este coche tiene huellas del tiempo por todas partes.

—Eso es porque es una máquina del tiempo —repliqué—. Ha viajado a la época de los dinosaurios. —Señalé los fósiles de los asientos—. Ha viajado a Egipto. —Levanté el cráneo de gato que Cisi había hallado—. No tiene neumáticos porque nunca los ha utilizado. Estaba tirado como un carruaje por caballos alados hechos de fuego y hielo.

—¿Qué gasolina se le pone a una máquina del tiempo, Arc? —preguntó Nell Salvia.

—Agua del río —contesté—. Por eso está aparcada aquí. Paró a repostar.

Todas reímos cuando Jueves hizo ver que atravesaba portales de tiempo y espacio emitiendo un chirrido a la vez que pisaba el freno.

—¿A quién coño crees que perteneció esta máquina del tiempo? —preguntó.

—A la última reina de Egipto.

Miré los ojos del cráneo de gato.

—¿Quién fue la última reina de Egipto? —preguntó Nell Salvia, levantando las manos como si Jueves nos estuviese llevando cuesta abajo.

—Cleopatra, cómo no —apuntó Cisi sonriendo.

—Pues vamos a llenar el depósito de esta preciosidad —dijo Jueves—. A ver si podemos visitar un poco del pasado.

No me sorprendió cuando recibí la llamada de Jueves. Fue un poco después de la una de la madrugada. Me dijo que había ido a la máquina de Cleopatra con un cubo. Lo había llenado de agua del río, lo había vaciado sobre el coche y se había puesto al volante.

—Pero no arrancaba —aseguró—. Por mucha agua de río con la que traté de llenarla. Por mucho que se lo supliqué.

Hacía un par de semanas que había perdido al bebé. Era la primera llamada que recibía de ella desde entonces. Yo había seguido yendo a su casa, me quedaba sentada al otro lado de la puerta y le pedía que me dejase pasar. Pero solo obtenía silencio por respuesta.

—Pensaba que podría volver al pasado —confesó—, al momento en el que descubrí que estaba embarazada. Esta vez lo haría bien. Nada de consumir. Comería lo que tenía que comer. No bebería ninguna de las cosas que no podía beber. Resulta que la máquina está estropeada, Arc. No me extraña que

Cleopatra la abandonara en Chillicothe, Ohio.

Jueves colgó tan súbitamente como había llamado.

Cuando llegué a su casa, la puerta principal estaba cerrada con pestillo.

—¿Hola, Jueves? —Llamé a la puerta. Al ver que no contestaba, la aporreé —. Venga, abre.

Me dirigí a una de las ventanas de la parte delantera. Estaba abierta, así que perforé la mosquitera y me metí dentro. La caravana estaba a oscuras, pero vi una rendija de luz alrededor de la puerta del cuarto de baño. La abrí y encontré a Jueves con unas tijeras en la mano. Se había hecho tantos agujeros en la ropa que estaba prácticamente desnuda.

—Largo de aquí, Arc.

Levantó las tijeras como si fuese a clavármelas. Pero las soltó y se cayeron contra el armario del cuarto de baño.

—Lo siento, Arc. No quería… Lo siento mucho.

—No pasa nada.

La abracé. Se había cortado la ropa tan apresuradamente que se había hecho tajos en la piel que le sangraban.

—Quiero recuperar a mi bebé, Arc. —Sepultó la cara en mi camiseta—. Sabía que lo que hacía no estaba bien, pero para nada creía que fuera a perderla. Pensaba que tenía tiempo para recuperarme.

La mecí, pero tenía tantos cortes en las mangas de la camiseta que se le cayeron a los lados de los brazos.

—¿Por qué sigues haciéndote todos estos agujeros, Jueves? —Le limpié la sangre del brazo.

—Todas las cosas que hemos hecho nos han costado esmeraldas, zafiros y rubíes, Arc. Pero también nos han costado trozos de nosotras mismas. Eso es lo que es todo esto —dijo, recogiendo los pedacitos de tela del suelo—. Trozos de mí misma cortados para pagar al diablo. —Dejó caer los pedacitos entre sus dedos—. No soporto pensar en mi hija enterrada en el suelo con gusanos que lo roen todo hasta los huesos.

Se quedó mirando la jeringuilla tirada en el suelo detrás del lavabo.

—¿Y si no estuviese enterrada en el suelo? —pregunté.

Jueves me miró, los ojos nublados por las lágrimas.

—¿Y si la enterramos en el cielo? —Le sequé las mejillas hasta que sonrió. Dejó que la ayudara a levantarse y la llevara al exterior por la puerta trasera. El cielo nocturno estaba despejado. Horas de oscuridad bien asentadas mientras las estrellas brillaban como las joyas que Jueves siempre juró que tenía.

Me utilizó de apoyo cuando nos internamos en la alta hierba.

—¿Dónde la enterramos? —le pregunté.

Ella recorrió el cielo con la vista.

—Ese grupo de estrellas. —Señaló con el dedo—. Parecen contentas. Como

si fueran las luces de la fachada de una casa que es cálida cuando tiene que serlo y agradable todo el tiempo. Ese es el sitio.

A continuación se sentó y declaró:

—No tengo el cuerpo, Arc. Me lo quitaron.

—¿Y si yo la tuviera aquí? —dije, levantando los brazos.

Jueves dirigió la mirada a la alta hierba, que ondeaba con el viento. La observó riendo quedamente entre dientes y me respondió: —Te diría: «Dame a mi bebé».

Estiró los brazos mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Acuné el aire antes de dárselo a ella. Jueves lo recibió como si hubiese una manta larga con la que tuviese que envolver a su hija. Mientras ella miraba entre sus brazos, meciéndolos de un lado a otro, yo volví al interior. A la tenue luz del cuarto de baño, recogí los retales de tela del suelo. Desde donde me encontraba oía la voz de Jueves. Estaba cantando, pero no era una canción de la radio. Era su propia letra. La que una mujer crea cuando lleva mucho tiempo vagando entre la niebla de la montaña.

Te daré una razón para que me compres flores, cantó.
La vida es un reloj, las campanas hacen din don.
A la una naciste, mi luna, a las dos creciste, mi dios.
Cuando dieron las once, el cielo se abrió en el horizonte.
Y al canto del gallo, de llorar casi me desmayo.
Anda, cómprale a mi niña flores, que ya no verá horas mejores.
Cómprale flores, que no verá horas mejores.
Compra flores, no verá horas mejores. No verá.

Cuando me senté a su lado, dijo:

—Me alegro de que me acompañes en su funeral, Arc.

Mantenía la mirada fija en lo que acunaba. Para ella, era lo que había perdido. Durante ese instante, logró reencontrarlo.

—La enterraré al lado de mi primogénito —anunció, levantando los brazos.

Las dos alzamos la vista, y cuando el viento le agitó las mangas, se balancearon como una manta que se elevaba en el aire.

—Ayúdame a cavar, Arc.

Se recostó, con los brazos aún levantados, y empezó a coger pedazos de cielo con las manos.

Dejé los retales de tela en el suelo y me tumbé a su lado, y nos dedicamos a arrancar el aire con los dedos hasta que dijo que el agujero era lo bastante hondo. Se llevó las manos a las mejillas y sonrió mientras contaba.

—Una estrella menos, dos estrellas que se van, tres estrellas que parten. —

Dejó escapar una larga exhalación que nos envolvió—. Ya está en el agujero, Arc.

Me levanté, cogí un puñado de tela y lancé los pedazos a las estrellas. Aunque cayeron sobre nosotras, Jueves dijo: —Dame un puñado de esa tierra, Arc Doggs.

Cuando la dejé caer en su mano, se levantó y la arrojó lanzando un grito que duró mucho más que el tiempo que los retales de tela tardaron en caer a la tierra. Recogió los pedazos que habían caído, acompañados de tierra, hasta que acabó tirando puñados de tierra al cielo y gruñendo con cada lanzamiento. Su furia era comparable a su pena.

Sin aliento, lanzó el último grito desde lo más hondo de su ser. Un rugido, en realidad, que estalló y desapareció entre las tinieblas. Los brazos le quedaron colgando a los lados, y las lágrimas se secaron en sus mejillas.

—Ahora está enterrada en el cielo —anunció—. Allí arriba no hay gusanos. Nada la roerá hasta los huesos. Allí solo hay estrellas, que le enseñarán a ser una de ellas hasta que brille y brille, como una pradera a lo lejos.

—Tú eres la madre de esa pradera —dije.

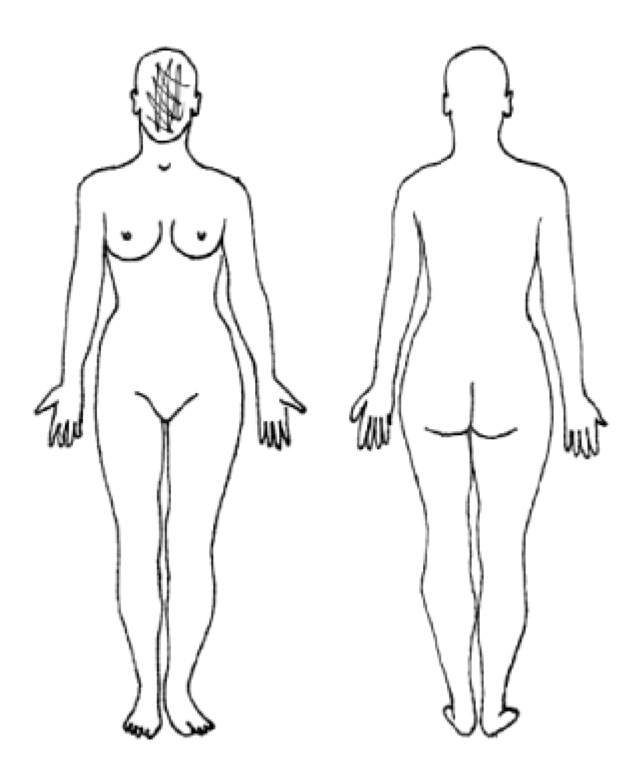
—Sí —asintió ella sonriendo.

—Tú eres la madre de esa estrella —le aseguré.

—Sí. —Levantó el mentón y se puso derecha—. Soy la madre. Lo soy. Lo soy. Lo soy.

DEPARTAMENTO DE MEDICINA FORENSE DEL CONDADO DE ROSS
CHILLICOTHE, OHIO
INFORME DE INVESTIGACIÓN

DIFUNTO/A: Violeta
GÉNERO: Madre
EDAD: Vieja como las golondrinas
DESCRIPCIÓN DEL CUERPO: Desnudo
OJOS: Mariposas
TEMPERATURA CORPORAL: Necesitada de una llama **PELO:** Como la flor



HERIDAS Y MARCAS:
Malnutrida. Hematomas peculiares en la parte trasera de los nudillos derechos. Uñas rotas. Sumergida en agua mucho tiempo. Tierra hallada bajo los párpados. Material vegetal en las fosas nasales y entre las piernas. Presente en las vías respiratorias más pequeñas. Graves abrasiones en los pechos. Nada inesperado. Hematomas aparecidos antes del ahogamiento. El corazón ya había dejado de bombear cuando los sufrió. Sin embargo, las zonas de color morado se formaron cuando ella todavía estaba viva. Golpe contundente en la parte posterior del cráneo. Hemorragia presente sobre la superficie del cerebro. Una corona de ramas y tallos. Los pulmones están llenos, como los de una mujer que respira hondo, a punto de cantarnos su canción.

CAUSA PROBABLE DE LA MUERTE:
Estuvo demasiado cerca de la orilla.

Capítulo 41

Ni en plena caída, de la corona se olvida.
Poeta Narciso

Dos chicos fueron a pescar. Primero recorrieron el jardín de su casa buscando saltamontes con los que llenar el viejo cubo. Los insectos saltaban y trataban de escapar, pero los muchachos los atraparon con el cubo utilizando la tapa. Luego se echaron las cañas de pescar a los hombros y se fueron al río balanceando el cubo que llevaban cogido por el mango entre los dos. Cada uno eligió un saltamontes. Mientras perforaban los cuerpos que se retorcían con el frío anzuelo, uno de los muchachos miró al agua.

—La corriente se mueve rápido hoy —observó.

Cuando el otro lanzó el sedal, cayó chapoteando justo en el momento en el que el cuerpo de Violeta pasaba flotando. Para cuando los chicos llamaron a la policía, ella había seguido flotando río abajo. Al final la encontraron atrapada entre las ramas de un árbol caído.

«Hombre del Río», decían los rumores en la calle.

Silencio es lo que decía el departamento del *sheriff*.

Sin ella en nuestras vidas, hablábamos de Violeta y de las muchas maneras en que nos hacía sentirnos vistas.

—Siempre me traía dónuts rellenos de crema —decía una de las chicas—. Sabía que eran los que más me gustaban.

—A mí me los traía rellenos de fresa —añadía otra.

Recordaban que Violeta siempre tenía servilletas de papel para quitarnos el glaseado de la cara y de los dedos, como una madre que limpia a sus hijos.

—La muerte de Violeta me recuerda al sótano de la abuela Asclepia —me dijo Cisi.

Yo también había pensado en él. Un habitáculo con paredes de bloques de hormigón. Cajas de fruta y charcos en el suelo de algo húmedo que emitía un brillo plateado a la luz de la luna. Allí, entre las paredes claras y poco iluminadas, una cinta de un morado intenso en la mesa. Un objeto delicado que recordar.

—No estoy segura de que volvamos a ver nada violeta nunca más —confesó Cisi.

Un par de días después de que sacasen a Violeta del río, Cisi y yo

estábamos enfrente del Blue Hour con Jueves. Después de la noche que enterramos a su hija en el cielo, Jueves había vuelto a la calle. No mencionaba a la niña de la que había estado embarazada. Si alguien se acercaba a ella y le decía: «Lo siento, Jueves. Me he enterado de lo que le pasó al bebé», contestaba: «Sigo siendo madre» y miraba al cielo.

Por primera vez desde que la conocíamos, no llevaba ninguna de las cuentas de plástico que según ella eran ópalos, turquesas o peridotos. Ni anillos de amatistas o esmeraldas. Ni pulseras de malaquitas, ámbares o jaspes. Ni siquiera el *piercing* de la nariz. Su piel estaba desprovista de adornos. Cuando le pregunté dónde estaban sus diamantes y sus zafiros, me respondió:

—Ah, ¿te refieres a esas baratijas de plástico? No valían nada. Llega un momento en la vida en que hay que dejar de fingir, Arc.

Todavía tenía agujeros en la ropa, pero habían aumentado de tamaño. Grandes tiras de tela cortada que dejaban al descubierto los codos, el hombro entero o las rodillas. Entre las horas que era ella misma y el día siguiente, podía desdibujarse por completo hasta que la próxima corona le hacía olvidar por un momento qué hacía con las tijeras en la mano.

—¿Estás bien, Jueves? —preguntó Cisi.

—¿Cómo puede estarlo cualquiera de nosotras? —replicó ella—. Están matando a nuestras amigas. Todo parece de un azul más oscuro ahora. Pero no me sorprende que esté pasando. En una ciudad como esta, los monstruos se alimentan del humo. —Alzó la vista a las chimeneas de la fábrica de papel—. ¿Crees que cuando enterramos la cápsula del tiempo también nos enterramos a nosotras? ¿Crees que nos buscamos esta maldición?

Abrió la mano y mostró un pequeño tatuaje en la cara interna de la muñeca izquierda. Era el cuerpo de un lobo.

—No tiene cabeza —dijo—. Porque se la comieron.

—¿Quiénes? —preguntó Cisi abriendo mucho los ojos.

—Mis putos secretos.

Jueves introdujo la mano en el bolso y sacó un fajo de dinero metido en una bolsa de papel marrón.

—Para mi más allá.

Volvió a guardarla en el bolso.

—No se lo habrás robado al Carreteras, ¿verdad?

Observé cómo ella se frotaba el tatuaje.

—Tardará en enterarse —contestó—. Para entonces, yo ya estaré más allá de la Montaña Lejana. Vosotras también deberíais iros. Al menos, hasta que el Hombre del Río haya dejado de intentar llenar el agua de sangre.

Las tres nos volvimos al oír algo que hacía ruido. Eran las latas atadas al carrito de la compra y el dobladillo de la vieja sabia.

—Puede trepar como un gato —dije, mirando cómo la anciana empujaba

el carrito.

—Pero vuela como una lechuza —añadió Jueves envolviéndose el cuerpo con los brazos.

Los pañuelos descoloridos de la mujer ondeaban al viento como si le saliese humo de la cabeza.

—Dicen que si te metes en el carrito —comentó Jueves—, te metes en su cuna. Puedes dejarte llevar por un tiempo. Cuando la vida se te vuelve tan jodidamente complicada y no te ves capaz de seguir adelante, ella te empuja. Solo una vieja tendría esa gentileza.

Cuando la anciana pasaba por delante, Jueves se agarró a un lado del carrito y se metió dentro. La mujer hizo caso omiso y empujó el peso añadido del carrito con la misma mirada en los ojos que cuando solo contenía la manta sucia y el osito de peluche andrajoso.

—¡Joder, es maravilloso! —aulló Jueves, mientras levantaba el osito en el aire—. ¡Eh, Arc! Que no se entere el diablo.

—¿Que no se entere de qué? —pregunté antes de que la mujer se la llevase un poco más allá.

—De tu nombre —respondió Jueves, agarrando fuerte el oso—. Que el diablo no se entere también de tu nombre.

Justo antes de que la anciana doblase la esquina con ella, Jueves exclamó:

—Eh, Arc… ¡Te pillé! —Gritó la frase como imaginé que la había gritado su hermano en su día. Luego se rio, pero no fue una risa de verdad—. Supongo que ahora desapareceré, ¿no?

La vieja sabia torció la esquina empujando el carrito, con las latas atadas al dobladillo de su falda resonando a lo lejos.

Capítulo 42

En un sueño que se esfuma, solo somos las presas tras la bruma.
Poeta Narciso

—Ser mujer es ser desde el principio de los tiempos —decía la abuela Asclepia mirándose al espejo—. Es el mayor reto que Dios nos ha planteado. Si fracasamos, no se nos prometerá nada más que una eternidad de ese fracaso.

Yo pensaba que sus palabras eran la razón por la que los espejos de mis sueños siempre reflejaban la curva de la espalda baja de una mujer, puede que la mía. Pero a medida que la curva menguaba, supe que era Cisi con quien soñaba. Para octubre de ese año, mi hermana había adelgazado tanto que no le servía la mayoría de la ropa. Había empezado a sacar prendas de su armario. Ropa que llevaba cuando éramos más pequeñas como petos y pichis, prendas que no se le caían en el cuerpo huesudo. Había perdido mucho pelo, y las calvas se le notaban más con las trenzas que se hacía. Muchos días parecía que tenía una capa de polvo sobre los ojos que le atenuaba la luz. Le habían salido nuevas llagas en la piel como si nunca se le acabasen de curar, y ella creía que eran cráteres de su corazón, como los de la luna.

—A veces me miro al espejo y no veo mi reflejo, Arc.

—Eso es por la cinta del espejo —le dije—. Nadie puede ver su reflejo en esta maldita casa.

Era nuestro cumpleaños. Cumplíamos veintiún años. Estábamos en su cuarto, y ella se había puesto otra vez a sacar ropa de la caja del armario. Yo estaba sentada en su cama, leyendo.

—¿Qué lees, Arc? —preguntó.

Levanté el pequeño diario. La palabra estaba escrita en letras doradas en la portada de satén.

—Es de mamá —le revelé.

—Qué juvenil se ve la letra de mamá, ¿verdad? —Cisi echó un vistazo a la página—. Te recuerda que no siempre fue una vieja encerrada en un cuarto.

Cisi introdujo la mano en el cajón, sacó una sudadera y se la puso. Era de color crema, con las mangas azul cielo. La imagen en la pechera era la del viejo personaje de literatura infantil Holly Hobbie. Con la sudadera, se puso una combinación rosa, ribeteada de encaje, y unos calcetines color chocolate hasta las rodillas.

—La vez que te pusiste todo eso teníamos gripe —le recordé.

—No pensarás que todavía tiene los microbios, ¿verdad? —preguntó—.

¿Que volveremos a enfermar?

—No creo que eso importe ya, Cisi. Tú ya tienes bastante mala cara.

Se pasó los dedos por el rostro y dijo:

—Estoy perdiendo una uña.

Le tomé la mano en la mía. La uña seguía allí, pero estaba negra.

—Me estoy convirtiendo en mamá. —Sonrió, con los ojos vidriosos—. Pronto tendrás que poner mi colchón en el suelo. Me quedaré a oscuras pasando frío, y hablaremos por unas latas atadas a una cuerda.

Bajó la vista y reparó en el trasportín que había delante del armario.

—Es para guardar algo pequeño y perdido —señalé—. Lo he comprado en el Todo a un Dólar.

No me preguntó qué iba a meter en el trasportín. Simplemente vino y se dejó caer en la cama, demasiado débil para seguir de pie.

—Tengo algo para ti —dije, desdoblando el trozo de papel blanco que llevaba en el bolsillo. Pegado a la esquina inferior había un cuadrado más pequeño de color amarillo intenso—. ¿Sabías que si miras fijamente el color amarillo y luego miras una hoja de papel en blanco, ves un color que no es amarillo?

Ella miró el cuadrado amarillo contando los segundos hacia atrás antes de desplazar la vista al espacio blanco.

—Oh. —Sonrió—. Es de color violeta. Me preocupaba no volver a verlo.

—Sí.

La abracé mientras se recostaba contra mis brazos. Le rocé el pelo con la cara. Olía a las piedras húmedas de la orilla del río.

—¿Este es mi regalo de cumpleaños? —preguntó, volviéndose para mirarme.

—No. Es esto.

Cogí la bolsa de plástico del suelo.

Mientras ella la abría, me preguntó:

—¿Crees que mamá se acuerda de que es nuestro cumpleaños?

—Lo importante es que nos acordemos nosotras —contesté.

Abrió la bolsa y sacó una tapa redonda de plástico.

—La he sacado de una lata de maíz —confesé.

—¿Qué es? —quiso saber ella, deslizando el dedo por el hilo rojo que atravesaba el agujero que yo había hecho en la tapa.

—Es un compás de río —le expliqué, señalando las direcciones que había escrito con rotulador negro en la parte superior—. Por aquí para salir de la riada. —Giré la brújula hacia el norte—. Por aquí para no ahogarte. —La giré hacia el sur—. Y por aquí para no volver a perderte. —Apunté al oeste con la brújula.

—Vamos al río, Arc —dijo—. A probarla.

—Es peligroso, Cisi, con el Hombre del Río por allí.

—Por eso mismo tenemos que ir.

Se levantó y salió por la puerta. Me detuve en el pasillo a ponerme los zapatos, pero al ver que Cisi no llevaba, yo también los dejé. Pasamos juntas por delante de la tía Trébol, sentada en el suelo enfrente de la tele, con los ojos clavados en unas tomas aéreas de la torre Eiffel.

—Francia —anunció, poniendo la mano en la pantalla—. Es donde está la *Mona Lisa*. Escupe, escupe, araña, ¿dónde la escondes, anda? —se escupió en la palma de la mano y la estampó contra la pantalla de televisión sobre la cara de la *Mona Lisa*—. Ahí.

Cisi me tiró del brazo y salimos sin dejar que la puerta mosquitera se cerrase de golpe.

Conduje hasta la caravana de Jueves. Estaba oscuro. Hacía semanas que nadie la veía. Sus padres habían puesto carteles e incluso habían ofrecido una recompensa. Y aunque habían recibido llamadas de gente que afirmaba que sabía exactamente dónde estaba, ninguna los acercó a su hija.

Cisi y yo echamos un vistazo a la caravana mientras atravesábamos el maizal. Todavía no lo habían cosechado, pero no tardarían, y los tallos altos serían cortados antes de los meses de invierno. Cisi anduvo hacia atrás entre las hojas, con la brújula y su hilo rojo dando vueltas en la mano.

Cuando llegamos a la arboleda, Cisi dijo:

—Los árboles están húmedos, misteriosos y desnudos.

—Porque ella vive sola —recité.

—¡Y cantan y cantan y cantan! —gritó Cisi.

—Porque ella vive sola.

En la Montaña Lejana, pasamos por delante de la máquina del tiempo. Por un momento, pensé que encontraríamos a Jueves allí, tratando de llenar el depósito de gasolina de agua del río y volver a una época en la que pudiese empezar de cero. Solas con nosotras mismas, vi que Cisi se quedaba en la orilla contemplando el agua marrón.

—Yo también tengo un regalo para ti, Arc —dijo abriendo la mano.

En su palma estaba la princesa del Happy Meal de hacía tantos años. Tenía la cara sucia, y a la corona le faltaba una de las pegatinas de piedras preciosas. Cisi había utilizado cinta adhesiva y pegamento para recomponerla con cuidado.

Cogí la princesa y cerré los dedos en torno a ella abrazándola contra el pecho.

—La he echado de menos —confesé, recordando quién era yo antes.

—¿Por qué nunca hiciste nada, Arc? —Cisi me puso el dedo debajo de la barbilla y la levantó hasta que nuestras miradas coincidieron—. ¿Salir de este sitio? ¿Largarte? ¿Hacer algo importante? Tú eras la hermana lista. ¿Cómo

acabaste llevando esta vida estúpida? —Se apartó y miró la brújula—. Yo te diré por qué, Arc. Porque eres mi hermana. Yo te he retenido. Ahora lo sé.

—No me has retenido —repuse, aunque mi tono revelaba otra cosa.

—¿Sabes por qué te llamo Arc? —Sonrió al río—. No lo hago porque caves en la arena como una arqueóloga, que es por lo que mamá te llama Arc. Yo te llamo Arc por el arca que salvó a la humanidad de la inundación. Tú eres mi arca, siempre lo has sido. Has estado ahí para salvarme cuando ha llegado la inundación. Pero lo malo de salvar a alguien de una inundación es que tú también tienes que meterte en el agua. Y a veces no sales. Yo te he ahogado conmigo, Arc. Como papá le hizo a mamá. Y mamá a la tía Trébol. —Cogió una piedra y la tiró al río—. Cuéntame la historia de las hermanas Trung.

—Cisi…

—Cuéntame la historia de las hermanas Trung, Arc.

Abracé la princesa y cerré los ojos.

—En el antiguo Vietnam —dije—, hubo dos hermanas que se rebelaron contra el poder que quería robarles su hogar. Las hermanas formaron un ejército compuesto de mujeres. Ese ejército hizo retroceder a las fuerzas enemigas. Las hermanas fueron proclamadas reinas.

—Ahora cuéntame el final —me urgió—. El que siempre te saltas. Esta vez quiero saber la historia completa.

Abrí los ojos y vi que ella se desvestía. Cuando se quedó en ropa interior, continué: —Durante tres años las hermanas gobernaron. Durante tres años fueron reinas, hasta que el enemigo volvió. En lugar de aceptar la derrota, las dos hermanas fueron de la mano al punto en el que confluyen el río Hat y el río Rojo. Y se ahogaron.

—Esa sí que es la historia completa. —Se dirigió al agua llevando la brújula —. Veamos si este trasto funciona.

La sostuvo en alto a medida que el río le subía por encima de los pies. Cuando le llegó a la cintura, dijo: —Siento sus espíritus en el agua. El de Harlow. El de Nell. El de Índigo. El de Violeta. Siento sus espíritus. Ponen al río muy triste.

Se sumergió mientras yo tiritaba con el aire frío. Cuando salió a la superficie, levantó los brazos súbitamente y los estampó contra el agua.

—¡Ayúdame, Arc! No puedo…

Hundió otra vez la cabeza.

Solté a la princesa en la orilla y me metí corriendo en el río. Me zambullí salpicando agua y le rodeé la estrecha cintura con los brazos. Cuando la llevé nadando a la orilla y la saqué del río, no se movía.

—No te mueras, Cisi. No me dejes.

Le hice el boca a boca como había visto que hacian los socorristas en una serie de televisión. Cuando empecé a bombearle aire en el pecho más fuerte,

rompió a reír.

—Te la he colado, ¿eh? —Rio más fuerte, pero se detuvo al ver mi cara—. Perdona, Arc. Pero ¿ves a lo que me refería? Tú siempre me salvas.

Le di un guantazo.

—Qué estupidez, Cisi.

—¡La estupidez ha sido que tú te tiraras detrás de mí! —gritó mientras yo trataba de taparme los oídos—. Vas a tener que dejarme, Arc. No hago más que arrastrarte conmigo. Suéltame ya.

Me levanté y corrí a la oscuridad de los árboles. Cuando estuve en el linde del maizal, noté la mano de ella en la mía. Se había vestido, aunque llevaba los calcetines marrón chocolate sobre el hombro. No dijo nada. Se limitó a apretarme la mano, y dejé que lo hiciese. Atravesamos juntas el campo.

Tiritamos durante todo el trayecto de vuelta a casa. Estábamos entrando cuando me acordé de repente.

—Me he dejado la princesa en la orilla del río —dije.

Me disponía a regresar, pero Cisi me lo impidió.

—No puedes volver, Arc —repuso—. Por mucho que intentemos aferrarnos al pasado, esas cosas no se pueden recuperar.

Me soltó la mano y entró en casa. Después de contemplar una vez más la noche, la seguí.

NOVENA PARTE



Querido diario:

Diluvio y yo hemos traído a las niñas a casa. Me siento como si tocase el cielo. Soy muy feliz. Han estado viviendo con mamá en su vieja granja. Seguro que les ha contado historias de brujas y de cielos morados, de sueños en los que salen conchas, sartenes de hierro y agua turbia. Pero ya no hace falta que vivan con ella, así que ahora seré yo quien les hable de cielos morados y lunas azules.

Diluvio ya no consume, y yo tampoco. Me encuentro muy bien. Le he dicho a Diluvio que me siento guapa y animada. Así de bien estoy.

Estoy muy contenta de tener a Arc y a Cisi, diario. Al principio no hacían más que llorar y preguntar por mamá. Yo les decía que yo era su mamá, pero a veces todavía me miran como si fuera a morderles la mano si se me presenta la ocasión. A veces Arc me mira con el ceño fruncido tanto rato que no creo que pueda sentirme más rechazada.

Otras veces no creo que Dios oiga las oraciones en este desierto.

Diluvio ha conseguido trabajo en la fábrica de papel, ¿te lo había dicho? Espero que este no lo pierda. Tengo que vigilarlo de cerca. Me preocupa que vuelva a… (no quiero decir la palabra y darle poder).

No soporto cómo me miran las niñas, como si no me conocieran.

He cavado un agujero en el jardín y he metido algunas cosas. Unas cuantas canicas. Una cuchara. Un pasador para el pelo. Las he tapado y le he dicho a Arc que era un buen sitio para cavar. Deberías haber visto la cara que ha puesto, diario. Se ha pensado que había encontrado un tesoro enterrado.

Me he sentado en la hierba y he tenido a Cisi en el regazo mientras mirábamos a Arc. Ha sido muy bonito.

Tengo miedo. Tengo miedo de estropearlo todo.

Hoy he metido una hoja muerta en casa con la suela del zapato. Debería haber mirado antes de entrar. Arc la ha visto. Ahora la mala suerte está en casa, todos lo sabemos. Tendré que pedirle a mamá su vieja campana de cristal. La llenaré de algo oscuro y beberé de ella hasta que el diablo sea expulsado.

Capítulo 43

Gira que te gira, voy como una canica. Gira que te gira, solo soy una chica.

Poeta Narciso

Oía sonidos de caballos galopando. Olía el polvo que levantaban sus cascos. Notaba el roce de sus crines en la mejilla. Sus resoplidos en la nuca.

Lo último que recordaba era estar con un hombre en el Blue Hour. Cisi había estado con su propio john. Un habitual al que le gustaba verla bailar. El mío era la clase de tío al que le gustaba mear en los rincones de la habitación y encima de mí para marcar su territorio. John el Meón, lo llamaba.

Después de los meados y el polvo, me sentía mareada, de modo que me eché mientras él se metía una raya y se reía de un cómico que estaba saliendo en un programa nocturno de la tele. Cuando volví a abrir los ojos, vi la cara de una yegua. Tenía la crin negra, el cuerpo marrón oscuro y el pecho de un blanco radiante. Me miró parpadeando con sus grandes ojos mientras masticaba un bocado de hierba.

Algo se deslizó por encima de mi pie descalzo. Miré hacia abajo y vi la cola de una culebra rayada que desaparecía en la alta maleza. Estaba en un campo. El suelo sin arar, rocoso bajo mis pies. El terreno se había dedicado al cultivo del maíz en el pasado. Lo supe por los tallos desperdigados que habían brotado de viejas semillas. Mientras la yegua daba unos pasos para arrancar espadañas, vi que la tierra se extendía a lo largo de kilómetros hasta juntarse con las colinas que se alzaban detrás de la vieja granja de la abuela Asclepia. Me encontraba en el campo descuidado en el que Cisi y yo solíamos jugar de niñas.

La casa estaba como siempre. El mismo porche con su antepecho pintado de blanco. Las mismas tablillas de madera. El mismo tejado gris ceniza. Incluso los mismos mirlos posados en él. Pero la niña no era la misma. La niña de cabello moreno corto que estaba en el jardín con el césped cortado. La pequeña observó cómo yo me levantaba y cruzaba el camino, cuya grava se me clavó en los pies descalzos delante del buzón. Cuando lo abrí, casi esperaba encontrar el catálogo de bulbos de Cisi, pero estaba vacío.

—¿Dónde está tu ropa? —preguntó la niña con voz cantarina.

Cuando miré hacia abajo vi que estaba desnuda. La madre salió rápido de casa secándose las manos en un paño de cocina azul intenso.

—Ven aquí, Andie.

La madre agitó el paño azul como una bengala para llamar a su hija.

Mientras ella corría junto a su madre, busqué algún rastro de Cisi o de la camioneta. No había gran cosa allí, en el solaz del vacío del camino, que parecía no llevar a ninguna parte en las dos direcciones. Era como si solo quedasen ese campo y la casa en todo el mundo. Traté de recordar lo que había pasado entre el momento en que me tumbé en la cama de la habitación de John el Meón y el instante en que me desperté en el campo. Pero lo único que sentía era que mi piel hacía frente a la situación lo mejor que podía. Vi que la yegua marrón oscuro se paseaba por el campo, con los ollares ensanchándose.

—¿Podemos ayudarte en algo? —se ofreció la mujer.

Advertí que era una esposa de alambre, como una puerta mosquitera, que se abre y se cierra un millón de veces antes de mediodía. Perfecta para una vieja granja como esa.

—Mi abuela Asclepia vivía antes aquí —dije, sentándome en la hierba.

Me sentía menos desnuda de esa forma.

La mujer miró a un lado y otro del camino, y tal vez entonces comprendió que me hallaba sola.

—Mami, mira sus ojos —dijo la niñita, pegada a la mano de su madre—. Son tan bonitos como el cielo. Y como la hierba.

La mujer se giró hacia mí.

—Sí —dijo, dirigiéndose a mí—, nunca había visto unos ojos así.

—Son canicas de bruja —le conté yo.

Ella agarró el paño con la misma firmeza con que sujetaba a su hija y me preguntó: —¿Quieres que llame a alguien?

—A mi hermana —respondí, meando en la hierba y esperando que ella no se diese cuenta.

—Puedes pasar si quieres.

Abrió la puerta mosquitera.

Utilicé la hierba para limpiarme antes de levantarme y me tapé lo mejor que pude con las manos. Una vez que estuve en el porche, me detuve a mirar otra vez a la yegua.

—¿Es suya? —pregunté a la mujer.

—¿La qué?

—La yegua del campo sin vallas. —Señalé con el dedo—. ¿No se escapa?

—¿Qué yegua? —demandó la mujer—. ¿Estás bien?

—Lamento estar desnuda —me disculpé, bajando la vista.

—Te traeré algo de ropa —dijo ella, y entró primero en la casa.

Había pasado un siglo desde la última vez que había estado en la vieja casa de mi abuela. Conservaba la misma escalera, pero había desaparecido el papel de flores, sustituido por unas paredes pintadas de un tono azul claro ideal para

el nido de una familia joven. El suelo también había sido arrancado. En lugar de las finas tablas de roble que mi hermana y yo tan bien conocíamos, había unas tablas más anchas y más oscuras que olían al limpiador con aroma a limón que la mujer había usado la última vez que había fregado. En las partes de las paredes en las que antes estaban colgadas las acuarelas de prados y flores de mi abuela, había fotografías de árboles altos en blanco y negro. Una inversión monocroma de los vivos colores que a mi abuela la cautivaban.

Me pregunté si el pasador de carey para el pelo que Cisi y yo habíamos escondido en la rejilla de ventilación seguiría allí, o si las dos lunas rosa que habíamos dibujado en el interior del armario de la cocina se habían conservado. Me resultaba curioso que la casa pudiese seguir existiendo con lo distinta que era. Había sido el hogar de una anciana con tapetes y pantallas con volantes, que representaban su afición a las polillas nocturnas del porche y una devoción por el más mínimo indicio de lo que podía ser un día y una noche buenos. Aunque las ventanas seguían en el mismo lugar y las habitaciones no habían cambiado de sitio, había pasado de ser el hogar con los clásicos estampados de flores de mi abuela a la casa de algodón blanco y limpio de una mujer joven.

—Mi abuela vivía antes aquí —repetí aunque solo fuese para recordármelo a mí misma mientras la mujer me envolvía con una colcha azul claro.

Me rozó suavemente, y sin embargo me hizo daño en la piel. Noté dolor en la mandíbula mientras mi esqueleto se dilataba y se contraía. Estaba mareada y convencida de que iba a vomitar algo que se llevaría todo lo bonito de la casa. Me sentía empujada por el ojo de la cerradura y me sorprendía seguir teniendo la piel sobre los huesos.

—¿Puedo usar el cuarto de baño? —pregunté, bamboleándome de un lado a otro.

—Claro. —La mujer trató de ayudarme a recobrar el equilibrio—. Está al final del pasillo, a la derecha.

—Sé dónde está —dije.

—Me olvidaba de que conoces la casa.

Me dejó andar sin ayuda.

Después de entrar en el cuarto de baño, cerré la puerta con pestillo antes de ir directa al botiquín. Solo había pomada para la hiedra venenosa, vendas y varios ungüentos más que uno se llevaría en una excursión por el bosque. Había un frasco de jarabe para la tos al fondo. Por la etiqueta, vi que había sido recetado para la pequeña Andie y su tos el pasado mes de abril. Bebí el poco que quedaba y volví a colocarlo donde estaba.

Cuando cerré el botiquín, miré al espejo. Hacía mucho que no me veía. El espejo de mi casa estaba tapado con la cinta adhesiva de la tía Trébol. Cualquier imagen reflejada en él se volvía borrosa y distorsionada. En el espejo

que la mujer se había cuidado de tener limpio, vi que había perdido pelo, como Cisi. El tono, que en su día había sido rojo intenso, había perdido viveza. Nuevas cicatrices de viejas llagas me surcaban las mejillas. Estaba apagada. Mi anterior rostro, abandonado por ese nuevo. Tuve el repentino deseo de ser guapa. De llevar otro corazón. Tenía la sensación de que sería un milagro alterar la imagen de mí misma. La mirada caída, el alma ajada, colgando de mi cara, profundamente aturdida.

Apoyé la cabeza en la puerta del cuarto de baño antes de abrirla. Había una niña allí, pero no la que vivía en la casa. Era Cisi, como era cuando tenía nueve años.

—¿Qué haces aquí, Cisi? —le pregunté.

A ella le dio la risa tonta antes de largarse y desaparecer en la pared.

Oí a la mujer en la cocina y miré las fotos familiares enmarcadas en la pared mientras recorría el pasillo. Presioné la esquina de la última justo antes de entrar en la cocina. La hija estaba sentada a una mesa infantil de plástico situada debajo de la ventana abierta. Estaba pintando en una libreta. La madre estaba a su lado diciéndole lo bonitos que eran sus dibujos.

—No te salgas de la raya. —Acarició la cabeza de su hija—. Buena niña.

A diferencia de los cambios en el resto de la casa, la cocina conservaba los armarios metálicos blancos y las baldosas amarillas resplandecientes como el centro de un narciso.

—Puedes usar el teléfono.

La mujer señaló el aparato amarillo que había en la pared junto a la despensa. De niña, yo estiraba el brazo para cogerlo y me enroscaba el cordón en espiral en los deditos.

—Me sorprende ver que no han tocado la cocina —observé—. Han cambiado mucho el resto de la casa.

—Renovamos la pintura —dijo ella, empezando a fregar los platos que había dejado en la pila—. Pero es muy caro tirar abajo una cocina e instalar una nueva.

Dio la impresión de que calculaba mentalmente el precio.

—Pero está en la lista de cosas por hacer —declaró—. El padre de mi marido compró la casa cuando se puso en venta. Debió de ser cuando tu abuela murió. Estuvo vacía muchos años después de que él la comprara. El viejo murió hace un año más o menos. Mi marido heredó la propiedad. Llevamos aquí unos ocho meses.

—La mataron —dije mientras cogía el teléfono—. A la abuela Asclepia.

—Dios mío. ¿En esta casa? —Ella soltó la taza que estaba fregando en el agua, y le cayeron salpicaduras en la pechera de su vestido verde claro.

Dudé si contestarle. En realidad quería que se imaginase sangre en las paredes y un cuerpo desollado arrastrado de habitación en habitación.

—No —contesté finalmente—, la mataron en el camino. La atropelló un coche.

—Lo siento. —Se llevó la mano húmeda al pecho—. Los coches pasan muy rápido. Siempre le digo a Andie que no juegue cerca del camino. ¿Verdad que sí, cielo?

Volvió la mirada a la niña, que estaba haciendo tanta presión al pintar que rompió el lápiz de color.

—Antes había cortinas amarillas.

Señalé las ventanas donde ahora ondeaban unas cortinas blancas de algodón agitadas por la brisa.

—Nos pareció que unas cortinas blancas darían un toque nuevo al sitio —declaró la mujer.

«No me gustan», me dieron ganas de decir, pero no lo hice.

—Bueno, tú a tu aire, estaré aquí por si me necesitas.

Se volvió otra vez hacia los platos dando gracias de contar con algo tan sencillo como el jabón y el agua.

Cuando me llevé el teléfono al oído, esperaba oír la voz de la abuela Asclepia.

—¿Eres tú, Arc? ¿En mi cocina?

—Ya no es tu cocina, abuela.

—¿Todavía es amarilla?

—Sí, pero de un amarillo distinto. Como las madejas de hilo. Es de otra tintada. Parece la misma pero no lo es.

Empecé a pulsar los botones para llamar a casa. Como nadie contestó, colgué.

—Mi hermana es una dormilona —le dije a la mujer, que vio que llamaba al número como mínimo cinco veces—. Nunca contesta cuando la necesitas.

Finalmente respondió la voz de la tía Trébol.

—¿Quién coño es? —susurró por el teléfono.

—Gracias a Dios —dije suspirando—. Soy yo, Arc. Necesito que vengas a recogerme.

—¿Dónde cojones estás?

—En casa de la abuela. O sea… —aclaré, mirando a la mujer—, en la casa que antes era de ella. Ven a recogerme. —Puse la mano sobre el micrófono y murmuré—. Estoy desnuda.

La niña rio hasta que su madre la hizo callar con el paño de cocina.

—¿Qué coño quieres que haga yo? —Trébol levantó tanto la voz que se la oyó en la habitación—. Te has metido en un lío. Pues sal de él. Gilipollas.

—Bueno, es hora de que subas.

La mujer levantó a su hija de la silla.

—Quiero quedarme, mamá. Ella me cae bien —dijo la niña justo antes de

que su madre se la llevase de la cocina.

Las oí en el pasillo.

—Sube los escalones. Sigue andando, jovencita. Juega en tu cuarto hasta que te llame.

Me arrebujé con la colcha justo antes de que la mujer volviese a la cocina.

—Por favor, tía Trébol —le rogué—. Te necesito.

—No puedo ir a buscarte —contestó—. Te has llevado la camioneta, idiota.

—¿Dónde está Cisi? —le pregunté—. ¿Está ahí?

—Vete a la mierda, Arc.

—¿No puedes venir a buscarme?

Ella suspiró sonoramente antes de decir:

—Veré si encuentro a alguien que me lleve. Hay que ser gilipollas…

La línea se cortó. Colgué y me di la vuelta hacia la mujer.

—Mi tía va a venir a recogerme —la informé.

—¿Te preparo algo mientras esperas?

Señaló la cocina.

—La verdad es que no me encuentro muy bien.

—¿Quieres algo de beber al menos? —preguntó—. ¿Café recién hecho? ¿Zumo de naranja?

—Creo que esperaré a mi tía en el porche.

Ella asintió con la cabeza mirando el sudor de mi frente.

Cuando salí al porche, me dejé caer en el columpio. Retorcí la colcha antes de morderla para que no me castañeteasen tanto los dientes. Sentía que me empujaban cada vez más por el ojo de la cerradura. Miré hacia fuera deseando ver que la parte delantera de nuestra camioneta se acercaba por la carretera. Incluso me imaginé la bolsita y la jeringuilla esperándome en el asiento.

Me hice un ovillo tratando de aliviar el dolor de huesos. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos mientras la yegua del campo situado al otro lado del camino no me quitaba los suyos de encima.

El sueño en el que me sumí transcurría en el río. Violeta, Nell Salvia, Índigo y Harlow se hallaban en la orilla de arena. Estaban desnudas, en medio de los charcos formados por el agua que les goteaba del pelo. Sus venas verde azuladas brillaban bajo su piel. Sus bocas estaban en sus respectivas rodillas derechas. Observé cómo los labios subían lentamente por sus piernas y sus vientres. Se deslizaron por sus pechos y por sus cuellos hasta situarse finalmente en sus caras.

—Hola, Arc —dijeron a la vez. Nell Salvia se quedó con la boca abierta ligeramente hacia la derecha como si se le fuese a caer otra vez por el cuerpo.

—Hola —respondí.

Vi que Violeta levantaba la mano. Le salía agua marrón a borbotones de la vena azul de la muñeca. Me quedé mirando la forma en que el agua salpicaba

contra el suelo. Entonces vi que tenían los pies palmeados. Allí, en la piel tensa y tirante, había peces y tortugas diminutos que nadaban como si fuese la parte de sus cuerpos en la que más se había acumulado el río.

Vi una pequeña araña negra que salía de entre las piernas de Índigo. Observé cómo andaba sobre su pie antes de lanzar una telaraña a Harlow.

—No la dejes entrar —le advertí, pero Índigo no impidió a la araña que se metiese dentro de ella mientras Jueves salía del río y se juntaba con ellas.

La barriga le empezó a crecer poco a poco, dilatándose más y más hasta que la piel se rompió. De su vientre nacieron narcisos que cayeron encima del agua.

—El Hombre del Río se los come —dije cogiendo uno.

—No le digas nada a nadie —me aconsejó Violeta, derramando agua sucia por la boca con cada palabra—. No digas lo que has hecho, Arc.

—Yo no he hecho nada —declaré.

—¿Arc?

Nell Salvia dijo mi nombre.

—Sí.

Me volví hacia ella.

—Ahora somos las Brujas del Río —anunció—. Vivimos al atardecer. El agua es nuestra magia. Podemos inundar el mundo si queremos. Y también podemos ahogar cosas.

—Mi tatara, tatara, un millón de tataras abuela era bruja —dije mientras dejaba caer el narciso al agua, levantándome más y más.

—Lo sabemos —asintió Índigo—. Por eso entiendes de mierda y de sangre. Tienes magia. Puedes engendrar garras y mover huesos. No le cuentes a nadie lo que has hecho. No lo entenderán. Te dirán que eres el Hombre del Río.

Siguió saliendo agua de la muñeca de Violeta hasta que estuvimos en medio de una riada. Mientras me esforzaba por mantenerme por encima del agua, Violeta me advirtió: —Ten cuidado, Arc. Se avecina peligro. Ten cuidado.

Cogí una última bocanada de aire antes de sumergirme mientras a ellas se les volvían a caer las bocas a las rodillas. Rodeada de agua, busqué una salida, pero adondequiera que me volvía, solo encontraba la riada. Cuando me entró en la boca, noté que me temblaban los hombros.

—¿Perdona?

Seguí la voz de la mujer hacia la luz.

—¿Hola? Despierta, por favor —me llamó.

Cuando abrí los ojos ella estaba de pie junto a mí. La niña se encontraba detrás de ella. La colcha se había caído al suelo del porche. La mujer la recogió rápidamente y volvió a envolverme con ella.

—¿Ha venido mi tía? —Miré detrás de ella esperando ver la camioneta en

la entrada.

—No —respondió la mujer—. No creo que vaya a venir. ¿Hay alguien más a quien puedas llamar?

Me arrebujé con la colcha y negué con la cabeza.

—Yo puedo llevarte a casa —se ofreció— si quieres.

Observó cómo yo utilizaba el extremo de la colcha para secarme el sudor de la cara mientras le contestaba: —Está bien.

Esperé a que entrase a por las llaves. Se llevó a su hija. Oí susurros y miré al campo. La yegua había desaparecido. Corrí al borde del porche y vomité.

—Ya estoy lista.

La mujer cruzó la puerta y cerró con llave mientras su hija se aferraba a su pierna.

Me limpié la boca y vi las cortinas amarillas bajo el brazo de la mujer.

—¿Las guardó? —pregunté.

—Las tenía en una caja en el desván —contestó—. Me di cuenta de que estaban hechas a mano. No me parecía bien tirarlas, con los nombres cosidos en el ribete.

Dejó que la puerta mosquitera se cerrase de golpe tras ella mientras desdoblaba una de las cortinas y me mostraba los nombres de Cisi, Trébol, mamá e incluso el mío bordados en la tela.

—Las hizo mi abuela Asclepia —dije, tratando de sonreír.

—Deberías tenerlas tú. —La mujer me entregó las cortinas. Mirándome la cara, añadió—: Debería llevarte al hospital. Tienes muy mala cara.

Negué con la cabeza, me quité la colcha y la coloqué sobre el columpio del porche antes de desdoblar una cortina.

—Mi madre llevaba lo mismo una vez que fue reina de los dientes de león —expliqué, envolviéndome el cuerpo con la cortina.

La mujer agarró a su hija con fuerza de la mano mientras bajaban los escalones. Su coche estaba aparcado a un lado de la casa. Un vehículo de cuatro puertas de color café. Abrochó el cinturón de seguridad de la niña mientras yo subía a la parte delantera y bajaba enseguida la ventanilla.

Cuando la mujer se puso al volante y arrancó el coche, empezó a sonar música *country* por la radio. Me llevé las manos a la cabeza, que me dolía terriblemente, y grité.

—Perdona. —Bajó rápido el volumen—. Necesito saber adónde llevarte.

Le di indicaciones cuando salió a la carretera y asomé la cabeza por la ventanilla para que me diese el aire, viendo cómo la casa de la abuela Asclepia desaparecía en el espejo retrovisor.

—Cuando vea la fábrica de papel —dije—, sabrá que se está acercando. —Me encorvé hacia delante y, al toser, me di con la cara contra el salpicadero—. Vivimos a la sombra de la fábrica.

—Vaya. —Ella se aclaró la garganta—. Debe de ser bonito poder ver el humo de las chimeneas.

Me miró por el rabillo del ojo entre vistazos a su hija por el espejo retrovisor.

—Es de los caballos que hay debajo. —Miré por la ventanilla y vi que la yegua marrón oscuro había vuelto y galopaba junto al coche—. El humo es el polvo que levantan.

—Oh, qué idea más bonita —comentó ella sonriendo—. ¿De dónde la has sacado?

—De mi padre —susurré antes de señalar la calle que me llevaría a casa.

Cuando abrí la puerta del coche, me caí al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó la mujer.

—Perfectamente.

Me levanté con las piernas temblando.

—No te olvides esto. —Me tendió el fardo de las cortinas—. No me has dicho cómo te llamas.

—Arcade Doggs. —Me sequé la cara con la cortina de arriba del todo—. Pero todo el mundo me llama Arc.

La niña me dijo adiós con la mano mientras salían del camino de acceso. Volví a caerme antes de llegar finalmente a la puerta. La cortina que llevaba puesta se me había resbalado del cuerpo a la hierba.

Cuando entré, la tía Trébol estaba estirada en el sofá.

—Pensaba que ibas a venir a recogerme —dije.

—Mierda. —Ella se echó a reír—. Se me olvidó.

—¿Está Cisi en casa?

La empujé y me caí al sofá, donde me estiré para coger una de las jeringuillas de la mesa de centro.

—¿Cisi? —La tía Trébol desvió la mirada de la tele a mí—. No, no está aquí. Hueles al río. ¿Por qué cuando una chica desaparece hueles todavía más? —Alargó la mano, me agarró el brazo y lo acercó a sus fríos orificios nasales, que se ensancharon como los de la yegua con cada inspiración—. Apestas al río.

Querido diario:

Hoy he pasado un día maravilloso con las niñas. Diluvio nos preparó tortitas por la mañana. Es sábado y tenía el día libre.

La ropa le apesta a la fábrica. El pelo le apesta. La piel le apesta. No lo soporto, pero le pagan bien. Sin embargo, me da miedo lo que puede comprar con ese dinero. Me da miedo lo que yo puedo comprar con él.

Preparamos copos de mortadela. Cisi no paraba de reír. Está empezando a cambiar. Ya me llama mamá. Le cuesta un poco menos dar cariño. No me recrimina tanto mis errores.

Arc es más difícil.

Es muy curiosa. Todo lo observa. Nos registra los bolsillos a Diluvio y a mí, y el interior de los zapatos. La pillé rebuscando en los cajones de nuestra cómoda, buscando.

Entiendo perfectamente que no se fíe de nosotros. Es una niña lista. Demasiado lista.

Después de hacer los copos de mortadela, fuimos a dar un paseo. Diluvio tiró unos huesos de pollo y le dijo a Arc que había «descubierto» huesos de dinosaurio. Ella le contestó que olían a pollo frito, y nos estuvimos riendo un buen rato.

Perdí un pendiente volviendo a casa. Lo buscamos, pero no lo encontramos.

Me encantaba ese pendiente. Tenía forma de caballo. Diluvio me lo regaló cuando nos conocimos y me dijo que había caballos en el suelo de Chillicothe, que corrían y corrían y corrían…

Ojalá viviéramos en una casa con nuestras iniciales en las toallas y billetes de avión en los cajones y una forma de escapar unos de otros sin irnos.

En la fábrica pagan bien. Pero sé lo que él compra con el dinero.

Capítulo 44

No puedo decir que no me crisparé hoy.
Está en mi naturaleza partir… y quedarme donde estoy.
Poeta Narciso

Aquí, en el más allá, soy consciente de mi alma de formas que antes no lo era. Puedo verla. Puedo sentirla. Puedo olerla. Sé que nada. Sé que vuela. Sé que es mediodía y medianoche y todas las horas intermedias. ¿Y el alma de mi hermana? Lo único que puedo decir es que la detecto. Como una detecta una señal débil procedente de algún lugar a lo lejos. Una luz que brilla a intervalos breves sin indicarme ningún rumbo concreto. No tengo brújula. Pero ¿acaso no he compartido siempre algo con mi hermana? El alma de gemelas, nacidas el mismo día en este lapso infinito. Dicen que una gemela sabe cuando la otra mitad ha muerto. Yo digo que lo mejor que una hermana puede hacer es esperar que no sea verdad.

Aguardé toda la noche a que Cisi volviese a casa. Al ver que todavía no había regresado al día siguiente, me fui andando al Blue Hour. Nuestra camioneta estaba aparcada en el sitio habitual a un lado del establecimiento. Las llaves no estaban en el contacto. Las encontré debajo de la alfombrilla, en el lugar donde siempre nos las dejábamos la una a la otra. Pasé los dedos por las poesías de Cisi escritas con rotulador negro en el interior de la camioneta. En la parte superior del asiento de cuero del pasajero, encontré sus palabras recién escritas.

No puedo decir que no me crisparé hoy. Está en mi naturaleza partir… partir y quedarme donde estoy.

El relincho fue largo y agudo. Me volví y vi a la yegua marrón oscuro andando por la acera enfrente de las habitaciones. En una de las puertas abiertas había un cliente al que reconocí. El que disfrutaba viendo bailar a Cisi. Estaba descamisado. Se le veía el vello del pecho, húmedo como el pelo de la cabeza. Estaba apoyado en el marco, rascándose los brazos tatuados y observando a un grupo de chicas que había al otro lado de la calle. Cuanto más las observaba, más acercaba la mano a su bragueta abierta.

Cerré la puerta de la camioneta de golpe. Cuando él me vio, sonrió.

—Eh, ahí estás, muñeca. —Tenía una voz envejecida por las cajetillas de cigarrillos que fumaba—. ¿Dónde coño has estado? Cuando te llamé, dijiste

que venías para aquí. —Abrió más la puerta de su habitación—. ¿Qué te parece si entramos y nos divertimos un rato?

Pasé rápido por su lado dándole un empujón y entré en la habitación. La cama solo revelaba que alguien había dormido en ella. Entré en el cuarto de baño. La cortina de la ducha estaba corrida. Se oía agua detrás.

—¿Cisi?

Descorrí la cortina de plástico, pero solo encontré una bañera llena de agua.

—He preparado un baño caliente. —El john entró detrás de mí—. Ya se ha enfriado.

Quitó el tapón para vaciar la bañera. Me volví y vi una camiseta blanca remojada en agua rosa en el lavabo. Cuando la levanté, vi manchas de sangre en la pechera.

—Me sangra la nariz.

El tipo me quitó la camiseta y volvió a sumergirla.

Me dirigí a la cama, donde me puse a gatas para mirar debajo. Lo único que encontré fueron un par de jeringuillas sucias y unas colillas con el filtro manchado de pintalabios.

—¿Qué buscas, nena?

Se inclinó para verlo por sí mismo e hizo que el corazón partido que llevaba tatuado en la espalda se estirase.

—¿Dónde está mi hermana? —pregunté.

—Yo qué coño sé. —Se peinó el cabello ralo hacia atrás con la mano—. ¿Vamos a empezar la fiesta o qué, Cisi?

—Yo no soy Cisi. —Rebusqué entre los artículos que había encima de la cómoda.

—Joder, pues eres clavada a ella. —Me comía con la mirada—. Creía que tus ojos eran…

—Soy su hermana —dije, cogiendo la chaqueta de camuflaje del hombre. Inspeccioné los bolsillos, pero solo encontré un mechero y el envoltorio de una chocolatina—. Somos gemelas. —Me acerqué al pequeño armario, abrí la puerta y encontré unas perchas colgadas de la barra de madera—. Sé que ella ha estado aquí.

—Te equivocas —me contestó.

—Iba a venir a verte.

—Pero no ha aparecido. —Se estiró para coger la cajetilla de cigarrillos de la mesita de noche. Mientras encendía uno, repitió—: Eres clavada a ella. No me importaría follarte a ti. —Se metió la mano en la bragueta abierta y empezó a tocarse—. Supongo que el coño y las tarifas son las mismas.

—¿Dónde está Cisi?

Retiré las sábanas de la cama, como si ella me hubiese dejado una nota en

el colchón.

—Te lo he dicho, cariño. —Me apuntó con el cigarrillo; la brusquedad de su voz resultaba vagamente humana—. ¿Ahora vas a portarte bien?

Volví corriendo al cuarto de baño.

—Ya te lo he dicho, putita. —Me agarró del brazo y me lo retorció a la espalda—. No está aquí.

—¿Qué le has hecho? —Me solté sacudiéndome—. ¡Le has hecho algo, cabrón!

Lo empujé hacia atrás y eché a correr. En el aparcamiento, llamé a mi hermana a gritos. Si estaba en alguna de las otras habitaciones, tal vez me oyera y saliese.

—¿¡Cisi!? ¿¡Estás ahí, Cisi!?

Las persianas de algunas ventanas se movieron. Unos cuantos huéspedes abrieron la puerta lo justo para asomarse, con los ojos inyectados en sangre, vidriosos y temerosos de la luz. Al final alguien llamó a la policía para quejarse de la mujer que se estaba quedando ronca de tanto gritar en el aparcamiento. Cuando el coche patrulla paró junto a mí, seguí chillando hasta que el agente se acercó con la mano en la pistola que llevaba enfundada en la cintura.

—Tranquilícese —me dijo. Cuando se volvió para escupir a un lado, vi la cicatriz de su mejilla izquierda que parecía un par de anzuelos enredados. La piel gruesa y ondulada era como la recordaba de niña, cuando él me estrechó fuerte entre sus brazos mientras se llevaban a mi padre bajo una sábana blanca. También me acordaba de sus palabras.

«Espera unos años —había dicho hacía tanto tiempo—. Verás cómo detenemos a esa niña por lo mismo».

Esperé a que reconociese mis ojos, pero él se limitó a mirarme con asco como si yo nunca hubiese sido una niña con mayores aspiraciones. Como si nunca hubiese sido alguien a quien él había abrazado y le había dicho que todo iría bien.

—¿Se puede saber qué demonios hace aquí? —preguntó—. ¿Dando problemas?

Antes de que yo pudiese contestar, la operadora de la central lo llamó por el *walkie-talkie*.

—Todo controlado. Otra yonqui del Blue Hour —le aseguró él—. A ver. —Se volvió otra vez hacia mí—. ¿Cuál es el problema? ¿Se ha quedado sin compresas?

—No encuentro a mi hermana —respondí—. Ayúdeme. No la encuentro.

—¿Dónde la vio por última vez? —Miró el vehículo que atravesaba el aparcamiento por detrás de mí como si fuese más importante que yo, que estaba delante de él, empapada en lágrimas.

—Iba a venir a ver a ese. —Señalé al john apoyado contra el marco de la

puerta abierta de su habitación. El cigarrillo emitía un brillo rojo entre sus labios.

—Está bien. —El agente se aclaró la garganta mirando al cielo azul, pensando quizá que hacía un día demasiado bueno para ir de uniforme—. Quiero que se ponga ahí. —Señaló el capó del coche—. Estese quietecita mientras hablo con él.

Me apoyé contra el capó rascándome los brazos hasta dejarme largas marcas rojas. El agente meneó la cabeza y me esposó antes de meterme en la parte trasera del coche patrulla. Por la ventanilla, vi que él y el john charlaban durante lo que se me antojó la tarde entera. Reían como dos viejos amigos. Al marcharse, el agente incluso tendió la mano al john para que se la estrechase.

Cuando al fin el agente volvió al coche, abrió la puerta y me sacó, le pregunté:

—¿Dónde está Cisi?

—Puede marcharse —se limitó a responderme mientras me quitaba las esposas.

—Un momento. ¿Qué le ha dicho él? ¿¡Dónde está mi hermana!?

—Dice que hasta que usted le empezó a gritar que no era Cisi, pensaba que era ella.

—Somos gemelas —declaré—. Le ha hecho algo. Lo sé.

—Su hermana estaba prostituyéndose, ¿no? —replicó él suspirando al tiempo que abría la puerta del vehículo.

—¿Qué importa, si ha desaparecido? —pregunté.

—Importa porque a las prostitutas no se las espera precisamente en casa a la hora de la cena, ¿no? A lo mejor está con otro cliente. —El agente se tocó sus partes antes de subir al coche—. Dele tiempo a que aparezca. Leches, a lo mejor simplemente está duchándose para oler bien cuando la vea.

—Hay un asesino suelto. —Agarré la parte superior de la puerta del coche antes de que él la cerrase.

—¿Qué asesino? —preguntó él como si no se le hubiese pasado por la cabeza.

—¡El Hombre del Río! —grité—. El que está matando a todas las chicas. Y ahora mi hermana ha desaparecido. El Hombre del Río podría tenerla, y a usted le da igual.

—¿Quiere quitar las manos del vehículo, señorita?

—¡Intento que se lo tome en serio! —Solté la puerta—. Mi hermana ha desaparecido. Tiene que ayudarme. Por favor.

—Es adulta, ¿verdad? Tiene la misma edad que usted si es su gemela, ¿no? Pues usted parece bastante mayorcita. Deje que vuelva a casa por su propio pie. Tiene derecho. A lo mejor está con uno de sus novios en una fiesta a la que no la han invitado a usted. Seguro que aparece. Y, por cierto, no hay ningún

Hombre del Río matando a las de su calaña. Son ustedes mismas las que se están matando.

Se me quedó mirando durante más tiempo que nunca hasta entonces. Un momento de reconocimiento.

—¿La he visto antes? —me soltó.

Sacudí la cabeza, demasiado avergonzada para revisitar el pasado.

Él cerró de un portazo y se alejó. Miré al john. Me hizo la peineta antes de dar otro portazo. Me dediqué a dar vueltas al Blue Hour durante los siguientes minutos buscando a mi hermana y llamándola. Cuando vi la furgoneta aparcada en la esquina, me detuve. La puerta estaba abierta, pero solo la pierna de él asomaba, balanceándose arriba y abajo contra la calzada. Subió el volumen, y la letra de Blondie sonó a toda potencia: *One way, or another, I'm gonna find ya.*

De repente la música se interrumpió, y el john sacó la cabeza de la furgoneta y me miró.

—*I'm gonna get ya* —dijo, no cantando sino recitando las palabras—. *I'm gonna get ya, get ya, get ya, get ya.*

Me di la vuelta, regresé a la camioneta y cerré la puerta con seguro mientras Welt salía del cuarto de mantenimiento. Llevaba una caña de pescar al hombro. Después de acercarse a la camioneta, llamó a la ventanilla hasta que yo la bajé.

—¿Me llevas al río? —preguntó, sujetando una bolsita que dejó caer en mi mano—. Me apetece ir a pescar.

Cuando se subió a la camioneta, miró por la ventanilla y observó los pájaros que volaban en el cielo mientras yo sacaba una jeringuilla del bolso y me buscaba una vena.

—¿Qué sientes cuando te pinchas? —preguntó, sin apartar la vista de los pájaros.

—Que estoy desperdiciando mi puta vida —contesté, justo antes de introducirme la aguja.

Él se volvió para ver cómo me lamía la sangre del brazo antes de que yo le preguntase:

—¿A qué parte del río vamos?

—La Montaña Lejana —contestó él.

Por poco me salí de la carretera, olvidando dónde estaba.

—¿La Montaña Lejana? ¿Cómo sabes ese nombre?

—Una vez os oí a ti y a las otras hablando del tema. Se llama así, ¿no? ¿El sitio del río al que vais?

Alargué la mano para coger la cajetilla de cigarrillos del salpicadero. Saqué uno para mí y le ofrecí uno.

—No fumo —respondió.

—Me diste un cigarrillo después de lo de aquel john.

—Solo una parte de mí fuma —declaró—. La parte mala. Mi madre solía decir que ella la enterraría en el sótano. Así de indiferente podía ser.

—¿Tu parte mala?

—No quiero seguir hablando de ello. Es lo que ella busca. Reconocimiento. No le basta con una palabra. Quiere que la describan con pelos y señales, pero si me niego, entonces todo ese mal se quedará oculto.

Observó la forma en que el humo salía de mis labios.

—No tengas miedo, Arc —dijo—. ¿No sabes que todo ser vivo tiene un lado que es imposible de distinguir de la oscuridad? Si no, ¿por qué nos esforzaríamos tanto por sonreír?

Él también sonrió, hasta que sus finos labios desaparecieron.

—¿Has visto a Cisi? —le pregunté, tratando de evitar que el cigarrillo me temblase con los dedos—. Anoche no volvió a casa. Estoy preocupada.

—Te he oído llamarla en el Blue Hour. ¡Cisi! ¡Cisi! —Imitó mis gritos, pero susurrando con voz ronca. Luego vio lo que había escrito en la guantera—. ¿Ella escribió todo esto?

—Sí —contesté.

—¿Era poeta? —quiso saber.

—En casa lo era.

—Cisi. —Esta vez al pronunciar su nombre, lo dijo como si se dirigiese a mí—. Podría durar para siempre, ¿sabes?

—¿El qué? —pregunté.

—Tu pena.

Cuando llegamos a la caravana de Jueves, seguía vacía y a oscuras. Sus padres habían puesto algunos de los carteles que habían hecho en la finca. Los papeles se agitaban con la brisa como alas rotas.

—Aquí vive Jueves —le informé.

—Lo sé. —Bajó de la camioneta. Se echó la caña de pescar al hombro sin volverse a mirar la caravana y se adelantó rápido hasta el maizal.

—¿Ya sabías dónde vivía? ¿La has visto? —pregunté, esforzándome por alcanzarlo.

—No le tienes miedo a nada, Arc Doggs —me soltó—. Preguntando por chicas desaparecidas cuando todavía no sabes quién las ha hecho desaparecer. ¿No crees que la próxima persona a la que preguntes podría ser el Hombre del Río?

—¿Sabes quién puede ser?

—¿El Hombre del Río? —Su voz se hizo más grave en la segunda palabra —. Supongo que es alguien a quien deben de haberle preguntado: ¿Quién eres? El hecho de que sea el Hombre del Río es la respuesta a esa pregunta. El anuncio sangriento y brillante de su identidad. Las chicas muertas solo son lo

que pasa cuando le permiten ser quien es.

Mientras entrábamos en la arboleda, miré el guante de piel rojo de su mano izquierda. Un escarabajo volador se posó en él. Yo fui a tocarlo, pero Welt se sacudió como si le hubiese levantado la mano.

—No iba a hacerte daño —le aseguré.

Él dejó que el escarabajo saltase del guante a una hoja antes de decir:

—Cuando era pequeño jugaba con los demás, pero me hicieron tanto daño que ya no sé lo que significa cuando alguien me toca. Si me dolerá.

Se adelantó. Cuando llegamos a la orilla del río, puso la caña entre las piedras y se sentó.

—¿Cómo fue? —preguntó contemplando el agua—. ¿Encontrar los cuerpos?

—Me hizo dudar —respondí.

—¿Dudar de qué?

—De que las mujeres vivan realmente más que los hombres.

—El Hombre del Río podría ser una mujer —propuso él—. El diablo también está en ellas, ¿sabes?

—En los cuerpos de esas chicas flota una rabia especial —dije—. La rabia de un hombre. Es lo que él les da antes de dárselas al agua.

Miró al cielo tan fijamente que pensé que debía de haber algo allí. Lo único que yo vi fueron las nubes.

—Detesto pescar —confesó.

Al bajar la mirada del cielo, vi que se había quitado el guante cuando yo no miraba. Su mano desnuda estaba ahora bajo el agua. Estaba demasiado marrón para que yo pudiese ver algo más que las ondas de sus dedos.

—Me gusta meter la mano en el río —declaró—. Nunca se sabe quién podría agarrarla buscando un poco de ayuda.

—¿Has visto a Cisi? —pregunté otra vez.

—Creo que no. —Empezó a cantar en voz queda:

Anda, cómprame flores, no veré horas mejores.
Cómprame flores, no veré horas mejores.
No veré horas mejores. No veré.

—¿Dónde has oído eso? —quise saber, notando de repente el río tan cerca que estaba segura de que tenía los pies mojados.

—Oigo todas vuestras canciones —contestó él.

Yo estaba convencida de que había soñado con él antes. Tal como se encontraba ahora, arrodillado junto al río, con la mano metida en el agua. Solo que en el sueño yo corría.

Corre, Arc, corre.

Al oír la voz de la abuela Asclepia, corrí. Las ramas bajas de los árboles me golpearon la cara al atravesar la arboleda. Las piedras estuvieron a punto de hacerme tropezar. El maizal era como un laberinto, hasta que volví a la camioneta. Me salté todos los semáforos rojos que pude y regresé a casa a toda velocidad.

—¿Cisi? —Abrí la puerta principal—. ¿Estás aquí?

—¿Qué pasa? —Trébol vino del cuarto de baño con sangre en los dedos.

—¿Ha vuelto Cisi ya a casa? —le pregunté.

—¿Addy? —La tía Trébol regresó al cuarto de baño—. Vas a tener que hacer algo. Esto se está saliendo de madre.

Me asomé a la puerta del cuarto de baño y vi a mamá repantigada en el váter, con un pañuelo de papel metido en la nariz para detener la hemorragia. Tenía otra vez los ojos morados. Me pregunté qué baratija le había robado al cliente que se los había puesto así.

—Aparecerá —aseguró mamá, con una voz que se perdía a veces—. Cisi siempre vuelve a casa contigo, Arc.

—Esto es distinto —dije, viendo cómo mi tía se pintaba el cinturón blanco con su sangre. Le quería recordar que su cinturón solo era para su propia sangre, no para la de mamá, pero en vez de eso entré en el cuarto de Cisi, buscando algo que ella pudiese haber dejado para que yo lo encontrase.

—¿Qué diferencia hay esta vez?

La voz de Trébol llegó a la habitación.

—Lo percibo —respondí poniéndome a gatas.

Sabía que no vería a Cisi debajo de la cama, pero aun así miré. Solo vi las arañas que ella había dibujado en el suelo de niña.

—¿Qué es lo que percibes?

Mamá se había levantado del asiento del váter y se había apoyado en la pared del cuarto de baño.

—No la percibo a ella. —Miré a mi madre a los ojos, que tenía muy abiertos—. Ya no la percibo a ella.

Mamá se desplomó en el borde de la cama de Cisi y musitó:

—No, mi pequeña no…

—Lo siento, mamá. —Me arrastré por el suelo hasta ella. El agua marrón del río se derramaba entre las piernas de mi madre. Ella chapoteó en el charco con los dedos de los pies.

—Debería haber venido a ver cómo estabais más a menudo —dijo frotando la almohada de Cisi—. Cuando las dos tuvisteis gripe. Debería haber venido, debería haber…

Me recosté contra las piernas de mi madre y apoyé la cabeza en ellas.

—¿Dónde está, Arc? —quiso saber mamá, poniendo los ojos en blanco—. ¿Dónde está tu hermana? —Me agarró el pelo de la coronilla y estuvo a punto

de arrancármelo de raíz—. ¡Serás desgraciada, Arc! —gritó—. Es culpa tuya. La has matado tú. Lo sé.

Querido diario:

Hoy he llevado a las niñas al río. El agua marrón parecía salvaje. A Cisi le encanta nadar. Es el mejor pez del mundo, según Arc.

Arc ha hecho como que cavaba todo el rato, pero en realidad me estaba vigilando. Yo no paraba de sonreír. Le decía que no estaba haciendo nada malo. Sé que no me ha creído.

No lo soporto, no lo soporto, no lo soporto…

He llevado chirimoyas al río. A las niñas les gustan. Les gusta que huelan a plátano. Les gusta lo amarillas que son. Arc no paraba de pedirme que me quitara el jersey, pero yo le dije que hacía frío. Intentó tirarme de las mangas, pero yo la empujé. No quería hacerlo tan fuerte.

Ella se puso a tirar piedras al río. El agua le salpicaba la cara de enfadada.

Cisi me dijo que necesita cartulinas para su catálogo de bulbos. Yo le prometí que se las compraría. Acuérdate de comprarlas, Adelyn. Acuérdate. Acuérdate…

Y salsa de espaguetis para cenar, pan, detergente para ropa, chocolate para las niñas… Acuérdate, Adelyn. Acuérdate.

Diluvio ha tenido problemas en la fábrica de papel. Le han dicho que, si falta un día más, se va. Como su sonrisa. Como sus camisas limpias. Como él cada noche.

Acuérdate de comprar chocolate para las niñas. Acuérdate, Adelyn. Acuérdate…

Capítulo 45

¿Se chivó una bruja, la muy granuja?
Poeta Narciso

Los titanes fueron los primeros dioses de la mitología griega. Antes de ellos, el universo estaba vacío. Ese vacío se llamaba caos. Del caos surgió una mujer. Gea. Ella era la tierra. Pero si me preguntáis a mí, antes de los titanes no había vacío. Había un río. Ahora hay uno aquí. A veces corre sin que yo lo vea. Solo sé que está ahí cuando los caballos salpican al galopar. Corren tan rápido que levantan una riada a mis pies que me llega a los tobillos, como el río del que yo vengo. El que trato de ver a lo lejos lanzando una mirada por encima del hombro. Pero lo único que veo son los cuerpos, flotando boca abajo hacia mí.

Había pasado un mes desde que Cisi desapareció. El verano estaba tocando a su fin. Se acercaba el otoño. Nadie había visto a Jueves tampoco. Yo iba a casa de Violeta y me quedaba sentada en la camioneta, pensando que si pasaba allí suficiente tiempo, vería a Jueves y a Cisi andando por la carretera cogidas de la mano como si el motivo de su desaparición no fuese otro que ir a dar un paseo por la grava. Pero el único movimiento que había en casa de Violeta era el de la puerta mosquitera mal cerrada, que se agitaba contra el marco con el viento.

El propietario ya había vaciado la caravana y tirado en el jardín las cosas que no podía vender para quemarlas. Allí estaban las cucharas de madera de ella y ropa demasiado manchada para recuperarla. Todas las cosas que una acumula en la vida antes de que la vida acumule barro. Rebusqué entre los objetos y vi una lata de peras abollada que goteaba lentamente jugo por debajo de la tapa. Había cristales rotos y libros de cocina con las portadas rotas. Debajo de las latas de especias, vi una bolsa de papel azul y blanca. La cogí. Tenía la palabra *Harina* escrita en una cursiva que me recordó la letra del diario de mi madre. Cuando levanté la bolsa, algo se deslizó a un lado. Metí la mano. Con los restos de harina, había un casete metido en una bolsa de plástico para sándwiches.

En la pegatina blanca ponía: *Para Hierba*. Volví a guardar la cinta en la bolsa de la harina y me fui con ella. Me encontré conduciendo debajo de la yegua que galopaba. Me llevó hasta el letrero colgante en forma de calavera. Aunque el horario comercial no había acabado, el estudio de tatuaje estaba vacío. Me dirigí a la parte trasera, pero no vi rastro del Carreteras. Miré los

pedazos de serpiente tirados en la acera a través de la puerta mosquitera abierta y cogí una piedra del suelo. Me la metí en el bolsillo y volví al interior gritando: —¿Carreteras? ¿Estás ahí?

En medio de aquel vacío, fui a la parte delantera del estudio. La máquina de tatuar se hallaba en la bandeja metálica, llena de tinta azul. La cogí y la sujeté contra mi antebrazo. No tenía el pulso lo bastante firme, de modo que el tatuaje que me hice tenía las líneas torcidas. No medía más de dos centímetros de largo. Mirando la desnudez del otro brazo, cambié de mano y me hice un tatuaje idéntico en ese lado.

—Uno, dos. —Conté los tatuajes en voz alta—. Tres, cuatro, cinco, siempre conmigo…

Cambié de mano más de una vez y me hice pequeños tatuajes desde los hombros a las muñecas, todos de la misma imagen, con la tinta azul sangrando por mi piel.

—¿Qué coño estás haciendo?

El Carreteras estaba en la puerta. La campanita sonó encima de su cabeza.

—Nada.

Dejé la máquina de tatuar tratando de ocultar los brazos.

Él tenía un sándwich. Reconocí el envoltorio de una cafetería situada un poco más abajo. Lo tiró en el mostrador antes de agarrarme los brazos.

—Esta tinta no es gratis, ¿sabes? —dijo, esparciendo el color azul bajo el pulgar—. ¿Qué cojones se supone que es esto?

—Narcisos —contesté.

—¿Narcisos? ¿Nadie te ha dicho que los narcisos no son azules, puta idiota?

Me miró a los ojos como si se estuviese concentrando en algo a lo lejos.

—Te voy a enseñar cómo se hace. —Cogió la máquina de tatuar y presionó la aguja contra mi piel deslizándola sobre las líneas torcidas para enderezarlas.

Mientras él trabajaba, miré las cicatrices de sus mejillas y le pregunté: —¿Sabes cuándo empezó a tatuarse el hombre?

—¿Hace un cojón? —respondió.

—Sí, hace un cojón. El caso es que nadie sabe cuándo exactamente.

Él se limitó a lanzarme una mirada.

—Han encontrado momias egipcias con marcas de tatuaje azules debajo de la piel —continué.

Él empleó un pañuelo de papel para limpiar la tinta sobrante.

—Se ha descubierto una momia de 700 d. C. con un tatuaje del arcángel San Miguel en la parte de dentro del muslo —expliqué—. Se cree que la mujer se lo hizo en el muslo, en una zona tan íntima, para protegerse.

—¿De qué? —preguntó él.

—De los hombres que intentan llevarse lo que no les pertenece.

Él frunció mucho el ceño mientras redibujaba los pétalos de narciso y me preguntó: —¿Qué haces aquí, Arc Doggs?

—He venido a ver si has visto a Jueves.

Antes de que pudiese decir el nombre de Cisi, él se carcajeó tan estruendosamente que su risa rebotó en las paredes.

—¿Jueves? Menuda perra ladrona. —Su voz se hizo más grave—. Te enterarás cuando la encuentre.

Me limpió la piel antes de contar los narcisos.

—Uno. Dos. Un millón tres. ¿Por qué te has hecho tantos? —quiso saber.

—A lo mejor sigo haciéndomelos hasta que encuentren al asesino —dije.

—Entonces acabarás con más narcisos que piel.

Empezó a hacerme uno nuevo en el dorso de la mano derecha.

—¿No crees que lo vayan a encontrar? —pregunté, contemplando la forma en que él convertía el tallo del narciso en una jeringuilla.

—No. —Sonrió al ver mi cara—. ¿Crees que lo digo porque soy el asesino? Estoy al tanto de lo que se dice por ahí. Sé que todo el mundo cree que soy el Hombre del Rííío. —Voceó la palabra—. Por eso has venido, ¿verdad? ¿Para ver quién soy de cerca? Soy el Hombre del Río. Y sin embargo, no he estado nunca en el puto río.

Terminó el último narciso, con la aguja de la jeringuilla sobresaliendo entre los pétalos. Después de dejar la máquina de tatuar, se lamió los labios y me miró los míos, y acto seguido frotó el pintalabios de la mitad inferior de mi boca con el pulgar.

—¿Crees que soy yo? —preguntó.

—Creo que tú quemarías los cuerpos, no los meterías en el río —le dije.

—Sabes que quien las está matando y tirando los cuerpos lo hace a propósito, ¿verdad? —dijo—. ¿No entiendes que a estas alturas un hombre sabe asesinar a una mujer y dejar que encuentren su cuerpo solo si él quiere? No, la persona que lo está haciendo quiere que los cuerpos se vean. Como si los expusiera. Por eso las mata antes de meterlas en el agua.

—¿Cómo sabes que las mata antes? —pregunté.

—Si mueres fuera del agua, Arc Doggs, se te llenan los pulmones de aire, y eso hace que el cuerpo flote hasta que se llenan de agua. El Hombre del Río quiere que floten para que sean más fáciles de encontrar. Es todo para que se vean.

—¿Como las coronas? —pregunté.

—¿Qué?

—Los cuerpos —dije—. El asesino le da a cada una corona hecha de ramas y hojas. Se las pone en la cabeza, atándolas bien al pelo para que no se caigan. Porque son reinas. Por eso sé que el asesino no es un extraño que está de paso. Es alguien que nos conoce. Nos conoce y sabe que somos las Reinas de

Chillicothe. Como tú.

Me tocó la punta de la nariz con el dedo.

—Tienes nariz de vieja —observó—. Como la de una mujer de la antigüedad. Es una forma que ya no se ve, menos en los cuadros antiguos que los ricos cuelgan en las paredes. Y tus ojos… Azul y verde. Tienes ojos de viuda.

—Nunca me he casado.

—No tiene que ver con estar casada, Arc Doggs. Tiene que ver con perder el amor por culpa de la muerte. No hace falta que te cases para que te pase algo así. —Me pasó los dedos por el contorno del mentón—. Es como ver algo yendo marcha atrás. ¿Sabes cuando vas conduciendo por una carretera y piensas que ves un árbol en todas sus facetas? Ves su tronco, sus hojas, sus ramas. Entonces das marcha atrás y ves el árbol al volver. Sigue siendo el mismo árbol, pero es distinto. Eso es lo que eres tú cuando te miro. El mismo árbol pero distinto.

Me dio unos golpecitos en la cara marcando un suave ritmo.

—¿Qué piensas tú de mí? —quiso saber—. Aparte de que soy el Hombre del Río.

—No pienso en ti.

—Claro que sí. Piensas en cómo te pegué en la cara aquel día en casa de Jueves. En que le despellejé a ella las plantas de los pies. Como la mayoría de la gente. Piensan en mí y en mis botas grandes y negras. El tatuaje de mi pecho. La pistola que llevo en el bolsillo de atrás. Piensan en lo que yo quiero que piensen. Yo controlo lo que dicen.

Echó un vistazo al piano vertical situado contra la pared.

—Una vez le gané una apuesta a un tío que aseguraba que yo no sabía tocar eso —dijo.

Se acercó y deslizó los dedos por la tapa antes de levantarla. Se sentó en la banqueta y tocó un arreglo que pareció complacerle más a él que a mí.

—Cuando era niño éramos demasiado pobres para permitirnos un piano —declaró—. Mi madre nos enseñó a tocar en su piel. Se dibujaba las teclas de un piano en el brazo con un rotulador negro. Y luego nos tendía el brazo a mi hermano y a mí. Nos enseñó las notas y los acordes y a tocar la piel como si fuera marfil. Nadie sospechaba que en la caravana en la que todos creían que vivía gentuza, una mujer enseñaba modales finos a sus dos hijos. Ella es la razón por la que me dediqué a los tatuajes. Ella nos enseñó que puedes dibujar en tu piel y que ese dibujo puede significar más de lo que nadie podría imaginar.

Pasó los dedos por las teclas y desafinó a propósito.

—Ella pensaba que nos salvaría a mi hermano y a mí —dijo—. La música.

—¿Dónde está tu hermano ahora? —pregunté.

—En alguna cárcel entre este sitio y el río Misisipi. Es un hermano de la peor calaña, pero también de la mejor. Tiene lo que mamá solía llamar hechuras de diablo azul. Quiere decir que arde en frío. Es el peor tipo de persona que hay porque no ves venir el mal que te va a hacer. Simplemente un buen día pasa y te quedas hecho polvo, pero poco más.

—¿Qué hizo para que lo metieran en la cárcel?

—Él no es el Hombre del Río —dijo—. No como yo, ¿verdad? —Se echó a reír añadiendo una floritura a las tonalidades altas—. Lo encerraron por matar a un miembro de su familia. Un día mi padre dijo que le dolía la cabeza. Mi hermano cogió la escopeta sin más y se la voló. Después de hacerlo dijo: «Hala, ya no te duele». Mi padre no lo vio venir. Mi madre decía que mi hermano tenía hechuras de diablo azul, y tenía razón.

Dejó de tocar, y la nota en la que acabó emitió un sonido estridente por toda la estancia. Cuando se levantó de la banqueta, volvió despacio junto a mí quitándose la camisa.

—Mi madre también decía algo de mí —me informó—. Decía que estaba bañado en maldad.

Cogió el cigarrillo que tenía detrás de la oreja y lo encendió antes de añadir: —Quítate la camiseta. Es hora de que pagues toda esa tinta.

Al ver que no me quitaba la camiseta, me la quitó él sacándomela por la cabeza y la tiró al suelo. Cuando me quedé en sostén, se acercó tanto que su humo me entró por la garganta. Recorrió mi clavícula con la mirada y también con los dedos. Se inclinó hacia delante, me besó un lado del cuello y me mordió debajo de la oreja hasta que me estremecí.

Me miró el sostén antes de acercar la punta del cigarrillo al tirante y quemar la tela hasta que se cayó.

—Sé por qué lo haces —dije.

Le dio una calada larga a su cigarrillo antes de preguntar:

—¿Hacer qué?

—Por qué rompes las serpientes.

—Cuéntame, Arc Doggs. ¿Por qué rompo las serpientes?

—En algunas culturas se cree que el mundo es una serpiente que se muerde la cola. Si rompes el mundo, es tuyo. Es lo que tú crees. Pero tú solo eres un dios de barro. Y por muchas veces que intentes romper el mundo para que te quiera, no haces más que darle razones para que no lo haga.

Él rio como un motor al que le cuesta arrancar.

—Vaya, la perra me ha calado. —Se inclinó más—. Sé que sacaste la serpiente del congelador. —Acercó el cigarrillo al otro tirante el tiempo suficiente para quemarme la piel de debajo—. ¿No sabes a estas alturas que no se me escapa nada, Arc?

La yegua salió de detrás de él. Se irguió sobre las patas traseras levantando

los brazuelos, con la crin ondeando hacia atrás antes de que sus cascos golpeasen contra el suelo.

—¿Me oyes, zorra? —Me agarró por la barbilla y la sacudió hacia él—. No se me escapa nada.

Metí la mano en el bolsillo y cerré los dedos en torno a la piedra.

—¿Eso es lo que les dijiste a las demás chicas antes de dejarlas en el río? —pregunté.

Él sonrió justo antes de que la piedra le diese de lleno donde yo había apuntado. En el centro de la cara.

—Hija de puta. —Perdió el equilibrio y se tambaleó hacia atrás, llevándose las manos a la frente mientras la sangre se derramaba sobre el dorso de sus dedos—. Voy a matarte.

Cuando arremetió contra mí yo ya salía corriendo por la puerta, con la yegua galopando a mi lado, la misma mirada de miedo en sus ojos que en los míos.

Querido diario:

Ha pasado mucho tiempo. Siento… siento haber perdido la noción del tiemmpo.

Las niñas se encerraronn en el cuarto de Arc. Diluvioo daba golpes en la puerta, pero ellas nno querían abrirle, ni siquiera cuando se puso a llorar.

Mee dijo que si lo quería, mme pincharía con él. dijo que solo nos chutaríamos un poco.

Lo odio. Lo ODIIO.

Cogí uno de los catálogos de flores de mamá que a Cisi tanto le gustan y pedí un bulbbo de cada especie. Metí un cheque dentro. Espero que manden los bulbos antes de cohbrarlo. Ya le había dicho a Cisi que las flores estaban en camino. Pero Arc lo fastidió todo. Le dijo a Cisi que yo mentía.

Llamé a mi hermana Ttr. Tree, Trébol… Tre.

He metido unas raíces viejas debajo de la cama. Mamá siempre decía que para andar con paso firme por el suelo, hay que dormir con raíces debajo. Ls arranqué del jardín. Dejé los dients de león en el suelo. No me acordaba de si hay que quitarles la tierra o no. Se la dejé.

A veces pienso que debería volver a llevar a las niñass a casa de mamá. Ella puede ser sus raíces… ser sus raí…

Les prepararé tortitas por la mañana. Lo prommeto.

Capítulo 46

Escucha a los chicos que juegan con sus juguetitos. ¡Qué griterío! ¡Qué griterío!
Poeta Narciso

Veo atisbos de mí cuando era niña aquí. No más alta que los algodoncillos silvestres junto a los que corro entre las patas de los caballos. Los profundos y sonoros ululatos de las lechuzas. Los penetrantes gritos de los coyotes. Los chillidos estridentes de animales no identificados de cuatro patas mientras cazan. Me persigo a mí misma tratando de alcanzarme. Pero la niña es rápida. Sé que la persecución durará mientras el río corra en este caos que se agita detrás del cielo. Un sitio que no es azul, sino que palpita y está vacío. Susurro en el espacio situado ante mí esperando que allí mi voz no suene lejana a mi hermana, porque a mí su voz me suena lejana. No azul, sino que palpita y está vacía. Sobre todo, excreciones primarias. Sangre y mugre, mierda y meados también. Sé que estoy en aquello en lo que he vivido. El fin me posee ahora. Lo único que puedo hacer es hablar y esperar que mi voz no les suene muy lejana ni a ella ni a las demás chicas que se han ido antes que yo.

Lo intenté. Que conste que intenté descubrir quién las había matado. Quién no tardaría en matarme a mí. Mientras el viento frío soplaba con fuerza contra mi cara, avancé junto al río entre las altas y endurecidas espinas de la maleza. Anduve por la orilla mirando al agua. Buscaba cualquier cosa. La sudadera de Holly Hobbie que Cisi llevaba la última vez que la vi. Su combinación rosa y sucia. Su cuerpo flotando en el agua. Como si fuese tan sencillo como los largos que ella hacía de un extremo del río al otro.

Alcé la mirada y vi a la yegua, del color de los calcetines que Cisi llevaba la última vez que la vi, cruzando al galope el paso elevado. Observando su crin, regresé por la orilla y me subí a la camioneta. Mientras los cascos de la yegua golpeteaban contra el asfalto, miré la bolsa de harina en el asiento del pasajero.

La yegua me acompañó hasta casa. Era finales de noviembre. Frugal en sus vanidades. Discretas y claras, las nubes no se veían contra el cielo blanco. Los últimos días de otoño. Se acabaron las hojas en las que escribir pecados. El aire más frío de lo que debería ser. El tipo de tarde que me recordaba el pan de ayer, blando pero que ya empezaba a endurecerse en los bordes.

En el interior, mi tía Trébol se hallaba sentada en el sofá. Su lado estaba más bajo, y el cojín situado debajo de ella se había hundido a lo largo de los

años, como un agujero en el que estuviese cayendo. Tenía una bolsa de ramas en el regazo, pero no rebuscaba entre ellas. Estaba viendo la tele. Por primera vez desde que me alcanzaba la memoria, no estaba encendida. En la pantalla no había ninguna imagen. Sin el lustre brillante, vi todo el polvo que cubría la suave curva del cristal. Me pregunté cómo ella podía haber visto a través de esa capa.

—¿Por qué no estás viendo uno de tus programas de viajes?

Me senté a su lado, con la bolsa de harina en el regazo.

—En el último estuvieron en Sudamérica —dijo—. En el Amazonas. Me daba miedo mirar mucho el agua por si veía a Cisi flotando.

Me miró despacio, las cejas arqueadas, y las arrugas que había entre ellas se hicieron más profundas.

—¿La has encontrado ya? —preguntó, con el tono más suave que había empleado en años.

Negué con la cabeza.

—Siempre he sabido que moriría joven —declaró—. Porque rompió el reloj de arena cuando era niña. El que mamá tenía en la encimera de la cocina para contar el tiempo de las galletas.

Lo único que mi mente logró evocar fue la lata de levadura sobre los azulejos amarillos de la encimera de la abuela Asclepia, el bol grande de la crema, la cuchara de madera, el tarro de miel y la lata de manteca, que medía de cucharadita en cucharadita.

—Me acuerdo de las galletas —dije, sonándome la nariz—. No me acuerdo del reloj de arena.

—Eso es porque Cisi lo rompió. —Trébol se quedó mirando el suelo—. No puedes romper el tiempo y esperar irte de rositas.

Estudié a mi tía, una mujer que todavía llevaba un cuello de piel de leopardo como si pudiese contar una buena historia sobre él. Pero ya no se escalonaba el flequillo. Se lo dejaba colgando hasta los ojos, a los que les quedaba poco color. Seguía llevando camisetas escotadas, pero se le habían caído los pechos, y el escote no era más que una profunda hendidura que descendía hacia su ombligo. El cinturón con el que se abrochaba las faldas había perdido la poca piel blanca que le quedaba y era ahora del color de su sangre, marrón reseca.

—¿Tía Trébol? ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Ajá. —Se succionó los labios en la cara hasta que desaparecieron, la mirada aún en el suelo.

—¿Por qué pones tu sangre en el cinturón?

Trébol respiró hondo, como cogiendo fuerzas para decir:

—Cuando la piel se te abre, sangras. Aunque yo tapo las grietas con cinta, la sangre sigue saliendo. Este mundo me ha dejado casi seca. —Se pasó las

yemas de los dedos por los brazos—. Si no me guardo algo de sangre, no tendré nada que poner en las grietas. Tengo que llevar sangre de sobra encima.

Finalmente levantó la vista del suelo.

—¿Puedo preguntarte yo algo a ti ahora, Arc? ¿Por qué siempre estás mojada? —Me puso la mano encima de la cabeza, con los dedos colgando por mi frente—. ¿Por qué siempre tienes el pelo como un montón de hierba mojada y por qué siempre hueles a río?

—He estado buscando a Cisi —respondí.

Ella entornó los ojos como si anduviese a la caza de algo.

—Escupe, escupe… —Se volvió hacia la bolsa de ramas—. Ya casi he terminado —dijo.

Miró rápido detrás de su hombro como si alguien acabase de llamarla.

—¿El qué? —pregunté.

—La pared de Cisi. —Alargó la última palabra, y su tono grave sonó como un eco—. Solo tengo que buscar las últimas ramas. Tienen que ser perfectas. Entonces habré acabado. ¿Me das un poco de esa harina?

Señaló la bolsa de mi regazo.

—No hay harina dentro —le aclaré.

Ella puso los ojos en blanco, despacio.

—Mentirosa, mentirosa, cara de osa —dijo, con cuidado de pronunciar claramente cada palabra.

Dejé a mi tía ordenando sus ramitas y volví a la camioneta. Agotada, me quedé sentada unos minutos, deseando que la calefacción funcionase lo suficiente para calentarme las manos. Pensé en todos los sitios donde podría estar Cisi, pero la mayoría de esos sitios ya no existían. Como la cocina de la abuela Asclepia, el regazo de nuestro padre o el agujero grande cavado en la parte trasera de la casa de estilo colonial que habíamos encontrado de niñas. Pensé en todos los caminos por los que habíamos ido y vuelto del Blue Hour. ¿Estaba ella allí? ¿En la grava? Pensé en todos los sitios donde ella había plantado un bulbo. En el jardín. Junto al Todo a un Dólar. En el estrecho sendero que había detrás del Gran Gris. Entonces pensé en nuestro pisito. El que creíamos que sería el principio del resto de nuestras vidas. Pensé en nuestra pequeña cocina. En el armario que llenamos de los platos azules y blancos.

Puse la camioneta en marcha.

En el trayecto, estuve pendiente por si veía a alguien que se parecía a Jueves o a Cisi. A veces pensaba que las había visto, pero cuando reducía la velocidad y me fijaba en sus caras, no eran más que otras chicas camino a la noche.

Cuando paré en el aparcamiento del supermercado, la yegua esperó a que aparcase y entró conmigo en el establecimiento. Al ver a una chica con el cabello pelirrojo, la cogí del brazo:

—Perdón —me disculpé, mientras ella fruncía el entrecejo—. Pensaba que eras otra persona.

Los profundos relinchos de la yegua atravesaban el sonido de las ruedas de los carritos de la compra y de las madres que comprobaban sus listas de la compra. Me confundí y acabé en los productos lácteos cuando estaba buscando los artículos para el hogar. Finalmente los encontré; los platos estaban en el mismo sitio que cuando Cisi y yo los vimos por primera vez. No sé por qué pensé que podría encontrarla allí, tal vez con uno de los platos azules y blancos en la mano, pero el caso es que lo pensé. Al no encontrarla, me planteé derribar todo el surtido y armar un bonito estropicio en el suelo.

En cambio, cogí un plato y le di la vuelta para ver la corona grabada en la parte inferior.

—A lo mejor nos compramos el juego entero —dije, repitiendo las palabras de Cisi, mientras volvía a poner el plato en el estante.

Seguí a la yegua, que meneaba la cola de un lado a otro, agitándola delante de caras que no la veían. La seguí por los pasillos, pero me detuve al verlo junto a los estantes de la fruta en conserva. Estaba de espaldas a mí hablando con alguien con quien tenía que inclinarse para hablar. No paraba de dar golpecitos con sus largas y amarillentas uñas en una lata de melocotones. A medida que me acercaba, vi unas zapatillas de tenis enfrente de sus grandes zapatos negros. Estaba hablando con una niña que no era mayor que yo cuando lo conocí. La pequeña tenía un balón de baloncesto en la mano. De vez en cuando lo hacía botar.

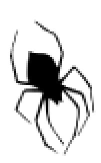


—Qué bien lo haces —le dijo él, alargando la mano y arrancándole un pelo de la cabeza.

—¡Ay! —Ella se tocó la parte en la que había notado el tirón.

Mientras enroscaba el cabello en su cadena de oro, me acerqué a él por detrás.

—¿Añadiendo otro hilo a tu tela? —pregunté.



Si él se sorprendió, no se le notó; se limitó a volverse hacia mí con una


sonrisa mientras la niña se me quedaba mirando.

—¿Con quién estás? —le pregunté a la niña.

—Mi mamá me está esperando en el pasillo del pan —contestó ella—. Tengo que ir a buscar algo de leche y llevársela.

—Entonces será mejor que vayas a por ella —le dije—. Y si vuelves a ver a este hombre —lo miré—, huye. Corre lo más rápido que puedas y háblale de él a tu mamá, a tu papá o a quien sea. Diles que es una araña y que ataca a las niñas de noche en la cama. Y que no parará a menos que lo paren.

—¡Mamá! —gritó la niña mirando por detrás de nosotros. Al final del pasillo había una mujer que le estaba preguntando:

—¿Dónde te habías metido? Tenías que ir a por la leche.

La niña se fue corriendo por el pasillo y soltó el balón de baloncesto justo antes de aferrarse a su madre y señalar con el dedo a la araña.

—Puta de mierda —me espetó él estirando el brazo para agarrarme, pero eché a correr por el pasillo y dejé atrás a la mujer y a la niña, que se quedaron mirando al hombre que me perseguía.

La yegua galopó junto a mí cuando salí corriendo al aparcamiento. Justo antes de que abriese la puerta de la camioneta, la araña me lanzó contra ella.

—¡¿Crees que puedes joderme?! —me gritó—. ¿Crees que puedes seguirme?

—¡No te sigo! —le grité yo también—. He venido a buscarlas.

—¿A buscar a quién?

—A mi hermana y mi amiga. Las que tú deberías estar buscando.

Él forzó una sonrisa mientras retrocedía, esperando a que un comprador pasase en dirección a su coche. Cuando el cliente se hubo marchado, dijo:

—No hay nadie a quien buscar, estúpida zorra.

—¿Nadie? —Metí la mano en la camioneta y saqué la foto del salpicadero —. Ella. —Puse el dedo sobre la cara de Jueves—. Y ella. —Hice lo mismo con la de Cisi.

Él me arrancó la foto de la mano.

—¿Quieres saber lo que les pasó a estas chicas? —preguntó—. Esto es lo que les pasó.

Rompió la foto por la mitad rasgando la cara de Violeta.

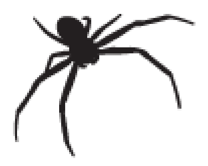
—¡Basta! —Traté de recuperarla, pero él la sostuvo en alto, por encima de su cabeza.

—Y esto es lo que les pasó. —Volvió a romper la foto amputando la cabeza de Nell Salvia—. Y esto. —añadió, partiendo a Cisi en dos—. ¿Y sabes qué? —preguntó, rompiendo otra vez la foto hasta que ninguna de las caras quedó entera—. No se ha parado ningún coche. La gente sigue andando. Nadie chilla a grito pelado. El mundo sigue girando. ¿Por qué? Porque a nadie le importa una mierda lo que les pase a esas putas. O a ti.

Tiró los pedazos, que se esparcieron por el asfalto. Mientras volaban por delante de los neumáticos del tráfico que venía en dirección contraria, me asestó un puñetazo en el bajo vientre que me hizo caer de rodillas.

—Ya va siendo hora de que te saque a ti del río —dijo.

Mientras él se volvía para marcharse, me agarré al tirador de la puerta y, apoyándome en la caminoneta, conseguí levantarme.



—Te odio —le dije, antes de soltar un grito y correr a abalanzarme sobre la espalda de la araña. Él se dio la vuelta tratando de librarse de mí, pero me agarré fuerte. Cuando le cogí la cadena de oro, lanzó el puño hacia atrás y me dio en la cara. Resbalé de sus hombros, pero seguí asiendo la cadena hasta que se rompió. Aferré la cadena en mi puño.

—Puta de mierda. —Me volvió a golpear en la cara.

Me reí, notando la sangre tibia en mi piel, y acto seguido arranqué los mechones de pelo de la cadena y los solté al viento.

—No atraparás más mariposas en tu telaraña, hijo de puta. —Tiré el collar, ahora vacío y roto, a sus pies—. Ya no me das miedo. ¿¡Me oyes!? Ya no me das miedo, cabrón.

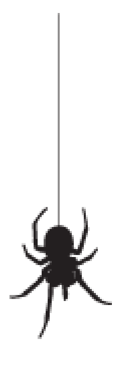
Mientras los clientes se amontonaban con los carritos llenos de bolsas de la compra, él les sonrió pasándose los dedos por el pelo hasta tenerlo bien peinado hacia atrás.

—Aquí no hay nada que ver, amigos —dijo, mostrando la placa—. Lo tengo todo controlado. Una yonqui más que busca un subidón.

Se acercó a mí. Siguió sonriendo por el público presente mientras se inclinaba hacia delante y susurraba:

—¿Crees que me puedes joder? No eres nada, Arc Doggs. Hoy has empezado a desaparecer.

La yegua piafó detrás de él con relinchos agudos y estridentes.



Querido diario:

Diluvio ya no trabaja en la fábbbrica. Ya no trabajja en ninguna parte.

He preparado a las niñas para el colejio. No sé si puedo hacer… No se si puedo seguir siennndo Adelyn. Si no soi ella, ¿¿sigo siendo una madre??

¿O soy como un pájaro silbestre que se pelea con las serpientes?

Las cosas no tenían que ser así.

He fracasaddo he fallado he fallado he fallado

Arc y Cisi me odiaran sienpre. Ojalá hubieran tenido una madre mejjor. Ojalá me creyeran kuando les digo que las kiero.

Capítulo 47

Dejaré una nota en el fondo de mi garganta. Sabrás que la escribí yo, sabrás que no hay trampa.
Poeta Narciso

Hay demonios singulares que nos aguardan a todas. Un pulso infinito que insiste en que flotemos por el río que se ha creado para que nos ahoguemos. En el agua poco profunda, las rocas mutilan nuestras verdades. En mayores honduras, es nuestra muerte la que se forma una opinión sobre nosotras. Ojalá pudiese desaparecer de mi muerte. Ojalá pudiese escapar con los caballos y no volver a ser hija de milagros abandonados. Ojalá pudiese aparecer guapa en un sueño que borre todas las partes de mí misma que siempre he odiado. Mi madre me odia. Mi padre me odia. Mi hermana me odia. Pero la jeringuilla me quiere.

Después de pincharme, eché la cabeza hacia atrás en el asiento de la camioneta. No sé cuánto tiempo estuve así hasta que metí la mano en la bolsa de harina y saqué la cinta. Le quité el polvo antes de introducirla en el radiocasete. Al principio, pensé que el volumen no estaba lo bastante alto. Solo oía silencio. De repente, la voz de Violeta. Cantaba. Bajaba y subía la voz hasta que empezó a tararear. Cuando por fin habló, dijo:

—Hierba, te habla tu madre. Espero que esto se grabe bien. Ejem. —Se aclaró la garganta y tosió un par de veces—. Solo quería decirte lo orgullosa que estoy de ti. He cometido demasiados errores en la vida para que me importen, pero tú no eres uno de ellos. Espero que no me odies cuando te hagas mayor. Habrá gente que te diga cosas de mí. Me insultarán. Dirán muchas veces la palabra «yonqui» e intentarán grabar todas mis faltas en piedra. Peor aún, intentarán pasarte a ti esa carga tan pesada para que la arrastres. Pero quiero que tires esa piedra y pienses en mí siempre como tu madre.

»Algunos días hará tanto tiempo que me fui que pensarás que no soy más que un sueño. Puede que te olvides de todas las veces que lamimos la crema de mantequilla de la espátula o que teñimos el pelo a tu muñeca con zumo de uva o nos reímos hasta mearnos encima. —Se echó a reír—. La última vez que hablamos me contaste que cogías dientes de león. Me contaste que te ponías flores en el pelo y que tu papá te dio conchas de mar molidas para que las

esparcieras por las tomateras. Me dijiste que vino una mariposa y se posó en tu mano y me contaste que te habría gustado que estuviera allí contigo. Quiero que sepas que estaba allí contigo, Hierba. Yo fui quien se posó en tu mano. Vi lo maravillosas que son todas y cada una de las cosas que has hecho.

»En la vida a veces se hace un profundo silencio, cariño, y es posible que tengas la tentación de cerrar los ojos y ser invisible. Pero quiero que sepas que siempre puedes contar con una canción. Está dentro de ti. Eres poderosa, eres lista, eres creativa, y nadie puede quitarte esas cosas. —Violeta hizo una pausa suspirando antes de decir—: Escucha a tu padre. Sé que puede ser duro, pero quiere lo mejor para ti. Es un buen hombre. Habrá cosas que él no pueda enseñarte. Solo tienes que escuchar tu canción, y encontrarás la solución. Que los malos ratos no te depriman. Tienes que pasar por algunos de esos momentos en los que la vida te dice: Es hora de llorar. Sin ellos, ¿qué inspiraría a los poetas? Quiero que te mires al espejo cada día y te recuerdes que tienes alas. A veces decir que tienes alas no es una mentira. Es una forma de decir que cuando despegues, volarás. Y tú vas a volar durante una larga vida y a convertirte en una anciana cuyo tiempo en la tierra esté lleno de una magia intrépida. Te quiero tanto que me duele, Hierba. Y recuerda que cada vez que veas una mariposa, soy yo, siempre contigo.

Violeta cantó unas cuantas notas más antes de que la cinta se quedase en silencio. Permanecí allí sentada varios minutos, con la cabeza apoyada en el volante. Luego expulsé la cinta y la guardé en la bolsa antes de arrancar la camioneta.

El exmarido de Violeta vivía en la casa que habían compartido en el pasado. Un edificio de dos pisos de ladrillo de estilo victoriano. Había una guirnalda colocada hacía poco en los postes blancos del porche, y la puerta principal había sido pintada recientemente del color de los arándanos. Fue Hierba quien abrió cuando llamé.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Soy una amiga de tu madre —respondí.

—Mi madre ya no está.

Bajó la vista. Tenía el pelo recogido en unas coletas. Los pequeños copos de nieve estampados en su jersey de cuello de cisne hacían juego con los de las vueltas de los pantalones de pana que llevaba.

—Dejó algo para ti —dije.

—¿Qué?

Ella alzó la vista; sus ojos eran del color de los de Violeta.

—Esto.

Le di la bolsa de harina.

Ella sacó el casete mientras su padre se acercaba echándose un paño de cocina al hombro.

—¿Qué es eso? —quiso saber, tomando el casete que ella le dio.

—Lo dejó Violeta —contesté.

Hierba volvió a meter la mano en la bolsa y sacó la foto de ella y de su madre.

—No me había dado cuenta de que la había metido ahí —dije, sonriendo—. Guárdala bien, Hierba. No dejes que nadie la rompa.

—Nadie rompería una foto de mi madre —aseguró Hierba, agarrándola fuerte—. El mundo dejaría de girar.

Hierba volvió a coger el casete de las manos de su padre.

—¿Papá? ¿Puedo escucharlo? —preguntó.

—Sí —respondió él—. ¿Por qué no vas al salón y lo pones en el radiocasete?

Ella se fue corriendo por el pasillo. Antes de que su hija desapareciese, él añadió:

—No le des al botón hasta que yo esté ahí.

Ella contestó que vale, pero me dio la impresión de que le iba a dar al *play* lo antes posible.

—Gracias por traer la cinta —dijo él volviéndose hacia mí—. Violeta lo habría agradecido.

Se limpió la boca suavemente con el dorso de los dedos antes de confesar:

—Siempre pensé que con la suficiente paciencia, Violeta lo conseguiría, ¿sabes? Que volvería a casa y todo sería como antes.

Me fijé en que todavía llevaba la alianza. Le dio vueltas en el dedo mientras escuchamos cómo el sonido de la voz de Violeta reverberaba por la casa. Hierba había subido el volumen al máximo.

—Es una bonita guerra, ¿verdad?

Me miró.

—¿Cuál? —pregunté.

—La vida. —Él agarró el pomo de la puerta y dijo—: A ella le importabais mucho las chicas de la calle. Espero que tú puedas hacer lo que ella no consiguió. Espero que encuentres la salida.

Cerró la puerta, y la corona de flores colgada en el porche se balanceó antes de quedarse quieta.

Querido dierio:

Lo siento Cisi. Lo siento, Arc.

He pensado en devolvérselas a mamá. La quuieren a ella. no a mí. Pero creo que si ben todo el mal que esto hace, todo lo que te quita, sabrán ke no les conviene esta vida. No quiero manndarlas con ella y que piensen que las abandoné por algo maravilloso. Cuando es una mierda. Todo es una mierda.

Tienen que verlo para no caer en esto. Tenjo miedo. Tengo miedo de que sean coomo Diluvio y yo.

No podría vivir conmigo misma si ellas acabaran engganchadas a la jeringuilla. Mis niñas, no. Mis pequeñas, no. Las quie… Las quiero.

Capítulo 48

Bienaventurado sea este desaguisado.
Poeta Narciso

Incluso aquí, luchando contra la nebulosa marea, me siento como si estuviese en Chillicothe. Solo lo contemplo desde otro punto de vista. Las colinas merecen ser miradas de nuevo desde esta perspectiva. Parece que sean simplemente tierra que flota, planeando con el humo de la fábrica de papel que se eleva hacia el cielo como una pluma de la mañana.

«Vigilad el reino y revolotead durante kilómetros», cantan los ángeles aquí. O tal vez son demonios con aureolas rotas. ¿Estoy en el cielo? ¿O estoy en el infierno? Solo puedo guiarme por los pecados de mi vida terrenal. ¿Fueron pecados cometidos por mí? Recuerdo haber pensado que había rezado lo suficiente para que se me perdonase. Que se me perdonase la mentira, la verdad, y que se me perdonase el frío.

El invierno en Chillicothe, Ohio, es un cielo gris. Es una rama pelada. Es el parabrisas helado. Una colección de copos de nieve que se derriten demasiado pronto en la mano. La primera nevada de ese último invierno, fui a la caravana de Jueves en la camioneta por última vez. Tenía pensado usar el rotulador naranja que llevaba en el bolsillo para dibujar fuego. Era algo que la abuela Asclepia me había recomendado hacer en una ocasión.

—Cuando sientas que estás que ardes —me había dicho—, dibuja fuego en la pared entre las ventanas que miran al este. Dibuja llamas altas y abre las ventanas para que salga el humo. La casa estará en llamas, pero no se quemará. El fuego arderá, pero tú no. Lo que había intentado hundirte no habrá hecho más que ponerte de pie. Y una mujer en pie ha heredado la esperanza antigua de que todo irá bien.

Yo sabía que después de dibujar el fuego, iría a la Montaña Lejana, me plantaría en su pico y gritaría los nombres de todas las mujeres que he conocido en la vida. Pero cuando me aproximé a la caravana, vi una figura sentada en el primer escalón del porche. Estaba encorvada, y la nieve le caía en la espalda.

—¿Cisi?

Pisé el acelerador mientras los limpiaparabrisas apartaban las rachas de nieve a cada lado. Cuando me metí en el camino de grava, supe que la chica no

era mi hermana. No era la sombra del tejado, aunque estaba tan quieta como ella. No era un ventisquero de nieve, por muy fría que pareciera. No era una mujer desaparecida, aunque le había desaparecido algo. La hija que esperaba que volviese con ella. No había visto a la madre de Jueves desde que me la crucé por la calle cuando estaba poniendo carteles con la cara de Jueves.

—A veces pienso que este invierno es el más frío que habrá jamás —le dije al salir de la camioneta. Alcé la vista a los copos de nieve—. Jueves siempre decía que cada vez que una pulsera, un anillo o un collar se rompen en el mundo, esos pedacitos rotos suben al cielo y se convierten en nieve. Es su primera oportunidad de ser algo que cae, pero que aun así es bonito.

Su madre no apartó la vista del póster de la mariposa monarca que tenía en las manos.

—Lo he roto sin querer al quitarlo de la pared —se lamentó. Pasó el dedo varias veces por el nuevo roto del ala izquierda, como si pensase que podía pegarlo solo con la piel—. ¿Crees que Jueves me perdonará, Arc?

Cuando levantó la mirada, sus ojos llevaban el dolor de su voz.

—La perdonará. —Me senté en el escalón a su lado—. Las alas ya estaban rotas.

—Pero yo he hecho este roto —declaró—. Es el más grande de todos.

La puerta principal estaba abierta. Se oía ruido de cosas en el interior.

—¿Está su marido dentro? —pregunté.

—Estamos sacando sus cosas —contestó—. Nos las vamos a llevar a casa para que estén a buen recaudo. —Quitó los copos de nieve del póster—. Pondré esto en la pared de su cuarto. Así ella podrá verlo cuando vuelva. ¿Qué haces aquí, Arc?

—Cuando era niña, mi abuela me dijo que cada vez que tuviera la sensación de que el mundo me quemaba demasiado, reclamara las llamas para mí. Pensé que si venía aquí y las reclamaba para Jueves, a lo mejor no se quemaba.

—Pero no es el fuego el que se está llevando a las chicas —repuso ella—. Es el río.

—Ahogarnos es otra forma de quemarnos —dije.

La nariz le moqueaba sobre los labios. No hizo ningún intento de limpiarse los mocos.

—Hay algo que creo que te gustará tener —me dijo.

Entró en la caravana un momento y volvió con la foto de grupo de todas nosotras que hasta entonces había estado en uno de los estantes de Jueves. Su madre la había sacado del marco.

—Creo que a Jueves le gustaría que la tuvieras —dijo, volviendo a sentarse.

—Gracias. —Me metí la foto dentro del abrigo para evitar que la nieve le cayese encima.

—¿Has tenido alguna noticia? —me preguntó—. ¿De quién podría habérsela llevado?

—Hay rumores —respondí—. Los mismos que usted ha oído sobre el Hombre del Río. Pero no he encontrado a nadie que pueda decir quién es.

—Llamo a la policía todos los días —declaró ella—. Me dicen que seguro que está con un camello o con un cliente, como si se mereciera estar desaparecida. Se comportan como si yo les robara su precioso tiempo. Como si llamara porque se me ha perdido un calcetín. Algo tan fácil de sustituir como eso. —Se puso el póster de la mariposa sobre las rodillas antes de frotarse la cara con las dos manos. Advertí que hacía tiempo que no dormía—. ¿Te han interrogado sobre ella?

Negué con la cabeza.

—¿Lo ves? —dijo—. No hablan con sus amigas. No buscan testigos. Para ellos, mi hija no importa. Una piedra. Un palo. Un montón de tierra. ¿Qué tienen todas esas cosas en común, Arc? Yo te lo diré. Que la policía no las busca cuando desaparecen. Mujeres como mi hija. Como tú. Sois una piedra. Un palo. Un montón de tierra. Y dejan que desaparezcáis como si nunca hubierais tenido nombre. Pero ella tenía nombre. Y como ellos se niegan a decirlo, tendré que hacerlo yo. ¡Jueves, Jueves, Jueves! —Gritó el nombre de su hija hasta que se quedó ronca—. Ojalá supieran lo duro que es querer a una hija a la que no encuentras. La quieres por todo lo que era. Por todo lo que no era. Por todo lo que puede que no llegue a ser.

Contempló el árido maizal al otro lado de la carretera.

—Sigo esperándola —confesó—. La llamada para decirme que han encontrado el cuerpo de mi pequeña en el agua helada. No sé si es mejor saber que está muerta o tener la esperanza de que siga viva. De que se haya ido a alguna parte. De que sea feliz. A veces me imagino que ha tenido a la niña. Solo tengo que cerrar los ojos con fuerza. —Lo hizo hasta que sus párpados desaparecieron—. Entonces me imagino que las dos han sobrevivido a esto.

Metió la mano debajo del póster y sacó una jeringuilla usada.

—Cuando pensabas que habías recogido la última —dijo—, descubres que no es así. No paro de pensar en lo que hice para que ella llevara esta vida. Entonces pienso que a lo mejor es algo que no hice. A lo mejor no la quise lo suficiente o no le dije las palabras adecuadas o no me callé cuando debería haberme callado o no grité cuando tendría que haber gritado. Es como si tuviera algo quemado en la boca. Todo lo que como me sabe a eso. Todo lo que huelo me huele a eso.

—No fue culpa suya —le aseguré.

Ella estudió mi rostro de una forma en que nadie lo hacía desde hacía mucho. Con ternura.

—¿Tú no culpas a tu madre? —preguntó. Mis ojos delataron algo, y ella

cerró los suyos y añadió—: Siempre es la madre la que tiene los motivos en las manos. ¿Sabes en lo que no dejo de pensar? Cuando ella era niña, me cogía las manos y se las ponía en los ojos. Miraba a través de mis dedos y decía: «Tienes el mejor telescopio del mundo, mami». No sé cuándo eso dejó de ser verdad. —Abrió los ojos y se miró la camisa—. Solo me pongo su color favorito.

—Azul medianoche —confirmé.

Ella asintió con la cabeza y declaró:

—Se me metió en la cabeza que, si llevaba su color favorito todo el tiempo, a lo mejor me convertía en su persona favorita.

Cogí la jeringuilla de su mano mientras ella lloraba en voz queda. Dándole vueltas en la mano y mirándola fijamente, dije:

—La primera aguja hipodérmica se inventó en 1853. La versión que ha pasado a los anales de la historia es que la esposa del hombre que la inventó murió de la primera sobredosis de droga inyectada. Hay quien dice que es un mito y que es más fiel a la verdad decir que la mujer sobrevivió a su marido como una persona normal y sobria. Yo quiero creer que su muerte por adicción fue solo una invención, algo para embellecer aguas plácidas, que ella no fue ninguna yonqui, sino una mujer que había sobrevivido suficiente tiempo para demostrar que había vivido su propia vida.

Las lágrimas estaban calientes cuando cayeron por mis frías mejillas.

—Oh, Arc.

Ella alargó la mano hacia mí, pero me aparté bruscamente.

—Tranquila —dijo, estrechándome entre sus brazos—. Tranquila, cielo.

Dejé que posase mi cabeza en su pecho y me abrazase fuerte mientras miraba la nieve, tratando de recordar la sensación de tener los brazos de mi madre en torno a mí. No lo conseguí.

—Tranquila. Shhh.

Me acarició la cara.

—Tengo que marcharme.

Me aparté y corrí hacia la camioneta.

—Quédate, por favor, Arc. Quédate. No es seguro andar por ahí. Para.

Pero no paré. Me subí a la camioneta y salí tan rápido que el vehículo patinó. Enderecé las ruedas y miré por última vez por el espejo retrovisor. Ella estaba de pie en mitad de la carretera, con los brazos levantados, mientras su voz me decía que me quedase. Resultaba agradable tener una madre que me llamaba, aunque no fuese la mía.

La yegua corrió junto a la camioneta mientras yo recitaba las rimas que Cisi había escrito en el volante y regresé al Blue Hour. Reutilicé la jeringuilla de Jueves viendo cómo las chicas entraban y salían de las habitaciones, con las miradas tan ausentes como la mía. La nieve caía con más fuerza y se posaba sobre sus hombros y sobre la espalda de Welt, que empujó el carrito al cuarto

de mantenimiento y desapareció dentro.

Descubrí que la puerta no estaba cerrada con llave. La luz de la parte delantera de la habitación estaba apagada, pero había una encendida en la parte de atrás. Anduve sin hacer ruido. Asomándome entre las sábanas de un estante, vi a Welt sentado a una mesita pegada a la pared del fondo. Tenía un grueso libro abierto y estaba leyendo en voz alta. A un lado, vi el guante rojo sobre la mesa. Seguí la luz hasta que pude ver las páginas blancas mientras él marcaba las líneas que leía con la mano desnuda. La mano no estaba desfigurada, ni tenía cicatrices, ni era artificial. Las uñas no estaban rotas ni agrietadas ni amarillas, como se rumoreaba. Eran largas y estaban pintadas de rojo. Una pulsera de oro colgaba de la muñeca de su mano de grandes nudillos, y los amuletos de la joya se deslizaban sobre la página. Yo esperaba encontrar muchas cosas terribles, pero no era nada de eso. Simplemente era una mano.

Al lado de él, la tele estaba encendida, pero con el volumen silenciado. Más videos caseros. Esta vez reconocí a la mujer de la pantalla. Jueves. Había sido grabada sentada en la acera, con la cara oculta entre los brazos cruzados y los hombros temblando. En la siguiente escena aparecía Nell Salvia secándose las mejillas junto a una de las habitaciones. Había grabado a Violeta apoyada en los ladrillos. Ella entonces levantó la vista, miró a lo lejos; las lágrimas hacían brillar sus mejillas. Cuando vi a Harlow, se dirigía a su coche. A diferencia de las demás, no lloraba. Se marchaba. Pero se detuvo de repente. Al volverse y ver la cámara, miró directamente al objetivo antes de que la escena diese paso a una película en blanco y negro, cuya actriz lloraba hasta que se le corría el rímel.

Di otro paso, y la mano me resbaló del estante y tiró sin querer una lata de veneno para ratas. Traté de cogerla antes de que se cayese, pero aterrizó en el suelo con gran estruendo. Mientras rodaba, Welt se levantó de la silla. Me agarró rápidamente del brazo antes de que pudiese moverme.

—«Anduvieron perdidos por el desierto, por la soledad sin camino» —dijo, citando la Biblia.

—Suéltame. —Traté de escapar, pero él me apretaba el brazo cada vez más —. Suéltame, Welt.

—¿Crees que puede haber viajes vulgares, Arc? —preguntó—. ¿O crees que cada uno es deslumbrante como un cometa que atraviesa el cielo? Nuestros caminos se han cruzado por un motivo.

—¿Y qué motivo es ese, Welt?

—Que podamos recordar nuestra humanidad —dijo.

Me soltó y retrocedió. Cuando vio que yo le miraba la mano descubierta, él también la miró y me explicó:

—Es la mano de mi madre. Es lo último que me dio antes de irse.

Sacudió la muñeca de manera que los amuletos tintinearon.

—Sus ángeles —anunció—. Están todos aquí, para guiarme entre la niebla.

Cada amuleto tenía una figura angelical, con las alas extendidas y los ojos cerrados.

—A ella le encantaba leer las Escrituras. —Miró la Biblia antes de cerrarla y pasar los dedos por las letras doradas. Vi que la piel de la mano de su madre era más suave que la de la derecha. Como si debajo del guante la llevase embadurnada de crema hidratante. No olía a los desinfectantes que usaba en las habitaciones del Blue Hour, sino a perfume. Fino como las violetas, intenso como las rosas. Se había depilado el dorso de los dedos y se había cortado las uñas. Movió suavemente la mano, como haría una madre. Muy delicadamente, con la palma abierta, mientras la derecha permanecía cerrada en un puño.

Eché un vistazo por encima de su hombro a la pantalla de televisión y entonces me vi a mí misma. Me había grabado abrazándome el vientre. Había hecho *zoom* en mi cara y en la forma en que mis lágrimas se mezclaban con la sangre que me salía de la nariz. Con la mano de su madre, cogió el mando a distancia y subió el volumen. Oí los sonidos de los coches que pasaban por la calle. De mujeres que hablaban y reían de fondo. Oí su respiración. Oí el murmullo de mi llanto.

—Te dije que era un coleccionista de lágrimas —me recordó—. Hay muchas que coleccionar en sitios como este. Tantas, de hecho, que me temo que hay demasiados ríos en el mundo.

Di un paso atrás y me choqué con una estantería.

—¿Tienes miedo, Arc? —preguntó—. No debes tenerlo. —Se miró la mano —. Madre no querría que te hiciera daño. A ella le caes bien.

Busqué algo en la estantería como una palanca o un martillo. No encontré nada mejor que una bolsa de plástico grande llena de las pequeñas pastillas de jabón que él ponía en los cuartos de baño. Cogí la bolsa y se la lancé, mientras gritaba:

—No te acerques a mí.

—No pensarás… —Welt dio un paso—. No voy a hacerte daño. No he hecho daño a nadie.

—He dicho que no te acerques.

Bamboleé la bolsa y le di en un costado.

Él se limitó a mantener la cara apartada, poniendo la mano de su madre en el borde del estante.

—Yo te salvé —dijo—. ¿O lo has olvidado?

—A lo mejor solo me salvaste para poder hacerme daño. Tú lo has dicho, eres un coleccionista de lágrimas.

—Sí. —Levantó la voz—. Para que mujeres como tú sepan que alguien las ha visto en un mundo en el que pocas personas las ven. Puede que traiga

sombras conmigo cuando entro en una habitación. Puede que traiga susurros a mi espalda. Gente que dice que soy extraño o raro o simplemente tonto. Pero soy lo bastante listo para saber que aquí, en el Blue Hour, todas las mujeres se han convertido en caña de azúcar, que es cortada y se da de comer al primer hombre que llega con hambre. Pero ¿y si yo intento recoger algo para que no sea devorado?

Me miró un instante más antes de apartar la vista y decir:

—¿Cómo quieres que viva si no? Estoy solo. Me alegro de tener mi colección porque no tengo mucho más. Y no me gusta tanto el río como para dejar mis muertos en él. El agua no es lugar para un hombre con el corazón de hormigón. Me hundiría antes de salir.

Me miró, enjugándose las lágrimas.

—Antes de que te vayas, toma esto —dijo, mientras alargaba la mano hacia el suelo y sacaba un bolso de la sombra de las patas de la mesa. La falsa piel marrón del tirante se estaba pelando. La solapa colgaba abierta y suelta de una manera de la que Jueves siempre se había quejado.

—Se lo dejó en una habitación —explicó, tendiéndomelo—. Quiero que lo tengas tú. Creo que lo que hay dentro te puede ser útil.

—Jueves nunca se habría dejado el bolso —repliqué.

—Las mujeres os dejáis tantas cosas que es un milagro que todavía llevéis la piel encima.

Estiré el brazo y agarré rápido el tirante. Él me miró fijamente antes de llevarse la mano al oído.

—¿Qué dices, madre? —preguntó. Mientras escuchaba, cerró los ojos un momento antes de abrirlos y agregar—: Madre dice que lamenta lo de tus amigas. Ella también las quería.

Solté la bolsa de jabón y eché a correr. Abrí la puerta y corrí hacia la camioneta. Lo más rápido posible, lancé el bolso de Jueves en el asiento y arranqué el motor. Al salir a la carretera, casi choqué con otro coche. En el trayecto de vuelta a casa, no paraba de ver los videos de todas nosotras en mi mente.

Pensaba en el hecho de que Welt guardase nuestras lágrimas como si fuesen algo sólido, como piedras transparentes que podía coger del suelo cuando se nos caían de los ojos y pasárselas de una mano a la otra, comparando el peso de una lágrima con el de otra. ¿Pesarían las de Violeta menos que las de Nell Salvia? ¿Serían ásperos o lisos los bordes de las mías? ¿Serían juzgadas en relación con nuestros corazones? ¿Serían frías al tacto como las aguas del río? ¿Sabía el hombre que las coleccionaba que las lágrimas de una mujer no se pueden llegar a poseer nunca?

Cuanto más me acercaba a casa, más hermosa que nunca se antojaba a mis ojos cansados la fachada que se aproximaba. Después de aparcar, me quedé

sentada en silencio. La nieve caía tan copiosamente que empezó a cubrir el parabrisas. Abrí el bolso de Jueves. Había una chocolatina a medio comer. Una vieja lista con las cosas que ella quería comprarle al bebé. En el fondo se amontonaban las jeringuillas usadas. No había nada más que revelase dónde podía estar. Ni qué podía haber pasado. Sin embargo, estaba la bolsa de papel marrón. Había sido abierta, pero Welt no había tocado el fajo de dinero, salvo quizá para contar los cinco mil dólares que había.

—Joder, Jueves.

Metí la mano en el abrigo y saqué la foto. La pegué en el salpicadero, donde una vez estuvo la antigua foto. A continuación cerré la bolsa marrón y llevé el bolso al cuarto de Cisi. El catálogo de bulbos que ella había hecho de niña se hallaba en el estante de arriba del armario. Saqué el dinero y coloqué los billetes bien planos en el interior, antes de volver a poner el catálogo en el estante y apagar la luz. Sabía que nadie en casa miraría entre las páginas de lo que una vez habían sido los sueños de una niña.

querido diario:

Ark está cabreada conmigo.

Ha encontrado mi esconditx. Rompió la jeringilla me dijo que ojalá me fuera. Yo le di una bofetada. Intenté decirle ke lo sentía, pero ella salta rápido.

Soñé con un árbool. Clavé un cuchillo en su cortezza y la arranqué. Pero no era la corteza lo que cortaba. Era mi propia pieel

Ojalá pudiera darle a arc todo lo quiere. Pero lo que ella quiere es algo que no puedo darl. No puedo dármelo ni a mimisma.

A veces pieso que di a luz a un cuchillo y que me corta, me cortta, me cota, hondo, hondo, honddo.

Mi hija me odiaa, pero la jeringuila me quiere.

Mi ija me odia,

pero la jeringuilla me quiere.

Capítulo 49

Hasta la muerte pesca en los pétalos de las flores frescas.
Poeta Narciso

Soñé con la región convertida en un sitio gris. Cada brizna de hierba, cada escarabajo, cada pizca de tierra bajo mis pies descalzos era gris. Los árboles no tenían hojas. La hierba estaba aplanada como si algo pesado hubiese pasado por encima de ella. A medida que me acercaba a la colina situada a lo lejos, vi que los árboles estaban siendo arrancados hacia el centro hasta que se partían y se caían al suelo. Contemplé el único que quedaba en pie. Un árbol que tenía una serpiente gruesa enroscada en su corteza.

—La putrefacción del diablo —dijo Cisi.

Se hallaba de pie ataviada con un vestido gris raído que le llegaba hasta justo por encima de las rodillas enrojecidas. Dentro de lo que yo podía pensar en el sueño, estaba segura de que nuestra madre había confeccionado el vestido de mi hermana. Estaba demasiado andrajoso y mal hecho para que fuese obra de otra persona. Bajé la vista y me di cuenta de que yo llevaba la misma prenda.

—Somos las hermanas Grises —declaró Cisi justo antes de meterse la mano en la boca.

Se arrancó un diente con las manos. Me lo dio al tiempo que se derramaba sangre por sus labios. Mientras yo me lo ponía en la boca, ella se quitó el ojo derecho.

—Te falta el tuyo —anunció.

Me colocó el ojo en la cuenca vacía y se puso ante mí, con un ojo ciego y un diente mellado.

—Es hora de que los tengas tú —dijo—. A lo mejor ahora por fin ves la verdad. Abre los ojos, Arc. Abre la boca. Di la verdad.

Se alejó, y vi nuestra casa en medio de un campo. Empezaron a pasar insectos zumbando. Moscas, escarabajos, arañas, todas las criaturas que se arrastran o se deslizan. Volaban en línea recta hacia la casa, donde se estrellaban contra los lados y el tejado como si hubiese una fuerza magnética que los atrajese.

A los insectos les siguió un abundante enjambre de animales más grandes. Ardillas, ranas, mapaches y zarigüeyas. Los pájaros estaban siendo abatidos del

cielo. Los ciervos volaban hacia un lado hasta que la casa entera estuvo cubierta. Cuando subí al porche por los escalones llenos de escarabajos y ciempiés que chillaban, miré al interior por la puerta abierta. Mi madre, mi tía y mi hermana estaban barriendo fragmentos de algo roto. Después de que mamá utilizase un recogedor para juntar los trozos, observé cómo las mujeres de mi vida los pegaban y formaban tazas, platos y cuencos. Pero no eran simples pedazos de porcelana, cristal o cerámica. Eran pedazos de nuestras caras. Y una vez que pusieron el último plato en la estantería, nuestras caras se rompieron de nuevo y cayeron al suelo.

—La putrefacción del diablo —repitió Cisi.

Con el diente que mi hermana me había dado, empecé a comerme los animales de casa. Las criaturas gritaban, pero me las comí igualmente hasta que solo quedó un pájaro que batía su única ala buena contra el suelo. También a él me lo comí, con el vestido empapado en sangre.

Cuando desperté, notaba el sabor del sueño en el fondo de mi garganta. Lo seguí arrastrando conmigo mientras conducía hacia la cabaña de John Teresa y me plantaba delante, con una pala en la mano. Pensé en las palabras de Cisi en el sueño y supe que no tardaría en decir la verdad. Mientras oía el violín que sonaba dentro de la cabaña, me dirigí a la parte trasera y cavé un agujero lo más profundo que pude sin caerme dentro. A continuación puse las cortinas amarillas que la abuela Asclepia había cosido hacía tantos años. Con ellas, enterré las ventanas de las que ya no colgaban. El padre que nunca volvió. La madre que dejó a sus hijas abandonadas al otro lado de la puerta de su cuarto.

Grité, atrapé los gritos con las manos y los puse sobre las cortinas. Lloré, atrapé el llanto con las manos y lo puse sobre los gritos y las cortinas. Rugí, atrapé los rugidos con las manos y los puse sobre los gritos, el llanto y las cortinas.

—¿Qué haces?

Alcé la vista al oír la voz de John Theresa, que sujetaba el violín con la mano a un lado.

—Estoy celebrando un funeral por mis sueños —respondí.

Miró hacia abajo, dentro del agujero, y preguntó:

—¿Qué es esa tela amarilla?

—Algo que mi abuela hizo hace mucho.

—Pensaba que habías dicho que era un funeral por tus sueños. ¿Esos son tus sueños?

—¿Qué es un sueño si no algo que han hecho las mujeres que nos han precedido? —repliqué.

Él observó cómo yo echaba la tierra con la pala antes de preguntar:

—¿Por qué celebras un funeral por tus sueños?

—Todos tenían que ver con una niña muerta —contesté—. He pensado

que debía enterrarlos tan hondo como ella. A lo mejor así consigo resucitar una oportunidad.

—¿Una oportunidad de qué? —me preguntó él.

—De vivir. —Dejé la pala y pisé la tumba hasta que la tierra estuvo aplanada. A continuación, subí los escalones del porche, pasé por delante de John y entré en su cabaña. Contemplé los botes abiertos sobre la mesa, con el agua turbia llena de insectos que flotaban.

John entró detrás de mí y vio cómo yo abría el armario y bajaba el vaso pequeño. Los trozos de papel seguían dentro. Busqué entre ellos y volqué los nuevos en la mesa.

—¿Por qué tienes sus nombres escritos? —pregunté, extendiendo las tiras de papel sobre la mesa—. ¿Violeta? ¿Jueves? ¿Índigo? ¿Por qué están sus nombres en el vaso?

—Eran mis amigas —contestó él—. Los amigos son un motivo para no beber.

Me acerqué a él, le levanté la mano y deslicé mi dedo por cada una de las antenas de la mariposa tatuadas en ella, mientras musitaba:

—Harlow. Nell Salvia. Violeta. Índigo. Jueves. Una antena de mariposa para cada una.

—¿Y la línea de sobra? —preguntó—. Si estás insinuando que yo soy el Hombre del Río y que así llevo la cuenta de mis víctimas, ¿por qué tengo una antena de más?

—A lo mejor es por una que fue asesinada hace mucho —aventuré—. O para la próxima que va a serlo.

Él alzó la vista al pequeño escarabajo naranja con manchas negras que volaba alrededor de la lámpara del techo. Cuando el insecto se posó en la encimera, lo atrapó.

—Estos bichos intentan esconderse en las casas en invierno —dijo—. Yo intento esconderme en el calor.

Abrió la mano sobre uno de los botes y soltó el escarabajo dentro. Cuando yo traté de sacarlo, me agarró y me inmovilizó los brazos mientras el escarabajo forcejeaba en el agua. Me dio un empellón contra la mesa. Empujé hacia delante intentando balancear la mesa para que el frasco se volcara y el líquido se derramase, pero los tarros solo se tambalearon lo justo para entrechocar unos con otros.

—Lo estás matando. —Observé cómo el escarabajo intentaba trepar por el borde del cristal—. ¡Para, lo estás matando!

—Solo es un bicho. —Respiraba más agitadamente, y oí un repiqueteo de cascos en el porche.

Vi a la yegua en la puerta abierta. Cuando ella levantó una pata, yo levanté una pierna y di una patada a John. Los brazos con los que me había apretado

cedieron. Enredando mi melena con la crin de la yegua, lo empujé al suelo y me aseguré de que no volvía a levantarse. Hice memoria, y le asesté un puñetazo por aquellos recuerdos. Sentí, y le asesté un puñetazo por aquellos sentimientos. Los puños eran mis cascos, pisoteándolo contra el suelo. No solo a él, sino a todos los que habían intentado oprimirme.

En algún lugar, oí los resuellos de las habitaciones del Blue Hour. Los ásperos jadeos de los johns que esperaban a ver lo que daba de sí su dinero. Los jadeos temerosos de las chicas que se protegían la cara de lo que daba de sí el dinero. Saboreé su llanto en los labios. El sabor a óxido, fuego y humo. Lo expulsé por los agujeros de la nariz, ensanchados como los de la yegua situada detrás de mí. El animal relinchó, y abrí las manos, vacías de todo lo que antes llevaba.

Me levanté de encima de John. Se había tapado la cara lo mejor que había podido, pero aun así acabó con la nariz rota, como había acabado yo otras veces. Tenía cortes en el labio, como los había tenido yo. Sus ojos no tardarían en ponerse morados, oscuros como los cardenales que yo he sufrido. Deseé que las heridas que le había hecho fuesen las últimas heridas abiertas del mundo, pero sabía que solo lo serían durante el segundo que otro hombre tardase en levantar el puño.

Sacándose un pañuelo del bolsillo y llevándoselo a la nariz, John se sentó en la silla situada tras la mesa. Los fuertes jadeos sacudieron sus hombros cuando miró los tarros, el escarabajo ahogado hacía un buen rato. Saqué el cuerpo del agua y lo deposité en la palma de mi mano.

Él tosió contra el pañuelo y lo salpicó de más sangre. Después dijo:

—En cuanto te conocí tuve la sensación de que algún día me sacarías la mierda a patadas.

Me senté en la silla que había al otro lado de la mesa y miré el escarabajo mientras él decía:

—No has venido solo por mi sangre. ¿Qué haces aquí, Arc?

—¿Has visto a Jueves?

Empujé suavemente el cuerpo del escarabajo con el dedo.

—No la he visto.

—¿Has visto a Cisi?

Lo miré a los ojos en medio del silencio.

—Nunca he visto a Cisi, Arc.

—La conociste en casa —dije—. La primera vez que viniste. ¿Te acuerdas?

—Sí. —Él asintió con la cabeza—. Pero no volví a verla.

—La viste en el Gran Gris. —Empujé más fuerte al escarabajo—. La viste nadar.

—Te vi a ti. —Él bajó el pañuelo y dejó que le cayesen gotas de sangre por los labios.

—Somos gemelas —afirmé, las palabras repetidas tantas veces que apenas tenían ya significado.

—Es cierto, pero la única Doggs que vi en el Gran Gris eras tú.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—No lo sabía —respondió él—. Al principio, no. Pero entonces me acordé de cuando os conocí a las dos en vuestra casa. Me acordé de que tu ojo derecho era azul, pero el de Cisi era verde. Cada vez que veía a Cisi en el Gran Gris, los ojos no eran los de ella. Su ojo derecho era azul como el tuyo. Como cuando fuiste a Los Magnolios. Te oía con las demás chicas. Oía que decías que a veces eras Cisi, pero los ojos no eran los de ella, como en el Gran Gris. Eras tú siempre. ¿Así que dónde está Cisi, Arc? ¿Qué le has hecho?

Empujé al escarabajo hasta que empezó a mover sus patitas. Sus antenas temblaron. Abrió las alas. Solo había estado haciéndose el muerto.

—¿Qué crees que le he hecho? —pregunté, levantando la mano y dejando que el escarabajo se fuese volando.

Observé cómo el insecto recorría la estancia antes de bajar la mirada a mi mano y ver que el escarabajo seguía muerto.

—¿Dónde está tu hermana, Arc? —me preguntó él.

—Está en el río —contesté—. Lleva allí desde que tenía nueve años.

Querido diario:

Hace mucho que no te escribo. Los años… han sido dolorrosos. He odiao más y más, con kada parte de mi ser.

Solo quería decirtee que Cisi emfermó.

Odio este sitio. Odio esta vida. Odio la facildad con la que las niñas pueden llorar y toser y…

Solo quería decirtlo. Cisi enfermó de gripe

Murió.



Capítulo 50

Luciérnaga, luciérnaga, eres mi droga y mi aliada. Esta noche a esta hora, seré amada.

Poeta Narciso

1982

La gripe. Es mortal. Mató a varias personas en Chillicothe, Ohio, ese año. Incluida mi hermana de nueve años, Farren Doggs. Más conocida como Poeta Narciso.

Voy a ser una reina. Voy a ser una reina que no se despeina.

Yo pensaba que, si me ponía enferma como ella, podría salvarla. Juntas podríamos luchar contra el monstruo y ganar. Y pese a lo mucho que lo deseé, no fue lo que pasó. Mientras estábamos tumbadas en la cama, la sacudí tan fuerte que le golpeé la cabeza contra la cabecera. Ella no abría los ojos.

—Por favor, Cisi. Despierta, por favor. ¡Mamá! —le grité.

Fue la tía Trébol quien entró en el cuarto.

—¿Qué pasa?

Tropezó y se apoyó en el marco.

—Cisi no se despierta. ¡Ayúdame! ¡Haz que se despierte! —Y no paraba de sacudir a mi hermana. Tenía los labios amoratados—. ¡Haz que se despierte, tía Trébol!

—Déjame ver. —Trébol me empujó y encendió la lámpara—. Dios mío.

Se tapó la boca y cayó hacia atrás al suelo.

—Arc. —Me agarró el brazo y me atrajo hacia ella—. ¡Sal de la cama!

Mientras ella me mecía y murmuraba: «¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?», yo me quedé mirando el brazo sin fuerzas de Cisi que colgaba por un lado de la cama.

—¿A qué vienen esos gritos?

Mamá estaba en la puerta frotándose los ojos.

Tardó un instante en ver a Cisi.

—¿¡Qué ha pasado!? ¿¡Qué le ha pasado a mi pequeña!?

Se metió en la cama y agarró a Cisi. Su cabeza le caía sobre el brazo como si fuese de trapo.

—¿¡Qué has hecho, Arc!? —Se volvió hacia mí—. ¿¡Qué le has hecho, mala

pécora!?

—¡Yo no he hecho nada! —grité.

—Mi pequeña. —Mamá alzó la cabeza de Cisi e intentó que se mantuviese erguida—. A lo mejor tiene algo en la boca. En el fondo de la garganta.

Le metió a Cisi los dedos en la boca.

—¡Basta, Addy! —La tía Trébol me expulsó de sus brazos y se levantó—. Basta ya. No tiene nada en la boca.

—Me van a encerrar, Trébol. —Mamá miró a su hermana—. Dirán que soy una madre horrible.

Cuando mi tía agarró a mamá, ella soltó a Cisi. Mi hermana cayó de la cama al suelo dando un golpetazo. Me arrastré a su lado y me tumbé para ponerme de cara a ella.

—Todo irá bien, Cisi —le susurré a mi hermana.

Trébol siguió abrazando a mamá. Salieron juntas al pasillo. Las oí susurrar mientras quitaba la manta de la cama y tapaba a Cisi con ella.

—Para que no tengas frío —le dije, apartándole el pelo de los ojos.

Cuando la tía Trébol volvió, lo hizo sola.

—Levántate, Arc —me mandó, al tiempo que empezaba a retirar la sábana de la cama de Cisi.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Tú ayúdame. —Hizo un fardo con la sábana contra el pecho y la soltó en el suelo a los pies de Cisi—. Ayúdame a envolverla.

—No.

—Arc. —Me agarró por los hombros—. Tenemos que proteger a tu madre. ¿¡Me oyes!?

—No. —Me solté de mi tía—. Tenemos que llevar a Cisi al médico para que pueda ayudarla y darle medicamentos y…

—Cisi está muerta, Arc.

—¡No, no está muerta! Solo está dormida.

Me tumbé otra vez en el suelo junto a ella.

—Mírala, Arc. Está más blanca que esta sábana. Y está fría como el hielo. —Cogió la mano de Cisi—. Se le están agarrotando los dedos.

—¡Nooo! —chillé.

—Escúchame. —La tía Trébol me levantó de un tirón—. Le diré a la policía que lo hiciste tú. ¿Me oyes? Les diré que tú mataste a tu hermana. Te quitarán el nombre y todos los recuerdos hasta que te olvides de que tenías una hermana. Te dejarán tirada como un perro encadenado. *Guau, guau, guau. Grrr.* Te dejarán tanto tiempo al raso que acabarás desapareciendo en la tierra. Te desenterrarán en el futuro y no encontrarán más que coronas rotas. ¿Es eso lo que quieres?

Negué con la cabeza mientras ella me zarandeaba.

—Entonces ayúdame. —Recogió la sábana y la extendió en el suelo. Después de colocar a Cisi encima, la envolvió arropándola con las esquinas.

—Cógele los pies —me dijo.

Mientras la tía Trébol le levantaba la cabeza a Cisi, me limpié la nariz con la manga y agarré los pies de mi hermana.

—Así me gusta.

Sin aliento, la tía Trébol gruñó mientras sacábamos a Cisi al pasillo.

Miré al fondo del pasillo. La puerta del cuarto de mi madre estaba cerrada.

—¡Mamá! —le grité—. Sal, por favor. No quiero hacer esto. Di que podemos llevar a Cisi al médico. ¿Mamá? —Con cuidado dejé los pies de Cisi en el suelo, corrí por el pasillo y me puse a dar golpes en la puerta del cuarto de mamá. Cuando traté de girar el pomo, ella lo sujetó por el otro lado.

—¡Por favor, mamá! —Intenté abrir la puerta de un empujón—. Ayuda a Cisi.

—¡Márchate, márchate! —chilló mamá—. No te conozco. Márchate.

La tía Trébol me clavó los dedos en el brazo y me hizo volver a rastras hasta el cuerpo de Cisi.

—¿¡Qué coño te he dicho!? —Me dio un bofetón antes de levantar a Cisi para llevarla ella sola al salón.

Cuando la colocó en el sofá, la sábana se cayó por un lado y dejó a la vista su sudadera de Holly Hobbie.

—¿Dónde cojones están?

Mi tía soltó una retahíla de tacos mientras rebuscaba entre la basura de la mesa de centro hasta encontrar las llaves de la camioneta.

—Mantén la puerta abierta —me ordenó.

Me levanté el cuello de la camisa y lloré contra él con una mano mientras abría la puerta mosquitera con la otra. Las piernas de Cisi se iban bamboleando cuando la tía Trébol la sacó. La metió en la camioneta y la sentó entre nosotras. Mi tía trataba de mantener la cara de Cisi envuelta en la sábana, pero la tela no paraba de caerse con cada bache por el que pasaba. Cuando topó con un socavón, la cabeza de Cisi me cayó a plomo sobre el hombro. Introduje la mano por debajo de la sábana, le cogí la mano fría y la apreté.

—¿Adónde la llevamos? —quise saber.

Trébol me miró antes de volver a la carretera.

—A su sitio favorito —contestó.

Seguimos el río hasta las afueras del condado durante un buen rato. Yo nunca había ido tan lejos. Luego atravesamos a pie el oscuro bosque. Las ramas peladas crujían en lo alto mientras mi tía cargaba con Cisi por la tierra dura. El día estaba tan gélido que yo veía cada aliento que exhalaba. Cuando llegamos a la orilla del río, la tía Trébol le quitó a Cisi la sábana y la ató formando una

bolsa en la que empezó a recoger piedras.

—Ayúdame, Arc —dijo, pero yo me senté junto a Cisi y le subí los calcetines hasta las rodillas. Se le habían caído a los tobillos. Yo sabía que tendría frío en las piernas. Le puse bien la combinación rosa claro y le quité el pasador de un lado del pelo para recogerle la trenza, de tal manera que el mechón se erizó como una llama.

Una vez que la tía Trébol tuvo la sábana llena de piedras, ató las puntas alrededor del cuello de Cisi. Era un mes de octubre inusualmente frío. La orilla del río empezaba a helarse. Mi tía rompió el hielo mientras introducíamos el cuerpo de Cisi boca abajo en el agua. Tuve que parar porque llegó un momento en que me cubría demasiado. Ya no tocaba el fondo. Trébol llevó sola el cuerpo flotante de Cisi hacia la oscuridad, con la bolsa tirando por debajo.

Cuando la soltó, Cisi se fue yendo poco a poco a la deriva.

—Menos mal que es una niña —comentó la tía Trébol—. Las niñas siempre saben hundirse hasta el fondo de las cosas.

Observamos cómo las piedras empezaban a tirar del cuerpo de Cisi bajo la superficie. Antes de que desapareciese por completo, grité e intenté ir a por ella.

—Basta, Arc. —la tía Trébol me agarró—. ¡Cállate ya!

Me sacó del agua de un tirón y me soltó en la orilla.

—A ella le gustará estar aquí, Arc. Ya sabes que le encantaba nadar. En el río, nadará para siempre. No podemos decir que ha muerto. ¿Me oyes? Quiero que digas que Cisi no ha muerto.

—Pero sí que ha muerto —dije, llorando.

—No podemos decirle a nadie eso. ¿No lo entiendes? Tu madre irá a la cárcel. Yo iré a la cárcel. Y tú irás a un sitio aún peor.

—Pero alguien la encontrará.

—¿Crees que a alguien le importa que haya una niña menos en el mundo? Nadie va a buscarla. Con lo frío que está el río, nadie vendrá aquí durante meses. ¿Y qué pasa si la encuentran? A Cisi le encantaba nadar. Diremos que fue al río a nadar. Pensarán que se ahogó sola.

—Yo no… Yo no…

—Escúchame —dijo—. El hecho de que tú seas una gemela es la forma que Dios tiene de decir que no ha pasado nada. Podremos volver a la normalidad. Cuando la gente te vea, podremos decir: «Oh, esa no es Arc. Es Cisi». Así serás tú misma unas veces y Cisi otras veces. Podrás ser Cisi y tú misma. ¿No es maravilloso?

—¿Como si no estuviera muerta?

—Exacto. Como si no estuviera muerta. Lo mejor que puede hacer una gemela es dejar que su hermana se quede con la mitad de su vida. Tú quieres

ser una buena hermana, ¿no?

Asentí con la cabeza, sorbiéndome los mocos.

—Pues ahora tienes la oportunidad, Arc —me dijo la tía Trébol.

—Pero la gente sabrá que yo no soy Cisi. Mi ojo derecho es azul. El derecho de ella es verde. Y mi…

—Te sorprenderás —me interrumpió la tía Trébol—. Te sorprenderás de lo mucho que se olvida la gente, Arc, sobre todo de un par de niñas que no significan nada para ellos. Solo tienes que creerlo, y así será.

Toda nuestra infancia mientras Cisi estuvo viva la pasamos imaginando. Imaginando que comíamos tarta de cumpleaños, que oíamos violines y que vivíamos una vida mejor que la que teníamos. Y eso es lo que hice yo después de que ella muriese. Volvía el lado salvaje bonito para que ella pudiese resucitar. Hacía las cosas que me gustaban, pero también hacía las que a ella le gustaban, como plantar bulbos de flores. Cisi cavaba en la tierra para introducir algo. Yo cavaba para sacar algo. Los objetos olvidados.

Fue a mí a quien Tam vio nadando en la piscina. Fui yo quien acudió corriendo a John con el fin de pedirle treinta y cinco dólares para entrar en el equipo del Gran Gris. Cisi se convirtió en la parte de mí misma que consumió primero droga, para poder tener a alguien a quien culpar. Cisi fue mi adicción, completamente formada y personificada en una entidad independiente que era yo siempre.

Se convirtió en eso para que yo pudiese pasar de ser ella a ser yo con facilidad. En las conversaciones, hablaba y contestaba por ella, y aquellos que me rodeaban no se daban cuenta de que en mi cabeza había cambiado de identidad. Eso no quiere decir que yo no estuviese confundida, que no delirase o que no fuese un caso clásico de locura. Sabía que mi hermana había muerto y que ya estaba en el río cuando Harlow entró flotando en nuestras vidas. Cuando las demás chicas siguieron desapareciendo, para luego ser halladas de la misma manera, supe que había llegado el momento. El momento de tener mi propia vida. Pero no quería deshacerme así como así de mi hermana. No quería dejar que ella se fuese a la deriva y se hundiese. Sentía la responsabilidad de compartir mi existencia con ella para no sentirme tan culpable por vivir más que ella. No podía sacar a Cisi de mi vida.

Tal vez el Hombre del Río pudiese.

Cuando las chicas acabaron en el río, dejé que Cisi se acercase a esa corriente. Solo entonces tuve la oportunidad de sobrevivirme. Y aunque Cisi nunca había tomado droga, acabó en el río a causa de ella. Las vidas truncadas por culpa de la adicción no siempre son las de los adictos. A veces mueres porque la persona a la que amas es drogadicta. En el caso de Cisi, esa persona era nuestra madre.

Querido diario:

Cda vez es más difícil encntrar un boli.

Quería decirte que hoyy ha sido un día bastnte bueno. He preparado otra vez a las niñas cops de mortadela.

No se rieeron tanto como antes, pero Arc me sonnrió, aunque Cisi la obligó.

Diluvio estuvo un rato. Arc no le gritó ni lee dijo que apestaba como ace normalmente.

Él no sabía de qué hablar, así que lees contó cosas de la fábrica. Que el humo era polvo que hacen unos caballoss que galpan. Luego dijo que tenía que irse.

Cisi quería que se quedara, pero él se fue igualmente.

Le dije a Arc que quería que se quedara mi vesstido moraddo cuando sea mayor. Y le dije a Cisi que qiero que se quede el azul.

Arc me dijo que me encntraría el pendiente. Yo le dije que estba segura de que lo encontraría, aunque sé que se ha perdido para siempre.

Capítulo 51

Esta es mi última oportunidad de bailar.
Con las madres y con las tías, no se hable más.
Poeta Narciso

Mi madre estaba sentada en el borde del colchón con un solo ojo abierto.

Era el único cíclope del condado. El otro ojo, cerrado por la hinchazón. Su piel tenía un tono morado y azul como los pañuelos que una vez le había dado su madre. Sus labios habían menguado y habían desaparecido, como su marido. Sus rodillas huesudas estaban flexionadas, con los brazos apoyados en ellas. Me quedé mirando la superficie vidriosa de su único ojo abierto, perfilado con delineador negro para que pareciese que todo le importaba un bledo. Ahora tenía el pelo gris. Tan gris como el humo que le llenaba los pulmones. Tan gris como el humo que se elevaba al cielo. Se le habían caído casi todos los dientes. Se frotaba las encías con el meñique cada pocos minutos como si le doliesen terriblemente. Tosía y escupía, y nunca más volvería a ser considerada hermosa. Para entonces había vivido casi dos décadas más que mi padre, pero ya no se paraba a pensar en cosas así. Las termitas se habían comido la nostalgia que le quedaba.

Me senté contra sus piernas y apoyé la cabeza en ellas.

—¿Mamá? Me arde la piel.

—Es la bruja que llevas dentro.

Tenía la voz ronca que llegan a adquirir muchos yonquis de su edad.

—No hay ninguna bruja —repuse.

—Ahora no. Ellos la quemaron. ¿No ves el fuego que aún arde en todas las esquinas? —Echó un vistazo como si las llamas existiesen—. Ellos la quemaron, y desde entonces tenemos la piel caliente y las llamas. Nunca nos ha beneficiado tener a una bruja en la familia. No nos dio hechizos. Ni poderes.

—Nuestros poderes están en nuestros sueños —dije, como sabía que habría dicho la abuela Asclepia.

—Yo ya no sueño —declaró mamá inclinándose para rascarse la costra grande de la espinilla.

—Yo sí —afirmé como una niña sorprendida de lo que aún es capaz—. Yo sueño.

—¿Con qué sueñas?

—Sueño con Cisi —contesté—. Con lo que le pasó.

—Shhh.

Mamá me pasó los dedos por el pelo.

Escuché cómo tarareaba unos segundos antes de añadir:

—Perdiste el pendiente, mamá. ¿Te acuerdas?

—¿Qué?

Ella miró a su alrededor como si fuese a encontrar el pendiente bajo las mantas.

—Fue hace mucho —dije—. Cisi y yo todavía no te llegábamos a las rodillas. Entonces olías a perfume. Íbamos andando a alguna parte. No me acuerdo de para qué. Por el camino perdiste el pendiente. No te diste cuenta hasta que llegamos a casa. Lloraste mucho. Papá dijo que te compraría otro par. Pero tú le dijiste que no. Que querías aquel porque era tuyo.

—Era un caballo —explicó ella, tocándose el lóbulo desnudo de la oreja—. Marrón como un alma quemada, con la crin negra. Cuando yo movía la cabeza, el caballo galopaba. ¿Te acuerdas?

Movió la cabeza como si el caballo fuese a volver a aparecer.

—Yo pensaba que si encontraba el pendiente, volverías a ser quien eras antes de perderlo —confesé—. Que si encontraba el pendiente, no habría más jeringuillas. Que podría salvarte. Que podría salvarnos a todos. Que serías como eras. Que nos cepillarías a Cisi y a mí el pelo por la mañana antes de ir al colegio. Que nos enseñarías el abecedario letra por letra. Cada vez que cavaba en la tierra, lo hacía para encontrarte a ti, mamá. Lo siento. Siento no haberlo conseguido.

—Encontraste esto.

Metió la mano debajo de la almohada y sacó la punta de flecha.

—¿La tenías tú? —pregunté—. ¿Todo este tiempo?

—Me ha protegido, como aquel día. —La puso en mi mano y me cerró los dedos en torno a ella—. Quédatela tú ahora. Que te proteja a ti. Soñé que ibas a necesitarla. Mentí cuando te dije que ya no sueño. Sí que sueño. A ver, ¿dónde está mi niña de ojos azules?

Cerré el ojo verde y dejé que el azul la mirase.

—¿Dónde está mi niña de ojos verdes? —preguntó.

Cuando cerré el ojo azul, me frotó la mejilla con la mano hasta que abrí los dos ojos y la miré.

—Ahí estás —dijo—. Ahí está mi niña de ojos azules y verdes.

La miré a la cara, envejecida como algo a lo que habían echado la culpa durante años. Allí, en la separación cada vez menor de sus ojos, había amor, fugazmente visible, tras el colocón. Deseé ardientemente que se produjese un milagro. Uno en el que ella saliese de la niebla que la confundía y estuviese

segura y despejada como un buen día. Sonreiría y recuperaría el color. Reiría y diría que todos esos años no habían sido nada. Solo se había desviado un instante, y nada más. El pelo le brillaría, y las raíces grises desaparecerían bajo el lustre. Pero nada de eso ocurrió. Se limitó a tumbarse.

—Estoy cansada —dijo.

Había metido tantas cosas robadas a los johns en el colchón que ya no había ningún sitio llano en el que echarse. El colchón tenía bultos y elevaciones que le presionaban contra el cuerpo. Hizo una mueca mientras buscaba un lugar cómodo en el que tumbarse.

—Deja que te saque las cosas, mamá.

Introduje la mano en el colchón, pero ella se negó.

—Mi madre decía que quien mala cama hace, en ella yace —recordó—. Pues yo no me he hecho una cama cómoda, Arc.

Tapó el agujero con las manos por si a mí se me ocurría volver a buscar dentro.

—¿Mami? —la llamé, como cuando era niña.

—¿Sí, cariño? —me respondió suavemente, como había hecho tanto tiempo atrás.

—¿Vendrías conmigo? —le propuse—. ¿Vendrías conmigo a curarte?

Ella frunció el ceño tratando de entender.

—Podríamos curarnos juntas —dije—. Ya no serías Addy la yonqui. Serías Adelyn, y la tía Trébol sería las cuatro hojas de algo que trae suerte. Viviríamos junto al mar y miraríamos a las ballenas, y estaríamos demasiado lejos para ver el humo de más fábricas de papel.

—Soy demasiado mayor para subir una escalera. —Se quedó mirando la ropa de su marido colgada en las ventanas—. Tendrás que hacerlo tú, Arc. Tendrás que colgar la ropa de Cisi con la de él. Debería haberlo hecho yo después de que ella… —Se le fue apagando la voz—. Prométeme que no te morirás tú también, Arc. Por favor, por favor. —Me agarró por los hombros y me sacudió con todas las fuerzas que le quedaban—. Prométeme que no te morirás, por favor. Que siempre volverás conmigo.

—Te lo prometo, mamá.

—Buena chica.

Bajó las manos.

Observé cómo cerraba los ojos. Pensé que se había dormido, pero entonces habló.

—¿Te acuerdas de la primera vez que vinisteis de casa de mi madre? —preguntó—. Os compré a Cisi y a ti unos zapatos amarillos nuevos a cada una. ¿Te acuerdas? Eran amarillos y brillantes y tenían una tira que cruzaba la parte de arriba del pie. Eran unos zapatos especiales. De los que se ponen con calcetines de volantes los domingos. Las dos los llevasteis hasta que empezaron

a doleros los dedos cuando os crecieron los pies. Como sabía que no podríais volver a ponéroslos, enterré los zapatos en el jardín para que algún día una persona los desenterrara y supiera que alguien os quiso porque os regaló unas bailarinas.

Cerró otra vez los ojos. Le besé la frente sudorosa y le dije que la quería.

—Volveré más tarde —añadí, porque no quería que se preocupase.

—¿Lo prometes? —quiso asegurarse.

—Lo prometo.

Me levanté, mirándola y absorbiendo todo lo que pude por última vez antes de marcharme, y cerré la puerta despacio tras de mí. Al recorrer el pasillo, vi que la luz del cuarto de Cisi estaba encendida. La tía Trébol se encontraba frente a los palos de la pared.

—Por fin la he terminado —anunció.

Las ramas habían invadido por completo la pared. Algunas eran del tamaño de la uña de mi pulgar, mientras que otras tenían el largo de un brazo. En algunas partes, tenía varios centímetros de grosor. En otras, formaban simples capas.

—Esta es la primera —dijo, poniendo la mano en una ramita gris que contrastaba con las marrones de alrededor—. La cogí del suelo la noche que llevamos a Cisi al río.

Había colocado la rama de pie en el centro de la pared. Ningún otro palo la tocaba.

—No puedo creer que por fin haya terminado —afirmó.

—¿Qué es? —pregunté.

Ella se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿No lo sabes? Es la *Mona Lisa*. —Se volvió otra vez hacia la pared con la sonrisa más amplia que le había visto en el rostro—. ¿No la ves? ¿No la ves?

Alcé la vista a la pared y vi las décadas de nuestras vidas. Todas las verdades mezcladas, atadas unas con otras al espacio y al tiempo.

—Sí —respondí—. La veo.

—Y tú que pensabas que nunca vería la *Mona Lisa*. —Rio, y lo hizo de pura alegría—. Escupe, escupe, araña, ¿dónde la escondes, anda? —Mi tía se escupió en la palma y se dio un manotazo en el pecho—. Ahí.

La estreché entre mis brazos y la abracé fuerte.

—Adiós, tía Trébol.

—Adiós, adiós. —Se apartó y se quedó sentada en el suelo. Al mirar hacia las ramas, tendió las manos hacia ellas, pero no las tocó.

Me acerqué al armario y saqué el trasportín. Tenía una lata de atún dentro. Alargué la mano al estante superior y bajé el viejo catálogo de bulbos de Cisi. Abrí sus páginas, recogí el dinero que había entre ellas y me lo guardé en el bolsillo, pero volví a dejar el catálogo en el estante. Era el momento de dejar

ciertas cosas atrás.

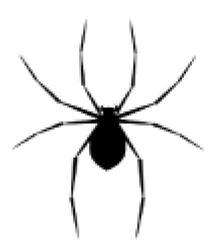
—¿Arc? —Trébol me llamó justo antes de que saliese de la habitación.

—¿Sí, tía Trébol? —Me di la vuelta para mirarla.

—¿Qué soy yo, si es que soy algo? —preguntó, manteniendo la vista gacha —. ¿Si es que soy? A veces reflexiono sobre la joven que fui, hasta que me caigo de rodillas. Y cada vez me sorprende lo sola que estoy. Porque se está muy sola siendo una cobarde. Y yo soy una cobarde. Lo siento. Arc.

Pensé que se refería a Cisi, pero entonces dijo:

—Siento haberte abandonado cuando aquel hombre te hacía daño. Eras solo una niña. No podías defenderte de él. Solo podías esperar que yo lo hiciera. Pero yo le dejaba que te tomara. Salía al sofá, me sentaba y le dejaba que te tomara porque no quería que me hiciera daño a mí también. —Alzó la vista a mis ojos, mientras las lágrimas se derramaban por sus mejillas—. Siento haberte abandonado. Debería haber… debería haber entrado. Debería haberte salvado.



—En el lado bonito lo hiciste —le dije mientras me arrodillaba a su lado y le enjugaba una lágrima de la mejilla—. Entraste y viste a la araña en mi cama atacándome. Le gritaste y le pegaste y…

—Y él me pegó, y yo escapé como la cobarde que soy —me interrumpió mi tía.

—Solo en el lado salvaje —declaré—. Pero en el lado bonito le arrancaste las ocho patas. Luego lo agarraste por la boca y le gritaste nuestros nombres hasta que le llenaste la garganta y se ahogó con ellos. Y cogiste su cuerpo, lo convertiste en arena y dejaste que cayera entre tus dedos hasta que no quedó ni un grano de él en este mundo. Luego tú y yo nos subimos en una barca y remamos por el río y fuimos a Brasil y a Japón y a…



—¿Italia? —preguntó ella—. ¿Y a Francia?

—Fuimos a todos los sitios del mundo a los que siempre has querido ir —

le aseguré.

Se volvió de nuevo hacia la pared secándose los ojos con la manga.

—¿A que es bonita? —dijo suspirando—. La *Mona Lisa*.

Dejé el trasportín en el pasillo antes de entrar en el cuarto de baño. El espejo estaba totalmente cubierto de cinta adhesiva. La imagen que vi reflejada no era tanto yo como el reflejo de la lámpara del techo. Empecé a quitar la cinta hasta que mi cara me devolvió la mirada. Metí la mano en el bolsillo y saqué el lápiz de labios. Me lo puse por toda la boca y acto seguido entré en mi cuarto y busqué lo que quería llevarme. Pero no había nada que quisiese conservar. Antes de irme, arrastré el viejo taburete de plástico al rincón de mi habitación. Me subí encima de él con la escoba que hacía siglos que no usaba. Y con ella quité la telaraña.

Me quedé mirando los finos hilos atrapados en las tiesas cerdas al bajar del taburete. Recogí cuidadosamente la tela con los dedos, la desprendí y la coloqué en el suelo. Solté la escoba, levanté el pie por encima de la telaraña y lo mantuve inmóvil un instante antes de bajar el tacón sobre ella y aplastarla. Me fui quitando el polvo de las manos, dejando atrás mi habitación y sus viejas arañas.

Llevé la lata de atún a la cocina y la abrí. A continuación, salí al jardín con el trasportín. Introduje la lata de atún en él y esperé. Enaguas echó un vistazo desde la valla metálica rota. Había estado tumbada sobre ella, hecha un ovillo. Cuando olió el atún en el aire, se levantó y se quedó quieta varios segundos, observándome. Me puse de pie en silencio mientras la gata daba pasos lentos hacia el trasportín. Se asomó al interior olfateando el aire con avidez. Me bufó, pero yo me limité a devolverle la mirada. Después de pasearse por delante del trasportín, entró finalmente. Cerré rápido la trampilla. La gata esparció el atún dentro del habitáculo gruñendo y luchando por salir.

—No voy a dejarte aquí —le aseguré.

La llevé a la camioneta y la puse en el asiento. Cuando arranqué el motor, la yegua empezó a pasearse por el jardín, relinchando, el aliento caliente convertido en humo en el aire frío.

Enaguas soltó un largo maullido mientras salíamos de la entrada. La yegua galopó junto a nosotras hasta detenerse en la fábrica, donde desapareció entre el humo.

—Tranquila, Enaguas —le dije—. Vamos a irnos de este sitio y no vamos a volver nunca. Sé que ahora no te fías de mí, pero te aseguro que de ahora en adelante vas a tener una buena vida. Te lo prometo.

Salí de la ciudad y me dirigí hacia la Montaña Lejana. Aparqué al borde de la carretera, metí la mano en la guantera y le dije a Enaguas: —No tardaré mucho. Tengo que hacer una cosa antes de que nos marchemos.

Bajé de la camioneta y crucé el maizal hasta el río. Estaba empezando a

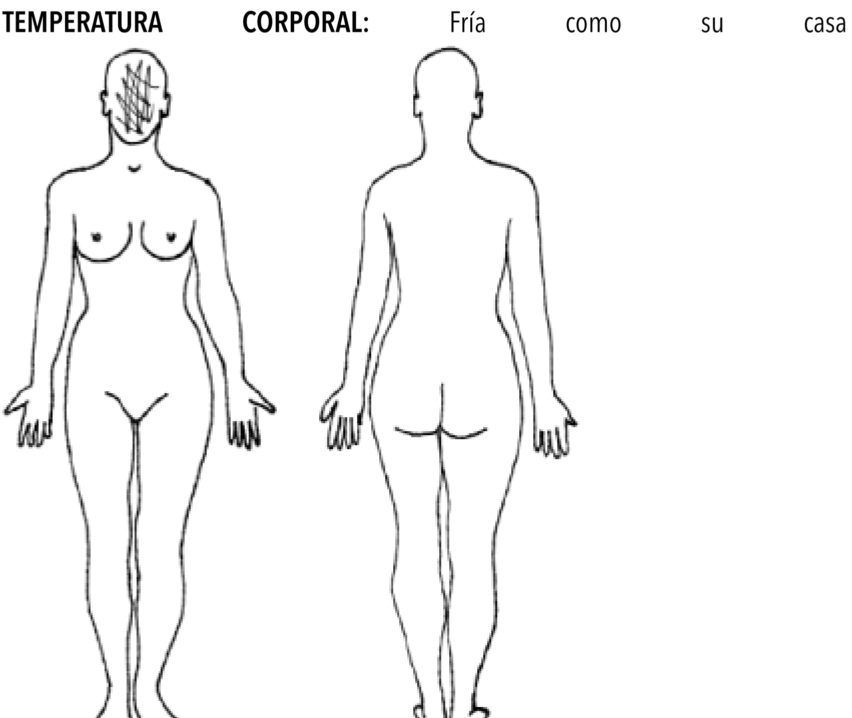
helarse en algunas zonas, y la corriente se deslizaba sobre el hielo. Me arrodillé y coloqué la brújula que le había hecho a Cisi en el agua. Mientras se iba a la deriva, dije: —Encuentra tu camino a casa, hermana.

Cuando me levanté vi el trasportín flotando en el río y a Enaguas maullando en su interior. Trataba de sacar sus pequeñas garras blancas por la rejilla de la portezuela.

—¿Enaguas? —Empecé a meterme en el agua para correr a por ella justo cuando una mano apareció detrás de mí y me tapó la boca hasta que ya no pude respirar.

DEPARTAMENTO DE MEDICINA FORENSE DEL CONDADO DE ROSS
CHILLICOTHE, OHIO
INFORME DE INVESTIGACIÓN

DIFUNTO/A: Arcade Doggs
GÉNERO: Bruja
OCUPACIÓN: Arqueóloga/hermana/buscadora de caballos **COLOR DE LOS OJOS:** La tierra y el agua **PELO:** Rojo como una llama
DESCRIPCIÓN DEL CUERPO: Desnudo
TEMPERATURA CORPORAL: Fría como su casa



HERIDAS Y MARCAS:

Tatuajes de narcisos en el dorso de la mano, el interior de los brazos, las muñecas y los hombros. Tallos verdes. Pétalos blancos. Cicatriz en forma de medialuna en el pie. Piel de la columna vertebral arrancada. Espina dorsal descubierta. Mordaza en la boca. El cuerpo fue arrastrado durante cierto tiempo. El corazón ya había dejado de bombear sangre cuando se hicieron las marcas de patadas en la cara y la caja torácica. Presencia de tejido cicatricial de antiguas quemaduras. Tres fracturas en el lado derecho e izquierdo del pecho, que concuerdan con un objeto pesado colocado encima de ella. Tatuajes de narcisos en el dorso de los dedos. Antigua herida en una costilla curada por sí sola, probablemente sufrida en la infancia.

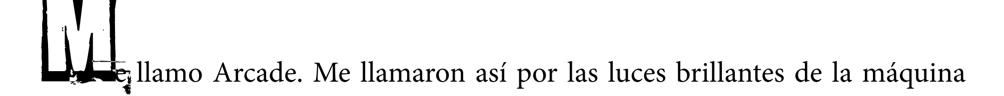
Presencia de raíces, larvas de mariposa y lodo en las vías respiratorias. Piedras como gemas. Cortes en las nalgas que concuerdan con la posición yacente de una mujer. Le falta un ojo. Tiene todos los dientes menos uno. Narcisos tatuados en la piel. No sabemos si

son cosas que le han dado. O cosas que le han quitado.

CAUSA PROBABLE DE LA MUERTE:
Vivir en el lado salvaje.

Capítulo 52

Su ceño fruncido su corona habrá sido.
Poeta Narciso



Me llamo Arcade. Me llamaron así por las luces brillantes de la máquina recreativa a la que mi madre jugaba con mi padre. Mi cuerpo desnudo fue arrojado al río un domingo. El agua formó ondas a mi alrededor cuando él me dio el último empujón con el pie. Más tarde esa noche, el río se congelaría y me atraparía en el hielo hasta que deshelase. Me hundiría al fondo, donde los gases me llenarían y me impulsarían a la superficie, en la que seguí descomponiéndome y flotando boca abajo durante semanas hasta que me descubrieron.

Enaguas se había ido río abajo por delante de mí hasta que el agua empezó a entrar en el trasportín. No hace falta que os diga lo que pasó después. A veces la veo aquí con los caballos, cuando ella me deja verla. Nadie reclamó su cuerpo. Y nadie reclamó el mío hasta que lo hicieron los padres de Jueves. Me organizaron un bonito funeral. Supongo que el que le habrían hecho a su hija. Cuando se enteraron de que una chica había sido hallada en el río, pensaron que se trataba de Jueves. En ese momento no sabían que su cuerpo nunca sería encontrado. Tal vez dentro de unos años aparezca una niña y desentierre sus restos. Tal vez eso ocurra. O tal vez siga siendo la que nunca fue hallada, como mi hermana.

A la tía Trébol fue a quien llamaron para que identificase mi cuerpo. No me sorprendió que dijese que no era yo y se marchase. Para ella y para mamá, era más fácil sobrevivir sin tener otra hija y otra sobrina a la que enterrar. Quizá si siguiese con vida, las odiaría. Pero aquí, no. Aquí lo entiendo.

Tengo que decir que mi madre nunca ha dejado de hablar de mí. A medida que pasen los años, le dirá a la gente que nací en una casita de bloques de hormigón en cuyos suelos mi hermana y yo dibujábamos. Pisará esos dibujos, desvaídos por el tiempo y los años que han sido pisados, mientras les dice que yo era una niña destinada a grandes cosas, o eso pensaba ella.

—Esta casa estará en llamas y arderá hasta que mi Cisi y mi Arc vuelvan.

A veces a la gente le cuesta entender lo que ella dice por cómo arrastra las palabras. La droga cambia la forma en que las personas te escuchan. No dan importancia a lo que dices y a menudo se ven obligadas a asentir con la cabeza,

aunque solo sea para no pedirte mil veces que lo repitas y hables más claro. Peor aún, se ríen de ti. De la forma en que deambulas y la forma en que hablas.

—Malditas yonquis. Pedazo de idiotas.

Pero ella se pondrá a llorar al decir mi nombre. Parece que ellos entienden eso.

Luego hablarán con ella de la droga. Ella se pondrá más derecha y fingirá que el Ohio y el Chillicothe de su juventud eran agradables como el frutero de los melocotones de su madre en la encimera. Dirá que en aquel entonces ella andaba por las calles, no para prostituirse, sino para divertirse con sus amigas. Besaba a un chico, no por dinero, sino porque se lo dictaba el corazón. Podía salir de noche, no con miedo, sino con el callado asombro que inspiraban las estrellas en el cielo.

—Nosotras pensábamos que la droga era un problema de las grandes ciudades —dirá—, no de las pequeñas localidades como la nuestra. Los tiempos han cambiado. Ahora cuando la gente habla de Ohio, se refiere a él como algo que ha desaparecido. Hemos abandonado el reino que nos fue concedido. —Eso lo dirá con una claridad que hará a la gente preguntarse si después de todo es inteligente.

Esa mujer sentada a solas en una casa que una vez tuvo dos hijas y un marido sabe un par de cosas. Ahora le quedan una cuerda atada a una lata y la voz de su hermana flotando hacia ella en una casa vacía de cualquier afecto, como los prados de su juventud. Toda esa inocencia, esa actividad industrial de pequeña ciudad y esas calles seguras, desaparecidas y sustituidas por algo que está matando a generaciones enteras que podían haber aspirado a más.

Dentro de unos años, cuando la próxima generación se haya hecho con el control, volverán la vista a esta tierra y hablarán de los demonios de las colinas. La pobreza extrema, los abusos extremos, la ola de adicción extrema. Desterrarán a esos demonios hasta que todos estemos atrapados en ese mito en el que se han enredado las historias para que los destinos importen.

Dirán que nuestro verdadero asesino fue la propia adicción. *Adicción*. Definida como la rendición a algo que se sabe que es perjudicial. Se escribirán libros sobre el tema. Aparecerán voces destacadas en televisión, se grabarán documentales y alguien ganará el Premio Pulitzer por humanizar lo que ya era humano. Quienes nosotras éramos como mujeres se perderá en favor de una conversación sobre la propia dependencia.

—¿Te acuerdas de cuando la droga estaba tan extendida que nos encontrábamos jeringuillas en las aceras? —preguntará alguien a la espera de una opinión, mientras otra persona asentirá con la cabeza, dirá que fulanita y menganita murieron de sobredosis y que ellas las conocían, pero solo por ese motivo.

—Mira que entregar tanto a algo tan estúpido como la droga… Qué paletas

más tontas. Me alegro de no haber sido tan boba.

A la gente le resulta fácil juzgarnos. Yo no pienso disculparme. Tomé la decisión de coger la jeringuilla, pero sí diré que una yonqui también fue una vez niña. Tuvimos esperanzas y sueños de ser algo más. Nuestro sueño no era abandonarnos. Eso es verdad.

La abuela Asclepia dijo una vez: «Una escopeta no dispara sin hacer ruido».

Yo tardé un tiempo en descubrir lo que quería decir. Entonces comprendí a qué se refería. La vida duele. Y cuando estás delante del arma, duele mucho más. Para algunas de nosotras, estar delante del arma no es tanto una decisión como el sitio al que nos mandaron aquí, en el lado salvaje.

Sea cual sea el origen de la adicción, el final suele ser el mismo. Unas sirenas que suenan por la calle. Un cuerpo tumbado cerca de otro. Cruces blancas en las carreteras. En lo alto, un sonido de alas o tal vez solo silencio.

En algún momento de esa conversación, alguien dirá nuestros nombres. Los nombres de las chicas cuyos cuerpos pasaron la muerte en el río, como yo, desaparecidas en el caso sin resolver que hoy se conoce como el de las Seis de Chillicothe. Durante un tiempo, se hará el silencio después de la mención de nuestros nombres hasta que seamos olvidadas y nos esfumemos por obra del tiempo cruel.

¿Descubrirán quién nos hizo esto?, solía preguntarme.

Las teorías conspirativas nos corroerán el cuerpo y los huesos. ¿Al final fue un asesino en serie? ¿O simplemente fue el camello, que ahora está sentado en la celda de una cárcel entre este sitio y el río Misisipi, empleando su propia piel para tocar la música que su madre le enseñó? No se puede ser un hombre en la carretera sin ir a alguna parte. Solo puedes confiar en que en esa parte a la que te diriges haya un rayo de luz al que aferrarte. ¿O el hombre del Blue Hour fue el responsable de toda esa muerte? El coleccionista de lágrimas, que nos observaba de lejos. Tal vez fue ese alguien que siempre hemos sabido. El que teje las telarañas o toca el violín. En algunos aspectos, son todos ellos. El Hombre del Río estaba hecho de un pedazo de cada uno.

Entonces, ¿dónde estoy ahora? ¿Me he reunido en la muerte con mi padre? ¿Con la abuela Asclepia? ¿Con mi hermana? ¿Está Nell Salvia riendo con Jueves? ¿Está Violeta cogiendo puñados de nubes como si fuesen harina? ¿Está Harlow poniendo nombres a los colibríes, y está Índigo tendiéndome la mano?

¿Estamos todas en el cielo tocando el arpa como nos decía el viejo pastor sentadas en los bancos de la iglesia un domingo cualquiera? ¿Lo que hemos cultivado en vida tiene realmente su mejor fruto aquí?

Cisi y yo solíamos pensar que todo en el mundo se había creado a partir de una mujer. Ahora pienso que el universo también debió de crearse así porque me siento como si fuese el tiempo y el espacio. Las estrellas y los planetas,

reunidos en mi clavícula hasta que soy energía pura. Los cometas están cortados por mi cuerpo, y son mis manos las que veis cuando miráis las galaxias a través de las lentes de vuestros telescopios orientados hacia el cielo. Yo soy lo conocido y lo desconocido.

A veces pienso que estoy con todos ellos. Cisi, nuestro padre con el uniforme del ejército y la abuela Asclepia con sus pañuelos amarillos mientras nuestras amigas pasan montadas en la máquina del tiempo de Cleopatra. Otras veces siento que estoy sola, sin más compañía que las estrellas que brillan en mi piel. Tal vez lo único cierto que puedo decir es que hasta los fantasmas se estremecen en el espacio infinito.

Tal vez no es la respuesta que buscabais. Estoy segura de que queríais oír que todo se ha arreglado al final. Que aunque estemos muertas, tenemos suerte de estar juntas. Pero del mismo modo que la vida es un viaje, también lo es la muerte. No te mueres un día y te despiertas habiendo atravesado la carretera que lleva hasta las flores blancas y silvestres. Tienes que viajar un poco para llegar allí. Y tal vez en el curso de ese viaje pueda salvarme a mí misma.

Ese es el viaje en el que fracasé en vida. Es el viaje que debo continuar en la muerte. Supongo que una gran parte girará en torno a mi vida.

Entonces, ¿qué fue mi vida?

Fue vivida en el lado salvaje, y cabe decir que ningún corazón está a salvo en el lado salvaje. Pero me gustaría decir una cosa más. Me gustaría decir que en el lado salvaje había amor. El amor que recibíamos, el amor que dábamos, el amor que compartíamos. Importábamos, pero nadie lo tendrá en cuenta antes de pensar que no éramos más que unas yonquis, unas prostitutas y unas ingenuas que eran fáciles de eliminar y todavía más fáciles de olvidar.

Supongo que vosotros también nos olvidaréis. Pero si por casualidad os acordáis de nosotras, sabed que fuimos hijas, hermanas y madres. Recordadnos por eso. Tal vez entonces, en la antigua tierra llamada Chala-katha, habremos dejado las reliquias más asombrosas de nosotras mismas.



Terminóse
de imprimir esta edi-
ción de *En el lado salvaje*
en los talleres de Imprenta
Mundo el 21 de abril de 2024, 52
años después de que el Apolo 16
alunizara en las Montañas
de Descartes, guiño estelar
maravilloso a la Monta-
ña Lejana de Arc y
compañía.

TAMBIÉN EN LA COLECCIÓN SENSIBLES A LAS LETRAS:



BETTY

de Tiffany McDaniel
Traducción de Ignacio Gómez Calvo
ISBN 978-84-18918-05-6
528 páginas
24,90 €

Soy Betty Carpenter, nací en una bañera en 1954 y crecí en el pueblo de Breathed, Ohio. De mis ocho hermanos fui la única que heredé la piel oscura de mi papá Landon, que era cheroqui. De niña creía que ser cheroqui significaba estar atado a la luna. Nací, según papá, para ser la calabaza, la protectora de mis hermanas. «Ese es tu cometido, Pequeña India». Él, con su magia ancestral y su infinita ternura, me enseñó que era poderosa.

Un *coming-of-age* lírico, espiritual y feminista ambientado en el Ohio rural de los años sesenta e inspirado en la historia familiar de la autora.

«McDaniel logra convertir lo inhóspito en belleza, lo salvaje en placentero. Incluso elevar la leyenda a categoría de realidad.»

NÚRIA ESCUR, *La Vanguardia*

«La historia de una niña, hija de padre cheroqui, atrapada en un mundo mágico. Una historia deliciosa», ÓSCAR LÓPEZ, *Página2*, RTVE



EL VERANO QUE LO DERRITIÓ TODO

de Tiffany McDaniel
Traducción de Ignacio Gómez Calvo
ISBN 978-84-18918-40-7
352 páginas
23,90 €

«Querido señor Diablo, su alteza Lucifer: Le invito cordialmente a Breathed, Ohio. Tierra de colinas y balas de heno, de pecadores y de indulgentes. Con gran fe, Autopsy Bliss.» Este es el anuncio que el fiscal Bliss puso en el periódico local a principios del verano de 1984. Unos días más tarde, el diablo se presentaba en el porche de su casa. Vestía un mono de trabajo azul hecho jirones y pedía helado insistentemente. Se llamaba Sal, era negro y tenía trece años. Ese día se desataría la ola de calor y desgracias más insólita que jamás abrasó Breathed. «Es cosa del diablo que ahora vive con los Bliss», pensaban muchos. Pero puede que Sal solo fuera un niño escapado del horror de su familia.

> «La autora de *Betty* firma esta bella y profunda reflexión sobre la comunidad y los lugares oscuros donde realmente reside el mal.»

Nuria Azancot, ***La Lectura***